

F. MUGICA, dib.º y lit.º

Lit. de J. DONON. Madrid.

—Madre, yo quiero el poder... Yo riquezas... Yo honores... Yo oro... Yo posicion... Yo todo, por que si no!... Por que si no!....

—Hijos, no os conozco!

24 cms
R-116602
ANT
XIX
2256

EL ABISMO

Y

EL VALLE,

NOVELA ORIGINAL

DE

D. FLORENCIO LUIS PARREÑO.



MADRID:
OFICINA TIPOGRÁFICA DEL HOSPICIO.

—

1871.

EL VALLE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Tres plagas.—La filantropia, el egoismo y la indiferencia.—Una familia en cuadro.—Antítesis de la felicidad.—La resignacion en la forma, el suicidio en el fondo.—El bergantin *Lucero*.—Terribles augurios.—Mar, vientos, nubes y bruma.

Antes de dar principio á la presente novela, vamos á bosquejar, aunque sea ligeramente, el tristísimo cuadro que presentaba Madrid en los meses de Octubre y Noviembre de 1865.

De tiempo atrás venía empobreciendo al comercio y clases industriales de la coronada Villa la crísis metálica.

Esa plaga sólo afectó al bolsillo; pero se decia, no sin fundamento, que iba á prender la tea de las discordias civiles, y en verdad que eran muchos los que presentian sublevaciones y catástrofes capaces de molestar el espíritu del ménos tímido. Y como si estas dos plagas fuesen pocas, se habia desarrollado el cólera en Valencia y otras poblaciones de España, sin que existiese en Madrid una persona sensata que creyera esporádicos los casos que ya en últimos de Setiembre menudeaban en la corte, bautizados con ese nombre por algunos médicos y no pocos ilusos. Es decir, que al empezar Octubre arreció la crísis, se aproximaba el dia del cataclismo político, y la epidemia extendia ya sus negras y mortíferas alas.

Tal era el estado de Madrid, cuando amaneció el dia 7 del mencionado Octubre de 1865. A pesar de los meses trascurridos, todavía no se ha borrado de nuestra memoria la terrible impresion que sentimos. De pronto dejamos de pensar en crísis y en intereses, los síntomas de revolucion desaparecieron, y Madrid entero no se ocupó de otra cosa que del incremento ó desarrollo que concluia de tomar el cólera. La muerte nos enseñó su horripilante faz, y ante enemigo tan formidable y cercano olvidamos todo lo que no tenía relacion con él. En los primeros instantes reinaron por completo el terror, la pavura y la inaccion; en las casas se agrupaban las familias en torno de su jefe, el cual se esforzaba en vano pretendiendo infundir un valor y confianza de que él carecia; por las calles principiaban á verse sacerdotes y médicos que corrian en cumplimiento de sus penosos deberes, y en los edificios públicos se acumulaban datos para conocer la enorme suma de las víctimas. ¡Qué cuadro! ¡Qué dias de desolacion, luto y llanto! ¡Qué leccion tan mal aprovechada por los que horas ántes sólo pensaban en blandir el arma fratricida y regar las calles con sangre de sus hermanos! ¿Qué mónstruo es ese llamado política que ciega á los hombres, los entontece, los precipita y acaba por convertirlos en víctimas ó en verdugos? Ese mónstruo es la ambicion de unos cuantos que os tienden la mano, míseros instrumentos, os engaña, ve con fria indiferencia los arroyos de vuestra inocente sangre y se burla de vosotros si triunfa, y se rie de vosotros si sucumbe. Pero ya nos ocuparemos de esto más adelante; ya nos veremos todos retratados al daguerreotipo en el cuadro que estamos empezando.

Pasados, en el dia 7 de Octubre, los primeros instantes del terror producido por el desarrollo del cólera, una parte no pequeña de la poblacion llenó los andenes de las dos estaciones de Madrid, buscando en la desercion un remedio á la calamidad que tanto les espantaba. Muchos de estos huian sin llevar otra ropa que la puesta, ni otro recuerdo que el de las camillas y féretros que encontraron al paso desde sus casas á

las vias férreas. El resto de los madrileños quedó dividido en tres clases, por el órden siguiente: una, la más corta, representante de la caridad cristiana, que desde luégo se echó en brazos de la filantropía: otra, que sólo pensó en el indivíduo, en la higiene y en la muerte, representante del egoismo; y la última, que poco á poco fué caminando hácia el indiferentismo, representante de ese pueblo de todas las naciones que no piensa ni teme. Los pertenecientes á la primera prestaron toda clase de auxilio á las víctimas, y algunos pagaron con la vida su noble celo, su admirable heroismo. ¡Dios premie tan sublime abnegacion! Los pertenecientes á la segunda ayunaron, sufrian lo indecible, pereciendo muchos de aprension, de miedo y de hambre. Los de la tercera comian de todo, acabando por no cuidarse de nada; los que murieron de estos, ayudaron al cólera con sus excesos, logrando una agonía rápida; para los demás sólo fué causa la epidemia de una impresion que les molestó pocas horas.

Empecemos nuestra novela.

Existia en las Vistillas un hermoso palacio habitado por el duque de Noal, por su sobrino é hijo político el vizconde de Régulo, por las esposas é hijos de ámbos y por vários dependientes y criados. Eran entre todos 16 hombres y 15 mujeres, total 31. Esta familia fué la primera que corrió el dia 7 de Octubre en busca de desgraciados coléricos á quien socorrer con su dinero y cuidados. Establecieron enfermerías en el piso bajo de su espléndida morada con médicos, botica y dos terceras partes de sus domésticos, y sin miedo á la epidemia ni apego á los intereses comenzaron á ser la Providencia para los infortunados. No contentos con dirigir y vigilar el hospital establecido en su casa, los duques, los vizcondes y dos de sus altos empleados visitaban las buhardillas, las sociedades filantrópicas, y en todas partes eran objeto de admiracion y aplauso.

—Lo que yo tengo se lo debo al Altísimo y es de todos sus hijos,—exclamaba el duque;—dad sin tregua ni descanso; dad hasta que me arruineis; cuando no tenga un céntimo es-

taré más cerca de Dios, y nada habré perdido en el cambio.

Y su esposa, hijos y dependientes daban como él, y no era sólo dinero, sino tambien cuidados, y algunos de ellos hasta la vida.

El duque de Noal era moreno, tenía una estatura regular, los ojos negros y rasgados, la frente despejada, el conjunto agradable, revelando su mirada el genio, la bondad y la sabiduría que tan célebre lo hicieron. Se acercaba á los cincuenta años, pero representaba poco más de cuarenta.

Su sobrino é hijo político y adoptivo era más alto que aquel, más esbelto, más blanco, tan valiente y hábil, é infinitamente más osado. Contaba treinta años y no tenía rival en lo elegante, atento, cortés, sereno y entendido. Su tio le aventajaba sólo en bondad, genio y experiencia.

Sus esposas dieron á luz un varon cada una, y eran tantos los lazos que unian á estos cuatro séres, y su índole tan buena que se amaban con ternura y delirio indescriptibles. Pero sonó la hora en que un deber sagrado de religion y de humanidad los llamaba indistintamente fuera y dentro de su opulenta morada, y los cuatro abandonaron sus hijos, corriendo á pié ó en coche al sitio en que eran atraidos por los suspiros de algun desgraciado. Durmiendo poco, comiendo á diferentes horas y viéndose dos veces al dia trascurrió una semana, siendo innumerables los servicios que cada uno de por sí llevaba prestados á los coléricos pobres de Madrid, con gran detrimento de su salud, reposo, tranquilidad y dinero.

Llegó por fin el instante de prueba, y en verdad que ésta debia ser ruda como el tormento, decisiva como la muerte. De pronto y cási á la vez fueron invadidos los niños de Noal y de Régulo, á las pocas horas las madres, y así sucesivamente todas las mujeres del palacio y siete de los hombres. Dos dias despues habian espirado quince de los veintidos atacados; el duque y el vizconde perdieron sus mujeres é hijos; lo mismo les sucedió al apoderado D. Leandro Salas, al secretario D. Arturo Mendo, á uno de los cocheros, pereciendo además dos lacayos,

el ama de gobierno y cinco de los criados restantes. Se cebó el cólera con tal saña y rapidez entre los habitantes del palacio, que los sanos, á excepcion de dos, no acertaban á comprender lo que tenían á la vista; parecíales un cuento la presencia de los muertos que contemplaban, y corrian de un lado para otro entontecidos, anonadados y sin poderse dar cuenta de nada.

Pronto circuló la noticia por Madrid, y los pocos parientes y amigos del duque y del vizconde que no abandonaron la capital, fueron en busca de estos desgraciados, ansiosos de llorar con ellos y á ser posible consolarlos; pero cuál sería su sorpresa al encontrarlos serenos, al parecer, tranquilos y ocupados en disponer lo conveniente para la conduccion de cadáveres. Sus dependientes y criados estaban más cerca del demente que del cuerdo, pero Régulo y Noal hablaban con naturalidad, sus ojos no despedian lágrimas, ni la innata gravedad de ámbos habia variado. Impasibles ante todos los peligros é infortunios, acordaban las honras fúnebres de sus mujeres, hijos, allegados y sirvientes como la de aquellos pobres que se acogian á su incansable bondad.

—Esa calma es fingida,—decian unos.—Amaban entrañablemente á los séres que han perdido,—añadian otros,—y no es ni áun verosímil tal estado. ¡Cuánto sufrirán! ¡Estos que no lloran padecen lo increible!

Pero trascurrió el dia y parte de la noche sin que Bricio y Florian de Calatrava, estos eran los nombres de pila del duque y del vizconde, confirmasen las sospechas de sus amigos y parientes; léjos de eso consolaron al apoderado y secretario Salas y Mendo, les aconsejaron conformidad, rogando á los de fuera de casa que se retirasen á descansar, en vista de lo avanzado de la hora. Cuando padre é hijo lograron verse libres de parientes y amigos, hicieron trasladar á las enfermerías del piso bajo los siete coléricos que tenían en el piso principal; luégo obligaron á sus restantes dependientes y criados á que buscasen reposo, y cuando lo hubieron conseguido entraron en uno

de los gabinetes del palacio, quedando el duque frente á Florian mirándose fijamente, mas sin atreverse ninguno á desplegar los labios. Estaban solos; nada tenian que hacer, y les era dado en consecuencia dar rienda al acerbo dolor que trituraba sus almas; pero el padre temió agravar más la suerte del hijo demostrando lo que sufria, el vizconde se asustó ante una idea igual respecto del duque, y ámbos continuaron dominándose.

Por fin preguntó el hijo al padre:

—¿Qué hacemos, señor?

—He mandado poner dos camas,—contestó Bricio,—en una alcoba interior que nádie ocupaba; en ella pasaremos la noche.

—¡Conque vamos á acostarnos! ¡A dormir!

—Sí, hijo mio; anoche no lo hicimos y es fuerza descansar.

—Verdad es; estoy á tu disposicion, padre amado, vámonos.

—Antes, si te parece, siguiendo nuestra invariable costumbre, entraremos en la capilla.

—¡En la capilla! ¡Al resplandor de la luz débil y macilenta, de una lámpara parecida á la de las las tumbas!..

—¿Qué dices?

—Nada, señor; vamos á la capilla.

Y los dos se dirigieron á aquella, entrando poco despues.

—Vos delante, padre mio; arrodíllate en este almohadon.

—No, hijo; me quedaré detrás.

—Permíteme...

—A mi lado, Florian, á mi lado; arrodíllate. ¿Tiemblas?

—Me das el almohadon que usaba mi esposa.

—¡Mi Erundina, hija mia! ¡Ay!..

—¡Ay!

El eco repitió aquellos dos ayes de un modo lúgubre, sombrío, aterrador. Parecian haber estallado las fibras de sus corazones, al exhalar una frase impelida por el intenso y comprimido dolor que amenazaba destruir la vida de ámbos. A la

vez asomaron las lágrimas á sus ojos; mas el duque hizo el centésimo esfuerzo sobre sí, se contuvo, y oprimiendo la mano de Florian, le dijo:

—Yo en ese almohadon, tú en este que era el mio; oremos, hijo; no olvides que los altos juicios de Dios son incomprensibles.

Los dos cayeron de rodillas, cruzaron las manos y fijos en la sagrada efigie del Redentor oraron en silencio.

Poco á poco é insensiblemente fueron llenándose sus párpados de lágrimas hasta verter un raudal en los primeros instantes de su oracion. No se movian, no articulaban frases inteligibles, miraban á Dios, aparentando demandar su divino auxilio. Eran dos cuerpos que parecian dominados por un solo espíritu, por una sola idea; verdad es que sufrian igual martirio, la misma pena, idéntico duelo y estaban asimilados en pensamientos, hábitos, educacion, costumbres é inclinaciones.

Así permanecieron dos horas; al cabo de este tiempo cesó de llorar el duque, miró á Florian con ternura, y alzando la voz, exclamó:

—¡Señor, os llevásteis lo que era vuestro, lo que os pertenecia; mas, siempre generoso conmigo, os dignásteis dejar á mi hijo, á mi querido Florian: gracias, bondadoso Dios, gracias!

El vizconde se fijó en Bricio, y cogiendo sus manos las estrechó fuertemente, gritando:—¡Padre mio!—E inclinó la cabeza con dolor. El duque le ayudó á ponerse en pié, levantándose tambien él; apoyó la frente del jóven sobre su pecho, y oprimiéndole con cariño, le dijo:

—Resígnate, hijo, que así lo quiere Dios.

—Señor,—replicó el vizconde con intencion,—el cólera continúa haciendo estragos; son infinitos los pobres de Madrid, y nosotros los hemos olvidado desde anteayer.

—Es tarde, Florian; nuestra mision ha concluido en esta Villa.

—¿Por qué? ¿Abandonas á los desgraciados?

—Hijo, tú anhelas hoy visitar á los invadidos, con la doble idea de que te contagien y ser uno de los atacados; el suicidio es un crímen.

—Me llaman desde el cielo mi esposa...

—Calla, no la nombres, que harto lacerada está mi alma. Marcha, cobarde; suicídate, déjame solo en el mundo ya que esos ángeles te llaman á ti solo.

—¡Abandonarte yo! Loco, si lo que deseo es que los dos...

—Silencio, que te oye la Providencia. Cuando Dios nos ha separado de ellos y de ellas, bien hecho está; cuando nos ha dejado en este valle de amargura, es indudable que nos resta cumplir una mision; apresurémonos, hijo mio, á obedecerle.

—¿De qué modo? Habla, padre mio.

—Oyeme; oraba poco há como tú, pedia al cielo amparo y resignacion, cuando hé aquí que empiezo á sentirme más tranquilo, llegando á mi cerebro la siguiente idea: compraremos un buque de vela, y ya listo pondremos la popa al viento, dejándolo que nos lleve donde quiera.

—Dios te ha inspirado, señor; sí, huiremos de España, de Europa... ¿Dónde nos detendremos?

—Que lo disponga la Providencia; siempre la popa al viento, no se echará el ancla hasta que la proa esté frente á una nacion, sea la que quiera.

—¡Siempre la popa al viento! Eso es, la mar está llena de escollos, y un choque...

—Calla, Florian, te lo mando; si la idea del suicidio vuelve á llegar á tu mente, recházala como hombre, como cristiano, como yo.

—Bueno, padre mio, pero salgamos pronto de Madrid; todo lo que hay en este palacio me recuerda, me hiere, me asesina. ¡Ay! ¡que!..

—No sigas... A mí tambien; partiremos al amanecer.

—¿Quiénes nos acompañarán?

—Yo.

—Yo.

Contestaron dos voces muy conocidas del duque; este volvió la cabeza, viendo detrás á su secretario Arturo Mendo y al jefe de las caballerizas Juan Piñeiro. El primero era la lealtad personificada; el segundo, gallego cerrado, amaba á su señor más que á su padre y era todo lo bueno ó malo que aquel queria.

El duque los miró, preguntándoles:

—¿Por qué no os habeis acostado?

—Porque debimos hacer lo mismo que ustedes.

Dijo Mendo; el cochero añadió:

—Esu digu yo; lu mismu que vuecencia.

—¡Ay! tambien vosotros sois desgraciados, tambien el destino os arrebató la mitad de vuestro corazon. ¿Oísteis lo que dije al vizconde?

—Todo.

—Todu, y rezamus como vuecencia, y lloramus, y... Dios me perdone lu que iba á decir.

—Entónces nos acompañareis los dos únicamente; acabaron los trenes, la opulencia y los muchos criados.

—Nada nus hace falta; yo lus serviré de todu.

—En ese caso demos principio. Mendo, haz que venga mi escribano al instante; luégo despiertas á mi banquero y que te dé en letras contra Cádiz los tres millones que tiene mios. Tú, Piñeiro, unido á nuestros dos ayudas de cámara, dispones los equipajes. Partid.

Ambos salieron en cumplimiento del encargo que acababan de recibir.

Una hora despues cedian el duque y el vizconde todos sus bienes á D. Leandro Salas, á sus criados y dependientes y á varios establecimientos de beneficencia. Hechos los equipajes; guardados los tres millones en letras y dos mil duros en oro, se despidieron de las personas que los rodeaban y marcharon los cuatro á la estacion, partiendo en el primer tren que salió para Andalucía.

Dejaba Bricio veintiun millones en fincas á D. Leandro,

con la obligacion de repartir entre los pobres la mitad del producto. A cada uno de sus dependientes le regalaba veinte mil duros y diez mil á cada criado. El resto de su inmensa fortuna lo distribuyó en mandas pias con asombro de los agraciados y de cuantos tuvieron noticia de tan fabulosa cesion.

D. Leandro de Salas quiso seguirle, y no lográndolo, intentó por todos los medios posibles detener su marcha; pero fueron inútiles sus ruegos, lágrimas y súplicas. Este leal amigo y servidor le amaba mucho, y no consiguieron las inmensas riquezas que le dejó neutralizar el dolor y sentimiento que le produjo tan inesperada separacion.

El duque de Noal, el vizconde de Régulo, D. Arturo Mendo y Juan Piñeiro entraron en un departamento reservado de primera clase, é indiferentes á todo se dejaron conducir á Santa Cruz de Mudela sin desplegar los labios. Los dos primeros ocuparon luégo la berlina de una diligencia, el interior los otros, no cesando de correr en una ú otra clase de carruajes hasta llegar á Cádiz. Sin perder tiempo compró D. Arturo un bergantin recien construido; y provisto de gente, agua y víveres para un año, se embarcaron. Mientras aquel dispuso lo necesario para tan largo y peligroso viaje, Régulo y Noal, servidos por Piñeiro, permanecieron encerrados en la fonda sin darse á conocer á nadie ni recibir visita alguna.

En Cádiz no habia cólera; pero la crísis metálica empobrecia el comercio y la industria, en tanto que la política y noticias de próximos motines tenian alarmados é intranquilos á todos sus habitantes. Pronto corrió la voz de que un forastero acababa de comprar el bergantin *Lucero*, dando por él lo que le pidieron é infinitamente más de lo que valia; averiguaron que lo hizo por cuenta de unos señores que no se dejaban ver de nadie, y desde este instante juzgaron promovedores de espantosa revolucion á nuestros cuatro infortunados viajeros. Felizmente Bricio no les dió tiempo para comentar; en cuanto su barco estuvo listo, se presentó á las autoridades, arregló los papeles y se hizo á la vela. Era el dia 31 de Octubre, y el bergantin partió á



C. MUGICA, dib.º y lit.º

Lit. de J. DUNON. Madrid.

—¡Salen con misterio y precaucion!

—Quienes serán!

—La pátria peligra, no hay duda, escondámonos.

las seis de la mañana; á pesar de lo temprano que era se llenó el puerto de curiosos, que decian:

—¡Salen con misterio y precaucion!

—¡Quiénes serán!

—La patria peligra, no hay duda, escondámonos.

Otros ménos tímidos y más inteligentes en marina, exclamaban:

—¡Esa gente va desesperada! Un barco tan grande y sólo lleva el contramaestre que hace de capitan, 3 pilotos, 8 marineros y un pinche ascendido á cocinero, total, 13, cuando necesitaba lo ménos 20.

—Su dueño no parece entendido en asuntos de mar.

—O será otra cosa.

—Al primer chubasco se estrellan.

—Sí, esos hombres servirán pronto de pasto á los peces.

La bruma de la madrugada y las muchas y negras nubes que impedian la salida del sol, ocultaron bien pronto al bergantin *Lucero*, el cual corria hácia el Sur con todo el aparejo desliado y á impulso de un Norte fresco y constante. Los curiosos de Cádiz fueron dejando el puerto y olvidándose de un buque que no debia volver á las costas de España. Sigamos nosotros á esos desventurados que continúan en busca de una muerte probable entre las olas, el aquilon y la tormenta.

CAPÍTULO II.

La tormenta.—Calma milagrosa.—Las islas Canarias.—Norte, mar y cielo.—Cambio favorable.

El bergantin *Lucero* se habia construido en España y era grande en su clase, estaba forrado de cobre, tenía buenas maderas, formando el todo un barco velero y fuerte; pero sabido es que esta clase de buques son pequeños, relativamente á la mayoría de los que emprenden viajes largos, ofreciendo en consecuencia pocas comodidades y seguridad. Se hizo para la carrera de América, mas su dueño quebró antes de emprender el primer viaje, y esto fué causa de que el duque de Noal pudiera comprarlo. Y si para atravesar el Océano se conceptuaba chico é inseguro, parecia una temeridad hacer en él lo que se proponian nuestros cuatro viajeros. No obstante el valor, serenidad y aparente resignacion de aquellos infortunados séres, existia en el fondo una desesperacion que en vano trataban de ocultar; muertos sus esposas é hijos, nada para ellos más agradable que seguirlos, perdiendo una vida que á todos molestaba y aburria. Por eso no se apercibieron de la clase de buque en que concluian de embarcarse para realizar

una marcha sin rumbo, ni otra esperanza que la de estrellarse en los escollos que ofrece á cada paso el inmenso piélago en que ya se mecian.

Indiferentes á la madre patria y á cuanto les rodeaba, descendieron á la cámara de popa, sentándose Bricio, Florian y Arturo, en tanto que Piñeiro se recostó en el quicio de la puerta, mirando á su señor con interés y cariño. Partió el navío, y cuando llevarian andadas tres millas desplegó los labios el duque, diciendo al ex-jefe de sus caballerizas:

—Juan, este barco lo manda un contramaestre elevado á capitan por la voluntad de Arturo; sube á cubierta, y si está desocupado dile que baje.

Poco después entró en la cámara un hombre alto, delgado, como de cincuenta años, el cual, sombrero en mano y con acento vizcaino, preguntó:

—¿Me llamaba V., señor duque?

—Sí; ¿cómo es tu nombre?

—Anselmo Iturralde, natural de Bilbao.

—¿Hace mucho que navegas?

—Desde que tenía uso de razon.

—Poca suerte has hecho en tu carrera, Anselmo.

—Es verdad, señor; hijo de un pobre pescador, me lancé al mar por vocacion y en busca de una fortuna que el cielo me negó hasta ahora.

—¿Has cruzado el Océano?

—Seis veces; estuve además en las aguas de China, en el Pacífico, en el Báltico; el Mediterráneo le conozco por varas, y no hay costa en el mundo que yo haya dejado de ver más cerca ó más léjos.

—¿No has estudiado nada?

—Me enseñaron á leer y á escribir mal; no tuve aficion á los libros; leí poco, y á eso debo mi negra suerte. En este pícaro mundo es indispensable expresarse bien, hablar mucho y demostrar sabiduría para que le hagan á uno caso; yo adquirí en la práctica todos los conocimientos necesarios para

navegar; sé mi oficio como el mejor maestro, pero no tengo eso que llaman teoría y forma, por cuya razon no se fió hasta ahora de mí ningun armador.

—Aunque mal explicado, te he comprendido bien, Iturralde, y me complace mucho que mi inteligente secretario haya elevado á capitan á un hombre de tu experiencia, y hasta me atreveria á decir de tu terquedad.

—Tengo ese defecto, segun cuentan; pero en el presente viaje haré lo que V. me mande.

—Eso pretendo, y por Dios que no he de intervenir un solo instante en tu acertada ó no acertada direccion. Oye lo que deseo: siempre la popa al viento, sigamos adelante, hasta que un estorbo cualquiera nos lo impida.

—Eso mismo me ha encargado D. Arturo, pero no comprendo...

—Anselmo, quiero hacer un viaje sin rumbo fijo, y me es igual detenerme en la zona tórrida que en una de las templadas ó glaciales.

—Podrá suceder, marchando así, que nos vayamos al fondo del charco.

—Si Dios lo dispone, cúmplase su voluntad; pero si llegamos con bien á un puerto, tuyo será este bergantin, recibiendo además la gente que lo tripula una recompensa proporcionada á la clase á que pertenece y á los peligros que arrostre en mi obsequio. ¿Tienes miedo á la muerte?

—No, señor.

—¿Y los hombres que mandas?

—Tampoco. Todos sabíamos ya cuanto me acaba V. de decir, y hemos levado ancla sin temor alguno y con deseo únicamente de complacer á tan generoso señor.

—Perfectamente. Anselmo, quiero que la tripulacion coma bien, que esteis todos contentos, y que Dios disponga lo demás.

—¿Sólo eso tiene V. que mandarme?

—Eso sólo. No desembarcaremos hasta hallarnos frente

á una nacion cualquiera, siempre que el viento nos haya llevado á su costa.

—Así será, si ántes no perecemos. Subo á cubierta para continuar dirigiendo mi barco.

—Adios, Anselmo.

—El cielo nos inspire.

Y volvieron á quedar solos los cuatro, guardando el silencio que anteriormente.

Por corto que sea un viaje marítimo hay la invariable costumbre en todos los viajeros de despedirse de la costa, contemplándola hasta que el espacio y la distancia la ocultan. El navegante deja siempre en el puerto ó tierra algun recuerdo grato, algun sér querido, algun objeto ó cosa que le produce impresiones halagüeñas; mas como nuestros cuatro infortunados sólo abandonaban cadáveres, luto y llanto, temieron ver las plazas y torres de un país que únicamente les ofrecia pena, angustia y dolor, y por eso permanecian en la cámara sin hablar é inmóviles como estatuas.

Así continuaron hasta cerca del mediodía.

El bergantin *Lucero* entretanto cruzaba el Océano viento en popa, demostrando su buena construccion; á las nueve de la mañana se perdió de vista la costa, y á las diez arreció el Norte, juntándose las muchas nubes que poco ántes invadian el espacio. Más tarde se declaró la tormenta, y á las doce el duque de Noal, el vizconde de Régulo, Arturo y Piñeiro estaban sobre cubierta, mirando las olas y el imponente cuadro que se presentaba á sus ojos. El agua del mar y del cielo los bañaba desde la cabeza á los piés; el huracan les obligó á estar fuertemente cogidos á la baranda, y ni los relámpagos, truenos ni golpes de mar lograban moverlos de su sitio. Defendian sus vidas sujetándose del modo que hemos dicho ántes, pero miraban con fria indiferencia el grave peligro en que se hallaban en tales instantes; no querian suicidarse, mas veian en la existencia una carga pesada que les molestaba bastante. Eran, sin embargo, las emociones que estaban sufriendo y

las muchas que les esperaban, el único paliativo á sus males, ya que juzgamos imposible encontrar un remedio que destruyera la causa.

A las cuatro de la tarde comenzaron á desaparecer las nubes hasta quedar limpio el espacio. En este instante, y creyendo que ya no existia peligro alguno, pidió el duque el almuerzo, siendo la primera vez que se sentaban á la mesa en aquel dia.

—Señores,—dijo Noal á Régulo y á Arturo,—puesto que Dios nos manda vivir, comamos, acto indispensable en que se apoya la existencia humana.

Y dieron principio sin apetito alguno, pero con deseo de alimentarse y no perder las fuerzas. Esto mismo venían haciendo desde que salieron de Madrid.

El barco habia ido poco á poco acortando su carrera, hasta que de pronto quedó parado en medio de los mares; luégo se oyeron en la cámara donde almorzaba Bricio las voces del patron y de cási todos los tripulantes, no tardando en bajar el primero, el cual dijo al duque:

—Señor, nos hemos salvado milagrosamente.

—¿Cómo es eso, capitan? ¿Cuando acabó la tormenta, cuando el peligro desapareció estuvimos á punto de perecer? Explícate, si quieres que te comprenda.

—Terminado el chubasco, comenzó á aflojar el viento hasta quedarnos de pronto parados. Al huracan siguió una calma chicha que nos asustó; mas cuál no sería nuestra sorpresa al ver frente á la proa del bergantin y como á treinta varas, multitud de rocas que oculta el agua, pero que se elevan hasta cerca de la superficie; cinco segundos más de viento, y el *Lucero* se hubiera estrellado sin remedio alguno. Sólo Dios ha podido salvarnos.

—¿Te eran desconocidos esos escollos?

—Completamente; ocupan un espacio muy corto, pero, como dije ántes, los enfilaba nuestra proa.

—¿Y no era posible verlos á larga distancia?

—Al más elevado de los que se distinguen le falta una vara para llegar á flor de agua.

—Entónces tienes razon; nos salvó la Providencia. ¿Qué vas á hacer?

—Esperar una ráfaga de viento para huir del peligro y continuar viento en popa.

—Eso es. Vuelve á cubierta y no abandones tu puesto hasta que hayamos desaparecido de este paraje.

Marchó el capitan, prosiguiendo el duque:

—Ya lo habeis oido, señores: Dios quiere que vivamos, y cuando así lo dispone, para algo nos retiene en el mundo. Comamos, pues, y esperemos. Piñeiro, continúa sirviéndonos manjares, y luégo almuerza tú como hace un mes.

Cerca de anochecido volvió el aire, y el bergantin *Lucero*, salvando los escollos que tenía de frente, comenzó á correr de nuevo encaminado al Sur. Más tarde refrescó el viento, y ya siguieron vários dias con Norte fuerte y tiempo seguro al parecer. Cruzaron por cerca de Canarias, contemplando á la distancia de tres millas el elevado pico de Tenerife, el que tardaron veinticuatro horas en perder de vista. Luégo, á impulso siempre de un aire fresco y constante, corrió el bergantin como nunca en direccion de los Trópicos, sin ver nuestros viajeros otra cosa que cielo y agua. Al octavo dia de navegacion se encerraron en la cámara de popa padre é hijo, preguntando el primero al segundo:

—¿Cómo te encuentras, Florian?

—Señor, teniendo en cuenta tus reflexiones y el admirable ejemplo que me das, voy sintiéndome cada instante más resignado con mi suerte. La herida que saqué de Madrid parecia mortal; pero como para Dios no hay nada imposible, acaso sane, y esto es hoy, en mi opinion, lo más probable.

—¿Intentas tranquilizarme, ó es verdad lo que acabas de decir?

—Te lo juro por Dios Santo. ¿Y tú, cómo estás, padre mio?

—Yo bien; todo lo bien que es posible después de sufrir

en el mundo la más ruda y cruel de las desgracias. Nada hay aquí que nos recuerde nuestra irreparable pérdida; la vida que hacemos llena de emociones y salpicada de peligros, unida á la idea que tengo de que el cielo me manda conservar la existencia, van formando en mí otro sér diferente de lo que fué. Es preciso en consecuencia que nuestro continuado silencio desde que abandonamos la corte se interrumpa constantemente: hablaremos de ciencias, procuraremos distraernos, y áun cuando el olvido es imposible, hagamos llevadera nuestra infortunada suerte.

—Bien, padre mio, realizaré cuanto me pidas; sólo tú me quedas en el mundo; hemos vuelto nuevamente á correr por los mares y la tierra sin pariente alguno, con un pasado triste, un presente angustioso y un porvenir oscuro y nada halagüeño. Discutiremos sobre lo que tú quieras; tú, mi padre y amigo, tornas á ser mi único compañero, mi sola idea, mi última esperanza!

—Hijo, mi querido Florian, desecha tanto dolor, esa tristísima melancolía que revelan tus frases, ideas, rostro y pensamientos.

—¡Ay, señor, cuando el corazon está herido lucha el hombre en vano, pretendiendo sanar lo que difícilmente halla remedio!

—Para esa enfermedad existe uno eficaz.

—¿Dónde se encuentra, padre amado?

—En la voluntad del hombre. ¿No te basta mi ejemplo?

—Tambien yo creo en algunos instantes que nuestro mal va desapareciendo, pero bien pronto llega la realidad convenciéndome de lo contrario. Tú no sientes todo lo que demuestras al hablar conmigo.

—Te equivocas; cada instante voy notando alivio. Hijo, piensa más en Dios; convéncete que nos ha dejado en el mundo para algo, y no contradigas las primeras ideas que expresastes al empezar esta conversacion.

—Señor, es que ahora me sucede una cosa extraña que no

sentí jamás; ó no pienso en nada, ó varío contínuamente de ideas hasta el punto de no haber fijeza en mí.

—Eso prueba que has entrado ya en el período de reaccion; y si te ayudas, esforzando algo tu voluntad, lograrás lo que yo quiero, lo que te conviene. Tampoco yo, Florian, tengo en el mundo otro pariente que tú; como al principio de mi vida, surcamos ahora los mares solos, sin presente ni porvenir; como entónces eres hoy mi esperanza, mi consuelo, el paño donde puedo enjugar el llanto de mi dolor. No aumentes mis penas; no te encorves bajo el peso de la angustia, que eres el báculo de mi vejez y no podré apoyarme en tí.

—Padre, te juro resignarme; ya lo estoy; no han de ver los hombres lágrimas en mis ojos, tristeza en mi semblante ni angustia en mi alma. Tienes razon; soy tu báculo, y por Dios que lo hallarás fuerte como el roble; no tendrás queja; te ha de admirar mi brio y constancia.

—Esa resolucion calma mis sufrimientos; persiste en ella, fortalécela, y que el cielo te premie el sacrificio.

—¿Qué más recompensa que ser amado por tí? ¿A qué otro bien superior se puede aspirar en la tierra que al de obtener todo tu cariño? Sí, duque de Noal, príncipe de la filantropía, corazon el más noble y grande que conozco; tú, mi padre, mi maestro, mi protector, mi egida; tú necesitas de mí y me has encontrado. Hasta hoy anhelaba que nuestro bergantin sin rumbo y á merced de los vientos chocara sobre las rocas y nos abriera el paso de ese abismo que ruge á nuestras plantas; sólo me halagaban los fuertes aquilones, la fiera tormenta, los escollos y los embates del embravecido Océano; cuando rugian unos y otros asomaba á mis labios fatídica sonrisa que no carecia de placer; al cesar expelian mis párpados dos lágrimas que cruzaban mi rostro y descendian al mar, intentando al parecer acusar de débiles y ruines á esos fieros elementos. La muerte era mi única esperanza, y como la muerte no venía torturaban mi sér la pena y el hastío.

—¡Y me decias otra cosa, Florian!

—¡Si estaba loco, señor!

—¿Y ahora, hijo?

—Ahora, par diez, ahora me hallo cuerdo, resignado; te lo juro por el alma de mi Erundina, por el amor que me tuvo tu bellísima María de Sandoval.

—Desde que espiraron no osastes pronunciar esos nombres.

—Ya me sobra valor para todo; ya deseo que este barco llegue frente á una nacion cualquiera, desembarquemos, y podamos luchar con los hombres. Yo quisiera tomar parte en esas intrigas que tanto conmueven y agitan la existencia humana, en esas revoluciones que cambian la suerte de un país, elevan á unos y hacen sucumbir y rodar por el suelo á otros. Necesito una existencia activa, enérgica, y donde lleguemos la he de tener, si Dios me ayuda. Desde hoy es preciso que bebamos ron y Ginebra; esos licores son indispensables en la mar; discutiremos dia y noche, y te advierto que he de hacerte la oposicion en todo; si tú demuestras talento, si el genio brilla en tu hermosa y despejada frente, yo recibí en Nueva-Orleans mejor educacion que tú en Sanlúcar, Sevilla y Madrid; tengo además sangre de la de tu padre, y sólo puede enorgullecerse el vizconde de Régulo venciendo al duque de Noal.

—Eso es; beberemos; nuestros debates serán largos, interminables, y puesto que la muerte huye de nosotros, olvidemos la muerte.

Padre é hijo continuaron desde este instante haciendo esfuerzos heróicos por resignarse con su suerte, sobreponiéndose á las muchas desgracias de que ámbos eran víctimas. Se amaban tanto, que el temor de entristecer el uno al otro y agravar más sus penas fué la verdadera causa del cambio radical que estaban ya experimentando.

En tanto que esto acontecia en la cámara de popa, tenía lugar otra escena no ménos interesante en un camarote próximo al sitio en que dejamos á Bricio y Florian de Calatrava. Se hallaba sentado en un taburete del mencionado camarote D. Arturo Mendo, y su actitud era la de un hombre que está

abrumado por sus penas y por las que sufren las personas que le rodean. Apoyaba el codo en una diminuta mesa, la frente en la palma de su diestra, tenía los ojos húmedos y parecia presa de terrible agitacion.

En tal estado, se abrió la estrecha puerta del camarote, penetrando Juan Piñeiro, el cual cerró aquella, y cogiendo otro taburete, se sentó junto á Mendo con la mayor confianza. Brillaba en sus labios alegre sonrisa, la primera que apareció en ellos desde que salió de Madrid.

—D. Mendu,—dijo con su proverbial acento gallego, su flema y constante sonrisa,—D. Mendu, alce la frente y oiga. Las cosas han variadu muchu.

—¿Qué acontece, Juan?

Le preguntó Arturo sin abandonar su actitud.

—Digu que quite ese codu de la mesa y me mire; así, frente á frente.

—Habla.

—Nu hablu...

—Terco como siempre. ¿Qué quieres?

—Siguiendu nuestra cunspiracion he espiadu al señur duque y al señuritu Flurian.

—¿Continúan fingiendo?—preguntó el secretario con viveza y ansiedad.—¿Siguen resignados en la forma, y víctimas de su dolor en el fondo?

—Cuandu yo me riu algu nuevu ucurre.

—Juan, tú no eres torpe ni te falta talento, á pesar de esa ruda corteza que nádie logró arrancarte; ¿que has comprendido? ¿qué has visto? Habla, por Dios.

—He oidu muchu, y me consta que han variadu cumpletamente el padre y el hiju.

—¿Cómo fué? ¿A qué feliz casualidad debemos esa fortuna?

—Yo no lu puedu explicar pur impedírmelu esa maldita curteza que V. sabe; peru le diré, que hablarun muchu; el vizconde empezó fingiendu y acabó por sufrir una matafusis...

—Metamórfosis, querrás decir.

—Esu es; una metamurfosis cumpleta, cumpleta digu. El padre se alegró bastante; aquella cara era la misma que en otru tiempu; se dierun satisfaciones, hubu juramentus, prutestas, y se cunvinu por últimu en que vamus á beber ron y Ginebra, á cuestiunar dia y noche y á meternus en muchas intrigas cuandu desembarquemus.

—Piñeiro, comprendo todo lo que quieres decirme, y si no te hubieses equivocado...

—¡Equivucarme! ¡Yo! D. Mendu no me cunoce ni sabe lu que á mí me interesa el hiju y más aún el padre.

—Sé que los quieres más que á la mujer que perdiste, y lo prueba esa noble sonrisa que brilla en tus labios; me consta que comprendes bien; que, á pesar de tu rudeza, adivinas; pero temo, Juan, no ver cierta la única felicidad á que yo podia aspirar en la tierra. Siendo ellos infortunados, la ventura desaparece de mí.

—Tambien V. lus quiere más que á la difunta; bien lu dice ese semblante; pues añadu que es verdad cuantu le dije; me interesaba demasiadu para puder equivucarme.

—Me devuelves una tranquilidad que juzgué perdida para siempre.

—La cugí unida á la mia pur la cerradura de una puerta pequeña.

—¿No crees que en lo sucesivo vuelvan á ser víctimas de su dolor?

—¡Cá! lus cunozcu á fondu, y cuandu ellus toman una resolucion decisiva no cejan nunca.

—Entónces, Juan, dejaremos de ser desgraciados.

—Ya lu hemus hechu; alégrese comu yo, y preparémunos á verlus confurmadus y tranquilus.

—Estrecha mi mano, leal Piñeiro; la noticia que me das lo merece todo.

—Es honra, peru no mucha, que ya me dió la suya el duque y tambien el vizcunde.

—Tu nobleza de alma te hizo acreedor á nuestro cariño.

—Dice mi amu, y nunca miente, que D. Mendu es el hombre más leal y caballeru que cunoce.

—Juan, el don nunca se pone delante del apellido sino del nombre, pero tú puedes suprimirlo en lo sucesivo.

—Lu mismo tiene delante del unu que del otru, con tal que se ponga en algun sitiu; V. nació cun él y se lu doy; á cada unu lu suyo.

En este instante oyeron la voz del duque que llamaba á Piñeiro, y los cuatro se reunieron en la cámara.

Desde aquel memorable dia fué creciendo en ellos la resignacion, no perdonando ningun sacrificio ni violencia para llegar al estado que nos imponen la religion y el deber. Reian muy poco, hablaban mucho, buscaron la distraccion que era posible encontrar en medio de los mares, logrando al fin quedar satisfechos de sí propios. Este cambio parecia providencial y hasta necesario para predisponerse á los grandes acontecimientos que debian presenciar y áun ser actores en algunos de ellos. La idea del vizconde de hacerse enérgico, atrevido y tenaz, era ya el preludio de una realidad cercana, como veremos más adelante.

CAPITULO III.

Las costas de América.—Calor de la zona tórrida, frio de la glacial.—El cabo de Hornos.—El mar Pacífico.—La corriente.—Todo se ha perdido.

El vizconde de Régulo cumplió la palabra que dió á su tio, y desde aquel dia, violentándose unas veces é imponiendo siempre al corazon su incontrastable voluntad, era otro sér diferente, y áun puede decirse que se sobrepuso á los deseos del duque. Andaba por la cubierta del bergantin; reprendia á los marineros cuando los encontraba torpes, indolentes ó descuidados, aleccionaba al capitan Anselmo, y debatia con su padre, con Mendo, y hasta con Piñeiro. No se reia, mas dejó de llorar, apareciendo en su semblante la firme resolucion de condenar al olvido lo que ya no tenía remedio.

Bricio de Calatrava admiraba aquella conducta, y sin dejar de aplaudirla dia y noche, era el primero en dar ejemplo de resignacion y conformidad.

Arturo y Juan se asimilaban al duque, y en ocasiones dadas reian y se burlaban de los tripulantes, con sólo el objeto de distraer al padre y al hijo. Los cuatro comian á las horas de costumbre, y sin hacer alarde de nada, entraron por fin

en esa vida normal impuesta por el buen sentido y la conveniencia.

A los veinte dias de navegacion divisó tierra el capitan del *Lucero* al Oeste, gritando con alegría:

—Las costas de América, señores.

—¿Qué distingues, Anselmo?—le preguntó Régulo.

—El nuevo mundo que descubrió Colon.

—La contestacion,—replicó el vizconde,—no me satisface. ¿Estamos frente á las Antillas, Colombia, Brasil, ó dónde?

—Lo ignoro; sólo percibo tierra.

—Dame ese anteojo, mal marino; yo te diré lo que es.

—¿Usted? no comprendo.

—Tú no entiendes de nada.

Y quitándole el anteojo, comenzó á mirar, exclamando después:

—Nos hallamos frente al cabo de San Roque.—Y esforzando la voz añadió:—Arturo, llega pronto.

—¿Qué acontece, Florian?

—Saluda á tu querida patria. En frente tienes á tus hermanas y sobrinos.

—¿No te equivocas?

—No; pero mi tio desembarcó por ese sitio, y debe conocer el terreno mejor que yo.

—Veamos,—contestó el duque, prosiguiendo:—tienes razon, hijo mio; estamos frente al cabo de San Roque; esa es la patria de Arturo, y no léjos de aquí se halla su pueblo natal.

—¿No podriamos desembarcar áun cuando fuese por pocos dias?

Preguntó Mendo á Bricio. Este le contestó:

—No.

—En ese hospitalario país reside mi familia, á cuyos individuos hice ricos.

—Quedándote tú pobre, Arturo.

—No, señor; les dí lo que V. me regaló y nada más. Son agradecidos, y entre ellos acaso mejorase el vizconde.

—Mi hijo y yo nos encontramos perfectamente. A ser posible me aproximaria á tierra no obstante para que tú vieras á tus hermanas y amigos, pero ya sabes que me lo impide un juramento sagrado.

—Comprendo. Continúa reinando Norte y el Brasil lo tenemos al Oeste. ¡Oh, pero las costas de ese dilatado imperio son extensas, y miéntras crucemos por delante de él es fácil que cambie el aire, y si soplara del Este tendriamos necesariamente que desembarcar y quedarnos ínterin vivamos en mi querida patria!

—Si así sucede, iremos al Brasil, despidiéndonos para siempre de Europa.

—No le pesaria á V., señor duque; entre mis compatriotas hallariamos una pureza de costumbres desconocida en el antiguo continente; es gente sencilla, honrada y agradable en su trato.

—Lo sentiria, Arturo,—dijo el vizconde.

—¿Por qué, Florian?

—Porque anhelo arribar á un país revolucionario.

—No te comprendo.

—Quisiera, amigo mio, intrigar, dirigir masas, convencer y arrastrar en pos de mí á una nacion entera. Huyó de mi sér la indolencia, y sólo deseo trabajar dia y noche mi inteligencia y facultades físicas.

—Ya; pero si tenemos la desgracia de que el viento nos lleve á la Patagónia ó á algun otro país desierto ó habitado por cafres, entónces mal negocio vamos á hacer.

—Si no hubiera séres humanos nos dedicaremos á la caza, ejercicio material que merece mi agrado; y si al desembarcar ó después nos viéramos entre salvajes, lucharemos con ellos hasta perecer ó vencerlos y dominarlos. En el primer caso, nada habremos perdido, que es harto pesada la carga de la vida para que yo tema dejarla; en el segundo, sería gran dicha para nosotros poder convertir una tierra de bárbaros en pueblo cristiano y civilizado. ¿No te parece, como á mí, que mi

querido padre desempeñaria el puesto de rey con rectitud y justicia extremadas?

—Florian, pensemos en el Brasil; pidamos al cielo que cambie el viento y nos lleve á esa deliciosa costa; todo es cuestion de que el bergantin dé media vuelta y su proa quede al Oeste.

—Ruega tú solo, Mendo; yo tengo motivos para no hacerlo.

—¿Quieres decírmelos?

—Entre otros el calor que há muchos dias nos molesta en sumo grado.

—¿Qué te extraña, si estamos en la zona tórrida?

—Es que á mí me gusta más la templada.

—En Nueva-Orleans, donde tú te educaste, hace tanto calor como aquí.

—A lo malo no puede uno acostumbrarse nunca.

El barco continuó viento en popa, yendo su proa dirigida siempre al Sur. Arturo rogaba al cielo contínuamente que cesara el Norte y que fuera reemplazado por el Este; pero la Providencia no le oia, y el bergantin cruzaba por frente á las costas brasileñas con pasmosa rapidez. Florian se reia de sus súplicas y ruegos, el duque demostraba indiferencia, y Piñeiro no se cuidaba de otra cosa que de complacer á sus señores y hablar con algunos de sus paisanos, tripulantes de aquel buque.

Diez dias después dejaron atrás la zona tórrida, volviendo á entrar en la templada; Mendo fué poco á poco perdiendo sus esperanzas, exhalando el último suspiro veinticuatro horas después, al distinguir las costas del Rio de la Plata.

—¡Acabaron mis ilusiones!—exclamó.—Ahora me es ya indiferente que el viento nos lleve donde quiera.

Imposible parecia que en tanto tiempo como llevaban en el Océano les hubiera soplado siempre un Norte fijo y constante. Como permitieron al barco que fuese á merced del viento, y éste sólo sufrió una pequeña calma junto á Canarias, dejaron atrás miles de leguas que habian andado en ménos de la mitad

del tiempo que otro buque cualquiera sujeto á derrotero. Atravesaron mares llenos de escollos, inquietados unas veces por las tormentas y presas otras de los aquilones, sin que estos ni aquellos hubieran molestado en la presente ocasion á los cuatro pasajeros y trece tripulantes del bergantin *Lucero*. A un dia sereno seguia otro nublado, las noches de luna distinguian y salvaban los escollos, y las oscuras parecia defenderlos la poderosa mano del Destino. Bricio de Calatrava veia en todo esto la Providencia; los restantes no se cuidaban de otra cosa que de admirar los fenómenos naturales, que no eran pocos en aquellos parajes, y de distraerse del modo que puede hacerlo el infeliz marino.

Un dia se acercó el capitan al duque, y con ese respeto que inspiran la superioridad y el talento, le dijo:

—Señor, pronto cruzaremos frente á la Patagónia, y en pos sólo nos resta la temperatura fria de la zona glacial y mares que nos opondrán inmensos témpanos de nieve.

—Verdad es, Anselmo,—le contestó Noal;—pero no es probable que el Norte prosiga reinando siempre en estas zonas.

—¿Y si persistiera?

—Entónces Dios nos inspirará.

—Discutamos, si V. lo tiene á bien, señor duque.

—No hallo inconveniente.

—D. Arturo me ha contado las desgracias que os han ocurrido en Madrid y obligado á los cuatro á adoptar una resolucion que juzgo desesperada. Conozco el gran talento de V.; sé que es tan marino como yo, y puesto que le veo resignado é inteligente, quiero que hablemos sobre el presente y porvenir, pues le estoy muy reconocido y voy á cumplir un deber de conciencia. Ya he dicho que si continuara el Norte llegariamos á ser detenidos por un mar helado; esto en el caso de que resistiéramos lo crudo y frio de una temperatura que V. desconoce. Podrá evitarse soplando viento del Este, pero estoy seguro que nos echaria á la Patagónia, y en verdad que hallándose desierta una parte y otra habitada por cafres,

sería horrible que un hombre como el duque de Noal se encerrase allí, seguro de morir de hambre y de frio; esto podria llamarse un suicidio más cruel que el de arrojarse al mar. Me dirá V. que al cambiar el viento puede reinar Oeste; pero entónces entraremos en mares desconocidos, desiertos, frios, y en los que probablemente pereceriamos todos. Hé aquí, señor, el cuadro que tenemos delante; yo le ruego que medite sobre él, y con aplomo y sangre fria adopte una medida que salve el bergantin y las vidas de los diez y siete séres que vamos en él.

El duque quedó pensando algunos segundos, concluyendo por exclamar:

—Iturralde, sé perfectamente dónde nos hallamos, y conozco mejor aún lo que tenemos de frente y á los costados; pero es el caso que juré seguir donde el aire me llevase, y no es posible detenernos hasta que un estorbo cualquiera nos lo impida.

—Buscar eso á la altura en que estamos es lo mismo que caminar en brazos de la muerte.

—No puede hacerse otra cosa; para que sucediera lo contrario, era preciso que me arrojáseis á ese abismo ó dejáseis de obedecerme.

—Imposible; prefiero morir á cometer una infamia.

—Pues entónces deja á tu barco que camine viento en popa.

—¡Señor, por María Santísima!..

—Anselmo, has citado Norte, Este y Oeste; te olvidaste del Sur y de los muchos vientos que pueden reinar que no sean de los cuatro cuadrantes. Tú empiezas á ver la muerte; yo hace tiempo que distingo la mano de la Providencia fija en nuestro mísero bajel. Pronto sabremos quién se ha equivocado de los dos.

—¿Pronto dice V?

—No debe estar léjos.

—¿Hay razones que puedan convencerme?..

—No; tu vista de míope no alcanza tan alto.

—Mucho talento tiene el duque; el mundo le aplaudió un dia con entusiasmo; hasta en los mares deciamos los desterrados, los pobres marinos, que el duque de Noal no conocia rivales en ninguna parte del globo; pero nádie le concedió, permítame V. que lo diga, el que fuese adivino.

—Consiste, Iturralde, en que tomais los hombres por adivinacion el efecto de causas que os son desconocidas.

—No insisto; mas aseguro á V. que prefiero la muerte en ese Océano glacial á dejarle entre cafres ó en árido desierto.

—Gracias, amigo mio; probablemente no será lo uno ni lo otro.

—¿Conque adelante y que nos conduzca el viento donde quiera?

—Eso es.

—Pues adelante, que yo tambien soy terco y no he de ceder por el miedo ni por la distancia.

Y se separaron tranquilo el uno é indiferente ya el otro á los muchos peligros que amenazaban su vida.

El viento arreciaba cada instante más; el frio era intenso, y los copos de nieve herian la cara de los pasajeros ó tripulantes que permanecian sobre cubierta. Todos hicieron uso de sus mejores abrigos, llevando cubierto el rostro hasta cerca de los ojos.

Algunos dias después era ya insufrible lo helado de la temperatura, llegando el caso de murmurar fuerte y á presencia del duque los pilotos y marineros del bergantin:

—Nos vamos derechos al Polo,—decian,—y ántes de muy poco, si continuamos así, moriremos. La sangre comienza á helarse, la cubierta se llena de nieve, y nuestras manos se niegan á desliar las velas, y á todo lo que no sea buscar el calor necesario á la vida.

—Si eso os sucede, peor para vosotros, débiles marineros,—exclamó el vizconde de Régulo con altanería.—Venga

la caña de ese timon, que yo guiaré el barco; idos vosotros á calentar, que en la cocina teneis fuego abundante.

—¿Qué haces, hijo mio?

Preguntó el duque á Florian.

—Ya lo ves, señor; dirijo nuestro navío; aquí permaneceré hasta que los témpanos de nieve impidan su rápida carrera ó mejore la temperatura, y la tripulacion pueda continuar como ántes.

—Si no cambia el viento,—dijo Mendo,—no esperes lo último, vizconde; proseguimos derechos hácia el polo Antártico.

Mejor abrigados el duque, su hijo, Arturo y Piñeiro que los tripulantes del bergantin, pudieron resistir sobre cubierta algunas horas más, pero tambien comenzó para ellos á hacerse imposible permanecer quietos mucho tiempo sobre un punto barrido constantemente por torbellinos de nieve, que arreciaban segun corria el *Lucero*.

Desde el capitan hasta el último grumete, todos estaban en la cocina, cerca del fuego, sin aliento para salir ni áun para moverse.

Bricio, Florian y Mendo empezaron á reemplazarse mútuamente en la direccion del timon, pues llegó ya el caso de que, á pesar de sus muchos y buenos abrigos, no podia estar ninguno parado más de diez minutos. El cochero, profano al arte conocido por los otros tres, paseaba contínuamente cerca de su amo, diciéndole:

—Nunca cunucí un frio comu este; aquí sí que es verdad aquellu de que se hielan las palabras; y es lu malu que ya se cansarun mis piernas de pasear. Me sientu; puedu estar así perfectamente; qué sueñu va llegandu á mis párpadus. Me duermu, me duermu.

—¿Qué dices, Juan?

Le preguntó el duque sorprendido.

—Digu que sin querer voy á durmir. ¡Qué sueñu tan dulce!

E inclinó la cabeza sobre la baranda del buque.

—¡Florian, Mendo!—gritó Noal, que en aquellos momentos dirigia el bergantin.—Venid aquí. Juan empieza á dormir, y ese sueño es la muerte.

—¿Estás cierto, padre mio?—le preguntó el vizconde.

—Sí; comienza á helarse; en breve dejará de circular su sangre, y no tardará en espirar. Llevadlo cerca de la cocina, golpeadle y que ande. De ese modo únicamente podreis volverle á la vida.

Los dos obedecieron, regresando á la media hora. Florian dijo á su padre:

—Señor, Piñeiro queda bueno, y en este momento refiere á Iturralde junto al hogar la impresion que sufrió poco há sobre cubierta. ¿Cómo te encuentras tú?

—Puesto que el viento no varía, sujeté la caña del timon, y paseo como ves. He debido helarme; pero la Providencia vela por mí, y en verdad que contínuo bien.

—Me alegro, señor; pero si Dios no hace un milagro, ántes de poco pereceremos.

—Todavía hay delante de nosotros,—replicó Bricio,—islas, y habitantes en ellas, que sufren mayor frio.

—Cierto; mas no debes olvidar que á estas horas todos ellos están recogidos en sus viviendas y rodeados de fuego.

—Pues nosotros, hijo mio, seguiremos adelante sin temor alguno á la muerte del helado. Es un sueño tranquilo, que insensiblemente arranca la vida del hombre. Así sucederá ú otra cosa cualquiera; pero de este sitio no nos moveremos ninguno de los tres ínterin ande el barco; juntos hemos vivido hasta ahora, y sólo la muerte debe separarnos.

—¡Que me place!—exclamó Florian.

—Noto, señores,—dijo Mendo,—que empieza á calmar el viento.

—Verdad es,—contestó el duque.—Sube un farol, que la noche avanza y cada instante se presenta más oscura.

Poco después quedó el bergantin parado por falta de aire. Bricio dejó amarrado el timon, y los tres bajaron á la cámara,

donde tenían dispuestos dos braseros y mantas algodonadas. Ya era tiempo, siendo así que á la vez principiaron á sentirse atacados del sueño mortal que anteriormente amenazó la vida del cochero.

El viento cesó por completo, pero una brisa fina y sutil entraba por todas partes, cortando la respiracion y haciendo más daño que los copos de nieve y el aire. Pero nuestros trece tripulantes y cuatro pasajeros se encontraban ya lo suficientemente resguardados de aquella, cerca de las áscuas, interceptada la comunicacion con la cubierta y en situacion que les era imposible helarse. De este modo siguieron paseando hasta la media noche en que todos principiaron á dormir con la sola excepcion del duque, el cual exclamó:

—Aquí pueden entregarse al sueño sin temor al frio. Lo malo es que desconozco esos mares, y si de pronto vuelve el viento, nos estrellaremos con alguna roca ó escollo de los muchos que en mi concepto deben abundar por estos sitios. Mas siendo así que la noche está oscura y es imposible permanecer sobre cubierta, voy yo tambien á dormir, y que Dios disponga de nosotros. ¡Acaso sea el último instante que te veo en el mundo, mi amado Florian, y á tí, mi querido Mendo! Pero toda vez que de sorprendernos la muerte nos hallará reunidos, nada me importa perecer.

Luégo besó al vizconde, y estrechando la mano de Arturo sin que ninguno de los dos despertara, se tendió sobre un divan, murmurando:

—¡Dios mio, Dios mio, tened misericordia de nosotros! ¡No os pido, Señor, una vida que sostengo como carga pesada, insufrible; ruego á Vuestra Divina Majestad que nos perdone, nos ampare, y á ser dable, Padre mio, nos una á María de Sandoval y á mis hijos y nietos! ¡Qué triste es la soledad del mundo cuando se pierden en él los objetos queridos que yo vi desaparecer uno tras otro, dejando mi corazon yerto, desconsolado y en tortura! Ni el frio de ese terrible polo que suponemos en frente logró helar mi sangre como aquella

horrible guadaña que en una hora segó!.. ¡Fatal idea! ¡Oh, he ofrecido resignacion y la tendré! ¡Resignacion!..

Las lágrimas se agolparon á sus ojos; elevó nueva súplica al cielo, y un instante después quedó profundamente dormido, como lo estaban ya sus diez y seis compañeros restantes.

El barco prosiguió parado hasta las cuatro de la madrugada, que el viento tornó á empujarle en distinta direccion que anteriormente. Era la primera vez que variaba desde que salieron de Cádiz, y este cambio debia influir poderosamente en el porvenir de los diez y siete navegantes. Hasta ahora fueron siempre en direccion del polo, y claro es que de haber continuado lo mismo, no habria tardado la muerte en sorprenderlos. ¿A dónde iban? ¿Qué derrotero tomó un buque que llevaba todas las velas desliadas y sujeto el timon para caminar viento en popa, sin otro guia que el aire? Sepámoslo.

A las siete despertó el vizconde, hallando junto á él, presa de tranquilo sueño, al duque y á Mendo; abrió una porta de luz, contemplando los rayos de un sol claro y radiante; luégo subió á cubierta, y después que hubo examinado la aguja, tornó á bajar, gritando:

—¡Padre mio, Arturo, levantad!

Los dos abrieron los ojos y se incorporaron, preguntándole:

—¿Qué acontece?

—Tenemos viento de S. O. fuerte y no tan frio como el Norte de ayer; el barco vuela sobre esa superficie medio helada, y en breve, continuando así, hallaremos una temperatura agradable.

—¿Subiste á cubierta?

—Sí, señor.

—¿Podemos estar en ella?

—Bien abrigados no hallo inconveniente.

—Pues tú, Mendo, despierta á los tripulantes, y vamos nosotros dos.

Ya arriba, prosiguió el duque dirigiéndose á su hijo:

—No se ve escollo alguno.

—Verdad es, padre mio; hemos entrado en la inmensidad del Océano Pacífico ó Meridional, y sólo agua y cielo se presenta á nuestros ojos.

—El bergantin se aleja del polo, y ántes del mediodía tendremos buena temperatura.

—Con inclinar un poco el timon mejoraria al instante, é iriamos de bolina; y entiendo, señor, que pronto veriamos tierra.

—Sí, la América del Sur; pero la Providencia nos lleva á otra parte.

—Si el capitan ó los pilotos cogen la caña, intentarán echar nos á la costa. Todos murmuran ya de nuestro propósito, y es indispensable evitar una desobediencia que entorpeceria el cumplimiento de tu promesa, lo cual es preciso evitar á costa de los mayores sacrificios.

—Para eso, Florian, nos encargaremos nosotros dos de dirigir el buque de dia, observando de noche lo que hace la tripulacion.

—Bien pensado.

En este instante subieron Mendo y Piñeiro, y á las once de la mañana estaban sobre cubierta los diez y siete navegantes. El capitan y sus subordinados aplaudieron con entusiasmo la llegada de un viento que los alejaba del polo, y por consiguiente de una muerte segura. Con mejor temperatura, abundantes víveres, bastante vino y agua de sobra, pronto olvidaron los peligros pasados, entregándose á una expansion y alegría de que carecieron cerca de un mes.

El capitan quiso volver á encargarse de la direccion del barco, pero el duque se opuso, y entre él y Florian cuidaban del timon, sobrando con ellos para un buque que debia ir siempre viento en popa y en un mar que no les presentaba escollo alguno.

Así permanecieron seis dias; la tripulacion jugaba y reia en la cámara y cubierta de proa, y los cuatro viajeros, acom-

pañados de Iturralde, hablaban unas veces y paseaban otras en las de popa.

Bien pronto, sin embargo, ahogó el destino la alegría de unos, haciendo variar la conversacion de los otros. El barco, que hasta entónces habia sido empujado por sólo el viento, lo era en este instante por una corriente que les obligaba á andar de catorce á diez y seis millas por hora; liaron las velas, y el bergantin caminaba lo mismo. Estaban en un mar desconocido y sobre aguas que, á imitacion de un torrente, los impelia con pasmosa rapidez. Palos, velas, timon, esfuerzos heróicos, todo era inútil contra aquella potente fuerza que los llevaba mar adentro, amenazando destruir al *Lucero* contra la primer roca ó escollo que encontrasen.

Cansado el capitan de dar órdenes y de que intentase su gente nuevos medios de salir de aquel terrible canal, gritó:

—¡Basta, señores, basta!

Y volviéndose al duque, le dijo:

—Todo es inútil, todo; ante esa corriente sucumbe el poder humano, é iremos donde Dios quiera.

—Ese es mi deseo, Iturralde,—contestó Noal;—que la Providencia sola guie y dirija nuestro buque.

—El cual, señor, perderá su curso probablemente, chocando contra algun estorbo, yéndonos todos al fondo de ese abismo.

—¡Cómo ha de ser; si así lo dispone el cielo, cúmplase su voluntad!

—Pues que se cumpla; una vez hemos de morir, dejemos á la suerte que elija el instante. ¡Qué cambios tan terribles se notan en este mar desconocido! ¡Hace algunas horas todo lo creiamos ganado; ahora todo lo juzgamos perdido!

—Puede que dentro de poco suceda lo contrario, capitan.

—No parece lo probable, señor de Calatrava.

—Iturralde, ¿jamás oiste hablar de esa espantosa corriente?

—Nunca, señor, lo cual me prueba que el buque entrado aquí acabó por estrellarse; por eso se llaman mares descono-

cidos, y en verdad que somos dignos de compasion los que tuvimos la desgracia de conocerlos.

—¿Nada se ha escrito sobre estas cercanías al polo Antártico?

—No, señor.

—En verdad que no puedo explicarme de un modo satisfactorio la causa que da fuerza á la corriente que nos empuja y precipita.

—Es un fenómeno marítimo.

—Parece que todo el gran Océano se agolpa de Sur á Oeste, y no adivino...

—No se moleste V., duque; toda su ciencia, que yo juzgo bastante, se estrellará ante ese aborto de la naturaleza.

—Y vamos mejorando en temperatura.

—Consiste en que este canal se inclina un poco hácia el Norte, y nos aleja cada instante más del polo.

—Verdad es. ¿Qué miras con el anteojo?

—La roca ó escollo en que nos hemos de estrellar.

—¿Y qué ves?

—Sólo agua y corriente. ¡Cómo se prolonga la última, no tiene fin!

—Te equivocas; fin tiene todo en el mundo.

—Pero entre aquel y nosotros está la muerte.

—Acaso; mas si no distingues roca ni escollos...

—¡Oh, ya saldrán, ya! Cuando nádie ha hablado sobre este fenómeno, es evidente que sucumbieron los que llegaron como nosotros.

—Pudo suceder que el canal sea estrecho y nosotros los primeros que penetremos en él.

—Imposible; los españoles, los ingleses, los franceses y áun algunos alemanes surcan todos los mares del mundo con heróico valor, y no es fácil que al cabo de tantos siglos fuéramos nosotros los destinados á descubrir la existencia de un canal que cuenta tantos años como la tierra.

Lo mismo que el capitan y Bricio decian Mendo y Florian,

en tanto que los pilotos, marineros y grumetes maldecian su suerte, votaban, dando rienda suelta á la desesperacion que empezaba á apoderarse de ellos.

Pasó el dia, y el barco continuó corriendo, ó mejor dicho, precipitándose por aquel torrente que parecia no tener fin. Llegó la noche, la luna estaba en menguante, y una oscuridad densa y profunda invadió el espacio.

—Era lo único que nos faltaba,—dijo Iturralde al duque de Noal.

—¿Por qué?—preguntó Bricio.

—Porque para aumento de males vienen las tinieblas que nos impiden ver á media vara de distancia.

—Capitan, todos los esfuerzos que hiciste hoy para sacar al bergantin de entre la corriente que lo precipita, fueron inútiles; el barco no vira una sola línea, prosiguiendo el curso que le impone otro poder más fuerte. De esto debes deducir, que no hay medio de salvar el escollo que aparezca en nuestro camino; por consiguiente, para nada nos hace falta la luz. Soy de opinion, en consecuencia, que busquemos el lecho, dejando al destino que nos conduzca adonde tenga por conveniente.

—Asombra, señor duque, este modo de correr tan continuado y sostenido; hemos andado ya más de cien millas, y todavía seguimos con la misma espantosa rapidez.

—Durmamos, Anselmo, durmamos, y si el cielo dispone que despertemos en el otro mundo, cúmplase su voluntad.

Y llamando á Florian, Mendo y Piñeiro, bajaron los cuatro á la cámara, siendo al poco tiempo, y después de haber cruzado algunas frases, presa de tranquilo sueño.

Ninguno de ellos temia la muerte ni deseaba vivir; por cuya razon se cerraron sus párpados sin exhalar un suspiro, ni rogar al cielo que les conservara una existencia que tan en poco tenían.

El capitan, los tres pilotos, el cocinero y los restantes marinos quedaron sobre cubierta, entregados en un principio á la desesperacion, segun hemos dicho, la cual fué poco á poco

trocándose en temor y pavura. El tremendo ruido del agua que se precipitaba sin pausa ni descanso, la completa oscuridad y la impotencia á que se veian reducidos ante aquel poder mágico, colosal, incontrastable, fueron causa de que desapareciera de ellos ese innato valor que rara vez abandona al marino. Ya no votaban ni maldecian; ahora alzaban las manos al cielo, demandaban perdon de sus culpas, implorando una misericordia de que tanto necesitaban.

Así continuaron hasta las tres de la madrugada en que, rendidos por las fatigas del dia y sin esperanza de ver el término de una corriente cuyo fin era incalculable, se arrojaron todos al suelo, buscando sobre la dura superficie de la cubierta un sueño que suspendiera por algun tiempo el daño, malestar, insomnio y amargura que llevaban sufridos en las últimas veinte horas.

Poco á poco fueron tambien durmiéndose, siendo el último el capitan, el cual cerró sus párpados murmurando las siguientes frases:

—Llevamos andadas por este canal más de doscientas millas, y en nada ha menguado la rápida carrera de las aguas. Debe terminar frente á alguna isla, contra la que se estrellará mi *Lucero* del mismo modo que lo habrán verificado cuantos buques penetraran en él. No hay remedio para nosotros; la Providencia desoyó nuestro ruego, y pronto dormiremos con sueño eterno en el insondable piélago que ruge bajo mis plantas. ¡Todo sea por Dios! ¡Me aflige morir cuando parecia que la suerte intentaba halagar mis ilusiones, siendo esta la primera vez que contemplé su riente faz; cuando me hallo en la flor de mi vida, y cuando pensaba, en fin, tener una mujer y unos hijos que ahogaran con sus caricias los treinta años de afanes y sinsabores de este pobre marino! Dormiré; como mis compañeros iré de un sueño al otro, que desde la vida á la muerte la distancia es corta.

Algunos minutos después reposaba como los restantes individuos de la tripulacion; pero los trece se movian bastante,

demostrando una intranquilidad que no les abandonaba despiertos ni dormidos.

La noche continuaba oscura como las tumbas; á excepcion del ruido que formaba la corriente, nada interrumpia el pavoroso silencio del Océano.

Bricio, Florian, Arturo y Piñeiro reposaban tranquilamente sobre magníficos divanes, sin que idea alguna fuera capaz de turbar aquel sueño constante y agradable. Al salir de Madrid lo llevaban perdido todo, y la vida, única cosa que les quedaba, era para ellos carga insufrible que anhelaban dejar en un valle donde sólo veian abrojos, dolo y pesar.

CAPITULO IV.

Término de un sueño que debia conducir á la muerte.—Una nacion frente á la proa.—Alegria de unos é indiferencia de otros.—De sorpresa en sorpresa llegan al asombro.

Serian las seis de la mañana cuando el duque, Florian, Mendo y Piñeiro despertaron á consecuencia de las muchas voces y algazara que sintieron sobre cubierta.

Inmediatamente se vistieron, y reunidos en la cámara, fueron á subir; pero en el mismo instante se abrió la puerta de la escotilla, apareciendo el capitan Iturralde, que les saludó con las siguientes frases:

—¡Nos hemos salvado, señor duque, y nuestro viaje ha terminado! La Providencia no abandonó á sus hijos, y en esta ocasion los ha llevado á puerto seguro.

—No te comprendo, Anselmo,—le dijo Calatrava;—explícate y sepamos qué acontece.

—Repare V. que el bergantin está como anclado.

—Verdad es que no se mueve.

—Ya lo creo; cesó la corriente y se detuvo entre unas rocas que milagrosamente respetaron su casco. Y no es eso lo más extraordinario, sino que su proa está frente á una nacion.

—¿No me engañas, Iturralde?

—No, señor.

—¿Hiciste algun movimiento que obligase al barco?..

—Imposible; oiga V. lo acontecido, y después subiremos á cubierta, donde hallará pruebas suficientes de cuanto acabo de decir. Reunidos los trece cerca de la proa sin esperanza alguna de salvacion, nos fuimos quedando dormidos, seguros de no volver á despertar. La corriente aumentaba en fuerza, léjos de disminuir; bañaba el rostro el rocío de la noche y la oscuridad era completa; pero así y todo se cerraron nuestros párpados, y el sueño no desoyó nuestra súplica. La cobardía de los marineros es tan pequeña, que pretende igualarse al valor de la gente de tierra. Ignoro el tiempo que permanecimos dormidos; sólo sé que nos despertó á los trece el estampido del cañon. Aturdidos, confusos y sin saber qué era de nosotros, nos pusimos de pié, viendo enfrente un puerto coronado de cañones y á nuestro bergantin inmóvil entre várias rocas que rodean una hermosa ciudad. La bruma de la mañana no nos deja distinguir bien los objetos; pero estoy seguro de que es cierto cuanto acabo de exponer.

—¿Una ciudad en estos mares?—exclamó sorprendido el duque.—No me explico nada de cuanto expresas, Iturralde.

—Ni yo tampoco; pero ante la realidad hay que creer y esperar á que el tiempo nos aclare el misterio. Subid los cuatro conmigo, y aumentará vuestra sorpresa; cuando bajé empezaba á desaparecer la bruma de la mañana, y ya podremos ver con más claridad el magnífico panorama que tenemos enfrente.

Los cinco se dirigieron á la escotilla, siendo detenidos en el mismo instante por la voz de un marinero que gritaba:

—Capitan, gente de tierra. Una falúa se dirige al bergantin con hombres armados.

—Sube,—exclamó Noal,—que echen la escala real, recibe á los que llegan y acompaña al jefe á esta cámara.

Iturralde obedeció; los cuatro restantes se miraron con al-

go de asombro, concluyendo por retratarse en sus semblantes la indiferencia que rara vez les abandonaba.

—Sentémonos.

Dijo Calatrava, y los tres lo verificaron, quedando aquel en medio, Florian á la derecha y Mendo á la izquierda, en tanto que Piñeiro se recostaba en el quicio de la puerta de la escotilla.

Un momento después sintieron atracar la falúa, y no tardaron en escuchar el rumor producido por las frases que dirigia Iturralde á uno de los recien llegados.

Más tarde percibieron las voces de mando que un militar dirigia á sus soldados y el choque de vários fusiles al descansar en la cubierta del buque.

El vizconde sonrió, diciendo:

—Son un jefe y vários soldados españoles, y la nacion que creyó contemplar Iturralde, alguno de los navíos que mandó España á estos mares; el infeliz continúa presa del terror que le infundió el canal, y la óptica de sus ojos le hizo ver al través de la niebla el mundo que anhelaba su deseo.

—No razonas mal, hijo mio,—añadió el duque;—los recien venidos hablan el español como nosotros, y no siendo posible que hayamos retrocedido á las costas del Pacífico, claro es que estamos frente á algun buque de la escuadra que recorre estos mares. Pero aquí vienen, y pronto saldremos de dudas.

Un minuto más tarde se presentó Anselmo, dando la derecha á un capitan como de cincuenta años de edad, de aspecto grave, bigote que empezaba á encanecer, y cuyo rostro revelaba más valor que talento, más práctica militar que ciencia.

Los tres se pusieron de pié, devolviendo á aquél el saludo que les hizo.

Iturralde se quedó junto á Piñeiro, dejando al recien venido que avanzara, lo que hizo hasta que estuvo á una vara de distancia de Calatrava.

—¿Es V.,—le preguntó,—el señor duque de Noal?

—Sí, señor.

—¿Y ese caballero que está á la derecha?

—Mi hijo, el vizconde de Régulo.

—¿Y este otro?

—Mi secretario D. Arturo *Mendo*.

—¿Y aquel que está apoyado en el quicio?

—El jefe que fué de mis caballerizas, Juan Piñeiro.

—¿No trae V. más servidumbre?

—No, señor.

—¿Y gente armada?..

—Sólo vienen en el bergantin los trece que vió V. sobre cubierta y nosotros cuatro.

—¿Quién les guió á estos mares?

—La desesperacion. Los cuatro perdimos á nuestras esposas é hijos, víctimas de terrible epidemia, compré este buque, y en él nos hicimos á la vela, dejando al viento que nos condujese al fondo de ese abismo ó adonde tuviera por conveniente.

—¡Extraña determinacion!

—Capitan, sólo puede comprenderla el que llega á tan terrible trance, y logró amar á su mujer é hijos tanto como nosotros. ¿Pertenece V. á algun buque de la escuadra española?

—No, señor; en mi país no hay barcos grandes.

—No comprendo...

—¿Permanece V. en esta cámara há mucho tiempo?

—Desde anoche á las nueve no nos hemos movido de aquí.

—¿Luego nada han visto ustedes?

—Nada absolutamente.

—Entónces yo le enteraré de todo lo que ignora. Este bergantin, como otros muchos barcos, dobló el cabo de Hornos y vino inclinándose hácia el centro del gran Océano meridional, teniendo la suerte ó la desgracia de caer en una corriente, que llamamos nosotros *Polar*, la que los ha traido al sitio en que están sin que ustedes hallasen medio de evitarlo. Eso mismo sucedió el año de 1824 á tres fragatas que salieron de

Cádiz, llenas de emigrados, los cuales conquistaron mi país, fundando en él una nacion culta y rica como pocas. Eran liberales que, no queriendo sucumbir ante el despotismo que les iba á imponer su rey, huyeron hácia el Brasil; pero el viento les fué contrario, y los que pensaban mendigar una hospitalidad en América, se constituyeron en dominadores de mi patria. Militares cási todos, valientes hasta el heroismo, pronto sujetaron una raza que apénas les ofreció resistencia, vista la inferioridad de armas, de conocimientos guerreros y de medios de pelear. Vinieron cerca de cuatro mil hombres, en los que estaban representadas todas las clases de la sociedad; recorrieron el territorio, y con celo y pasmosa energía edificaron ciudades, levantaron templos, eligieron rey, adoptando el sistema político-representativo que hoy rige. Segun ellos, encontraron en los indígenas valor, gran memoria, docilidad y extremada predisposicion al estudio de las artes y de las ciencias. Pronto hubo escuelas, cátedras, y en ménos de veinte años esta isla, poblada en su orígen de gente ignorante, se trasformó en una nacion cultà, poderosa y rica. Tenemos ejército, corte, ferrocarriles, telégrafos y cuantos adelantos se admiran, segun cuentan, en la vieja y carcomida Europa. Sólo deploramos la desgracia de vernos encerrados en esta nacion, sin que haya medio alguno de comunicarnos con ningun otro país del mundo.

Calló el capitan, dejando confusos, aturdidos y perplejos á sus oyentes; en el rostro de Florian se traslucia un placer que no sintió jamás, en tanto que su padre miró con interés al militar que tenía enfrente, diciéndole:

—Comprendo la mayor parte de lo que acaba V. de decir; mas, si lo tuviese á bien, desearia me contestase á algunas preguntas que pondrian en claro la parte misteriosa que he encontrado en su relato.

—No hallo inconveniente alguno, si bien le ruego que abrevie, toda vez que mis jefes aguardan, y el pueblo comenzaba á reunirse, ansioso de saber quiénes son los que el destino acaba de traer á nuestro puerto.

—Procuraré molestar á V. lo ménos posible. ¿El canal por donde hemos venido, concluye aquí?

—No, señor; se detiene ante esa cordillera de montañas que hay á la derecha; pero empieza de nuevo para terminar ante una multitud de escollos donde han estado expuestos á perecer cuantos barcos nuestros intentaron buscar por esa parte salida al gran Océano.

—¿No tiene este país costado alguno por el que pueda salir un buque, sin ser molestado por la corriente?

—No, señor; por el sitio que han venido ustedes se nos presenta el ímpetu de la corriente, y ésta coge todo un frente de nuestra isla; los otros tres costados arrebatan al barco que sale de ellos, llevándolo á los infinitos escollos de que hablé ántes.

—Después de la llegada de los españoles en 1824, ¿fuimos nosotros los primeros que caimos en el canal?

—No, señor; segun mi cuenta, entre fragatas y otras clases de barcos han venido nueve, y los habia entre ellos ingleses, españoles, alemanes y franceses. Esa es la razon de conocer nosotros y de haber planteado todos los adelantos que se admiran en Europa.

—¿Y ántes del año 24, no arribó ninguno?

—Sí; pero se estrellaron unos contra esas rocas, pereciendo en el fondo del mar los náufragos, ó saltaron en tierra otros para morir á manos de los valientes isleños que les salian á recibir armados y en número considerable.

—¿Cómo no aconteció lo mismo á los primeros españoles?

—Porque eran muchos y venían provistos de cañones, fusiles y pertrechos de guerra.

—Segun eso, no todo el que entra en el canal llega aquí sin peligro alguno como nos ha sucedido á nosotros.

—Al contrario; por esta parte ensancha el canal bastante, y son pocos los barcos que no se estrellan contra las rocas que sirven de avanzada á esta isla. Sin embargo de eso, raro es el que perece, pues hay siempre várias falúas dispuestas á

salvar á los náufragos, y dos vigías observan contínuamente desde la torre que domina un espacio inmenso de mar.

—¿Cómo se llama esa nacion ó isla?

—Nueva-España.

—¿Y qué suerte, qué hospitalidad concede el gobierno constitucional de este país á los que, como nosotros, llegamos aquí impelidos por la poderosa mano del destino y no tenemos medio de salvarnos?

—Terrible pregunta me hace V.

—Si no le es posible contestar, nada exijo.

—Consiste en que mi respuesta no va á serle agradable.

—Deseo, no obstante, oirla.

—Por el pronto, los diez y siete que vienen en el bergantin van presos é incomunicados por clases.

—¿Qué es eso de clases?

—Que V. podrá estar en un calabozo con su hijo, secretario, cochero y capitan; y en otro departamento, los pilotos y marineros. El barco y cuanto viene en él pertenece ya á Nueva-España; pero al poner á ustedes en libertad, se les juzga naturales del país, concediéndoles los derechos de ciudadanía. Es el privilegio otorgado á todos los que han nacido en la vieja España.

—¿Y qué vamos á hacer en un pueblo que nos es completamente desconocido, sin dinero ni recurso alguno material?

—Trabajar en ciencias, artes ú oficio. El gobierno necesita de los brazos é inteligencia europeos para que acaben de instruir á los indígenas, y eso únicamente reconoce por causa y justifica una confiscacion prohibida por las leyes del reino en cualquier otro caso.

—¿Y nuestra prision á qué conduce? Somos gente indefensa y que sólo anhela una hospitalidad que sabrá agradecer.

—Cierto; pero está prevenido que se incomunique á cuantos lleguen como ustedes, ínterin viene un delegado del gobierno que examina la calidad de los acogidos y la aplicacion que puede hacerse de ellos. Luégo resuelve el ministro del ramo,

siendo unos destinados á talleres, otros á cátedras y algunos los dejan en libertad para que se dediquen á lo que más les agrade.

—¿Se tarda mucho en todo eso?

—A veces un año; pero tengo el placer de participar al señor duque de Noal, que su nombre es aquí conocido, y en más de un periódico se ha hablado de sus hechos de armas en el mar de las Antillas y en Cuba.

—¿Quién ha podido enterar á ustedes?..

—Cincuenta y tres habaneros, cuyo barco siguió el rumbo de este bergantin, viniendo á estrellarse sobre las rocas que hay á la derecha; pero nuestras falúas salvaron parte del cargamento y á todos los náufragos.

—¿Conque tambien hay aquí periódicos?

—De todo cuanto dejaron ustedes en la vieja España encontrarán en la Nueva. Yo no soy hombre de ciencia, pero segun he leido, está nuestra isla á la misma distancia del polo Sur que España al del Norte; siendo igual, en consecuencia, la temperatura, la vegetacion, la índole de los habitantes, y muy parecidos los usos, costumbres y caracteres.

—Pues si el gobierno sabe que yo he guerreado y vencido en América, posible es que mi prision se prolongue más que la de otros.

—No lo creo; conocen las masas su heroismo, la bondad y filantropía que residia en sus actos, y ante esas consideraciones resolverá pronto la autoridad sobre la suerte de un hombre que todos aplaudiamos ántes de conocerlo. En el aislamiento en que vivimos, anhelamos saber lo que acontece en otras partes, y los relatos que nos hicieron de Noal se leyeron con avidez por todos los habitantes de esta isla, quedando grabados en nuestra memoria.

—Me es igual en lo que se refiere á mí; me duele únicamente que mi pobre hijo y restantes que me acompañaron se vean encerrados en un calabozo por causa mia y sin otro delito que el de haberme seguido hasta aquí, víctimas de su lealtad.

El capitan se acercó al oido del duque, diciéndole muy quedo:

—Yo llegué á la clase que ve V. desde simple soldado; todo lo gané con el valor, y es tal mi aficion y entusiasmo por los héroes como V., que algo he de hacer, Dios mediante, en su favor.

Noal se fijó en aquel hombre con interés, y comprendiendo que era verdad lo que concluia de expresar, le contestó, de modo que sólo él pudiera oirlo:

—Recomiendo á V. el vizconde, seguro de que si algun dia puedo yo devolverle los beneficios que le otorgue, seré tan generoso con V. que le asombrará mi esplendidez. ¡Sólo él me queda en el mundo!

—Acepto, y fie V. en mí, que no le ha de pesar.

Y después de cambiar ámbos una mirada satisfactoria, añadió el capitan:

—Señores, no me es posible perder más tiempo; subamos á cubierta, teniendo en cuenta que van ustedes presos, y que únicamente les permito sacar de este barco lo que lleven encima.

Los cinco inclinaron la cabeza, caminando delante del capitan indígena.

Bricio, Florian, Arturo y Piñeiro quedaron asombrados al contemplar el magnífico cuadro que se presentó á su vista. A derecha é izquierda tenían una cordillera de montañas puestas por la mano de la Providencia para detener el curso de una corriente cuyo espantoso estrépito se oia desde allí, una bella ciudad salpicada de palacios, templos, torres, casas recien construidas, calles rectas é iguales y en pos una dilatada y hermosa campiña. La vegetacion se parecia á la de España, y entre los seculares árboles del antiguo isleño, se admiraban el naranjo y vários otros plantados por los europeos. La temperatura era agradable, y bellísimo, sorprendente cuanto se presentaba á sus ojos. Al subir por la estrecha escalera de popa nuestros cinco españoles, se quedó el último Florian, efecto de una

seña que le hizo el jefe indígena de Nueva-España; cási á la vez se acercó el último al oido del anterior, diciéndole:

—Me llamo Julian Iglesia; tenga V. confianza en mí, y nada tema en lo porvenir.

Cuando llegaron á la cubierta rodeaban el bergantin várias falúas del gobierno. El capitan gritó:

—Pueden subir los encargados del secuestro y tomar posesion de este barco y de cuanto hay en él.

Luégo entraron en un bote todos los tripulantes y cocinero del bergantin; penetraron en otro el capitan y cinco restantes que le acompañaban en la cámara, y en la falúa un oficial al frente de la fuerza que habia ido al barco.

Interin nuestros diez y siete apresados se dirigian á la ciudad en la forma expuesta, treinta dependientes del gobierno tomaron posesion del *Lucero*, haciendo inventario de cuanto existia en él.

Sería poco más de las siete de la mañana cuando Bricio y sus amigos pusieron el pié en tierra, dirigiéndose entre dos filas de soldados á la capitanía general. Cási todo el pueblo de aquella ciudad, que era grande, estaba agolpado en el puerto, formando luégo calle para ver de cerca á los europeos. La figura y belleza de Florian llamaron la atencion tanto ó más que el aspecto venerable del duque; sólo elogios oian ámbos al pasar, por lo que concibieron tan buena idea de los habitantes de aquel pueblo, como mala de un gobierno que los mandaba encerrar en un calabozo sin causa ni delito alguno.

Llegaron á un extenso edificio, sobre cuya puerta se leia: *Capitanía general del distrito de Cádiz.* Allí entraron, y separados siempre los cinco de la tripulacion y cocinero, penetraron en un salon del piso bajo; el capitan les dijo:

—Esperad aquí las órdenes de S. E.

Y salió, dejando á la puerta un centinela.

El duque, su hijo, Arturo, Piñeiro y Anselmo se sentaron en un divan situado en otro saloncito contiguo al primero, quedando en éste sus restantes compañeros, de pié y cada

instante más admirados de cuanto veian y escuchaban. Los muebles, las casas y hasta los nombres, todo era igual á lo que dejaban en España; les parecia un sueño su viaje y acontecimientos. Más tarde volvió el capitan Iglesia, diciéndoles:

—S. E. se halla enfermo y no puede verlos hoy, pero me ha mandado que en su nombre cumpla las órdenes del gobierno, y en virtud de lo prevenido en ellas, quedan ustedes presos ó incomunicados por ahora. Seguidme todos.

Y en pos de Julian bajaron una escalera estrecha, penetrando luégo en un pasillo largo y húmedo; en él habia várias habitaciones ó calabozos; en el primero encerraron al duque y cuatro compañeros, y en el de enfrente á los tripulantes y cocinero. Echados los cerrojos y candados los dejaron solos, permaneciendo en el pasillo un solo centinela, que paseaba de arriba á abajo, el cual era relevado cada dos horas.

Pronto corrió la voz por la ciudad de que uno de los que acababan de llegar era el valiente y entendido duque de Noal; comentaron su arribo, y los caballeros y señoras principales desearon verle, á cuyo fin escribieron á la autoridad militar. Esta se disculpó en un principio con las órdenes de incomunicacion que se veia obligada á cumplir; pero fueron tales los compromisos y exigencias, que no pudo prescindir de hacer excepciones con algunos personajes de aquella capital. En consecuencia, mandó que dejasen entrar á vários; mas para que no se pudiera atribuir esta desobediencia á lo prevenido como falta de celo por el servicio, dispuso que sujetasen con cadenas delgadas á los diez y siete prisioneros, prohibiendo de un modo absoluto que se les dirigiese pregunta alguna.

—Estando amarrados,—exclamó,—les es imposible escapar, y no hablándoles, se evita el que adquieran favor ó dén noticias ántes de que el gobierno haya dispuesto de ellos; con lo cual siguen incomunicados, sin que influya en nada contrario el hecho de visitarlos algunas familias.

Antes de pasar adelante, es conveniente decir algo sobre la isla en que nos hallamos.

CAPITULO V.

Nueva-España.—Sus habitantes.—Lo que acontece allí.—Parecido notable.—La distancia no hace variar los usos y costumbres.

Cuanto habia expresado el capitan Iglesia era verdad; pero hombre rudo, falto de conocimientos y con más nobleza de alma que talento, dejó mucho por decir. Llenemos nosotros este vacío.

Bricio de Calatrava, sus compañeros de viaje y la tripulacion, hallaron la terrible corriente que los llevó á Nueva-España á los 64° próximamente del polo Antártico y como á ciento cincuenta leguas del cabo de Hornos. Desde el principio de dicho canal á la isla de Nueva-España habia dos mil trescientas millas, y se inclinaba el curso de las aguas de S. E. á N., empezando estrecho para concluir en una latitud de treinta leguas. Luégo seguia la misma direccion, disminuyendo su anchura hasta llegar á los escollos de que habló Julian, distantes cincuenta millas de la isla, para perder allí toda su fuerza.

A excepcion del barco de Noal, que fué impelido por la mano del destino, los demás que arribaron á Nueva-España iban en general con rumbo á la América del Sur; pero al do-

blar el cabo de Hornos, se encontraron arrollados por un viento del Este que los llevó al canal.

A los emigrados del año 24, fundadores de Nueva-España, les sucedió cási lo mismo que á Bricio: salieron de Cádiz con Norte, y así continuaron hasta el mencionado cabo, sin que les fuera dable arribar á Rio-Janeiro por el fuerte huracan que se levantó al entrar en la zona tórrida. Luégo se hallaron empujados por viento del Este, tan fuerte como el anterior, y sin poderlo evitar cayeron en la terrible corriente que ya conocemos. La isla engrandecida por ellos sólo ocupaba frente al canal veintiocho leguas; de modo es que seguia el torrente de las aguas seis millas á derecha é izquierda de la latitud de la isla; y como los buques que entraban en este canal eran impelidos al centro de él por ser el sitio donde la corriente adquiria más fuerza, de ahí la razon de dirigirse todos al nuevo Cádiz, centro del ancho de la isla. Tenía ésta delante una extensa hilera de montañas, puestas sábiamente por la naturaleza para detener el curso de las aguas, las cuales se precipitaban á no dudarlo por debajo de algunas de aquellas montañas y por los costados de la isla. La cordillera que servía de dique presentaba espacios en que se abria, como sucede en Guipúzcoa, para formar bahías ó puertos idénticos á los de Pasajes, San Sebastian etc., y en cási todos ellos establecieron muelles los conquistadores para pesca y cortos viajes de recreo, única cosa que les permitia el fatal torrente de que estaban rodeados. Intentaron muchas veces navegar, y al efecto hicieron vários reconocimientos, mandando barcos fuertes y pesados que partian desde los costados y centro de la isla en favor de la corriente; pero áun cuando llevaban fuerza motriz é iban además sujetos con gruesas maromas, eran arrollados y conducidos á los escollos, contra los que se hubieran estrellado sin el auxilio que les prestaban los de tierra, haciéndoles retroceder con las maromas. A la ida andaban en tres cuartos de hora el espacio que los separaba de los escollos; y al regresar, no obstante el auxilio de una máquina de vapor con fuerza de cien caballos que

movia el torno, empleaban dos dias. Convencidos por último de que no habia más remedio que permanecer incomunicados con todo el mundo ó estrellarse, dejaron de intentar nuevos ensayos sobre los ciento que llevaban hechos, todos infructuosos y á costa de muchas víctimas.

En la actualidad se dedicaban con celo incansable á dar direccion á globos; pero tampoco lograban dominar el espacio que habia sobre aquel terrible mar.

Nueva-España tenía la forma de un cuadrilátero imperfecto, siendo su parte más estrecha la que daba frente al canal. Estaba comprendida entre los 38 y 42° Sur, que era su longitud próxima, y ya hemos dicho que su latitud no pasaba de veintiocho leguas. El clima era tan agradable como el de España; su temperatura la misma, por lo cual, y gracias á los europeos que la conquistaron, eran idénticos los productos agrícolas.

Sus habitantes, ántes de llegar los españoles, se dedicaban á la caza, á la pesca, labraron algunos campos y no desconocian del todo las artes y la industria, particularmente los que habitaban en el centro. Tenían buena memoria, fácil comprension, eran valientes, y se les convencia sin dificultad, trasformándose en dóciles y hasta humildes ante la razon y la justicia.

Existian algunas excepciones; los montañeses, que poseyeron en un principio la costa donde situaron Nuevo-Cádiz y algunos otros puntos del litoral, vivian como salvajes, sin que les fuera dable á los del centro dominarlos ni atraerlos. Eran hordas que se alimentaban de la rapiña, no obedecian á autoridad alguna, y cuantos europeos cayeron en su poder otros tantos mataron, siguiendo así hasta el año 24 en que los españoles dieron fin de todos. Fué en los únicos que hallaron resistencia; los del centro se sometian desde luego, admirando cuanto veian en ellos, y prestándose gustosos á un yugo que debia necesariamente enseñarles, ilustrarlos y cambiar, en fin, su modo de ser. Dotados, segun hemos dicho ántes, de gran memoria, fácil comprension, y predispuestos al trabajo, aceptaron

la religion católica, creyeron en Dios, y con esta magnífica base comenzaron á hacerse artistas, hombres de ciencia, labradores y cuanto deseaban los europeos.

Eran ágiles, fuertes, su color moreno claro, sus facciones perfectas, y en las mujeres las habia hermosísimas.

Aislados, perteneciendo á una misma raza y con pocas guerras entre sí, fué aumentando aquel pueblo indígena hasta el punto de encontrar los españoles más de cinco millones de habitantes.

De tiempo atrás venían acatando la autoridad de un rey, al cual llamaban Kausou, que traducido quiere decir soberano. Este elegia caciques, destino hereditario y único que se conocia de nombramiento real. Cada uno de aquellos mandarines gobernaba un distrito, y era el que imponia tributos de sangre y dinero cuando el Kausou los necesitaba.

Las pocas guerras civiles que tuvieron eran debidas á disidencias entre caciques ó á algunos de éstos que acometian á los montañeses salvajes; mas pronto las terminaba el rey presentándose en el sitio de la lucha sin aparato alguno de guerra, pero seguido de quinientos hombres que formaban su corte y estado mayor. Al llegar junto á los combatientes les enseñaba una culebra de oro enroscada en un palo del mismo metal, símbolos de la muerte y de la justicia: la vista del monarca enarbolando aquel primer signo de su autoridad, bastaba para que los guerreros arrojasen las armas y huyeran despavoridos á sus respectivos distritos, con lo cual todo se concluia.

El soberano administraba justicia desde su trono al que se la pedia; era señor de vidas y haciendas, y en sus actos se veia el sello de la equidad.

La eleccion de rey era peculiar de los caciques, pero debia recaer precisamente en un indivíduo de la familia del monarca difunto. Al efecto se reunian los diez mandarines más ancianos; examinaban uno por uno á todos los varones de régia estirpe, proponiendo luégo á la asamblea deliberante y electiva el que juzgaban más apto para el desempeño de tan diff-

cil mision. Cási lo mismo se efectuaba el nombramiento de cacique; el soberano oia uno por uno á los descendientes del mandarin muerto, y al terminar elegia á aquel que conceptuaba más hábil, fuerte y entendido.

Los españoles llegados allí el año 24 entraron con suerte, pues era la única vez que el consejo de ancianos y luégo la asamblea se dividieron en dos bandos para elegir monarca. Murió Kausou X, dejando sólo dos hijos, uno de veinte años de edad y otro de diez y siete; el menor demostró en su exámen más talento, fortaleza y aficion á la justicia que su hermano; pero algunos le juzgaban demasiado jóven para reinar, y votaron al mayor, en tanto que los otros se inclinaron en favor del que reunia mejores circunstancias. Como á los grandes y acalorados debates siguió una votacion de empate, recurrieron á las armas, para que el derecho de la fuerza decidiera aquella cuestion.

Este era el estado del país cuando llegaron los españoles. Las hordas salvajes que les salieron á recibir sucumbieron por completo, y la masa general de isleños del interior depusieron las armas y cesaron de disputar ante aquellos hombres que mataban á larga distancia y se batian con órden y concierto que les eran desconocidos. Así es que, léjos de oponerles resistencia, los nombraron árbitros en la contienda que los dos partidos sostenian.

Los españoles eligieron una junta de gobierno, é inmediatamente se dedicaron con incansable celo á recorrer el país. Hallaron ricas minas de oro, plata, plomo y otros metales; en los campos una vegetacion admirable, y un país, en fin, que les ofrecia más aún de lo que necesitaban. Como en Europa, encontraron altas montañas, extensos bosques, anchos y dilatados rios, pesca y caza.

Su reconocimiento no se limitó á la parte topográfica de la isla; estudiaron el carácter, usos y costumbres de los indígenas; calcularon su número, y como la necesidad hace milagros, se despojaron todos de ambiciones bastardas, y pensa-

ron sériamente en formar de aquel pueblo inculto, pero bondadoso y digno de mejor suerte, una nacion ilustrada y poderosa.

Comprendieron desde un principio que los isleños se prestarian á todo ménos á derribar del trono á uno de los dos descendientes del último Kausou; y visto que el mayor era el de ménos capacidad, el más indolente y en el que no hallarian oposicion alguna á las grandes reformas que pensaban introducir, lo eligieron monarca con el nombre de Francisco I.

Para no disgustar al partido de su hermano menor, que lo componian la mitad de los habitantes del país, pretextaron que era costumbre entre los españoles elevar al mayor; y dieron tantas razones en pro de este derecho, que convencieron á unos, en tanto que los demás se resignaban, vista la imposibilidad de hacer otra cosa.

Inmediatamente abrieron cátedras, levantaron templos, formando muchos y bellísimos pueblos con el arte y ciencia que pudieran realizarlo los europeos más entendidos é ilustrados.

Los primeros diez años presentaron un gobierno sábio, pero anómalo en la forma; trascurrido ese plazo establecieron el sistema representativo, con todo lo bueno y malo que ofrece su práctica, y á los veinte años se confundieron ya españoles é indígenas, hasta el punto de aparecer como una nacion cualquiera de Europa, pero más asimilada á España que á otra. Tal fué la gran predisposicion y buena índole de aquel pueblo en pro de nuestros usos, costumbres, civilizacion y adelantos morales y materiales.

De este modo corrió el tiempo sin guerras, disturbios ni otras cuestiones que aquellas conducentes á la felicidad del país; pero vino una segunda generacion, pidió su puesto, se lo otorgaron, como no podia ménos, y poco á poco comenzaron á demostrar que en su enjendro habian tomado parte los vicios y virtudes de nuestra moderna civilizacion.

Esto fué causa de que apareciera en la arena política gente grande en la forma y chica en el fondo; de lo cual resul-

taron intrigas de todo género y un caos, en fin, que nos faltan frases y medios de describirlo. En aquella apartada region llegó á comprenderse la manera de gobernar enteramente al contrario de como se hizo al principio.

A los treinta años empezó á tocar el país las terribles consecuencias de haber elegido para el desempeño del poder supremo un hombre indolente, sin iniciativa ni accion; un hombre que en política se concretaba á decir *amen*, en la mesa era gastrónomo, en los banquetes el primero, el *todo* en sí y el *nada* en lo demás. Su falta de capacidad y su ninguna dote para el mando, cubiertas con el manto de una bondad extremada, fueron causa de que los partidos creados por la ambicion se desbordaran, y cambiasen aquel tranquilo y delicioso país en campo político de Agramante.

El hermano menor de Francisco fué declarado infante, y habitó el palacio real, ajeno á los asuntos de estado, los primeros veinte años; pero visto el giro que tomaba la cosa pública, casó con la hija de un general español, y se retiró á una casa de recreo que tenía á quince leguas de la capital. El jóven príncipe era la antítesis de su hermano; activo, enérgico, ilustrado y laborioso, cultivó su gran talento dia y noche, y conceptuándose impotente para dominar como infante el torrente político que amenazaba devastar su país, abandonó la corte, segun hemos dicho, con ánimo resuelto de no entender ni saber de nada.

—Ya que me es imposible hacer la felicidad de mi pueblo,—se dijo,—no quiero ver su desgracia.

Y desoyendo ofertas de ambiciosos ruines y súplicas de algunos leales, marchó donde expresamos ántes, seguido únicamente de su esposa y de una corta comitiva. Ya en la casa de recreo, enamorado y bondadoso, se dedicó al cuidado de su familia, á la caza, á hacer el bien de la comarca en que se hallaba, y más tarde á velar junto á una preciosa niña que el cielo le otorgó.

A los diez años de vivir en aquel aislamiento, murió ben-

decido y llorado por su mujer, hija, sirvientes, colonos, y completamente olvidado de los demás.

No tardó en seguirle su leal esposa, dejando huérfana y cási abandonada á su pobre hija, que contaba á la sazon ocho años. Se llamaba Zeneida, y á pesar de su corta edad, demostraba ya un talento, discrecion y serenidad dignos del padre que le dió el sér. Por pedirlo ella y juzgarlo conveniente los criados que la rodeaban, permaneció aislada en la casa donde habia muerto el autor de sus dias, desconocida de cási todos los que no estaban á su alrededor, y olvidada del mundo y de la corte. No tardaremos en encontrarla nuevamente, y entónces nos ocuparemos más de ella.

Si los españoles, fundados en el principio que servía de norma á los indígenas para nombrar rey, hubieran elegido al hermano menor, es indudable que la suerte del país sería distinta. La energía, talento y laboriosidad del desheredado habrian servido de dique, en nuestro concepto, á la ambicion y torpeza de unos partidos que debian necesariamente desbordarse, vistas la indolencia, variedad y desaciertos de unos gobiernos débiles, inseguros y vacilantes desde el momento que constituyeron el país, y se juzgaron, lo mismo indígenas que españoles, sábios, entendidos, eminentes, y todo aquello que acumula la vanidad sobre el imperfecto cerebro humano.

El infante que nos ocupa reunia además las cualidades siguientes: era liberal en todo lo bueno que comprende la frase; justiciero hasta consigo mismo; recto y tenaz en propósitos; valiente en empresas, y nacido, en fin, para dominar y resistir. Hubiese tolerado la existencia de partidos y las cuestiones que sugieren opiniones encontradas; pero al frente de ellos, sobre ellos y más elevado que ellos, les habria dado direccion, iniciativa, campo á todo lo bueno de sus debates, destruyendo con potente diestra la inmoralidad, la corrupcion y el desbordamiento de tanta pasion bastarda como al fin crecieron y ya se alimentaban en un pueblo vírgen no há mucho, y digno de mejor suerte.

Ya que hemos dado á conocer el estado de Nueva-España, su situacion topográfica, clima, gobierno y cuanto creimos útil y necesario para que nuestros lectores puedan apreciar debidamente los acontecimientos que relata este libro, reanudaremos nuestra interrumpida novela, retrocediendo á la ciudad de Cádiz, donde yacen encerrados en negros y súcios calabozos el duque de Noal y restantes compañeros, llevados por la mano del destino á la mencionada isla.

CAPITULO VI.

La mazmorra en forma de jaula.—Indiferencia.—Un fanático llovido del cielo.—La fuga.

Bricio de Calatrava, su hijo Florian, Arturo Mendo, el capitan del *Lucero* y Juan Piñeiro, quedaron de pié, paseando por su lóbrega y húmeda prision. En un principio comentaron lo que acababan de ver, admirándoles la identicidad del pueblo que dejaban con aquel en que el destino les condenó á vivir. Elogiaban la bondad de las masas, que aplaudieron á Noal sin otro fundamento que el relato de vários náufragos estampado en las columnas de un periódico; criticaban, sin embargo, su nécia curiosidad, y lanzaban denuestos justísimos á un gobierno que sin causa ni motivo los sumergia en oscura prision; pero escuchémosles.

—¿Qué te parece, padre mio, el magnífico palacio que nos regala este pueblo hospitalario y generoso?

Preguntó Florian al duque con sobrada ironía.

—Hijo,—contestó aquél,—la culpa no la tiene el país sino las órdenes contrarias, en mi concepto, al derecho de gentes.

—Veo, mi querido padre, que esto no anda bien. ¿Opinas tú lo mismo?

—Sí, hijo, sí; pero me doy por satisfecho con haber arribado á una nacion, que áun cuando poco hospitalaria y poco otras muchas cosas, me encuentro en ella perfectamente.

—No te comprendo, señor. ¿Quieres explicarme el enigma?

—Con mucho gusto.

—Entónces quedo pendiente de tu labio.

—En vez de estrellar nuestro barco contra una roca ó de lanzarnos el destino á una isla habitada por cafres ó fieras, nos trae á país civilizado, culto al parecer, donde se habla nuestro idioma, y en el que imperan, segun veo, nuestras costumbres. Es, sin embargo, nuevo para nosotros cuanto existe aquí, y esto formará un entretenimiento agradable, necesario, imprescindible á los que llevan como nosotros seis meses de un contínuo padecer.

—Todu esu es ciertu, señor,—contestó el ex-cochero;—peru nus han quitadu el barcu, cuantu traiamus en él y nu sé cómu vamus á cumpunernus para la cuestion de estómagu, casa y ropa. Puseemus lo puestu, y en verdad que vale bien pocu.

—Eso se remedia, mi querido Juan, trabajando.

—¡Trabajandu! ¡Buenu estaria V. E. haciendu zapatus, pantalones, mesas ú otra cosa análuga.

—Escribiré, Juan, que mi pluma sabe ya cómo se gana el dinero.

—La cunozcu, y tambien su espada, y sé á fondu lu que vale la cabeza de V. E.

—Juan, la suerte nos ha hecho iguales aquí; suprime el tratamiento, y ves pensando en un señor de Nueva-España que tenga carruajes y dinero que dar á sus cocheros.

—Ya lu tengu buscadu; al ladu de V. E. me hice rico; á su ladu seré pobre, y el curaje que me infunde el cambiu lu emplearé en murder comu tigre al que ufenda á mi señor ú á mi señuritu. Yo entiendu que al principio pasaremus apuros, peru luégu comenzará á subresalir esa cabeza privilegiada, su-

biendu pur encima de todus cumu en Washingtun. V. E. dió hasta ahora á lus desgraciadus cuantu tenía, y sabidu es que el padre de lus pobres es hermanu de Jesucristu, y Dios tan buenu y tan ricu no dejará perecer á mi amu.

—¿Y si sucede lo contrario?

—Tendremus paciencia; á mí no me asusta el hambre ni nada en el mundu.

—Aplaudo esa conformidad, mi buen Piñeiro, y lo mismo tú que Mendo seguireis á mi lado, partiendo conmigo mis grandezas ó mis desgracias.

—¿Y á mí, me abandona V., señor duque?

Preguntó el capitan del *Lucero*, tomando parte por primera vez en aquella conversacion.

—Yo, Iturralde, no vuelvo la espalda jamás á ningun desgraciado; cumplí mi palabra, y al llegar á este país tuyo era mi barco y suyo lo demás ofrecido á la tripulacion, sin que yo tenga la culpa ni sea responsable de la confiscacion y terrible recibimiento que nos han hecho. Esto, no obstante, si algun dia mejorase de fortuna, tú, los pilotos y cuantos me seguísteis, recibireis el equivalente de lo prometido, y á ser posible más aún.

—Entretanto, desearia que me permitiese V. vivir á su lado.

—No hallo inconveniente alguno, si bien creo que el gobierno de este país dispondrá de nosotros, en cuyo caso á nada puedo comprometerme.

—Me basta con lo que acaba V. de decir para resignarme con mi suerte.

A las doce entraron á nuestros prisioneros un almuerzo abundante, y cerca de anochecido una comida regular. Después colocaron cinco camas en aquella misma habitacion, y los abandonaron hasta el dia siguiente.

Con el cocinero y marineros hicieron lo mismo, si bien los manjares y lechos eran inferiores á los de los otros.

El segundo dia lo pasaron con corta diferencia como el

anterior; es decir, maldiciendo su suerte el cocinero y los que le acompañaban, y resignados, indiferentes y cási alegres los cinco restantes.

Durmieron la segunda noche con tranquilidad; pero á la mañana siguiente entraron vários soldados, y por órden del capitan general los sujetaron con largas y delgadas cadenas, que les permitian moverse, estar sentados y áun andar algunos pasos. Al salir, les dijeron:

—Van á llegar á esta prision algunos señores principales, que desean ver á ustedes; por esa razon manda el general que se les ponga cadena; más tarde quedarán como anteriormente, con tal que no hablen á ninguno de los que penetren aquí.

Y salieron, dejando abierta la puerta de la prision.

Media hora después se presentaron vários caballeros, que los miraron con creciente curiosidad. Nuestros cinco amigos se dejaron primero sujetar, sin oponer resistencia alguna. Luégo se mostraron indiferentes á todo.

Salieron aquellos curiosos y entraron otros, y últimamente señoras, las cuales, no obstante la prohibicion de hablar con los presos, les ofrecieron proteccion y dinero, que ellos rehusaron con un movimiento de cabeza. El centinela que estaba á la puerta, obedeciendo su consigna, les reprendió duramente; Florian, agradecido á la hospitalidad que le estaban dando, exclamó con ironía:

—En este privilegiado país nos permiten hasta mover los labios. ¡Viva la libertad!

—¡Silencio!—replicó el duque;—obedezcamos la órden de la autoridad.

Y todos callaron en lo sucesivo.

A la hora del almuerzo les quitaron las cadenas y los dejaron solos, con la puerta cerrada y como en el dia anterior.

Cerca de anochecido comieron, y á las nueve tornó á abrirse la puerta del calabozo, presentándose nuevos curiosos; pero ya continuaron sueltos, si bien seguia la prohibicion de hablar con ellos.



C. MUGICA, dib.º y lit.º

Lit. de J. DONON. Madrid.

—En este privilegiado país nos permiten hasta mover los labios ¡Viva la libertad!

A las diez quedaron solos y á las once se acostaron, habiendo permanecido la última hora comentando las extrañas y silenciosas visitas que acababan de recibir.

A las doce dormian Piñeiro, Iturralde y Arturo, mientras que el duque y el vizconde, cuyas camas estaban juntas, hablaban aún muy bajo para no despertar á sus compañeros y con el interés y cariño de padre é hijo que se aman entrañablemente.

La prision estaba alumbrada por la opaca y siniestra luz de una lámpara. Reinaba un silencio sepulcral en aquel subterráneo; hasta las pisadas del centinela hacía tiempo que no se escuchaban. De pronto oyeron Bricio y Florian ruido de pasos, y no tardaron en percibir el choque de una llave que se introducia en la cerradura del calabozo. Poco después entró un embozado, el cual, con misterio y precaucion, se acercó á la cama de Noal, diciendo muy quedo:

—Señor duque, soy yo, el capitan Iglesia. ¿Está V. dormido?

Y corrió el embozo de su capa, dándose á conocer. Calatrava se incorporó, contestando:

—Mi hijo y yo estábamos hablando; los restantes reposan tranquilamente y sin miedo de que despierten; los tres tienen sueño pesado y tenaz.

—Que me place; de ese modo podremos entendernos sin que ninguno de ellos nos escuche.

—¿Qué acontece, amigo mio?

—Nada que deba admirar á V. Esclavo de mi palabra, vengo á salvar al señor vizconde.

—¿Qué se propone V. con su evasion?

—Que parta á la corte y procure la libertad de sus demás compañeros. El gobierno anda muy ocupado ahora en combatir intrigas de las oposiciones, y es probable que no se acuerde de ustedes en mucho tiempo. Por eso conviene que Don Florian salga y les recuerde dia y noche lo injusto de estas prisiones.

—¿No le ocurrirá nada en el camino ni en medio de un pueblo que desconoce por completo?

—Todo lo más que pudiera sucederle es que vuelvan á prenderlo y le traigan aquí.

—Quiero ir, padre mio,—exclamó Régulo;—deseo saber cómo se viaja sin dinero, quiénes son los hombres que nos dan una hospitalidad tan contraria al derecho de gentes, y anhelo, por último, arrancar de mi corazon, á fuerza de emociones, sorpresas y disgustos, el clavo que ya empezó á salir.

—Bien,—añadió el duque,—parte; recorre esta nacion; pon en tortura tu entendimiento; vence con lógica y razones á los que te nieguen actos de justicia y destruyan á la vez tu energía y privilegiado valor las dificultades que te oponga el destino; pero hijo, no viajes con poco oro; aquí, como en todas partes, te mirarán con desprecio en cuanto alargues la mano para pedir plata ó alimento.

—Ocurre, señor, que en el bergantin ninguno llevábamos dinero encima, por sernos completamente inútil; y como sólo sacamos lo puesto no poseemos un real.

—Yo prestaré al señor vizconde,—replicó el capitan,—cuarenta duros que traigo á prevencion.

—Gracias; no me hacen falta. Recuerdo haber oido á mi padre que un dia entró en Madrid rendido por la fatiga, el hambre y el insomnio, y en un estado tal de pobreza, que tuvo necesidad de vender la corbata para almorzar. Luégo sufrió lo indecible; mas sobreponiéndose á la desgracia, separó su potente diestra la terrible mano del destino, y con talento y un valor que el mundo aplaudia, se hizo poderoso en honores y en riquezas. Sepamos si yo, su hijo adoptivo, su hijo político, su sobrino, discípulo y protegido, soy digno de padre y protector tan admirable; sepamos si en la ocasion presente hallo algo que pueda dominar, destruir mi brio, energía y valor. Hasta ahora mi voluntad fué vírgen; dije quiero, y obtuve; mandé, y me obedecieron; impuse, y se inclinaron ante mí; era rico, poderoso, me escudaba el elevado duque de Noal, y

nádie osó resistir á tan opulento señor. Por eso hallé todos los caminos sembrados de flores; hoy pretendo hacer lo mismo por entre abrojos y espinas; hoy, sin poder ni influencia alguna, anhelo mandar y ser obedecido; imponer, y que sucumban; gritar, y ensordecer al que no quiera oirme. Yo no venderé mi corbata; pediré limosna, y si no me la dan, ¡si no me la dan! entónces enseñaré á esos católicos la religion cristiana de otro modo que el sacerdote y el misionero.

—No, hijo, no,—exclamó Bricio, viendo la actitud que acababa de tomar Florian.—¡Mendigar tú, el hijo de mi alma! ¡Me horroriza la idea! Capitan, gracias por sus atenciones y cuidados; le agradecemos mucho ese interés, pero no nos es posible aceptarlo; en esta mazmorra ó en otra peor aguardaremos tranquilos las órdenes del gobierno.

—Padre,—añadió Florian con resolucion,—te debo la vida, cuanto soy, lo que fuí; quiero que tú tengas algo que agradecerme. En la España de Europa tú me lo distes todo; cambiemos los papeles, y en la España de los mares del Sur sea yo el que todo lo gane. Esto ha de ser.

—Como padre no permitiré que te separes de mi lado.

—Hijo obediente, me inclino ante tí, señor; pero verás dia y noche cubierto mi rostro con lágrimas de dolor y amargura; en mis labios oirás contínuamente los nombres de Erundina, María, Alberto, Encarnacion...

—¡Basta, basta; capaz eras de hacerlo, de destrozar mi alma y de acabar con tu vida que es la mia! Soy el único que trajo reloj; en Europa valia diez ó doce mil reales; enajénalo y parte; pero no me hagas esperar mucho tiempo, hijo amado. Capitan, ya que es V. tan bueno, llévese á mi Florian á su casa; véndale esa alhaja, ilústrelo en cuanto crea necesario, y no le abandone hasta dejarlo en camino que pueda andar con seguridad.

—Sí, que el niño necesita de ayo.

Exclamó el vizconde á media voz.

—¿Qué dices?—le preguntó su padre.

—Nada; que acepto tu magnífico reloj y cadena, ya que

los mios y los de mis restantes compañeros quedaron en los camarotes colgados de un clavo.

—El señor vizconde,—añadió el capitan,—saldrá de Cádiz, llevando cuanto le haga falta; usted, duque, mejorará de habitacion, muebles y alimentos, y yo le haré compañía las muchas horas que el poco servicio me deja libres durante el tiempo que permanezca léjos de aquí D. Florian. Tengo influencia con todos mis jefes, y desde mañana nada necesitará, yo se lo aseguro.

—¿Dígame V., capitan, la evasion de mi hijo causará alguna víctima?..

—No, señor; como me propuse libertarlo desde el momento que supe quiénes eran ustedes, he arreglado las cosas de modo que sólo va á resultar culpable el capitan general.

—¡Qué dice V., Iglesia! De ser cierto eso hay algo más que valor...

—Los hijos de este país no somos tontos. Oiga V. lo que ha sucedido y el resto de mi plan. El general se hallaba enfermo, segun le dije anteriormente; me encargó que eligiera yo prisiones y cuanto tuviera relacion con ustedes, y empecé por encerrarlos en calabozos, impropios de su clase y condicion. Aquellos han servido siempre para soldados, no para duques y grandes. Con esto me propuse evitar la vigilancia de la guardia y ayudantes de mi jefe, al cual dije, para justificar el hecho, que era V. temible por su valor, carácter y energía, é imprescindible el llevarlo á los subterráneos. Luégo hablé á algunos grandes de lo simpáticos que eran ustedes, del genio del duque, y les aconsejé que solicitaran del capitan general la entrada en este calabozo. Así lo realizaron, y yo más tarde indiqué á mi jefe que accediera, toda vez que, sujetando á ustedes con cadenas y prohibiéndoles hablar, no se infringian las órdenes de incomunicacion ni de arresto. Lo aprobó, y se hizo todo como yo anhelaba; después hubo uno que se quejó de la cadena que oprimia al eminente duque de Noal, y el general, sin consultarme nada, mandó que no se las vol-

vieran á poner. Dada esta órden pretendió ver á los prisioneros una poderosa familia que estima y respeta mucho mi jefe; la componen esos señores que estuvieron á las nueve de la noche; eran diez, y entre ellos, seguramente, salió escapado el vizconde de Régulo, libre ya de cadenas y confundido con tanta gente. Esto pienso decirle dentro de poco, atribuyendo mi descubrimiento al celo é interés por el mejor servicio, los cuales me aconsejaron venir á las altas horas de la noche á reconocer los prisioneros.

—De todos modos resulta un cargo grave para el capitan general.

—No importa; es hermano del presidente del consejo de ministros, y no se atreverán ni áun á reprenderle.

—Pagará el pobre centinela que á esa hora estaba en el pasillo.

—No le dieron órden de que contase los que entraban y salian, y no puede en consecuencia ser responsable del hecho; yo le defenderé, además, culpando al que mandó que estuviesen los presos sin cadenas durante la hora que permaneció el calabozo abierto y lleno de gente extraña.

—¿Y el soldado que hay ahora descubrirá á V?

—Duerme tranquilamente recostado sobre la pared.

—¿Y si despierta?

—Me verá á mí y á otro embozado, que será para él un oficial de mi compañía.

—¿Duermen aquí los centinelas, capitan?

—Está prohibido por la ordenanza, y se les debia castigar terriblemente; pero en este país hace ya tiempo que todo anda revuelto y trastornado, ocurriendo que es indispensable ser tolerantes, muy tolerantes con ciertas clases de la sociedad.

—Eso está muy bien; pero resulta que á mi hijo se le buscará por todas partes, volverán á prenderlo, y...

—Está previsto el caso y nada le ocurrirá. En los papeles que han traido ustedes sólo se habla del vizconde de Régulo; nádie lo conoce como Florian de Calatrava, y habiendo aquí

otra familia de ese mismo apellido, puede, sin dificultad alguna, usar esos nombres. Yo he de dar su filiacion, y no aparecerá tan alto ni esbelto.

—¿Se usan aquí pasaportes?

—No, señor; se viaja con sólo una papeleta que suele dar la policía.

—Pero mi hijo no la tiene.

—Raro es el que la lleva.

—¿Y si se la piden?

—Duque, en mi país sólo se persigue á los enemigos del gobierno, y éstos son muy conocidos.

—En ese caso vístete, hijo mio, y que Dios vele por tí; yo entretanto rogaré á la Providencia y acaso escuche mi súplica.

Florian obedeció, cubriéndose por último con una capa que llevaba á prevencion el capitan Iglesia.

—Padre mio,—dijo Régulo cuando hubo concluido,—dame un abrazo, é ínterin vuelvo, piensa en mí. ¿Lo oyes? Sólo en mí, que yo haré lo mismo contigo.

—¿Cogiste el reloj?

—Puesto le llevo.

—Dáselo al capitan.

—Luégo; deja que al salir de aquí vaya sobre mi corazon, que es una prenda tuya.

—¡Florian, hijo mio,—exclamó el duque enternecido,—no me queda nádie más que tú en el mundo, bien lo sabes; tampoco ignoras que sólo por tí he podido sobrellevar hasta ahora las desgracias que un dia cayeron sobre mí; por eso, por lo mucho que te amo, porque yo lo quiero, te mando, te ruego, te suplico huyas del peligro, y emplees tu gran talento y valor en defensa de una vida que es la mia. ¿Lo entiendes? la mia. Sin tí, aunque Dios me lo impusiera, creo que me sería imposible existir; pues á cada instante recibiria mi corazon un nuevo dardo, y mi alma una nueva tortura. Vive, Florian, vive y sé feliz; eres mi hijo, y mi dicha sólo puede nacer de

la tuya, de la tuya. Las lágrimas cierran mis labios. ¡Hijo, dejas á tu padre llorando!..

—Padre, cuando te vuelva á ver estarás riendo, si es cierto que de mi felicidad ha de nacer la tuya. Adios, señor; nuestros cuerpos se separan, pero quedan unidas nuestras almas, nuestros pensamientos, nuestras ideas.

Y se abrazaron tiernamente, mezclando sus lágrimas y suspiros.

—Basta,—exclamó el vizconde.

Y separándose, echó el embozo y fué á partir.

—Espera,—le dijo Bricio.—Acérquese V., capitan; estreche mi mano y ofrézcame velar por la suerte de mi hijo.

—Con qué placer, con qué entusiasmo acepto ese honor; permítame V. que se la oprima mucho. Así, que es la diestra de un héroe y su calor me entusiasma. Ahora le juro, por Dios Santo que nos oye, hacer por el vizconde lo que pudiera por mi propio hijo.

—¿Es V. padre?

—Sí, tengo como V. uno solo, que en la corte donde se halla acompañará á D. Florian.

—¿En qué se ocupa?

—Es militar, como yo, y lleva cinco años de alférez.

—Gracias, D. Julian; cumpla V. su promesa, y que el cielo premie tan noble proceder, ya que yo no puedo ofrecerle otra cosa que mi amistad y cariño.

—No aspiraba á tanto, pero los acepto, y me haré digno de ellos. Hasta mañana; si alguno de sus compañeros oyó algo...

—Nada tema V. por ellos. Hijo, otro abrazo.

Ambos se dieron el último, desapareciendo un instante después de la prision el vizconde y el capitan. Bricio quedó de rodillas con los brazos levantados al cielo.

La puerta del calabozo se cerró, y guardando la llave Iglesia, se dirigió al centinela, al cual despertó, reprendiéndole con dureza. Luégo se encaminó, seguido de Régulo, al extremo del pasillo, subieron una escalera diferente á aquella que

conocia el vizconde, y no tardaron en encontrarse en la calle, saliendo por una puerta falsa que dejó entornada el protector de Calatrava.

Un minuto después se detuvo Florian, preguntando á su compañero:

—¿A dónde vamos, capitan?

—A mi casa; tiene V. cama dispuesta y allí esperará á que le venda el reloj y cadena; mañana por la noche sale el tren correo, y en él partirá V. á Madrid. Ya he escrito á mi hijo para que le aguarde en la estacion.

—¿Tambien se llama á la corte de este país como en el mio?

—Sí, señor; queriendo asimilar esta nacion á la de V., sus compatriotas optaron hasta por los mismos nombres que tienen los pueblos de España.

—¿Cuánto dista de aquí Madrid?

—Treinta leguas.

—D. Julian, ¿quiere V. ser mi amigo?

—Siéndolo ya del padre, me conceptúo del hijo.

—En ese caso, le ruego me acompañe á la entrada del camino de Madrid; no del ferro-carril, del otro; pues supongo que ántes de hacer el primero existiria el último.

—Es verdad, pero no comprendo...

—Capitan, yo no quiero dinero de V. ni otra proteccion que la que haya podido otorgarme hasta aquí; me basto á mí mismo para ir á la corte, á intentar cuanto conviene á mi padre y á los que le hemos acompañado.

—Cada vez le entiendo ménos, señor vizconde.

—Señor de Iglesia, le estoy muy agradecido á lo que ha hecho por mí, pero sólo necesito en la actualidad que me deje á la entrada de ese camino que acabo de decir.

—Es una temeridad lo que V. pretende; ofrecí á su señor padre que daria á V. cuanto pudiera faltarle...

—Y ha cumplido V. su palabra, toda vez que ya tengo lo que era indispensable.

—¿Solo y sin dinero va V. á partir en una nacion que nádie le conoce, teniendo abierta la puerta de un calabozo?

—Está V. en un error, D. Julian; en el bergantin *Lucero* dejé más de dos millones en oro, várias alhajas y lo suficiente, en fin, para que nádie me considere pobre. En cuanto á las prisiones, sólo el criminal puede temerlas.

—Pero si todo lo tiene V. confiscado, si existe en mi poder la órden de arresto...

—Por eso únicamente voy á Madrid; aquí hay rey, gobierno, y cuando hablen conmigo, cuando les pida un acto de justicia que no puede negarse sin estar el corazon del hombre rebosando infamia y maldad, entónces será otra cosa.

—No le harán caso; justas ó injustas, le aplicarán las órdenes vigentes como á los demás que estuvieron en igualdad de circunstancias.

—Entre esos otros no llegó un duque de Noal ni un vizconde de Régulo.

—¡Por Dios, D. Florian; venga V. á mi casa y lleve á la capital cuanto le haga falta, que áun así el cielo sabe lo que tendrá que luchar para el logro solamente de la libertad de su padre!

—Iglesia, cuando yo tomo una resolucion, nádie me hace desistir, siendo inútiles súplicas, reflexiones y consejos. Como mi padre, no temo á los hombres, á las fatigas ni á nada; como á él, me sobra entereza para arrostrar los peligros; me rio cuando la muerte me amenaza, y no hablé hasta ahora con hombre alguno que me obligase á bajar la vista ó que alegara razones más poderosas que las mias.

—Soy un pobre capitan, y acaso se avergüence V. de recibir favores mios, noble vizconde.

—No, y mil veces no; y en prueba de ello, le ofrezco una amistad tan leal y sincera como la dan siempre los Calatravas.

—Siendo así, yo le suplico me diga, qué se propone rehusando una proteccion que yo le doy con indecible placer.

—Reconocido á su mucha generosidad, no hallo frases con

qué demostrarle mi agradecimiento; mas en lo sucesivo quiero, á imitacion de mi padre, caminar solo y sin otra egida que la del cielo. Mi causa, igual á la que él defendió un dia, es justa; con su talento y valor se abrió paso por todas partes, y yo pretendo saber si soy digno del apellido que llevo. Un pedazo de pan, algo de cansancio y la oposicion de los hombres, entiendo que son débiles estorbos que puede arrollar fácilmente el que, como yo, es fuerte y sufrido.

—Está V. en un país que desconoce; la maldad crece aquí á la sombra de una hipocresía horrible.

—D. Julian, V. ha nacido en la isla, es la suma bondad, y no puede tener la pretension de haber reasumido en sí todo lo bueno que exista en esta nacion. Como en todas partes, habrá en Nueva-España muchas miserias humanas y bastante grandeza en algunos séres de esos que ódian la infamia y aborrecen el vicio.

—¿No hay medio de hacerle desistir de tan temeraria empresa?

—No, señor.

—Tome V. al ménos cuarenta duros que llevo encima.

—¿Para qué los quiero si traigo conmigo seiscientos?

—Vendamos siquiera esa cadena y reloj, y vea yo que sale V. de Cádiz con recursos materiales, suficientes á combatir alguna de las muchas dificultades que se han de oponer á su paso.

—Lo último que intentaré será deshacerme del único recuerdo que llevo de mi padre.

—Siento que un jóven tan noble y caballero dé cabida á una terquedad que en mi concepto le perjudica mucho.

—En mal camino ha entrado V., D. Julian; busquemos el otro, y no me haga perder un tiempo necesario á la libertad y sosiego de mi padre. Quiero partir ahora mismo en la forma que he dicho, y le suplico me permita escribirle á menudo, para que por su conducto sepa el duque de mí y vice versa. ¿Me concede V. esa gracia?

—Sí, señor.

—Entónces marchemos.

—¿Dejará V. que mi hijo le acompañe en Madrid?

—Seré tambien su amigo y protegerá á uno de los dos el que tenga más medios de realizarlo.

—¿Lo jura V?

—Sí.

—Pues se llama Constantino, y habita calle Mayor, número 100.

—Iré á verle en cuanto llegue.

—¿Tambien me lo jura V?

—Sí, señor.

—Sigamos adelante.

Y ámbos anduvieron silenciosos hasta cruzar várias calles de Cádiz y salir fuera de la ciudad.

—Alto,—dijo el capitan, deteniéndose.—Estamos en la carretera que va á Madrid; pero note V., señor vizconde, que la noche está oscura, y es imposible caminar sin exponerse...

—La palabra imposible no está en mi diccionario. Conque estreche mi mano, reciba mi gratitud, y despidámonos hasta que el cielo nos vuelva á reunir.

—¡Cuánto siento que se obstine en esa fatal idea!

—¡Feliz V. que puede sentir, capitan; yo agoté en España y en la inmensidad de los mares que he cruzado sentimiento y lágrimas; árido y seco mi corazon, nada le queda en el mundo á excepcion de esta pobre y ruin materia que lo cubre!.. Adios, amigo mio; no dude de mi cariño, y consuele á mi infortunado padre; su mayor placer será hablar de mí.

—Le diré...

—Lo que V. quiera; que he salido en el tren correo, con escolta, rico; cuanto se le ocurra, en fin. Yo no he sabido mentir nunca; pero si V. puede hacerlo en mi obsequio, será otro nuevo favor que no olvidaré jamás.

—¡Tambien en Europa hay séres privilegiados, cuya gran-

deza de alma asombra y empequeñece á los que, como yo, somos tan chicos!

—La Providencia, señor capitan, se refleja en todos los países de la tierra. ¿Me deja V. partir?

—Sí, señor; hé aquí mi mano.

—Eso es poco; un abrazo, preludio de nuestra amistad.

—Gracias, señor vizconde.

—Vele por mi padre, que ó yo me equivoco, ó este instante le ha de valer un dia la faja de general.

—¡Loco!..

—Ello dirá. Adios, señor.

—El cielo le guarde y guie.

—Espere V.; me llevaba esta capa que no es mia, y en verdad que me estorba.

—Está la noche fresca.

—No importa; con la fatiga se suda.

Florian anduvo hácia adelante, perdiéndose al poco tiempo en la densa oscuridad de la noche. Iglesia quedó inmóvil, permaneciendo cual estatua ínterin percibió el ruido de sus pisadas; luégo cogió la capa que el vizconde le habia dejado á los piés, la colocó en su brazo, y embozándose en la suya, regresó á la ciudad, murmurando:

—¡Qué arrogante es; su valor admira! Creo que puede caminar solo, y hasta me atreveria á asegurar que logrará ese hombre lo que se proponga. Su audacia está apoyada en un talento, energía y fuerza de voluntad irresistibles. Vaya y triunfe, que yo en tanto seré para el héroe su padre un amigo íntimo que le dará cuanto tenga.

Y se perdió tambien entre las rectas y oscuras calles de la capital.

CAPITULO VII.

Dificultades.—Auxilio del cielo.—Continúan las sorpresas y el asombro.—Una hada entre los bosques de Nueva-España.

Sólo habria andado Florian quinientos pasos, cuando se detuvo, exclamando para sí:

—Treinta leguas se pueden cruzar en veinte horas, y estas últimas no hay inconveniente en dejarlas trascurrir sin comer nada. La noche está muy oscura, y mi único temor es el de perderme; pero marcho sobre un arrecife bien construido, y la sinuosidad de otro terreno debe advertirme que lo dejo atrás ó á los costados; el mal se remedia con llevar algo de cuidado.

Y comenzó de nuevo con paso acelerado.

Nuestro jóven vivió siempre en la opulencia; viajó por ferro-carriles, en vapores y buenos carruajes; para las ciudades tuvo coches, y áun cuando nació fuerte, ignoraba que treinta leguas no las anda, el que no está acostumbrado á caminar á pié, en veinte horas, y mucho ménos sin tomar alimento ni descansar. Pronto debia convencerse de lo errado de sus cálculos y de la gran diferencia que existia entre optar por el asiento

de primera clase que le habia ofrecido el capitan Iglesia y la angustiosa marcha á que él daba principio. Pero más que su falta de experiencia y conocimiento de lo que hacía, ocultó á su gran talento lo horrible de aquella temeridad, un poder misterioso que en esta ocasion le impelia hácia adelante en la forma que acabamos de verlo. No era su voluntad la que le llevaba á pié, era el destino, que le condujo primero á Cádiz y ahora le empujaba á Madrid, no como rico y opulento aristócrata, sino cual mísero caminante, exhausto de recursos materiales, de práctica en el terreno, y de todo aquello, en fin, necesario para tan largo viaje.

—Muy bien,—se decia nuestro audaz vizconde andando cada vez más de prisa;—mi padre fué en una ocasion robado en la Mancha, y tuvo que ir á Madrid á pié, sin dinero, falto de relaciones y de toda proteccion humana. Lo mismo me sucede á mí en estos instantes; me han secuestrado cuanto traje de España, y carezco hasta de lo más preciso, pues aunque poseo un magnífico reloj y una preciosa cadena, todo se me ocurrirá ménos venderlos. ¡Cómo habia de deshacerme de estas alhajas, que llevan la corona ducal del único sér que amo en la tierra, sus iniciales, y conservan todavía caliente el sudor de su noble mano! ¡Nunca, jamás se apartarán de mi corazon! Y la verdad es que estoy en peores condiciones, pues, como dijo el capitan, tengo abierta una prision y dispuestos millares de hombres á encerrarme en ella. Me alegro. Así, logrando la realizacion de mi pensamiento, serán mayores los sacrificios y más grande el placer que me proporcione el triunfo. Parece que Dios escuchó mi súplica y me permite realizar un deseo vehemente, único que puede mitigar mis penas. En este país hay un pueblo vírgen, y mandarines torpes, ambiciosos y malvados; aquí, segun cuentan, se suceden las intrigas con pasmosa rapidez; eligieron por monarca á un indígena que carece de voluntad propia, de los conocimientos necesarios para gobernar y contener á europeos que sienten crecer la yerba, y todo este conjunto me presenta el vastísimo campo

por que yo soñaba en mi largo viaje marítimo. El hecho de ser españoles nos permite á mi padre y á mí usar nuestros títulos y honores, y esto ya es algo; el duque, gracias á unos cuantos cubanos, es aquí tan conocido y admirado como en Europa, y esto ya es mucho; mi amado señor no querrá figurar ni mezclarse en asunto alguno del Estado, pero yo le obligaré á que corra en pos de mí, y por donde yo éntre se verá precisado á penetrar, y esto ya es el colmo de mis aspiraciones. Ambos necesitamos una vida activa, laboriosa, enérgica, que nos prohiba pensar en otra cosa que en el presente y porvenir, porque de volver la vista al pasado, sólo miramos la muerte con su negra faz y aquella horrible guadaña que segó la vida de nuestros hijos y esposas. ¡Terrible recuerdo! ¡Y en qué sitio, santo cielo! Sólo contemplo á derecha é izquierda árboles negros y elevados que parecen fantasmas; los preside un silencio como el de las tumbas, pero á mí nada de eso me asusta; esta oscuridad es ménos negra que lo está mi corazon, y sobre mi valor se halla además la indiferencia ante todos los peligros, ante todos los males. Poco á poco he ido participando de lo tétrico y sombrío de la noche, de los bosques y de cuanto me rodea, y la verdad es que dejé á mi alma insensiblemente presa de una tristeza y melancolía impropias ya del futuro intrigante. Pensaré en el mañana, en otro Richmond, que será la política, de la que he de heredar una fortuna mayor que la legada por el célebre banquero á mi querido padre y á mí.

Y continuó formando planes, que en lo futuro le ofrecian ancho campo á su talento y restantes bellas cualidades.

A las dos horas de andar se detuvo, y después de haber renovado el aire de sus pulmones, exclamó:

—Empiezo á cansarme, y en verdad que me creia más fuerte; ruin materia, ¿por qué no tomas una parte del brio que le sobra á mi espíritu? Peor para tí; mientras aliente has de sucumbir ante mi poderosa voluntad.

Y prosiguió, pero no tan de prisa como en las horas anteriores, si bien principió á echar el paso más largo, para suplir

de este modo la ligereza que le negaban sus piernas. Jamás habia caminado tanto tiempo á pié, y, grande debia ser su valor y entereza, cuando á las cuatro leguas empezaba con el mismo ánimo que anteriormente.

Todavía continuó otras dos horas, dejando atrás tres leguas más; pero finalizada la última, se tiró sobre un ribazo, quedando recostado en él. Iba cubierto de polvo, jadeante; á pesar de lo fresco de la madrugada, bañó su frente el sudor, y sentia una molestia que le obligó á exclamar:

—¡Aún no he andado la cuarta parte de lo que debia, y ya me siento fatigado, cási rendido! ¿Por qué no habia de tener esa musculatura de hierro que presentan algunos hombres del pueblo? Criado en las grandes ciudades y en una opulencia que ahora me perjudica, comprendo en este instante lo errado de mis cálculos al suponerme capaz de atravesar treinta leguas sin comer ni dormir. Llevaré cruzadas de seis á siete, y haciendo esfuerzos desesperados podré con otras tantas; es todo lo más que resistirá mi materia. ¡Maldicion! ¡qué débil es el hombre, qué ruin! ¡Oh, pues yo he de probar hasta dónde llega su pequeñez!

Y el infeliz oprimia los puños de ira, pero no por lo mucho que le quedaba que andar y padecer, sino por temor de que le faltasen las fuerzas, que ya le empezaban á flaquear. En este momento comparaba sus trenes, riquezas y bienestar de Madrid con la crítica situacion en que se hallaba, y decia:

—¡Qué cambio en ménos de seis meses! Aquel vizconde de Régulo, envidiado por su esplendidez y fortuna, temido por su valor y habilidad y adulado por lo que era y lo que tenía, hélo aquí tan pobre como un mendigo, arrojado sobre el polvo y en la posicion lastimosa y cruel del más desvalido mortal! Pero yo lo he querido así; pude marchar con dinero y en un carruaje de primera, que me hubiera llevado á la corte en poco más de tres horas. Quise imitar á mi tio, y concluiré, si prosigo así, por presentar una horrible parodia de sus heróicos hechos. Lo veremos; que tambien él sucumbió

ante el insomnio, el hambre y la fatiga; tambien su poderosa materia, de barro quebradizo como la mia, besó el polvo de donde salió y adonde volverá. Ya he descansado bastante; tornaré á andar, y que se cumpla la voluntad de Dios. Noto en mis piés una gran molestia, y deben ser ampollas que saludan al señorito de Madrid, burlándose de su falta de costumbre: muy bien; con ellas he de caminar hasta obligarlas á convertirse en callos.

Ya no le era posible á nuestro audaz Calatrava echar el paso largo ni moverse de prisa; pero imperando todavía su voluntad sobre la carne, que principiaba á estar dolorida, siguió adelante sin quejarse.

Media hora después comenzó á descender una cuesta, mas á los diez pasos le faltaron las fuerzas y cayó al suelo, rodando más de dos varas.

—Me he lastimado el brazo izquierdo,—dijo sin levantarse;—el camino no es tan bueno como anteriormente; la oscuridad sigue y mi flaqueza aumenta. ¿Habrá concluido la cuesta? Veámoslo.

Y aunque con algun trabajo, se puso en pié, emprendiendo de nuevo su terrible marcha. Además del brazo se lastimó una pierna en la caida, siendo así que ahora cojeaba, y sin embargo avanzó sin tregua ni descanso una hora más. Salió á media noche, y en seis horas habia cruzado ocho leguas. Era lo que se podia hacer por un hombre que, áun cuando su materia estaba fortalecida con la gimnasia y la equitacion, á que era muy aficionado, no tenía la costumbre de andar mucho á pié.

Otra vez volvió á sentarse, añadiendo:

—Comienza á amanecer; las fuerzas me abandonan, y es indispensable dar al cuerpo un largo descanso. Pero ¿qué miro? ¡Me he salido del arrecife! Esto es un sendero desigual y sinuoso que conducirá no sé adonde. Comprendo; al subir aquella maldita cuesta que me destrozó el brazo y la pierna izquierdos, abandoné la carretera. Me he perdido, y sólo esto me faltaba. ¿Qué haré; volver atrás? Eso nunca. Que me lleve

el destino adonde tenga por conveniente. No veo árbol alguno ni otra cosa que campos sembrados de trigo ó cebada; ¡pero qué soledad! Parece esta isla inhabitada. Sin embargo, ese terreno ha sido labrado por la mano del hombre, y esta senda debe conducir á un pueblo ó caserío; como Dios me ayude, yo sabré dónde termina, de lo contrario moriré, que los Calatravas no aprendieron á volver atrás.

Y continuó sentado más de media hora. Luégo comenzó á andar, cojeando todavía, y mucho ménos despacio que la última vez.

—Empieza á salir el sol por Oriente,—dijo;—yo te saludo, astro refulgente del dia; préstame con tus rayos un poco de fuerza, y te lo agradeceré mientras viva. ¡Qué hermosa mañana para caminar en carretela ó sobre un caballo! Yo tenía doce, que regalé al partir; y han variado tanto las circunstancias, que en este instante me conformaria con poseer un asno. Salen los pájaros, cantan; la naturaleza sonrie, las flores abrirán sus pétalos, y todo cuanto miro en torno se presenta alegre y jovial; yo sólo me encuentro triste, abrumado por la fatiga, rendido por el cansancio y alimentado con ideas y pensamientos tan melancólicos como el pesar. ¡Ah, muerte, muerte; hieres al que huye de tí y desprecias la súplica del que lleva seis meses llamándote dia y noche! Otra vez he vuelto á ser indigno del duque de Noal; de nuevo enflaqueció mi espíritu, y si la fuerza de éste me abandona, soy hombre perdido. Bueno que la materia se debilite por el terrible castigo que la voy dando, pero el alma y la voluntad son incontrastables, y no deben quebrarse nunca. Cosa extraña; hasta este instante no tuve hambre desde que salí de Madrid; ahora siento sed y apetito, y ámbos me lo inspiran el no tener comida, nada que beber ni con qué comprarlo. ¿Me veré obligado á pedir limosna? No; como mi padre venderé la corbata... y además este magnífico chaleco de cachemir negro que puedo pasar sin él. Con un pedazo de pan y otro de carne hay de sobra para llegar á la corte. Lo malo es si este sendero conduce á un caserío pobla-

do de míseros colonos, y no hallo quien me compre las dos prendas por demasiado buenas.

Hablando de este modo prosiguió todavía cuatro horas, si bien tuvo que descansar cinco ó seis veces, debilitada cada vez más la materia, pero incontrastable su espíritu.

A las doce del dia entró en un bosque que parecia no tener fin, sembrado de una variedad de árboles, desconocidos la mayor parte en Europa. Nuestro jóven cayó debajo de una enramada sin fuerzas para continuar; tenía los piés hinchados, bastantes ampollas y escoriacion. Hasta este momento hizo esfuerzos supremos para caminar segun su propósito, pero era llegado el instante de serle cási imposible pasar de aquel paraje.

Recostado sobre un árbol, dejó que trascurriera una hora, entretenido en exhalar algunos suspiros, vertiendo al concluir dos lágrimas que se apresuró á deshacer con las yemas de los dedos.

Tenía el rostro descompuesto, ennegrecido del polvo y el sudor; la mirada lánguida, y era, en fin, otro sér diferente de aquel caballero esbelto, bello y arrogante que conocimos en Madrid.

—El sendero sigue,—exclamó,—pero no veo gente, caserío, aldea ni pueblo. Habré andado catorce ó quince leguas, y ya no puedo más. ¡Qué debil nací!

Débil se llamaba, y no hay en la clase á que él pertenecia uno solo capaz de cruzar las catorce leguas que él dejaba atrás en doce horas, sin tomar agua ni alimento y con sólo unos cortos intervalos de descanso. Se juzgaba el más débil de los hombres, y entre los fuertes serían pocos los que se igualarian á él en una marcha tan pesada y exhausta de todo lo necesario para terminarla.

A poco más de la una apareció en su semblante una ráfaga de alegría; estaba oyendo el canto de un hombre; pero se fijó, notando con disgusto que no comprendia una sola frase de las estrofas que escuchaba.

—Será algun indígena,—exclamó,—que no me entenderá una palabra; mas por señas nos compondremos.

Y haciendo un esfuerzo supremo, se puso en pié, yendo de árbol en árbol al paraje que le atraia la voz. Pronto vió un hombre con traje semi-europeo, semi-indio que, enarbolando una guadaña, podaba. Tenía á la derecha su caballo y á los piés de éste un botijo.

El vizconde llegó, preguntándole con voz apagada:

—¿Hablas el español?

—Sí,—contestó el labriego, añadiendo:—¡Qué empolvado viene V., señor caballero, y qué débil!

—Anduve mucho, no estoy acostumbrado á la fatiga, y esa es la razon de llegar en el estado que ves.

—¿Viene V. huyendo?

—Poco ménos.

—No me extraña; dicen que va á empezar la guerra y que todo anda muy revuelto.

—¿Me das un poco de agua?

—Con mucho gusto. Aquí está mi botijo lleno; tome V.; yo lo tendré, que pesa.

—Déjalo, aún me quedan fuerzas para sostenerlo.

Florian apagó la sed, pero no el cansancio, la fatiga, la debibilidad, el hambre, ni los muchos dolores que sentia en los piés. Así es que volvió á recostarse sobre un árbol; el labriego le preguntó:

—¿Tanto ha andado V?

—Lo ignoro; desde Cádiz aquí.

—Bastante es. ¿A qué hora salió?

—A media noche.

—¡Jesús! Ya no me extraña que venga así. ¿Comió V. algo?

—Nada.

—Entónces salió V. huyendo.

—¿Tienes un pedazo de pan?

—Aquí no, señor.

—¿Hay cerca pueblo ó caserío?

—Tampoco.

—¿Ni casa donde me dén hospitalidad?

—El palacio de mi señora.

—¿Quién es?

—La huérfana más rica que hay en Nueva-España; la más hermosa, la más elevada y la más generosa.

—¡Con qué entusiasmo hablas de ella!

—Todos sus colonos la queremos como á madre.

—¡Ay, lo mismo dijeron un dia de mi padre, de mí! ¿Cómo vive en esta soledad?

—Odia la corte, que conoce de nombre, pero que sabe lo que pasa en ella.

—¿Quiénes la acompañan?

—Muchos mayordomos, dependientes y criados.

—¿Cuánto dista su casa de este paraje?

—Media legua.

—Mucho es.

—El camino se anda bien.

—¿Me querrá dar hospitalidad?

—Quién lo duda; es el corazon más noble que ha nacido.

—¿Qué edad tiene?

—Veintiuno ó veintidos años.

—Como mi Erundina.

—De seguro es más hermosa mi señora.

—Imposible.

—Para Dios no existe esa frase, y su belleza no se la dieron los hombres.

—Bien te expresas, campesino.

—Dicen que no hay tontos en este país; pero déjeme V. que le acompañe, que no es el puesto de un caballero la tierra y el tronco de un árbol.

—No; enséñame el camino que conduce al palacio, y con eso me basta.

—Puedo si V. quiere guiarlo y hasta prestarle mi caballo.

—Gracias; iré á pié y solo.

—Está bien; siga V. esa calle de árboles, y pronto encontrará la carretera; en llegando á ella, tuerza á la derecha, que al terminar hallará la morada de mi señora.

—Gracias, generoso labriego; el cielo te premie el bien que me has hecho.

—Poco ha sido, y V. ha tenido la culpa. Dios le guie y le dé fuerzas, que harto las necesita.

Florian habia cogido una de las ramas que cortó el podador y formado con ella un báculo, en el cual se iba apoyando. De este modo siguió la calle de árboles hasta llegar al camino, por el que continuó en la forma que le dijo el campesino.

Mucho molestaba á nuestro jóven el hambre, la fatiga, el insomnio y la debilidad; pero lo peor de todo eran sus piés que, cubiertos de ampollas, de escoriacion ó hinchados del tobillo abajo, no podia moverlos sin experimentar terribles dolores.

—La práctica,—se decia,—es el todo en ciertos casos; como yo no la tengo, emprendí un largo viaje con bota de charol, y esta es la causa de que mis pobres piés vayan en un estado fatal. ¡Ay! ¡No puedo sentarlos en el suelo; bendito sea Dios, y qué viaje tan delicioso! Y el país sólo ofrece encantos; me rodean cedros, naranjos, limoneros, arrayanes, cocoteros, y una mezcla, en fin, de árboles propios de América y de Europa; por lo visto, lo templado y agradable del clima permite la admirable vegetacion de las dos zonas. ¡Cuanta poesía!.. ¡Ay!.. ¡Para eso estoy yo! ¡Terrible trance; tener que andar y no poder; sentir hambre, y carecer de alimento!.. ¡No puedo, no puedo seguir!

Y se apoyó en un árbol, añadiendo:

—Sólo me falta que la señora del podador sea una indígena aristócrata y tonta, segun indica el aislamiento en que vive, y me mande echar de su casa á palos, ó encargue que me salgan á recibir los colmillos de sus mastines. Eso es lo más probable, no obstante los elogios de su colono. Mal voy para defen-

derme de torpes frases ó de amenazas corporales; el viento me derriba y los labios carecen de fuerza para hablar. Otro paseito, y que Dios sea conmigo. Mi padre llevaba tambien botas de charol, los piés hinchados y el estómago como el mio, y no obstante eso entró en Madrid andando, porque nunca le abandonó el valor. ¡Ira del cielo, que á mí tampoco me ha de faltar espíritu! Dos kilómetros son poca cosa para un hombre de mi brio.

Y comenzó á caminar de prisa, llevando los piés bañados en sangre. Cayó tres veces, pero se levantaba con entereza sorprendente, y volvia á andar, logrando al fin dar cima á su última y más penosa media legua.

—Aquella será á no dudarlo la morada de esa deidad semisalvaje,—exclamó;—parece extensa, y cuanto le rodea delicioso; veo bultos á la puerta, pero no los distingo bien; débil la mirada, como el resto de mi sér, gira á través de un paño que le oculta parte de los objetos. ¡Otra carrera, y terminemos, voto á cuatro mil regiones de demonios! El mal me va convirtiendo en carretero.

Florian hizo el último esfuerzo, consiguiendo llegar á quince pasos de la casa; ésta se elevaba sobre un terraplen de más de medio metro de altura, al cual se subia por una pequeña escalera de cuatro ó cinco peldaños; el vizconde cruzó los dos primeros; mas al llegar al otro le faltaron las fuerzas, y cayó, hiriéndose en la sien con el canto del último. Consiguiente al golpe sintió una conmocion cerebral que le privó de sentido; el palo en que se apoyaba salió de su mano, quedando en tierra exánime.

Tres minutos después se hallaba rodeado de vários hombres que miraban á una hermosísima jóven, la cual reconocia desde lo alto del terraplen la figura, rostro y traje de nuestro infortunado caminante.

CAPITULO VIII.

El principio de una nueva era que no pudo adivinar el vizconde de Régulo.—Una mansion ideal.—Todo es grande, sublime y desconocido.

A la media hora de haber sufrido el vizconde la conmocion cerebral que le privó de la razon volvió á ella, exclamando:

—¡Dónde estoy! ¡Qué ha sido de mí! ¡Ah! recuerdo que rodé por una escalera y perdí el sentido; sí, me hice una herida; aquí... ¡Me han puesto un apósito, y me hallo en cama, desnudo y á oscuras! Las sábanas son finas; el lecho blando; todo se lo debo á esa bella jóven; su colono tenía razon; ¡que Dios le premie el favor que me hace!

En este instante se movió, notando á la vez que se abria una ventana. Lo primero que se presentó á su vista fué la figura de un anciano venerable, que le interrogaba:

—¿Cómo se siente V., caballero?

—Bien de la caida,—le contestó Florian, fijando en él una mirada satisfactoria,—mal de los piés y de la falta de fuerza.

El otro exclamó, dirigiéndose á dos criados que estaban cerca de allí:

—El baño en la forma que os dije; luégo caldo; después la comida.

—¿Quién es V.,—le preguntó el vizconde con extremada debilidad é interés.

—El médico de la casa.

—¡Un médico en esta soledad!

—Habito en el palacio.

—¡Ah, su dueña!.. Comprendo, y perdone V. mi sorpresa. ¿Qué van á hacer conmigo?

—Primero lavarán á V. los piés, luégo le alimentarán, durmiendo acto contínuo, y mañana estará bueno. ¿Qué siente en la cabeza?

—Un poco de atontamiento, cási nada.

—¿Anduvo V. mucho?

—Vine desde Cádiz aquí.

—¿Cuándo salió V?

—A media noche.

—Caminar tanto en tan poco tiempo, con calzado impropio y sin comer nada, debia producirle necesariamente esas consecuencias.

—¿A qué distancia estoy de la corte?

—A quince leguas próximamente.

—¡Sólo pude resistir la mitad de mi jornada; qué débil nací!

—Al contrario; logró V. lo que pocos hombres, y en verdad que para conseguirlo fué necesario una materia privilegiada y una entereza sin igual.

—¿Está V. seguro? ¿no debo acusarme de flojo y pequeño ante la fatiga?

—Acaba de demostrar una osadía y valor admirables, porque V. no debe pertenecer al pueblo.

—Hasta hace poco tuve trenes, riquezas y cuanto el hombre quiere y ambiciona; hoy sólo cuento con la caridad de una huérfana, desterrada voluntariamente en estos contornos, segun me dijo un labriego. ¿Qué hora es?

—Las tres de la tarde. Vosotros,—añadió el doctor dirigiéndose á los criados,—frotadle los piés con suavidad; eso es;

ahora dejadlos dentro del baño. Levántese V. un poco, caballero, para que el agua cubra los tobillos; así.

—Voy sintiendo alivio en esa parte de mi cuerpo.

—Mañana, como le dije ántes, estará bien.

—Dé V. las gracias en mi nombre á la generosa dueña de esta casa; mi agradecimiento á los favores que me otorga morirá conmigo. ¡Un dia era yo el que daba, el que ostentó la caridad; hoy la recibo, y no es poca suerte encontrarla!

—¿No le avergüenza á V. recordar eso?

—¿Por qué? Soy pobre, mendigo, y tomo lo que me conceden.

—Nada debo preguntarle; me ha mandado la señora que en la hospitalidad que prestamos á V. no haya condicion ni exigencia alguna. Digo esto, porque su llegada, actitud y frases excitan la curiosidad del hombre más indiferente, pero no obstante deseo que nada me cuente, nada me refiera sobre su persona y situacion.

—Gracias; comprendo, y admiro ese acto de delicadeza.

—Venga huyendo ó no, deje de temer miéntras esté aquí, que esta casa es un sagrado que respetan todos los habitantes de Nueva-España.

—Tambien hay misterio en este palacio; pero no debo ni quiero saber, que hartos favores recibo.

—Basta de baño,—dijo el médico á los dos criados;—envolved los piés sin enjugarlos, en esos paños que teneis á la derecha. Uno de vosotros que traiga el caldo y una copa de vino.

Todo se hizo segun acababa de mandar el Galeno. Florian tomó lo que le dieron sin rehusar ni pedir nada. Cuando hubo terminado, añadió el otro:

—Echese V. Vosotros traed la comida en pasando media hora.

Salieron los sirvientes, el médico pulsó al enfermo, y satisfecho, se sentó á la cabecera, diciendo:

—Hable V. lo que quiera en estos treinta minutos, tiem-

po indispensable para que el caldo y el vino fortalezcan su estómago y lo preparen á la digestion.

—Con mucho gusto, y puesto que me dirijo á un hombre de ciencia, le diré que me ha admirado bastante ver aclimatados en estos alrededores árboles que sólo vegetan en la zona tórrida, junto á otros que contemplé alzarse únicamente en la templada.

—Consiste,—replicó el Galeno,—en la temperatura primaveral que se disfruta en Nueva-España. Hay, como en Europa, cuatro estaciones, pero de una á otra no baja ó sube el termómetro más de cuatro grados.

—Cosa extraña hallándose la isla á los cuarenta próximamente del polo Antártico; y en mi concepto, debe ser causa el estar enclavado este país en la inmensidad del Océano y en la clase de tierra que lo cubre.

—Influye poderosamente un rocío fresco y continuado de que somos favorecidos durante el estío; pero noto que tambien usted es hombre que ha estudiado.

—Sí; pasé la mayor parte de mi juventud interno en el primer colegio de Nueva-Orleans, y no era el último en las clases. Luégo, junto á mi padre, aprendí más, que áun cuando los profesores que tuve eran hombres entendidos, no sabían entre todos tanto como mi postrer maestro. No exagero, doctor; ni el amor paternal ni algun otro logró cegarme; el talento de mi padre supera á cuanto yo pudiera decir, á cuanto V. puede pensar.

—¿Vive? Perdone V. si he faltado á mi consigna; soy tan aficionado á esa clase de hombres.

—Yo le faculto para que me interrogue cuanto guste, reservándome el derecho de contestar sólo á lo que deba y pueda. Felizmente vive mi padre, único pariente que me queda en el mundo.

—¿Está en Nueva-España?

—Sí, señor; y es lo más notable, que se halla encerrado en una prision; ¡él, que fué siempre la egida del desgraciado, el

amparo de la vejez, la providencia del pobre que llegó á su puerta!

—Caballero, ya sé quién es, y le admiro; desde este instante permaneceré en pié delante de su hijo.

—Siéntese V., amigo mio; yo se lo mando, se lo suplico. Recuerde que vine aquí como un mendigo y que continúo lo mismo; pero ocupe ese sillon, ó me levanto...

—No, por Dios, que aunque nada grave tiene V., quiero que se halle bueno mañana. Le obedezco.

—Gracias. En cuanto me sea dable andar volveré á emprender mi nueva marcha.

—¿Como la anterior?

—Exactamente igual.

—No lo consentirá mi señora ni yo.

—Ignora quién soy, y V. no puede decírselo.

—¿Por qué?

—¿Ha olvidado la consigna que le dió?

—Verdad es; pero...

—Anciano, no existe nada en el mundo que pueda anteponerlo al cumplimiento de su deber; yo le ruego además que no venda el secreto que le confiaron mis palabras.

—¿Conque va V. á Madrid?

—Sí, señor.

—¿Teniendo una prision abierta y la policía en su busca?

—Sí, señor.

—¡Qué temeridad!

—No creí yo que llegasen hasta aquí tan pronto las noticias de Cádiz.

—Diariamente las recibimos de esa ciudad y de la corte; estamos á igual distancia de ámbas, y salen de esta casa dos criados por provisiones, periódicos y cuanto nos hace falta; la señora nos da la tranquilidad del desierto y la abundancia de las poblaciones.

—Debe tener mucho talento ó ser algo excéntrica.

—Lo primero, unido á una grandeza de alma y bondad

sorprendentes. Se parece mucho á su padre, y éste en talento y generosidad fué durante su vida retrato del de V.

—¿Conque podré marchar mañana?

—Sí, señor; pero es indispensable que salga de aquí de otro modo que ha venido.

—No encuentro la necesidad.

—Se halla V. en cama, contuso, estropeado y hambriento.

—Sí, á consecuencia de pequeñas contrariedades, y esto, señor facultativo, es muy comun en el mundo.

—Viene V. además escapado de una prision, y es lo probable que en la capital le cojan y lo encierren nuevamente. Tema V., señor don Florian, al pueblo donde va á entrar; no le conoce V., y por lo mismo le advierto que está lleno de precipicios, y es indudable que caerá en alguno.

El vizconde se incorporó, contestando al médico con calor y energía:

—Gracias por sus repetidos avisos, atenciones, consejos y cuidados; pero es lo cierto que marcharé á pié, en la forma que he venido, y ya en Madrid, léjos de rehuir esos peligros de que me habla V., los buscaré dia y noche. Anhelo mezclarme, y á ser posible dirigir los acontecimientos, intrigas y hechos que más agiten la existencia humana, que la pongan más en peligro, que más la conmuevan. Traigo, doctor, herida el alma y seco el corazon; puesto que es V. hombre de ciencia, comprenderá mi estado y la necesidad de una vida activa y sembrada de emociones.

—¿Tan jóven y ya le abruman los pesares?

—¡Ay, era casado, adoraba á mi esposa, y constituia la felicidad de ámbos nuestro mútuo cariño y el fruto de bendicion que el cielo se dignó otorgarnos; pues bien, en un dia aciago los perdí; entró en mi casa la muerte, y con su terrible segur cortó mi dicha, agostó la de mi padre, y los dos quedamos en situacion que sólo nosotros comprendemos!

—Ahora me explico la causa de haber arribado aquí. Pero es llegado el momento de comer y dormir, y lo va V. á hacer,

que ya tendremos tiempo de ocuparnos de su suerte. Se halla V. en una casa donde reside la Providencia, y es difícil que salga de ella del modo que lo intenta; esta es mi opinion, y creo que la de mi señora.

—Lo veremos.

—Lo veremos; mas ahora aliméntese.

Dos lacayos aproximaron una mesa á la cama de Florian, cubriéndola de manjares y de vinos exquisitos. Nuestro jóven nada rehusó; admirado del boato y esplendidez que le rodeaba comenzó á comer, sin notar diferencia alguna entre los alimentos de España y los que ahora le servían.

—Rica y poderosa debe ser la huérfana que me da hospitalidad,—se decia.—¡Qué lujo; como ahora soy pobre me llama la atencion este aparato!

Y principió á hablar del país y de cosas indiferentes con el médico.

Al terminar se despidió de él el doctor, cerrando un lacayo las ventanas de la habitacion donde se encontraba el enfermo. Nuestro jóven quedó solo, al parecer, unidas las cortinas de su cama, completamente á oscuras y en disposicion de dormir. Se hallaba en una casa ó palacio situado en medio de los bosques; no conocia á nádie de los que le rodeaban, y lo mismo podia ser la hospitalidad que recibia debida á la bondad y esplendidez que á un fin siniestro; no obstante lo cual cerró los ojos, sin murmurar otras frases que:

—¡Ahora si que estoy solo en el mundo; hasta de mi padre me ha separado el destino!

Y se quedó dormido tranquilamente.

Poco á poco habian ido cesando los dolores de las contusiones que recibió en el camino, las grandes molestias que sintió en los piés y el atontamiento consiguiente á la conmocion cerebral.

Eran las cinco de la tarde cuando sus párpados se unieron; despertó á media noche, y comprendiendo por el silencio y la quietud que reinaban que aún no habia amanecido, volvió á

dormirse, durándole este segundo sueño otro tanto que el anterior.

Serían las siete de la mañana cuando sintió ruido de pisadas, y luégo una mano que pulsaba su muñeca.

—¿Es V., doctor?—preguntó fuerte.

—Sí, señor. ¿Cómo se halla V?

—Perfectamente.

—¿Cesaron todos los dolores y molestias?

—Sólo siento ahora el mucho agradecimiento que me inspiran la dueña de esta casa y su noble facultativo.

—¿Me deja V. levantar el apósito?

—Yo me lo quitaré; mi cabeza sanó por completo.

—Es cierto. ¿Y los piés?

—En disposicion de andar otras quince leguas. ¿Está mi ropa cerca de aquí?

—¿Para qué la quiere V?

—Para vestirme.

—Es temprano aún. Ahora le entrarán el desayuno; luégo podrá levantarse; más tárde le darán una órden de parte de mi señora, y yo espero que no olvide V. el sexo á que pertenece y los cuidados que por mandato suyo le hemos prodigado todos. En mi concepto, cuando á un caballero como V. no le es dable obedecer por deseo ó voluntad, lo hace por reconocimiento.

Y desapareció, dejando confuso al vizconde con las últimas frases que habia expresado.

—¡Qué querrá decir ese anciano y qué órdenes las que debo cumplimentar! No lo sé. Aun cuando este país tiene gran parecido con el mio, segun cuentan y voy viendo, la verdad es que todo lo desconozco, incluso el carácter de sus habitantes.

Poco después entraron dos lacayos; el primero llevaba en bandeja de plata chocolate, leche y agua, y el segundo, en otra del mismo metal, bizcochos y dulces de frutas. Régulo se incorporó, tomando acto contínuo el desayuno que le ofrecian. Cuando hubo terminado, dió las gracias, añadiendo:

—En un bolsillo de mi levita debe encontrarse una petaca y dentro de ella cigarros; ¿quieres hacerme el favor de traer uno?

Los lacayos se inclinaron, saliendo de allí; después volvió uno solo, el cual le dejó sobre la mesa de noche una cigarrera con caja de fósforos, y desapareció.

—¿Qué es esto?

Se preguntó Florian admirado.

—¡Ah! Cigarrera de oro y tabacos que parecen imperiales. Veamos si son buenos. Magníficos; como los de la Habana. ¡Este país es encantador! Desde que salí de mi calabozo no habia fumado; la desgracia suele matar los vicios; este será el primero y el último que pruebe hasta llegar á Madrid; tengo dos únicamente, y han de durarme todo el tiempo que esté sin ganar dinero.

Recostado el vizconde sobre su cama, tardó más de una hora en apurar aquel magnífico cigarro.

—Se acabó,—dijo tirando la punta.—Esta nacion, mi llegada á ella y cuanto me rodea parecen un cuento.

En el mismo instante se abrió una puerta, penetrando otro lacayo, el cual llevaba toda la ropa de Florian. La camisa estaba limpia y planchada; brillaban sus botas, y el resto del traje se lo traian perfectamente aseado.

El sirviente se acercó, preguntándole:

—¿Quiere V. S. levantarse?

—Sí; pero no me dés tratamiento, que no le tengo.

—Me lo ha mandado mi señora, y no puedo desobedecerla. ¿Visto á V. S?

—No; soy pobre, y los desgraciados no necesitamos ayudas de cámara.

—Pues es indispensable que yo lo sea por ahora y que V. S. lo tolere.

—Haz lo que gustes.

El criado le fué poniendo parte de las prendas de su traje, concluyendo por afeitarlo y arreglar su cabeza. Más tarde lo

dejó solo, indicándole el sitio donde quedaban su gaban y sombrero.

Florian se miró á un espejo de los cuatro que tenía en aquella habitacion, exclamando:

—Desde ántes de salir de mi palacio de las Vistillas no volví á ver reflejada mi figura en cristales. He adelgazado; pero es sano mi color, y el viaje parece haberme rejuvenecido. Estoy en un salon del piso bajo lujosamente amueblado; estas tres ventanas, que por su mucha longitud pueden llamarse balcones, dan al jardin, y por cierto que dejan pasar un ambiente perfumado y agradable. No me extraña; distingo desde aquí millares de flores, de plantas y hasta de árboles odoríferos. No hay fábula que presente mansion más bella é ideal que la encontrada por mí á la mitad del camino. Todo es aquí sorprendente, maravilloso. ¡Qué poesía! Oh, pero llega á mi corazon, y éste la rechaza como el páramo la vegetacion. Salgamos de dudas; aquí veo un timbre; llamo, y si me lo permiten, partiré seguidamente. Lástima de limpieza empleada en mi traje; pronto volverá á estar como ayer.

—¿Qué manda V. S?

Le preguntó un lacayo, presentándose á la puerta.

—Hazme el favor de decir á tu señora que deseo la honra de besar sus piés y demostrarle mi gratitud, pues me veo obligado á marchar inmediatamente. Tambien quisiera despedirme del médico.

—Mi señora,—contestó el sirviente,—ha salido á caballo, pero no tardará en volver; me encargó rogara á V. S. la esperase, y en el caso de que no atendiera su súplica, que se lo mandara en su nombre.

—¿Era esa la órden de que me habló ántes el facultativo?

—Lo ignoro, señor.

—Aguardaré.

—¿Manda V. S. algo más?

—No.

—Tengo encargo de darle cuanto pida.

—Gracias.

Salió el criado, y Régulo comenzó á pasear por el salon, murmurando para sí:

—¿Qué querrá de mí la dueña de esta mansion ideal? Lo supongo; le habrá dicho el doctor que no debo partir tan pronto, y me impone un arresto que no carece de comodidades y bienestar. Puesto que ella lo desea, esperaré, y para que el tiempo sea ménos largo, cojo otro cigarro de los suyos, y me lo voy á fumar frente al jardin. En este magnífico sillon, que acerco á la ventana. ¡Soberbio cuadro! Tengo á mi izquierda un bosque de tilos, otro á la derecha de acacias, y enfrente arrayanes, plantas que desconozco, y una variedad de flores admirable. La brisa llega embalsamada y agradable; no se siente aquí frio ni calor, y la verdad es que la húerfana posee un retiro envidiable. ¿Quién será? La hija de algun potentado indígena, que habrá temido residir en la corte en vista de lo revuelto que anda aquello. Pobrecilla: no sabe que vendrá la edad en que necesite de un hombre que se llame su esposo, y si la eleccion no es acertada, entónces cambiará la sublime tranquilidad de este eden por una vida agitada, turbulenta y fatal. La naturaleza suele imponer á los séres humanos terribles condiciones. La conducta que observa conmigo y lo que dicen de ella el médico y aquel labriego que me dió agua, la elevan á una altura formidable. Como que hubiera sentido marcharme sin verla. Hasta ahora sólo contemplé unas cuantas mujeres del pueblo, súcias y andrajosas, que aparecieron en el muelle cuando desembarcamos. En mi protectora miraré la belleza aristocrática femenil de Nueva-España. Mera curiosidad, porque muerta mi Erundina todas las mujeres acabaron para mí.

En este instante oyó el estrépito producido por la llegada de muchos caballos, añadiendo:

—¡Hola! si es ella, viene seguida de numerosa escolta; lo ménos han entrado veinte potros. Tambien puede ocurrir que sea un destacamento encaminado á posesionarse de la persona de un pícaro vizconde que osó abandonar su prision. Me tiene

sin cuidado; tarde ó temprano he de acabar por revolver este país más de lo que está. Necesito intrigar, hacerme oir de las masas, temer de unos, aplaudir de otros, y dejar entre una vida agitada y tumultuosa el hastío, pena y sinsabores que consumen mi pobre alma.

Reflexionando así, entretuvo el vizconde una hora más que empleó en acabar de fumar su cigarro. Cuando hubo arrojado la punta, prosiguió:

—¡Me perjudica este aislamiento; en el instante que me veo solo se me representan mi Erundina y su hijo!.. ¡Aquel cuadro de muerte destroza mi corazon, atrae las lágrimas á mis ojos, y me hace el hombre más infortunado que hay sobre la tierra! Si ya no tiene remedio, ¿por qué tanta angustia y pesar? ¿Por qué el destino se empeña en que yo viva, no como los restantes séres de la tierra, sino peor que ellos? ¡A los demás les da una copa de placer con algo de amargura en el fondo; á mí me la alarga llena de disgustos y tormento!

—Mi señora, —exclamó un lacayo presentándose á la puerta é interrumpiendo las tristes reflexiones del vizconde,— mi señora ruega á V. S. le acompañe á la mesa.

—¿Es hora ya de almorzar?

—Sí, señor.

—Te sigo.

Y Florian salió en pos del sirviente, abstraido con sus lúgubres pensamientos; pero bien pronto cambió aquellos por un torrente de admiracion que se posesionó de todo su espíritu. Acababa de entrar en una galería árabe cuyos mosáicos y adornos competian con los primeros del mundo; el aire estaba allí más embalsamado que en su habitacion, efecto sin duda del aroma que exhalaban algunos pebeteros colocados simétricamente en el sitio por que atravesaban. Luégo llegó al pié de una escalera de mármol y jaspe, la más ancha y suntuosa que vió hasta entónces, y por ella se encaminó al piso principal.

—Esto no es una casa,—exclamó,—sino un palacio sor-

prendente, maravilloso; en ninguna capital de Europa ni de América contemplé cosa igual.

Y continuó subiendo por uno de los extensos brazos en que se dividia á la mitad, aquella incomparable escalera. Al terminarla no halló, como suponia, lacayos, sino hombres que, vestidos de frac, chaleco y pantalon negros, con corbata y guantes blancos, le hacían una cortés reverencia. Pasó por medio de ellos, siempre en pos del lacayo, y empezó á atravesar salones régios en la elevacion del techo, en las alfombras, en el tapizado de las paredes, en los cuadros y en todo cuanto encerraban. De sorpresa en sorpresa llegó al comedor, el cual estaba rodeado de columnas de alabastro; en el centro se extendia una mesa con plancha de mármol, y junto á ella habia sólo nueve sillones de ébano y raso.

El lacayo se quedó á la puerta, exclamando:

—Pase V. S., que no tardará en venir mi señora.

Y lo dejó solo.

—En este salon,—dijo,—pueden comer con anchura doscientas personas. Por el alma de mi madre que voy creyendo un sueño lo que tengo delante. ¡Hola! el sillon de la huérfana se alza una cuarta más que los ocho restantes; eso me prueba que es muy baja de estatura ó muy elevada en gerarquía social. Me inclino á lo primero; voy á ver una dama pequeñita con mucho viento señorial y afectacion indígena que me va á indigestar. ¿Qué miro? ¡Lista de viandas, y mi apellido en el cuarto lugar de la mesa! Muy bien; aprendieron las costumbres aristocráticas europeas como yo no pude imaginar. Pues si esto hacen en una casa de campo, ¿que sucederá en la corte? Y tanto aparato para rodearse probablemente de un médico, tres ó cuatro mayordomos, una doncella y algun apoderado. Ya llegan; estudiemos esta gente.

Dos lacayos abrieron la gran puerta del comedor, y penetraron por ella cinco caballeros y dos señoras, ancianos los siete, graves, sin afectacion ninguna ni parecido á los mayordomos y restantes que concluia de citar el vizconde. Todos le

hicieron una reverencia, quedando cada uno en pié detrás de su asiento. No demostraban curiosidad al ver á Régulo, ni expresaron frase alguna.

Un minuto después gritaron desde fuera:

—Su Alteza, mi señora Zeneida.

Y entró en el comedor una jóven de veintidos años, de estatura un poco más que regular, esbelta y graciosa como los ángeles. Su epidermis blanca y fina, tersa y suave, no podia imitar al nácar, porque era más hermosa; sus negros y rasgados ojos imponian donde se fijaban. El pelo, castaño oscuro, aparecia más fino que la seda; eran chicos su boca, manos y piés, y tan perfectos su rostro y conjunto, que obligaron al vizconde á exclamar para sí:

—No he visto mujer más encantadora desde que nací hasta hoy. ¡Quién será!

Zeneida se acercó á su sillon, hizo una graciosa reverencia á Florian, y se sentó entre las dos señoras que le habian precedido. Luégo indicó con una seña que la imitasen, y los nueve se colocaron en sus respectivos puestos. Un hombre vestido de etiqueta, que llegó tras ella, le habia movido el asiento para que entrase en él y quedara luégo en su sitio, permaneciendo aquel á la espalda de su señora durante el almuerzo.

Dos minutos después comenzaron á sacar viandas, servidas alrededor y del mismo modo que en Europa. Florian se decia:

—Es indudable que me hallo en la morada de una princesa, y cuantos me acompañan son palaciegos; esas miradas de soslayo y á hurtadillas me lo indican; es gente elevada, mas *pobre* gente, que no osa alzar la vista delante de su señora ni fijarse en ella frente á frente como yo. ¡Qué hermosa es y qué majestad hay en su rostro, acciones y movimientos! Par diez, que me habia equivocado en mi juicio sobre el palacio, la dueña y cuanto veo. Seguiré observando y plegándome á las circunstancias.

Florian era ya en este instante aquel vizconde aristocrático, fino, atento, bien educado y cortés que conocimos en Ma-

drid. Al hallarse junto á una jóven que suponia princesa y al lado de séres que juzgaba palaciegos, desechó de sí la humildad que le impuso su mísera situacion.

A usanza de los régios banquetes, en este no hablaba nádie ni habia otra libertad que la de comer después que empezaba la señora, y la de contestar á las preguntas que aquella les hiciera. En la ocasion presente, la bellísima Zeneida estaba muda é indiferente, al parecer, si bien un observador práctico habria notado que se ocupaba en estudiar, con ese disimulo tan hábil y propio en la mujer de talento, la figura, modales y hasta los más leves movimientos del vizconde de Régulo. Nuestro jóven era efectivamente una excepcion en Nueva-España, toda vez que aparecia como el más fino y elegante de cuantos arribaron á aquel país.

De pronto dejó Zeneida el cubierto, y los que le rodeaban hicieron lo mismo; luégo se fijó en Florian, que la miraba sin respeto, descaro ni insolencia, y le preguntó con acento tan agradable como la melodía:

—¿Ha descansado V., caballero?

Sin descomponerse el vizconde y con la naturalidad del que está acostumbrado á hablar con reyes y príncipes, contestó:

—Sí, señora; gracias.

—Dice mi médico, que llegó V. contuso, rendido por la fatiga y enfermo. ¿Cómo se encuentra ahora?

—Muy bien; la admirable hospitalidad que recibí en este palacio curó todos mis males físicos.

—¿Padece V. algunos otros?

—Sí, señora.

—¿Habrá remedio en mi casa contra ellos?

—Imposible.

—¿No merecia pensarse un poco más, ántes de sentar esa absoluta?

—No, señora.

—Lo veremos.

—¡Ay, no aguardo del cielo, sitio en que reside el primer poder, otra cosa que paliativos á la enfermedad moral que sufro!

—Lo veremos.

—Cuanto hallé en esta mágica y hospitalaria mansion excitó mi asombro y agradecimiento; pero no vi el agua que pueda lavar la mancha de sangre que trae mi corazon.

—¿Busca V. los paliativos de que habló ántes, haciendo marchas á pié, sin recursos y expuesto á mil peligros?

—No, por cierto; corrí cási todos los mares conocidos sin encontrarlos; cuando arribé á Nueva-España ya habia perdido la esperanza de que otros viajes me los proporcionasen, y entónces concebí la idea de buscarlos en las grandes poblaciones, donde acaso estén. Vine solo, andando, fatigado y hambriento, porque soy pobre.

—¿Era ántes rico?

—Mucho.

—¿Qué fué de sus bienes?

—Dí la mayor parte; el resto me lo confiscaron.

—¿A quiénes hizo V. donacion tan espléndida?

—A un amigo, á mis criados y á los indigentes.

—¿Qué se propuso?

—Ceder lo que tenía para intentar ganarlo de nuevo.

—Rara excentricidad; perdone V. la calificacion.

—Sólo puede juzgarla así el que desconoce la causa.

—La oiria con mucho gusto, pero nada debo preguntarle, nada le impongo ni le exijo, que es mi huésped, y él únicamente tiene derecho á pedir en mi casa.

—Preciso era que yo hallase un ángel en mi camino para recibir una hospitalidad que no cuenta igual en los tiempos modernos. Diré á mi noble y elevada protectora lo que desee saber respecto de mí.

—Acepto, y queda V. obligado á contestar á mis preguntas, puesto que esa es su voluntad.

—Interrogue y será complacida.

Zeneida, léjos de replicar, volvió á coger el cubierto; los ocho le imitaron, y el almuerzo continuó.

Al concluir se presentó en el comedor un indivíduo de la alta servidumbre de la casa, el cual quedó parado frente á su señora. Esta le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Acaba de llegar de la corte el diputado Ramirez.

—Que pase al estrado y espere.

La jóven inclinó la frente, meditando algunos segundos; luégo se dirigió á Florian, diciéndole:

—Aplazo para cuando me sea dable hacer á V. las preguntas de que hemos hablado ántes.

—Mucho le agradeceria,—contestó Régulo,—fuese lo ántes posible, toda vez que me lleva á Madrid un asunto urgente y del mayor interés.

—Suspéndalo V. por un poco de tiempo en obsequio mio. ¿Podré merecerle ese segundo favor?

—Sí, señora.

—Entretanto ocúpese V. en pasear por mis parques y jardines, á pié ó á caballo; cuanto hay en esta casa se halla á su disposicion.

—Gracias.

Zeneida se levantó, retirándose acto contínuo del comedor; todos le imitaron, á excepcion del vizconde, que se puso en pié para despedirla y luégo se sentó, permaneciendo solo y ensimismado cerca de media hora.

—Es indudable,—se decia,—que esa mujer está emparentada con la familia reinante, y de no equivocarme, nádie podria favorecer mejor que ella mis planes futuros. ¡Muy elevada está; es riquísima y yo pobre y desconocido, pero el talento fué siempre el primer poder de la tierra, y si yo lograra!.. Hay el mal de que es mujer, y está rodeada de cortesanos que espiarán hasta sus menores movimientos, dispuestos á echar abajo todos los castillos que yo forje. Lo veremos; de luchar sólo con ella, no habria mérito alguno en la victoria... ¿Qué

digo? Es muy despejada, y en su frente se revela un talento femenil que suple admirablemente á la sabiduría de los hombres. ¡Y qué hermosa es; qué tipo tan sublime de perfeccion! Cuando mira y habla atrae y fascina como pudiera hacerlo un ángel inspirado por la Divinidad. En Europa no existió mujer que se pareciera á tan acabado tipo de la belleza humana. Será capaz de enloquecer con sus encantos á cualquiera que no sea el vizconde de Régulo, el cual trajo á este país seco el corazon y árida el alma. Hizo bien en rodearse de ancianos, porque de haber jóvenes, se convertiria esta casa en jaula de locos. Con ella, con su peligrosa hermosura y con cuantos le acompañan, con todos lucharé.

Un lacayo vino á distraerlo, presentándole una bandeja de oro con cigarros y preguntando á la vez:

—¿Qué manda V. S?

—Fuego.

Y encendió un largo y aromático puro.

—¿Qué más quiere V. S?

—Un caballo para montar.

—¿Jóven y alegre, ó viejo y maestro?

—El más bravo, fuerte y corredor que haya.

—¿Qué servidumbre necesita V. S?

—Me basta un lacayo que conozca el terreno.

—¿Muy pronto?

—Lo ántes posible.

—Puede V. S. llenar la petaca de esos cigarros.

—¿Para qué?

—Es costumbre en el país, y además le faltarán si permanece muchas horas alejado del palacio.

—Tómala.

El sirviente se la llenó, devolviéndosela; después le hizo una reverencia y partió.

El vizconde tornó á exclamar:

—No sé en qué consiste, pero la verdad es que me veo obligado á romper todos los propósitos que forjo en esta casa,

en tanto que en España jamás dejé de cumplir uno. ¡Ay, por desgracia la causa es terrible; allí era rico, feliz; aquí pobre, desgraciado, y es lo cierto que el pobre no puede tener voluntad, buen criterio ni otra cosa que aliento para pedir y alma para agradecer, cuando no para renegar! ¡Qué será de mi infortunado padre! Lo ignoro, mas doy por hecho que, protegido por el capitan Iglesia, nada le faltará, á excepcion de su hijo. Tambien yo siento no verte, noble duque; mi mayor placer consiste en contemplar tu afable y bondadoso rostro, y el extremado cariño que emana de tus frases y acciones. ¡Cómo ha de ser; nos separa el destino, y cruel con nosotros, hasta me impide pensar en tí, porque de lo contrario entorpeceria todos mis planes y cálculos el amor que te tengo, el deseo de no abandonar tu lado; y ántes que eso son tu libertad y la obligacion que he contraido conmigo de darte una posicion elevada y digna de tu talento y genio!

Entraron dos lacayos; el uno le puso trabillas y espolines y el otro le alargó su sombrero y un latiguillo de vaqueta y seda con puño de oro.

—Cuando V. S. guste,—le dijo el primero.

—Id delante.

Y en pos de aquellos marchó el vizconde por diferentes habitaciones de las que habia atravesado ántes; luégo descubrió una escalera no tan lujosa, llegando á un extenso patio, en el que halló el servicio pedido por él. Lo primero que hizo fué reconocer el bravo potro que le ofrecian; satisfecho, montó, aunque con alguna dificultad, por lo inquieto de aquél; pero ya encima, y después de algunos saltos y vueltas, le obligó á que quedara parado y cási inmóvil. Más tarde salió despacio por una puerta pequeña que vió á la izquierda, la cual conducia al campo. Ya en él, nuestro jóven entró en una alameda, cuyo fin no alcanzaba la vista, y á trote largo siguió adelante, llevando en pos y á alguna distancia un solo lacayo. Así, y entregado á sus pensamientos, prosiguió cinco minutos; miró nuevamente en torno, y sin detenerse picó, saliendo

el caballo como una centella. Al cuarto de hora dejó atrás la alameda, corriendo por un bosque de cocoteros, plátanos, piñas y árboles propios de América. Distinguió á media legua várias colinas, y se encaminó á ellas á escape tendido.

—Buen caballo,—decia;—su poderosa sangre compite con la mejor de la Arabia. ¡Qué país, santo cielo! ¡Me hallaria perfectamente, si no vinieran á atormentarme los recuerdos de mi pobre Erundina, que corria á mi lado y tanto como yo! Los he de ahogar ó estallarán mis pulmones.

Y fijando las espuelas en los ijares de su valiente cuadrúpedo, cortaba el viento como rápida exhalacion.

Saltó zanjas, y llegando á las colinas, trepó como un águila, descendiendo cual la cabra; tornó á subir y á bajar, y no se detuvo ni miró atrás hasta que su pobre caballo, cubierto de blanca espuma y fatigado en extremo, comenzó á demostrar que le faltaban las fuerzas.

—Alto,—dijo entónces,—que he cruzado seis leguas lo ménos, y no quiero reventarte, valiente alazan.

El potro se detuvo y Florian echó pié á tierra, notando que no le seguia el lacayo que salió con él.

—Se quedaria atrás,—exclamó,—y me habrá perdido. No importa; admiraré, mientras descansa ese pobre animal, los panoramas que se presentan ante mis ojos.

Subió á pié á la parte más alta de una colina, continuando:

—¡Qué deliciosas vistas se distinguen; de Norte á Sur corre un ancho rio, como inmensa faja de plata que se pierde en el horizonte; cerca de una de sus márgenes empieza la posesion de Zeneida, prolongándose mucho más de lo que alcanza la mirada. ¡Qué sitio ocupa tan ameno y delicioso! ¡Hasta en medio de estos mares terribles se halla un pedazo de tierra y en él el sello de la Divina gracia, en pro de los séres humanos! ¡Lástima es que una nacion tan rica y favorecida por la naturaleza, la convierta en un caos político ese enjambre de torpes ambiciosos y malvados egoistas, que, segun cuentan, medran aquí destruyendo y asolando como la langosta!

Nuestro jóven esperó inútilmente media hora al lacayo que le seguia; convencido de que era excusado aguardar más, buscó de nuevo á su caballo, le examinó los ojos, y persuadido de que podia regresar en él, tornó á montar, marchando á un trote largo y sostenido.

Dos horas después daba vista al palacio por diferente sitio del que salió, siendo sorprendido al poco tiempo por la camilla en que iba herido su sirviente.

—¿Qué ha acontecido?—preguntó á los que le conducian.

—Al llegar V. S. á la primera zanja,—le contestaron,—cayó este infeliz, matando su caballo y quedando él bastante estropeado. Felizmente lo vió un mayordomo que desde lo alto de la torre observaba con un anteojo la carrera de los potros, y salimos inmediatamente cuatro en su auxilio y dos lacayos en busca de V. S., al que no debieron hallar toda vez que regresa solo.

—¿Presenta gravedad el golpe que ha recibido ese criado?

—No, señor.

—Llevadlo al momento, no obstante, para que lo curen.

Y Florian siguió hácia la casa, dejando luégo el caballo para pasar á su habitacion; en ella le quitaron los espolines y le limpiaron el polvo, participándole minutos después que la lesion del lacayo no ofrecia cuidado alguno, segun opinion del facultativo. A la vez le dijeron que podia subir á comer.

Algo más tarde se hallaba sentado á la mesa en el mismo sitio que por la mañana y rodeado de iguales personas.

La comida empezó tan silenciosa como el almuerzo; pero á la mitad de aquella hizo uso de la palabra Zeneida, diciendo á Régulo:

—Me han asegurado que es V. un consumado jinete.

—Tuve gran aficion, y algo aprendí.

—Dieron á V. un potro que temia montar mi picador.

—No me extraña; pedí el más jóven y bravo, y me obedecieron.

—Hubo algo de temeridad en aceptarlo.

—Mi regreso demostró lo contrario; perdóneme si me veo obligado á opinar de distinta manera.

—Añaden que corrió V. como el águila, sin reparar en lo agreste de algunos parajes ni en la posibilidad de caer y estrellarse.

—Llevaba en mi mente una idea que me atormentaba como el dardo de una flecha, y encargué al viento que me la arrancase.

—¿Lo consiguió V?

—A medias.

—Los hombres suelen exponer su vida por un aplauso del que los mira ó escucha.

—Hay efectivamente vanidosos que juegan su existencia por una miserable ovacion; á esos se les compadece.

—¿Luego V. no hizo alarde de hábil ni de diestro?

—No se me ocurrió que me viera nádie, ni pude por desgracia tener en cuenta otra cosa que el agudo dolor con que el destino martirizaba mi alma.

—Siento haberle recordado lo que al parecer condenó al olvido.

—Eso nunca; poco ó mucho no me abandona jamás el terrible aguijon.

—Al terminar la comida haré á V. las preguntas de que le hablé esta mañana; fuma V. luégo su cigarro, y al concluir le aguardo en mi gabinete azul.

Media hora después se levantaron los ocho, ofreciendo un lacayo á la vez al vizconde cigarros y fuego.

—Quédate cerca,—dijo Florian al sirviente,—para que me lleves al gabinete azul de tu señora.

—A la parte afuera del comedor espero á V. S.

Solo ya el vizconde, no crean nuestros lectores que se entretenia ahora pensando en la política y en el cúmulo de intrigas con que há tiempo soñaba. Sus ideas en este momento se contraian á la incomparable belleza de Zeneida; era efectivamente aquella mujer seductora, ideal, y áun cuando Régulo tenía

grabada en su alma la imágen de Erundina, cuya memoria no olvidaba, era demasiado jóven aún, y su corazon no estaba tan seco como él creia para hacerse insensible á los encantos de una princesa, capaz de enloquecer y arrastrar en pos al hombre más excéntrico y ménos dado al amor.

—¡Qué ojos tan expresivos,—murmuraba,—qué actitud tan digna é imponente, qué rostro tan bello, qué talle tan delgado y ondulante, qué mano, qué voz y qué conjunto! Lo dije; si aquí hubiera jóvenes se convertiria esta vivienda en casa de orates. Gracias á que yo llegué sin corazon, pues de lo contrario... Y la verdad es que á pesar mio me fascina y... ¡Qué necio! Conmigo no puede esa beldad; valia mi Erundina... Es decir, yo la queria con delirio, juzgándola la más hermosa; sin perjuicio de reconocer que Zeneida recibió de la naturaleza mayores encantos que ninguna otra. Veamos qué desea saber de mí. ¿Qué es esto? ¡Arrojo el cigarro cuando empezaba á fumar, me pongo en pié, siento latir el corazon, y un poder mágico me impele al gabinete azul! ¡Florian, á los seis meses de viudo!.. ¡Oh, soy capaz de ahogarte, corazon mio! Veamos si por primera vez te sobrepones á mi voluntad. ¡Aquel ángel, aquel ángel que me aguarda en el cielo!..

Y salió del comedor en busca de la seductora Zeneida.

Debemos decir ántes de pasar adelante que los dos jóvenes habian simpatizado desde el momento que se vieron; luégo cambiaron algunas miradas que aún no nos atrevemos á calificar, y todo esto era motivado por el parecido de sus almas nobles, altivas y ardientes, por los instintos de sus corazones generosos y elevados, y por la identidad de sus ideas, grandes y dominadoras. Tal paridad debia necesariamente producir sus naturales consecuencias; pero dejemos que los acontecimientos nos las vayan demostrando.

CAPITULO IX.

Entrevista.—Lucha Florian consigo mismo, vacila, y teme ser vencido.—Concierto.

Salió el vizconde del comedor, atravesando vários salones lujosamente amueblados para entrar en el estrado, donde quedó más sorprendido que lo habia estado nunca: era extenso, contenia relieves de oro y plata, muebles de seda y maderas que le fueron desconocidas, y una coleccion de retratos que empezaba por Kausou I, siguiendo hasta el X. Estos antiguos reyes de la isla vestían los trajes de sus respectivas épocas y se hallaban admirablemente pintados. Se veia después á Francisco I, que á la sazon reinaba, y en medio de su hermano y cuñada aparecia la hermosa Zeneida. Régulo notó el gran parecido que existia entre todos aquellos personajes y admiró la actitud elevada y majestad que los originales trasmitieron indudablemente á aquellas copias.

El salon que nos ocupa estaba rodeado de estatuas gigantescas que representaban á todos los caciques que habia en el país cuando llegaron los españoles; eran de mármol, y tan perfectas que podian competir con las mejores de Europa.

No obstante la impaciencia de nuestro vizconde, se vió obligado á detenerse y á reconocer objeto por objeto, exclamando:

—Este será el estrado, y en verdad que no vi nada en el mundo que se le parezca; en las habitaciones de los reyes se tapizan las paredes con bordados de oro y plata; aquí se cubren con esos metales, formando mosáicos admirablemente trazados. ¡Qué cuadros, qué estatuas, qué muebles, qué artesonado y qué pavimento! Esa jóven debe ser más rica que dos monarcas del Antiguo Continente.

E hizo seña al sirviente para que continuase adelante.

La bellísima Zeneida le esperaba cerca de allí, sentada en régio sillon. Vestía un traje de raso claro con bordados azules, y el escote y manga corta le permitian lucir pecho, garganta y brazos, que hacían oscura la nieve y áspera la seda con que se adornaba. No era gruesa, pero sus hombros parecian torneados. Los cabellos, cási negros, se inclinaban hácia atrás en rizos, que aumentaban la blancura de su epidermis, en la que intentaban retratarse. Y más que reina era en aquellos instantes un ángel ideal, arrebatador.

El criado que seguia á Florian dió un golpecito en la puerta del gabinete, diciendo:

—El caballero á quien mi señora da hospitalidad.

—Que pase.

Contestó ella, y el sirviente dejó la entrada expedita á nuestro vizconde, volviendo á cerrar.

Régulo hizo una reverencia á Zeneida, quedando parado ante aquella, sorprendido de cuanto veia en torno; y más que del lujo y de la magnificencia del palacio, de la postura indolente y hermosura de tan seductora mujer.

Estaban solos; la jóven se incorporó, y fijando una mirada irónica en Florian, le dijo:

—Siéntese V., señor duque.

—Perdone V. A., mas no tengo el título con que acaba de honrarme.

—Veo en la cadena de su reloj una corona ducal.

—Nada puedo ocultar á V. A.; soy Florian de Calatrava, vizconde de Régulo, hijo del duque de Noal, dueño de esta cadena y reloj. El gobierno nos confiscó cuanto teníamos, y las dos alhajas forman nuestra única fortuna; por eso me las dió mi padre para que las vendiese, y con el producto fuera á Madrid, en busca de una libertad que no debieron quitarnos.

—Siéntese V. ¿Por qué no enajenó esos objetos?

—Prefiero pedir limosna ántes que separar de mí lo que mi padre usó muchos años.

—¿No quiere V. sentarse?

—Debo permanecer de pié delante de V. A.

—Usando de la misma franqueza que V., le diré que soy Zeneida Kausou, hija del único hermano que tuvo S. M. el rey; mas ni las leyes lo permiten ni yo he pretendido un nombramiento de infanta á que me conceptuaba sin derecho; y si tolero á mis criados que me dén Alteza es porque nunca logré de ellos que suprimieran en mí el tratamiento de mi padre, pero me es de todo punto imposible admitirlo de un extraño. Los que estamos cerca del trono debemos ser los primeros en acatar las leyes del reino.

—No obstante esa ingénua declaracion, me veo en la imposibilidad de sentarme en presencia de una dama que lleva sangre real en sus venas y se dignó darme hospitalidad y un lugar en su mesa.

—Vizconde, no sea V. terco, y ocupe ese asiento; yo se lo mando, se lo ruego.

—Gracias, señora; el cielo premie todo el bien que me está dispensando. Ya que la he obedecido, añadiré que llegué aquí fugado de una cárcel.

—Lo sabía.

—Que los agentes del gobierno me estarán buscando.

—¿Y bien?

—Que mi evasion es contraria á las leyes, y que los príncipes son los encargados de imponerlas y los primeros en acatarlas.

—¿Quiere V. que lo denuncie y por mi causa vuelvan á prenderle?

—Esa, en mi concepto, es su obligacion.

—No me parece el oficio muy propio de una jóven que antepone el bien de la humanidad y la caridad cristiana á toda otra consideracion.

—Un ángel no podria decir otra cosa.

—Gracias por la galantería. ¿Qué se propone V. en la corte?

—Pedir la libertad de mi padre y la de los restantes que le acompañábamos.

—Justa es su demanda; pero tardará mucho en ver realizado su deseo. ¿Qué más intenta?

—La devolucion de lo que me han confiscado.

—Eso es más difícil aún y muy probable que no lo consiga. Pero demos por hecho que ha logrado V. las dos cosas; ¿y luégo?

—Luégo pienso hacerme hombre político.

—¿Con qué objeto?

—Con el de adquirir una fortuna igual á la que regalé en España.

—La idea me parece bastante egoista.

—Si llegara á participar del poder, pensaria mucho en la felicidad de este desventurado pueblo, y á ser dable, me sacrificaria por él. Quien regaló cien millones, no permite nunca á su alma que se embriague con la avaricia. Deseo únicamente ganar, repartir, intrigar dia y noche, dar á mi cerebro una ocupacion que llene el hueco de las ideas que traje de Europa, y á mi pobre é infortunado corazon una vida de que carece há tiempo. Antes de pensar así anhelaba la muerte; mi viaje fué excéntrico en la forma, suicida en el fondo; pero Dios quiere que prolongue mi existencia; mi padre, á quien nunca desobedecí, me la impone tambien, y para hacerla más llevadera, ménos cruel y terrible, pretendo entretenerla del modo que acabo de exponer.

—Aplaudo la idea. ¿Con qué cuenta V. para realizar todo eso?

—Los Calatravas, señora, empezamos sin nada para concluir con todo.

—¿Ha probado V. alguna vez?

—No; pero tengo el ejemplo de mi padre y voy á imitarle.

—Mucho confia V. en su talento, y es algo temeraria, en mi opinion, la seguridad que demuestra.

—En la lucha sólo puedo exponer la vida, única cosa que me queda.

—¿Y es poco?

—Mucho, muchísimo. Para quien no halla felicidad en el mundo es mucho, muchísimo perder la vida, ó sea dejar de padecer.

—Piense V. algo más lo que acaba de decir, y vuelva á repetirlo con ingenuidad.

Zeneida fijó en Florian á la vez que expresaba las anteriores frases una mirada que si no era amorosa podia muy bien interpretarse de ese modo. Aquél vaciló, contestando después:

—Señora, cuando V. me lo permita partiré á la corte; allí intento plantear mi idea, y que Dios disponga lo demás.

—Muy bien; ya suponia yo que á la edad de V., con su gran talento, valor y osadía, no puede nunca condenarse el corazon á permanecer mudo é inerte ante un porvenir risueño y agradable.

—Esta mujer,—se dijo Florian,—lee lo que pasa en mi alma. ¡Oh, qué talento, qué hermosa es!

A la vez exclamó la jóven para sí:

—¡Este hombre no se parece á ninguno de cuantos conocí indígenas ó españoles! ¡Qué elevacion de ideas, qué energía, qué modales, qué talento, qué conjunto tan sublime! ¡La melancolía le embellece, la humildad lo eleva, la arrogancia le engrandece.

Los dos bajaron la vista al hacer este paréntesis en su diálogo. Régulo añadió fuerte:

—¡Ay! Zeneida, vacilo en ocasiones dadas, pero en general hallo mi corazon agostado, marchito y seco.

—No; en mi juicio padeció una grave enfermedad, y se encuentra en la convalecencia; de no ser así, para todo lo que intentase en política y en mejorar su presente y porvenir le faltarian fuerzas, gusto, valor y energía.

—¿No cree V. como yo que el corazon humano puede quedar inerte ó muerto para unas cosas y para otras no?

—Ni V. tampoco en el caso presente. ¿Qué edad tiene V?

—Treinta años.

—Los que yo suponia; pues bien, cruza V. la época de las pasiones, y en breve se convencerá que el fuego de su alma reaparece más vivo que nunca, más ardiente para todo, para todo.

—No pensé hallar entre los bosques de Nueva-España quien razonara así, y ménos una señorita de veintidos años.

—Al contrario, amigo mio; en la corte sobran distracciones y medios de ocupar el entendimiento en otra cosa que en estudiar; y yo, aislada aquí, paso la vida leyendo y por recurso estudiando.

—Un talento tan privilegiado, en todas partes aprende y enseña.

—Gracias, vizconde.

—Sus encantos físicos no tienen igual en Europa ni América; los morales se sobreponen á todo elogio.

—¿Me está V. adulando?

—Sería la primera vez que llegó á mis labios la lisonja; y en verdad que no hallo razon bastante en los favores que debo á mi bienhechora para que me obligasen á mentir y engañar.

—Sublime galantería, Régulo. Mas no perdamos el tiempo con inocentes frases. ¿Quiere V. saber de su padre?

—Lo anhelo, es mi dicha mayor, mi placer... pero no comprendo...

—¿El que yo le diga lo que pasa en Cádiz?

—Sí, señora.

—Yo sé, vizconde, lo que acontece en cási todos los pueblos de Nueva-España.

—¿Retirada en este palacio?..

—Sí, señor.

—No adivino el cómo ni el por qué.

—¿Tiene V. empeño en saberlo?

—Mucha curiosidad, más aún que curiosidad.

—¿Qué?

—Interés, un gran interés.

—Voy á complacerle: en este país, como habrá V. oido, existian ántes de la llegada de los españoles un rey y cuarenta y nueve caciques que gobernaban la nacion; los últimos eran ricos, poderosos, las primeras familias, en fin, de la isla. Reinaba á la sazon Kausou X, mi difunto abuelo; resultando que al espirar este monarca se dividieron aquellos en dos bandos por efecto de disidencias en la eleccion de sucesor; unos proclamaron á mi tio y los restantes á mi padre. Después terciaron en la querella los europeos, complaciendo á algunos y tratando de convencer á los otros; la mitad se inclinó por el pronto ante la fuerza; pero como los hijos de este país son tercos, los padres prosiguieron instigando en secreto al mio á que no abdicara su derecho, y hoy los hijos continúan haciendo lo mismo conmigo. Ni el autor de mis dias ni yo pudimos acceder á sus deseos; nos lo impedia el cercano parentesco con el monarca reinante y nuestro constante empeño de vivir aislados y hasta desconocidos. Ellos insisten en sus locas pretensiones; no hacen caso de mis terminantes negativas; el tiempo corre, y el resultado sábelo Dios. De esto puede V. deducir lógicamente, que me visitan á menudo, me dan noticias diarias de cuanto ocurre, y, á mi pesar, me veo obligada á sostener con ellos relaciones que en verdad me pesan, disgustan y sirven de molestia.

—Eso es muy grave,—dijo Florian sorprendido;—¿lo sabe el gobierno?

—No; los hijos de aquellos mandarines que fueron siempre

un baluarte del trono, heredaron la lealtad de sus padres. ¿Ha comprendido V. bien lo que he querido decirle?

—Sí, señora; aprendí en Cádiz lo suficiente para poder apreciar lo trascendental de la noticia que concluye de darme. ¿Disponen de las masas esos descendientes de los caciques?

—Hoy, sí, señor; al ménos de los naturales de este país.

—¿Se proponen acaso derribar á Francisco I?

—No; pero mi tio es bastante anciano, está achacoso, y á su muerte quieren seguir la costumbre antigua de elegir al que más les agrada.

—¿El rey deja sucesores?

—Várias hijas, pero ningun varon; y es lo terrible que las juzgan impotentes para el mando y á mí con sobradas dotes.

—¿Cuál es la mente del gobierno en esa cuestion?

—Se compone hoy de españoles, y han hecho proclamar á la hija mayor de mi tio.

—Resulta en consecuencia que el poder elevará á una hija del soberano y la mayoría de la nacion proclamará á Zeneida.

—No es eso sólo; hay un partido que quiere la república; otro que no sabe lo que quiere; el mio, que todos desconocen, y el del gobierno, compuesto de *retazos*, ó sea de tránsfugas, llamado fusionista.

—De ese último he oido hablar bastante; parece que se formó con los descontentos que habia en los demás.

—Exactamente; de unos que querian más libertad, y de otros que estaban porque hubiese ménos.

—Eso es muy heterogéneo. ¿Y lograron entenderse?

—Por supuesto.

—No adivino el medio.

—Pues es fácil comprenderlo; hubo poder y nació la union.

—¿Y hubo para todos?

—Y sobró lo suficiente para dejar la puerta abierta y que fueran entrando más.

—Acudirian bastantes.

—¡Ya lo creo!

—¿De todos tamaños?

—No; la mayor parte eran altos y gordos.

—¿Qué resultado dan?

—Magnífico; buena administracion, sublime; guerras, un torrente de patriotismo y un átomo de *interés*.

—Ya que es V. tan buena y bondadosa conmigo, desearia deberle el favor de que me definiera y calificara los demás partidos que militan en este país. Conozco bien el de los *retazos* que hoy manda; separemos este.

—Pues bien; le sigue el del *fusil*, calificado de este modo porque todos quieren ser soldados y demuestran mucho ardimiento y bastante exageracion en sus ideas. Tenemos luégo el republicano, compuesto de dos clases; la una es un *poquito* de pueblo que cuenta con gran pulmon, y la otra de gente aristocrática en el fondo y áun en la forma, y humilde con pretensiones de popular en lo demás.

—No me explico ese partido en una nacion monárquica, eminentemente católica y muy dada á sus tradiciones é inveteradas costumbres.

—Ni yo, ni nádie.

—Serán tambien grupos.

—Pues; una cosa así.

—¿Y los otros?

—No hay más.

—¿Cómo es eso?

—Quedan dos; pero el uno es el mio, oculto y reducido á un ciento de jefes, y otro de que no puedo ni me es lícito hablar.

—¿Por qué?

—Me lo prohiben un deber de delicadeza y la razon de conveniencia.

—¿Cuál de ellos reune más número de afiliados?

—Cada uno de por sí dice que el suyo, pero nádie los ha contado ni definido.

—¿La mayoría del país con quién está?

—Esa con ninguno. La generalidad en Nueva-España quiere paz, órden y bienestar; maldice en silencio á los ateos políticos enmascarados que la llevan al caos, y en silencio ruega á Dios que vele por la prosperidad de la isla.

—Prueba inequívoca de su sensatez.

—Es un país algo ignorante, pero noble y generoso por lo comun. Mucho abusaron de él, y puedo asegurarle no obstante que al verdadero pueblo jamás le oí exhalar una queja. Aquí son otros los que gritan.

—¿Quiénes hay que pretendan la guerra ó revolucion de que he oido hablar por ahí?

—Los *fusileros* y los republicanos.

—¿Se han unido?

—Sí, señor, sí; áun cuando parezca imposible, es ciertísimo.

—¿Qué lema ó bandera ha podido convenir á ámbos?

—Ninguna; se proponen derrocar el poder, y que luégo el más fuerte de ellos...

—Comprendo; ¡pobre país!

—Por esa razon, lo mismo mi padre que yo, rehuimos siempre la participacion en la política y asuntos de Estado.

—Pero resulta que V. está en relacion con cien jefes que acaso cuenten con gran influencia, y en un dia dado...

—En un dia dado, vizconde, les seguiria la mayor parte de estos isleños; mas para evitar esto, les oigo, entretengo y estorbo la llegada de ese dia.

—Acaso tengan razon, y el advenimiento de Zeneida fuera acompañado de la dicha y ventura de que tanto necesitan todos.

—Débil mujer, educada entre estas alamedas, sin dotes de mando, ni el talento y la experiencia necesarios, ¿qué sería de mí entre *fusileros*, republicanos y fusionistas? No, vizconde; prefiero mi sosiego y tranquilidad á ese caos sobre cuya cúspide pretenden verme algunos.

—El deber, la patria...

—Eso es para ustedes; para mí hoy el piano y las labores propias de mi sexo; mañana mi esposo y mis hijos, si el cielo

se digna concedérmelos. No insista V. en este punto, porque sería inútil.

—Debo á V. tantos favores y acaba de confiarme secretos de tal naturaleza, que me veo obligado á sucumbir ante el agradecimiento, abandonando una cuestion que hubiera deseado terminar de otro modo. Con su talento, ilustracion, carácter firme y voluntad incontrastable... Pero me ha impuesto V. silencio en lo relativo á ese particular, y sello mis labios.

—Sí, se lo ruego.

—Entónces hablemos de otra cosa. Dicen que aquí el poder influye y hasta cohibe la voluntad de los electores.

—Puede que sea así, pero lo mismo hacen sus enemigos: coartan, intrigan, y valiéndose de toda clase de medios, fijan la vista en el fin, jamás en el torcido y mal camino por donde van.

—De lo cual resulta...

—La dicha y ventura de que disfrutamos. ¿Se ha olvidado usted de su padre, vizconde?

—No, señora; mas esperaba que V. se dignase hablarme de él.

—El duque de Noal, amigo mio, habita la parte principal del palacio del general, puede pasear por todo él, y segun mis noticias, le oye y estima la autoridad, como merece un hombre que tanto vale.

—¿Qué efecto causó mi evasion?

—Ninguno; supo el capitan general que se proponia V. únicamente pretender la libertad de su padre, y se concretó á exclamar:—Hizo bien; de igual modo hubiera yo obrado en su lugar.—Después se ha convencido que para hombres como ustedes son inútiles las cadenas y basta con exigirles una palabra de honor.

—De modo es que puedo estar tranquilo en lo relativo al duque.

—Sí, señor.

—No obstante eso, anhelo marchar lo ántes posible; es

poco que tenga libertad en un palacio; debe disfrutarla en toda la nacion.

—¿No hallaria V. conveniencia en que permaneciese en Cádiz ínterin V. realiza el todo de su pensamiento político?

—Al contrario; yo no deseo nada para mí, y puesto que lo primero es su libertad, voy á empezar por ella.

—Daré á V. algunas cartas de recomendacion, el dinero que necesite y habitacion con criados en Madrid.

—Gracias; debo á V. ya tanto, que me es imposible aceptar más.

—¿Teniendo mi proteccion y apoyo, sería V. capaz de pretender llegar á la corte hambriento, contuso y exhausto de todo?

—Sí, señora.

—Allí es posible que no encuentre otra Zeneida.

—Lo doy por hecho.

—¡Ah! vamos; venderá V. el reloj y la cadena del duque.

—Antes de hacer eso, repito que pediria limosna y hasta moriré de hambre. Me parece que conserva aún el calor prestado por la potente y cariñosa diestra de mi padre.

—Vizconde, acepte V. en calidad de préstamo ó como quiera lo que le ofrece una mano amiga.

—Toda mi gratitud es poca para los beneficios que he recibido de V., para la bondad con que me ha tratado, para las confianzas que me ha hecho, y quiero estar satisfecho de mí y no escuchar jamás la voz de la conciencia que me diga:—Tú, que no supiste abusar de los hombres, lo hiciste con un ángel á quien sólo debias respeto y admiracion.

—¡Qué terquedad! Nada de lo que yo le ofrezco me hace falta.

—Hay otros más desgraciados que yo y con mayor derecho á la filantropía y generosidad de la princesa Zeneida, nacida en Nueva-España.

—V. ha llegado á mi casa, y no debe salir de ella como entró.

—Si V. necesitase de mi vida, la perderé con gusto en su obsequio, pero mi conciencia no puedo dársela. Saldré de aquí como he entrado.

—Ya que tal es su empeño, su decision, se lo voy á permitir como castigo á tan incomprensible obstinacion; porque si yo le mandase lo contrario...

—Le suplico que no me lo imponga.

—Llegará á Madrid como desea; ya tengo empeño en saber si el jóven aristócrata español rodó muchas ó pocas veces por ese largo camino, si sus piés se ensangrentaron, si maldecia su temeridad, y si halló, por último, otra huérfana que le ofreciera casa, médico, alimentos y una asistencia esmerada y completa. ¡Madrid, oh! Madrid se prestará á su ardiente imaginacion y privilegiado ingenio; si tiene V. hambre y pide limosna le llevarán á la cárcel por vago ó á un establecimiento de beneficencia por mendigo; si cae al suelo, como le sucedió á la puerta de mi casa, y pierde el conocimiento, no faltarán pajes, ayudas de cámara y sirvientes hábiles, diestros y sagaces que gratuitamente le aligeren de ropa, limpien su reloj y cadena y lancen á la postre una carcajada, que se traduce así: «Viene de provincia; paleto al fin.» Pero si V. sobreponiéndose al infortunio anda por las calles demostrando en su faz el insomnio, la fatiga, el hambre y la debilidad, entónces aquella gente cortesana é indiferente á todo lo que no le importa, le mirará con desprecio, juzgándole un desventurado á quien *Caco* abandonó por torpe en el camino de presidio.

—Se está V. burlando, y en verdad que me agrada distraerla, áun cuando sea de ese modo poco risueño para mí. En las quince leguas que he dejado atrás, adquirí la práctica del caminante, con la cual pienso llegar á Madrid en otro estado diferente del que V. ha descrito con colores tan sombríos y horripilantes.

—Lo veremos.

—¿Se tomará V. la molestia de averiguar?..

—Sí, señor.

—Que me place; por Dios Santo que ha de formar buena idea del valor y entereza de Calatrava.

—Eso únicamente pretendo saber.

En este momento sonaron las nueve en vários relojes del palacio; á la vez se oyó un murmullo continuado cerca de allí, y no tardó en asomar un criado, el cual dijo á su señora:

—Están reunidos, y cuando guste V. A. puede salir.

—Bien; retírate.

Dijo la princesa al sirviente; y poniéndose en pié, añadió, dirigiéndose á Florian:

—¿Me da V. su brazo, vizconde?

—Me envanece la honra, pero ¿á dónde vamos, señorita?

—Al estrado; allí nos esperan várias damas y caballeros que habitan en mi casa, y entre ellos pasaremos dos ó tres horas agradables.

—¿De qué modo?

—El piano, la música, el canto y el juego imperan ese tiempo. Otros hablan de política, y yo les permito á todos que en ese espacio tengan la más ámplia libertad. ¿Toca V. el piano?

—Ahora no.

—¿Llegó V. á cantar?

—Sí; pero mis desgracias agotaron la voz y el deseo.

—Lo veremos.

—¡Por Dios, Zeneida!..

—Silencio, que hemos llegado ya.

Un lacayo descorrió la cortina, presentándose ámbos en el salon; los reunidos en él se hallaban de pié; todos se inclinaron ante su señora, haciendo un cortés saludo á Régulo. La primera mandó que cada cual se ocupara de lo que fuera su agrado, dijo lo mismo á Calatrava, sentándose entre várias señoras, junto á un hermoso piano de cola.

Nuestro jóven tendió la mirada en derredor, dirigiéndose luégo á una mesa de tresillo, donde se disponian á jugar tres caballeros. Al verlo llegar, le dijo uno de aquellos:

—Honre V. un asiento, señor vizconde.

—No soy aficionado.

Contestó nuestro jóven con rubor.

—En el campo es preciso entretener de algun modo las largas horas de la noche; yo le ruego nos favorezca siendo el primero de la partida.

—Gracias, señor; me es imposible jugar.

—¿Qué causa?..

—Permítame V. que la oculte. No se detengan por mí; me basta con verlos para distraerme.

—Como V. guste.

Y se sentaron, dejando á Régulo entre dos para que pudiera ver con comodidad las cartas de ámbos.

Aun cuando cada cual ocupaba un extremo del salon, hizo la casualidad que Zeneida y Florian estuvieran de frente, pudiendo mirarse, si bien lo hacían con tal disimulo, que alcanzaba á los presentes y hasta el del uno al otro y vice versa.

Trascurrió media hora, hablando unos, jugando otros y paseando los más. La dueña de la casa conversaba con las señoras que tenía á su lado, dirigiendo la vista al extremo opuesto por casualidad y aparentando indiferencia. En cuanto á Régulo, observador de tresillo, prudente y bien educado, se salia de la costumbre de los *mirones*, no desplegando sus labios ni pretendiendo comprender con la vista de diez y ocho cartas mucho más que el que juega con nueve. A la vez solia alzar la cabeza, fijándose en las damas que estaban junto al piano, pero sin malicia y por casualidad.

Un instante después rodearon á Zeneida cuantos estaban de pié y áun sentados que no jugaban; el vizconde continuó impasible al parecer, mas hubo de llamar su atencion aquel movimiento general.

Más tarde comenzó á oirse el piano tocado por manos hábiles y con ejecucion y talento admirables. Régulo dejó de mirar las cartas, quedando pendiente de la tierna y dulce melodía que llegaba á sus oidos.

De pronto se puso en pié, atraido por una voz mágica, seductora, sublime. Era la de Zeneida, que cantaba un *ária* de la ópera *Lucrecia Borgia*.

Siempre atraido, á su pesar, continuó avanzando hasta formar parte del grupo que cercaba á la jóven.

El acento de la bellísima tiple era sonoro, grato, y si en los puntos bajos arrebataba, en los altos enloquecia.

Concluyó el *ária*, y un aplauso entusiasta y frenético reemplazó á su divina voz.

La jóven volvió de pronto la cabeza, y viendo á Florian que se empinaba para mirarla y era el que movia las palmas con más ardor, le dijo:

—Bien, señor vizconde; agradezco á V. mucho la galantería.

—¿Por qué si su canto nos elevó á una region ideal?

—¿Es V. acaso inteligente?

—Un poco,—contestó Florian cortado.

—No basta un poco para juzgar de ese modo.

—Seré entónces algo más; pero aseguro no haber escuchado voz más agradable ni *ária* mejor cantada; el *andante* me entusiasmó, el *alegro* no sé lo que hizo de mi espíritu, pues me juzgué elevado á la region de los ángeles.

—Los europeos están en su derecho burlándose de estos pobres isleños, y no es extraño, puesto que les debemos cuanto aprendimos. Y ya que fueron ustedes siempre tan bondadosos para con los indígenas de Nueva-España, no nos niegue otra prueba más el señor vizconde de Régulo.

—¿Qué quiere V. decir, señorita?

—Digo que al *ária* de tiple sigue una de tenor que debe ser á V. muy conocida; reempláceme, y aprendamos.

—¡Yo! ¡Después que V!

—Sí; todos sabemos que los maestros enseñan á las discípulas.

—Perdóneme...

—¿Va V. á desairar?..

—Eso no; la obedezco, pero ignoro si las teclas se negarán á mis dedos y la voz me faltará.

—¿Por qué? Recuerde V. que yo se lo ruego...

—Basta; me violente ó no, voy á hacer lo que pueda y sepa.

Y comenzó á tocar, dejando admirados á cuantos le escuchaban. Luégo entonó la magnífica romanza de tenor del primer acto de la *Lucrecia*, aumentando la sorpresa del auditorio, pues si bien habia cantado Zeneida, mejor, si cabe, lo estaba haciendo el vizconde. A la mitad del ária y en la exclamacion aquella de *¡Ay mísera!* pareció abrirse el corazon de nuestro jóven para expeler toda la tristeza, melancolía y dolor que encerraba; fué una nota que conmovió á cuantos le oian, arrancando un nutrido aplauso que interrumpió el canto por algunos segundos.

Terminada la *romanza*, siguieron las palmadas; pero Zeneida, que estaba á su lado volviendo las hojas de la partitura, le dijo:

—Continúe V.

—¿Qué?

—Sigue el duo: ¿rehusa V?..

—Adelante.

Añadió Florian, tocando y uniendo su voz á la de la jóven.

Al llegar aquí, las cartas se cayeron de manos de los jugadores, formando todos parte del semicírculo que rodeaba á los cantantes. Hasta los porteros de estrado, mayordomos y lacayos osaron acercarse á la puerta y agruparse en ella miéntras duró el magnífico duo.

Al terminar, exclamó el jóven muy quedo:

—¡Zeneida, basta, por Dios!

—No, maestro,—replicó la jóven, añadiendo fuerte:

—Ahora el terceto del segundo acto; aproxímese V., Don Federico.

Aún continuaba el aplauso, por lo cual, miéntras la princesa buscaba la introduccion de la pieza musical de que habia hablado, le preguntó Calatrava:

—¿Qué se propone V., señora?

—Que vaya V. acostumbrando su corazon á otra vida diferente de la que tuvo en los últimos seis meses.

Acabaron las palmadas y comenzó el terceto. La voz de Don Federico era de bajo profundo; fué uno de los maestros de Zeneida, y el canto prosiguió admirable, sorprendente. Los aplausos demostraban el colmo del entusiasmo, y la verdad es que Régulo recibia en estos momentos una ovacion completa. Junto á la jóven, aspirando su dulcísimo aliento y oyendo su voz, fué poco á poco sobreponiéndose á sus desgracias, concluyendo por aparecer el inimitable cantante de siempre.

Zeneida estrechó su mano con efusion, diciéndole:

—Bien, amigo mio, muy bien; no me equivoqué al juzgarle un gran músico, con voz que no escuché jamás.

—Gracias; yo no puedo elogiar la de V.

—¿Por qué?

—Me faltan frases y medio de hacerlo.

—¿Insiste V. en marcharse sin recursos y en la disposicion que ha venido?

—Sí, señora, y la pido permiso para despedirme al concluir el concierto, y partir al amanecer.

Zeneida meditó algunos segundos, contestándole después:

—Se lo concedo, pudiendo pasar á mi gabinete cuando se vaya á retirar.

Terminaron las palmadas, felicitando acto contínuo de palabra á los dos jóvenes todos los espectadores. Florian aprovechó la primera ocasion que tuvo para dirigirse á la mesa de tresillo y quedar entre los jugadores como lo estaba anteriormente.

Continuó el canto, pero habiendo cesado el vizconde y Zeneida no hicieron efecto alguno las dos árias y el duo que siguieron; las voces parecian destempladas, y áun cuando hubo aplausos, fueron hijos de pura galantería.

A las once y media dejaron de jugar, y á las doce se retiró Zeneida, entre dos señoras de las que le rodeaban. A la vez

salieron los demás, incluso el vizconde, el cual dijo á uno de los porteros de estrado:

—Pregunta á tu señora si me permite que pase á despedirme.

Y quedó esperando la respuesta, paseando, triste y meditabundo.

El sirviente le contestó cuatro minutos más tarde:

—Cuando V. S. guste, puede entrar.

Calatrava avanzó hasta hallarse frente á la hermosísima jóven; mas ya no era aquella dama cariñosa y atenta con él; le recibió de pié con dos señoras á la espalda, grave y severa como una reina. Su indisputable belleza aparecia encubierta en tal momento con un paño de majestad que imponia al que la miraba.

Sin descomponerse por eso Florian, la dijo con acento seguro:

—Señorita, llegué á este palacio herido, hambriento, exhausto de fuerzas y como un mendigo; en él hallé á la Providencia que, con pródiga mano, curó todos mis males físicos, dándome más aún de lo que necesitaba. Soy agradecido; mi reconocimiento vivirá tanto como yo; y áun cuando acaso nada pueda ofrecer jamás á una princesa tan rica y poderosa, no por eso dejaré de buscar la ocasion de demostrarle mi gratitud. Al ser de dia partiré: ¿quiere V. mandar algo á este infortunado?

Zeneida le miró con altivez, contestando:

—Me ha enseñado V., vizconde, una cosa que no sabía, y es el hermanar la humildad con la altanería; demuestra V. lo primero al hablar de su persona, y lo segundo al desdeñar lo que se le ofrece. Todos los indivíduos de mi raza hicieron alarde siempre de justicieros, y yo lo soy tambien hasta el extremo de no tolerarme á mí misma el más pequeño desman ó parcialidad; por esta razon he aplaudido con entusiasmo la humildad y modestia de que hizo V. uso, y ahora me dispongo á castigar su altanería. Márchese V. mañana, como desea, y

que el cielo le dé fuerzas para soportar lo rudo y terrible de su viaje.

Florian comprendió cuanto habia pretendido decirle Zeneida en las frases que acababa de expresar, é inclinándose ante ella, le contestó:

—Donde quiera que esté y me llame V. acudiré; cuando me necesite, si llega este caso, que lo dudo, me hallará á su disposicion, y cuando me imponga un sacrificio cualquiera, lo aceptaré como hombre agradecido y caballero galante. Beso á V. los piés, señora.

—Espere V., Calatrava; no veo inconveniente en que estreche mi mano, ínterin le digo que acepto sus ofrecimientos, y que andando el tiempo le exigiré probablemente algun sacrificio de esos que me ha prometido aceptar.

—Gracias; oprimo, besando á la vez la diestra de la Providencia.

Un postrer saludo puso fin á aquella escena, retirándose nuestro jóven á su habitacion. Al juntar sus manos, ámbos se estremecieron, mas cada cual procuró disimular la emocion que sentian.

Zeneida, al perderlo de vista, inclinó la cabeza, exclamando para sí:

—¡Qué hombre tan admirable: á caballo no vi figura más esbelta, arrogante y fascinadora; cantando no tiene igual, y cuando habla conmueve, enseña y juega á su capricho con la atencion del que le escucha! ¡Su corazon parece noble, generoso, fuerte, constante!.. El corazon de los hombres suele ser no obstante un arcano, y yo quiero estudiar á fondo el de ese privilegiado sér, único que me ha hecho en el mundo vacilar, más que vacilar!

Y alzando la frente con arrogancia, exclamó:

—Dejadme sola, y que vengan inmediatamente mi apoderado y dos mayordomos. Salid, y no volved hasta que os llame.

Las dos señoras que la acompañaban se inclinaron, obede-

ciendo aquella órden imperativa, dada por una reina en majestad y altivez, por un ángel en belleza y encantos.

Florian de Calatrava llegó á su habitacion, que encontró abierta y alumbrada, y dejándose caer sobre un sillon, murmuró:

—Zeneida no demuestra ser la descendiente de una familia real indígena, falta de ilustracion y de todo aquello que constituye la verdadera actitud soberana; es la nieta de diez monarcas en estirpe; en lo demás aparece como princesa que ninguna otra aventajó en majestad, talento y sabiduría. ¡Su voz atrae, su hermosura encanta, y su mirada mágica, severa ó dulce enloquece ó aterra!.. ¡A los seis meses de viudo, santo cielo! ¡Y creí de bronce mi corazon y de diamante mi voluntad! Erundina, Erundina mia, ¿será posible que otra mujer pueda llamarse dueña de lo que era tuyo en vida y de lo que te pertenece muerta? ¿Habrá princesa ó reina capaz de obligar á tu Florian á que jure á dos una misma cosa? Perdona, ángel mio, si vacilé; la Providencia nos unió, y nádie en el mundo, ni la cruel guadaña podrá separarme de tí. Para sólo dudar, fué preciso que yo encontrase en mi camino un demonio con forma divina, más terrible y conmovedor que cuanto es dado expresar á mi labio. ¡Si me oyes, Erundina mia, si me ves, comprenderás que merecia mis atenciones y vacilacion la noble conducta observada por Zeneida; en lo sucesivo seré su admirador; los sacrificios que me imponga los aceptaré gustoso, mas el corazon que te dí al pié del ara santa tuyo seguirá siendo!

Y se enjugó las lágrimas que asomaron á sus párpados, continuando:

—Vuelvo á llorar, y es preciso que mis ojos se sequen. Buscaré reposo por esta noche, que en lo sucesivo no sé cuándo ni cómo lo he de hallar. ¡Hola! no tengo quien me desnude ya, ni á quien mandar recado alguno. Veamos.

Y oprimió un timbre.

Poco después se presentó un criado, preguntándole:

—¿Qué manda V. S?

—¿Duerme el médico?

—Sí, señor.

—¿A qué hora se levanta?

—A las siete.

—Entónces le dejaré escrita una carta; espera un poco.

Y cogiendo papel y pluma, demostró al doctor su agradecimiento por los cuidados que habia tenido con él. Luégo dió el billete al criado, diciéndole:

—Me harás el favor de entregar este escrito al facultativo.

—Está bien: ¿Quiere V. S. algo más?

—Sí. ¿Habrá quien me despierte al rayar la aurora?

—Sí, señor.

—Pues haz el encargo, y retírate; nada más necesito.

Nuestro jóven se desnudó acto contínuo, quedando dormido al poco tiempo.

Zeneida permaneció levantada dos horas más, cuyo tiempo ocupó en dar órdenes que eran obedecidas con ciega sumision, subordinándolas á un plan que habia concebido y se proponia desarrollar con toda la energía de que era capaz aquella envidiable mujer.

CAPITULO X.

Segundo viaje á pié.—Accidentes.—Más accidentes.

Se hallaba Florian en lo mejor de su sueño, cuando la voz de un lacayo le despertó con las siguientes frases:

—¿Señor vizconde?

—¿Qué acontece?

—Empieza á amanecer.

Y le volvió la espalda, dejándole solo.

Calatrava se sentó sobre el lecho, y cuando hubo arrojado de sí los últimos átomos del misterioso poder que embargaba sus facultades, se tiró de la cama, vistiéndose acto contínuo; luégo salió de la estancia, hallando á la puerta del palacio un solo criado que le abria la puerta, al cual preguntó:

—¿Quieres indicarme el camino que conduce á Madrid?

—De frente lo tiene V. S.

—¿Hay pueblos, aldeas ó caseríos en él?

—No; es un arrecife mandado abrir por el señor infante, que en gloria esté, para sólo su servicio, y no toca en poblacion alguna.

—¿Podré extraviarme?

—Imposible; no comunica con algun otro, ni lo hay tan bueno en toda la isla.

—Gracias; y que Dios os premie á todos los favores que me habeis dispensado.

Salió el vizconde, y el lacayo cerró la puerta, sin replicar nada.

Régulo entró en el camino que concluian de indicarle, hallándolo igual y el mejor de los que habia atravesado hasta entónces.

—Muy bien,—se dijo,—el arrecife no puede ser más cómodo; cuento ya con alguna práctica, y, Dios mediante, llegaré á Madrid en otra disposicion que á estos parajes. No me conviene andar de prisa, que áun cuando tarde más, aseguraré el éxito, y esto es lo interesante. Mis piés tienen ya callos, pero mi estómago... oh, mi estómago ayunará si Dios no lo remedia.

De pronto se volvió, y después de mirar el palacio, continuó su marcha, añadiendo:

—Adios, sublime morada de encantos; á pesar de mi deseo y votos, recuerdo el ingenio, figura y majestad de esa mujer con una dulce satisfaccion, con una... Olvidemos la casa y la dueña; ni ésta volverá á acordarse de mí, ni yo debo pensar en ella; me ofreció lo contrario; de sus frases debí inferir otra cosa, mas ántes de poco será borrado de su memoria para siempre el vizconde de Régulo. ¡Y queria yo hacerla instrumento mio para intrigas y manejos políticos! ¡Lucido hubiera quedado! Tiene tanto ó más talento que yo; no tardaria en comprender mi idea, y una carcajada sarcástica y burlona vendria á deshacer mis planes y cálculos. Imposible; no era, por otra parte, noble ni generoso observar esa conducta con quien me ha otorgado una hospitalidad admirable. Esto ha de ser causa de muchas dificultades y complicaciones en el desarrollo de mi plan político, toda vez que yo no podré nunca despojarme de la delicadeza, pudor y vergüenza, tres cualidades

que por lo visto estorban mucho á los que van á ser mis contrarios, á juzgar por la completa carencia de ellas en cási todos ellos. Por mal terreno voy á andar; es resbaladizo, expuesto, y en verdad, mi lucha más terrible la sostendré conmigo mismo; pero este es el único medio de estar entretenido ínterin me halle despierto, de recibir grandes emociones, y de poder, en fin, amortiguar las funestas ideas que traje de España. Aquí como allí me haré célebre, temido y respetado en cuanto realice un par de duelos y derribe á dos hombres; me sobran valor y habilidad, y con eso basta en este pícaro mundo para adquirir fama y nombre. Dicen que nos acercamos á la perfeccion, sin perjuicio de lo cual sucedia lo mismo que ahora durante la dominacion árabe, la goda, la romana y anteriores. Nuestra mucha ilustracion no nos ha hecho pensar de distinto modo que á los riffeños, vándalos y soldados de Atila. En fin, esa es la época, yo no he venido á la tierra á hacer una revolucion, y como me lo dan, lo acepto, ocultando el sentimiento y un deseo vehemente de mejorar la condicion humana, que es posible no vea realizado nunca. ¡Qué camino tan bueno y qué arboledas: cuanto me rodea es sublime! Ya he perdido de vista el palacio de la princesa; queda escondido entre bosques de cedros, tilos, arrayanes, naranjos, sicomoros, álamos, cocoteros, y cuanto tiene la naturaleza de más rico y bello. Ya empezará á ser saludada tan deliciosa mansion por los pétalos de las flores, el aura embalsamada con cien aromas, el melodioso gorjeo de los pájaros y la tranquilidad de una aurora que llega á ese alcázar majestuoso y sublime. Por más que quiero olvidar casa y dueña, dueña y casa se apoderan de mi mente, sin que me sea dable desecharlas. Y no es que esté yo enamorado de esa beldad, cuyo mérito reconozco, no; consiste en que ella y su posesion reunen tal cúmulo de encantos y delicias, que taraen y seducen como lo más grande é incitativo que se conoce en el globo; pero nada pierdo con pensar en ámbas cosas; el corazon será siempre de mi malograda Erundina, y puedo sin ofenderla ocuparme de esa mujer ó de cualquiera otra. ¡Cómo va

aumentando la espesura de la arboleda segun avanzo! ¿Qué veo allá? ¡Un puente! Comprendo, el que atraviesa el rio que contemplé anteayer en mi paseo á caballo. Grande debe ser indudablemente. ¡Hola! hay al pié del estribo un guarda con su carabina terciada; eso prueba que ni los bosques de este país están seguros; lo mismo sucede en mi querida patria; donde hay hombres existe aficion y mucho más que aficion á lo ajeno. El guarda que miro será dependiente de Zeneida, y á su lado descansaré un rato.

Poco después se incorporó con el sujeto á quien acababa de referirse, al cual saludó con las siguientes frases:

—Buenos dias, amigo mio; ¿eres criado de la princesa Zeneida?

El interrogado le miró con gravedad, y sin perder su postura ni demostrarle respeto ni consideracion con movimiento alguno, le contestó secamente:

—Sí.

Régulo se sentó en un guarda-canton que habia á la entrada del puente, añadiendo:

—No te pareces á tus compañeros los que habitan el palacio de mi amiga Zeneida. ¿Eres suizo? Cierto que tú no sabrás lo que es eso; yo te lo explicaré: los suizos son unos hombres que hablan poco, beben mucho, comen más, están derechos todo el dia, y obedecen de tal modo la consigna, que mueren ántes de faltar á ella.

—Ese soy yo.

—Me lo habia figurado; te semejas tambien á ellos en lo grave, mofletudo, bien plantado y ridículo. ¿Te callas? Quise hablar contigo y honrarte, pero veo que es inútil intentarlo.

—Inútil.

—Eso hacen el eco y los tontos; repiten la frase, y nada más.

—¡Me está V. insultando!

—Poco ménos; creia avivar el fuego, pero no hay más que ceniza. ¿Sigues callado? Adios, hombre; tu compañía no me-

rece que me moleste más, ni mi cansancio el que permanezca aquí.

—¡Atrás!

—¿Qué es eso?

—Digo que atrás, ó pague V. el real de pasaje.

—¡Ah! ¿se abona esa cantidad por cruzar este puente?

—Sí.

—Podias haberlo dicho desde un principio.

Florian miró el rio, exclamando con sentimiento:

—Imposible; este brazo de mar no puede tener vado.

Y echando mano á la petaca, sacó uno de los dos cigarros que conservaba de Europa, diciendo al guarda:

—Toma; ese imperial costó en España ocho reales y aquí no tiene precio; te lo doy, no obstante, porque me dejes pasar.

—Un real he dicho; yo no fumo ni estafo á mi señora.

—Entónces toma la petaca, que costaria lo ménos ciento; dásela á Zeneida por el real de pasaje, diciéndole que su amigo el vizconde de Régulo no tiene otra cosa con qué pagarle.

—Un real he dicho.

—Y yo repito que no le tengo.

—Pues no pasará V.

—¡Maldito suizo, no enciendas mi sangre, porque!..

—¡Atrás, ó hago á V. fuego!

—¡Fuego! ¡Ira de Dios que ya ha prendido en mi corazon! ¡Miserable, tira! ¡Oh, yo te enseñaré á descargar!

El vizconde se echó de pronto sobre el guarda, dándole un golpe en la sien y agarrándose á la carabina.

A los tres minutos de lucha quedó el arma en poder de Régulo; el otro se echó atrás, y tirando de su cuchillo, le embistió; pero en vez de atravesar el corazon, á que iba dirigido el cuchillo, levantó Calatrava la carabina, quitándose el golpe y dando otro en la cabeza del guarda, que lo arrojó al suelo sin sentido; luégo le miró con lástima, murmurando:

—¡Infeliz! Tu estúpida exageracion en el cumplimiento de un deber te ha herido en la frente, y en verdad que lo siento.

¡Dirá Zeneida que pago mal!.. ¡Oh, comprendo! Ella tan buena y generosa no puede cobrar pasaje en este magnífico puente. Já, já, já. Fué una intriga femenil, con la cual se propuso castigar mi terquedad. Bravo, amiga mia; no contaste con que un hombre solo es poco para el vizconde de Régulo. Hasta lo malo de esa mujer recae en beneficio mio. ¡Si tambien el destino la habrá puesto á mi paso!.. No; me opongo yo; no quiero que sea, y no será.

Examinó la lesion del guarda, añadiendo:

—Poca cosa; ántes de diez minutos volverá en sí, pero me sobra tiempo para realizar mi idea.

En el acto reconoció la carabina, montándola luégo que se hubo convencido de que estaba cargada. Con ella se internó un poco en el bosque; dos minutos más tarde apuntó, tirando seguidamente.

La bala destrozó el ala de una chocha que cogió Régulo, murmurando:

—Gracias, mi querida Zeneida; tu intriga me ha proporcionado dos libras de sabrosa carne que me impedirán llegar á Madrid como á tu casa. A fuer de cazador que he sido, aprendí el modo de asar sin más que un hoyo en el suelo y un poco de lumbre.

Cogió el ave, y guardándola en el bolsillo de su gaban, volvió al lado del guarda.

—Se mueve,—dijo;—acaba la conmocion, y puesto que pronto te volverá el sentido, te dejo aquí la carabina, y hasta la eternidad, buen suizo.

Sin detenerse atravesó el puente, siguiendo adelante á buen paso, pero no dirigió la vista atrás ni adoptaba la celeridad de su primera marcha.

—A este paso,—se decia,—tardaré dos dias; pero con la chocha, los callos de las plantas de mis piés y durmiendo esta noche, entraré en Madrid de diferente modo que creyó Zeneida. Teniendo en cuenta la bondad del camino y lo pintoresco del terreno, se puede llamar cási de recreo mi segundo viaje.

Régulo salió del palacio á las cinco de la madrugada, continuando, sin otro descanso que el del puente, hasta las diez. Habia andado cinco leguas, su respiracion era ya algo fatigosa, y se detuvo un instante para exclamar:

—Me voy cansando; comienzo á sentir aquella molestia de mi primera marcha, como señal inequívoca de que las fuerzas empiezan á amenguar; pero el espíritu principia á aumentarse, y no detendrá mi paso una debilidad que puedo vencer. No será el acontecimiento del puente el único que esa encantadora mujer me proporcione en mi tránsito; y en verdad que debo calcular bien, para que al hallarme frente á sus agentes ó emisarios no me vea obligado á bajar la cabeza. Discurramos. Seguiré andando hasta las doce, que me interne en el bosque, y allí descansaré, asando mi chocha y prestando á la materia el vigor necesario. A esa hora habré dejado atrás de seis á siete leguas; por la tarde caminaré de tres á cuatro; dormiré por la noche, resultando que para el dia de mañana me quedarán cinco leguas, pudiendo de este modo entrar en Madrid, sin grandes molestias, al mediodía, que allí conviene llegar á la clara luz del sol. Ese es mi plan, que realizaré en todas sus partes con la ayuda de Dios. ¡Ay! ¡Se resienten los muslos y me duelen los riñones!

En este instante oyó el trote de vários caballos, los cuales llevaban la misma direccion que él; pero ni siquiera se tomó la molestia de volver la cabeza para ver quiénes venían en ellos.

Poco después pasaron por su lado cuatro lacayos montados en briosos alazanes; el último de los ginetes, además del potro que montaba, tenía del diestro un segundo negro y de magnífica estampa.

Los tres primeros sirvientes le saludaron: el cuarto le dijo:

—Muy fatigado va V., señor caminante, y muy lleno de polvo, y muy estropeado, y sudando...

—Y contento,—le contestó el vizconde interrumpiéndole,—y satisfecho, y alegre, que me place andar por país tan delicioso.

—El Señor dió tres caidas, pero V. va á dar más de catorce.

—¿Y á tí qué te importa?

—Tengo humanidad, y siento que un caballero de levita y gaban, sombrero y reloj ruede por el suelo como una alimaña.

—Se han adelantado tus compañeros; incorpórate con ellos, que yo voy muy bien solo.

—Lo supongo, porque á nádie le gusta que los extraños se enteren de sus miserias, debilidades y...

—Di á tu señora que te dé la recompensa ofrecida por lo bien que representas tu papel, y añade que no pudiste continuar porque á Calatrava, cansado y todo, le sobran fuerzas para arrancarte la lengua si vuelves á dirigirme una frase parecida á las anteriores.

—Por poco se enfada V., señor; lo dije sin intencion de ofenderle. Le advierto además que yo no sirvo á señora alguna, y lo que ántes expresé me lo ha inspirado el mejor deseo en favor de V.

—Si no mientes te doy las gracias; pero nota que tus compañeros se pierden de vista.

—Verdad es, y parto; mas ántes le ofrezco este hermoso caballo negro que llevo á Madrid. Con tal que se baje V. doscientas varas ántes de llegar, puede seguir en él todo el camino.

—Te lo agradezco, pero voy mejor á pié.

—Le invito con sinceridad, y le aseguro que sólo V. y yo lo sabremos.

—Nunca deshonró al pobre la oferta de un lacayo; mas en la ocasion presente para nada me sirve, pues te repito que quiero llegar á la corte andando.

—¿Lo dice V. con formalidad?

—Jamás hablo de otra manera ni miento.

—¿Quiere V. cigarros?

—Tengo vários.

—¿Y mi bota que va en las alforjas muy provista?

—No debo desairarte; venga.

Y Florian bebió, añadiendo:

—Gracias, amigo mio; es bueno y confortante.

—Le acompañan embutidos, un ave asada, frutas y dos panecillos; vea V.

—Tomaria uno de los últimos y esa pera; mas es el caso...

—Llevo de sobra, y á cada uno de mis compañeros le sucede lo mismo. Coja V. lo que guste.

—Con una condicion.

—Sepámosla.

—¿Fumas?

—Sí, señor; pero mis cigarros no son tan buenos como esas magras.

—En cuyo caso yo te regalaré dos de los mios. Hélos aquí; son americanos.

—Imperiales como los de aquí. Muchas gracias. ¿A cómo le han costado á V?

—A ocho reales cada uno.

—Entónces valen más que el vino, la pera y el panecillo.

—Pero tu generosidad no tiene precio, y la verdad es que te quedo muy reconocido al cambio.

—Coja V. salchichon.

—No quiero; viajo á pié y me conviene ser sóbrio.

—A mí tambien, y le juro por el alma de mi madre que sólo aceptaré un cigarro.

—Yo te ruego que sean los dos.

—Pues tome V. algo más.

—Muy bien; esta navaja que sale aquí. ¿Llevas otra?

—Sí, señor, en esta cartera.

—Nota que ya no se ve á tus compañeros.

—Pronto los alcanzaré, que va molestando á V. el polvo que levantan los caballos, y voy á adelantarme. El cielo le guarde.

—Espera.

—¿Qué manda V?

—Estrecha mi mano.

—¡Su mano!

—Sí, hijo, sí, la desgracia nos ha hecho iguales. Aprieta sin temor, que te estoy muy agradecido y obligado.

—Gracias, señorito, gracias; esa accion vale más que todos los cigarros cogidos en América.

Un instante después picó, desapareciendo de allí.

Florian exclamó para sí:

—No parece esto intriga de Zeneida, y si lo es no la comprendo. Adquirí, sin embargo, por dos cigarros de los ocho que llevaba, tres cosas que me eran muy necesarias, y eso es lo único que me interesa. Ahora positivamente llegaré á Madrid sin hambre, Dios mediante. Veamos qué hora es. Las once; resta una hora de caminar sin descanso, y voy á entretenerla fumando este imperial; eran seis y quedan cinco; saqué dos de Cádiz y voy ganando en consecuencia el doscientos por ciento. Flojo y aromático; buen tabaco, pero el humo no quita á mis piernas la mucha molestia que ya sienten. ¡Por qué no habian de ser de hierro ó bronce!

Y continuó media hora jadeante y fatigado.

—¿Qué es eso?—exclamó de pronto.—Una carretela en direccion de Madrid. Por lo visto el príncipe difunto hizo el camino para él, mas algunos otros se aprovechan, lo cual no me extraña, toda vez que fué bien construido y su conservacion no deja nada que desear. Buen tiro trae el carruaje.

Poco después se detuvieron seis hermosos caballos y un coche, diciendo á Régulo el tronquista desde el pescante:

—Caballero, ¿me da V. un poco de fuego?

—Con mucho gusto.

—Gracias. ¿Va V. á Madrid?

—Sí.

—Tambien nosotros, pero algo más descansados que V.

—No es extraño; la fatiga, sin embargo, jamás me acobardó.

—El calzado es impropio, va V. rendido, y le resta aún la mitad de la jornada.

—La andaré, no obstante, tarde mucho ó poco; no llevo prisa y el arrecife es excelente.

—Se ha tomado V. la molestia de llegar al pescante y alargarme su cigarro; soy agradecido, y deseo me permita devolverle tan fina atencion.

—¿Qué pretendes?

—Va la carretela vacía, y el lacayo y yo nada suponemos para la fuerza de esos seis animalitos; monte V. en mi carruaje, y dormirá esta noche en Madrid, tranquilo y descansado.

—Gracias; quiero hacer el viaje á pié.

—No comprendo...

—Yo sí.

—Tendria sumo placer en llevarlo.

—Y yo en continuar como hasta aquí.

—¿Teme V?..

—Nada; esa frase no existe en mi diccionario.

—¿Entónces?..

—Entónces, hasta más ver.

Y siguió el vizconde por la márgen derecha del camino. El cochero arreó, poniendo los caballos al paso cinco minutos que empleó en decir á Calatrava lo siguiente:

—Vaya una terquedad ridícula y necia.

—¡Canalla!..

—La canalla es esa gente de bota de charol, levita y frac, más pobre que un mendigo y tan desagradecido como la ingratitud.

—¡Miserable!..

—Já, já, já. Miserable me llama y no tiene sobre qué caerse muerto. Buen viaje, excelentísimo señor; no tema á los tigres ni á las panteras; bastará el olor de sus piés para ahuyentarlos. Já, já já. ¡Qué cara lleva y qué efigie! Cuidado con tropezar, que se romperán las botas y no hay con qué reemplazarlas.

Y alzando más la voz, sacudió el látigo, cantando la siguiente coplilla:

A escape, *Leon*, á escape,
Que me asusta la figura
De ese hambriento caminante.
Leon, *Olofernes*, *Cura*.

Régulo quiso abalanzarse al carruaje; pero á las voces del cochero y chasquido de su látigo, salieron los seis caballos como centellas, dejando á Florian montado en cólera y con los puños alzados.

—¡Maldicion!—dijo.—¡Necio de mí, que iba á hacer caso de las palabras insolentes de esa canalla! Como si yo no supiera de muy antiguo lo que son tronquistas. Olvidaré á ese menguado para pensar en mí, que falta me hace. De descansar á las doce en punto lucharia con la dificultad de no encontrar agua, y ya empieza á molestarme la sed más que el hambre y tanto como el cansancio; por consiguiente, en cuanto distinga algun rio ó manantial, daré principio á mis preparativos de almuerzo. Estas verdes y frondosas arboledas me indican la proximidad del agua.

Y comenzó á andar más de prisa que nunca, haciendo esfuerzos heróicos y plausibles. La voluntad y entereza de Régulo eran incontrastables.

Un cuarto de hora después se detuvo, y mirando el reloj, dijo:

—Las doce ménos diez minutos en el cronómetro de mi padre, y á mis piés un riachuelo que serpentea por entre estos bosques, cuyo líquido ha de serme delicioso muy en breve. Me separaré del camino para que nádie pueda interrumpirme.

Y se internó en el bosque unas quinientas varas por la márgen izquierda del pequeño rio.

—Aquí,—exclamó de pronto.—¡Qué sitio tan poético, tan delicioso! Mitigaré primero la sed que me atormenta.

Y bajando, bebió agua, que cogia con la mano ahuecada. Luégo abrió la navaja, cortando ramas secas, hojas y musgo. Provisto ya del necesario combustible, se sentó. Más tarde sacó la chocha, y fué poco á poco arrancándole las plumas, medio recostado y en la postura más cómoda que pudo hallar.

—Bien,—se decia;—es pollo y debe estar tierno este animalito; pero así y todo salen con trabajo las plumas de las alas.

Cuando hubo terminado su primera operacion, lo abrió, arrojando una parte de lo que contenian las entrañas y machacando otras para que con la sustancia de ellas adquiriese la carne el punto que debia. Luégo hizo un hoyo, enterró el ave, y la fué asando en la forma que lo verifican los cazadores y que es ya tan conocida.

Sin perder su cómoda postura, añadia combustible á las áscuas puestas sobre el agujero cubierto, hasta terminar su asado.

Seguidamente sacó la chocha, que comenzó á comer, pareciéndole el manjar más sabroso que probó en su vida; este milagro lo hace siempre el hambre.

—Rica está,—se dijo;—y no hay duda que se come muy bien con una navaja y los dedos; la mesa está hecha por Dios y no hay temor de que se rompa; el asiento me lo proporcionó la naturaleza con la abundancia de hojas que cubrió el suelo, y mi buen apetito neutraliza los malos efectos de lo que me falta y de lo que me sobra.

Con medio panecillo se comió toda la chocha, guardó el resto con la pera en un bolsillo, y bajó al riachuelo, añadiendo:

—Esto que escondo para mejor ocasion; me lavaré, que la jofaina es grande; bebo en la misma, sacudo las hojas pegadas á mi gaban, y en marcha. Son cerca de las tres; hola, ya me lo decian mis piernas, que encuentro descansadas, y mi estómago que se juzga satisfecho.

De nuevo entró en el camino, siguiendo como anteriormente.

Se nos olvidaba decir que, efecto de la situacion de Nueva-España y de su proximidad al polo Sur ó Antártico, variaban completamente las estaciones con relacion á nuestro país, segun acontece en el Perú y otras apartadas regiones del Océano Pacífico. Así es que salieron de Madrid Bricio, Florian, Mendo y Piñeiro en el mes de Octubre, y en idéntico mes llegaron á aquella isla, pues habian empleado en su viaje los cien-

to ochenta y dos dias próximamente que constituyen la diferencia de que hemos hablado ántes.

Resulta en consecuencia que el vizconde de Régulo se dirigia á la corte de Nueva-España el dia 1.° de Noviembre. Todavía duraba el otoño, que era allí una segunda primavera tan florida y agradable como la de Mayo.

—Tengo,—se decia Calatrava,—la mitad del camino andado y no necesito violentarme para llegar con comodidad á Madrid. Apagué el hambre y la sed, me siento perfectamente, y nada veo que no sea grato y pintoresco. Bien por el infante que tuvo la feliz ocurrencia de mandar construir este camino por entre bosques de árboles frondosos. El aire ensancha mis pulmones, los rayos del sol no tienen fuerza, y para mayor comodidad, me prestan sombra los corpulentos álamos. La idea de Zeneida, relativa á que aceptase coche, dinero y palacio, era muy buena; pero yo no debia abusar de su esplendidez, ni era delicado y cortés admitir un céntimo de dama tan generosa. Y si ella por otra parte me lo proporcionaba todo, poco mérito tenía el cambio de posicion que deseo dar á mi padre, arrancado á la suerte con el ingenio, la constancia, el sudor de mi frente, la fatiga y el insomnio. Esto ha de ser si Dios me protege.

Hablando así continuó su marcha hasta las cinco de la tarde, en que fué interrumpida de un modo inesperado.

Se hallaba á nueve leguas de la posesion del infante y á seis de Madrid, cuando distinguió dos soldados de infantería, con uniforme parecido al que usa nuestra guardia civil. Al pronto no causó mal efecto á nuestro viajero la vista de aquellos hombres; pero hubo de imponerle un poco la voz de —¡Alto!—que le dieron diez pasos ántes de incorporarse con él.

El vizconde se detuvo, aparentando, sin embargo, la mayor serenidad.

—¿Quiénes son ustedes y qué quieren de mí?

Les preguntó, fijando en ellos una mirada altanera.

—Nuestro uniforme lo dice,—contestó el de más edad;—

y segun las instrucciones que llevamos, debemos reconocer las personas y papeles de cuantos hallemos en este camino.

Florian juzgó que el gobierno le buscaba para volverlo á su prision, y ya en este instante maldecia su torpeza de no haber aceptado el coche de Zeneida, el potro del lacayo ó el asiento del cochero. En tal situacion, se dispuso, no obstante, á salir bien de ella áun á costa de su vida. Así es que les contestó:

—Ustedes vendrán en busca de ladrones ó gente de mal vivir, y yo soy un caballero.

—Verdad es, pero nuestra mision se contrae además á perseguir desertores y fugados de cárceles, que, disfrazados de mil modos, andan de un lado para otro por toda la isla.

Florian se inmutó; pero repuesto prontamente, les dijo:

—Yo soy extranjero, marcho á Madrid, y ruego á ustedes no me detengan más tiempo.

—¡Ah, extranjero! Perfectamente. ¿Qué papeles lleva V?

—Ningunos.

—Entónces siento manifestarle que nos va á acompañar hasta el pueblo inmediato.

—No veo camino que nos dirija á otra poblacion que á la corte.

—Pues muy cerca atraviesa uno el arrecife que conduce á dos poblaciones importantes.

—No lo distingo.

—Dista medio cuarto de legua.

—Cometen ustedes conmigo un atropello indigno de país civilizado.

—¿Por qué?

—Sin causa ni motivo me llevan donde no quiero ir, echando por tierra mis cálculos y la realizacion de una idea humanitaria.

—La culpa es de V., que viaja sin documento alguno ni medio de identificar su persona. ¿Ignora V. por ventura que hacen lo mismo los facinerosos, desertores y fugados?

—En mi país sucede á la inversa; el hombre de bien no se cuida de papeles, miéntras que el malvado los adquiere é intenta acreditar con ellos lo contrario de la verdad. Aquí no sé lo que pasa, pues hallo la isla en gran desconcierto.

—Señor mio, póngase entre los dos, y marche, que cuando de este modo obramos, motivos nos sobran.

—Sea en buen hora, que aquí representan ustedes á la autoridad, y yo la obedezco donde quiera que estoy.

—Pues en marcha.

Y los tres siguieron adelante, yendo Calatrava en medio. Nuestro jóven, resignado en la apariencia, miraba en torno con la mayor naturalidad, sin desplegar los labios y como un hombre que sufre con abnegacion lo adverso de su suerte.

De pronto, y sin dejar de caminar, preguntó á uno de los soldados:

—¿Continúa aquí el sistema antiguo de fusiles? Ya les he dicho que soy extranjero y todo lo ignoro.

El único que hablaba le contestó:

—Para nosotros, encargados de los caminos, sí, señor; el ejército usa carabina de gran alcance.

—Pero noto que éstos son ya de piston.

—Sí, hace algunos años que se desterraron los de chispa.

—¿Los llevan ustedes cargados?

—Nosotros siempre; de ese modo el que huye...

—Comprendo; pero es expuesto, á no usar siempre de precauciones...

—Estamos acostumbrados, y jamás acontece lance desagradable.

—¿Bala cónica ó esférica?

—Redonda; sólo el ejército las tiene de las otras.

—¿No obligan á ustedes á que limpien las armas todos los dias?

—Está mandado; pero se hace cuando se puede.

—Lo digo porque ese cañon empieza á picarse.

—No...

—Sí...

El vizconde se habia ido acercando poco á poco al guardia; al expresar su última afirmativa hizo el movimiento natural de señalarle el sitio que indicaba, pero á la vez cogió el fusil, arrancándoselo con presteza y habilidad suma. En el mismo instante lo montó, y echándoselo á la cara, dijo:

—¡El que se mueva de los dos muere!

Su mirada despedia fuego y su actitud demostraba la decision de matar, segun concluia de decir.

El segundo guardia quiso montar su arma, mas no se lo permitió la rapidez con que el vizconde le apuntó.

Los soldados quedaron como estatuas sin atreverse á mover. Régulo, dominándolos por completo, añadió:

—Tú, canalla, suelta el fusil ó te parto el cráneo. Ahora esos sables fuera de la vaina. Al suelo. Tambien las bayonetas. Muy bien; debeis la vida á esa prudencia, porque de lo contrario, ¡ira de Dios! de lo contrario... ¡No alceis la vista del suelo, miserables! Andad diez pasos adelante. Alto. Tú, si no llevas cuerdas, ata con el pañuelo á ese hombre; bien sujeto.

—No tengo cordel.

—Pues hazlo del otro modo.

—Ya está.

—Que se eche en el suelo, boca abajo.

Miéntras el uno ayudaba al otro á tenderse, Calatrava dió un golpe con el cañon de su fusil en la cabeza del que aún estaba suelto, suficiente á derribarle en tierra, privándole de la razon.

—¡Ay!—exclamó el herido.

—Mucho siento verter sangre,—replicó el vizconde,—pero un atropello se destruye con otro.

Y dejando el fusil en el suelo, sacó el pañuelo del bolsillo al guardia atado, sujetando con él al que estaba sin sentido. En seguida reconoció la ligadura del anterior, fortaleciéndola más aún de lo que estaba. No contento con esto, les quitó los

cinturones, y después de ensancharlos, se los puso de modo que quedaran debajo de aquellos las muñecas de los maniatados.

Convencido de que les sería muy difícil soltarse, y caso de verificarlo tardarian bastante, dijo al guardia que tenía sentido:

—No temas por tu compañero; me vi obligado á darle un golpe que le ha producido una pequeña conmocion, y en breve volverá á la vida sin consecuencia alguna funesta. Me llevo este fusil para evitar que os socorran ántes de que llegue donde voy; pero haga ó no uso de él, lo encontrarás esta noche ó mañana apoyado á un árbol del camino. Cuando podais soltaros, verificadlo, y si me encontráseis nuevamente, matadme, porque, de lo contrario, lo practicaré yo con vosotros ántes de dejarme prender. Adios.

Y desmontando su fusil, siguió adelante todo lo más de prisa que sus piernas se lo permitian. Quedaban en medio del camino los dos guardias tendidos boca abajo, con las manos atrás, sujetas las muñecas con los pañuelos y cinturones, y en pos los tricornios, cartucheras, bayonetas, sables y el otro fusil esparcidos por el suelo.

No hacía dos minutos que perdieron de vista al vizconde, cuando el guardia herido abrió los ojos, preguntando á su compañero:

—¿Te han muerto, Juan?

—No; me hallo vivo y sin lesion alguna, pero tan sujeto que me será imposible soltarme en toda la noche. ¿Cómo estás tú?

—Bien; siento mareo, pero la herida es leve, y cada instante me encuentro mejor. Tampoco yo puedo romper mis ligaduras.

—No te molestes, que pronto nos soltarán.

—Nos hemos portado como dos héroes.

—Es que ese hombre vale más que diez de nosotros. Qué valor, qué fuerza y qué destreza. Es un leon.

—Si yo sé esto no me encargo de semejante comision.

—Calla, necio; ¿cómo nos habiamos de negar á lo que manda la señora?

—Siento ruido de caballos.

—Sí; vendrán en busca nuestra.

Poco después llegaron cuatro jinetes; dos echaron pié á tierra, y acercándose uno á los maniatados, les preguntó:

—¿Qué ha sido del señor vizconde?

—Huyó, dejándonos como ve V. S.

—¿Estás tú herido?

—Sí, señor, pero es poca cosa.

—¡Maldicion! Sois unos cobardes.

—No lo crea V. S.; con ese hombre no podemos diez, por aventajarnos en fuerza, valor y habilidad.

Y después que los soltaron, refirieron detalladamente al personaje que les interrogaba todo lo acontecido.

CAPITULO XI.

El más grave de todos los accidentes ocurridos en el camino.—Lamentos de un infortunado.—El principio de la nueva vida de Florian.—Lealtad de la patrona.—Generosidad del editor.

Dejamos á Régulo camino arriba, con su fusil al hombro, y á un paso parecido al del corzo.

A la hora de andar de este modo se detuvo para coger aire, exclamando á la vez:

—Es de noche ya, y mis piernas se niegan á continuar tan de prisa. Habré caminado más de una legua; por consiguiente, dejo aquí el fusil, que sólo me sirve de estorbo, para seguir aligerado de peso y más despacio. Se ahogaron mis ilusiones: queria dormir esta noche sobre blando follaje, y el incidente que terminó hace poco vino á impedirlo. Parece que el destino se empeña en que llegue yo á este Madrid como mi tio al otro, es decir, rendido por la fatiga, el cansancio y el insomnio. Esos dos guardias se desatarán esta noche, pero hasta mañana no podrán dar parte; yo estaré ya en la corte... ¿Qué ruido es ese? ¡Un caballo á escape en la misma direccion que yo!

Florian se salió del camino, escondiéndose tras de un ár-

bol. Segundos más tarde vió pasar un jinete por delante de él. La rapidez del caballo y la oscuridad de la noche le impidieron distinguir su clase y condicion. Cuando ya no percibia el ruido de las pisadas, salió de la enramada, y continuando su marcha, añadió:

—Desde Cádiz al palacio de Zeneida no encontré alma viviente, pero en esta otra mitad del camino sucede todo lo contrario, y en verdad que tanto movimiento me va poniendo en cuidado. ¿Qué me importa? ¡He de vencer cuantos peligros me cerquen, y por Dios que nada puede obligarme á retroceder; sólo poseo la vida, y en ésta miro una carga pesada, que anhelo dejar lo ántes posible! Me faltan cinco leguas; abreviemos para llegar á Madrid ántes que sea de dia.

Y no obstante lo cansado que empezaba á sentirse, comenzó á caminar de prisa, siguiendo así una hora más.

—Respiremos,—añadió;—mis pulmones necesitan aire nuevo y mi estómago el medio panecillo y la pera que llevo en el bolsillo. Me sentaré fuera del arrecife, y miéntras como, descansaré diez minutos. Este corto retraso no puede perjudicar mi marcha.

Así lo hizo, volviendo á emprender la caminata en cuanto hubo terminado su frugal cena.

Aun cuando sus piernas se resentian de las once leguas que llevaba andadas, cedieron ante su potente voluntad, y el vizconde de Régulo caminaba aceleradamente. No tenía hambre, se sentia con fuerzas, y la necesidad, que hace milagros, le impelia hácia la corte con ansiedad creciente.

—Ese jinete,—se decia,—habrá desatado á los guardias, y éstos pronto darán parte de mi atentado. ¿Les causará rubor declarar que un hombre solo é indefenso ha herido al uno y desarmado á los dos? Esa es mi esperanza: el pueblo de todos los países del mundo tiene tambien su orgullo y vanidad, y suele justamente fundarlos en lo relativo á la parte bruta del hombre. De dar parte, añadirán que iba armado de punta en blanco, seguido de otros, y tanto exagerarán, que nádie po-

drá reconocer en este mísero caminante al héroe de la jornada. Animo pues, y adelante, Florian. ¡Animo! De ese me sobra á mí, par diez. Mis ampollas de la primera marcha se convirtieron en callos; los piés no se hinchan tanto, y todo me augura que llegaré á la corte en estado muy diferente que al palacio de Zeneida.

Y haciendo esfuerzos heróicos, sublimes, anduvo dos horas más al mismo paso y sin detenerse un instante.

De pronto se salió fuera del camino, y dejándose caer sobre el follaje, exclamó:

—¡No puedo más, maldicion! Me faltan las fuerzas y el aire; verdad es que llevo andadas más de trece leguas, y escasamente serán las doce de la noche. Si el sol me ayudara, posible es que ya distinguiera las elevadas torres de Madrid. Descansaré media hora ó una, y con otro empuje más chico que el último me hallaré en medio de esa corte populosa y bella segun cuentan. ¡Pobres piés, acabaron por hincharse como anteriormente! En dejando de sudar me quitaré las botas, y con el descanso y el fresco de la madrugada se aliviarán lo suficiente para poder atravesar lo poco que les queda.

Todo lo hizo segun acababa de expresar, permaneciendo recostado en el suelo cincuenta minutos próximamente. Era más de la una cuando emprendió de nuevo su interrumpida marcha, con ánimo resuelto de no detenerse ya hasta terminarla.

La noche estaba oscura, fresca, y un silencio sepulcral reinaba entre aquellas arboledas gigantescas. El vizconde anduvo media hora más echando el paso largo y ligero; el frio y el descanso habian contraido sus piés, reparado algo la fuerza, y apoyada ésta por una voluntad incontrastable, era suficiente á llenar su deseo. Pero el destino, que parecia no apoyar por entónces la idea de nuestro temerario jóven, le proporcionó un nuevo encuentro más fatal que los anteriores y de terribles consecuencias. Queriendo Régulo sobreponerse á su propia debilidad, entonó un *ária* á media voz, é iba á terminarla, cuan-

do de pronto se halló rodeado por ocho caballos y fijas sobre su pecho cuatro espadas. A la vez le dijeron:

—¡Si te mueves morirás!

Como si esto fuera poco, le cogieron por la espalda dos robustos indígenas, sujetándolo fuertemente, ínterin un tercero le amarraba las muñecas.

Sorprendido el vizconde é imposibilitado de hacer nada en defensa propia, selló los labios á cuantos insultos le dirigian los hombres de que estaba cercado.

Después le taparon la boca con un pañuelo, le registraron los bolsillos, y últimamente lo sacaron fuera del camino, tendiéndolo boca abajo, como él habia hecho con los guardias.

El desgraciado siguió mudo; más tarde oyó la carrera de vários caballos, reemplazando á aquel ruido un silencio sepulcral.

—Me han dejado solo,—exclamó Calatrava;—¡pero en que estado, Santo Dios! ¡Fué una emboscada horrible, que no me explico; verdad es que nada de cuanto me sucedió en este camino parece natural! ¡Valor, no me abandones! Dejaré de hacer inútiles comentarios, y veamos si es posible soltarme. Un esfuerzo heróico, señor gimnasta. ¡Maldicion!.. Ahora sí.

Régulo se habia sentado y á la vez trituraba con los dientes el pañuelo que tapaba los labios.

Más tarde se puso en pié, y acercándose á un árbol, comenzó á rozar las ligaduras de sus muñecas. Descansando unos ratos y tornando de nuevo á practicar su anterior operacion, logró á las dos horas ver libres sus manos y boca.

—Bien,—exclamó;—ahora puedo continuar mi interrumpida marcha. ¡Pero qué noto, santo cielo! ¡Me han robado la petaca con el reloj y cadena de mi padre! ¡Nuestras únicas alhajas! ¡Maldicion! ¡Hubiera preferido la muerte al despojo de que soy víctima! ¡Todo sea por Dios! ¡La suerte ingrata me niega hasta el consuelo de que posea una prenda del duque de Noal, de ese privilegiado sér, único que amo en el mundo! ¡Bravo país; á mí, indefenso y honrado, me acometen los guardias, en

tanto que dejan circular por estos caminos una partida de bandoleros! ¿Pero qué me importa? Tambien entró mi padre en Madrid sin reloj ni alhajas, y áun cuando siento haber perdido las mias, no era por el valor sino por su orígen.

Suspirando unas veces y cobrando ánimos otras, prosiguió su ruta.

A la media hora comenzó á amanecer, y Régulo descansó un momento para refrescar sus muñecas con agua y limpiar el gaban, pantalones y sombrero.

Poco después vió las torres de Madrid á la distancia de tres kilómetros y á vários arrieros y caminantes que por diferentes senderos que habia á su derecha é izquierda se dirigian á la corte. Tambien oyó el ruido de una máquina del ferro-carril; distinguió el telégrafo eléctrico, no tardando en percibir ese movimiento y animacion que existe en los alrededores de los grandes pueblos.

Habia dejado atrás las arboledas y magnífica vegetacion, para entrar en terreno árido y desigual. Abandonó el arrecife, y pasando á otro camino, se confundió con la multitud de carreteros que iban por aquél.

Treinta minutos más tarde entró en Madrid muy fatigado, doloridas sus muñecas y con los piés que fijaba en el suelo con gran dificultad; pero sin hambre ni sed, y con todo el valor que encerraba su poderoso espíritu.

La villa y corte de Nueva-España era una poblacion recien construida: entre sus edificios habia de todo, buenos y malos, grandes y chicos, feos, y palacios cuyo lujo y magnificencia sorprendia. Las calles estaban empedradas, tenían acera de adoquin, losa y asfalto, y aunque eran rectas y su piso igual, efecto de hallarse situadas sobre várias colinas, se veian pendientes en la mayor parte de ellas.

Régulo echó pronto de ver que la municipalidad andaba allí como la política, y sonrió, exclamando:

—Pasé de un mundo á otro sin hallar nada nuevo á no ser el nombre. Entro por un barrio bajo, como si dijéramos por La-

vapiés; y en verdad que los
tienen unas fachas poco si
mujeres, en particular, llev
lencia. Seguiremos adelante
habitar en el centro, tampo
de probablemente estará re
veo una plaza, sitio á propó
Plaza Mayor. Es bonita y
pupilajes, ya me lo indicar

Y siguió andando. De
tablilla fija en el piso terce
des á la antigua española

—Me agrada,—dijo F
ñola; subiré.

Así lo hizo, llegando
to de lo larga, estrecha,
concluia de ascender. Vió
pedazo de cordel mugrient
mo instante una campanill
gunda vez, repitió la terc
llo. La cara rugosa y dem
renta años apareció por a

—¿Quién es?

Calatrava interrogó á

—¿Está la patrona?

—La señora de la cas

—Eso es, la dueña de

—Soy yo, para lo que

—¿Hay habitacion pa

—Toda la casa tengo

Y abrió la puerta, pr
guas, descalza y sin cha
cibió un olor desagradab
miasmas que hirieron su

—Mucho ha madruga

vapiés; y en verdad que los primeros habitantes encontrados tienen unas fachas poco simpáticas y ménos agradables; las mujeres, en particular, llevan en su rostro el sello de la insolencia. Seguiremos adelante, que áun cuando no me conviene habitar en el centro, tampoco debo hacerlo en este barrio donde probablemente estará recogida la gente de mal vivir. Allí veo una plaza, sitio á propósito para buscar hospedaje. ¡Hola! Plaza Mayor. Es bonita y grande; daré la vuelta, que si hay pupilajes, ya me lo indicarán con algun letrero ó señal.

Y siguió andando. De pronto se detuvo, leyendo en una tablilla fija en el piso tercero de un edificio: *Casa de huéspedes á la antigua española.*

—Me agrada,—dijo Florian,—eso de á la antigua española; subiré.

Así lo hizo, llegando más fatigado de lo que estaba, efecto de lo larga, estrecha, oscura y pendiente escalera por que concluia de ascender. Vió una puerta pequeña y al lado un pedazo de cordel mugriento, del cual tiró, sonando en el mismo instante una campanilla. Nádie le contestó; llamó por segunda vez, repitió la tercera, abriéndose por fin un ventanillo. La cara rugosa y demacrada de una mujer de más de cuarenta años apareció por aquel hueco, preguntándole:

—¿Quién es?

Calatrava interrogó á su vez.

—¿Está la patrona?

—La señora de la casa, querrá V. decir.

—Eso es, la dueña de esta vivienda.

—Soy yo, para lo que V. guste mandar.

—¿Hay habitacion para mí?

—Toda la casa tengo vacía; éntre V. y elija.

Y abrió la puerta, presentándose á nuestro jóven en enaguas, descalza y sin chambra ni pañuelo al cuello. Aquél percibió un olor desagradable, però ni la vista de la una ni los miasmas que hirieron su nariz fueron suficientes á detenerle.

—Mucho ha madrugado V., señorito,—le dijo la patrona.

—Es que acabo de llegar en este momento.

—Ya, en el tren correo; será V. provinciano, y vendrá...

—A pretender.

—¡Un cesante! Parece mi casa destinada á esa clase de víctimas. Aguarde V. un poco, que voy á abrir los balcones para que pueda V. ver la casa.

—Vístase V. á la vez, que puede resfriarse si anda con ese traje.

—De paso lo haré.

Y quedó solo nuestro aristocrático vizconde en un recibimiento chico, oscuro y súcio.

—¡Desde un palacio,—añadió Régulo para sí,—el mejor acaso del antiguo Madrid, me ha botado la suerte á una semibuhardilla que carece de todo ménos de lo que estorba. Paciencia, Florian, que en este pueblo tambien hay grandes y hermosos edificios, y andando el tiempo cambiaré.

—Entre V., caballero.

Dijo la patrona desde la sala, enseñando á Florian un gabinete exterior y tres salitas interiores con alcoba. Régulo se detuvo en una de las últimas, exclamando:

—Aun cuando estrecha y algo oscura, me acomoda esta.

—Comprendo; es V. cesante y trae pocos ahorros.

—Pues. ¿Cuánto me va V. á llevar?

—¿Come V. á la española ó á la francesa?

—Me es igual.

—¿Quiere V. principio?

—No.

—Entónces por un plato fuerte por la mañana con postre, y sota, caballo y rey por la tarde, con ensalada, dos pesetas diarias.

—¿Mes adelantado ó vencido?

—Como V. quiera.

—Entónces me acomoda, siempre que no me exija salario hasta pasados los primeros treinta dias, y quede yo en actitud de irme cuando quiera.

—Excusaba V. decir eso; está en casa de una señora, y aquí no se falta á nádie.

—Perdone V. si la he ofendido.

—No; mas deseo que me conozca.

—Doy por hecho que es V. persona de muy buena educacion, y espero no darle motivo á queja alguna.

—Lo mismo digo. ¿Mando por el baul á la estacion?

—Vengo con lo puesto; mi equipaje llegará después.

—¿Quiere V. algo ahora?

—Sí; un vaso de agua, tintero y papel para escribir. Si le pido algo que no éntre en lo ajustado, me lo pone en la cuenta á fin de mes.

—Corriente. Vuelvo volando.

Florian tenía á su disposicion un confidente y cuatro sillas de madera con asiento de anea, una sola mesa de pino pintado, para toda clase de usos, cama, orinal y percha. La salita contendria escasamente seis varas cuadradas, y cuatro la alcoba.

—Aquí está el agua, un cuadernillo de papel, tintero y pluma. ¿Quiere V. algo más?

—Gracias.

—Me voy á la compra. ¿A qué hora el almuerzo?

—A las doce.

—Comprendo; y la comida á las seis. Queda V. sólo; si llaman...

—Abriré; vaya V. con Dios.

—Hasta luégo.

Sin detenerse Florian comenzó á escribir la siguiente carta:

«Mi muy querido é inolvidable padre: Me hallo en Madrid, »y en breve daré principio al desarrollo del plan que me ha »traido á la corte. Sé que estás bien; encontré un ángel en el »camino, y me dió noticias tuyas que me fueron más gratas que »el placer: era lo único que anhelaba, y desde entónces me creo »feliz.

»Mi viaje tuvo de todo, pero nada me amilanó.

»No te doy detalle alguno; los periódicos se encargarán »de hacerlo.

»Iglesia cumplió cuanto te habia ofrecido; y en verdad que »admiro su interés y cariño hácia nosotros.

»Creo que muy en breve podré abrazarte y vivir á tu lado; »ínterin llega ese anhelado instante, acepta bondadoso todo el »amor de tu=*Florian.*»

Firmó la carta y la dejó con sóbre dirigido á Iglesia. Luégo comenzó á escribir en quintillas la historia de su viaje. Al llegar á la descripcion del palacio y persona de Zeneida, se elevó cuanto puede hacerlo el más inspirado poeta. Sus hechos, pálidos unos y exagerados otros para no poner en cuidado á su padre, iban mezclados de ideas y conceptos, que hubieran hecho honor al primer ingenio de la isla. Al hablar de los bosques, de la vegetacion, de los rios y de su jóven protectora, estaba dulce, melodioso, sublime; al ocuparse de sus desgracias, melancólico, sentido, interesante; y por último, valiente y fiero al tratar de lo que le ocurrió con los guardias y demás accidentes desagradables. Y terminaba, por fin, demostrando al duque todo el cariño que le profesaba. Suprimió nombres propios, y áun cuando las alusiones eran claras y terminantes, no podia la generalidad comprender otra cosa que la narracion de acontecimientos de pura inventiva.

Después de escrita leyó la composicion, sin hallar en ella nada que corregir.

—Bien,—exclamó;—con estos versos probaré á mi padre y á Zeneida que puedo ganar mi subsistencia con la pluma, y sin grandes dificultades. Serán las diez; voy á dormir dos horas, y basta, que hasta mejorar de posicion debo ser sóbrio en todo, en todo.

Y se desnudó completamente, quedando profundamente dormido un minuto después de haber apoyado la cabeza sobre la almohada.

La patrona regresó á las nueve, hallando en el portal de su casa dos caballeros que la aguardaban hacía tiempo. Subió

con ellos, y encerrada en la sala, conversaron los tres más de una hora, con cortos intervalos, que empleaba Doña Paca, así se llamaba la hospedera, en espiar á nuestro audaz Calatrava. Más tarde, notando que el vizconde se habia dormido dejando sobre la mesa la magnífica composicion y carta dirigida á su padre, cogió una y otros, entregándoselos á los personajes que la esperaban en su pequeño y pobre estrado. Aquellos leyeron para sí todo lo redactado por Florian, demostrando en su semblante la admiracion que les causaba los versos que devoraban con la vista. Acto contínuo dictó el uno, y el otro copió con lápiz lo escrito por Régulo.

La patrona volvió á colocar más tarde los papeles en el mismo sitio en que estaban.

Serían las doce y cuarto cuando Calatrava abrió los ojos, exclamando:

—Ya he dormido bastante. Aquí veo un cordon, que, áun cuando mugriento y estropeado, debe ser suficiente á llenar mi deseo.

Y tiró de él, sonando una campanilla, pero nádie acudió; entónces comenzó á tocar hasta que se presentó Doña Paca, diciéndole:

—¿Qué es eso? ¡Vaya un escándalo! Si contínua V. de ese modo vamos á estar mal, señor caballero.

Incomodado Florian, le contestó:

—Señora, este cordon está aquí para llamar; si hubiera V. venido la primera vez...

—Estoy ocupada con unos señores...

—La obligacion de V. es cuidar de sus huéspedes.

—No, señor; para dos pesetas...

—Bien, no escandalice, que hoy mismo buscaré casa...

—¡Jesús, y qué genio tiene V! Todo ménos marcharse de aquí, pues tengo en mucho mi crédito, y V., prescindiendo de esos arranques, no debe ser malo. ¿En qué puedo complacerle?

—¿Qué hora es?

—Las doce y cuarto.

—Tráigame V. un peine, cepillo para la ropa y agua para lavarme; luégo el almuerzo, que voy á salir.

—Al instante.

Y volvió con lo pedido, añadiendo:

—Aguamanil, jofaina, toalla limpia, espejo, peine, pomada y cepillo. ¿Qué más?

—Interin me visto y aseo, nada.

Y se puso á hacerlo miéntras la patrona volvia á la sala, donde permaneció diez minutos más hablando con los dos caballeros; éstos acabaron por darle cuatrocientos reales, diciendo:

—Cuidado, Doña Paca, con descubrirnos ó faltar á nada de lo que hemos convenido.

—Imposible; sé yo quiénes son ustedes, y todo ménos ofender á los que tanto pueden y valen.

—Si se porta bien, recibirá várias recompensas como la de hoy; de lo contrario se verá V. perdida. Hasta después.

—Vayan ustedes tranquilos y en la seguridad de que cumpliré mi compromiso con celo y constancia.

Salieron los unos, marchando la otra á la cocina muy alegre y satisfecha.

En tanto que esto acontecia se lavó Florian, y abriendo luégo las ventanas de su salita, se puso por primera vez de su vida á cepillar la ropa y luégo á peinarse. Cuando estuvo vestido se miró á un espejito que apénas tendria diez pulgadas de largo, exclamando:

—Muy bien; hago la vida del mísero estudiante, y en verdad que no me abruma ni amengua mi valor. Veamos si he logrado domesticar á esta semipantera con el nombre de patrona.

Y llamó, preguntándole aquella desde la cocina:

—¿Quiere V. el almuerzo?

—Sí, señora.

—Aguarde V. un instante que en seguida se lo llevo.

Poco después se presentó, tendiendo sobre la mesa una servilleta de lienzo grosero, con manchas y algunos zurcidos.

Seguidamente colocó un plato desportillado, vaso de vidrio, tenedor y cuchara de peltre, con cuchillo desgastado y mango de madera. Nada dijo el vizconde al contemplar aquellos objetos, antítesis de los que él habia usado desde que nació. Luégo le trajo una cazuela ahumada y súcia, que contenia un poco de carne, vários pedazos de patata y un huevo escalfado.

Régulo se sentó, llenando su plato de aquella *gazofia*, y quiso comer, pero al llegar á sus labios, retiró el tenedor, exclamando:

—Este *guisote* se ha hecho con sebo en vez de aceite ó manteca.

—No, señor,—le contestó Doña Paca, poniéndose encarnada;—será el gordo de la carne.

—Señora, tengo olfato, paladar, y le repito que yo no puedo comer eso.

—Pues por dos pesetas no me es posible darle otra cosa.

—Está bien; desde mañana suprime V. la carne, poniendo sólo el huevo y las patatas; pero bien sazonadas con manteca ó aceite. ¿Qué postres hay?

—Estas nueces.

—Vengan.

—Coma V. el huevo.

—Me repugna todo lo que hay en esa cazuela.

Y Florian almorzó las nueces con el pan que le dieron; bebió después un vaso de agua y se dispuso á marchar.

—¿A dónde va V?—le preguntó la patrona.

—Sólo á Dios debo dar cuenta de mis acciones.

—Lo digo por si desconoce las calles; yo puedo darle noticia de todo.

—Gracias; V. es curiosa como la mayor parte de las mujeres, y le advierto que yo soy muy reservado.

—Se va V. á perder.

—Mejor, me servirá de paseo.

—Podia acompañarle ó dirigirlo...

—Hasta luégo.

Y sin replicar más salió, sintiendo aún lastimados sus piés y muy doloridas las piernas. Ya en medio de la plaza, distinguió un gabinete de lectura que habia debajo del soportal, y se llegó á él, preguntando á la dueña:

—¿Podrá V. decirme si hay en Madrid libreros ó editores que compren y publiquen composiciones poéticas?

—Yo no sé,—le contestó la mujer vacilando,—si eso se vende ó no, pero aquí hay vários periódicos que las traen, y los dueños podrán satisfacer los deseos de V.

—¿Cuáles son?

—Este que se titula *La Ilustracion*, las tiene muy bonitas; es de un librero que vive en la calle Mayor, núm. 5.

—¿Es diario?

—No; sale dos veces á la semana; mañana le toca.

—¿Está léjos esa calle?

—No, señor; la que hay al salir de ese arco.

—Gracias.

—No hay de qué; vaya V. con Dios.

Florian llegó á la librería que acababan de indicarle, preguntando á un dependiente por el dueño.

—Está corrigiendo pruebas,—le contestó aquél;—¿queria usted verle?

—Sí, señor.

—¿Quién es V?

—Un autor.

—No le conozco...

—¿Pretende V. haber tratado á cuantos existen?

—Es verdad, pero... En fin, pase V. á su despacho; abra esa mampara de la derecha y ahí le encontrará.

—¿Cómo se llama?

—Don Leandro García.

Régulo avanzó, hallándose poco después frente á un hombre flaco, descolorido, mal encarado y de mirada recelosa. En aquel rostro no se leia otra cosa que *avaricia y miseria humana*. Miraba unos impresos, sentado en sillon de anea con

almohadon delante de una mesa de nogal. A su izquierda había un armario de la misma madera, con rejilla de alambre y libros; á la derecha un sofá de pino y anea, y en torno várias sillas iguales al anterior. En las paredes se veian grabados y litografías, con marcos de caoba, la mayor parte sin cristal, y cási todos los muebles estaban llenos de periódicos, entregas y láminas.

Calatrava se fijó en el extraño semblante de aquel editor, preguntándole, después de un B. á V. L. M.:

—¿Es V. el Sr. D. Leandro García?

—Muy servidor suyo. ¿En qué puedo complacerle?

—Siento mucho distraerle de sus ocupaciones, y le ruego me dispense le haya interrumpido.

—Puede V. decirme cuanto guste. Siéntese V.

—Gracias; deseo molestarle lo ménos posible, y el poco tiempo que permanezca aquí estaré de pié.

—Empiece cuando guste.

—Vengo, señor de García, como autor.

—¡Autor! ¿De qué? No tengo el honor...

—Soy forastero.

—¿Cómo se llama V?

—Florian de Calatrava.

—Pues, amigo mio, en la república de las letras no figura su apellido.

—Eso no prueba que esté excluido de ella.

—Es verdad. ¿Y qué ha hecho V.; algun drama, novela?.. ¡Si viera V. cuánto disparate me mandan contínuamente de Madrid y provincias!

—¿Qué quiere V. decirme con eso?

—¡Que se escribe mucho, muchísimo; pero que es tan malo la mayor parte!

—Supone V. que lo que yo haya podido hacer pertenece á eso último.

—No digo que sí ni que no hasta tanto que vea y juzgue.

—Conque V., segun se deduce de sus frases, estudió li-

teratura, y emite su opinion con pleno conocimiento del arte.

—Tengo una práctica de treinta años.

—Eso no basta; el uso no enseña las reglas, es el estudio.

—Señor mio, V. no me conoce, é ignora lo que yo valgo en esa materia.

—Lo que es en materia le juzgo á V. competente; pero como literato, si no estudió...

—¡Yo qué habia de estudiar! Mi oficio ú ocupacion se contrae á comprar y vender, y áun cuando fuí aprendiz de grabador y luégo de cajista, todo lo que sé lo debo á la experiencia. Tengo yo un ojo, que al primer golpe de vista... y en cuanto á corregir, los mejores poetas me confian sus pruebas. Hé aquí unas del eminente Zorraita, confiadas por tan favorecido vate á mi infalible pluma ó lima. ¡Qué versos, qué ideas, qué elevacion *logogrifa*...

—¿Qué dice V., hombre?

—Lo que ha oido; si no lo comprende peor para V. Aquí parece que Dios habla por boca de este inspirado ingenio.

—¡Qué herejía!

—No es elegía, no, son quintillas. Oiga V. una, y si es inteligente, comience á batir palmas:

«Y los anchos sicomoros,
Y los arroyos sonoros,
Que tienen marcas y nombres
Que no conocen los hombres,
Pero que saben los moros.»

—¡Qué barbaridad!

—¡Señor de Calatrava, barbaridad llama V. á estos versos! ¡á esta sublime quintilla!

—Sí, señor; el que ha escrito eso y V. no saben lo que son sicomoros, hombres, moros ni poesía. ¿Quiere V. una prueba?

—La escucharé con gusto; buena será ella.

—Don Leandro, me basta su buen ó mal criterio para convencerle de que eso que concluye de leer sólo pueden llamarse disparates rimados. Hé aquí la prueba ofrecida: El sicomoro

es originario de Egipto, parecido en las hojas al moral y en lo restante á la higuera, sin otra particularidad que la de llevar el fruto adherido al tronco. Resulta, pues, que es un árbol, y á éstos se les ha llamado hasta ahora corpulentos ó raquíticos, pero anchos no. Prescindo del mal efecto de tanta y, y, que, que, y de los arroyos que tienen marcas y nombres, áun cuando sea mucho prescindir, y le ruego me conteste á la siguiente pregunta: ¿qué entiende V. por moros?

—Hombre, los que no son cristianos.

—Se equivoca V.; eso es una vulgaridad: moro es el natural de Mauritania, provincia de Africa; pero admitamos las dos acepciones; de ellas resulta que los moros son hombres como V. y como yo. ¿No es cierto?

—Sí, señor.

—Pues al decir el Sr. Zorraita «que no conoce los hombres,—pero que saben los moros» claro que juzga animales á estos últimos. Fíjese V., señor de García.

—Es verdad. Un descuido, porque su talento...

—Mucho talento, mas no sabe lo que dice.

—Ya que se precia V. de inteligente...

—Yo no me precio de nada; digo la verdad, sin otra pretension que la de no mentir.

—No importa; ya que es V. hombre que lo entiende, veamos qué defecto halla en estos endecasílabos de todo un aplaudido académico. ¡Oh! aquí se estrella su crítica; contra estos versos heróicos no hay *diente* posible.

—Lo creo; es indudable que en Nueva-España existen hombres eminentes. Lea V., que soy muy aficionado á oir buenos versos y á aplaudir aquellos que lo merecen. Se trata de un académico, y ante él y sus compañeros todos somos pigmeos.

—Cierto, y este es de los mejores, de los más aplaudidos, y cuyo nombre brilla tanto como el rubí y otras piedras con que las mujeres se adornan.

—Sepamos.

—Aquí está.

—¿Es un poema?

—No, un drama; el de más éxito de cuantos se han representado hace muchos siglos.

—¿No es nuevo aquí el teatro?

—Sí, señor; me refiero al Mogal, al Riff, á la Albania, á la Georgia y á todos los países civilizados del globo.

—Lea V., y no comente lo que no sabe.

—Atencion; dice así: «Desde el helado al abrasado polo...»

—¡Don Leandro, se ha equivocado V!

—No, señor. ¿Me deja V. seguir?

—¿Pero dice desde el helado al abrasado polo?

—Sí, señor; véalo V.

—¡Jesús, qué disparate!

—¿Cómo disparate?

—Claro está. ¿Quiere V. explicarme cuál es el *polo abrasado*?

—Yo qué sé.

—Pues bien; el mundo se divide en cinco zonas: una llamada Tórrida, dos Templadas y las dos restantes Glaciales; los extremos de estas últimas son los polos, llamados el uno Artico y el otro Antártico; en ámbos reina igual temperatura, siendo esta la más fria del universo. ¿Cuál es, en consecuencia, el abrasado polo?

—Segun eso ninguno.

—Le acabo de decir la verdad; así al ménos está reconocido por todos los sábios del mundo.

—¿Continúo?

—No se moleste; basta con la muestra para juzgar del resto.

—Pues, hijo, es un académico.

—¡Válgate Dios! ¡Lo mismo aquí que allí anda todo desconcertado! Pero estoy distrayendo á V. de sus ocupaciones, y no debo abusar por más tiempo. ¿Quiere V. hacerme un favor?

—Con mucho gusto; soy aficionado á los buenos autores, y áun cuando á V. nádie le conoce, ni su nombre...

—Déjese V., Sr. D. Leandro, de buscar reputaciones debidas en su mayoría á *golpes de bombo*, y adquiera buenos escritos, si desea suscritores y ganancias; á no ser que el público de este país se parezca al que nos describe un antiguo vate en aquellos magníficos versos de...

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo...

—Siga V., Don Florian.

Hablarle en necio para darle gusto.

—Pues mire V., parece que se han hecho para la época actual. ¿Qué favor me pedia V?

—Ruego á V. lea esa composicion.

—¿Original?

—Sí, señor.

—¡Hola! ¡Quintillas!

Y el editor obedeció al vizconde, diciendo al concluir:

—¡Hombre, qué bonita! ¿De quién es?

—Mia.

—Sí, F. de C., que querrá decir Florian de Calatrava. ¿Por qué ha puesto sólo las iniciales?

—Señor de García, no escribo para adquirir gloria ni fama: soy pobre, y necesito hoy ganar el sustento con mi pluma. ¿Me la quiere V. comprar?

—Ya sabe V. que estas composiciones generalmente se dan *gratis* y por sólo el gusto de verlas en letras de molde.

—¿Puede V. ó no tomarla?

—Sí, señor; pero V., que es tan inteligente, conoce muy bien lo sencillo de la fábula que contiene...

—No le faculto á V. para que haga la crítica de lo que no entiende, D. Leandro; si le agrada, bueno; si no iré á otra parte con ella.

—¡Están los tiempos tan malos y la suscricion tan difícil! ¿Quiere V. un cigarrillo de papel?

—Gracias; lo que deseo es que conteste categóricamente.

—Vamos, ya que ha venido, no quiero que pierda el viaje;

le daré á V. por ella dos duros, y cuando su nombre sea conocido...

—¡Cuarenta reales! ¡á dos cuartos cada verso!

—¡Si supiera V. cómo está todo!

—¡Pobre literatura!

—Sean cincuenta reales, y no replique.

—Con dos condiciones.

—¿Cuáles son?

—La primera, que ha de salir en el número de mañana; y la segunda, que remitirá V. un ejemplar al excelentísimo señor duque de Noal, residente en Cádiz.

—Le conozco de nombre; si él firmara esta composicion ó su hijo el vizconde de Régulo, daba por ella cincuenta duros.

—Ya sería algo ménos.

—Al contrario. ¿V. sabe los números que yo venderia al simple anuncio de que uno de esos héroes escribia en mi periódico? Cuentan que asombra el talento de ámbos.

—¿Jura V. cumplir lo que acaba de expresar?

—Por el alma de mi madre.

—Venga la composicion.

—¿Qué va V. á hacer?

—Véalo. Florian de Calatrava, vizconde de Régulo.

—¡Usted! ¡Usted!..

—Yo soy, que me he fugado de la cárcel de Cádiz, para solicitar del gobierno la libertad de mi padre. Pone V. en el anuncio ó cabeza que se la he mandado desde la prision, y si alguno se atreve á desmentirlo, de mi cuenta corre obligarle á que rectifique.

—Pero siéntese V., señor vizconde; honre...

—Olvide V. por ahora mi título; es un secreto, y tenga entendido que arrancaré la lengua al que lo venda. ¿Me da V. los cincuenta duros?

—¡Una cosa ajustada en dos y medio!..

—¿No vale mi nombre lo restante?

—Eso sí; pero...

—¿Intenta V. faltar á su juramento? ¡La confianza que le he hecho!..

—No es eso; consiste en que como no tengo prueba alguna...

—¿No lo son mi actitud y esa composicion?

—Me ha dicho V. que es pobre...

—La verdad; nos ha confiscado el gobierno cuanto traiamos.

—Vamos, imprimiré la composicion, y si nádie desmiente el hecho, ó V. identifica la persona, entónces le daré los mil reales.

—El que duda de mi palabra es indigno de que yo cruce más frases con él. Deme V. la composicion.

—¿Qué se propone?

—Vendérsela á otro editor.

—¿Como está firmada?

—Sí, señor; puesto que el público de este país no gusta de ideas, conceptos ni arte, le daré nombre, ya que con eso le basta.

—Entre buena gente se va V. á meter; mis compañeros todos son avaros, no entienden de literatura, suponen lo contrario, y la verdad es que destrozarán sus versos con erratas y un gusto detestable en la parte tipográfica.

—¿Son más avaros que V?

—Ya lo creo; soy el rey de los editores.

—¡Bendito sea Dios, Sr. D. Leandro! Ya se conoce que este país carece de plagas como la langosta, el cólera y otras que asolan el mio.

—¿Por qué dice V. eso, señor vizconde?

—Por nada; deme V. la composicion.

—Sea V. generoso; tome veinticinco duros, y si prueba bien, le daré cincuenta por otra que insertaremos en el número próximo.

—Un pobre quiere V. que sea espléndido, y se lo aconseja el que es rico.

—No me calumnie V., señor don Florian; yo no tengo otra cosa que papeles...

—Es decir, billetes de Banco.

—No.

—Señor de García, mis versos no son patatas que se ajustan y regatean en el mercado.

—Pero señor, ¿no me los daba V. en cincuenta reales?

—Sin nombre.

—Bórrele V.

—Ya es tarde; me enseñó V. el camino...

—Sean cuarenta duros, y en otra...

—No puedo tener tratos con gente perjura. Cuidado con la lengua, y que el cielo le guarde.

—¿Se va V?

—Sí, señor.

—Don Florian, ¿nada me rebaja V?

—Ni un céntimo.

—Es la más cara que compré en mi vida.

—Me alegro; en esta no hay *polos abrasados, sicomoros anchos, ni moros animales.*

—No todos incurren en esos descuidos.

—Dijo V. que eran los dos primeros autores; y si hacen eso los buenos, ¿qué ofrecerán los malos?

—¡Ay! Tome V. un billete de mil reales.

—No me hace al caso, D. Leandro; necesito metálico.

—Está el cambio al diez por ciento.

—De lo cual se deduce que en vez de darme cincuenta duros me entrega cuarenta y cinco.

—Yo no tengo la culpa; á mí me ha costado ese papel mil reales.

—No lo comprendo, amigo mio; segun mis noticias reparte ese establecimiento á sus asociados una ganancia excesiva; y doy por hecho que los jefes son honrados, inteligentes y pundonorosos.

—Pues ahí verá V.

—¿Está efectivamente el cambio al diez?

—Véalo V. en este periódico.

—Cierto; entónces deme en oro ó plata cuarenta y cinco duros, y que sea todo por Dios y en bien de los que proporcionan á un pobre como yo esta pérdida.

—A todos nos sucede lo mismo.

—Lo supongo.

—Nueve monedas de á cinco duros.

—¿Quiere V. recibo?

—No, señor.

—¿Vendrá V. á corregir las pruebas?

—Conque V. las vea me basta. ¿Saldrá mañana?

—En la primera columna, después de un elogio en letra del veinte.

—¡Jesús, qué disparate!

—La voy á poner orlada, con una corona encima.

—El número para mi padre.

—Y diez para V. Voy á vender dos mil ejemplares más.

—¿A cómo son?

—Lo que es el de mañana costará dos reales.

—Adios, señor de García.

—Aguarde V.

—¿Qué más desea?

—Las señas de su casa.

—Plaza Mayor, *Casa de huéspedes á la antigua española.*

—Eso es muy malo; múdese V. esta tarde á la *Fonda del Universo.*

—Llevan caro, y ya ve V. lo poco que ofrece la literatura; estoy además de incógnito, y no me conviene hacerme visible.

—¡Qué modestia!

—No se incomode en ir á verme; yo le haré una visita diaria, siempre que me llame únicamente Florian y nádie me reconozca por su causa. Para mayor seguridad, borre V. de la composicion mi nombre y apellido, dejando sólo vizconde de Régulo.

—Me parece prudente; ya está.

—Diga V. en la cabeza que como el gobierno nos ha confiscado cuanto teníamos, gano el sustento haciendo versos.

—Lo pondré, pero no respondo de que lo dejen pasar. La fiscalía...

—Pero hombre, si es verdad.

—Si todo lo que es cierto se pudiera decir... Lo intentaré, sin embargo.

—Hasta mañana.

—Beso á V. la mano, señor don Florian.

Salió el vizconde, dejando al editor con su composicion en la mano. De nuevo la leyó, y asomando á su faz la alegría, dijo:

—Mil duros me va á producir; pongo el ejemplar á peseta, y vendo, fuera de la suscricion, más de cinco mil números. Bonito negocio; pero no lo sabrá él; eso nunca.

Y entró en la imprenta, dando á la caja la composicion; luégo comenzó á redactar la cabeza que pensaba ponerle.

CAPITULO XII.

Los estancos de Nueva-España.—Constantino Iglesia.—El gas.—La ópera.—Dos visitas extrañas.

Nuestro vizconde salió de casa del editor tan satisfecho ó más que dejaba á aquél. Era tan pobre efectivamente, que cuarenta y cinco duros suponian para él más que los mil del usurero.

Entró en la calle Mayor, encaminándose á la casa del hijo del capitan Iglesia; pero á la mitad del camino vió un estanco, y exclamó:

—Ya que puedo fumaré.

Y pidió á una mujer, que estaba tras del mostrador, cigarros. Al verlos, añadió:

—Son malos.

—Vea V. estos otros.

—No son buenos.

—Pues aquí los tiene de dos reales.

—Para el precio carecen de aroma y de buena calidad.

—Pues, hijo, son los mejores que se venden en mi casa.

—Prefiero no fumar.

—Algunos dicen eso, mas de lo barato se vende mucho, mucho.

—Soy forastero, y le agradeceria me dijese si podria encontrarlos mejor en algun sitio, áun cuando costasen más.

—Puesto que de los mios no los ha de llevar, no tengo inconveniente en manifestarle que en la tabaquería de enfrente los hallará buenos desde un real arriba, segun afirman los inteligentes.

—¿Cómo es eso? ¿Conque aquí no valen nada los caros ni los baratos, y los de la cigarrería son buenos todos?

—Sí, señor.

—Pues no me lo explico.

—Ni yo tampoco, pero éstos son contratados y aquellos no.

—Qué cosas tan raras ocurren en este país.

—No lo crea V.; aquí lo raro es lo bueno, y todo lo demás lo malo.

—Se me figura que no va V. á hacer negocio con su comercio.

—Aún podemos vivir; las clases pobres fuman esto.

—¡Eso! Infelices, los compadezco.

—Tememos, no obstante, que los de enfrente conozcan sus intereses, traigan de lo barato, y entónces tendremos que cerrar la casa.

—Pues es lo probable. Siento haberla molestado tanto. Muchas gracias, y que Dios la proteja.

—Y á V. tambien.

—Ah, se me olvidaba lo principal. ¿Hay aquí franqueo obligatorio para las cartas?

—Sí, señor.

—¿Vende V. sellitos?

—Mírelos V., á cuatro cuartos.

—¿Es este buzon?..

—Sí, señor, de correos.

—Póngame V. uno en esa carta, y cóbreselo de estos cinco duros.

—Si es billete no se moleste V. en sacarlo, que aquí no pasa esa moneda.

—No, un centen.

—Eso es otra cosa.

Florian recogió el cambio, y echando la carta en el diminuto buzon, se fué á la acera de enfrente, donde compró una petaca-mundo y veinte cigarros de á real que cabian en ella, dirigiéndose acto contínuo á casa del alférez Iglesia. Por el camino se iba diciendo:

—O esto anda muy mal ó á mí me lo parece: los cigarros de cien céntimos son buenos, muy buenos, miéntras que los de doble precio no se pueden fumar; los primeros los vende el *uno*, los segundos el *otro*... Vaya, vaya, esta isla está desconcertada. Llegué al núm. 100; no parece mala casa la de mi futuro amigo D. Constantino. Subamos.

Y lo hizo así, hallándose poco después en un gabinete amueblado con decencia, y frente á un jóven de veinticuatro años, alto, delgado, de fisonomía simpática, y en cuya frente se revelaba talento nada comun. Iglesia no entró en el ejército como su padre: estudió en colegio, y en verdad que no perdió el autor de sus dias el dinero que habia gastado en la educacion de su hijo; léjos de eso, nació Constantino pundonoroso, con buena índole y mejor imaginacion, resultando de este conjunto que fué el primero en cátedra y luégo el mejor oficial del ejército. Noble en sus tratos, caballero en acciones y elevado en ideas, era muy estimado de sus jefes y más querido aún y respetado de los soldados que mandaba. Un tipo como ese debia simpatizar con Calatrava, y así sucedió, segun verán nuestros lectores más adelante.

Frente á frente los dos jóvenes, cambiaron mútuo saludo, preguntando Régulo:

—¿Es V. el alférez Iglesia?

—Anteayer sí, hoy no, pues me acaban de ascender á teniente por eleccion; mas eso no obsta para que sea el mismo á quien V. busca. ¿En qué puedo servirle?

—Ante todo, doy á V. la enhorabuena; estimo mucho á su señor padre, y me interesa y complace el bien del hijo.

—Gracias. ¿A quién debo esa bondad y favor?..

—A su amigo el vizconde de Régulo.

—¡Usted! ¿Con esa camisa arrugada y súcia, esas botas abiertas, ese sombrero?.. No puede ser; deseo que se equivoque ántes que verlo en tan triste situacion.

Florian le alargó la mano sonriendo.

—La ropa elegante,—dijo,—no es más que un adorno, y de éste pueden prescindir hombres como yo.

—Cuando es por voluntad propia sí, pero...

—No hablemos de eso; hoy me ayudará V., contando con su bondad, á cambiar de botas, camisa y sombrero.

—Con mucho gusto; mis ahorros, mi paga, cuanto tengo, cuanto valgo, todo es suyo.

—Gracias. El hijo se parece al padre en lo generoso, se eleva sobre él en talento, modales y educacion.

—¿Quién se lo ha dicho á V?

—Lo estoy viendo.

—Pero sentémonos.

—Falta me hace, que anduve quince leguas, y los descansos fueron bien cortos. ¿Dispone V. de tiempo?

—Desde que mi padre me escribió su próxima llegada, mandándome á la vez que fuese para V. un hermano cariñoso, desde entónces cuento con un mes de licencia, que emplearé en lo que V. quiera.

—Suponia encontrar un buen compañero, pero su amabilidad supera á cuanto imaginé.

—Me van envaneciendo sus elogios, que creo sinceros, y me sobra motivo para ello; todos los periódicos, el pueblo, la clase media y la aristocracia se ocupan ya de la llegada del duque de Noal y de su hijo, y la verdad es que no saben hablar de otra cosa: comentan la figura elegante y talento del uno; el genio, bondad y filantropía del otro; el valor de ámbos, y el deseo de que el gobierno los deje en libertad.

—En cambio, ese último que acaba V. de citar no se acordará de nosotros para nada.

—Se halla efectivamente muy entretenido con el fatal estado de la isla, y no encuentra por otra parte solucion al asunto que le trae á V. aquí.

—¿Por qué?

—Segun cuentan, quiere tratarlos de modo diferente que á los demás llegados en idénticas circunstancias; pero como el arresto y confiscacion se efectuaron en virtud de una ley, no halla medio de eludir sus efectos.

—¿Me será fácil ver al ministro del ramo ó á otro cualquiera?

—Creo que sí; yo le acompañaré, y es posible que le facilite la entrada.

—Quisiera que fuese con brevedad.

—Mañana, si bien no comprendo la prisa.

—Está mi padre preso...

—El señor duque se encuentra en Cádiz muy obsequiado; de dia tiene por cárcel el palacio del general y por la noche sale adonde desea.

—No importa; anhelo que esté á mi lado, y en completa libertad cuantos nos acompañaron.

—Bien, mañana lo intentaremos; hoy ocupémonos de V.

—¿De mí?

—Sí, señor, de V. Quiero, en primer lugar, que le pongan una cama y ocupe la alcoba y sala contiguas, y que un sastre le haga lo que necesite, reponiendo á la vez el calzado, sombrero y ropas interiores.

—Nada de eso puede ser; vengo fugado de una cárcel, y todo lo haré ménos comprometer al hijo de mi protector, á mi querido amigo Iglesia. Tampoco me es dado aceptar obsequio alguno que cueste dinero; V. dispone de una paga mezquina, y yo en dos horas he ganado mil reales.

—No comprendo...

—Llegué á las seis, y á las diez ya tenía casa buscada y

una composicion hecha, que he vendido por la cantidad referida.

—Siento decirle que no cabe amistad donde entra el desaire.

—Todo lo contrario; pienso molestarle mucho, y si no tomo lo que me ofrece es porque lo uno le compromete y de lo otro no necesito.

—¿Dónde vive V?

—Cerca de aquí, en la Plaza Mayor.

—Mi padre me tiene indicado ya que el único defecto de V. es la terquedad, siendo inútil insistir contra aquello que se propone.

—Ambos están ustedes en un error; lo que llaman terquedad no es otra cosa que firmeza en las resoluciones, y como las últimas las subordino á un plan vasto, que desconocen por completo, es indispensable me dejen obrar, en la persuasion de que soy su verdadero amigo, segun le probaré con todos mis hechos y acciones.

—No insisto; pero al ménos hoy se quedará V. á comer conmigo, y desde aquí le facilitará mi asistente lo que necesite respecto del calzado, sombrero y ropa, pagándolo quien V. quiera.

—Acepto, si bien le participo que compraré poco, toda vez que los habitantes de esta poblacion grandes y chicos intentan ver en el vizconde de Régulo un hombre elegante y aristocrático, y es preciso que miren en Florian de Calatrava un individuo de la clase media, modesto y humilde.

—Comprendo la idea y la apruebo.

Sentados los dos amigos sobre sillones de muelles, prosiguieron hablando largo tiempo, convenciéndose Constantino de que no mentia la fama del vizconde, miéntras éste aplaudia en silencio la brillante educacion, bellas dotes y buen talento del teniente de infantería.

Más tarde le trajeron botas, ropa interior, un sombrero, cepillos, pomadas, peines y un baulito donde el asistente de Iglesia lo fué colocando todo.

Después se sentaron á la mesa, la que, en obsequio de Ca-

latrava, dispuso Constantino que fuese espléndida, y ámbos se acercaron á ella con buen apetito, alegría y satisfaccion.

—Me admira,—decia el teniente,—cuanto acabo de oir á V. respecto de Zeneida, y no comprendo lo que se propone viviendo tan retirada, cuando por su belleza, tesoros, posicion y estirpe podia figurar como ninguna otra.

—Su casa de campo, amigo mio, es un eden; allí no llega esa vanidad que halaga las pasiones humanas, ese incienso cortesano con que los palaciegos y una parte del público perfuman la presuncion de los que están elevados; en cambio se disfruta una paz envidiable y de un paraíso terrenal, parecido al que perdimos los hombres por culpa de nuestro padre Adan.

—No, de nuestra madre Eva.

—De ámbos; en ellos empezó el crímen de la debilidad, que viene desde entónces convirtiendo á los séres humanos en ruines y pequeños.

—Me encantan, señor vizconde, su filosofía, erudicion y talento.

—Suprima V. la palabra señor, y el incienso de la corte que ántes he criticado. Yo ya sé lo mucho que V. vale, nos comprendemos admirablemente, y entre dos buenos amigos debe evitarse todo aquello que se parezca á lisonja. Al efecto tuteémonos, presentando el uno al otro los defectos que le encuentre para que los corrija, y condenando al silencio como parte interesada lo que merezca aplauso. ¿Aceptas?

—Con placer indecible; la honra me enorgullece y eleva.

—¡Bravo! ¿Será posible encontrar el reloj y cadena que me robaron? No es su valor lo que promueve mi deseo; fueron dos objetos de mi padre, y daria por ellos un dedo de la mano derecha.

—Hablaré con el gobernador de esta provincia, dándole el encargo de que los mande buscar; pero te advierto que no tengo noticia de que haya bandoleros en la isla, y mucho ménos en un camino por el que cási nádie transita y en el que jamás se intentó robo alguno.

—¡Habrá sido todo ello una intriga!..

—¿Qué dices?

—Nada, nada. Toma el asunto con empeño, que yo á la vez haré mis averiguaciones.

Terminada la comida, salieron ámbos, sin otro objeto que el de pasear por las calles de Madrid.

—Qué gas tan malo, chico,—exclamó Régulo.

—Detestable, Florian.

—Será barato.

—No lo creas, carísimo.

—¿Es por empresa?

—Sí.

—¿Y por qué no la obligan á que modifique la calidad y precio? De ese modo ganarian ella y el público, toda vez que el uno estaria mejor servido y la otra aumentaria sus productos con la mayor venta.

—Eso decimos todos, pero la verdad es que el mal continúa y nádie lo corrige.

—¿Qué causa?

—Que esta isla es el mundo al revés.

—Razon lógica y convincente.

—De esas te habré de dar muchas, vizconde; lo contrario sería expuesto y no nos conviene á ninguno de los dos. Suprime, en consecuencia, tu curiosidad, siendo así que nos hallamos en una isla atrasada é ignorante y tú vienes de país culto é ilustrado. ¡Allí sí que será bueno el gas, esmerada la limpieza y completa la policía urbana!

—¡Ya lo creo! Nadan las calles en agua y hasta los perros comen chorizo en medio de ellas.

—Pues aquí suelen morder las pantorrillas los atacados de hidrofobia.

—¿Hay muchos?

—¡Jesús! una nube; tiende la vista y hallarás *perros* por todas partes.

—¿A dónde va tanta gente?

—Al teatro de la ópera.

—Hola, ¿teneis cantantes?

—Los hay que ganan doce mil reales diarios.

—¡Qué disparate! ¿Conque tambien aquí se pagan tan caros los gorjeos?

—Sí. Oh, están el célebre Baganini, la prima donna absoluta Pecanini, el bajo profundo Tronani, el tenor Macarroni y el barítono Acacia.

—¿Y por público, á quién tenemos?

—No te entiendo.

—Vamos por partes: ¿en qué idioma cantan?

—En italiano.

—Bueno; lo comprenderán de cada mil uno, y la música otro de cada cuatro mil: total, cuarenta escasamente que puedan apreciar en la corte el mérito de esas celebridades *ninis* y las bellezas de las partituras.

—Pues no obstante eso, van más de dos mil personas, se pagan cuarenta reales por una butaca y se goza lo indecible.

—¿Se goza, eh?

—Por supuesto, y no debes criticarlo; al contrario, si tienes humanidad, elogia el teatro, la música, y ruega á Dios que vaya todo el mundo al circo italiano.

—¿Por qué?

—La música á las fieras domestica.

—¡Ah! si esa es la causa, te sobra razon.

—¿No eres tú aficionado?

—Sí; pero es el caso que conozco el italiano tan bien como el español, y soy compositor.

—Para ir á ese teatro basta tener una peseta, con la cual se traslada un hombre al *Paraíso;* ó doce reales, y disfruta la *deliciosa prensa* del piso que sigue; ó dos duros, y se tiene una butaca de terciopelo y muelles, con banquetas alrededor que hasta las rodillas las aplauden; ó de veinte á cuarenta mil reales para emplearlos en un abono de palco, y entónces se está con tanta comodidad como en casa y se economiza

en Eva la mayor parte de la tela con que debia cubrir el busto.

—Todo eso es sublime, y ya no me extraña verlos correr y atropellarse para llegar pronto. Espera.

—¿Qué haces?

—Nada; me alargó ese infeliz la mano, y le he puesto un duro en ella. Por lo visto aquí se permite la mendicidad.

—No, vizconde, está abolida hace tiempo.

—Pues, hijo, ya he hallado tres pobres, y en la puerta de aquella iglesia veo doce ó catorce.

—Bien, los unos son ciegos y piden con permiso de la autoridad; los restantes lo hacen á *hurtadillas*, porque si los vieran los agentes...

—¿A hurtadillas tantos y en medio de las calles?

—Qué quieres, así parece.

—Estos *vistas* tambien son ciegos.

—Supongo que en tu país no acontecerá.

—Claro es; ¡cómo un pueblo civilizado habia de tolerar, primero el contraste que forma la riqueza de unos con la pobreza desenmascarada de los otros en sitios públicos, y segundo la vagancia que resulta de permitir mendigos!

—¿Pero á los pobres ciegos?..

—Tampoco; efecto de su desgracia, suelen ser maldicientes, intencionados, y podian muy bien con sus voces distraer á los fieles que están de la parte adentro de las iglesias. Tuvimos además en cuenta que suena muy mal eso de «quién me compra un *Padre nuestro*, el *Credo* ó *Salve*.» Cuando estábamos más atrasados se toleraba, y segun refieren algunos octogenarios contemporáneos, la mitad de los ciegos veian, con otros defectillos no ménos reprensibles.

—¿Es un defecto ver?

—No, el fingir. Habiendo establecimientos de beneficencia, nádie con más derecho debe entrar en ellos que los ciegos, tullidos ó inútiles en cualquier concepto.

—Oye, ¿son benéficos en tu patria esos establecimientos?

—Claro está; el nombre lo dice.

—Te lo pregunto porque aquí, á pesar de llamarse lo mismo, rehusan entrar los pobres.

—¿Qué causa?

—Dicen que el pan es malo, los garbanzos peores y el trato fatal.

—En mi Madrid, chico, se contratan los alimentos, y de ese modo se logra que sean buenos y baratos; hay además inspectores que velan dia y noche con celo incansable por la suerte de los infelices acogidos.

—Aquí tambien; no obstante lo cual, todos se quejan amargamente de lo que he dicho ántes.

—¡Vaya una isla bien arreglada y con órden!

—Ya verás lo que va resultando segun la estudies.

—Me alegro.

—¿De nuestro mal?

—Sí.

—Muchas gracias.

—Acaso me las dés algun dia, si logro, como me propongo, cambiar la suerte de este pueblo.

—Florian, que te remontas á las estrellas.

—Ello dirá. Espera.

—¿Otro duro has dado de limosna?

—Sí.

—¿Pues no eres pobre, segun decias?..

—Por la misma razon, parto lo que tengo con mis compañeros.

—De ese modo alimentas la vagancia.

—Que la quite la autoridad; nuestra religion me impone caridad, y yo no encuentro medio de averiguar si es ó no digno de ella el infeliz que me alarga la mano.

—Tienes razon.

—Constantino, acabo de contar en ese reloj las diez, y basta para la primera noche, que ayer no dormí y estoy cansado.

—Te acompañaré á tu casa.

—Pero no subas.

—¿Por qué?

—Pudiera suceder que en lo sucesivo hiciese algunas calaveradas, y es conveniente que mi patrona no te conozca.

Iglesia sonrió, contestando:

—Bien, hombre, irá mi asistente con el baulito, y mañana te aguardaré en casa. ¿Comerás conmigo? Te agradeceria infinito verte sentado á mi mesa todos los dias.

—No tengo inconveniente, siempre que destierres de ella lo extraordinario.

—Te juro que no habrá ninguno.

—No me aguardes en tu casa. De seis á diez trabajo; de diez á doce me aseo y almuerzo, marchando acto contínuo al despacho del editor García: allí me esperas, ó te aguardo. Si vas ántes que yo, das mi solo apellido.

En este instante llegaron á la puerta de la casa de Florian, los dos amigos se estrecharon tiernamente, marchando el uno á su morada y subiendo el otro al de su indigesta patrona.

—Buenas noches, Doña Paca.

Dijo entrando Florian.

—Muy buenas. ¿A dónde va V. tan de prisa?

—A mi habitacion. Una luz.

—Le tenía preparada esta.

—Vela de sebo y palmatoria de barro. Mañana me compra V. una libra de bujías y un par de candeleros de metal.

—¿A cobrar á fin de mes?

—No; cuando V. quiera.

—¿Conque hay plata, eh?

—¿A V. qué le importa?

—El interés por V...

—Pues suprímalo, que soy huérfano de madre y no quiero madrastra.

—¡Qué dulzura! ¿Por dónde anduvo V. hoy?

—Por Madrid.

—Lo supongo, mas...

—Doña Paca, es inútil que me pregunte, porque á nada he de contestar. ¡Soberbia cama! Catre de pino y lona, sábanas de lo último, manta de algodon, colcha de percal, con almohadas y colchon del grueso de un papel.

—Hoy no ha comido V. en casa.

—Cierto; me apestaba aún el sebo de por la mañana. Le advierto que quiero ántes de las seis un chocolate con bizcochos ó tostadas, y á las once el almuerzo, únicas dos comidas que haré en su casa.

—¿Y la otra?

—Si sigue V. tan preguntona, me marcho mañana. Note V. que empiezo á desnudarme.

—A mi edad puedo verle en ropas menores; de ese modo retiraré la luz. Si fuera V. más amable y contestara á mis preguntas, tendria en mí la patrona más cariñosa del mundo. Yo quisiera ver en todos mis huéspedes hijos queridos.

—Bueno, bueno.

—¡Llaman, quién será!

—Probablemente un mozo que trae mi baul. Recíbalo V. si es así, dándole este duro por el mandado.

Salió la patrona, volviendo al poco tiempo, y cuando el vizconde estaba ya metido en cama.

—Dice,—exclamó aquella,—que no puede tomar de V. un solo real; me ha dado este baul, y pregunta á qué hora viene á limpiar á V. la ropa. Aquí dejo los veinte reales.

—Contéstele V. que á cualquiera siendo ántes de las diez. Llévese la luz y no vuelva.

Así lo hizo Doña Paca, corriendo una cortina de algodon que cubria la comunicacion de alcoba y salita. Al poco tiempo dormia Florian; la patrona despidió al asistente, y luégo entró en la sala, donde la esperaban los dos caballeros de por la mañana. Conversó con ellos hasta las once, en que se retiraron, encargándole, entre otras cosas, que diera mejor comida á Calatrava.

Nuestro vizconde pasó en un sueño no interrumpido desde que se acostó hasta las seis que lo despertó Doña Paca, diciendo:

—Chocolate de á doce reales libra; media tostada, cuatro bizcochos y un vaso de leche. ¿Me porto bien?

—Deje V. la bandeja sobre la mesa, y salga de aquí, que voy á vestirme.

—¡Qué ingrato, ni me da las gracias!

—Cuando V. lo hace su cuenta le tendrá.

—No, señor; es que soy generosa.

—Me alegro. ¿Sale V?

—¡Qué seco y qué poco amable!

Régulo se sentó sobre su duro lecho, exclamando:

—¡Qué bien he dormido á pesar de la mala cama! La fatiga, léjos de abrumarme, aviva mi sueño, despierta el apetito y robustece las fuerzas. Esta vida es antítesis de aquella opulencia que me recordaria á cada instante mi Erundina, mi hijo... Bien estoy así; con esto sobra para existir sin molestias ni escaseces que pudieran violentar mi deseo. ¡Oh, es pequeño y ruin el hombre que al faltarle el oropel se abate y amilana, cuando la verdad es que para cada rico estamos mil pobres en el mundo! ¡Pobre! yo no soy pobre; con mi educacion, voluntad y talento no hay miseria posible. Veámoslo.

Y se tiró de la cama, tomando acto contínuo su chocolate con los bizcochos, las tostadas y la leche.

—Jamás tuve,—exclamó,—el apetito que ahora; la Providencia es justa, bondadosa, y suple en mí la falta de ricas viandas con un hambre que desconoce el harto.

Entró la patrona, preguntándole:

—¿Me llevo el servicio?

—Sí.

—¿Quiere V. algo más?

—No.

—Tengo tres clases de dulces.

—Guárdelos para el almuerzo.

—No ha de abrigar V. queja de mi falta de interés por mi amado D. Florian.

—Qué metamorfósis.

—No entiendo.

—Que se salga V., y me deje solo hasta las once.

—Ahí está el criado que viene á limpiarle la ropa.

—Désela V. y déjenme en paz los dos.

—¿Va V. á escribir?

—Sí, y le ruego que me traiga otro cuadernillo de papel.

—Al momento.

Marchó Doña Paca, y el vizconde, después de reflexionar diez minutos, comenzó á escribir una composicion que debia comprender su viaje desde un Cádiz al otro. Nuestro inspirado é insigne poeta improvisaba ahora octavas reales y no se concretó á describir los muchos y variados accidentes que le ocurrieron en tan larga peregrinacion marítima; en su magnífica composicion hablaba de los peces voladores, de los metéoros, tormentas y calmas, de las tres zonas templada, tórrida y glacial; de la vegetacion, animales de todas especies y séres humanos, propios en cada una de aquellas, concluyendo por demostrar hasta la evidencia, que así como el hombre es el único viviente de la tierra poseedor de facultades intelectuales que lo elevan sobre cuanto existe, tambien es el solo nacido para aclimatarse en todos los países conocidos de la tierra. «Desde el hotentote,—decia,—habitante de Africa, sér al que más se asimila el orangutan, hasta el Gran César, cuyo genio asombra todavía al mundo, vedlos cruzar desde el Artico al Antártico, desde los Andes, por toda la línea ecuatorial, hasta los confines del mar Pacífico.»

Después, y en un corto epílogo, describia en sentidas octavas su llegada á la isla, el recibimiento que le hicieron, y las cadenas con que amarraron á su padre, presentándole ante los curiosos como fenómeno de la naturaleza ó una fiera rara y extraña en aquel país.

Sus primeros versos interesaban y distraian; los siguien-

tes, sin perder sus bellezas poéticas, formaban un cuadro de historia natural, digno de ser aprendido por profanos é inteligentes, y con los últimos excitaba el interés de los lectores, los conmovia hasta el punto de hacerles derramar lágrimas, dando una idea tristísima de aquella hospitalidad tan contraria al derecho de gentes y á los preceptos de la caridad cristiana.

Cuando hubo terminado, la leyó dos veces, corrigió algo, y la dejó sobre la mesa, exclamando:

—Muy bien; empecé poco después de las seis y deben ser más de las once; pero creo haber aprovechado el tiempo con las noventa y dos octavas que he concluido.

Acto contínuo se lavó y fué vistiéndose, pues habia estado más de cinco horas con sólo la ropa interior, camisa y pantalones.

Seguidamente llamó á la patrona.

—El almuerzo,—le dijo.

—¡Jesús, D. Florian,—exclamó aquella;—he entrado dos veces, una á traerle la ropa y el papel, y otra á hacerle várias preguntas sobre la comida, y no me ha oido V., efecto sin duda de lo absorto que estaba! ¡Cómo se posee V!..

—El almuerzo, Doña Paca, que tengo prisa.

—¡Qué guapo está V. esta mañana; le prueba mi casa; qué buen color y qué hermoso!

—No me agradan las lisonjas.

—Le he dicho la verdad; es V. un buen mozo.

—Dale...

—Vuelvo volando.

Y puso en la mesa mantel limpio, cubierto de plata, vinagreras, una botella con vino y platos de porcelana. Luégo le trajo huevos fritos con jamon, sesos rebozados, dulces y frutas, con pan blanco.

Régulo principió á comer sin hablar nada.

La patrona le dijo:

—¿Y bien, Sr. D. Florian, qué le parece á V. hoy el almuerzo?

—Está bien hecho y es abundante.

—Yo creí sorprenderlo agradablemente...

—A mí nada me admira. ¿Por qué me daba V. ayer sebo?

—Era el gordo de la carne, y como no sabía nada de V. ni tenía ropa...

—Es decir, que me juzgó más pobre de lo que soy, y dijo usted con el refran: *Al desgraciado contra una esquina.* Así son todas las patronas y la mayor parte de los séres.

—Qué mal pensado es V. ¿Buen apetito, eh?

—Sí, señora.

—¿Tendrá V. bastante?

—De sobra.

—Si viene V. á comer quedará más satisfecho aún y sin aumento de salario.

—Doña Paca, si sigue V. así voy á creer en la conciencia de las patronas. ¿Qué se propone V. con esos despilfarros?

—Que quede contento y siga mucho tiempo en mi casa; noto que es V. un caballero, y el modo de ganar con V. no es tratándole mal.

—Cierto, y en prueba de ello le aumento dos reales diarios.

—¿Vendrá V. á comer?

—No; pero si mejora la cama se lo agradeceré.

—Esta noche dormirá en blando lecho y muy decente, pero más que aumento de salario quisiera merecerle la seguridad de que no abandonará mi casa.

—Si no me da V. motivo, ínterin permanezca de huésped seguiré aquí, abonándole lo ménos diez reales por dia.

—Llaman, y voy á ver quién es.

El vizconde continuó almorzando.

Dos minutos más tarde volvió Doña Paca, diciéndole:

—Una señora, jóven al parecer, pues trae velo en el sombrero, desea hablar con V.

—¡Conmigo! ¿Por quién ha preguntado?

—Por D. Florian de Calatrava.

—Entónces no cabe duda, pero no comprendo... En fin, que pase.

—¿Quito la mesa?

—No; yo la separaré un poco, y abrevie V., que no me gusta hacer esperar al que viene á honrarme.

Y se puso en pié.

Un instante después se presentó una hermosa jóven, que le dijo:

—Beso á V. la mano, caballero.

—Beso á V. los piés, señorita. Ruego á V. pase adelante y se siente.

La recien venida echó el velo á la espalda y avanzó; pero de pronto se detuvo, exclamando con disgusto:

—¡Qué atmósfera tan densa y qué olor tan malo! No tiene V. ni doce piés cúbicos de aire.

—Abriré la ventana y entrará más del necesario.

—¡Qué ajuar tan mísero; qué cama tan pobre, y qué conjunto tan asqueroso!

—El de un desgraciado, señora. ¿Juzgaba V. que la iba á recibir en un palacio?

—No; pero sí en la habitacion donde se pudiera respirar y sentarse con alguna comodidad.

—Quisiera poderle ofrecer el alcázar más opulento de la tierra; pero, hija, soy pobre y no tengo otra cosa.

—Siento haberle ruborizado...

—¿Por qué? La desgracia no humilla.

—Me parece que está V. avergonzado...

—Se equivoca por completo; á mí sólo podia sonrojarme el crímen; y como estoy seguro de no cometerlo, me encuentro tranquilo y satisfecho.

—¡Satisfecho dice V!

—Muy satisfecho.

—¿Jamás tuvo mejor posicion?

—Acaso; pero han variado las circunstancias y no me desagrada mi actual situacion.

—Pues yo puedo asegurarle que no permaneceré un minuto más aspirando estos miasmas nocivos á la vida, ni contemplando un *mueblaje* tan suntuoso. Já, já, já. Dios le guarde, señor Calatrava. Cuando sea persona decente volveré á verle.

Y salió, burlándose al parecer del infortunio de nuestro jóven.

Florian se encogió de hombros, exclamando para sí:

—Es mujer, y nada puedo hacer contra ella. Delicioso país en el que se insulta de ese modo la desgracia. ¿Quién será y qué querria de mí?.. No lo sé ni me importa.

—Muy complacida va esa señorita; bajaba riendo,—exclamó la patrona entrando.

—Acérqueme V. la mesa.

—Vino en un coche con librea azul y blanca. Buen tronco lleva. Como es V. tan buen mozo...

—Platos para los postres.

—Y es guapa, jóven y rica.

—Acerque V. ese dulce.

—¿Es marquesa, condesa?..

—Más pan.

—¿Casada ó soltera, D. Florian?

—Ponga V. vino.

—¿Me contesta V. ó no?

—Ahora agua.

—¿Quiere V. pasarse á la sala y gabinete? Por poco más... Sillas de tapicería, sillones con blandos muelles...

—A falta de enjuagatorio, tráigame un poco de agua templada con unas gotas de vinagre.

—Vamos, ¿le paso á la alcoba principal?

—Estoy perfectamente aquí.

—Si es por falta de recursos le llevaré lo mismo hasta que haya quien dé más ó V. mejore de suerte.

—Miéntras viva en su casa permaneceré en esta habitacion. El agua para la boca.

El vizconde concluyó de almorzar, se aseó é iba á salir, cuando entró de nuevo la patrona, diciéndole:

—Un caballero seguido de su lacayo acaba de llegar, y dice que quiere hablar con V.

—Que pase. ¿Será otro por el estilo? Pero es hombre, y con éstos me entiendo mejor.

—¿El Sr. de Calatrava?

Preguntó desde la puerta el recien venido.

—Adelante. ¿En qué puedo servirle?

—Es V... V... Me he equivocado, sin duda.

Dijo el caballero mirando desde la puerta los objetos que existian en la habitacion.

—Si V. no avanza,—añadió Régulo con disgusto,—lo haré yo. ¿Qué le trae á V. á mi casa?

—Ya nada; confieso que me he equivocado, y ruego á V. me dispense.

—No,—replicó nuestro jóven poniéndose delante de aquél;—es indispensable que me diga primero la causa de haber penetrado hasta aquí, y quién le ha dicho mi nombre.

—No hallo inconveniente alguno; su patrona enteró á mi cocinero que tenía un huésped llamado Florian de Calatrava; y como yo estoy emparentado con algunos de los que llevan su apellido, juzgué que podia V. ser de la familia, y vine á verle.

—¿Y en qué se funda ahora para suponer lo contrario?

—Mis parientes, señor Florian, no son tan pobres como V.

—En todas las familias hay desgraciados, y podia yo ser uno de ellos.

—Pues no lo es V.

—Ni tengo tal pretension; afirmo sólo que pudiera ser.

—Páselo V. bien.

—Vaya V. con Dios, y que el cielo me libre de emparentar jamás con gente...

—¿Qué?

—Con gente tan aristocrática y necia.

—¿Me insulta V?

—No; la verdad jamás fué insulto.

—¿Le humilla vivir con tanta miseria?

—No, señor; que el pobre es amado de Dios tanto como, en mi concepto, aborrece al pedante y vanidoso.

—Entónces, ¿por qué usó lenguaje tan duro con quien no conoce?

—Porque le he conocido lo califiqué.

—Es el caso que si V. fuera otra clase de hombre podia costarle una estocada el adjetivo.

—¿Y cómo son las clases de hombres que V. necesita para batirse?

—Decentes.

—¡Ah! ¿el pobre no lo es?

—No puede aunque quiera. Si tuviera V. algun título... Soy el conde de Valleameno.

—¡Hola! No sabía que se trataba de un personaje tan alto. Ahora sí que me duele haberle llamado necio, no poder rectificar, y cuando hable de V. entre mis amigos verme obligado á calificarle de simple y de cobarde.

—¿Pero V. tiene amigos en Nueva-España?

—Sí, señor.

—¿Quiénes son?

—Ya le hablarán de mí.

—Lo dudo.

—Jamás he mentido; pero en cambio tengo la costumbre de humedecer el rostro del que me desmiente.

—Me detiene V. en un pasillo.

—No quiso V. entrar en mis *salones*, y fuerza era que hablásemos en alguna parte, ya que vino á honrarme.

—¿Me deja V. salir?

—Con mucho gusto; cuando recuerde V. mi ajuar, no olvide mis frases, excelentísimo señor.

—Expresiones á sus amigos.

—Hoy, que aumentará considerablemente el número de ellos, les haré presente el favor de V.

Salió el uno, en tanto que el otro, visto que nada replicaba el caballero á quien habia insultado impunemente, se guardó su composicion, cogió el sombrero, y fué á partir; pero le detuvo la patrona, preguntándole:

—¿Lo paso á la sala y gabinete?

—No, estoy bien aquí.

—Qué terquedad; quiera V. ó no, lo mudo de una á otra.

—En cuyo caso buscaré habitacion.

—Señorito, acepte, por favor...

—Imposible. Hasta la noche.

Y salió, entrando en una peluquería, y después en la fábrica de guantes que existia al lado del establecimiento de D. Leandro García.

CAPITULO XIII.

Astucia de Florian.—El avaro en prensa.—Los consejeros de Nueva-España.

Vestía el vizconde de Régulo el pantalon, chaleco y levita negros que trajo de Europa, pues el gaban de entretiempo lo habia dejado por innecesario, visto lo agradable de la temperatura. Aun cuando algo usadas las tres prendas referidas, se conservaban en buen estado. Calzaba botas nuevas de charol, camisa fina de hilo, sombrero con gasa y una corbata microscópica de seda, igual en color al resto del traje. Hizo que lo afeitasen, lo peinaron luégo, y cubiertas sus manos con guantes negros, se dirigió á casa del editor D. Leandro. Es indudable que le probaba aquel país, siendo así que llegó á Nueva-España flaco, macilento, descolorido y ojeroso, y ya habia recobrado la carne perdida, su color era sonrosado, el semblante estaba alegre y su figura tan esbelta y agradable como ántes de ocurrirle las desgracias por que tanto suspiró. Hasta aquel dia usó bigote y perilla, mas se quitó la última con objeto de desfigurarse algo, y la verdad es que dejó su rostro más gracioso de lo que estaba con aquella.

Entró, pues, en la librería, hallando al editor en la tienda presenciando la fabulosa venta de ejemplares del periódico salido aquella mañana. Eran dos dependientes y un cajista, y con dificultad podian los tres servir los infinitos pedidos hechos por ciegos, mujeres y particulares. En el tránsito, como en la barbería, oyó el vizconde hablar de su composicion, haciéndole sonreir las voces de cien pregoneros que repetian su nombre por calles y plazas.

Llegó al mostrador, y acercándose á D. Leandro, le dijo:

—Buenos dias, señor editor.

—¡Ah! ¿es V., D. Florian? No le habia conocido. ¡Qué elegante! Está V. mejor sin perilla.

—Gracias por la lisonja.

—Creo lo que digo, y añado que tiene V. muchísimo talento.

—¿Gusta mi composicion?

—Se vende algo más de lo ordinario; poca cosa. ¡Están los tiempos tan malos!

—Pues no ha de ser por falta de poner V. los medios; no se oyen en Madrid otras frases que: *La Ilustracion, el vizconde de Régulo, el gran fenómeno literario etc., etc.*

—Entiendo el negocio, y, gracias á eso, podré vender quinientos ó mil ejemplares más.

—Entónces llevaré á otro mi segunda composicion.

—Eso no lo consentiré yo; el que gane ó pierda no es cuenta de V., y ya que inserté la primera, quiero ser el único que cuente con pluma tan bien manejada.

—En cuyo caso, hé aquí otra más larga, más difícil, y en mi concepto de más aceptacion.

—Lo creo. ¿Billete, ó cuarenta y cinco duros en oro?

—Ni una cosa ni otra. Léala V. con calma, y luégo nos ocuparemos de la venta y compra.

—¿Para el número próximo?

—En caso que nos arreglemos, será para el segundo.

—Se va á enfriar el público.

—Al contrario, conviene hacérsela desear.

—¿A qué arreglo se refiere V?

—Después que la haya leido y meditado sobre ella, se lo diré. ¿Me espera alguno en su despacho?

—Sí, señor, el teniente Iglesia; ahí está con vários literatos; pase V.

Florian abrió la mampara, hallando á su amigo Constantino de pié, con un número de *La Ilustracion* en la mano, y hablando con cuatro caballeros, á los cuales decia en este momento:

—Repito, señores, que no ha visto la luz pública en la isla escrito que se le parezca á esta bellísima composicion. ¡Qué modo de metrificar tan dulce y poético; qué rima tan natural y propia; qué ideas; qué conceptos; qué imágenes; oh, nada leí tan sublime y delicioso!

Iglesia estaba vuelto de espalda á Florian y no podia verlo; así es que el último dejó que concluyera el primero, exclamando luégo:

—¡Qué entiendes tú de versos ni de literatura! Esa composicion es fria, lánguida, todo en ella forzado, y sólo plausible el que la haya escrito un desgraciado para ganar con su producto el sustento de la vida, que le negaron la confiscacion de cuanto tenía y el hecho de encerrarle en una mazmorra sin causa ni delito justificables.

—Eso digo yo.

Contestó uno de los cuatro literatos; los tres restantes añadieron:

—Es verdad.

—¿Lo oyes?—prosiguió el vizconde.—Estos señores son inteligentes, juzgan sin pasion, y si continúas elogiando lo que no entiendes, te expones á hacer un *fiasco* completo.

—¿Con quién tenemos el honor de hablar?

Le interrogó uno de los escritores.

—Me llamo Florian de Calatrava, servidor de ustedes.

—Calatrava; sí, es una familia ilustre de la isla.

—¿Tienen ustedes la bondad de decirme,—preguntó á su

vez Régulo,—si esa puerta comunica con la imprenta de don Leandro?

—Sí, señor.

—Gracias; con permiso de ustedes voy á verla; soy aficionado y desconozco las de Madrid. Acosen ustedes á ese oficialillo que pretende juzgar lo que no entiende. Si alguno de nosotros hablase de matemáticas, geografía, ejércitos ó soldados nos llamaria imbéciles, torpes é insensatos, y acaso no le faltase razon; por consiguiente, ahora, que se ha metido en nuestro terreno, castíguenle, demostrando como tres y dos son cinco, que es tan tonto en literatura como el mismo autor de esos versos.

Y entró en un gran patio cubierto con cristales; en el centro habia várias cajas de imprenta, y en un extremo dos máquinas y una prensa.

Nuestro jóven saludó á los catorce operarios que tenía enfrente, comenzando luégo á mirar las fundiciones, para acabar cruzando várias frases con un maquinista, que era el objeto de su presencia allí. Así es que, después de reconocer el aparato en que aquél trabajaba, le preguntó:

—¿Qué tira V?

—*La Ilustracion.*

Le contestó el interrogado.

—¿Qué edicion es?

—Segunda.

—¡Hola! ¿Qué suscricion tiene este periódico?

—Cinco mil próximamente.

—¿Y cuántos números van ya?

—Diez mil, y dos mil más que estamos imprimiendo ahora.

—¿Y se venderán los doce mil?

—Sí, señor; van más de nueve mil, siguen haciendo pedidos y faltan los nuevos de provincias.

—Buen negocio ha hecho D. Leandro.

—Como el vizconde le dé muchas composiciones, pronto acabará por hacerse más rico de lo que es.



C. MUGICA, dib.º y lit.º Lit. de J. DONON. Madrid.

—Es preciso sujetar la libertad al órden,
el órden al país y este al ejército.
—Bravo! Bravo!

—Le juzgo hombre entendido, y su establecimiento tipográfico parece bueno.

—Si no apurara tanto las fundiciones, saldrian de su casa los mejores impresos de la isla.

—Me agrada esta imprenta. Adios, señores.

Salió el vizconde, diciendo para sí:

—Mi composicion le ha dado una venta de siete mil ejemplares que á peseta hacen veintiocho mil reales. Ya sé cuanto necesitaba para mi nuevo ajuste.

Y regresó al despacho del editor, notando con placer que sus anteriores frases habian alentado á los literatos; la cuestion con Iglesia tomaba calor, hablaban los cinco á la vez, y su amigo, no pudiendo convencer á los otros con razones, recurria al extremo de imponerles con amenazas que los otros pasaban desapercibidas.

Cuando llegó Régulo decia Constantino golpeando en la mesa:

—Sólo la envidia, el amor propio herido, la pequeñez del hombre, lo asqueroso del hombre, son capaces de inspirar á ustedes esa torpe é injusta crítica. Yo he defendido la composicion con las armas del buen criterio, la imparcialidad y lo que enseña el arte, y ahora añado, por ausencia de un amigo de mi padre y por consiguiente mio, que teniendo en cuenta los infortunios, desgracias y gran talento que Dios se dignó otorgar al autor de esos versos, su caballerosidad é hidalguía, que sólo ustedes niegan, yo les arrojo á la frente todo lo villano de tan innoble conducta. Yo; á los cuatro á la vez. ¿Lo han oido ustedes?

—¡Bravo!—exclamó para sí Régulo.—Es valiente, y esta cualidad me agrada.

Y alzando la voz, preguntó á Constantino:

—¿Qué acontece, amigo mio? ¿Por qué esas voces y actitud guerrera? Con la espada no se puede convencer á nádie.

—A tiempo llega V., señor de Calatrava,—le dijo uno de los cuatro.—Conteste á ese caballero, toda vez que nosotros

nos hemos concretado á confirmar las ideas que V. emitió poco há.

—Perdonen ustedes, pero á mí no me ha amenazado ni sobre mi frente arroja nada.

—Lo mismo que á la nuestra.

—Se equivocan ustedes,—añadió el teniente;—Calatrava es muy caballero, y los que le oian ántes tan pobres de entendimiento que no comprendieron la ironía que llevaban sus frases. Mi querido Florian es incapaz de mentir á sabiendas como ustedes lo han hecho, y más aún de agravar las desgracias de un infortunado con palabras huecas, intencion malévola y envidia que él y yo despreciamos como ven ustedes.

Y se cogió al brazo de Régulo; ámbos hicieron una reverencia, asomando á sus labios una sonrisa desdeñosa, y salieron, deteniéndose junto al editor.

—¿Sigue la venta?—le preguntó Florian.

—Regular nada más.

—¿Pues y toda esa gente?

—Hay algo extraordinario, pero poco.

—¿Leyó V. la otra composicion?

—Sí.

—¿Qué le ha parecido?

—Bien.

—¿Está ahí?

—La tengo guardada.

—Démela V.

—¿Para qué?

—Mi opinion es contraria á la suya, creyendo, en consecuencia, que vale mil duros; y como V. no me los ha de dar, se la voy á llevar á otro.

—¡Veinte mil reales, Sr. D. Florian!

—Y en oro.

—¡Usted sabe lo que me pide!

—Sí, ocho mil ménos de lo que ha ganado V. con la primera, valiendo escasamente la mitad que la segunda.

—¡Le han engañado á V!

—No alce V. la voz; démela, y concluyamos de una vez.

—No puedo. Con el doble...

—Se la pido por tercera y última vez; y le advierto que si tarda un minuto...

—¡Qué rostro, santo cielo! Tome V... Pero no; me es imposible entregársela. Rebájeme V. algo por caridad, señor de Calatrava.

—Soy generoso con los pobres, avaro con los ricos. Despache V., ó...

—¡Válgame Dios y qué D. Florian tan terrible! Quiero ser con V. espléndido como nádie pudo imaginar; le voy á dar los veinte mil reales por ella, exigiéndole únicamente que me firme un contrato, en el cual se obligue por cuatro años á escribir sólo para mi casa.

—Es decir, que me venda á V...

—No, su pluma.

—Es igual; resultando que pretende V., Sr. D. Leandro, alquilarme, y la verdad es que áun cuando me ofreciera veinte millones no lo conseguiria.

—No lo veo yo de ese modo.

—Lo creo, y es muy natural que sus ideas y modo de proceder sean enteramente contrarios á los mios.

—Pues mire V., hay autores que lo hacen, y se tienen por muy buenos, y lo son, y nádie los critica.

—Ni yo tampoco; el propietario está en su derecho alquilando su casa; y si le parece poco, su persona; y si no es bastante, los hijos; y si todavía quiere más, y es...

—¡A dónde va V. á parar!

—Nádie le niega su derecho; pero es el caso que yo no alquilo nada, ni asimilo mis acciones á las de otro; le vendo á V. únicamente esa composicion por mil duros. ¿La quiere ó no?

—¡Pero nada me rebaja V?

—Hoy, Sr. de García, todo me hace falta por desgracia;

mañana acaso suceda lo contrario, y entónces no me veré en la triste situacion de tener que cuestionar con V. por dinero.

Este diálogo tenía lugar en un extremo de la tienda entre Florian y D. Leandro, mas estaba junto á ellos Iglesia, con suma atencion y sin perder una frase de las que habian expresado su amigo y el editor. Hasta este momento permaneció mudo; pero molestado por la pesadez y avaricia de D. Leandro, le cogió de pronto por el brazo, y oprimiéndole fuertemente, le dijo:

—Basta de convertir el fruto de una inteligencia sublime en vil mercancía. Entregue V. la composicion, que yo se la presentaré á quien dará por ella lo que pide Calatrava ó más.

—¡Me ha lastimado V!

—Despache, y evitará molestarnos y que yo vuelva á cogerle.

—¿Conque mil duros en billetes?

—No, en oro.

—Voy por ellos, y que Dios les perdone el sacrificio que me obligan á hacer.

—No pretendo que se violente; déme V. los versos.

—No, los veinte mil reales.

Poco después se los entregó en dos cucuruchos, que Calatrava se guardó sin contar.

García exhaló un suspiro, diciendo:

—Tome V. sus diez ejemplares.

—Gracias, se los regalo. No publique V. esa composicion en el número próximo sino en el otro; y cuide V. de mandar á mi padre un ejemplar, único que necesito. Páselo V. bien, D. Leandro.

—¿Vendrá V. todos los dias?

—Lo ignoro.

Y cogidos del brazo Régulo y Constantino, salierón de la tienda.

—¿A dónde vamos?

Preguntó el teniente.

—¿Conoces á algun girante?

—Sí, y hasta es pariente mio.

—¿Tendrá corresponsal en Cádiz?

—Por supuesto.

—Toma: ahí debe haber diez y seis mil reales que quiero remitir á D. Arturo Mendo, secretario del duque de Noal. Interin tú haces esa imposicion, yo escribiré una carta en la misma oficina.

Poco después entraban ámbos en casa de un banquero, tio de Iglesia, el cual extendió la letra sin descuento alguno. A la vez cedió su despacho á Calatrava para que escribiese á Mendo lo siguiente:

«Mi querido amigo: Te incluyo letra por valor de ochocientos pesos, que deseo distribuyas de este modo: repartes ocho »mil reales entre el capitan, Piñeiro, pilotos y demás tripulantes del bergantin *Lucero;* con el resto cuida que nada falte á »mi querido padre.

»Continúo bien; gano escribiendo versos, más de lo que »suponia, y en breve comenzaré el desarrollo de un plan que »abraza vuestra libertad, cambio de posicion y un porvenir »ménos molesto que nuestros pasado y presente.

»Sé lo que amas al duque, y nada te recomiendo. Háblale »de mí; recuérdale el cariño que le profeso, asegurándole que »cada dia soy ménos desgraciado.

»Me gusta Madrid; me complace el que todo ande aquí »trastornado, y nada me faltaria si estuviese junto á mi padre.

»Di á Piñeiro que sigo estimándole, y tú no dudes jamás »del invariable afecto que te profesa tu amigo=*Florian.*»

Poco después entró Iglesia, preguntándole:

—¿Has concluido?

—Sí.

—Toma la letra.

—Oye: en Cádiz sufren los billetes del Banco el descuento de un veinticinco por ciento.

—¡Qué hombres!

—Cosas de esta isla. Te lo digo porque si han de pagarla en ese papel...

—No; se manda que en oro, y se repite en la carta de aviso.

—¿Qué premio has abonado?

—Ninguno; mi tio jamás fué interesado conmigo.

—Rara excentricidad de un banquero.

—Dame la carta, y la mandaré con uno de sus dependientes.

—Le falta el sello; pero en su defecto ahí va medio real, no crea tu pariente que abusamos de su esplendidez.

Constantino volvió, preguntando nuevamente:

—¿A dónde vamos?

—Quisiera ver al ministro, pero ántes desearia enterarme de todo lo relativo á los gobernantes de este país.

—Ves preguntando y satisfaré tus deseos.

—¿Cuántos ministros hay en la isla?

—Ninguno. Aquí se llaman consejeros, y son siete, por el órden siguiente: el presidente, que no tiene lo que llamais vosotros cartera; el del Reino, el de Agricultura, el de Hacienda, el de Fomento, el de la Guerra y el de Justicia.

—Suprimen por innecesarios el de Estado y el de Marina.

—Sí, con harto sentimiento de la nacion, toda vez que eso prueba el aislamiento en que vivimos.

—¿Hay dos cámaras?

—Claro es; la de senadores y la de los diputados. En lo demás, y segun la última obra que se ha escrito comparando el sistema de la Vieja-España con el de la Nueva, nos asimilamos en todo.

—¿Hay muchos periódicos?

—Muchos; una nube.

—¿Bien escritos?

—No los leo.

—¡Conque no quieres ilustrarte! Infeliz, ¡ay de tí si lo averiguan y con esa imparcialidad!..

—Pronto hallarán, en mi concepto, antídoto á sus desmanes.

—¿Luego yo debo entenderme principalmente con el consejero del Reino?

—Sí.

—¿Qué clase de sujeto es?

—Un militar díscolo, con algun talento, falto, en mi opinion, de estudio; pero suple este defecto con su ilimitada osadía, alguna astucia y bastante práctica.

—¿Cómo se llama?

—El marqués de la Posada.

—¿Le conoces?

—Mucho.

—¿Le tratas?

—No; pero acaso pueda introducirte hoy uno de sus ayudantes, que es primo mio.

—Para empezar, sé lo suficiente. Cuando gustes partiremos.

—Despidámonos de mi tio, y en marcha.

Así lo hicieron, pasando los dos á casa del marqués de la Posada. Allí les dijeron que estaba en el ministerio, y en éste les contestaron que se habia trasladado á la presidencia del consejo.

—¿Qué hacemos?—preguntó Constantino.

—Vamos adonde esté, y averigüemos algo en el caso de que no quiera ó no pueda recibirme allí.

Ambos se dirigieron al punto indicado; subieron, hallando Iglesia en uno de los salones y entre vários ayudantes al que lo era del marqués, primo de nuestro teniente. En cuanto los vió se separó á un lado, y estrechando con cariño á Constantino, le preguntó:

—¿Bienes á buscarme?

—Sí.

—¿Qué deseas?

—En primer lugar presentarte á mi amigo íntimo el señor

don Florian de Calatrava, y luégo pedirte un favor; pero dime ántes: ¿estabas ocupado?

—No; siguiendo nuestra invariable costumbre, nos hallábamos como el cazador, *de espera*. Hace dos horas que nos ocupamos en leer y aplaudir la bellísima composicion de Régulo, objeto hoy de todas las conversaciones, y luégo, á imitacion de nuestros jefes, tratábamos de asuntos políticos.

—¿Qué se cuenta entre vosotros?

—Que las oposiciones conspiran, y tanta libertad se les ha dado, que pretenden recurrir á las armas, visto que les es imposible de otro modo encaramarse al poder.

—¿Es cierto eso que dices?

—Ciertísimo. Alarmados los consejeros, se fueron á palacio, pero D. Francisco no se habia levantado aún, por hallarse indispuesto, y entónces determinaron reunirse aquí, para ocuparse sériamente de los asuntos del dia. Eso es todo. ¿Conque este caballero pertenece al número de tus amigos íntimos?

—Sí, y cuenta que lo estimo mucho, y que vale más de que lo que pudiera expresar mi labio, como hidalgo y como hombre de talento.

—No le haga V. caso, señor ayudante, en lo relativo á lo último.

—Cuando mi primo lo asegura, fuerza será creerlo, señor don Florian. Honre V. mi mano con la suya, y añada mi persona entre las que componen el total de sus amigos.

—Gracias; tambien yo me ofrezco á V., y deseo merecer la honra de que acepte mi leal amistad.

—Muy bien. Ahora, mi querido Constantino, pídeme lo que quieras, que me hallo muy dispuesto á complacerte en lo que alcancen mis fuerzas.

—¿Cómo está tu influencia con el general?

—Sube y baja como el barómetro. Cuando se encuentra alegre, mucha; mas sucediendo lo contrario, ninguna. Si se trata de la colocacion de algun cesante, será inútil...

—No, hombre; ¿está hoy contento el consejero?

—A la inversa; la actitud de las oposiciones lo tienen con un humor endiablado.

—Es preciso, no obstante, que nuestro amigo Calatrava hable con él lo ántes posible.

—Eso no es difícil; acaso lo consigamos en este mismo local y á la salida del consejo. ¿Tiene empeño en que sea hoy mismo?

—Sí.

—Pues entónces síganme ustedes.

Y los llevó á un saloncito cuadrado que comunicaba con la habitacion donde estaban reunidos los gobernantes.

—Aquí esperan ustedes,—les dijo,—sentados ó paseando; suelen llamar á menudo, entraré yo, y si hallo ocasion, le suplicaré que escuche á D. Florian. Si no me niega la gracia, saldrá solo, cuya circunstancia pueden aprovechar para decirle lo que gusten.

El vizconde y el ayudante cambiaron algunos cumplimientos, marchando el último en confirmacion de lo que acababa de ofrecerles. Régulo é Iglesia comenzaron á pasear, hablando de las noticias políticas que concluian de escuchar. A la media hora se presentó de nuevo el primo de Constantino, diciéndoles:

—Há un instante llegó el gobernador, y tuve que anunciarle: á la vez rogué á mi general que recibiese á Calatrava cuando concluyera.

—¿Qué contestó?

—Hizo un gesto, y frunciendo la frente, me preguntó:—¿Qué pretende?—Lo ignoro, señor, repliqué, pero se trata de un cumplido caballero, que desea vivamente ver á V., y yo le agradeceré infinito atienda su justa súplica.—Bueno, añadió; que espere en el salon azul, y que éntre al momento el gobernador.

—¿Es esta la habitacion á que se refiere?

—Exactamente. Conque aguarden, toda vez que ya es lo probable salga por aquí con ánimo de oir á Calatrava.

El ayudante dejó solos nuevamente á Florian y á Iglesia. Este último dijo á su amigo:

—Mala ocasion es; segun mis noticias, deben estar esos señores hoy de muy mal humor.

—¿Por qué?

—La conspiracion de que se habla es grave, trascendental, y los habrá puesto en un conflicto.

—Que prendan á los que intentan turbar el órden y la tranquilidad del país.

—No quieren usar de rigor, y esto, en mi opinion, ha de ser funesto.

—No comprendo esa tolerancia.

—Cierto, siendo así que se verán obligados á sucumbir, ó tendrán que adoptar medidas extremas.

—¿Oyes? Con qué calor cuestionan.

—Sí; el gobernador debe haberles traido malas noticias.

—Escuchemos.

Florian se acercó á la puerta y miró por la cerradura, viendo á los siete consejeros sentados en torno de una mesa. Todos estaban de uniforme, efecto de haberse reunido allí al regresar de palacio, y nuestro vizconde pudo contemplar con sentimiento la indignacion y enojo que se retrataba en sus semblantes.

—No es posible más tolerancia con maquinadores de tan mal género,—exclamaba uno.

—Tan arteros y ruines,—decia otro.

—¡Pobre país si llegara á ser gobernado por esos hombres!

—¡Ay de la sociedad, ay de todos nosotros!

—Es indispensable usar de mucho rigor, cambiando la tolerancia que tuvimos hasta hoy por medidas extremas, fuertes y eficaces.

—Sí, sí. Es preciso sujetar la libertad al órden, el órden al país y éste al ejército.

—¡Bravo! ¡Bravo!

Florian se retiró de la cerradura, é incorporándose con su amigo Constantino, le dijo:

—Malo, Iglesia; mi pretension se ahoga.

—¿Por qué?

—La política los absorbe, y el asunto de que se ocupan los violenta. No creo que salga dispuesto ninguno de ellos á hacer favores esta tarde.

—Déjalo para otro dia; la libertad de tu padre merece que te revistas de paciencia y esperes mejor ocasion.

—Ya estoy anunciado y no puedo retroceder. Usaré de toda la prudencia que me sea posible, supliendo con ruegos y súplicas las razones que no estará en situacion de oir ese señor consejero.

—Quién sabe; por lo mismo que hoy más que nunca necesita el gobierno de hombres de nuestras ideas, puede que te escuche y atienda.

—Sin embargo, para evitar compromisos será bueno que me esperes en el salon donde está tu primo.

—¿Qué te propones?

—Que si se disgusta conmigo, que soy paisano, no lo pagues tú, que eres militar.

—Yo no rehuyo jamás compromiso alguno, cuando se trata de un amigo como tú.

—Márchate, que á nada conduce ahora tu presencia aquí. ¿Podrás lograr con tu ninguna influencia inclinar su ánimo?

—No, pero...

—Sal inmediatamente; yo nada gano con que te quedes, y tú expones mucho.

—Eso es cierto, mas...

—Me dejas solo, ó me voy yo.

—Bien, hombre, iré al otro salon, y que Dios proteja la justicia de tu causa.

El vizconde quedó paseando, sin cuidarse ya para nada de lo que hablaban los consejeros.

Veinte minutos después oyó el rumor producido por várias

voces, y no tardó en ver salir al ministro del Reino, marqués de la Posada. Iba ensimismado, su rostro estaba contraido, y su mirada incierta y vaga.

Notando Florian que no reparaba en él, le salió al encuentro, diciendo:

—Beso á V. E. la mano.

—¿Es V. Calatrava?

Le preguntó el marqués.

—Sí, señor.

—¿Qué desea? Pero abrevie, que me falta tiempo.

—Señor, me trae ante V. E. la pretension de un acto de justicia que no dudo alcanzar de su celo é interés en pro de vários infelices.

—¿De quiénes se trata?

—Del duque de Noal, del vizconde de Régulo y restantes compañeros que el destino condujo á esta isla, y en vez de noble hospitalidad ó generoso amparo, les dieron una prision por casa y el infortunio y miseria por compañeros.

—El gobierno obró en ese particular segun está prevenido por las leyes, y no sé qué otra cosa puede V. querer de mí.

—Pretendo, señor, una excepcion justísima. Atendiendo á la calidad de los indivíduos, pido á V. E. que los ponga en libertad y les devuelva lo que les pertenece.

—Eso no puedo yo hacerlo.

—Pero sí proponerlo al consejo, y apoyado por V. E., no hay duda que lo aprobará.

—¿Es V. amigo de ellos?

—Mucho.

—¿Abogado?

—No, señor.

—Pero aboga por ellos.

—Con todo el interés que cabe en un hombre.

—Mala causa defiende.

—Es al primero que oigo decir eso.

—Pero es la verdad.

—Señor, es posible que haya quien califique así al castigo sin crímen y á la confiscacion sin causa ni motivo. A lo primero se llama arbitrariedad, á lo segundo usurpacion.

—Ese lenguaje no es propio de un pretendiente frente á un consejero.

—Señor marqués, yo le respeto y hasta le admiro en el elevado puesto á que su talento ó la suerte le encumbraron; quiero estar ante V. E. humilde y como conviene al que solicita; y si me he excedido, le ruego me perdone en gracia al noble deseo que me trae y á la rectitud de mis intenciones.

—Está bien. Respecto de su negocio, debo decirle por último, que seguirá los trámites naturales, y á la postre terminará como los de igual índole.

—Hace cerca de un mes que llegaron esos infelices, y todavía no salió el representante del gobierno para examinarlos y emitir dictámen sobre ellos.

—¿Le parece á V. que no tenemos otra cosa de más séria importancia en qué pensar?

—Señor de Posada, la categoría y circunstancias del duque lo hacen acreedor á que venga aquí y V. E. mismo lo examine.

—¡Yo! Para eso basta un agente de policía; y siento decirle, señor Calatrava, que veo en V. un fanático de esos muchos que pululan por ahí. ¡Cuidado si los hombres de este país son exagerados!

—Yo me precio de serlo; tengo por dicha mi fanatismo, toda vez que se contrae á pedir actos de justicia.

—¡Qué sabe V. lo que dice, y quién le ha facultado para apreciar lo que no entiende!

—El sentido comun me grita que es un atropello indigno lo que se está haciendo con el noble é infortunado duque de Noal.

—Atropello indigno; esas son las frases sacramentales de las oposiciones. ¿Es V. *fusilero* ó *demócrata*?

—Ni lo uno ni lo otro.

—Pero acabará V. por serlo; la tendencia está marcada.

—Si el poder me rechaza, caeré donde Dios quiera.

—El poder le dice que su pretension es ridícula, y le aconseja la condene al olvido.

—¿Es esa su postrer resolucion?

—Esa es.

—Entónces me resta añadir que en obsequio á su ayudante, el cual no me conoce, y sin perjuicio de esto se interesó por mí como ha visto, he dado á V. tratamiento y le he rogado: primera vez que el vizconde de Régulo durante su vida cometió esos disparates. Lo que V. no me da, yo me lo tomo. Beso á V. su mano.

—¡Oiga V!

Era tarde. Florian habia desaparecido por el mismo sitio donde se fué Iglesia. El marqués exclamó para sí:

—¡Se ha escapado de la prision! ¡Le habrán dejado marchar aquellos traidores! Qué me importa; esos europeos nada suponen en la isla.

Y salió, sin volver á ocuparse de lo que le habia ocurrido con Florian: ni la más leve indicacion hizo al primo de Iglesia, que entró con él en el carruaje, prosiguiendo abstraido con las ideas que sacó del consejo.

CAPITULO XIV.

Indiferencia de Florian.—Un baile de máscaras.—El canto de un ruiseñor.—Huida.

Salió Calatrava del saloncito, dejando al marqués admirado por su actitud arrogante y desdeñosa. Su postrer mirada al consejero llevaba sólo desprecio y coraje. Luégo oprimió los puños con ira, y anduvo aceleradamente hasta hallar á Constantino, al cual dijo:

—Vámonos.

—Eso prueba que ha salido mi jefe,—exclamó el ayudante, desapareciendo.

—Mal te ha recibido, Florian,—contestó Iglesia, cogiéndose á su brazo.

Régulo hizo un esfuerzo sobre sí, y dominándose hasta quedar en su estado normal, añadió:

—Peor para él, que sufrirá las consecuencias de su insigne torpeza.

—¿Qué te dijo, amigo mio?

—Que mi pretension era ridícula; por primera vez de mi vida dí tratamiento á un hombre, le rogué, suplicándole de un

modo vergonzoso. Todo fué inútil. Entónces le dije quién era, y con mi actitud y mirada le dí á comprender lo que podia esperar de mí.

—Me lo figuré; la ocasion no era oportuna.

—Para ese hombre no hay ocasion posible; pero existen otras cosas.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo verás, Iglesia; el ruin consejero y todos los fusionistas que á su lado medran ¡ira de Dios! han de escuchar mi nombre con horror muy en breve.

—Florian, me espanta tu actitud, tu semblante, tu mirada vaga y sombría. Por Dios, amigo mio, sé prudente y no expongas una vida que tanto vale.

—Tú no eres cobarde, Constantino.

—A nosotros nos está prohibido serlo de real órden.

—Tienes talento.

—Gracias.

—Tu educacion es buena; estudiaste mucho; comprendes con facilidad...

—¿A qué viene todo eso, vizconde?

—Constantino, ¿ignoras de lo que soy capaz?

—No, y por eso me hace temblar tu actitud.

—Me trajo el destino á esta isla por un camino de agua que aumentó mis lágrimas; por mares rugientes que formaban coro con los ayes que exhaló mi corazon; tanta era mi amargura, tan grande mi dolor, tan terrible mi angustia, que maldije cien y cien veces las olas, los huracanes y los escollos. Cobardes, les decia, ¿por qué permitís á las débiles tablas de mi bajel que surquen el agua y atraviesen por medio de vosotros, burlándose del peligro con que le amenazais? Un eco entónces sordo y lejano, producido por el aire, el agua y la tormenta, me contestaba: vive, infeliz. Cien veces quise arrojarme al abismo, y el eco fatal me detenia, añadiendo: suicida, tu crímen es imperdonable. Por fin dejé de pedir auxilio á la mortífera guadaña, mostrando riente faz al destino, que tanto

se cebaba en mí; acabaron mis lágrimas; la huella del tormento y la amargura desaparecieron de mi semblante; pero todo aquel conjunto de dolor, angustia y pena se concentraron en mi alma con la ira, el despecho y el hastío; aquí los llevo amortiguados, perennes, fijos. ¡Ay del hombre, Constantino, ay del mísero mortal que me recuerde lo que amarga la existencia, lo que cuesta vivir!

—Serénate, amigo mio; tu padre está en Cádiz perfectamente tratado, y su libertad es cuestion de dias. Poco te importa á tí, hombre de tanto genio, que te alcen ó no el secuestro; quien gana mil duros con unos cuantos versos, puede muy bien hacerse millonario escribiendo libros. Tu nombre irá poco á poco popularizándose, y cuando todos te conozcan, no habrá uno solo que deje de admirar al vizconde de Régulo. En esta isla, Florian, hay muchos perversos, muchos; pero la mayoría de sus habitantes son hombres de bien, y su entusiasmo por lo grande y elevado raya en fanatismo.

—Claro es; por eso, conociendo los hechos de mi padre, permiten que continúe preso y á merced de la caridad de un soldado; porque ya empiezan á aplaudirme toleran que yo prosiga de incógnito y expuesto al furor de cualquier autoridad. Sin culpa ni delito me prendieron; sin causa ni áun pretexto me robaron; yo los trataré, no como quien soy, sino como son ellos.

—Puesto que es inútil, mi querido Calatrava, aconsejarte una calma y prudencia que tú rechazas con indignacion, obra como quieras, contando para todo conmigo; si unos te prendieron y otros te robaron, este pobre teniente, que te admira, ofrece á Régulo cuanto tiene, inclusa su existencia. No son vana quimera mis promesas; me manda mi padre que lo haga así, y me lo imponen á la vez el torrente de cariño y simpatía que supiste inspirar á mi corazon.

—Gracias, noble amigo mio; poco podrás hacer por mí, pero me ayudarás en ese poco de que dispones.

—¿Mi vida es poco?

—Constantino, como militar has jurado y no puedes quebrantar; pero como yo nada ofrecí, á nada me he comprometido, y me es indiferente cuanto hay en Nueva-España; yo lo haré todo, está seguro.

—O perecerás en la demanda.

—Me es igual.

—¡Lástima de existencia si llega á segarla la terrible mano del destino! ¡Cuánta gloria, cuánto aplauso puede alcanzar esa frente de héroe! ¡Imposible parece que su luz se apague, y el hermoso fanal que la encerró se convierta en polvo vil, que servirá de alfombra á míseros gusanos!

—Antes dará mucho que contar, bastante que decir esa frente, Iglesia, te lo juro solemnemente.

—¿Qué vas á hacer, Régulo?

—Ni yo mismo lo sé todavía.

—No te apresures.

—No; obraré con toda la sangre fria de que soy capaz. Dime, Constantino, ¿me equivoqué ó es cierto lo que estaban diciendo vários oficiales en el antesalon donde se reunia el consejo? ¿Da mañana un baile de máscaras el marqués de la Posada?

—Cierto; en celebridad de sus cumpleaños.

—¿Te han convidado?

—No; pero estoy seguro que mi primo me manda papeleta.

—Quisiera asistir, pero sin comprometer á nádie.

—Lo lograrás con un billete en blanco, que tú podrás llenar á tu antojo.

—Era cuanto deseaba.

—¿Puedo saber?..

—Iglesia, no me preguntes, concretándote á obedecerme si tu ofrecimiento fué sincero.

—Sellaré mi labio, que sólo el interés por tí ha podido moverlo.

—Gracias.

—¿Vamos á comer?

—Me sobra apetito.

—Noto además que te has quedado tranquilo y sosegado.

—Mucho; llegó el instante en que divisé el camino, y ya ando por él, con la risa en mi faz y la alegría en el corazon.

Los dos entraron en casa del teniente, y comieron. Cuando acabaron, preguntó Constantino:

—¿Qué hacemos ahora?

—Tú lo que quieras; yo me voy á trabajar.

—¿Otra nueva composicion?

—No. ¿Teneis buenos actores?

—Para el género cómico los hay regulares en el teatro del Infante.

—Pues bien; marcho á mi casa, dejándote los siguientes encargos: me compras un dominó y careta negros para el baile de mañana; te advierto que iré solo, y si piensas asistir, conviene que te quites el antifaz pronto, y te acompañes de amigos ó protegidos del consejero. La aficion extraña de dar bailes de máscaras en esta isla en celebridad de un aniversario viene á favorecer mi plan de un modo sorprendente.

—Me has prohibido que te pregunte...

—Y persisto en la idea. Entérate además de las costumbres del teatro de declamacion, para con los autores, en lo relativo á representaciones y venta de propiedad. Necesito tambien una barba postiza bien hecha y que se sujete á la oreja de modo que pueda quitarla y ponerla en todas partes y cuando se me antoje.

—¿Qué más?

—Eso sólo. Adios, Constantino. Me esperas aquí mañana á las doce. Entera á tu primo de lo ocurrido.

El teniente estrechó con cariño á su amigo, exclamando después que le vió partir:

—Cómo interesa ese hombre privilegiado; su voz atrae; sus modales encantan; su ira y enojo aterran; su tristeza y melancolía inspiran pena y dolor. ¡Oh, cuánto debe á la Providencia! Le conozco desde ayer, y ya le quiero más que á mis

restantes amigos y cuanto un sér puede estimar á otro que no es padre, hijo ni hermano.

Régulo se encaminaba en tanto á su casa, entregado á profunda meditacion. Entró en su morada, diciendo con imperio á la patrona:

—Luz al momento en mi sala.

—¡Jesús, qué enfadado viene V., señorito!

—Encienda V. las dos velas. Ahora me trae cuatro cuadernillos de papel.

—¿Tanto va V. á escribir?

—Sí.

—¿Quiere V. tomar algo?

—No.

—¿Qué más desea?

—Que me deje solo y no vuelva á hablarme esta noche. Mañana á las seis el chocolate y el almuerzo á las once, como hoy. Salga V.

Doña Paca le obedeció, temiendo las consecuencias de insistir con preguntas cuando su huésped se hallaba muy disgustado al parecer.

Solo ya el vizconde, meditó diez minutos, concluyendo por coger la pluma y escribir una corta composicion, que corrigió mucho, aprendió luégo de memoria, acabando por guardársela en el bolsillo de su levita. Luégo comenzó á trazar el plan de una comedia de costumbres, empleando en este trabajo desde las ocho hasta las doce de la noche. Al terminar, exclamó:

—Perfectamente. Aristóteles dice con sobrada razon, que esta clase de composiciones deben tener una sola accion, guardándose cuidadosamente la union de aquella y las de tiempo y lugar. Creo que con este asunto y plan podré imitar en lo posible á nuestro eminente Moratin. Basta por hoy; mañana principiaré á versificarla, corrigiendo á la vez las escenas y situaciones que dejo trazadas. ¿Tendré tiempo para concluirla? Lo ignoro, porque desde mañana por la noche voy á ser contra el partido fusionista, y muy particularmente frente á su

jefe el marqués de la Posada, lo que mi padre para los filibusteros de América.

Apagó una luz, dejando la otra sobre la mesa de noche que le habian puesto á la cabecera de la cama. Más tarde se desnudó, sacando la ropa á la salita para que se la limpiasen temprano. Luégo se acostó, exclamando:

—Me han cambiado las sábanas, tengo colchon de muelles, y aquel maldito catre de pino y lona se trocó en otro de bruñido acero; mucho he ganado, áun cuando todo ello era inútil contando con la cantidad de sueño que empieza á apoderarse de mí.

Y apagó la segunda y única luz que le quedaba, añadiendo:

—¡Padre mio, nuestro apellido, despreciado hoy por ese insensato consejero, empezará á elevarse desde mañana, tanto, que asustará á estos isleños! ¡Gran Dios, quitadme una vida que forma tan pesada carga para mí, ó no abandone vuestra misericordia la fuerza y valor de este infortunado!

Y siguió murmurando frases ininteligibles que vino á cortar un largo y tranquilo sueño.

A la misma hora que el dia anterior le despertó la patrona, diciéndole:

—Don Florian, las seis.

—¿Me han limpiado la ropa?

—Sí, señor; yo acabo de hacerlo para evitar que vuelva á molestarse el hombre que vino ayer.

—Gracias. Acérqueme V. la silla donde esté. Ahora el desayuno.

—¿Trabajó V. mucho anoche?

—Doña Paca, no me pregunte nada, si quiere que la estime.

—Tanto como yo le quiero...

—El desayuno sobre esa mesa.

—¡Jesús, qué poco comunicativo!

Calatrava se vistió, tomando acto contínuo el chocolate con los bizcochos, manteca y leche.

Luégo se puso á escribir, siendo interrumpido por la patrona, que penetró, diciendo:

—Quiere ver á V. Don Leandro el editor.

—No puedo recibirle, ni vuelva V. á entrar hasta las once.

Y tornó á trabajar sin hacer caso de las reflexiones de Doña Paca.

A la hora indicada tiró la pluma, exclamando:

—No escribo más; dejo hechas cinco escenas, y áun cuando necesitan bastante correccion, creo que si continúo de este modo se podrá representar mi comedia con algun éxito.

La patrona le sirvió el almuerzo, que era tan bueno y abundante como el del dia anterior. A la vez le dijo:

—Mandé venir á D. Leandro á las once en punto, y acaba de llegar.

—Que pase.

García entró, exclamando:

—Muy modesta es la casa para un caballero...

—D. Leandro, cuidado con la lengua, porque si está demás en su boca podrá sucederle una desgracia.

—Eso justamente me trae aquí; quisiera hablarle sin testigos.

—Salga V., Doña Paca. ¿Qué ocurre?

—Han estado en mi casa á preguntarme dónde habitaba V., señor vizconde.

—¿Quién?

—Un auxiliar del ministerio del Reino.

—¿Qué ha contestado?

—Que en Cádiz, preso.

—¿Se dió por satisfecho?

—No; volvió diciendo que se hallaba V. en Madrid, y que me invitaba de parte de su jefe á que diera las señas de su casa, ó temiera su enojo.

—¿Y bien?

—Repliqué que un amigo de V., el cual no conozco, me vendió dos composiciones suyas, y que nada más sabía, si bien

quedaba en el encargo de averiguarlas en cuanto volviera á ver al sujeto que acabo de citar.

—¿Se conformó?

—No, señor; me ha dado veinticuatro horas, amenazándome...

—¿Cuándo espiran?

—Esta noche.

—¿Qué piensa V. hacer?

—Lo que V. me ordene; ya sabe lo que yo le estimo y considero.

—Gracias; le dice V. que me ha visto hoy, que habló conmigo, y que habito en esta casa para lo que guste mandar.

—¿No se expone?..

—Eso no es cuenta de V.

—¡Hola! Tercera composicion veo allí. ¿Me deja V. leerla?

—No.

—¿Será para mí?

—Lo ignoro. Cuando esté concluida hablaremos.

—D. Florian, no sea V. ingrato, y agradezca al ménos el cariño que yo le tengo.

—Gracias; á V. le basta con los *sicomoros* de Zorraita y *el abrasado polo* del otro.

—Gusta eso al público, pero no hacen el efecto de las composiciones de V.

—Siéntese un momento, y le daré un encargo en acabando de almorzar.

—¡Qué habitacion tan pobre! Estas sillas son de columpio.

—¿No las ha tenido V. peores?

—Diré á V.: hallá en mi juventud, y algo después, no disponia de ninguna, que es la peor clase de todas.

—Entónces, ¿por qué le extraña el que sean malas las mias?

—Unicamente porque se sirve V. de ellas. Supongo que estará acostumbrado á otra cosa.

—Desde que tuve uso de razon hasta que vine á esta isla,

lo mismo en América que en Europa, sólo habité palacios espléndidos y lujosos; pero cambiaron las circunstancias, y me hallo bien con este mueblaje.

—¡Qué apetito tiene V., D. Florian!

—Me prueba bien el país, y cómo con más gusto los platos que me sirve mi patrona que los veinte con que cubria la mesa la servidumbre de mi padre. Acabé. ¿Doña Paca?

—¿Señor?

—Agua para la boca.

—Le tenía preparados estos palillos y enjuagatorio con agua higiénica.

—Gracias; retire V. el servicio, y vuelva á dejarnos solos.

Cuando se hubo marchado la patrona, sacó el vizconde la composicion que se guardó por la noche, cortando de ella una cuarteta que tenía separada de várias estrofas.

—Deseo,—dijo alargándosela á D. Leandro,—que me imprima V. esto al momento en un pliego de papel que no exceda de veinte pulgadas y con letra grande.

—¿En forma de cartel?

—Exactamente. Luégo engoma V. el anverso como se hace con los sellos de franqueo, que yo mandaré por él.

—¿Para qué quiere V. esto? No comprendo...

—Ni hace falta. ¿Cuánto me va á llevar?

—Poco; veinte reales.

—Ahí van cuarenta.

—Sobra la mitad.

—No; yo cobro siempre como V. sabe, y pago como ve.

—¿Me podrá V. decir?..

—Nada absolutamente.

—¿Pongo pié de imprenta?

—Sólo esos cuatro versos, ni más ni ménos.

—Veo que va V. á salir, y me retiro.

—Adios, D. Leandro. Entrega V. el impreso al que se lo reclame en mi nombre, procurando que no lo lea ningun curioso.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé; pero iré á verle.

Marchó el librero, y Florian acabó de vestirse, poniéndose en esta ocasion sobre el levita su gaban de entretiempo. Después llamó á Doña Paca, preguntándole:

—¿Es cierto que me estima V?

—Mucho,—le contestó la hospedera;—más de lo que V. cree.

—En ese caso me voy á atrever á pedirle un favor.

—Hable V., que anhelo complacerle.

—Fíjese V. bien en lo que voy á decirle, y sepamos si se encuentra con fuerzas para obedecerme segun yo deseo: esta noche vendrán probablemente á prenderme, y...

—¿Por qué? ¿quién se lo ha dicho á V?

—Si pretende saber más de lo que debo decirle, me callo.

—¡Terrible noticia acaba V. de darme! ¿Qué ha hecho para merecer ese acto de?..

—Nada, ni me vuelva á preguntar más. ¡Qué pesadez!

—Es que me causó muy mal efecto. Hable V., por Dios.

—Decia que esta noche vendrán á prenderme, y deseo que V. se concrete á decir á los agentes de la autoridad que vivo en su casa, pero que ignora V. cuándo volveré, y que no tengo ropa ni mueble alguno; añadiendo, que soy una persona rara, y tan excéntrica, que todo es extraño y anómalo en mí. Ahora pone V. mi cuenta, y más tarde entrega á ese que viene á limpiar mi traje, el baulito y las prendas interiores que le dí para que las lavasen y plancharan.

—¿Pero se va V. de mi casa, D. Florian?

—Prefiero eso á que esta noche me encierren en un calabozo.

—¡Jesús, qué desgracia!

—Todavía no ocurrió ninguna; para que no llegue ese caso me marcho.

—¿De Madrid?

—No lo sé.

—¿Volveré á verle?

—Acaso; pero ignoro cuándo ni cómo. ¿Qué le debo?

—Lo que V. quiera darme.

—Media onza. ¿Es poco?

—La mitad sobra.

—Guárdesela V., y que Dios le haga muy dichosa.

Florian cogió todos los papeles que tenía sobre la mesa, y salió de aquella casa algo enternecido por las lágrimas que el egoismo llevaba á los ojos de su patrona en estos instantes.

Ya en la calle hizo que lo afeitasen y arreglaran el pelo, entrando algo más tarde en casa de Iglesia. Su amigo le esperaba muy alegre y satisfecho.

—Te guardo, amigo mio,—le dijo alargándole la mano,—unos papeles que han de agradarte mucho.

—Yo te traigo una noticia que ha de entristecerte algo, mi querido Constantino; pero empecemos por tí. ¿Qué es eso?

—Carta de mi padre, incluyendo tres para tí: una suya, otra del duque de Noal y la última de D. Arturo Mendo.

—Me son efectivamente muy satisfactorias, y si el contenido corresponde, llenarán el colmo de mis aspiraciones. Pero, oye: miéntras yo las leo, búscame una casa de confianza, donde pueda vivir sin temor á que me denuncien, en tanto que tu asistente va por el baul y restantes objetos que he dejado en mi antigua vivienda.

—¿Qué acontece, Florian?

—Segun noticias fidedignas que acabo de recibir, el consejero del Reino desea saber las señas de mi habitacion, y, como comprenderás, no se puede proponer otra cosa que encerrarme en un calabozo ó mandarme á Cádiz; y no agradándome lo uno ni lo otro, necesito frustrar sus intenciones.

—Me lo temia, y no me equivoqué. El marqués tiene un carácter irascible, es altanero, soberbio, vengativo, é incapaz de olvidar ninguna de las ofensas que se le hacen.

—Me alegro mucho que sea así; lo trataré con la misma dureza que quiere emplear en mí, y le he de obligar á que

bote sobre su ancha y mullida poltrona. ¡Oh, ántes de doce horas ha de estremecerle mi nombre!

—¿Puedo preguntarte ya?

—No; te diré yo que lo he de presentar ante el público como objeto de befa y escarnio.

—Si eso hicieras, equivaldria á atravesar su corazon.

—Tú me enterarás de si lo he logrado ó no. ¿Tengo billete para el baile de esta noche?

—Sobre aquella mesa está el mio, y uno en blanco, que puedes llenar á tu antojo. Al lado hallarás la correspondencia de Cádiz.

—Tomo posesion de tu mesa de despacho ínterin regresas.

—¿Qué haces?

—Nada; extender el billete á mi nombre.

—¿Qué te propones?

—Que me conozca el poderoso señor que por tu conducto me invita á que celebre su cumpleaños. ¿Compraste la careta, dominó y barba?

—Sí.

—Pues parte cuando quieras. No pases de un duro diario en el ajuste de mi hospedaje.

—Te quedas solo.

—No importa. Adios.

Marchó el teniente, y Calatrava abrió la carta de su padre, leyendo con avidez lo siguiente:

«Hijo mio: Tu silencio me tenía con cuidado; pero tu escrito »hizo latir de júbilo mi corazon, y los versos que leí después »adormecieron mi alma con sueño mágico, delicioso, encanta»dor. Florian, abandona tus ideas sobre política, dedicándote »á la poesía, con la cual podrás ganar mucho dinero y yo un »entretenimiento que me hará agradable la vida.

»¡Qué imágenes tan sublimes, qué pensamientos tan eleva»dos! La he leido diez veces, y en verdad que cuantos elogios »la prodigue serán pocos para hacerte justicia.

»Mi cárcel está reducida á la extension que ocupa Cádiz;

»cómo á la mesa con el general, y me visitan las principales fa-»milias de esta poblacion. Ya he recibido hoy más de treinta »personas que vienen á felicitarme por tus magníficos versos. »Mucho gocé leyendo la composicion, pero bastante más al oir »en boca de estos señores que, léjos de equivocarme en mi »juicio, era exacto é imparcial.»

Seguia el duque dando consejos á Florian, terminando con recomendarle paciencia, y que no intentase nada que pusiera en peligro su persona.

—Lo siento, padre mio,—exclamó el vizconde, besando la firma de Bricio;—ya es tarde para retroceder. ¡Desde esta noche en adelante empezaré á darte disgustos; pero á la postre, oh, á la postre, si yo no he muerto, serás aquí tan grande y poderoso como en Europa!

Después leyó las cartas del capitan Iglesia, padre del teniente, y de Arturo, en las cuales le daban la enhorabuena por su composicion, y le invitaban á que siguiera escribiendo en aquella forma.

Régulo contestó á los tres sin decirles nada de sus planes futuros, ni hablarles de otra cosa que del cariño é interés que le inspiraban. Cuando concluia, llegó su amigo Constantino, diciéndole:

—Ya tienes casa.

—¿Regular?

—No; muy buena.

—¿De huéspedes?

—Eso sería muy expuesto.

—Explícate, Iglesia.

—A espaldas de este edificio hay una calle estrecha, que lleva el nombre de un célebre poeta español, y en ella habita el alférez de mi compañía, que me quiere y respeta lo suficiente para que él, su madre y asistente te cuiden y defiendan cuanto yo deseo y tú mereces. Como no es hospedería y sí familia acomodada, nada te llevan; pero tú puedes obsequiarlos cómo y cuando te parezca.

—Me agrada. ¿Qué te han costado el dominó, careta y barba?

—Nada.

—En ese caso guárdalos, que yo compraré otros.

—¿Te vas?

—Sí.

—Espera, Florian. Once duros.

—Tómalos. ¿Y mi baul?

—Con alguna ropa blanca, candeleros de metal y bujías de esperma, va andando á tu nueva casa.

—Manda á tu asistente que vaya á las cuatro á casa de mi editor, y le pida de parte de D. Florian el impreso que le tenía encargado.

Así lo hizo Iglesia, continuando los dos amigos en grata conversacion el resto de la tarde. Comieron después, preguntando Calatrava al terminar:

—¿A qué hora empieza el baile?

—A las nueve.

—¿Vas tú?

—Aun cuando no soy aficionado, asistiré esta noche.

—¿Qué hora es?

—Las siete.

—Preséntame á tu alférez y su mamá, y luégo vendremos á vestirnos para marchar á casa del marqués. ¿Saben los dueños de la casa quién soy?

—Sí; pero delante de los criados jamás te nombrarán.

Y salieron, tomando posesion Régulo de un gabinete con alcoba amueblados con decencia, y en los que no faltaba nada relativo á comodidades y aseo. Los dueños de la casa estuvieron más afectuosos aún de lo que Calatrava creia, concluyendo por ofrecerle tanta seguridad y cariño como pudiera hallar al lado de sus padres.

A las ocho y cuarto marcharon los dos amigos, y minutos después comenzaban á vestirse para el baile.

El vizconde colocó su barba postiza, la que halló muy bien

hecha, de un color igual al de sus bigotes y perfectamente ajustada á la parte del rostro que cubria. Luégo se puso el dominó, que era de seda, los guantes negros y el sombrero, reservando la careta para última hora.

A las nueve en punto salieron ámbos con idéntico traje, llevando puesto el antifaz.

Sin hablar nada, se dirigieron pausadamente á casa del marqués, que vivia en la plaza de la Reina. Al llegar allí, dijo Florian á Iglesia:

—Entra tú, que yo lo haré luégo.

—¿Te quedas aquí solo?

—Sí.

—¿Qué te propones?

—Tomar ántes el fresco agradable de la noche.

—¿Y yo, qué hago?

—Bailas, si quieres y sabes, paseas y te enteras bien de todo cuanto ocurra, porque yo me retiraré temprano, y acaso tenga curiosidad por saber los detalles de esa magnífica funcion.

—Florian, no soy cobarde.

—Ya lo sé.

—Te quiero como á hermano.

—Me pagas y nada más.

—Me importa poco la posicion de un teniente.

—Lo creo; tu talento merece otra cosa.

—Por todo lo cual te pregunto de nuevo, ¿qué hago en ese baile?

—Oir, ver y hablar con y cuanto quieras; si bien te prohibo que intentes nada que tenga relacion conmigo.

—Siento...

—Nada temas; me basto yo solo.

—Entónces, adios.

—Adios, hermano; diviértete mucho, que yo pienso gozar por primera vez desde el dia funesto que el destino llenó de luto mi alma y de acíbar el corazon.

El teniente entró en casa del marqués. Calatrava se dirigió á una fila de coches que habia á su izquierda, y notando que eran de alquiler, se aproximó á aquel que tenía mejor caballo, diciendo al tronquista:

—Toma esos dos duros; vete á aquella esquina de enfrente, y espera.

—Está bien, señorito.

Y le obedeció, en tanto que Régulo, acercándose á un reverbero, leia los versos que hizo la noche anterior. Luégo los dijo de memoria, y hallando que los tenía perfectamente aprendidos, se los guardó, penetrando en la morada del consejero.

Era aquella un semipalacio, que daba el frente á la plaza y un costado á la calle del Reloj, á cuya esquina se paró el coche de alquiler que esperaba al vizconde. La fachada de tan extenso edificio sólo era regular, pero el interior sobrepujaba en lujo y magnificencia á la mayor parte de los de Madrid. Tenía grandes salones, columnas de mármol, artesonado cási régio, sus paredes se veian tapizadas con telas preciosas, y los muebles y adornos nada dejaban que desear de cuanto exigian el buen gusto y la moda.

El marqués era viudo; pero vivia con una hermana soltera, entrada ya en años, y un hijo que acababa de cumplir los veintiocho, espadachin, calavera, lleno de vicios, sin ninguna virtud, y de tan pésimo carácter como su padre y tia.

Régulo subió la ancha escalera, y por entre dos filas de sirvientes cubiertos con la librea de la casa llegó al piso principal, donde un criado de más categoría le dijo:

—Caballero, ruego á V. me entregue el billete ó se descubra.

Florian dió el primero doblado; aquél lo abrió, y sin dignarse leerlo, lo arrojó sobre una bandeja que tenía á la derecha.

—Bien,—exclamó Calatrava sonriendo.—Ahora estudiemos el terreno.

Y entró en los salones, que ya empezaban á llenarse de gente disfrazada y sin disfrazar. Poco después se confundió con

los convidados, sin conocer ni ser conocido, al parecer, de nádie.

Los bailes de máscaras de Nueva-España eran con corta diferencia idénticos á los de Europa. Multitud de personas disfrazadas acometian á los que no usaban careta con bromas hábiles unas y torpes otras, formando el conjunto una baraunda infernal. Tambien servían estos bailes de punto de reunion para enamorados, y de otras muchas cosas, pues sabido es que con el antifaz se dice lo que no es posible sin él. Nuestro Florian observó esto mismo, exclamando para sí:

—Yo no he venido aquí á bailar ni en busca de diversion: era preciso para que entrase en estos salones que una causa grande y poderosa me obligara á hacerlo, y en verdad que la que me trae no puede ser mayor. Me negaron un acto de justicia, despreciaron mi nombre, tratándome como al más infortunado pretendiente; y esto lo verifican después de confiscarme cuanto tenía y de sujetarnos á mi padre y á mí con cadenas de hierro. Concluyamos, que me ahoga esta atmósfera y me violenta cuanto veo en torno.

Y fué á salir del salon principal, con intencion de trasladarse á las habitaciones interiores; pero al llegar á la puerta le detuvo una mujer, perfectamente disfrazada de maga, diciéndole con voz fingida:

—Buena noche, Florian.

El vizconde retrocedió dos pasos sorprendido; luégo se fijó en la máscara que acababa de pronunciar su nombre, sin que le fuera dable saber si era delgada ó gruesa, fea ó bonita, jóven ó vieja, efecto de lo admirable de su disfraz.

—No te sorprendas, amigo mio,—exclamó aquella;—las hechiceras adivinamos.

Excitada la curiosidad de Régulo cuanto cabe en lo posible, se acercó á la incógnita, preguntándola:

—¿Qué te propones, máscara?

—Llenar la mision que me ha traido aquí.

—¿Consiste en equivocar nombres?..

—No sigas; á fuer de maga te veo sin careta, barba ni

disfraz, y me consta que eres un vizconde desgraciado que anda á caza de fortuna.

—¿Me habrá vendido mi amigo Iglesia?—exclamó Régulo para sí.—No; es imposible. ¿Quién será entónces esta mujer? ¡Vana pregunta; si á nádie conozco; oh, sea la que quiera no he de desistir de mi plan; pero ántes conviene averiguar!

Y alzando la voz, añadió fuerte:

—Maga hechicera,—¿me respondes á unas cuantas preguntas?

—Sí; leo cuanto pasa en tu corazon; adiviné la causa que te obligó á bajar la frente hace un instante, y no queriéndote mal, me dispongo á contestarte bien.

—Sepamos si es cierto. ¿Eres jóven?

—Sí.

—¿Bella?

—Algunos dicen eso. ¿Te gustan las mujeres hermosas?

—Hubo un tiempo en que las juzgué lo más grande y sublime de la creacion. Hoy suspiro al verlas, é inclino mi cabeza ante ellas con dolor y sentimiento. ¿Eres rica ó pobre?

—Aquí no viene ninguna de las últimas.

—Yo lo soy, y he penetrado.

—Con billete que no estaba extendido á tu nombre.

—Me admira tu sabiduría.

—Como que soy maga.

—¿Piensas bailar?

—Si tú me acompañas, sí.

—¿No tienes á ningun otro?

—Hay muchos, pero te prefiero á todos.

—Lo siento; no gusto de esa diversion.

—Por esa causa te elegí á tí.

—Máscara, daria cuanto tengo por saber quién eres.

—¿Inclusa la comedia que has empezado á escribir?

—¡Oh, todo lo sabes! ¿Me has visto alguna vez en otro sitio?

—Sí, várias.

—¿En dónde?

—En Madrid.

—¿Qué te has propuesto espiándome?

—Las hechiceras adivinan.

—Si continúas la broma te vuelvo la espalda, que yo no entré aquí en busca de diversion.

—Ya lo sé; mas estoy segura que no tendrás valor para realizar la idea que te propones.

—¡Tambien adivinaste lo que á nádie conté!

—Todo.

—¡Maldicion! Empiezo á creer que hay brujas en Nueva-España.

—Quién lo duda. ¿Persistes en tu idea?

—Maga, tu adivinacion no pasa del cerebro de los hombres; desconoces por lo tanto mi valor y firmeza en las resoluciones.

—¿Y las consecuencias del atentado?

—Esas vendrán después.

—¿No las temes?

—No.

—¿A pesar de existir quien las adivina?

—A pesar de todo.

—¿Tardarás mucho?

—¿No lo sabes tú?

—Ibas dando principio á tu reconocimiento; pero ignoro el instante en que intentas realizarlo.

—Inmediatamente.

—¿Por qué te detienes?

—Porque una hechicera me enclavó en este sitio.

—¿Qué otra cosa me ofreces, además de la comedia, porque me descubra?

—Pídemelo tú.

—Deseo bailar contigo; pasear apoyada en tu brazo; que me enamores y que no mientas.

—Eso es imposible.

—¿Me juzgas vieja ó fea?

—Al contrario; pero la más hermosa de la tierra no lograria una sola cosa de las tres que me has pedido.

—¿Por qué?

—Porque se opone mi corazon.

—¿Y si en vez de una hechicera fuese aquella mujer que te dió hospitalidad en su espléndida morada?

—No me la recuerdes, te lo ruego.

—¿La temes?

—Más que á la muerte, que al destino injusto.

—¿Más que á mí, que puedo denunciarte?..

—No sigas: mucho más.

—Pues ella no ha vuelto á acordarse de tí.

—Hace bien; yo á mi vez procuro olvidarla, separar su imágen de mi mente, borrar su nombre de mi memoria.

—¿Lo consigues?

—Hablemos de otra cosa, maga.

—De lo que tú quieras.

—¿Vas á entorpecer la idea que me he propuesto realizar esta noche?

—No; me es indiferente el daño que resulte de tu temeridad.

—¿Y yo te soy lo mismo?

—Hablemos de otra cosa, vizconde.

—De lo que tú quieras, maga.

—¿Sigues negándome tu brazo?

—Sí, que no vine á eso.

—¿Una excepcion?..

—Se opone el deseo, la voluntad y el corazon.

—Gracias; si me vengo no te extrañe.

—Al contrario; sé que estoy en un alcázar donde se encierra la soberbia, el orgullo y la vanidad.

—¿Insistes á pesar de mi amenaza?

—Sí.

—Adios, sublime vate, incomparable Régulo.

—¿Cuándo me vas á descubrir?

—Al terminar: las brujas gozamos con las luchas que promueven los hombres entre sí.

—¿Hasta cuándo?

—¡Quién sabe! La hechicera tiene tambien su destino, y sucumbe ante él. Corre, osado vizconde; las furias infernales apoyarán tu brio, y cuando caigas al abismo, yo reiré como ahora: já, já, já.

Y desapareció. Florian quiso seguirla; pero un grupo de máscaras se interpuso entre él y la hechicera, impidiéndole que pasara.

—¿Quién será?—exclamó.—¡Oh, me hace dudar! En el segundo tercio del siglo XIX empiezo á creer que hay brujas. ¡Maldita mujer, y en qué conflicto me puso! ¿Qué se propondria? Lo ignoro. ¿Temerá el buen Iglesia por mí, y será esto el aborto de una intriga suya? ¡Pero si yo no he dicho á nádie que estaba escribiendo una comedia! La llevo encima, y... ¡Me vuelvo loco! Basta de inútiles reflexiones. Adelante con mi plan, que una bruja, maga ó hechicera no es suficiente á hacerme desistir.

Y continuó su reconocimiento por las habitaciones interiores, sin hallar, al parecer, lo que buscaba.

De pronto se sentó, exclamando:

—Nada; no encuentro lo principal. Imposible parece que en este semipalacio no haya un piano. Me han dejado solo; veo á la derecha una puerta cerrada, y acaso por aquí... Entremos. ¡Oh, mal oficio! por primera vez vacilo. Adelante.

Florian abrió la citada puerta cerrándola tras sí, y continuó andando.

—Tampoco; es un despacho, pero comunica con un gabinete... ¡Piano! es lo que yo deseaba. ¿Qué ruido es ese? Ah, sí; esta otra puerta da al salon principal. Magnífico. Reconozcamos el terreno; estoy en un gabinete de estudio; aquel es un despachito, y juzgo que ámbas habitaciones estarán al servicio del hijo del consejero; las dos tienen balcon; abriré el primero. Esto es. Una calle estrecha y solitaria. Muy bien; á la

esquina me aguarda mi carruaje de alquiler. Logré todo lo indispensable.

Y entornó el balcon. Seguidamente examinó las dos puertas que interceptaban el paso á las demás estancias, corriendo los pasadores por la parte interior.

—Ya estoy encerrado,—dijo,—y áun cuando sólo hay la opaca luz de esa lámpara, me basta y sobra para realizar mi plan. Parece como que estoy fatigado. Pues me siento, obligando á la vez á mi corazon á que deje de latir. ¡Qué bullicio y algazara llegan hasta aquí! ¡Cuántas intrigas se estarán fraguando en esos salones! ¡Cómo te agitas, mísera humanidad, por un poco de oro, un adorno para el ojal del levita ó por aquello que pueda halagar tu necia vanidad! Verás qué pronto y cómo por obra sólo del vizconde de Régulo das tregua á ese contínuo movimiento, apagas el fuego de las pasiones y adquieres calma y sosiego. Para tí la tranquilidad de los salones, para mí la de los cementerios. Desde aquel dia fatal... ¡Otra vez la melancolía, el hastío y la pena! Basta, y demos principio.

De pronto se puso en pié, abrió el piano, comenzando á mover las teclas.

—Es bueno,—añadió,—sonoro, está afinado y en disposicion de dejarse oir á gran distancia. Sepamos si me he equivocado.

Calatrava tocó una sinfonía compuesta por él, desconocida en la isla y de gran efecto. Cesó á la mitad, notando que continuaba el murmullo de los salones, si bien no era tan fuerte como ántes. Tocó de nuevo, y poco á poco fueron apagándose las voces y ruido que hacían las máscaras. Al terminar la sinfonía era cási completo el silencio. Florian sonrió, exclamando:

—Llegó el instante.

Y sacando el cartel que le habia impreso el editor, lo pegó en un espejo que daba frente al salon principal. Sin detenerse un instante y usando de gran viveza, comenzó á tocar de nuevo, entonando después un *ária* de tenor de la ópera *Luisa Miller*. Su voz clara, dulce y bellísima impuso completo silen-

cio. Al oirse hasta en los salones más distantes, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, corrieron al principal, quedando pendientes de aquel delicioso acento.

El marqués sonrió, creyendo que aquella *ária* tan admirablemente cantada en el gabinete de estudio de su hijo, era un obsequio con que éste le sorprendia en el cuarenta y nueve aniversario de su natalicio; sus parientes y convidados juzgaron que era un acontecimiento agradable con el que se propuso deleitarlos el poderoso dueño de aquella casa, y unos y otros dejaron de comentar para oir mejor la voz de Florian.

Nuestro inimitable poeta y músico cantó en italiano dos estrofas; pero de pronto volvió á empezar el *ária*, cantándola en español; era esta letra la misma de la composicion que escribió en su casa la noche ántes. A la mitad de ella comenzó un rumor que fué creciendo por momentos; pero el acento de nuestro jóven se elevaba por encima de aquel ruido, y unos con gusto y otros á su pesar, todos oyeron cuanto Régulo se propuso.

Fué tal el recogimiento y atencion con que empezaron á escucharle, que, no obstante el entusiasmo creciente del inmenso auditorio, ninguno osó batir palmas ni demostrar su admiracion con otra cosa que signos y movimientos de cabeza, por temor de interrumpir al afortunado cantante. Al llegar éste á la última estrofa gritó el marqués:

—Es una intriga inícua. ¡Prender á ese miserable!

—¡Muera el maldito cantor!

Gritó su hijo, y en union de vários criados y de todos los protegidos de su padre, se lanzó sobre la puerta interior de su despacho, para entrar en el gabinete de estudio. En el camino se armó de un rewolver que llevaba en la diestra dispuesto á descargarlo.

Régulo, no obstante, acabó su magnífica estrofa, sin bajar la voz ni temer la consecuencia de los dicterios que escuchaba.

Su composicion tenía cinco estrofas; en la primera se quejaba amargamente del recibimiento hecho al duque de Noal por

los isleños; en la segunda presentaba la prision y encadenados á Bricio y restantes que le acompañaban; en la tercera describía su entrevista con el consejero; en la cuarta deploraba la suerte de un país entregado á hombres descorazonados y ambiciosos, y en la quinta aconsejaba á los convidados que salieran de allí los que fuesen amantes de la justicia, de la rectitud y de la dicha y prosperidad de Nueva-España. Eran los mejores versos que habia hecho, y nunca cantó tan admirablemente como en estos instantes. Su clara y hermosa voz se hizo oir lo mismo durante el silencio religioso con que la escucharon, que cuando quisieron interrumpirle con desaforados gritos el marqués y su hijo. Fué verdad cuanto dijo, y muy cierto que proporcionó un rato delicioso á cási todos los que le escucharon; nádie osó aplaudirle fuerte, pero en silencio admiraron, más todavía que su mágico acento, la belleza de la composicion, el arte con que estaba escrita, los axiomas que encerraba, y la valentía con que fué cantada á cuatro pasos del poderoso consejero.

Florian oyó las voces y carreras sin aturdirse ni inquietarse; cerró el piano, se puso la careta, y seguidamente se salió al balcon, entornando los maderos y cristales por fuera.

—Si desaparezco,—dijo,—será la broma más pesada y el conflicto mayor; y claro es que para el primer gimnasta del viejo Madrid son muy pocas las diez varas que me separan de la calle.

Con habilidad y destreza sumas se descolgó por el balcon, y ganando la reja que tenía debajo, se halló en el suelo en ménos de treinta segundos.

—¡Bravo, señor marqués!—exclamó riendo y encaminándose adonde estaba su coche.—Mal rato me dió V. E. ayer tarde, pero el suyo ahora podrá costarle una congestion cerebral y la crítica y burla de cuantos tengan conocimiento de lo acontecido. Cochero, á escape: calle Mayor, 99.

Y rodó la berlina con rapidez pasmosa.

Entremos de nuevo en el palacio.

El hijo del marqués forzó la puerta de su despacho, ínterin el padre rompia el pasador de la del gabinete de estudio, que daba al salon principal. Cási á la vez penetraron en aquellas dos habitaciones el uno y el otro, seguidos de media docena de aduladores.

—¡Muere, infame!—gritó el hijo.

—¡Villano!—exclamó el padre.

—Salió por aquella puerta.

—No, por esa otra.

Y unos y otros quedaron frente á frente, mirándose, confundidos, perplejos y sin saber la causa de haber desaparecido el tenor como por encanto.

Miéntras reconocian aquellos hasta los muebles más pequeños y comentaban el hecho, entregándose á la ira y al enojo, los convidados todos, sin excepcion, leian con avidez la magnífica cuarteta impresa y fijada en la parte superior del espejo que daba frente al gran salon. En ella resumió el vizconde lo que habia expresado en las cinco estrofas, poniendo al dueño de la casa en un estado lastimoso.

De pronto reparó el hijo en los cuatro versos que ya todos leyeron, ménos él y su padre, y aumentado su despecho, en vez de arrancarlos, rompió á puñetazos el cristal en que estaban pegados.

Apénas concluia cuando se oyó una voz que gritaba:

—El autor de este terrible acontecimiento se llama Florian de Calatrava, vizconde de Régulo.

—¿A dónde está?

—¿Quién dice eso?

Preguntaron los dueños de la casa; pero nádie les contestó. El padre rogó dos veces á sus convidados que le indicasen quién era el que concluia de hacer aquella denuncia, y todos permanecieron mudos. La misma voz añadió desde léjos:

—No le busqueis, que huyó por el balcon.

Entónces reconocieron el del gabinete, y notando que sólo estaba entornado, comprendieron que era verdad lo que acaba-

ban de oir. Posada interrogó de nuevo al que le dirigía aquellas noticias, y no obteniendo respuesta, exclamó fuera de sí:

—¡Señores, en mi casa se ha cometido un atentado inícuo; el autor tiene cómplices, y éstos no pueden ser otros que mis enemigos políticos! Queda, en consecuencia, terminado el baile: los que me han honrado y favorecido, llévense mi gratitud y reconocimiento; los otros, aquellos que han dado á tan inocente fiesta un desenlace dramático, que teman las consecuencias de su infame accion.

El marqués hubiera deseado prender á cuantos estaban allí reunidos; pero la mayoría la formaban sus compañeros y familias, altos empleados, grandes de la isla, y personajes, en fin, contra los que él nada podia hacer. Por consiguiente, los fué despidiendo á todos hasta quedarse con su hijo, herido, aunque levemente, en la mano derecha con los cristales del espejo, y su hermana, que, desmayada y cási exánime, la habian trasladado á una habitacion interior, para prodigarle en ella los cuidados que su situacion requeria.

Los convidados salieron en tropel, criticando unos la manera inusitada con que el consejero los despedia, y aplaudiendo los más la voz del incógnito cantor, sus magníficos versos, las ideas expresadas en ellos, y el modo de entrar y salir de la casa sin ser visto ni conocido por nádie. Como su acento fué extraño á cuantos le escucharon, dieron por hecho que no podia ser otro que el vizconde de Régulo, cuya creencia confirmaban la letra de la composicion y la voz misteriosa que oyeron en los salones del marqués. Desde este instante empezó á ser Florian el objeto de todas las conversaciones de la alta sociedad, causando admiracion su talento, valor y destreza. Como los periódicos de Cádiz dijeron que era esbelto, jóven, simpático y de una belleza rara en hombres, interesaba en estos momentos nuestro héroe más que todos los personajes juntos de la isla.

Solos, como hemos dicho, el marqués de la Posada y su hijo, se miraron, exclamando el último:

—¡Te han insultado! ¡Nuestro nombre servirá ya de befa y escarnio á esa sociedad terrible y cruel!

—¡Lo peor es el ridículo en que nos han puesto!

—¡Padre, la muerte será poco para los miserables que á tanto osaron!

—Camilo, no excites mi ira y rencor más de lo que están, que no lo necesitan. ¿Qué tienes en la mano derecha?

—Nada, una leve herida que me hice al romper el espejo.

—Vamos á mi despacho. Di á Julian que nos lleve todos los billetes recogidos esta noche.

El consejero se sentó, comenzando después á mirar una por una las papeletas que le presentaban.

De pronto estrujó una con las manos, exclamando:

—¡Aquí está el miserable cantor!

—¿Quién es, señor?

Le preguntó su hijo Camilo, que se hallaba enfrente.

—Lee.

—¡El vizconde de Régulo!

—¡Sí; me pidió ayer una gracia, la negué, y mira cómo se ha vengado!

—Puesto que está en Madrid, pagará con su vida la ofensa que nos ha hecho.

—No me queda duda de que ha sido él; este billete, que se ha proporcionado no sé cómo, las ideas que expresó en el canto, y la voz que poco há le acusaba, son pruebas evidentes.

—¡Qué osadía; qué habilidad tan espantosa!

El marqués comenzó á deshacer la papeleta con los dedos, su hijo á maldecir y jurar, y los dos se entregaban al más acerbo despecho, cuando recibió el primero un aviso del presidente, invitándole á que asistiese al consejo que iba á tener lugar en aquellos instantes, para ocuparse del duque de Noal y restantes españoles llegados á la isla en el bergantin *Lucero*.

A las doce salió el marqués en cumplimiento de la órden que acababa de recibir; á la vez se dirigia su hijo al gobierno de la provincia.

CAPITULO XV.

La maga dentro del coche de Florian.—La policía.—Un digno gobernador improvisado.—Comienzan las prisiones.

Al sentarse Calatrava en el carruaje de alquiler que tenía á la esquina de la calle, sintió el roce de un papel, y alargó la mano, hallando efectivamente junto á él un billete pequeño, suave y perfumado. A la luz de los faroles de su coche leyó en el sóbre:

Al terrible cantor, la maga.

—¡Tambien,—exclamó Régulo,—entró aquella bruja aquí? Veamos lo que dice. ¡Qué miro! ¡Está marcado con la corona é iniciales de mi padre! ¡Oh, la cadena que me robaron tenía el sello!.. ¡Comprendo, comprendo! La maga me sigue á todas partes. ¡Bendita seas, hechicera mujer!.. ¡Qué locura; qué necio soy!

Y abrió la carta, leyendo:

«Al salir el editor de tu casa le cogió la policía, amenazándole con prenderlo si no daba las señas de tu habitacion.

»En el acto declaró cuanto necesitaban tus enemigos.

»Aquellos te siguieron poco después, descubriendo la nueva morada donde te has mudado.

»A la puerta te esperan cuatro, con órden de encerrarte en »el acto en un calabozo para trasladarte luégo á la prision que »abandonaste.

»Esto era á las nueve de la noche; ahora, pobre de tí si te »cogen, que la maga no puede hacer más por un ingrato que le »negó su apoyo, compañía y unas cuantas frases amorosas.»

—Te lo negué,—exclamó Florian con entusiasmo,—porque ¡ay de mí! porque soy una planta exótica en medio de este arenal. Te lo negué... ¡Otra nueva locura! ¡Esa bruja descompone mi cerebro!

En este instante paró el carruaje, y Florian se echó fuera, preguntando al cochero:

—¿Te debo ó me debes?

—Sobran á V. diez y seis reales.

—Guárdatelos, y á nádie digas que entró un máscara en tu coche. Adios.

El tronquista vaciló, concluyendo por exclamar:

—¿Quién será? Puesto que ya saqué el jornal de esta noche, me retiraré, obedeciendo á ese caballero.

El vizconde cruzó la calle, entrando poco después en la suya. Por el camino se iba diciendo:

—La autoridad no podia saber cuando dió la órden de mi arresto que yo llevo barba postiza y ménos que iba al baile del consejero; por consiguiente, haré uso de mis disfraces para averiguar si miente ó no la maga, que en estos asuntos todas las precauciones son pocas, y no debo abrigar confianza en nádie.

Y entró en su calle con resolucion plausible. A los pocos pasos vió dos embozados, y más allá de su casa otros dos. Florian se acercó al primer grupo, preguntando con voz hueca y tono imperativo:

—¿Qué hay?

Los interrogados vacilaron, exclamando uno, que lo tomó por su jefe:

—¡Ah, es V. E. que se ha salido del baile, señor goberna-

dor! Todavía no ha regresado; pero ya no debe tardar, vista la hora que es.

El vizconde comprendió que aludian á él, y preguntó de nuevo:

—¿Estará disfrazado en casa del marqués?

—Acaso; vimos salir uno que parecia el teniente Iglesia, acompañado de otro máscara que desconocimos.

—¿Sabeis que es muy valiente?

—No tenga V. E. cuidado, que lo sujetamos por la espalda, y quiera ó no...

—Bueno será que á la vez averigüemos si está ó no en casa del consejero. Sígueme tú, y que te reemplace en este sitio otro de aquellos.

Y echó á andar nuestro vizconde, llevando detrás y á sus órdenes uno de los cuatro que debian prenderle.

De este modo entró en la calle Mayor, no deteniéndose hasta llegar á la puerta del editor.

—Aquí vive,—exclamó, dirigiéndose al que le seguia,—un cómplice de ese hombre.

—Verdad es, D. Leandro García.

—Sí, el que os dió las señas de su habitacion.

—Añadiendo cuanto sabía del vizconde, al cual nos dijo que odiaba.

—Le inspiraria el miedo.

—Sí, señor, y el deseo de vengarse, pues afirma que le sacó ayer mil duros por una composicion.

—Pues le dió aviso ántes.

—Querria quedar bien con él, disimulando de ese modo la conducta usada después.

—Temo que os haya engañado.

—Dispense V. E., pero temblaba...

—No importa; préndele, y cuando lo dejes encerrado, retírate á descansar por esta noche.

—¿En qué prision?..

—En la destinada á Régulo. No tardes.

El agente quedó llamando á la puerta de D. Leandro, y nuestro vizconde entró en una calle estrecha que habia á la derecha, pasando luégo á otra más angosta y oscura. Allí se detuvo, miró en torno, y no viendo á nádie, se quitó el dominó y careta, arrojándolos al suelo. Después arregló su gaban y barba postiza, exclamando:

—Ya no me conviene ese disfraz; basta con lo desfigurado que queda mi rostro para que nádie me conozca.

Y echó á andar, añadiendo:

—Me es imposible ver esta noche á Iglesia, toda vez que probablemente lo vigilarán á él tambien; sería peligroso volver á casa de Doña Paca, y la verdad es que van á dar las doce y no sé dónde dormir. Si entro en una fonda ó posada, pueden reconocerla, y hallarme. La noche no está fria, pero quisiera ocuparla de otro modo que paseando. ¿Qué haré? Es muy sencillo: llevo dinero encima, y en la primera casa que haya tablilla ó papeles, entro, y resulte lo que quiera.

Y siguió andando por el centro hasta que vió en una de las calles más anchas un portal abierto é indicacion en los balcones del piso principal de admitir huéspedes.

Florian subió, llamando acto contínuo. Un criado le preguntó.

—¿Quién es?

—Diga V. al dueño de esta casa que soy forastero, me he perdido, y cansado ya de dar vueltas, penetré aquí para ofrecerle ochenta reales por una alcoba con cama por lo que resta de noche.

—Pase V., que no habrá inconveniente.

—Me alegro.

Un minuto después se presentó el amo, y cuando le hubo reconocido de piés á cabeza, le dijo·

—¿Quiere V. dormir en mi casa?

—Sí, señor.

—¿Quién es V?

—He venido de fuera á pretender.

—Con mucha traza de caballero y nada de truan. Sígame V.

Y le guió á un dormitorio grande, aseado y decente.

—Tome V. los ochenta reales.

—Mañana los entregará. ¿A qué hora quiere que le despierten?

—A las siete.

—¿Qué desayuno desea?

—Chocolate.

—Después de tomarlo ve V. la casa, y si le gusta más que la que tiene, puede cambiar; de lo contrario, paga V. al criado un duro solamente, que yo soy hombre de conciencia. ¿En qué calle vive V?

—En la de la Ruda.

—¡No se habia V. de perder, si está á dos kilómetros de ésta, que es la de Alcalá.

—Me llevaron allí; pero tiene V. razon, está muy distante y extraviada.

—Descanse V., y mañana hablaremos.

—Pues hasta mañana.

Florian reconoció su habitacion, la cual se componia de una sala, dividida por dos columnas y cortina de damasco de la alcoba, que era espaciosa. La primera daba al patio de la casa, y tenía sillones con muelles, mesa con recado de escribir, un sofá y vários objetos indispensables; en la segunda, además de la cama, que era buena y estaba limpia, habia mesa de noche, armario para la ropa, lavabo y un espejo grande.

—Muy bien,—exclamó Calatrava;—todo está aquí aseado, es decente, y si la policía me deja tranquilo, podré dormir lo que resta de noche.

Y echó el pasador de la puerta de la sala, desnudándose acto contínuo.

Acababa de meterse en cama cuando oyó hablar cerca de sí, y observó.

—Comprendo,—dijo;—esta habitacion y la que hay á ese

lado formaban un salon, dividido ahora por tabique de lienzo. No es la primera vez que un hospedero hace esa operacion, con objeto de ganar terreno de un modo económico. Son huéspedes, y rien á carcajadas. ¡Qué oigo! ¡Hablan de mí! ¡Ya! Dos caballeros que vienen del baile. Escuchemos.

Florian apagó su luz, y se recostó sobre la almohada, quedando pendiente de la conversacion de sus vecinos.

—La venganza de Régulo,—decia uno de aquellos á su compañero,—ha sido terrible, y la verdad es que, á excepcion de una docena de convidados, todos le hemos aplaudido en silencio, y admirado, no sólo por su gran talento y habilidad, sino por el valor y destreza que ha demostrado.

—No revela en la magnífica composicion que publicó el otro dia su osadía de esta noche.

—Al contrario; escribiendo está dulce, expresivo, apasionado; pero dicen que es terrible en lo demás.

—Se educó en Nueva-Orleans, recorrió el mundo, segun cuentan, y al lado de su padre será otro héroe como el duque.

—El consejero debe estar pesaroso de haberle recibido tan mal.

—No, despechado ante una ofensa que le humilla y le pone en ridículo.

—¿Qué resultará del consejo que tienen en estos instantes?

—Oí decir al presidente que eran justas las quejas del hijo del duque de Noal, y es posible que el marqués no libre bien esta noche.

—Lo dudo; su influencia pesa mucho en el consejo.

—Pero la opinion pública empieza á pronunciarse en favor de los europeos.

—Vi á Camilo que se dirigia al gobierno de provincia.

—¿Quién es Camilo?

—El hijo del marqués.

—¿Ese espadachin, calavera?

—El mismo.

—¿Y á qué ha ido al gobierno?

—Me dijo que no pensaba meterse en cama ni comer hasta dejar encerrado en un calabozo al vizconde de Régulo.

—Un hombre de corazon le buscaria de otro modo.

—Por eso concluirá si le ve, que áun cuando vicioso, no es cobarde.

—La verdad es que el tal Régulo ha puesto en un conflicto á esa familia, adquiriendo á la vez una celebridad que pocos logran.

—Debe tener cómplices.

—No lo creo. ¿En qué te fundas?

—En la voz aquella que lo denunció.

—Al contrario; yo la juzgué de un amigo suyo, el cual se concretó á obedecerle.

—¿Con qué objeto?

—Con el de que todos supiésemos quién era después de su huida.

—Teniendo en cuenta el valor que le conceden, es verosímil la idea.

Los dos diputados siguieron comentando el acontecimiento. Cuando Florian se cansó de oirlos, cerró los ojos, quedándose dormido.

A las seis de la mañana despertó, tirándose de la cama en el acto. Luégo se aseó, cubriendo parte de su rostro con la espesa barba postiza.

—Muy bien,—exclamó;—esta ventana da al patio, y si yo no saco la cabeza, no es posible que nádie me vea; por consiguiente, aquí me quedo. Sí; estaré dos dias sin salir de casa; durante ese tiempo avanzará mi comedia, y al tercero me daré á luz nuevamente, por si ese espadachin pretende que nos entendamos los dos solos. Luégo seguiré la realizacion de mi plan. Avisemos lo primero al buen Iglesia, que estará con cuidado.

Y escribió la siguiente carta:

«Mi querido Constantino: No me esperes hoy ni mañana, »pero al siguiente dia pasaré á verte. Nada temas por mí; pro-

»cura tú eludir la complicidad que pudieran suponerte, y está »tan tranquilo como tu verdadero amigo=*Florian.*»

Cuando acababa de poner el sóbre se presentó su patron, preguntándole:

—¿Ha dormido V. bien?

—Perfectamente.

—¿Quiere V. cambiar de casa?

—¿Cuánto me lleva por esta habitacion?

—¿Qué servicio desea?

—Desayuno, dos platos á las doce y otros dos con el cocido por la tarde. Comeré aquí.

—Veinticuatro reales.

—Me quedo.

—¿Van por el equipaje?

—No; hoy y mañana pienso permanecer encerrado, con el fin de terminar un trabajo difícil que no admite treguas. Pasado mañana saldré, pagando á mi patrona y remitiendo el baul.

—¿Estará seguro?..

—Sí, la dueña es pobre, pero honrada.

—Lo decia porque como en este Madrid hay tanto malo... En mi casa sucede lo contrario: todos los dependientes son fieles, impera el órden, y no hay un solo huésped que carezca de posicion. Tengo dos diputados, una marquesa, dos comerciantes y un señor canónigo. ¿Su gracia de V?

—Cárlos Bermudez.

—¿Pretendiente?

—A solicitar he venido, pero no empleo, que soy literato.

—Comprendo; desea V. alguna cruz ó título... Me lo habia figurado.

—Eso es. ¿Necesita dinero adelantado?

—No, señor; su porte basta y sobra para destruir toda sospecha.

—Gracias

—Voy á mandarle el chocolate. ¿Quiere V. algo más?

—No.

Florian tomó su desayuno, é inmediatamente se puso á escribir, continuando la comedia empezada. Mandó la carta á Iglesia por el correo interior, y olvidándose de cuanto existia en el mundo, se contrajo á las escenas, personajes y asunto de su nueva composicion.

A las doce le sirvieron un abundante y bien condimentado almuerzo.

A las dos entró el camarero, y le alargó una carta muy abultada, diciéndole:

—Eso han traido para V.

Y le volvió la espalda, dejándole solo.

—¡Qué es esto, santo Dios!—exclamó Florian, mirando el sobre más sorprendido que nunca:—Al Sr. D. Cárlos Bermudez, y las iniciales *L. M.* ¿Será el dueño de esta casa? No; si algo tuviera que decirme habria entrado. ¡Ah! ¡*L. M.* querrán decir La Maga! Por fuerza es bruja esa mujer. ¿Quién será? ¿Me habré equivocado? Quisiera no acertar, porque de lo contrario llegará á dominarme... No. Vacilo, dudo, y lo cierto es que todo cuanto me sucede lo juzgo hijo de su privilegiado ingenio, y eso prueba lo mucho que la tengo presente, lo que la admiro, lo que la temo. Sepamos qué me dice, sea ó no la que yo supongo. Me manda un periódico, que se titula *La Isla*, diario independiente. Habla de mí. Veamos.

Y leyó lo siguiente:

«El consejo estuvo reunido anoche, y, segun cuentan, sólo »se trató en él del arresto y confiscacion concernientes á los »europeos llegados poco há al puerto de Cádiz. Hubo debates »acalorados, pero nada se decidió por fin.»

En otro suelto decia:

«El vizconde de Régulo se ha fugado de Cádiz; dicen que »se halla en Madrid, y hasta que ha visitado al señor marqués »de la Posada. Su llegada ha producido un conflicto; hágasele »justicia, y en vez de un enemigo terrible, encontrarán en él un »cumplido caballero, un defensor de todo lo grande y noble que »existe en la isla. La opinion pública lo pide así; el decoro del

»país lo reclama, y la justicia lo exige: de lo contrario seguirá »el conflicto, y Dios sabe cómo y cuándo acabará.»

En el otro suelto añadia:

«El baile de máscaras que tuvo efecto anoche en casa »del Excmo. Sr. Consejero del Reino, empezó brillantísimo, »pero acabó dramático. Se culpa, sin pruebas, al señor vizcon»de de Régulo y se le persigue sin tregua ni descanso. Nada »más podemos decir por hoy, pero no perdemos de vista este »asunto, constituyéndonos en paladines de la justísima causa »que ha traido á Madrid al hijo de Noal. El duque y el vizconde »merecian otra conducta muy diferente de la que se está usan»do con ellos. Esto hemos oido á cuantos conocemos, y sepa el »que opine lo contrario que tendrá que luchar con la creencia »de la totalidad de los que habitamos en Nueva-España.»

—No hallo,—exclamó Florian,—ninguna otra cosa que se refiera á mí. Muy bien; empiezo á tener defensores, y segun dice este periódico, cuento con la opinion pública, que era á lo que aspiraba, lo que llena el colmo de mis deseos. Gracias, maga adorable. ¡Pero quién dijo á esa hechicera que yo vivo aquí y que acabo de bautizarme con el nombre de Cárlos Bermudez! ¿Adivinará? ¡No puede ser! ¿Me seguirán á todas partes, espiando hasta mis menores movimientos sus agentes é influencia? Esto parece lo probable, y no hay duda que su poder y servidores valen más que los del gobierno. Maga terrible, tus hechizos me asustan ya, me acobardan. ¡Oh, la que puede con su mirada pulverizar la roca y ablandar el bronce!.. No, mi corazon es más fuerte que todo eso, y mi voluntad se sostendrá incontrastable miéntras exista. Eso opino ó quiero, pero vacilo á veces. Sigamos mi comedia... Es el caso que, sin pretenderlo, estoy retratando en ella á esa mujer. Adelante, y que la Providencia disponga lo que tenga á bien.

Y prosiguió escribiendo sin descanso ni interrupcion hasta las seis de la tarde, que le entraron la comida.

A las ocho comenzó de nuevo, y á las doce lo dejó, buscando acto contínuo el reposo indispensable.

Habia apagado la luz, é iba á quedarse dormido, cuando oyó hablar á los dos diputados, y se incorporó, fijando toda su atencion.

Decia el uno al otro:

—Hoy han reconocido todas las fondas de Madrid en busca de Régulo, y ya empezaban á hacer lo mismo en las casas de huéspedes y áun en las de algunos particulares, pero recibió el gobernador una órden del presidente prohibiéndole que continuara tan incansable pesquisa.

—¿Qué ha motivado esa última determinacion?

—La opinion pública pronunciada en favor de Régulo de un modo completo y sorprendente.

—¿Qué dice á eso el marqués?

—Lo ignoro; pero el conflicto en que le puso el vizconde continúa en aumento.

—Ya he visto reproducidos en todos los periódicos de la tarde y en multitud de hojas sueltas los tres párrafos que trae *La Isla*.

—Siendo lo más extraño, que los han copiado sin combatirlos dos de los tres periódicos que defienden la situacion.

—¿Le costará al marqués el cargo de consejero?

—A otro cualquiera sí; á ese probablemente no, vista su gran influencia con el presidente.

—Es que en esa cuestion no están conformes.

—Sí, pero le domina, y concluirán por entenderse.

—De todos modos resulta que se han creado una situacion muy crítica.

—Eso nádie lo niega, ni áun ellos mismos.

—Ya sé lo suficiente,—dijo Florian para sí, y se quedó dormido.

Poco después de las seis despertó, haciendo lo mismo exactamente que el dia anterior.

A las diez le entraron otra carta con las iniciales *L. M.*, hallando un número de *La Isla*, en el cual le dedicaban el artículo de fondo, defendiéndolo y censurando con energía las

medidas de reconocimiento y persecucion adoptadas el dia anterior. Estaba bien escrito, razonado, y áun cuando algo virulento, parecia exigirlo la justicia de la causa y las tropelías que denunciaba y combatia.

Florian sonrió, exclamando:

—A pesar de todo esto, no salgo hoy; quiero que mi prudencia se iguale al valor que el cielo me ha otorgado. He introducido en mi comedia un nuevo personaje que se parece mucho al marqués de la Posada, y deseo ver el efecto que hace en el primer acto, el cual terminaré luego. Este género es más difícil que el otro, pero voy dominándolo, y á la postre saldré adelante en la forma que me he propuesto. Los isleños no conocen el arte como en Europa; carecen de parte de aquella ilustracion, y con un esfuerzo y constancia podré lograr éxito y dinero. Lo último particularmente me hace mucha falta.

Y continuó sin otros intervalos que los indispensables para almorzar y comer.

A las nueve habia concluido el primer acto, y sin detenerse dió principio al segundo, diciendo:

—¡Ah! hechicera, maga ó bruja, en este aparecerás tan terrible como te encontré, tan sublime como eres en realidad. Quedo satisfecho del trabajo que llevo hasta ahora, y comienzo de nuevo con más entusiasmo que nunca.

Así sucedió, dejándolo á las doce de la noche. Tenía sueño, y no esperó la llegada de los diputados.

—Qué me importan,—se dijo,—las noticias que corran por Madrid; sólo necesito descanso, y eso únicamente quiero.

Durmió hasta las seis, que se levantó; y después de haber cubierto parte de su rostro con la barba, se vistió.

Más tarde le entraron el chocolate, que tomó, encargando al camarero que le limpiara la ropa que tenía puesta.

—¿Qué hora es?—le preguntó luégo.

—Las siete, señor.

—Perfectamente. Voy á salir, y á las doce regresaré.

Solo nuevamente, se puso los guantes y el sombrero, en-

cendió un puro, y marchó. Bajaba por la calle de Alcalá despacio, sin mirar en torno ni hacer observacion alguna referente á la policía y á su persona. De este modo entró en la calle Mayor, quedando parado frente á la puerta del librero.

—¿No ha vuelto D. Leandro?—preguntó á un dependiente.

—No, señor; continúa preso.

—¿Está incomunicado?

—Sí.

—Cuando puedas verlo, le das expresiones de parte del autor de los *sicomoros* y del *polo abrasado*.

—¿Su gracia de V?

—Basta con que le digas eso para que me reconozca. ¿Cuántos ejemplares vendísteis del último número de *La Ilustracion*?

—Todos los que se tiraron.

—¿Doce mil?

—Sí, señor, y han faltado muchos. No sucederá hoy lo mismo con la que acaba de salir.

—¿Por qué?

—No lleva composicion del vizconde; pero en la que viene venderemos más que en la anterior.

—¿Qué vizconde es ese?

—El de Régulo, esa notabilidad...

—Ya. Adios.

—Páselo V. bien.

—¡Pobre García!—se iba diciendo Florian.—No hallándome á mí, se van á ensañar con él. ¡Oh! literatos de la isla, vuestro improvisado compañero os venga de ese hijo de la avaricia; vosotros vais cási descalzos como yo, miéntras él, gracias al fruto de vuestra inteligencia, tiene millones y andaba en coche.

Y continuó avanzando calle Mayor adelante.

CAPITULO XVI.

Los dos amigos.—El tercero en discordia.—Escena semitrágica.—Al campo.

HASTA llegar á la puerta de la casa del teniente Iglesia habia caminado Florian tan despacio, que empleó media hora en ménos de un kilómetro; pero al ver el portal de su amigo, le asaltó la idea de que pudiera estar arrestado por causa suya, y subió los escalones de cuatro en cuatro, no cesando su impaciencia y desasosiego hasta que una criada de la casa le dijo que el señorito Constantino se hallaba en su gabinete.

Veinte segundos después se abrazaban ámbos cariñosamente. De pronto se separó Iglesia, exclamando:

—Déjame que te contemple, que te admire, hombre incomparable.

—Si me adulas no me quieres.

—Más que á un hermano. ¿En dónde te lastimaste al bajar por el balcon?

—En ninguna parte.

—¿Cómo es eso, si se halla á diez varas del nivel de la calle?

—¿Y qué son ocho metros para un gimnasta que cuenta veinte años de práctica?

—¡Tambien esa habilidad!

—Bajé por la reja con la misma facilidad y en ménos tiempo que hubiera podido verificarlo por la escalera: ganas me daban de hacer una plancha, en tanto que el marqués y su hijo imitaban al payaso ó al clown como ahora se llaman.

—Siéntate á mi lado, Florian. Más cerca. Oyeme: yo cursé las aulas sin llevar al colegio militar otras notas que la de sobresaliente. No formes mal juicio de mí hasta que sepas el objeto que me propongo diciéndote unas verdades que pudieran envanecerme si fuera pedante.

—Bien, hombre, continúa.

—Cadete ya, dí principio á estudios más sérios; y tanto debí á la Providencia, que lo mismo en estas cátedras que en las otras sobresalí de mis compañeros en todo, Calatrava, en todo. Mis profesores me estimaron, llamábanme hijo contínuamente, citaban mi nombre como modelo de estudiantes, y el dia que me pusieron una charretera sobre el hombro izquierdo vi húmedos sus ojos, oyendo un coro, que decia: «Hé ahí la honra del ejército: adios, futuro general.» Me destinaron á un cuerpo, y en él escuché los mismos elogios de jefes, compañeros y soldados. Tanto me estimaron, que al recibir ayer mi coronel la órden de que me arrestase, se presentó al consejero de la Guerra, é hizo en favor mio más de lo que hubiera podido intentar por un hijo. Luégo me llamó, y rompiendo delante de mí el oficio en virtud del cual debian meterme por primera providencia en el cuarto de banderas, exclamó:—Esto hago yo con órdenes que no elevan ó distinguen á mi querido Iglesia. Nada me diga V. sobre su conducta; sé que es la de un caballero, y si le he obligado á venir, fué sólo para demostrarle mi aprecio y consideracion. Estreche mi mano, y continúe usando de su licencia dónde y como quiera. Dicen que es V. amigo de un vizconde... No me extraña; los hombres de talento simpatizan siempre, y hasta excitan la admiracion de aquellos que no lo tenemos. Si halla V. ocasion, le agradeceré me facilite los medios de conocer á ese poeta cantor que tanto ruido hace cuan-

do escribe y cuando eleva su voz.—Le dí las gracias, me estrechó como de costumbre, y salí de allí, seguro de encontrar en él un escudo contra todo peligro que pudiera amenazarme.

—Cuanto acabas de decir es indudablemente cierto, mi querido Constantino, pero no veo el punto donde vas á parar.

—He querido sencillamente que me conozcas.

—¿Y qué necesidad tenía yo de esas explicaciones para comprender lo que vales como hombre y caballero?

—No estorba.

—Bien. ¿Y ahora?

—Ya que sabes quién soy, añado que, frente á tí, ó léjos de tí, ó de todos modos, me creo un miserable, torpe y ruin, comparándome contigo.

—Adulaciones.

—¡Voto á Barrabás! Tu voz, tu talento, tu pluma, tu valor, tu destreza, tu habilidad, tu sangre fria... Todo lo que cuentan de tí es poco, muy poco, Florian: eres el hombre más grande que hay en la isla.

—¡Insensato, qué has dicho! Más chico que tú, más ruin, más miserable soy yo ante el duque de Noal.

—No puede ser; tu padre se igualará á tí, y creo que le hago favor.

—Iglesia, hablemos de otra cosa, pues de lo contrario acabaré por llamarte fanático y tonto.

—Qué de extraño tendria; junto á tí todos lo somos.

—Gracias. Cuando conozcas al duque variarás de opinion.

—Imposible. Toma.

—¿Qué es eso?

—Los diez y seis mil reales de la letra que mandaste á D. Arturo. Me la han devuelto, y ayer se la cobré á mi tio. Tu padre, segun dice el mio, tiene ya recursos de sobra y hasta carruaje.

—¿Quién ha podido lograr que él acepte?..

—No lo sé; pero esas tres cartas puede que te enteren.

Florian las leyó con viveza, exclamando luégo:

—¡El duque afirma que nada necesita él ni sus compañeros de infortunio, pero se calla lo demás! ¿Qué opinas tú?

—Alguna maga...

—¡Maga! ¡Tambien tú! ¡Oh, aclárame ese misterio, si quieres que continúe siendo tu amigo!

—No te comprendo, Florian.

—Constantino, en el baile del marqués me detuvo una mujer disfrazada de maga, la cual me refirió uno tras otro mis secretos é intenciones.

—La vi hablar contigo primero y luégo con otros, entre los cuales se hallaba el que dió tu nombre más tarde.

—¿Quién es, Iglesia?

—No lo sé, Florian.

—¿Me lo juras?

—Por el alma de mi madre.

—¿Jamás cruzaste frase alguna con ella?

—Si no la conocí, ¿cómo te he de contestar?

—¡Terrible hechicera!

—Me pones en cuidado.

—Hasta ahora sólo bien recibí de ella; pero ignoro quién es y lo que se propone.

—¿No te lo figuras?

—Sí; pero necesitaba una prueba, por la cual daria cuanto tengo.

—La buscaremos si hay posibilidad.

En este instante entró el asistente de Iglesia, diciendo:

—Mi teniente, esta carta.

—¿Quién la ha traido?

—Un caballero.

—¿Espera?

—No, señor; en cuanto la cogí desapareció como un relámpago.

—Está bien. Sal.

—¡Qué es esto! Trae un segundo sobre que dice: «Señor vizconde de Régulo. *L. M.*»

—Sí, la maga. ¿Lo ves? ¡Sabe dónde entro, cuanto hago! Trae. Contiene dos solas frases: «Alerta, Florian» me dice.

—Eso es que te amenaza algun peligro; pero, á bien que estamos los dos, y juntos triunfaremos ó darán fin de nuestras vidas.

—Me tiene tranquilo.

—¿Dónde has estado durante tu ausencia?

—En una casa de huéspedes situada en la calle de Alcalá.

—¿Saliste?

—No.

—¿Qué te has hecho dos dias y tres noches?

—Los pasé escribiendo.

—Muy larga debe ser la composicion.

—Bastante.

—¿De qué trata?

—Segun me ha dicho la maga, es una comedia de costumbres.

—Florian, ¿andará el talento de tu padre en ese enredo?

—No lo sé, Constantino.

Nuevamente fueron interrumpidos por el asistente, que penetró, diciendo á su amo:

—D. Camilo Posada desea ver á mi teniente.

—¡El hijo del marqués!—exclamó Iglesia sorprendido.

—Hé ahí,—añadió el vizconde,—el aviso de la maga. ¡La ocasion no puede ser más propicia! Que pase.

—Ocúltate.

—Al contrario; no me conoce, y yo deseo saber quién es.

—Pues que pase, que hallará dos hombres.

Poco después se presentó en el umbral del gabinete un hombre alto, delgado, frente chica, mirada torva, feo y cubierto cási todo el rostro con bigotes y dos enormes patillas.

—¿El teniente Iglesia?

Preguntó.

—Yo soy.

Le contestó secamente Constantino.

—Queria hablar á V. sin testigos.

—El señor es mi hermano en cariño, no tengo secreto alguno para él ni pienso ocultarle nada jamás.

—¿Tambien militar?

—No, señor,—le contestó Régulo, que se habia puesto de pié á la vez que Iglesia;—soy paisano para lo que guste mandar.

—Si quiere,—añadió el teniente,—puede sentarse.

—Estoy bien así.

—Pues diga lo que desea.

—¿Es V. amigo del vizconde de Régulo?

—¿Con qué derecho me hace V. esa pregunta?

—Teniente, si empezamos así, vamos á concluir mal.

—Posada, las amenazas sólo me inspiraron risa; y puesto que es la primera vez que hablamos, creo deber advertirle que se concrete á pedir única y exclusivamente aquello á que tenga derecho; todo lo demás cuéntelo negado, y si acaba V. mal, suya será la culpa.

—Es que encuentro verosímil sea V. el que no concluya bien.

—Me hallo sano, y no veo nada á mi alrededor capaz de proporcionarme un fin desastroso ni áun molesto.

—Señor Iglesia, ántes de recurrir á medios extremos quisiera ver si podemos entendernos, evitando disgustos que usted no quiere prever, pero que no son extraños ya á su fácil comprension.

—Pruebe V.

—Me han asegurado que es V. tan amigo del vizconde de Régulo como lo es el padre de V. del duque de Noal.

—Pues le han engañado.

—¿No se atreve V. á declarar que distingue y aprecia á un fugado de las cárceles?

—Al contrario: digo que mi amistad y la de Calatrava hijo es mucho mayor que la de nuestros padres; por eso he negado la supuesta igualdad que V. dió por verdadera.

—Me alegro que así sea, y doy á V. el parabien por adquisicion tan honrosa.

—Gracias; lo acepto con júbilo.

—¿Ya sabrá V. lo que Régulo hizo en mi casa?

—No; oí lo que se cuenta, pero desconozco la verdad.

—¿No le ha dicho á V. en confianza?..

—No siga V., señor Posada: si me enteró de algun secreto suyo, es inútil que se moleste en arrancármelo.

—Muy bien, no insisto; pero V. es caballero, yo tambien, deseo hablar con Régulo, y supongo que no me negará un favor que pondria en duda la fama de su amigo en lo relativo á valor...

—Todo lo contrario,—le contestó Florian, tomando parte por primera vez en aquella cuestion.—Constantino lo ignora; pero yo sé dónde vive, lo que piensa, y hasta lo que puede V. esperar de él.

—¡Usted sabe todo eso!

—Sí, señor. Iglesia le conoce por mí; yo he fomentado la amistad de que habló V. ántes, y me encuentro muy dispuesto á complacer á V. con algunas condiciones que exige la conveniencia y el cariño que le profeso.

—¿Tambien V. le estima de ese modo?

—Yo lo creo; tanto ó más que Constantino.

—Me alegro, celebrando infinito que se halle tan propicio á favorecer mi deseo. No voy á ser exigente: quiero sólo tener una entrevista con Régulo para tratar de un asunto de honra, á lo cual no se niega jamás ningun caballero.

—¿Ha pensado V. bien lo que dice?

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Florian de Calatrava era en Europa y en América uno de los primeros tiradores.

—Por eso justamente le busco. A los cobardes se les humedece el rostro.

—Verdad es.

En este instante entró el asistente de Iglesia, dando á su

amo una carta como la anterior. Constantino arrancó los dos sóbres, diciendo á Camilo:

—Con permiso de V.

Y pasó la vista por aquel escrito, alargándosela á Florian.

—Mira,—añadió,—lo que dice tu amiga.

El vizconde leyó lo siguiente:

«Si te desafian y haces el disparate de admitir, elige para »sitio el bosque de *La Dicha*: en él no hay celada posible.= »*L. M.*»

Florian se guardó el escrito, y añadió, dirigiéndose á Posada:

—Perdone V. esta corta interrupcion, y acepte, volviendo á nuestro tema anterior, un consejo cariñoso: no provoque á Régulo ni se bata con él.

—Será muy sábio; mas si ese hombre no es cobarde ni villano, deseo matarlo ó que él atraviese mi corazon.

—Puedo asegurarle que no teme á V. ni á nádie; pero no le conoce ni siente contra V. nada que justifique un desafío á muerte.

—Por eso he rogado á V. que me diga dónde vive; cuando yo le vea le daré motivo de soora para que salga al campo acompañado de un buen amigo.

—¿Qué haria V. si se encontrara delante de él y le dijera lo que yo?

—Llamarle cobarde...

—Mentiria V., porque no lo es.

—A mí no me consta.

—Razon más para excusar una frase injusta y disparatada.

—Pues si rehusase, no le bastaria esa defensa, porque á la vez sentaria mi mano en su rostro.

—Por mal camino va. ¿Sólo quiere V. batirse con Régulo?

—Y que nos matemos el uno al otro.

—¿Nada habria que le hiciera á V. desistir?

—Sólo la muerte.

—En ese caso, queda admitido el duelo.

—¿Tiene V. facultades?..

—El vizconde es previsor, y hasta habia de antemano nombrado su padrino.

—¿Luego supuso?..

—No; dió por hecho que siendo V. gran tirador, segun cuentan, y no pudiendo lograr su intento de prenderle, atropellarlo etcétera, recurriria al extremo de desafiarle.

—Yo hubiera empezado por esto; pero mi padre se opuso, y hé ahí la razon de no verificarlo ántes. ¡Conque admite gustoso!

—No; con sentimiento, pues dice que la cuestion entre él y el marqués no justificaba el duelo que previa.

—Es que yo creo lo contrario.

—¿Y si está V. en un error?

—¿Y si no lo estoy?

—¿Quiere V. hablar con él y que le convenza?..

—No siga V.; sería inútil; deseo matarlo.

—¡Terrible frase!

—¿Le asusta á V?

—No; pero me duele que lleve V. su ira, enojo y despecho al alcázar de la muerte.

—¿Qué padrino ha elegido?

—Le podemos representar Iglesia y yo.

—Entónces se entenderán ustedes...

—Con V. mismo.

—Es que yo tengo la eleccion de armas...

—¿Cuál de ellas prefiere?

—Florete.

—¿Qué hora?

—Lo ántes posible.

—Pues el vizconde le complace, designando únicamente el sitio, cosa que á V. le será indiferente.

—No tengo empeño en lo contrario.

—Sea entónces el bosque de *La Dicha*.

—Está á cuatro leguas.

—Que se andan en dos horas. A las doce el almuerzo y á las tres el duelo. ¿Le parece á V. bien?

—Sí, señor. ¿Me responde Iglesia?..

—Juro estar á esa hora á la entrada del bosque con mi ahijado el vizconde de Régulo,—contestó aquél.

—¿Los dos solos, ó va tambien este caballero como testigo?

—Los dos solos.

—En ese caso llevaré únicamente al conde de Valleameno.

—Y los floretes.

—Gracias, señores, por el favor que acaban de hacerme. Adios, Iglesia. Beso á V. su mano D...

—Cárlos Bermudez, muy servidor suyo.

Salió Posada, siendo acompañado hasta la puerta por Constantino, volviendo éste al gabinete.

—¿Qué vas á hacer, mi querido Florian?—preguntó á su amigo.

—Batirme con ese hombre. La pregunta me extraña, mi apreciable padrino.

—Lo digo porque tengo en casa floretes, caretas y todo lo necesario para que podamos ensayar desde ahora, que son las nueve, hasta las doce, que almorcemos.

—¿Tiras bien, Iglesia?

—Dicen eso, Calatrava.

—Me alegro; pero tengo la presuncion de que nada puedes enseñarme, y no quiero molestarte ni perder tres horas que podemos emplear en asunto de más interés.

—Siempre es bueno recordar...

—Constantino, no intentes que yo haga cosa que repugna á un caballero.

—Aseguran que Camilo maneja el florete con destreza que todos admiran: fué su única ocupacion.

—No hablemos de eso.

—Si te mata, yo te vengaré, ó tu suerte será la mia. Hablemos de otra cosa, Florian.

El vizconde sonrió, demostrando una seguridad que agradó á su querido amigo, preguntándole luégo:

—¿Hay algun camino que conduzca al bosque de *La Dicha* y que no sea la carretera general?

—No; pero comprendo tu idea, y áun cuando se ande un poco más, saldremos por otro que cruza ese en el segundo kilómetro.

—Manda entónces tu asistente á la casa de pupilos donde estuve dos dias y tres noches, con encargo de que entregue al dueño esos cien reales, en nombre de D. Cárlos Bermudez. Luégo que tome un coche, el cual deberá esperarnos en el punto que tú designes.

—Vuelvo en seguida.

Salió Iglesia, regresando al poco tiempo.

—Mi criado,—dijo,—pagará tu hospedaje, recomendando al mismo tiempo á mi tio que nos mande fuera de la ciudad su carruaje de camino.

—Sentémonos. ¿Dónde está ese bosque de *La Dicha*?

—Ya lo podias suponer, Florian.

Le contestó maliciosamente Iglesia.

—No te comprendo.

—Tu maga se deja adivinar, vizconde.

—¿Tú sabes?..

—Y tú tambien.

—Te juro que vacilo y á la postre la desconozco.

—En un principio dudé yo tambien, y me puse en guardia, temiendo fuese el aborto de una intriga urdida contra tí. Ahora ya no desconfio: creo, por el contrario, que esa maga es tu ángel bueno.

—¿Cómo se llama, Constantino?

—No lo dice; pero en su último escrito se deja conocer.

—Pues á mí me tiene más confuso de lo que estaba.

—Consiste en que tú ignoras que el bosque de *La Dicha* pertenece á la bellísima Zeneida, tu amiga y protectora.

—¡Qué dices, amigo mio!

—La verdad, Florian, y no me extraña, que si ella vale mucho, tú...

—Sella el labio, por favor; temo á esa mujer más que á la muerte.

—Pues yo no conozco en la tierra nada tan adorable como sus encantos, talento é interés por tí...

—Calla, te lo ruego por segunda vez.

—No me admira ese temor; á la mujer se le teme cuando...

—Oculta la frase.

—Muy bien, vizconde; me complace mucho tu conducta. Supongo que iremos á verla terminado el lance.

—Positivamente, en el caso de que triunfemos. Ya es indispensable una entrevista que descorra el velo misterioso con el que, al parecer, se cubre.

—Si crees que yo puedo estorbar, me volveré solo...

—Vendrás conmigo, y presenciarás la escena. Recuerdo ahora que el padrino elegido por Posada estuvo á verme no há mucho, obligándome su conducta á que lo llamase cobarde.

—Alguna otra intriga de Zeneida.

—¿Lo crees así?

—Sin duda alguna; me consta que la obedece con ciega sumision.

—Entónces ya tengo el hilo de la trama; hasta el robo de mi reloj y cadena en ese mismo bosque de *La Dicha* fué dispuesto por Zeneida.

—¿En qué te fundas?

—En que una de sus cartas traia marcado el sello de mi padre. Pero en medio de todo me han ocurrido cosas que no me explico, ni tienen relacion alguna con esa mujer.

—Puede que sean más de una; las hijas de este país se enamoran con facilidad y son muy atrevidas y diestras.

—Buen chasco se llevan todas, Iglesia; mi pobre corazon las rechaza dia y noche.

—¿Tambien á Zeneida?

—A esa más... más... ¿Para qué hora dispusiste el almuerzo?

—Já, já, já. ¡Bravo, amigo mio! A las once y media nos lo servirán, bueno y abundante, que Dios sabe si volveremos á comer, y caso de verificarlo, cuándo y en qué sitio.

—Esa idea me recuerda que debo contestar á mi padre, y, en verdad, voy á hacerlo ahora mismo.

—Entretanto yo me pondré un traje igual al tuyo, para que, concluido el almuerzo, podamos partir.

Florian escribió al duque de Noal, hablando luégo largamente con Iglesia. Después se sentaron á la mesa, y á la una ménos cuarto marcharon de su casa á pié, yendo delante el teniente y á la distancia de diez pasos Régulo. El primero acariciaba un rewolver que llevaba en el bolsillo derecho de su gaban, y el segundo meditaba sobre Zeneida, la maga y los misteriosos acontecimientos de que era objeto hace dias. De este modo salieron fuera de la ciudad; Iglesia notó que nádie le seguia, é incorporándose con su amigo, le dijo:

—Ya podemos hablar. Aquel coche que veo junto á los cipreses debe ser el de mi tio.

—Entónces,—replicó Florian,—arranco la barba postiza, guardándola en esta cajita para mejor ocasion.

—Haces bien; te desfigura, descompone el rostro, y sin ella gustarás mucho más á la dueña.

—¿Estás enamorado, Constantino?

—No, Florian; sería indigno de un pobre teniente, cuya paga necesita por completo, acercarse al himeneo, delicioso en mi concepto, pero caro, muy caro.

—Me agrada tu filosofía, mas al corazon no se le puede mandar, y...

—¿Hablas por experiencia?

—Sí; cuando conozcas la historia de mis amores con mi malograda Erundina y el empeño del duque en que me casara con otra...

—Mi pregunta no iba tan léjos, Régulo; se refiere á la actualidad, á Zeneida...

—¿Es ese el carruaje del banquero?

—Sí.

—Pues da las órdenes convenientes al cochero, y partamos.

Así sucedió, continuando los dos amigos en agradable conversacion. Valientes ámbos, diestros en el ejercicio de la esgrima, y ofreciendo Régulo á Iglesia absoluta confianza, fueron cási todo el tiempo salpicando su conversacion de epigramas y bromas que excitó más de una vez su hilaridad.

Dejaron el camino que llevaban, entrando el coche en uno que era muy conocido de Florian, en el mandado construir por el infante desde su posesion á la corte.

Régulo miró de frente y á los costados, no distinguiendo otra cosa que el arrecife y árboles; mas apénas habrian andado por él un cuarto de legua, cuando aparecieron cuatro guardas, uno de los cuales gritó:

—¡Alto ese carruaje!

El ccchero detuvo sus cuatro caballos. El guarda añadió:

—Este camino es de S. A. R. mi señora Zeneida, y nádie puede entrar en él sin su permiso.

Florian mandó que le abrieran la portezuela, y echando pié á tierra saludó á los cuatro, diciéndoles después:

—Soy el vizconde de Régulo, amigo de vuestra ama, y pienso visitarla después de dar un paseo por el bosque de *La Dicha*.

—Sin un mandato expreso de mi señora no puedo permitir avance ese carruaje; es más, tenemos órden de rechazar la fuerza con la fuerza en caso necesario.

—Entónces nos permitireis pasar á pié.

—Tampoco; y advertimos á V. que están montadas las carabinas, y al primer movimiento que haga...

—Comprendo; mas siendo amigo de vuestra señora, os puede costar el destino la conducta que usais conmigo.

—Al contrario; S. A. supo con disgusto lo que hizo V. con uno de nuestros compañeros en el puente y con dos guardias cuatro leguas de aquí.

—Luego, me conoceis.

—Mucho, y no volverán á ocurrir sorpresas ni atentados como los anteriores.

—¿Qué dices á esto, Constantino?

Preguntó el vizconde á Iglesia, que estaba á dos pasos de él.

—Que nos hemos equivocado en nuestros cálculos, y la maga no es la que suponiamos.

—Me es igual,—exclamó Florian con disgusto.—Decidme, guardas, ¿han pasado por aquí el señor conde de Valleameno y D. Camilo Posada?

—No, señor.

—¿Nos permitís que les esperemos?

—No.

—Pues os advierto que no nos movemos de este sitio hasta que vengan.

—Les haremos fuego.

—Cuando gusteis; y apuntad bien, porque de lo contrario, con las mismas carabinas os haré pedazos el cráneo.

—¡Insolente! ¿Aún nos amenaza? ¡Compañeros, fuego!

Los cuatro fueron á hacerlo sin que Iglesia ni Régulo se inmutaran ni dieran señal alguna de temor ó sobresalto.

El cochero se cubrió con el almohadon y el lacayo corrió tras del carruaje.

A la vez, y cuando ya tenían puestos los dedos en el gatillo, exclamó uno de los guardas:

—¡Esperad! que viene el coche de S. E.

Todos miraron hácia Madrid, viendo efectivamente acercarse una berlina tirada por cuatro magníficos alazanes. Iglesia les salió al encuentro, gritando al tronquista:

—¡Alto!

Los caballos se detuvieron, asomándose á la vez el conde y su ahijado.

—¿Qué ocurre?—le preguntaron.

—Esos cuatro guardas,—añadió el teniente,—no nos dejan pasar al vizconde y á mí.

—Tendrán órden para ello; pero yo llevo un permiso que firmó Zeneida hace tres años, y con él cruzaremos todos probablemente.

Y echó pié á tierra, interrogando á los guardas:

—¿Me conoceis?

—Sí, excelentísimo señor.

—Mirad ese escrito.

Uno de ellos leyó fuerte:

«Permítase la entrada en mis palacios y posesiones al »Excmo. Sr. Conde de Valleameno y personas que le acom»pañen.»

—Nosotros,—dijo el guarda,—no ponemos impedimento alguno á V. E.

—Es que vienen conmigo el Sr. D. Camilo Posada, el vizconde de Régulo, D. Constantino Iglesia, dos cocheros y dos lacayos.

—Si acompañan á V. E., que pasen, que así lo manda S. A. De lo contrario...

—Adelante, señores,—gritó el conde.—¡Ah!—exclamó, aparentando reconocer en Régulo á Florian de Calatrava.—¿Conque V. es?..

El vizconde paseaba por la orilla del camino indiferente á cuanto acontecia, en el momento que se le puso delante Valleameno.

—El mismo,—le contestó, deteniéndose.

—Si me hubiera dicho V. que se titulaba vizconde de Régulo, entónces...

—Pues ya lo sabe.

—Puede que sea tarde.

—Quién sabe; me entenderé primero con su ahijado, y luégo, si V. gusta...

—Acaso, que siendo ya un título como yo...

—Claro está; siendo un título como V., me concederá permiso para que de una estocada atraviese su aristocrático corazon.

—¿Trae V. el suyo?

—No lo he sentido latir hoy; pero estoy cierto que sí.

—Entónces, en marcha, que luégo me enseñará á dar esas estocadas. Guardas, subid dos á la trasera de ese coche, y otros dos á la del mio.

—¿Para qué?—preguntó Calatrava.

—Para que me sirvan de padrinos. Cuatro plebeyos juntos distan aún bastante de un caballero; pero aquí no hallo otra cosa, y me conformo con ellos.

—Hay tiempo,—añadió el vizconde burlándose de la supuesta aristocracia de Valleameno,—y podria V., si quiere, mandar por un regimiento á la plaza más cercana.

—Si llegase á necesitar testigos me bastará con esos hombres.

—Parece imposible.

—Pues no lo es. Hasta luégo.

—Beso á V. su mano, *gran señor*. Al coche, Iglesia.

Todos montaron, y los carruajes partieron en la forma dispuesta por el conde.

Durante el corto retraso que acababa de tener lugar, permaneció Camilo Posada con la cabeza fuera de la portezuela, buscando con avidez la mirada de Florian para devorarla con la suya, y enseñarle de este modo todo el ódio y rencor que abrigaba su pecho; pero nuestro jóven no se dignó dirigirla al coche del hijo del consejero, mostrando además en la actitud una indiferencia completa hácia su enemigo. Otra vez junto á Constantino, le preguntó:

—¿Conoces al conde?

—De vista y de oidas.

—¿Qué noticias tienes de él?

—Que es muy caballero, atento, cortés, y tan valiente y aficionado á duelos, que raro es el que se efectúa sin tomar él parte en algun sentido.

—Otro problema.

—¿Qué quieres decir?

—Que á mí se me ha presentado aristocrático, pedante y hasta cobarde.

—Pues es enteramente lo contrario.

—Me va ya dando en qué pensar la maga.

—Y á mí.

—¿Crees aún que es Zeneida?

—No; pero me sucede lo que á tí, que dudo y me confundo.

—Iremos á su palacio, y cerca de ella difícilmente podrá ocultarnos nada.

—Temo que no nos dejen llegar.

—Posible es.

Los dos continuaron hablando de la maga, la cual logró ya el privilegio de ocupar por completo la imaginacion de ámbos jóvenes.

El carruaje de Valleameno corria delante como una exhalacion; el de Iglesia le seguia á alguna distancia, y de este modo prosiguieron, perdiéndose poco después de vista entre la espesa arboleda de aquel delicioso camino.

CAPITULO XVII.

El duelo á muerte.—La víctima.—Régulo y Valleameno.—El palacio encantado.

El cochero del conde llegó al bosque de *La Dicha*, penetrando en él por una alameda que tenía á la izquierda. Al terminarse aquella, se detuvo, echando pié á tierra cuantos iban dentro. Lo mismo hicieron Iglesia y Calatrava.

Diez minutos después se internaron en la espesura; un lacayo dejó en el suelo vários floretes, y se retiró. El conde dijo á los cuatro guardas:

—Ocupad esa altura, obedeciendo las instrucciones que os tengo dadas.

Quedaron, pues, al pié de una colina, en terreno llano y despejado los dos combatientes y sus padrinos. Valleameno cruzó algunas frases con Iglesia, y llamando luégo á Régulo y Posada, les dijo:

—Señores, el duelo es contrario á las leyes de la isla, y debe evitarse en cuantas ocasiones sea posible prescindir de él. Triste y último recurso de un caballero que se juzga ofendido, sólo se apela á tan funesto extremo cuando no hay medio al-

guno de lavar una ofensa infamatoria y deshonrosa. Si ustedes quieren que ántes de coger las armas confiemos á la inteligencia y á la razon el arreglo de sus disensiones, darán una prueba de sensatez y cordura.

Régulo le contestó:

—Conde, me hallo dispuesto á todo aquello que un caballero puede hacer en el terreno á que V. ha llevado la cuestion. Jamás rehusaré duelo que me rebaje y humille ante la opinion pública; pero tampoco me obstino en nada contrario á lo justo y razonable.

—Muy bien, Calatrava,—exclamó Valleameno.—¿Qué dice V., señor de Posada?

—Que ese hombre ha insultado á mi padre, lo ha puesto en ridículo, y por su causa está sirviendo su nombre de befa y escarnio á la sociedad. Por eso vine aquí á matarle, y será inútil cuantas reflexiones se me hagan en sentido contrario.

—¿Está V. seguro de lo que dice?

—Sí, señor.

—Régulo, ¿V. ha puesto al señor marqués de la Posada en la triste situacion que supone su hijo?

—Creo que sí.

—¿De qué modo?

—Vengando su desden hácia el nombre de mi padre, su desprecio al acto de justicia que le pedí, y castigando la insolencia con que acogió mi humildad y mi pretension.

—¿Quiere V. detallar eso que dice?

—No hallo inconveniente.

—Es inútil,—replicó Camilo;—la prensa y el público me piden un duelo, y las razones que pudieran alegarse en contrario no me harán desistir. Mi padre y algunos amigos tienen ya conocimiento de este lance, y no debo volver á Madrid viviendo ese hombre.

—¡El padre lo sabe,—dijo Régulo,—lo tolera, y siendo el ofendido, consiente que su hijo!.. já, já, já. En esta isla hay padres deliciosos.

—¡Miserable!—gritó Camilo.—¡Se burla V. de él!

—No, elogio su valor y abnegacion; de haberlo adivinado, mi composicion tendria una estrofa más...

—Basta, señores,—añadió el conde.—Ni la dureza que usa V. en su lenguaje, señor de Posada, ni la ironía que lleva el de V., señor de Calatrava, son propias de la crítica situacion en que ámbos se han colocado; y les advierto que no pienso tolerarlas.

—Es una advertencia, señor conde, tan peregrina como su decantada aristocracia. Me llama ese hombre miserable, le oigo con la risa en los labios, no le devuelvo insulto por insulto, y halla V. reprensible lo que supone ironía en mis frases. Pues bien; le participo á mi vez que no tolero advertencias de nádie, ni creo conveniente que continúe esta polémica, por ser, en mi concepto, inútil y hasta torpe. Con un hombre que viene á batirse y osa insultar á su enemigo, cuando la costumbre entre caballeros impone todo lo contrario, no hay más razon que la ruda y salvaje que nace en la punta de uno de esos floretes. Quiere sangre, pues démosle gusto, y acabemos de una vez.

—Eso digo yo.

—Usted nunca dice nada.

—¿Pues qué hago?

—Lo dejo al juicio de estos señores.

Todavía insistieron el conde é Iglesia en una transaccion imposible. Régulo comenzó á pasear miéntras ellos hablaban con Camilo, demostrando completa indiferencia á lo que pasaba entre ellos. Constantino exclamó por fin:

—Puesto que no hay medio de avenirlos, principie el duelo.

Y reconoció los floretes, dando uno á cada combatiente.

Ocho minutos después se hallaban frente á frente el vizconde y su adversario, teniendo al costado cada uno su padrino. Más tarde se saludaron los dos primeros, y á una señal de los otros cruzaron las armas.

Régulo estaba sereno, tranquilo, impávido; Posada algo

encendido y agitado; Valleameno pesaroso, desazonado Iglesia, y ávidos los cuatro guardas que desde la colina dirigian la vista hácia el sitio de la pelea. Estos últimos tenían las carabinas montadas y en disposicion de hacer fuego. Tambien Constantino y el conde sujetaban con la diestra cada cual una pistola cargada.

Los cocheros y lacayos, á medio kilómetro de aquel paraje, é ignorando lo que acontecia cerca de ellos, hablaban y reian, sentados en sus respectivos pescantes.

Florian y Camilo se miraron; el primero continuaba sonriendo irónicamente; el segundo aparentaba serenidad entre una nube de ódio, coraje y despecho que en vano pretendia disimular.

Apénas cruzaron los floretes, intentó Posada echarse á fondo, sin lograr otra cosa que descomponerse, cuya circunstancia aprovechó únicamente Régulo para decírle:

—No es eso. En esta isla tiran mal los maestros.

—Pues será por la izquierda; así.

—Tampoco.

—Tire V. entónces.

—No es tiempo aún.

—Pues para mí lo es siempre.

—Silencio,—añadió Iglesia;—les prohibo á ustedes hablar miéntras se estén batiendo.

Los dos le obedecieron, prosiguiendo la pelea con mucho ardor y coraje por parte de Camilo, y con gran destreza y sangre fria por la de Calatrava.

Llevaban diez minutos de lucha, en los cuales, convertido en pantera el hijo del consejero, buscaba el corazon de su contrario, empleando á este fin toda su habilidad, gran empeño y constancia suma; á cada instante se echaba á fondo, miéntras su enemigo, sin haber pensado hasta entónces herirle, paraba una tras otra todas las estocadas dirigidas á su pecho con acierto sorprendente, admirable. El primero sudaba; su epidermis se cubria de carmin, y del labio inferior salia la san-

gre, por efecto de haberle oprimido várias veces con los dientes; el segundo continuaba sonriendo, sin que todavía fuese esto signo de amenaza ni de muerte.

Al terminar los diez minutos de que hablamos ántes, gritó el vizconde:

—Basta.

Y corriendo el florete, lo enlazó al de su contrario, dando el golpe de desarme; pero en vez de lograr su objeto, rompió el arma que pretendia arrancar, cayendo al suelo una parte de ella. Camilo retrocedió sorprendido, confuso, temeroso.

—¿Se da V. por satisfecho?

Le preguntó Régulo, bajando el florete.

—Con la punta de ese otro le contestaré.

Y cogió uno de los que llevaban de repuesto.

—Es que lo he vencido á V.

—Pero no me ha muerto, é ínterin aliente debe seguir el duelo.

—Le regalo la vida si desiste.

—Gracias; quiero la de V., y voy por ella.

Los padrinos mediaron, tratando de convencer á Posada, pero todo fué inútil. Florian añadió:

—¿Quiere V. descansar?

—No.

—Está V. fatigado.

—Anhelo sólo matar á V. ¿Cómo se lo he de decir para que lo comprenda?

—Muy bien. En guardia; no cuestionemos por tan poca cosa.

Y volvió á aparecer en su bello semblante la anterior sonrisa.

Siete veces se echó á fondo Camilo, haciendo uso á la vez de toda su habilidad, pero nada consiguió; para sus diestras estocadas siempre hallaba el vizconde un quite oportuno, cierto, infalible. Cansado nuevamente Florian, y sin haber intentado aún herir á su contrario, hizo una evolucion nueva hasta

entónces, y el florete de Posada salió de su mano silbando como una bala.

—Le perdono la vida por segunda vez,—le dijo.

—Y yo no acepto de V. ni la gloria. ¡Maldicion!

—¿Jamás le desarmaron?

—Nunca hasta ahora.

—Pues es fácil; ya lo ha visto V.

—Sus frases, esa irónica sonrisa, su actitud, encienden más mi sangre, la irritan, y daria por su vida la mia y cuanto tengo, inclusa el alma.

—¿Al demonio?

—Sí.

—Piense en Dios, Posada, que, si se obstina, va á morir.

Miéntras aquél cogia su tercer florete, se interpusieron los padrinos, dando consejos á Camilo, haciéndole súplicas y hasta amenazándole, pero en balde: estaba ciego de ira, y su despecho ascendia á lo increible. Léjos de agradecer la noble conducta que usaba Régulo con él, comenzó á insultarle de nuevo, llamándole cobarde y torpe, sin lograr que aquél le contestara.

Puestos otra vez frente á frente, le dijo Calatrava:

—Dios perdona al que le pide; ruegue V...

—Calle el necio,—le contestó Posada;—no nací para fraile, ni gusto de oraciones fúnebres; eso sienta bien á hombres de su *calaña*.

—Bueno, sea como V. quiera.

Comenzó de nuevo el combate, apareciendo en los labios de Régulo otra sonrisa diferente á las anteriores. Ahora era fatídica, imponente; el conde é Iglesia se estremecieron al verle.

Camilo, con más coraje que nunca, buscaba el corazon de su enemigo; éste le preguntó con voz ronca y destemplada:

—¿Cedes?

—No.

—¿Quieres una vida que tienes perdida?

—¡Miserable!..

—¡Perdonadlo, gran Dios!

Florian hizo sólo el movimiento de echarse á fondo, tocando á la vez con su florete el costado izquierdo de Camilo. Era la primera vez que tomaba la ofensiva. Posada dió media vuelta á la derecha, girando sobre los talones; puso los ojos en blanco, y cayó sin articular frase alguna.

—¡Qué es eso!

Preguntaron á la vez los padrinos. Régulo les contestó:

—Que ha muerto. Rueguen á Dios por su alma, como yo estoy haciendo.

—No puede ser; apénas llegó el florete de V. á su costado.

—Pues entró una pulgada, tocó su corazon, y hélo ahí cadáver.

—¡Cierto! ¡está frio!

—Hice lo posible porque desistiera de su empeño y salvar una vida que he perdonado várias veces; pero todo fué inútil.

—Lo hemos visto.

—Padre celestial,—exclamó el vizconde, alzando las manos en demanda de súplica,—yo os ruego por el alma de ese infortunado que yace tendido á mis piés.

Y continuó elevando su ascética voz al cielo, ínterin Iglesia y Valleameno reconocian la herida que cortó la existencia de Posada.

—Aquí está,—dijo el conde.—¡Oh, apénas se distingue; penetró la punta del florete por entre la quinta y sexta costilla, tocando al corazon! Indudablemente entró sólo lo necesario para matarlo. ¡Qué estocada tan hábil, rápida y disimulada! Acabemos, que esta escena me conmueve.

Y alzando la voz, gritó en el idioma que usaban los isleños ántes de llegar los españoles:

—Atencion. Uno solo, y esperad.

Segundos después se oyó un tiro, otro luégo más léjos, y un tercero que apénas se percibia.

—Eso es una señal, conde,—exclamó Régulo, volviéndose hácia Valleameno.

—Sí, señor.

—¿Qué quiere decir?

—Que vengan por los restos de Posada para llevarlos á Madrid.

—Está V. en la posesion de un particular, y es extraño que le obedezcan en ella.

—Al contrario; mi amiga Zeneida me complace en todo cuanto le pido.

—Desconozco las costumbres de este país, y no arguyo más. ¿Recuerda V. su compromiso conmigo?

—Sí.

—¿Nos batimos?

—No.

—¿Por qué causa?

—No tardará en saberla.

—¿Siendo hijo del duque de Noal y vizconde de Régulo, me faltan títulos aún?..

—Es otro el motivo, Calatrava; ruego á V. lo respete.

—¿Tendrá efecto nuestro duelo?

—Nunca.

—Es el caso que si yo me empeño en lo contrario...

—Le suplicaré que desista, y me complacerá á fuer de cumplido caballero.

—Sin súplica ni ruego lo haré, pero con una condicion.

—Diga.

—Que me dé V. ese permiso que tiene firmado por la bella Zeneida.

—¿Para qué?

—Para que me dejen llegar hasta ella.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Qué se propone?

—Pedirle hospitalidad por uno ó más dias; ya me la con-

cedió en otra ocasion, y áun cuando era más pobre que hoy, no creo que la niegue.

—Apruebo la idea, y se lo regalo incondicionalmente. Tome V. y marche al momento. El marqués tiene conocimiento del desafío, y cuando sepa el desenlace, empleará todo su poder, que es mucho, para vengar la muerte de su hijo.

—En ese caso,—añadió Iglesia,—era más acertado que Régulo partiera á Cádiz y se encerrase en la prision que abandonó.

—No lo haré jamás.

—En el palacio de mi amiga está seguro; mas no pierdan ustedes tiempo.

—¿Va á quedarse solo con el cadáver?..

—Tengo tres guardas en esa colina, y en breve llegarán otros.

—Ya que tanto ha variado el noble conde, permítame que le pida un favor.

—Diga V. lo que guste, pero abrevie.

—Le ruego que cuente á todo el mundo mi desafío con Posada; pero oculte que fué mi padrino este pobre teniente, que no tiene más patrimonio que su espada y mi amistad.

—No importa,—contestó Iglesia;—si me quitan el uso de la primera, me basta y sobra con la segunda. Conde, añada usted que fuí su compañero en ese lance fatal, que la honra de prohijar á Régulo neutraliza todos los males que puedan sobrevenirme por esa causa.

—Tiempo habrá de que se sepa, Constantino,—replicó Valleameno;—por ahora lo callaré, complaciendo á Calatrava y cumpliendo un deber de conveniencia.

El vizconde le alargó la mano, exclamando:

—Gracias, amigo mio... Ah, se me escapó la frase.

—Yo la recojo, y me juzgo favorecido con ella.

—¡Continúa el cambio!

—Tan radical ha sido respecto de V., señor vizconde, que hoy le admiro tanto como le temo. Su valor supera á lo crei-

ble, es más grande la nobleza de su alma y se antepone á toda la habilidad, destreza y sangre fria que contemplé hace poco. Adios, amigo mio.

—Gracias; pronto me conocerá mejor, y formará distinto juicio de mí.

Tambien Iglesia se despidió de su compañero; ámbos miraron con sentimiento los restos mortales de Camilo, y desaparecieron por el mismo sendero que habian ido.

Algunos minutos más tarde subieron al carruaje del tio de Constantino, preguntando éste al tronquista:

—¿Podrán llevarnos esos caballos al palacio de Zeneida?

—Faltan once leguas, señorito.

—Contesta sí ó no.

—Han descansado, pero... en fin, llegarán.

—Pues vé lo más de prisa que puedas.

Y partieron á un trote largo y sostenido por algunas horas.

Iglesia corrió el cristal de la izquierda, y comenzó á mirar los deliciosos panoramas que se presentaban á su vista, en tanto que Régulo cruzaba las manos, é inclinando la cabeza, permaneció más de media hora triste, abatido y como entregado, en fin, á una idea que torturaba su cerebro. De pronto sacó un lápiz y vários papeles que llevaba consigo, y después de leer un manuscrito, comenzó á trazar algunas líneas. Iglesia le preguntó:

—¿Qué haces?

—Versos.

—¿Otra composicion?

—No, continúo una comedia empezada.

—¿Quieres leerme algo?

—Toma; entretente en ojear ese acto, y déjame en paz.

—Mal humor te engendró el desafío.

—Constantino, me duele matar.

—Tuya no es la culpa; la conducta que has observado es digna de los mayores elogios.

—No importa; por mi causa dejó de existir un sér humano.

—Así lo quiso él, hiciste lo posible por evitarlo, y sólo tú, noble amigo mio, tuviste paciencia, valor y serenidad para aguardar tanto.

—No me vuelvas á interrumpir.

—Lo haré, que estos versos me agradan más aún que tu conversacion.

Y el uno siguió escribiendo miéntras el otro comenzaba á leer.

Anduvieron cuatro leguas, repitiendo á cada instante Iglesia:

—¡Bravo, sublime! ¡Qué pensamientos, qué ideas, qué efecto!

Sin que Régulo alzara la cabeza ni demostrase oir nada.

Constantino habia leido dos veces el acto, y ya se disponia á devolverlo á su amigo, cuando de pronto se detuvo el carruaje.

—¿Qué ocurre?—preguntó al cochero.

—Que los caballos no pueden más, y es preciso concederles algun descanso.

—¿Cuánto llevamos andado?

—Nueve leguas..

—Razon tienen de sobra. ¿Habrá yerba ó algo que darles en esos bosques?

—Creo que sí.

—Abandonad el pescante, y yo ocuparé vuestro puesto ínterin lo buscais.

Así lo hicieron, sin que Florian tomara parte en aquella conversacion ni dejara de escribir. Su amigo bajó un cristal de la delantera, y desde su asiento le preguntó:

—¿Has visto á los que han pasado ántes?

—No, ni me importa nada.

—Cuatro guardas á caballo, armados, y con esos he contado ya veinte; todos van á escape y en direccion de Madrid.

—Eso prueba que tendrán algo que hacer allí.

«Con la espada atravesé...»

—¿Qué dices?

—Nada, hombre, que me dejes.

—Sea en buen hora; llevo un compañero delicioso.

Y subió el cristal, quedando sobre el pescante.

Poco después comenzaron á comer los caballos yerba que les dieron el cochero y lacayo en morrales improvisados. Terminada esta operacion, y trascurrida una hora de descanso, se bajó Iglesia para volver á ocupar su sitio y que continuara el coche; pero en el momento de abrir la portezuela, le detuvo la voz de un hombre que se dirigia andando hácia Madrid. Al pasar por delante de ellos exclamó:

—¡Ay de mí, qué será de nosotros sin esos dos pedazos de mi corazon!

—Constantino le miró, notando que era anciano, que iba descalzo, llorando y en actitud que inspiraba compasion. En su traje demostraba ser labriego, y su cara rugosa y cabellera blanca y rala lo presentaban cási octogenario.

Iglesia lo detuvo, preguntándole:

—¿Qué es eso, abuelo? ¿Por qué llora V?

—¡Ay, señor, me quedo sin dos hijos que eran el báculo de mi vejez!

—¿Han muerto?

—No, señor; cayeron soldados, y se los llevan.

—Lo siento; pero no soy lo suficiente rico para regalar á V. el importe de la sustitucion. ¿En qué se ocupaban?

—Labrábamos una hacienda de la señora princesa.

—¿Por qué no ha visto V. á su ama?

—De allí vengo, señor; pero hallé el palacio cerrado, y un lacayo me dijo que S. A. no recibe á nádie.

—Haber esperado.

—Quise hacerlo, pero añadió el sirviente que no lograria mi intento en un mes. ¡Ay, qué desgraciado soy! ¡A mi edad tendré que pedir limosna, y mi pobre mujer morirá de pena!

—Mientes,—le dijo el vizconde de Régulo desde el interior del coche;—los colonos de Zeneida no llegan nunca al es-

tado que tú lamentas. Toma esos veinte mil reales próximamente que ella te regala: libra á tus hijos, sé feliz, y bendice el nombre de tu bienhechora. Adios. Sube, Constantino. A escape, cochero.

Y le arrojó en monedas de oro la citada cantidad.

—Señor,—exclamó el colono,—quisiera saber el nombre de V. E...

No pudo continuar; el carruaje partió, si no á escape, como queria Calatrava, á un trote largo, único que podian sostener los caballos.

—¿Qué has hecho, Florian?

Interrogó Iglesia á su amigo.

—Nada que merezca esa pregunta.

—Has regalado mil duros.

—Sí, me estorbaba su peso, y ese desgraciado me libró de él.

—¿Cuánto te queda?

—Ni un céntimo. ¿Me permites?..

—No; esa accion, noble como ninguna, merece mi elogio y á la vez mi censura.

—Bastante me importan ámbas cosas.

—De ese modo serás siempre pobre.

—Me alegro; harto tiempo fuí rico.

—Es que no volveré á consentir...

—¿Qué harás?

—Oponerme.

—¿A que dé á un infeliz padre de familia el producto de un trabajo que me robó tres ó cuatro horas de tiempo? ¿Crees, por ventura, que Dios me otorgó talento para que lo envuelva en el manto de un egoismo tan ruin y miserable como?..

—Calla, Florian, calla, y déjame en paz.

—Gracias.

—Afortunadamente llevo yo mil reales.

—De saberlo ántes, no los tendrias, torpe avaro.

—¿Qué hubieras hecho?

—Obligarte á que se los dieras á ese anciano ó atraer el carmin á tus mejillas.

—¿Y si, como parece, no está la maga en ese palacio, y sus criados se oponen á que entremos, con qué habiamos de comer las ocho bocas que vamos aquí?

—Con el importe de mi gaban, de tu cadena ó de tu reloj; con lo que llevarán el cochero ó el lacayo; con uno de los mil medios que están á nuestro alcance, miéntras que ese desgraciado sólo contaba con nuestra generosidad, y de ella dependia la suerte de cuatro séres humanos.

—Le diste mil duros, es decir, toda tu fortuna, ¿y aún te parece poco?

—Sí.

—Florian, si te elevas tanto, no podré alcanzarte nunca.

—Peor para tí, mísero teniente.

—Gracias, opulento vizconde.

—Mi padre, que nunca miente ni se equivoca, dice que el pobre está más cerca de Dios que el rico. ¿Me dejas escribir?

—¿Con qué luz? porque la del dia ha terminado. Guárdate ese acto, el cual vale más que cuanto se ha escrito y representado en la isla.

Calatrava se entregó de nuevo á su anterior melancolía, ínterin Constantino miraba las bellísimas alamedas que iban ya anunciando la proximidad al palacio de Zeneida. El cochero cada vez oprimia más á sus fatigosos corceles; éstos tenían buena sangre, y con el descanso y la comida que les dieron fué suficiente para que anduvieran las once leguas en seis horas, llegando, por lo tanto, á las diez de la noche á la morada de la hermosísima princesa.

Los caballos se detuvieron, exclamando Iglesia:

—Terminamos nuestro viaje, vizconde.

—Quiera Dios que te equivoques,—contestó aquél.

—¿Deseas andar más?

—Sí.

—No te comprendo.

—Si está aquí Zeneida, la maga es otra mujer.

—¿Y tú deseas?..

—Tienes razon; cuando se trata de ella, mi cabeza quiere una cosa, y... Echemos pié á tierra.

—Y el corazon otra; lo sospechaba.

—Supones lo que te parece.

—La verdad.

—Bajemos.

—Están cerradas las puertas y á nádie se ve.

—Sepamos quiénes hay y la suerte que el destino nos reserva esta noche.

Florian avanzó, golpeando seguidamente en la gran puerta del palacio.

—¿Quién es?

Le preguntaron desde la parte adentro. Calatrava contestó:

—El vizconde de Régulo.

—¿Qué desea?

—Hospitalidad.

—¿Por qué causa?

—La pregunta es chistosa. No tengo dónde dormir ni dónde comer en algunas leguas alrededor, y carezco además de recursos por esta noche.

—Volveré.

Y Calatrava aguardó junto á Iglesia cinco minutos que tardó en regresar el sirviente que le habia interrogado.

Por fin se abrieron las puertas del palacio, y los dos jóvenes penetraron.

—¿Se halla aquí la muy noble y poderosa dueña de esta casa?—preguntó Florian á un mayordomo que le salió á recibir.

—Sí, señor; se encuentra en el salon de tertulia,—le contestó aquél,—y en este momento canta. Oiga V. S. su deliciosa voz.

Calatrava é Iglesia se miraron sorprendidos. El primero añadió:

—Me acompañan este caballero, un cochero y lacayo.

—Todos caben en esta morada.

—¿Y el carruaje?..

—Tambien. ¿Ha comido V. S?

—Ninguno de los cuatro probamos nada desde esta mañana.

—Síganme entónces.

Y los introdujo en la habitacion destinada á Régulo la primera vez que estuvo allí. Habia en ella dos camas en vez de una, y en medio del saloncito mesa de comer con dos cubiertos preparados.

El mayordomo les dijo:

—En la estancia contigua hallarán lo necesario para asearse, si lo creen conveniente ahora, y la comida les aguarda.

Ambos jóvenes volvieron á mirarse con más sorpresa que nunca.

—Esta mujer nos esperaba,—se decian;—calculó hasta la hora de nuestra llegada, y sin ser la maga adivina.

Ambos entraron en la habitacion que tenían al lado, y se asearon, servidos por dos lacayos. Después dijo Régulo al sirviente primero:

—Desearia merecer la honra de hablar con S. A.

—Coma V. S. primero, que yo entretanto lo anunciaré.

—Gracias. ¿Y nuestro cochero y lacayo?

—Dan pienso á los caballos en este instante, y acto contínuo se sentarán á la mesa.

—Pues comamos nosotros tambien, Iglesia.

—Falta nos hace, Régulo.

Los dos lo verificaron, notando que las viandas estaban recien preparadas, que el canto seguia, y que nada anunciaba, por último, alteracion alguna en aquel palacio.

A la mitad de la comida y después de mil cálculos y deducciones por parte de Florian, preguntó éste á uno de los dos lacayos que servían á la mesa:

—¿Pasea mucho tu señora?

—Bastante, señor vizconde.

—¿Por estas alamedas?

—Sí, señor.

—¿A pié, ó á caballo?

—A pié, á caballo ó en carruaje.

—¿Diariamente?

—Todos los dias.

—Segun veo, la tertulia continúa por las noches.

—Sí, señor.

—¿Sin interrupcion?

—A la misma hora é igual en todas sus partes. En el aislamiento en que vivimos jamás se alteran nuestras costumbres.

—Creí haber visto no há mucho en Madrid á tu señora.

—Se ha equivocado V. S., siendo lo más extraño que la haya confundido con otra.

—¿Por qué?

—No existe en la isla ninguna que se le asemeje en belleza y talento.

—Habrá sido entónces una torpeza de extranjero, que encuentro parecido en todos los rostros de las mujeres hermosas.

—Probablemente. ¿Nada más toman V. S. ni V., señor de Iglesia?

—No.

—En ese caso les serviré café y cigarros.

—Muy bien.

—A no ser que prefieran té.

—Lo primero.

Quedaron solos por algunos instantes Régulo y Constantino. El primero exclamó:

—Nos hemos equivocado. ¿Opinas lo mismo?

—Sí, pero nada aseguro.

—¿Quién será aquella maga?..

—Lo ignoro, Florian; me es completamente extraño cuanto me has referido y he visto de ella.

—Café.

Dijo un lacayo, sirviéndoles.

—Cigarros.

Añadió otro, que llegaba en aquel momento.

Y desaparecieron luégo. Nuestros dos jóvenes siguieron hablando cerca de una hora que tardó en presentarse el mayordomo, el cual dijo á Calatrava:

—Ha terminado la tertulia, y mi señora aguarda á V. S.

—¿Podrá acompañarme mi amigo Iglesia?

—Me mandó que sólo V. S. entrara, y ya es imposible pedirle nuevo permiso.

—¿Por qué?

—Está de pié, no he cumplido su órden, y la etiqueta me prohibe volver ántes de obedecerla.

—Lo siento, Constantino; pero ya oyes lo que dice este sirviente. Métete en cama, y descansa, que yo lo haré después. Vamos.

Y en pos del mayordomo subió Florian á las habitaciones del piso principal.

Nada habia variado en aquella morada de encantos: el mismo sosiego, idéntica tranquilidad, iguales sirvientes, y todo permanecia en el estado que lo dejó el vizconde de Régulo.

CAPITULO XVIII.

El talento del hombre en lucha con la sagacidad é imaginacion de la mujer.—Sorpresa de Constantino.—Siguen la duda y el misterio.

Florian halló á Zeneida sola, en el mismo gabinete en que lo despidió y con idéntico traje.

Nuestro jóven le hizo una reverencia, dirigiéndole seguidamente profunda mirada.

—Está grave,—se dijo,—como la última vez que la vi, su faz majestuosa, el conjunto encantador y la actitud sublime.

Y añadió fuerte:

—Perdone V., señorita, si vuelvo otra vez á molestar su atencion y á pedirla una hospitalidad que me era indispensable.

—Sea V. bien venido, señor vizconde,—le contestó Zeneida con voz tan grata que hizo palpitar su corazon.—¿A qué causa debo el placer de verle de nuevo en mi casa?

—Señora, á una muy grave: entré en Madrid al dia siguiente de despedirme de V., y desde entónces hasta hoy me han ocurrido cosas tan extrañas, que, en verdad, no puedo explicarme ninguna.

—¿Qué relacion tiene eso con su llegada á este palacio?

—Por uno de esos muchos accidentes, que no comprendo, me encaminaron al bosque de *La Dicha*, de la propiedad de V.; en él tuve la desgracia de herir y matar, en duelo que rehusé cuanto le es dado á un caballero, al hijo único del marqués de la Posada, y desde allí un poder mágico, indefinible, me ha traido aquí para llevarme luégo á un calabozo, ó sabe Dios dónde.

—¿Cuándo se realizó ese desafío?

—Hoy á las tres.

—¿Quién lo provocó?

—Mi contrario.

—¿Qué hombres lo presenciaron?

—El conde de Valleameno, el teniente Iglesia y cuatro guardas del bosque.

—¿Qué armas eligieron ustedes?

—Florete.

—Una que rara vez hiere, que cási siempre mata.

—Sí, la prefirió mi rival.

—Y usted, que pasa por noble y generoso, ¿por qué mató á ese infeliz, que era ménos valiente ó hábil?

—Con exposicion de mi vida quise salvar la suya, y sólo me eché á fondo cuando vi que únicamente me restaba matarlo ó perecer yo.

—Haber rehusado el combate.

—¿De qué modo?

—Ocultándose.

—Me ruboriza la idea.

—Porque tienen ustedes el valor de lo terrible, mas no el de lo grande, el de dominarse á sí propios.

—El cielo me otorgó ámbos, pero la sociedad me impide usar del segundo.

—Eso último es cierto por desgracia. Parece que el hombre camina á la perfeccion, no obstante lo cual á cada paso vacila, cae, y á veces retrocede. ¡Cómo ha de ser! ¿Viene V. á mi casa á que le oculte de la policía?

—No, señora.

—¿Usted sabe que ha faltado á las leyes del reino, y que incurrió en un delito que se castiga con la muerte?

—No me asusta, y aguardo tranquilo las consecuencias de un desafío que no me fué dable evitar.

—Entónces, ¿qué motivo le trae aquí?

—Ya en su posesion, quise demostrarle por segunda vez mi gratitud á los muchos favores que la debo.

—¿Sólo eso?

—Eso sólo.

—Parece poco.

—Si la molesto, nos retiraremos ahora mismo.

—No es costumbre en los nobles indígenas de esta isla echar de sus casas á aquel que dan hospitalidad; pretendí únicamente saber lo que V. oculta.

—Si algo he callado, debí hacerlo así, pues tales cosas me ocurren en Nueva-España, que han logrado hacerme vacilar á cada instante y desistir luégo de lo que há un momento pensaba.

—No le comprendo.

Florian fijó en Zeneida otra profunda mirada, añadiendo:

—Desde que la vi á V. en casa del consejero...

—¡A mí!

—Sí, señora, en el baile de máscaras.

—Régulo, su cerebro está algo trastornado.

Expresó la jóven sus últimas palabras con tal naturalidad, que obligaron á Calatrava á decir:

—No me extrañaria que sucediera así.

—Pues es lo peor que, segun deduzco de sus frases, me cree á mí cómplice ó autora de esas cosas que le ocurren.

—He desconfiado hasta de mi padre.

—¡De su padre! Usted no conoce al duque de Noal.

—¿Usted sí?

—Segun cuentan, es incapaz de urdir intrigas ni de preparar acontecimientos ocultos ó impropios de un caballero.

—Ya lo creo; pero yo no he dicho que hubiese intencion siniestra ni maldad en lo que á mí me sucede.

—¿Pues qué hay entónces?

—No lo sé.

—¿Nada le dice su buen talento?

—Noto interés, mucho y noble interés unas veces, y otras lo que no puedo definir.

—¿Quiere V. que le ayude?

—¿A qué?

—A deducir ó conocer la verdad que anda buscando.

—¿De qué modo?

—Cuénteme lo que le ha sucedido.

—¿Tendrá V. paciencia para oirme?

—¿Por qué no?

—Es cerca de media noche, y mi relato extenso.

—No importa. Siéntese V. aquí.

—¿A su lado, en ese divan? Tal honra...

—¿No la merece V?

—Lo ignoro, pero es propia de su mucha bondad.

—Principie V., vizconde.

La bellísima Zeneida se recostó sobre el brazo del pequeño sofá ó duquesa, como hoy llaman á esos muebles, y adoptando una postura tan indolente como seductora, oyó con suma atencion la historia de Florian durante su marcha y permanencia en Madrid. Cuando hubo terminado aquél, le contestó:

—Ya no me extraña que su buen talento se confunda, pues es efectivamente raro todo eso.

—¿Nada más me dice?

—Lo que hizo con mi guarda fué cruel; muy reprensible su conducta con los dos guardias; ridículas algunas otras cosas, y el resto misterioso é inexplicable.

—¿Qué más deduce V?

—Que el vizconde de Régulo es valiente, temerario, hábil y exigente para con los editores.

—Mi pregunta se referia á la maga y á todo lo que con ella tiene relacion.

—¿Cree V. por ventura que yo?.. Já, já, já. La ocurrencia es peregrina.

—Yo no creo nada, Zeneida; pido á V. sólo la ayuda que me ofreció.

—Opino que debe V. dejar al tiempo que le aclare el misterio, y entretanto tomar datos para hacer de eso una novela ó composicion de seguro éxito...

—¿Qué lograré con ella?

—Nombre y dinero.

—Falta me hace el último.

—¿Para qué se lo dió á mi fingido colono, el cual engañó á V?

—¿Está V. segura de lo que dice?

—Muy cierta.

—¿No se puede ser en este país generoso?

—Sí; pero no tan vivo ni cándido.

—Cómo ha de ser; la frase es dura, pero acaso la merezca.

—¿Piensa volver á Madrid?

—Sí, señora.

—¿Cuándo?

—Si V. me permitiese permanecer aquí ocho dias, partiria al noveno.

—¿Qué se propone?

—Dar tiempo á que se canse la policía de buscarme inútilmente.

—¿Cree V. encontrar en mi casa completa seguridad?

—Sí, señora.

—No piensa mal, ni hallo inconveniente en que continúe ese tiempo, siempre que cante de noche y baile algunas veces.

—¿Con quién?

—¿Eso me pregunta á mí?

—Terrible condicion.

—Al contrario, le ofrece diversion y entretenimiento agradable. Quiero que al salir de mi casa conserve recuerdo de ella, y se queje con razon la maga á quien negó una frase, su brazo y el acompañarla en baile, segun V. mismo ha dicho.

—Pues sea así.

—¿Es agradecimiento únicamente?

—Es deseo de complacer á Zeneida.

—Gracias. Estará V. cansado, y le permito en consecuencia retirarse.

—Sólo noto junto á mujer tan bella, elevada y entendida admiracion y respeto.

—Es V. galante á medias.

—Consiste en que la frase admiracion resume un poema.

—Explíquela V.

—Cuando la oigo hablar me encanta; cuando la miro, bendigo á la Providencia que concedió á un sér humano la belleza de sus ángeles, y cuando la veo noble, generosa, entendida, y esto es siempre, me olvido de todo lo que existe que no sea la sublime Zeneida.

—Ahora es V. galante por completo. Nunca me agradaron las lisonjas; pero como V. las economiza tanto, le escucho con gusto. Mañana daremos un paseo á caballo por mis alamedas.

—Gracias.

—Por la noche cantará V. las estrofas que dedicó al marqués de la Posada; el resto del tiempo puede emplearlo en concluir la comedia esa de que me habló ántes. Quiero que corramos juntos por los sitios que tan admirablemente describió en su composicion.

—¿La leyó V?

—Sí, y tanto favor me hace en ella, que no he podido negarle hoy la hospitalidad extraña que ha solicitado.

—Aun cuando eran versos, relataban la verdad.

—Pues han creido que estaban escritos con pasion.

—¡Apasionado yo!

—Ya les contesté á los que así opinaban, que los poetas dicen lo que no sienten.

—En las descripciones no exageré; tampoco al hablar de los mil encantos con que la Providencia dotó á la dueña de esta casa; pero no creo que lo expresara con pasion.

—Parece que le atormenta la frase.

—No, pero...

—Acabe V.

—Son las doce y media, la he molestado bastante, y con su permiso me retiro.

—¿En qué reloj? Porque en el mio es la una.

—Cierto; habia mirado mal. Estoy abusando...

—¿De qué?

—De la paciencia y bondad de V.

—No lo he notado; pero anduvo quince leguas, se batió, y ya es hora de que encuentre reposo. Hasta mañana.

La jóven le alargó la mano, que Florian estrechó, estremeciéndose al unir á la suya aquella epidermis tan blanca y suave, aquella diestra tan pequeña, torneada y aristocrática.

—¿A qué hora el paseo?

Le preguntó aparentando indiferencia y tranquilidad.

—A las dos de la tarde.

—Beso á V. los piés.

Salió el vizconde, retirándose á su habitacion muy poco satisfecho de la entrevista que concluia de tener con Zeneida.

—No es la maga,—exclamó para sí,—ni áun cuando lo fuese hubiera yo podido traslucirlo: su rostro, figura y conjunto tienen tal encanto, belleza y dulzura, que no dejan penetrar la investigadora mirada del hombre más profundo y entendido. Pretendí saber, y nada he logrado. ¡Oh, si estaré siendo juguete!.. Cosa extraña; junto á Zeneida me siento otro sér diferente; mis pasiones se avivan; mi talento desaparece, en tanto que, léjos de ella, veo las cosas de un modo enteramente contrario. Eso consiste en que tan hechicera beldad atrae, subyuga y domina áun al hombre que, como yo, se cree in-

sensible á la mágica hermosura de la mujer. ¿Qué diré á Iglesia? Nada: que fuí un torpe, que no pude comprender... ¡Pero si no es la maga ni cabe en sér tan privilegiado el cúmulo de intrigas que descubro á cada paso! Me torturo el cerebro inútilmente; sólo el tiempo aclarará el misterio.

Llegó á su habitacion, y no hallando á su amigo Constantino Iglesia, oprimió un timbre, presentándose un lacayo, el cual preguntó:

—¿Qué manda V. S?

—¿Dónde se halla mi compañero?

—Habla con un conocido antiguo, dependiente de S. A. ¿Le paso recado?

—No; esperaré.

Y se dejó caer en un sillon, volviendo á meditar sobre Zeneida y los misterios que no acertaba á comprender.

Sepamos ahora qué habia sido del teniente.

Al subir Florian á la habitacion de la encantadora dueña de aquel palacio quedó Iglesia solo por algunos instantes, los cuales empleó en pasear por el saloncito, con ánimo de no meterse en cama hasta que regresara el vizconde. Para hacer ménos monótono y pesado el tiempo, encendió otro cigarro, y comenzó á fumar; de pronto se abrió la puerta de su estancia, presentándose á su vista un caballero alto, elegante, bien formado, grave, y el que representaba unos cincuenta años escasamente. Ambos se miraron, preguntando el recien venido:

—¿Me conoce V?

—No tengo el honor...,

El caballero desabrochó su gaban, dejando ver sobre el costado izquierdo de su frac, en forma de cruz, una barrita de oro de seis centímetros de larga y medio de ancha, con una culebra del mismo metal en el extremo superior, signos de autoridad y de muerte entre los antiguos habitantes de la isla.

Al verla Iglesia retrocedió dos pasos, inclinándose con respeto y sumision.

—¿Y ahora me conoce V?

Volvió á preguntarle el de la insignia. El teniente le contestó:

—Veo que es un jefe de distrito...

—No es eso; soy el hijo del cacique Abanco, señor de vidas y haciendas del distrito á que pertenece V. y toda su familia, y heredé por derecho propio el poder, riquezas y empleos de mi padre.

—Soy súbdito humilde de V. E., señor.

Replicó Constantino, volviéndose á inclinar.

—Nuestros usos, costumbres y poderío desaparecieron de la isla,—exclamó el recien llegado con tono solemne,—al presentarse en ella una ilustracion y adelantos que nos eran desconocidos. Nuestros padres juzgaron que la civilizacion moderna nos llevaria á la perfeccion, y así debió ser: por esa causa todo lo cedieron, todo lo abandonaron, y aunque fuertes y poderosos, bajaron su cerviz ante aquel poder mágico de la inteligencia que parecia remontarse hasta el sublime Creador de cuanto existe. Pero no sucedió así, teniente Iglesia; mucho ganamos con la llegada de los españoles; nuestro pueblo, ignorante, laborioso y humilde, en pocos años se igualó, segun cuentan, á los más ilustrados de Europa; mas en vez de seguir avanzando por tan bello camino, han venido á detener su rápida carrera las pasiones bastardas de unos, la torpeza de otros, y el desenfreno que se ve do quier, y que estremece al hombre de honor, al amante de su patria, al isleño que sólo anhela paz, ventura y felicidad en su país. Para cortar abusos, para refrenar pasiones, y para contener, en fin, ese torrente adonde todos nos precipitamos, han vuelto los antiguos caciques, en torno de los cuales se agrupa ya la mayoría de los hombres honrados de la isla. ¿Es nuevo para V. lo que acabo de decirle, señor de Iglesia?

—Mi padre me enteró en parte, pero ignoraba lo principal que concluyo de oir.

—¿Le anunciaron la obligacion que tiene de obedecerme?

—Sí, señor.

—¿Sabe que ante este signo debe inclinarse?

—Ya lo hice.

—Cuando yo le mande, no puede tener voluntad.

—Le obedeceré sumiso.

—Está bien; puesto que conoce las antiguas leyes y costumbres de la isla, excuso decirle que el contenido de todo escrito firmado por mí es un precepto para V.

—Nada hallo que replicar en contrario.

—Es indispensable que S. A. R. la princesa Zeneida no tenga parecido alguno á la maga que habló con el vizconde de Régulo en el baile de máscaras de nuestro enemigo el marqués de la Posada. Es lo primero que le impongo.

—¿Eso ha de creer Florian?

—Sí.

—¿Puedo saber qué hay de cierto en ese asunto?

—No.

—Señor, me convertiré en autómata en todo aquello que no se refiera al vizconde; lo que tenga relacion con éste...

—¿Qué?

—En lo que se contraiga á aquél me es imposible.

—¡Insensato! Oiga V. el juramento de su padre: «Os pertenece mi vida, la de mi hijo; nuestra voluntad é intereses; »yo lo juro sobre el Evangelio; si alguno de los dos faltase, »maldito sea de Dios y de los hombres.»

—Señor, Florian de Calatrava es digno...

—Le conozco mejor que V.

—Merece, en mi concepto, una excepcion...

—No la comprende el juramento de su padre.

—¿Puedo hacer al ménos una sola pregunta?

—Sí.

—Mi amigo el vizconde ¿será víctima de intrigas en que yo tome parte?

—Sígame V., y sabrá algo de lo que desea.

Y los dos desaparecieron por entre una multitud de salones del piso bajo.

Volvamos á Régulo.

Terminada su entrevista con Zeneida, sentado luégo en un sillon, solo y entregado á profunda meditacion, permaneció media hora en esa actitud, sin cuidarse de otra cosa que de sus propias ideas y pensamientos.

Acababa de sonar la una y media de la noche, cuando vino á distraer á nuestro vizconde el estrépito de un carruaje que concluia de parar á la puerta del palacio.

—¡Quién será á estas horas!

Exclamó sorprendido.

Minutos después entró un lacayo, diciéndole:

—En este momento ha llegado un personaje de la corte, el cual desea hablar con V. S.

Calatrava le contestó:

—No es esta mi casa, ni puedo recibir en ella á nádie sin permiso de tu señora.

—S. A. descansa ya, y no es posible hacerle pregunta alguna; pero en su nombre dice el jefe del cuarto, que no hay inconveniente en que V. S. reciba á ese forastero.

—¿Cómo se llama?

—Lo ignoro.

—¿No dices que es un personaje de la corte?

—Eso oí á dos mayordomos.

—Que pase, y sepamos quién es.

Florian se puso en pié, recibiendo minutos después á un caballero bien portado, de fisonomía simpática, grave, vestido de negro, y cuya frente revelaba talento y firmeza en las resoluciones.

—Beso á V. la mano, señor vizconde.

Le dijo entrando.

—Beso á V. la suya, caballero. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Soy un rico propietario de la isla, entregado á la política desde hace algun tiempo. Lo demás no hace al caso; pero si demostrase empeño...

—Ninguno. ¿En qué puedo complacerle? ¿Quiere V. que nos sentemos?

—Me parece conveniente, pues acaso se prolongue nuestra conferencia, y deseo que se moleste lo ménos posible.

—Hé ahí un sillon, y tenga á bien contestar á mi anterior pregunta.

—Señor vizconde, me consta, y ya lo saben muchos en Madrid, que ha muerto V. esta tarde á D. Camilo Pōsada.

—¡Se lo dijeron á V., y tuvo tiempo de venir aquí!..

—No le extrañe: anduve en seis horas las quince leguas que nos separan de la corte, lo cual es fácil teniendo presente la magnífica construccion de la carretera.

—¿Y se cuenta en Madrid que mi duelo con Posada fué en toda regla?

—Sí, señor. Valleameno hizo justicia al valor, serenidad y destreza que demostró V., añadiendo que se guardaron las reglas aplicadas en casos análogos entre cumplidos caballeros.

—Me complace saberlo.

—Las leyes de este país condenan á V. á muerte.

—Es el segundo ó tercero que me lo dice. ¿Viene V. á prenderme?

—Al contrario, deseo salvar su vida.

—¿Qué interés pudo moverle?..

—Señor de Calatrava, voy á ser franco con V., y de ese modo ocuparé ménos su atencion.

—Le oigo con mucho gusto.

—Debo manifestarle ante todo que, áun cuando la ley está terminante en lo relativo á todos aquellos que llevan á cabo un desafío, á nádie se ha privado de la existencia hasta ahora por provocar ó admitir esa clase de duelos.

—Pues es un mal muy grave; las leyes deben cumplirse con toda rigidez, sin consideracion á nada ni á nádie.

—Eso está bien; pero es el caso que en lo referente á desafíos, el artículo que condena es simplemente una amenaza.

—Ya lo sospechaba yo, pues no es sólo aquí donde sucede eso.

—Hay otro mal, señor vizconde, y muy grave tambien.

—Pues dígalo, y sepamos lo que es.

—Se cree, y es verdad, que no existe regla alguna sin excepcion.

—Cierto.

—Es que la de ahora va á costar á V. la vida.

—No comprendo.

—La víctima era hijo del marqués de la Posada, cuyo poder é influencia no deben ser á V. desconocidos.

—Empiezo á comprender.

—Toda la policía, los telégrafos y cuantos medios tiene el gobierno, se han puesto en juego para hallar al reo, prenderle, y de seguro no hay juez que rehuse aplicarle el artículo de que hemos hablado ántes.

—Hallo muy verosímil su relato.

—Sentenciado ya á la última pena, le darán garrote.

—Consecuencia muy natural.

—¿No le estremece la idea?

—No me asusta ni halaga.

—El señor duque de Noal moriria de dolor.

—Posible es; pero ámbos ganaremos.

—¿Cómo?

—Reuniéndonos en el cielo, donde no hay miserables y crueles excepciones.

—Sería una desgracia para el país que tuvo la dicha de acogerlos; por eso nosotros nos apresuramos á evitar que se realice; y si V. nos ayuda, estoy seguro que no acontecerá.

—Le ruego que haga uso de toda aquella franqueza que me ofreció poco há.

—Señor vizconde, pertenezco á un partido grande, popular, que nunca tuvo jefe, y la verdad es que hemos pensado en V.

—Gracias por la honra; mas V. no ignora que soy extranjero, que desconozco los usos y costumbres de este país, y yo

añado que me faltan capacidad y experiencia para ser la cabeza de una masa de hombres inmensa, segun V. asegura.

—Ningun español es extranjero aquí; el talento de V. nos admira, y es lo cierto que anhelamos tenerlo por jefe. Suprima usted una modestia que le sienta bien, pero que es inútil en la ocasion presente; admita mi ofrecimiento, y no tema por su vida, que nosotros la defenderemos.

—¿Quién ha dicho á V. que estaba yo en este palacio?

—Mi amigo el conde de Valleameno.

—¿Es correligionario de V?

—A medias.

—¿Trae V. ámplios poderes?

—De todo el comité, que aprobó la idea por unanimidad.

—Lo siento; pero además de las causas enunciadas, existen otras que me impiden aceptar.

—¿Podré saberlas?

—Soy pobre.

—A nosotros nos basta con su gran capacidad, energía y direccion.

—Estoy acostumbrado á mandar y á ser obedecido sin réplica.

—Eso necesitamos; un hombre de voluntad propia, tenaz, y que se haga respetar de todos.

—En ese caso, sepamos si sus ideas están de acuerdo con las mias, que es lo principal.

—Indudablemente: nosotros vamos á la cabeza de la civilizacion; anhelamos plantear todos los progresos morales y materiales, y somos, en fin, la representacion genuina del porvenir.

—Ya, los llamados *fusileros*.

—Eso es una vulgaridad, señor vizconde.

—Pues yo se lo he oido á todo el mundo.

—Pero bien comprende que es un mote, una calificacion estúpida.

—No cuestiono sobre el título, pero afirman, que algunos

de ustedes no cuentan con la abnegacion y desinterés necesarios al patriotismo de que blasonan.

—En todas las grandes reuniones hay hipócritas, y eso no debe extrañar á V.

—Lo malo es que parecen contraidas esas excepciones á la cabeza del partido.

—¡Una calumnia!

—Perdone V.: la frase es dura, y merece explicaciones. Yo he cogido la idea entre ustedes.

—¿Quién de nosotros se atrevió?..

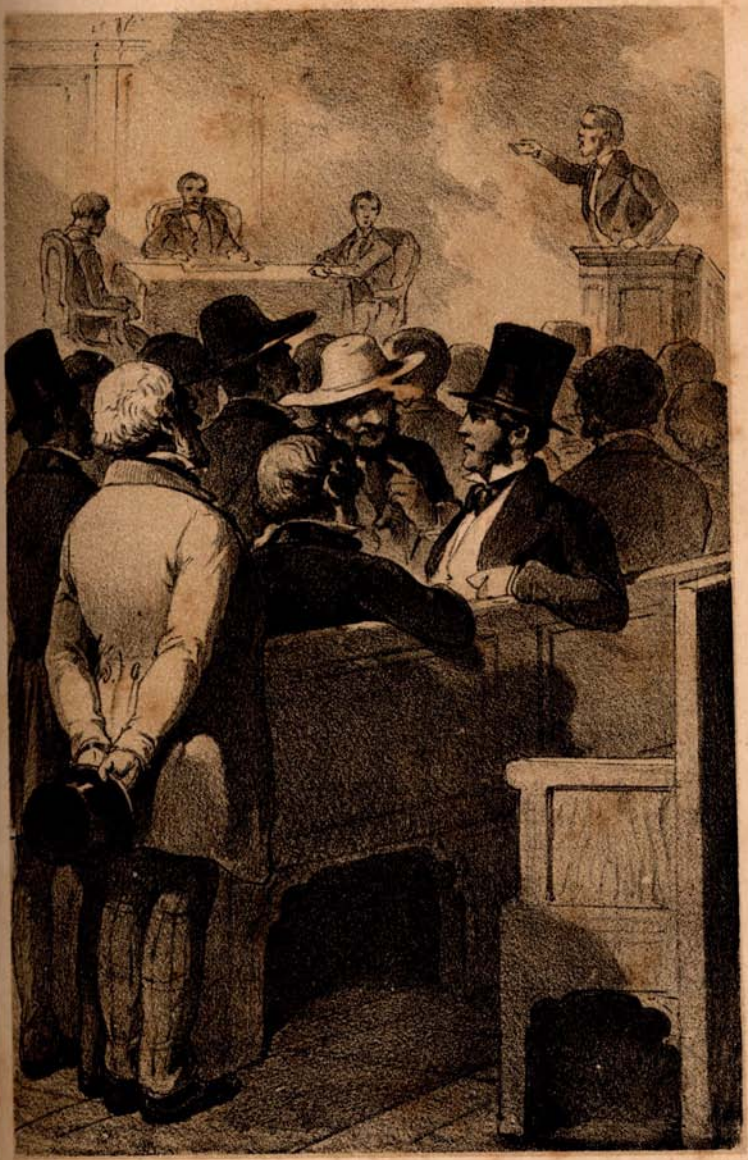
—Oigame V. con atencion: cruzaba yo una calle nueva, cuyo nombre no recuerdo, situada en los extremos de la capital, cuando hubo de llamar mi atencion la espantosa gritería que escuché en uno de sus edificios. ¡Parece teatro, exclamé; pero á esta hora y en sitio tan alejado del centro!.. Sepamos qué es eso, dije, y entré sin que nádie me pusiera impedimento. ¡Qué impresion tan agradable recibí! No era aquello un circo rômano, pero se parecia; no un congreso ateniense, pero sí su antítesis; no un senado con su César al frente, su Ciceron en medio y su Bruto á la derecha, pero sí lo contrario. Cuando yo asomé la cabeza todos hablaban, el espíritu pátrio blandia sus alas de fuego, y nada habia que no fuese conmovedor, terrible, asombroso. ¿Estaba V. allí?

—Sí, señor; continúe V.

—Después de mil *dimes* y *diretes*, perdone V. la vulgaridad, se restableció el órden, y calló la multitud, apareciendo en la tribuna:.. ¿se llama aquí á eso tribuna?

—Lo mismo da; siga V.

—Apareció en la tribuna un *tribuno*, y lo que dijo de bueno no es para repetido. Yo le oia con entusiasmo creciente, cuando un murmullo general me advirtió que debia suspender mi juicio. ¿Qué dirán? me pregunté sin lograr dar respuesta. Pero hé aquí que el rumor acrece, empiezan de nuevo las voces, el orador es interrumpido, y yo no podia explicarme nada de lo que escuchaba y veia; mas una casualidad inesperada



C. MUGICA, dib.º y litº. Lit. de J. DONON. Madrid.

—Que humo es ese?
—El patriotismo, la conciencia y la fé
política que se evaporan.

se apresuró á descorrerme el misterioso velo, ó como si dijéramos, á resolver el problema que me tenía confuso, aturdido, perplejo. De pronto llegó á mis oidos una pregunta y contestacion que me dejaron como estatua. ¿Quiere V. oirlas?

—Sí, señor.

—El que interrogaba era del pueblo y el que contestó parecia caballero; contrastaban los trajes de ámbos, mas se asimilaban en ideas, actitud y gravedad. Comprenda V. bien lo que preguntó el uno medio en *caló* y lo que contestó el otro en buen castellano:

—¿Qué humo es ese?

—El patriotismo, la conciencia y la fe política que se evaporan.

—No anduvimos muy acertados en la reunion á que V. se refiere, señor vizconde, por efecto de desuniones y otras causas que no son del momento; mas ahora estamos conformes en todo, y con un buen jefe como V., es seguro el triunfo de nuestras ideas. Nosotros sabemos que V. es ambicioso, que anhela elevarse como merece un hombre de su talento, y la ocasion que yo le ofrezco no puede ser más propicia. Al frente de nuestra gente, pronto *será V. poder*.

—Pensé un dia,—replicó el vizconde con sentimiento,—tomar parte en las luchas políticas, intrigar, y de un modo honroso, áun cuando difícil y expuesto, adquirir el nombre que no tengo en esta isla y una fortuna que en su mayoría regalé en Europa y el resto me quitaron aquí; pero es tan escabroso el campo que me ofrecen cási todos los partidos militantes de este pueblo, que me veré obligado á desistir de mi empeño.

—Pues, en mi concepto, en todas partes sucede lo mismo.

—No lo crea V.; tan hondas divisiones, rencores tan profundos, tan poca fijeza y tan torpe proceder, sólo se ven en esta infortunada isla.

—¿Qué hemos de hacer? Nos acosan, nos combaten con malas armas, nos apuran...

—Al contrario: les permiten que formen clubs, pues esos comités no son otra cosa; les dejan que se entiendan, confabulen y conspiren, y el resultado será la tristísima revolucion que todos deploramos.

—No es posible obrar de otro modo.

—¿Conque no es posible evitar el derramamiento de sangre inocente, la confusion, el desórden, y el caos, en fin, consiguiente al cataclismo social que ustedes preparan?

—Digo que no.

—Pues yo le aseguro que jamás podré entenderme con quienes piensan de esa manera.

—¿Qué haria V. segun sus creencias?

—Yo presentaria la idea, poniéndola al alcance de todas las inteligencias; demostraria los grandes beneficios y la prosperidad de su aplicacion, convenciendo con lógica, no con tiros y estocadas.

—¿Y luégo?

—Si el país me seguia, mi triunfo era cierto en las urnas electorales y en el parlamento.

—No nos conviene; nos hemos vedado ese terreno, y al hacerlo así mucho vamos ganando.

—O acaso todo lo pierdan ustedes. En fin, es inútil que continuemos la discusion, toda vez que yo, léjos de aprobar la conducta que observan, empiezo ya á deplorar los males é infortunios que producirán sus torpezas, si no entran por otro camino diferente al que se han trazado. Le agradezco sus ofrecimientos, pero ni ahora ni nunca deberán contar conmigo como jefe ni áun como soldado.

—Morirá V. en un patíbulo.

—Cómo ha de ser, sufriré mi suerte con paciencia y abnegacion.

—Qué locura; optar por eso cuando le esperaba con nosotros un porvenir tan brillante, un puesto tan elevado.

—Señor mio, no quiero la felicidad, la vida, ni nada, en fin, á costa de inocentes víctimas, ni ganadas por medios que re-

chaza mi conciencia. Ruego á V. desista de su empeño, y no me vuelva á hablar de eso.

—Sea, puesto que así lo quiere V. Siento, sí, sacar sólo de esta morada lástima y compasion.

—Pues no se las lleva V. todas; más compadezco yo á ustedes; más digno de lástima es el infortunado que entra en el sendero por que ustedes caminan.

—Beso á V. su mano, señor vizconde; cuando esté en la capilla volveré á verle, que soy hermano de la Caridad.

—Gracias; allí necesitaré únicamente de la bondad de Dios, que hasta hoy no me ha faltado. El cielo le guarde.

Salió el desconocido, siendo reemplazado un instante después por Iglesia, que dijo á Calatrava:

—Me has tenido á la parte de afuera más de media hora.

—¿Por qué no has entrado?

—Desconocí á ese caballero, y juzgué imprudente interrumpir vuestra conversacion.

—Mal hecho; deseaba que marchase lo ántes posible. Es cerca de las dos, y debemos descansar.

Ambos se desnudaron, metiéndose en cama acto contínuo. Estaban á seis varas de distancia; ardia en medio de la habitacion la opaca y vacilante luz de una lámpara de bronce; las puertas permanecian cerradas, y un silencio no interrumpido reinaba en todo el palacio y alrededores.

Iglesia preguntó á Régulo:

—¿Qué tal Zeneida, te ha recibido bien?

—Sí.

—¿Averiguaste algo?

—Nada.

—¿Qué causa?..

—La ignoro.

—¿Tienes mal humor?

—No, sueño.

—Ya dormiremos. ¿Hallaste parecido entre tu maga y la hija del infante?

—Ninguno.

—Hiciste con tino tus observaciones, pues yo he procurado indagar entre los amigos que tengo en este palacio, y resulta un disparate lo que creimos al principio.

—Tambien yo le dirigí muchas preguntas; pero ante esa mujer inclino mi frente y me siento anonadado.

—¿Qué motivo?..

—Que tiene más talento que yo.

—Imposible.

—Sus encantos, la mágia de una voz que atrae y seduce, la majestad de su hermosísima frente...

—Eso es; continúa, y describirás la causa de un modo admirable.

—¿Supones tú?..

—Poca cosa, mi querido Florian: doy por hecho que esa deliciosa beldad te encanta.

—¿Y qué tiene de extraño?

—Nada; por ahí se empieza siempre.

—Sigue.

—Ya he concluido.

—Por ahí se empieza, para llegar, ¿á dónde?

—Al delicioso campo del amor.

—Si tal sucediera, ahogaria mi corazon.

—Mal hecho: eres jóven, te sonrie el porvenir...

—Sí, presentándome un patíbulo afrentoso y cruel.

—¡Qué locura! ¿Te refieres á las consecuencias de tu desafío?

—Claro está.

—Por eso no matan á nádie...

—La ley está terminante, y mi adversario era hijo de un consejero.

—Razon más para que no se ensañen contigo.

—¿Decias?..

—Que el porvenir te sonrie, siendo así que la mujer más elevada de esta isla, la más hermosa, la más querida y res-

petada de cuantos la conocen, te elogia de contínuo y áun te admira.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Sus mismos dependientes que la oyen de dia y de noche.

—¿Y eso, qué?

—Por ahí se empieza, para encontraros ámbos en el campo de que te hablé anteriormente.

—¿Me dejas dormir?

—A pesar de tus propósitos, deseo y fuerza de voluntad, nada tendria de extraño que se efectuara en tí un cambio completo. Zeneida no encuentra parecido en el mundo: qué candor; qué belleza; enloquece si mira; hablando embriaga, y no es dable permanecer tranquilo ante un sér que robó á los ángeles su conjunto de hermosura.

—Eso he dicho yo siempre; pero no tiene relacion conmigo: soy viudo, y la memoria de mi Erundina absorbe...

—Recuerdo grato que irás olvidando poco á poco, y es muy natural; en tú caso yo haria lo mismo.

—¿Por qué me aconsejas eso, Constantino?

—Porque te quiero; siendo Zeneida la suprema felicidad, nádie tan digno de ella como tú.

—Hablemos de la maga.

—¡Para qué! Ya nos ocuparemos de ella en Madrid si se nos vuelve á presentar. ¿Quién era ese caballero que hablaba contigo poco há?

—Un hombre político.

—¿Qué queria de tí?

—Nombrarme cabeza de su partido.

—¿Aceptaste?

—¿Estoy acaso loco?

—No comprendo la causa.

—Jamás optaré por nada contrario á lo que imponen el deber y la conciencia. Te advierto que han dado las dos, y que vamos á permanecer aquí ocho dias.

—Mañana mandaré por ropa y cuanto podamos necesitar.

—Pues hasta mañana.

Florian cerró los ojos, quedándose al poco tiempo dormido. Iglesia sacó entónces un lápiz y papel que habia puesto debajo de la almohada, y escribió diez minutos. Luégo dió un golpecito en la pared, y abriéndose la puerta que estaba á la derecha, apareció un hombre, al cual entregó las líneas que concluia de trazar.

La puerta volvió á cerrarse, y un cuarto de hora más tarde dormia el teniente con un sueño tan tranquilo como el del vizconde.

CAPITULO XIX.

Laboriosidad de Régulo.—Los paseos á caballo y á pié.—El principio de un porvenir risueño, oscurecido por algunos instantes.

Serian las ocho de la mañana cuando abrió los ojos Calatrava, viendo enfrente de él al lacayo que le sirvió de ayuda de cámara la primera vez que estuvo allí.

—¿Qué quieres?—le preguntó.

—Vestir á V. S. y asearlo.

—¿Duerme el señor de Iglesia?

—No, señor; hace media hora que tomó el desayuno, y en este momento pasea por los jardines.

—Entónces me levantaré yo tambien.

Así lo hizo, dejándose luégo afeitar y arreglar la cabeza. Cuando hubo terminado, dijo al sirviente:

—No quiero desayuno, pero sí un tintero y papel para escribir.

—En la galería del piso principal que da frente al Norte tiene V. S. su despacho con todo lo necesario al efecto.

—¿Quién ha dispuesto eso?

—S. A. mi señora.

—Pues guíame.

Y cogiendo Régulo cuantos papeles trajo de Madrid, subió en pos del lacayo. Al llegar á la puerta, añadió el último:

—Pase V. S., y tome posesion, si gusta, de ese departamento.

Régulo entró en una estancia, cuyo frente de cristales daba á la parte más deliciosa de los jardines de Zeneida. A la derecha, y en un extenso armario de ébano, tenía más de dos mil volúmenes de obras científicas y literarias; á la izquierda multitud de retratos de personajes célebres, europeos é isleños, y á la espalda vários mapas. En el centro estaban la mesa y sillon, ámbos de palo santo, y sobre la primera se veia un pupitre de mosáico y terciopelo, papel blanco, escribanía de oro, lacre etcétera. En torno del despacho existia un divan ancho y cómodo, y al pié del armario un velador incrustado de nácar, concha y bronce.

Florian quedó sorprendido ante lo poético del paraje y la magnificencia y lujo del despacho.

—Muy bien,—exclamó;—en sitio tan encantador debe ser fácil hacer versos. Veamos si es verdad.

Y comenzó á escribir, sin dejar la pluma hasta las doce, que le interrumpió Iglesia con la siguiente pregunta:

—¿Trabajas?

—Sí; ¿y tú, en qué te has entretenido?

—En recorrer los pintorescos alrededores de este palacio, hablando luégo con algunos conocidos.

—¿Escribiste á Madrid?

—No; he mandado persona de confianza, que nos traerá cuanto necesitamos.

—Mucho madrugaste.

—No lo creas, me levanté á las siete.

En este instante se presentó un lacayo, diciéndoles:

—S. A. les ruega pasen al comedor.

Ambos obedecieron, teniendo lugar el almuerzo en la forma que los anteriores en que tomó parte Florian.

A la mitad de aquél interrumpió Zeneida el silencio que reinaba en la mesa, interrogando á Calatrava:

—Y bien, vizconde, ¿ha descansado V. de las fatigas de ayer?

—Sí, señora; gracias.

—¿Y usted, Iglesia?

—Tambien, y agradezco á V. A. la atencion.

—¿Podrán montar á caballo esta tarde?

—Sí, señora,—replicó el vizconde;—ámbos deseamos merecer la honra de acompañarla.

Calló la jóven, y continuó el silencio. Florian exclamó para sí:

—Le da Constantino tratamiento, y ella se lo acepta, miéntras que á mí... No comprendo nada de cuanto pasa en esta isla.

Terminado el almuerzo, se pusieron todos de pié, saliendo Zeneida y cuantos le acompañaban, á excepcion de Régulo é Iglesia, que la saludaron, volviendo á sentarse cuando aquella habia desaparecido. El último exclamó:

—¡Qué hermosa es! Encanta, Florian, encanta.

—Fumemos,—dijo el vizconde,—ya que somos los únicos, al parecer, que podemos hacerlo aquí.

—Buenos cigarros nos ofrecen. ¿Qué opinas de Zeneida?

—Estos tabacos tienen el mismo aroma y sabor que los mejores de la Habana.

—Dicen eso. No vi nunca hermanadas la majestad y la belleza como aparecen en esa arrebatadora mujer.

—Supongo que te contraes al pequeño espacio que ocupa esta isla.

—Es lo único que conozco de la tierra.

—Es muy poco este rincon.

—¿Admirastes, tú, que conoces el mundo, mujer más perfecta?

—Te advierto que en las caballerizas de Zeneida hay potros capaces de estrellarte.

—No hablaba de eso.

—Te lo digo, porque dias atrás, un lacayo que me seguia...

—Ya me lo han contado.

—¿Montas bien?

—Lo suficiente para seguirte donde quieras. ¡Qué ojos tan negros y rasgados, qué epidermis tan blanca y tersa!.. Noté que te miraba mucho, Florian.

—¿A quién te refieres?

—¡Brava pregunta! á la princesa.

—No reparé.

—Pues me pareció lo contrario.

—Distraido puede...

—No, era á *hurtadillas* y con un disimulo que no pasé desapercibido.

—Tú lo dices.

—¿No te gusta hablar de ella?

—Sí, pero no hallo causa ni motivo en este instante.

—¿Cómo va tu comedia?

—Bien; hoy avanzó, y en los ocho dias que me restan de permanencia aquí la dejaré terminada y corregida.

—¿Quieres que te saque una copia?

—Sí.

Ambos continuaron hablando, fumaron sus cigarros, y á las dos ménos cuarto entró un lacayo, ofreciéndoles espolines y látigos, que ellos aceptaron, pasando luégo á su habitacion y seguidamente al patio, donde montaron hermosos caballos.

Zeneida apareció cubierta con vestido de terciopelo morado, un sombrerito de ala abarquillada con pluma blanca, cinturon bordado de oro y pedrería, y más bella que nunca. Sujetaba con las riendas un alazan tostado, jóven, bravo y redondo. De pronto exclamó:

—Florian, á mi derecha. Partamos.

Y salió entre el vizconde y un picador. Iban detrás dos indivíduos de su servidumbre, Constantino, y á alguna distancia cuatro lacayos.

—¿Quiere V. correr, Calatrava?

—Me es igual, Zeneida.

—Ya sé que monta V. admirablemente; pero los hijos de este país somos muy aficionados, y nos sostenemos bien. Veamos quién queda atrás. A escape.

Y partieron del modo expresado, por una extensa alameda.

—Si refrena V. su potro quedará á la espalda, vizconde.

Añadió ella, obligando á su caballo á que volase por aquel camino recto, igual y que parecia no tener fin.

Régulo habia contenido efectivamente la carrera de su cuadrúpedo para que la jóven no se precipitara; pero al ver que lo dejaba muy atrás, picó, saliendo como una centella, no cesando hasta ponerse al lado de Zeneida. Al verlo ésta, añadió:

—Adelánteme V. si puede.

—Lleva V. un águila, pero...

—El de V. imita al corzo.

Y ganando unas veces el uno y otras ella, salieron de la alameda, y entraron en un bosque, por el cual continuaron como exhalaciones.

Los dos caballos iban cubiertos de blanca espuma, encendidos los rostros de los jinetes, y picados ámbos, al parecer, por la maestría y valor con que cada cual pretendia anteponerse á su compañero.

Corrieron en una hora más de cuatro leguas; hubo un instante en que Zeneida se adelantó cien varas; de pronto volvió su alazan, dejándolo clavado en el suelo.

—¿Qué ocurre?

Le preguntó Florian, llegando y deteniéndose tambien.

—Que nos han dejado solos.

—¿Teme V. algo?

—No comprendo la pregunta, vizconde. ¿Habrá alguno capaz de atreverse?..

—No parece posible, ni yo lo toleraria miéntras alentase; mas creí ver retratada en su rostro la sorpresa.

—Al abandonar la alameda se nos presentaron tres caminos que llevan diferentes direcciones, y es indudable que han entrado en otro que no es este.

—Nos volveremos despacio ó de prisa, como V. quiera, y que corran ellos lo que tengan por conveniente.

Se hallaban en una parte del bosque en que estaban los árboles tan espesos, que no se distinguian más que los primeros; el camino no era recto, por lo que ninguno podia ver á los jóvenes á mayor distancia que la de cien pasos.

Zeneida dejaba asomar en su epidermis de nácar un encendido carmin que la hermoseaba notablemente; le agraciaba el sombrero, el color del vestido le favorecia, y sentada sobre la silla, era su cintura un delgado mimbre que ondulaba al más ligero movimiento.

Florian la miró; nunca se presentaba á sus ojos tan hermosa y arrebatadora; pero inclinó la cabeza, exhalando un suspiro que sólo él pudo percibir.

La jóven leyó lo que pasaba en su alma, preguntándole:

—¿Se ha cansado V., Régulo?

—No, señora; mas si gusta podemos volver.

—¿Tiene V. miedo?

—¡Miedo!.. Es decir, miedo no; pero nos hemos extraviado, y pudiera ser esto objeto de crítica...

—¿Quién osaria sospechar de Zeneida? Aquí, vizconde, no hay víboras de esa especie.

—El corazon humano es igual en todas partes, y como no bastan el valor y la virtud de una jóven...

—Pues yo digo que sobran en todas ocasiones.

—Pudiera yo llevar armas, amenazar á V...

—Já, já, já. Con el látigo y las piernas de mi alazan tostado no hay peligros de ese género.

—Ni acontecen nunca con el vizconde de Régulo; digo lo que pueden suponer.

—No; V. se asustó al encontrarse solo conmigo en este bosque, y eso es todo. Partamos, y desaparezca su temor.

—Tal seguridad se retrata en su rostro, y tan admirable valor demuestra, que me agrada continuar hablando en este sitio con mujer tan sublime.

—¿No se violenta V?

—Al contrario: por primera vez contemplo una amazona con arrojo temerario; una hada ó sílfide en belleza; una divinidad en talento.

—Y todo ese conjunto, ¿qué le inspira á V?

—Profunda, grande, inexplicable admiracion. Ayer á esta misma hora heria yo el corazon de un hombre: hoy su vengadora sorprende el mio y lo atraviesa.

—¿Con qué?

—Con dardo cruel.

—¿De los que arroja Cupido?

—No.

—¿Cómo es entónces?

—Lo ignoro.

—Florian, averígüelo V. y sépalo yo.

—¡No puedo, no puedo!

—Noto que se violenta V., que lucha consigo mismo, y teme que el poder de su inteligencia sea vencido por el de su corazon.

—Zeneida, V. lee lo que pasa en mi alma. ¿Volvemos?

—Sí, al paso, que nuestros potros van cansados: de este modo podemos además ir hablando.

Así lo hicieron, marchando muy despacio. La jóven añadió:

—¿Conque le parezco hada, sílfide, divinidad y amazona?

—Su hermosura notable, sorprendente, arrebatadora siempre, se elevó esta tarde como yo no creia.

—Dicen que en Europa existen mujeres hermosas.

—Ninguna... En España las hay efectivamente muy bellas.

—¿Qué iba V. á decir ántes?

—No recuerdo.

—El vizconde de Régulo siempre dice la verdad. Esto exclamaba V. no há mucho...

—Pensé añadir que V. las aventajaba en dones.

—¿A todas?

—A todas.

—Un dia vaticiné á V. que su corazon iria cambiando poco á poco.

—Lo recuerdo.

—¿Me equivoqué?

—Zeneida, ¿se propone V. darle tormento y martirizarlo?

—Muy cruel me juzga.

—Veamos si he acertado. ¿Qué opinion, que concepto tiene formado de mí?

—Bueno.

—¿Qué le inspiro?

—La pregunta es difícil de contestar.

—¿Por qué?

—¿Pretende V. descubrir secretos?

—No adivino como V., y por eso interrogo. ¿Quiere V. contestarme?

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque aún no le conozco lo suficiente.

—¡Ah! ¿Quiere V. un plazo?

—Sí.

—¿De cuánto?

—De veinte dias.

—Está bien; al terminar le repetiré la misma pregunta.

—No olvide V. la fecha.

—Imposible. ¿En qué sitio?

—En este bosque.

Florian sacó un papel, y escribió con lápiz dos solas líneas, que se guardó en el mismo instante. Luégo prosiguió:

—¿Corremos?

—¿A qué tanta prisa?

—Verdad es; creí que aguijoneando mi potro y caminando mucho andaria el tiempo más de prisa.

—¿Cómo se explica eso?

—Leyendo un poco en el libro de la impaciencia humana. ¿No le ha ojeado V. nunca?

—Calma, vizconde, que, contra su costumbre, empieza á ser muy vivo.

—Tiene V. razon.

—¿Cantará V. esta noche?

—Un duo del *Hernani* con V.

—¿Bailaremos?

—Tambien.

—¿Qué dirá aquella maga?..

—¡Fatal recuerdo! Esa idea me presenta el patíbulo afrentoso, el verdugo, y una compasion popular que humilla y ruboriza.

—¿Le tiene V. miedo?

—Esta tarde anhelo vivir.

—¿Para qué? No extrañe la pregunta: desafiaba V. de continuo á la muerte.

—Es muy de séres humanos variar de opinion.

—Cierto; pero siempre con causa suficiente. ¿Cuál es la de V?

—Deseo simplemente que trascurran veinte dias.

—¿Y luégo?

—Después, que se cumpla la voluntad de Dios.

—Siento pisadas de caballos, y no pueden ser otros que los de nuestra comitiva.

—Véalos V.; por allí asoman.

—Nos siguieron entónces; pero no han corrido como nosotros.

—Usted va delante siempre.

—Algunas veces me deja V. atrás; ya lo ha visto.

En este momento se incorporaron con Iglesia y restantes; ninguno osó preguntarles nada, ni hicieron otra cosa que ocupar cada uno su puesto, como anteriormente.

—Al trote, señores.

Dijo la jóven, y todos la obedecieron, continuando sin expresar frase alguna hasta que llegaron al palacio.

Ya en el primer patio, añadió Zeneida:

—Hasta luégo, Florian.

Y desapareció instantáneamente.

Régulo se tiró del caballo, y dando las riendas, corrió á su habitacion, diciendo á un lacayo:

—Sígueme. Ahora saca los espolines.

—Ya están.

—Quítame el polvo.

Cinco minutos después subió á su despacho, dejándose caer sobre el sillon.

—¡Qué hice esta tarde, gran Dios!—dijo.—¡Qué terribles frases dejaron escapar mis labios! Cerca de esa mujer soy otro hombre diferente; mis ideas no son las mismas; pienso al contrario de como debia, y eso prueba que Zeneida arrebata, enloquece, y de tan dura ley no puede librarse ni áun el vizconde de Régulo. ¡Qué pensará de mí el duque de Noal si llega á saberlo! ¡Qué dirás tú, mi Erundina, si contemplas desde el cielo!.. No puede ser; imposible. ¡Oh, yo ahogaré tus impulsos, tus deseos, falaz corazon! ¡Y la cita esa! Qué importa; eludiré sus consecuencias, lo cual no es para mí ni áun difícil. ¡Ah, Zeneida! ¡Qué hermosa es! Esta tarde despedian fuego sus ojos; su altivo rostro tenía la majestad de la tierra, la belleza del cielo; cuando hablaba... Estoy loco, loco; pero yo haré por borrar de mi memoria lo que no debe grabarse en ella. Escribiré: la poesía me hace olvidar cuanto me rodea.

Y comenzó á mover la pluma, notando gran dificultad en el desarrollo de sus ideas.

Al cuarto de hora de estar escribiendo fué interrumpido por Iglesia, que, entrando, le dijo:

—Vizconde, corres á pié tanto como á caballo.

—¿Por qué?

—En cuanto llegamos desapareciste, sin cuidarte de mí para nada.

—¿Me necesitas?

—No; pero tu compañía me es siempre agradable.

—Pues á mí me estorba ahora la tuya.

—Es un acto de franqueza que aplaudo. ¿Qué haces?

—Comedia.

—¿En que acto estás?

—Concluyendo el segundo.

—¿Tienes corregido el anterior?

—Sí.

—¿Lo puedo copiar?

—Cuando quieras.

—Dámele.

Constantino se hizo llevar un sillon y principió su trabajo.

A la media hora volvió á interrumpir á Régulo, preguntándole:

—¿Qué te ha parecido esta tarde la princesa?

—Bien.

—No la vi nunca tan arrebatadora.

—¿Tambien á tí?.. Es decir... ¿Quieres dejarme que termine este acto?

—Hay tiempo de sobra. Por fuerza te ha parecido sublime como á mí. ¡Qué de encantos presenta esa mujer!

—¿Estás enamorado de ella?

—Por desgracia no puede mi mirada subir tan alto. ¿Y tú?

—Yo... Es efectivamente una deidad.

—Que seduce.

—Que fascina.

—Que arrebata.

—Que enloquece.

—¿Luego tambien á tí?..

—No; le hago justicia, y nada más.

—Me parece que te equivocas.

—Copia, Iglesia, copia.

—Antes que acabes de corregir el acto segundo tendrás el primero terminado.

—¡Cuánta poesía hay en este palacio!

—Más existe en su dueña. ¡Oh, si yo fuese vizconde como tú, heredero de un ducado, descendiente de reyes!.. ¡Mas, ay, pertenezco á una familia oscura, y como si esto fuese poco, se

halla mi posicion reducida á treinta duros de paga al mes y á una honrosa insignia de teniente!

—¿Qué harias en mi lugar, Constantino?

—Si yo fuera hijo del elevado duque de Noal, entónces caeria á los piés de la sublime Zeneida, ofreciéndole mi vida por un solo suspiro de amor.

—¡Amor! Terrible frase has pronunciado.

—Por una mirada tierna, apasionada de esa celestial mujer; por un *yo te amo* escapado de sus labios de ángel; por un...

—Basta; supongo lo demás; te ruego me dejes escribir.

—Par diez, estos europeos son frios como la nieve de sus montañas, excéntricos como el misántropo, y descorazonados como el sér más indiferente.

—Te equivocas, Iglesia; al otro lado de ese inmenso Océano, cási á la misma distancia del polo Norte que se encuentra esta Isla del polo Sur, se halla mi querida é inolvidable España. Pues bien: en aquel suelo dilatado y frondoso nacen los hombres vigorosos, ardientes, entusiastas, apasionados, vehementes, y es una excepcion muy rara ver ese indiferentismo, é imposible encontrar un misántropo.

—¿Allí has nacido tú?

—Sí, en Sanlúcar de Barrameda, centro de la bellísima Andalucía.

—No te se conoce en nada; cualquiera diria lo contrario, y yo el primero.

—Estás en un error, Constantino. Tambien mi corazon late con violencia, arde en mí la sangre, acrece el entusiasmo, quiero, y... y soy un infortunado que vino á esta tierra á oir, ver, callar y sufrir.

—Entónces te falta valor.

—Ya lo viste ayer tarde.

—No es ese, el moral.

—Porque no soy débil padezco y callo.

—Porque te sobra miedo aparece la timidez en tu semblante.

—¡Eso me dices!

—Eso te digo.

—Constantino, ¿obras por cuenta propia?

—¿Qué me preguntas? ¿Qué quieres decir?

—¿Crees lo que expresas, ú obedeces lo que te mandan?

—Florian, escribe y yo copiaré.

—Iglesia, contéstame ántes.

—Digo lo que siento, lo que veo.

—¿No mientes?

—Régulo, acaba el acto, y no me calumnies.

—En ese caso, dame un consejo franco, desinteresado, leal, que lleve el sello de tu noble amistad.

—Oyelo: sigue, obedece los impulsos de tu corazon...

—¿Comprendes tú las consecuencias?

—Sí.

—¿Debo arrostrarlas?

—Quién lo duda.

—¿Y el duque de Noal?

—Tu padre sólo aspira en el mundo á ver dichoso á su amado hijo.

—Tienes talento, pero puedes equivocarte.

—Y tú una duda obstinada que te conducirá á la desgracia, alejándote por lo ménos de la felicidad.

—Gracias; tomaré el consejo. Copia, y déjame escribir.

Y ámbos prosiguieron hasta las seis y media, que les avisaron era llegada la hora de comer.

Lo mismo que por la mañana hubo por la tarde en la mesa gravedad, circunspeccion y mucho silencio, el cual sólo fué interrumpido dos veces por Zeneida para hacer cuatro preguntas á Florian.

A las ocho se retiraron todos á excepcion del vizconde y Constantino, que quedaron de sobremesa fumando un cigarro, como de costumbre.

Poco después les avisó un sirviente la llegada del emisario que habia mandado Iglesia á Madrid, trayéndoles el baulito del uno, maleta del otro, cartas y algunos objetos más.

Hechos cargo de todo, se asearon en lo posible, y á las nueve y minutos, prévio anuncio, pasaron al estrado, donde vieron á Zeneida reunida á los indivíduos de su alta servidumbre y á algunos otros señores que les eran desconocidos.

Nuestros dos jóvenes saludaron, comenzando á pasear cogidos del brazo, permaneciendo así media hora. Como en las reuniones anteriores, jugaban unos, otros hablaban, imitando vários á Régulo é Iglesia.

Por fin se acercó un caballero á Florian, diciéndole:

—Cerca del piano tiene V. un asiento y vários papeles de música. Eso me manda decir á usted S. A.

Calatrava se separó de su amigo y fué al sitio indicado, ocupando en seguida un sillon que habia al lado de Zeneida.

La jóven le miró con interés, diciéndole más tarde:

—Puesto que prefiere V. el *Hernani* á la música y estrofas compuestas por V. y que tanta celebridad le dieron en casa del marqués de la Posada, sobre el atril hallará la partitura, dejando para otra noche sus composiciones.

—Me es igual, y si quiere las últimas...

—No, sea el *Hernani*.

—Me encuentro á su disposicion.

—¿Descansó V. de la carrera de esta tarde?

—Ya no recordaba que la dí; tal es lo acostumbrado que estoy á esas fatigas.

—¿Tan pronto se olvidó V?..

—De la carrera; lo demás quedó muy grabado en mi memoria.

—La primera vez que pisó estos salones miraban á V. mis amigos, demostrando lástima, compasion; hoy sucede lo contrario: note V. que le admiran.

—No conozco la causa: continúo fugado de la cárcel; carezco de dinero, y me están instruyendo una causa que terminará probablemente con sentencia de muerte.

—Todo podrá ser; mas su composicion, lo que se cuenta de V. y la celebridad que ha adquirido, lo presentan aquí de

otro modo diferente de cuando estuvo la primera vez. Preciso será, en consecuencia, que el hábil tenor no desmerezca en la presente noche.

—Haré lo posible por complacer á V.

—¿Y por qué no á los demás, que esperan con impaciencia oir su magnífica voz?

—Cuando brilla el sol en el espacio, desaparecen los planetas que lucieron ántes.

—Buen símil. ¿Quién es aquí ese astro rey?

—El único á quien yo obedezco esta noche.

—¿Nada más que esta noche?

—Y siempre.

—Es la segunda vez que se lo ofrece, y no parece que deba equivocarse un caballero tan cumplido.

—Por desgracia me sería imposible faltar.

—¡Por desgracia! ¿Quiere V. explicar la idea?

—No puedo.

—¡Qué poco galante!

—Zeneida, V. comprende cuanto necesita, por lo cual excuso darle explicaciones.

—¿Cantamos?

—Aguardo sus órdenes.

—Toque V. ántes la introduccion que hallará en las primeras hojas, y luégo entonaremos el duo.

Florian abandonó el sillon, sentándose delante del piano.

Minutos después le rodeaban cuantos habia en el salon: sus hábiles dedos sobre aquellas teclas formaban en este instante la delicia de cuantos le escuchaban.

—¡Qué destreza!—decian unos.

—¡Qué maestría!—añadian otros.

Entretanto Florian, inspirado y deseando complacer á Zeneida, hacía prodigios en aquel piano sonoro y magníficamente construido.

Finalizó la introduccion, y empezó el duo; á las pocas notas dadas por Régulo y la princesa fueron interrumpidos por un

aplauso; á éste siguieron otros y otros, y al acabar los unos, rayó en delirio el entusiasmo de los otros. Una voz osó pedir que lo repitieran, y los jóvenes empezaron de nuevo, excitando mayor admiracion, si cabe, que anteriormente.

Terminado el duo por segunda vez, abandonó el piano Florian, recibiendo acto contínuo en union de Zeneida los plácemes de cuantos estaban allí.

Volvieron nuevamente á pasear unos, á hablar otros, y á jugar aquellos que lo estaban haciendo ántes; Calatrava se inclinó ante la princesa con ánimo de marchar al lado de Iglesia, pero ésta le indicó el sillon que habia ocupado ántes, diciéndole á la vez:

—Lo he mandado poner aquí para V.

Régulo se sentó, contestando:

—Gracias.

—¿Qué noticias tiene V. del duque de Noal?

—No há mucho leí su última carta, en la cual reprueba mi conducta en casa del marqués de la Posada.

—¿Nada más dice á V?

—Eso sólo.

—Cuentan, y debe ser cierto, que escribe un libro desconocido de todos; pasea algo á pié y en carruaje, recibe y devuelve visitas, y habla de V. contínuamente. Añaden que no es desgraciado, y me consta que goza extraordinariamente con los aplausos que dirigen en todas partes al vizconde de Régulo.

—Mucho le agradezco las nuevas que concluye de darme.

—Tambien me han asegurado que Don Arturo Mendo y un tal Piñeiro se hallan muy contentos, y en completa libertad en Cádiz el capitan y tripulantes del bergantin que los trajo á esta isla. Nada falta á ninguno, y puede V. estar tranquilo por ellos.

—Ya que V. es tan bondadosa y lo sabe todo, ¿podria decirme algo sobre el marqués de la Posada y restantes colegas, relativo á mi duelo con D. Camilo?

—Sí: el primero recibió la noticia montando en cólera en un principio, luégo se culpó á sí propio de haber motivado tan terrible desgracia, y á la salida del correo se hallaba en cama, sufriendo las consecuencias de una fiebre violenta. Sus compañeros se han reunido para ocuparse del mismo asunto, pero nada han acordado; el conde de Valleameno y otros refirieron el lance tal como fué; la opinion pública se manifestó en favor del desafiado; le dan la razon, y la verdad es que han producido un conflicto en las altas regiones.

—¿Dieron sepultura al cadáver?

—Esta mañana á las diez con toda solemnidad.

—¿De qué dicen los parientes que ha muerto? Porque ellos habrán inventado...

—Nada absolutamente; todos saben la causa; hasta el pueblo comenta el hecho, y han juzgado ridículo afirmar lo contrario.

—¿Luego nada se sabe del porvenir que el destino me reserva?

—Nada.

—Más que la muerte, temo el disgusto y dolor que voy á causar en mi padre.

—Haber rehusado ese duelo.

—Imposible; hacer más de lo que intenté era vergonzoso, humillante y cobarde. Jamás creí que ese consejero ni hombre alguno me recibiera del modo que lo verificó; me presenté á él dándole tratamiento, afligido, suplicante, y contra su desprecio dije poco en las estrofas que canté.

—Suplió V. la falta, si la hubo, cortando la vida del único hijo que le otorgó el cielo.

—Bien lo he sentido; pero si cien veces ocurriera, otras tantas seguiria conducta igual.

—Quedan su padre y otros parientes, y ninguno es cobarde.

—Con todos ellos á la vez me batiria gustoso, si pudiera arrancar de mi alma el peso que dejó en ella ese desafío.

—Buen remedio busca V., y es lo peor que si no le ins-

truyen expediente, y cae en manos de la justicia, le buscarán los que he dicho ántes.

—Pues yo le respondo que esos me encontrarán con más facilidad que la otra.

—La enmienda no me parece admisible.

—En casos de honor es imposible obrar de otra manera; pero si en último resultado me entregaran á los jueces y éstos averiguasen que estaba en su casa, no tenga V. inconveniente alguno en presentarme á ellos.

—Mucho lo sentiria, pero de suceder así, no habria otro medio que abrir las puertas al representante de la ley. ¿Teme V?..

—En la tierra sólo á una mujer.

—¿Por qué?

—Si V. lo comprende, basta con eso; si lo ignora, permítame que oculte el secreto.

—Variaré hasta de conversacion. ¿Cómo va su comedia?

—Bien, avanza cuanto es posible.

—¿Qué tiempo necesita para terminarla?

—Seis dias.

—Le dejaré que la concluya, procurando evitarle toda clase de interrupciones.

Y los dos continuaron hablando, sin que su diálogo produjese en los reunidos allí nada contrario á los deseos del uno y de la otra.

A las doce de la noche alargó Zeneida la mano á Florian, y se retiró seguida de todos los tertulios. Régulo y Constantino se dirigieron tambien á su estancia, en la que entraron minutos después.

Un cuarto de hora más tarde estaban los dos en cama; ardia la sola luz de la lámpara situada en medio del saloncito; los criados se retiraron cerrando las puertas, y Florian iba á dar las buenas noches á Iglesia para quedarse dormido, cuando éste le preguntó:

—¿Qué te ha dicho la princesa?

—Nada de particular.

—Mucho hablaste con ella.

—Bastante.

—Pareciais dos enamorados.

—Parecer no es estar.

—Os mirábais con mucho interés.

—Figuraciones tuyas.

—Lo he visto.

—¿Te has entretenido en espiarme?

—Sí.

—El oficio no es muy honroso. ¿Qué te propones?

—Averiguar si tomabas ó no mi consejo.

—Hombre, me sucede una cosa extraña...

—¿Te has incorporado sobre la cama? Me gusta la idea; habla; ¿qué te sucede?

—Léjos de tan arrobadora mujer hago propósito de no acordarme de ella, de olvidarla para siempre y de ocuparme de todo ménos de ese sexo encantador, muerto para mí al cerrar los ojos por última vez el ángel que el cielo tuvo á bien arrebatarme; pero al hallarme en presencia de Zeneida, un poder mágico, invencible, me empuja, precipita, y acaba por... por obligarme á que la...

—Dilo; yo aplaudiré la frase.

—A que la admire.

—No es eso.

—¿Pues qué es?

—A que la ames.

—¡Fatal palabra! Yo no puedo amar á esa ni á ninguna; mi destino cruel...

—Tu destino, Florian, te trajo aquí; frente á ella te puso, la enamoraste, y vas á ser el hombre más feliz de la isla.

—¡La enamoré! ¿Quién te lo ha dicho?

—Sus miradas, actitud y conducta.

—Te equivocas; es un delirio.

—Régulo, no eres tú sólo el que comprende con facilidad, el que tiene talento.

—Te concedo ámbas cualidades, pero en esta ocasion no estás acertado.

—¿Lo crees así, ó es que gozas oyendo á los demás que afirman lo que tú empiezas á dar por hecho? Sea lo que quiera de eso, Zeneida es la mujer más bella de Nueva-España, la más rica, de más talento, la mejor educada, la que está más cerca del trono, y este emblema de todo lo grande y sublime que puede reunir una hija de Eva te brinda con un corazon que vale lo indecible.

—Si eso fuera cierto, si Zeneida... ¡Ay de mí! Propio es hacerse ilusiones en quien no tiene un céntimo, la policía le busca, y el patíbulo le enseña su horripilante cuadro.

—Despliega tus labios; dila *yo te amo*, y serás el hombre más poderoso y afortunado de la tierra.

—¡Yo!.. ¡yo te amo!.. Nunca, jamás. Al expresar esa frase, mi Erundina exclamaria desde el cielo: ¡*maldito seas, perjuro*! y su anatema envenenaria mi existencia, y Dios sabe si hasta me alcanzaria en la otra vida.

—¡Calla, sacrílego! Sin querer estás blasfemando. Te ha traido la poderosa mano del destino á esta casa, te acercó á esa deidad, porque la religion católica permite un segundo enlace, y áun lo aconseja á los que como tú quedaron viudos en la primavera de su existencia. Los preceptos de tan santa ley no pueden estar en contradiccion con nada de lo que se haga en el cielo. ¿Qué dices á esto?

—Que al hablar de Zeneida demuestras más talento y capacidad que en lo demás.

—Consiste en que como todo es relativo, en lo que tú estás flojo yo aparezco más fuerte de lo que soy; consiste en que tus sofismas quedan destruidos con la espada de mi lógica, y consiste, por último, en que tú y yo sabemos la verdad; en que yo la confieso y en que tú la niegas, sin embargo, porque no te conviene declararla.

—Durmamos, Iglesia, que es tarde.

—Durmamos. Feliz tú, que cerrarás los ojos murmurando

el nombre de tan deliciosa mujer; dichoso tú, que te arrebataron un ángel y hallas al lado opuesto de los mares un querube encantador, sublime!

—Constantino, en el cielo Erundina y Zeneida...

—Régulo, que continúas delirando. En el cielo sólo á Dios podemos amar. ¿No te parece como á mí torpe exageracion esas exclamaciones de los poetas y novelistas que hacen decir al personaje que describe su pasion hácia una mujer: «mi amor será eterno, se prolongará á ese *más allá* que hay al terminarse esta vida; en el cielo estaré junto á tí; Dios bendecirá en la gloria nuestra union?» No continúo porque me repugna citar frases tan impías. Sé poeta, Florian, pero poeta con sentido comun, buen criterio, religioso...

—Basta, basta; durmamos.

—Basta, digo yo á mi vez, con el autor de los *sicomoros*, el del *polo abrasado*, y otros muchos de parecida capacidad; no necesitamos que vengan nuevos de Europa, que aquí los hay de sobra.

—¿Me dejas dormir?

—Sí; cierra tus ojos, repito, y sonrie ante un porvenir que hará tu dicha y la felicidad del más noble y generoso de los hombres, del duque de Noal.

—Tengo sueño...

—Entrégate á él, que grato y tranquilo te presentará á Zeneida bella como la ilusion, agradable como el placer, encantadora...

—Calla, Iglesia, ó...

—¡Ya me amenazas! ¿O qué?

—O mando mañana que lleven tu cama á otra habitacion.

—Uno mis labios, que al futuro señor de este palacio se apresurarian á obedecerle los cincuenta criados que nos rodean. Que V. A...

—Constantino, no emplees tu talento en molestarme más esta noche.

—Tampoco eso es cierto; te he proporcionado un rato

delicioso; el que podia halagarte después de haber pasado tres horas aspirando el aliento de Zeneida Kousou.

—Ahora recuerdo que queria obligarme á bailar, y luégo desistió, sin decirme la causa. ¿La sabes tú?

—Clarc está.

—¿Quieres decírmela?

—Con mucho gusto. Enamorada y junto al objeto de su pasion, temeria sin duda perder los minutos que se emplean en las figuras del minué ó del rigodon.

—¡Qué suposicion tan aventurada!..

—Zeneida jamás falta á lo que ofrece, y siendo esta una verdad que todos reconocen, justifícame tú de otro modo más verosímil la excepcion.

—Hasta mañana, que es ya la una.

Cinco minutos después dormian ámbos con sueño tranquilo y sosegado.

CAPITULO XX.

Indiferencia inexplicable.—Los dos amigos.—Principia la gran prueba.

A las ocho de la mañana abrió Florian los ojos, y separando la cortina que cerraba su cama miró hácia el lecho de Constantino, pero nádie habia en él; en cambio se le acercó un sirviente, preguntándole:

—¿Quiere V. S. vestirse?

—Sí. ¿Y el señor de Iglesia?

—Debe andar por los jardines.

—¿Tomó chocolate?

—Hace una hora.

El vizconde se dejó afeitar, y cuando estuvo aseado, tomó un ligero desayuno, pasando acto contínuo á su despacho, donde continuó escribiendo como el dia anterior.

A las diez se le presentó el teniente, interrogándole:

—¿Trabajas?

—Sí.

—¿Mucho?

—Bastante.

—¿Estás satisfecho de tu obra?

—No; pero hago lo que puedo.

—¿Corresponderá el acto segundo al primero?

—Debe aumentar el interés.

—Entónces será la comedia de la época.

—¿Copias?

—Sí; continúa tú.

Y prosiguieron dos horas sin interrupcion alguna. Al terminar aquellas, exclamó Iglesia:

—Las doce; vamos á almorzar.

—No nos han avisado.

—Ni lo esperes. Zeneida ha dispuesto que nos sentemos á la mesa en nuestra habitacion á las horas que tengamos por conveniente.

—¿Qué se propone?

—Aislarte.

—¿Con qué objeto?

—Quiere que concluyas tu comedia en el tiempo que necesitas, y al efecto te deja en actitud de que emplees á tu antojo las veinticuatro horas del dia.

—Lo siento.

—Me lo habia figurado.

—No por lo que imaginas.

—Tú no sabes lo que yo pienso.

—Dilo.

—Deseabas verla á menudo...

—Vamos á almorzar.

—Es lo mejor.

Bajaron, y sentándose á la mesa, permanecieron una hora triturando viandas y tomando café. Luégo encendieron un cigarro, y pasaron al jardin, donde permanecieron largo rato.

Más tarde regresaron al despacho, continuando sus trabajos hasta las seis, que arrojó la pluma Constantino, diciendo:

—Acabé la copia del acto primero.

—Bien hecha está, y segun veo, no es la ortografía la que

ménos conoces de las cuatro partes en que se divide la gramática. Ahí tienes el acto segundo corregido y en disposicion de ponerlo en limpio.

—Primero voy á leerlo; pero ántes comamos, que ya es hora.

—¿Solos?

—Claro está.

—La falta de animacion en la mesa quita el apetito.

—Florian, ni en tu casa de huéspedes ni en la de Zeneida la tenías.

—Eso no prueba que deje de gustarme.

—Es otra cosa: son los rasgados ojos de la princesa, las miradas á hurtadillas, el fuego...

—No me abrases, Constantino, que te puedes quemar tú tambien, y sería lástima que se desgraciara un oficial tan brillante.

—Se me figura que pronto he de dejar de pertenecer al ejército.

—Es probable.

—Doy por hecho que el poderoso señor...

—Vamos á comer, Constantino. Nos levantaremos de la mesa á las ocho, después arreglaremos nuestro traje, y á las nueve á la tertulia.

—¿Piensas cantar esta noche?

—Si me obligan, sí.

—¿Bailarás?

—Si Zeneida se empeña, no tendré otro remedio. ¿La he de hacer un desaire?

—Por supuesto que no. Hablarás con ella otras tres horitas, por lo ménos...

—Tiene talento, mucha instruccion, y se expresa tan bien que á nádie puede molestar su conversacion.

—¿Nada dices de su voz dulce, sonora, angelical; de sus modales finos, elegantes?..

—Repito que el conjunto es agradable, y gusto escucharla.

—¿Qué sientes al llegar á tí su flúido magnético, su aliento puro, celestial?..

—Chico, se me figura que estás enamorado de ella.

—¿Tienes celos?

—No, hombre; pero hablas con un entusiasmo tan grande.

—Yo no soy, por desgracia, futuro duque, ni desciendo de reyes, ni canto, ni hago versos, ni sé arrojarme por un balcon sin lastimarme, ni tengo tu talento, ni áun manejo la espada con el arte, destreza y sangre fria que tú.

—Esas reflexiones no bastan á contener los impulsos del corazon.

—Entónces sobrará con que sepa que debo respetar lo que te pertenece.

—Vamos á comer.

—Mucha prisa tienes.

—La tertulia empieza á las nueve...

—Eso era ayer.

—¿Han retrasado la hora?

—No; la han suprimido hasta que vuelva Zeneida.

—¡Se ha marchado! ¿Dónde fué?

—No me lo ha dicho.

—Bromas tuyas.

—Te juro que la vi partir á las nueve y media de la mañana.

—¿Qué direccion tomó?

—Como no me interesaba, al arrancar el carruaje, le volví la espalda.

—¿Quiénes iban con ella?

—Una señora y dos caballeros.

—¿Conocistes á los últimos?

—No; pero ámbos llevaban en el costado izquierdo una gran cruz.

—¿Volverá pronto?

—Dicen que tardará cinco ó seis dias. Has quedado triste.

—No. ¿Qué haremos esta noche?

—Escribir, si quieres.

—Sí, es lo mejor.

—Las siete, Régulo.

Nuestros dos jóvenes continuaron seis dias escribiendo el uno, copiando el otro, hablando en los ratos de ocio, sin dejar por eso de dar algunos paseos por los jardines al terminar los almuerzos y las comidas. Florian solia demostrar impaciencia, que ocultaba ante los epigramas de su amigo; acabó la comedia, guardando copia y original en su pequeño baul.

Una tarde, ínterin Constantino prolongaba el paseo media hora más, se dedicó el vizconde á trazar un país tomado de las preciosas vistas que tenía frente á su despacho. De pronto oyó el ruido de un carruaje, y tiró el lápiz, exclamando:

—¡Ella es! pero esta galería está al lado opuesto, y nada distingo. Grave será el asunto que la alejó de aquí, toda vez que no gusta de abandonar ni por una sola hora su magnífica posesion. Este es otro problema; continuaré mi país, y veremos si logro averiguar por la noche la causa de tan precipitada marcha.

Y prosiguió una hora, que tardó en llamar su atencion el suave roce de un vestido de seda. Régulo alzó la cabeza, encontrándose frente á frente de Zeneida, la cual le preguntó:

—¿Tambien dibuja V?

—Un poco.

—Un mucho; esos árboles están admirablemente trazados; muy bien ese riachuelo con sus cascadas y márgenes pintorescas; en esa casita imitó V. á los suizos, y en este cenador hay dos jóvenes estrechándose... Cualidad de poeta: no comprenden el amor sin unir por lo ménos las manos. ¿Son retratos?

—No, señora.

—Pues él se parece á V.

—Casualidad.

—Prodigiosa efectivamente.

—¿Y ella?

—No sé más sino que está dibujada con arte y maestría. Bellísima aparece. ¿Y la comedia?

—Yo la terminé ayer, y Constantino acabó esta mañana la copia.

—¿Qué va V. á hacer de ella?

—Vender la propiedad, y que la representen ó no, que á mí sólo me hace falta el importe.

—¿Y con este país?

—Nada...

—¿Me lo regala V?

—Note que está sin concluir y es malo...

—Yo lo acabaré, y será peor. Gracias.

—Dicen que ha estado V. fuera.

—Cerca de seis dias.

—¿En Madrid?

—Y en Cádiz.

—Me extrañó mucho verla abandonar su magnífico retiro.

—Una excepcion.

—El motivo sería grande.

—Lo suficiente á justificarle.

—No pretendo saberlo.

—Lo supongo.

—Ni V. tiene confianza conmigo para revelarme secretos.

—Claro está.

—¿Sigue tranquilo el país?

—Sí, señor. ¿Cuándo piensa V. agitarlo con esos acontecimientos políticos de que me habló anteriormente?

—Nunca.

—¿Ya ha variado de opinion?

—Completamente.

—¿Qué causa?

—Zeneida, creí que en el terreno donde iba á entrar no habia fango; pero asomé la cabeza, vi un lodazal, y me retiré, desistiendo á la vez de mi empeño.

—Segun eso, estudió V. la situacion...

—Todo, todo; y como no puedo hacer nada que repugne á mi conciencia, pensé otra cosa contraria.

—¿Qué intenta V. ahora?

—Escribir; luégo, sábelo Dios.

—La literatura no bastará á satisfacer la justa ambicion de un hombre de su talento.

—Gracias por el favor.

—¿Desiste V. por completo de asociarse á uno de los partidos de esta isla, y al frente de él llegar á ocupar los primeros puestos del Estado?

—Por completo.

—Estaba yo segura de que sucederia así. Hé aquí una prueba de mi gratitud por el país que acaba de regalarme.

—¿Qué es esto?

—Una sortija de oro, sin piedra alguna ni otro mérito que el de haberla usado mi padre.

—Tiene chapa, y en ella hay grabada una barrita, á la cual está enroscada la serpiente...

—Sí, es un signo que sólo podemos usar los Kousous.

—La chapa cubre un guardapelo; no; esconde el diminuto retrato de V. ¡Qué bien está, qué parecido, qué bello, qué admirable!

—Ciérrela V.; guárdela, y no hablemos más de eso.

—Mejor está en mi dedo. ¿Quiere V. que le acabe el país?

—¿Cuánto tardará?

—Diez minutos.

—Entónces sí; póngalo después sobre esa mesa, que yo lo mandaré recoger. Hasta luégo.

La princesa salió, dejando al vizconde que terminara su trabajo. Cuando éste hubo concluido, se acercó al cristal de la galería, y abriendo de nuevo la cajita del anillo, contempló con dulce éxtasis el microscópico busto de Zeneida.

—¡Qué hermosa es!—exclamó.—¡Ay, para qué me habrá traido el destino á esta isla!

—¿Qué miras?

Le preguntó Iglesia, llegando de pronto, rodeándole con su brazo derecho y fijándose en la sortija.

Florian cerró la cajita, y bajando la mano, le contestó, disimulando lo posible:

—Nada.

—¿Qué examinabas con tanta atencion? Ya, una sortija de oro. ¿La has traido de Europa?

—No.

—¿La compraste?

—Tampoco.

—¿Quién te la ha regalado?

—Zeneida.

—No ha estado muy generosa; ¡pero qué veo, qué contemplo! el signo de autoridad... Cuando yo digo que tú y ella y ella y tú...

—Fué un cambio que hicimos.

—¿Qué le has dado?

—Ese país.

—Bonito es, pero vale más la sortija.

—Pues si es tan sencilla.

—No conoces su mérito; el dia que lo comprendas no dirás eso.

—Explícame...

—Vamos á comer.

—¿Tampoco hoy nos llaman?

—Tampoco.

—¿Ni esta noche habrá tertulia?

—Llegó cansada la princesa, y no quiere recibir á nádie; en cambio ha venido á visitarte, lo cual no me extraña, porque ella y tú y tú y ella..

—¡Qué pesadez!

—Os amais, y es muy natural.

—Te equivocas. Se marchó sin tomarse ni áun la molestia de mandarme un recado.

—Su motivo tendria. Régulo, el porvenir tuyo será envi-

diado por cuantos te conozcan, si bien una nube oscura y cargada ocultará por algun tiempo tu sol.

—Explícate.

—Te juzgo tan fuerte y poderoso, que pasará la tormenta sin que logre empañar el brillo de la luz que ya la suerte ha encendido por tí y para tí.

—No te entiendo.

—Más adelante será otra cosa.

—¿Tambien tú me ocultas secretos? ¿Tambien imitas á la maga?

—Tambien.

—Son deliciosos los habitantes de este país.

—¿Comemos?

—Mejor es, y cierra bien el arcano, porque, si te descuidas un poco, veré lo que hay dentro.

Los dos bajaron á su estancia, sentándose á la mesa. Cuando hubieron terminado, dijo Régulo á su amigo:

—Nos marcharemos pasado mañana, é ínterin yo busco un alojamiento que me oculte de la policía, tú me harás el favor de vender la propiedad de esa comedia.

—¿Quiénes las compran?

—No lo sé; pero lo averiguas, lo cual no te será muy difícil.

—¿Cuánto me han de dar por ella?

—Es la primera que hago, y claro está que todo lo ignoro; saca el mejor partido, á cuyo fin procuras enterarte de lo que necesites.

—Quedarás complacido.

—¿Conque esta noche tendremos que acostarnos temprano como las anteriores?

—Sí; la hallarás monótona y pesada, pero, hijo, consuélate con que la de mañana será deliciosa para tí.

—¿En qué te fundas?

—Almorzarás y comeremos junto á Zeneida, y á las nueve se iluminarán los jardines, bailaremos en ellos, cantarás, y

al lado de la princesa correrán las horas tan deliciosas para tí como la dicha y el placer.

—¡Un baile en los jardines!

—Así está dispuesto, y desde muy temprano empezarán mañana á ocuparse de la fiesta cási todos los dependientes de Zeneida.

—¿Qué motivo?

—Ninguno extraordinario; la princesa neutraliza los malos efectos de su aislamiento con fiestas que hacen encantador su delicioso retiro.

—Me va dando sueño.

—Pues que retiren todo esto, y á dormir.

—Es lo mejor.

Una hora después descansaban los dos en sus respectivos lechos.

Se levantaron temprano, y pasearon por los jardines.

Almorzaron á las doce sin que Zeneida les dirigiera una sola frase.

Comieron á las seis, sucediéndoles lo mismo.

Y á las ocho se vistieron, yendo á los jardines cogidos del brazo, triste y ensimismado el vizconde, reservado y misterioso Iglesia.

Pronto quedaron sorprendidos ámbos ante la gran novedad que se presentó á sus ojos. De los árboles, de las plantas, de los arroyos, de todas partes salian luces amarillas, encarnadas, azules, verdes y de infinitos colores más; el trozo destinado para salon de baile tenía una alfombra de hojas de flores que embalsamaba el aire con su agradable aroma; cien pebeteros exhalaban perfumes desde los ángulos que formaban las divisiones de los jardines; ricos sillones, butacas y divanes se veian do quier bajo los árboles, junto á las cascadas y en los parajes, en fin, más poéticos. El lujo del palacio se habia trasladado por último á las calles y plazas de los jardines, y en este instante competian las bellezas del arte con los encantos de la naturaleza.

La alta servidumbre de la princesa y unos cuarenta convidados que habian ido de Cádiz y Madrid lucian sus ricas galas paseando sobre la alfombra de flores, ó muellemente reclinados en los sitios más pintorescos de aquel ameno y frondoso paraíso.

Régulo saludó á cuantos hallaba á su paso, recibiendo plácemes y enhorabuenas de los recien venidos por su composicion y conducta en casa del marqués; todos le abrian calle con respeto y admiracion, y en verdad que en estos instantes se encontraba en un mundo nuevo que afectaba sus sentidos y absorbia por completo sus ideas y pensamientos.

—Qué mujeres tan bellas hay en esta isla,—dijo á su amigo.

—Aquí todo es delicioso,—le contestó Iglesia,—ménos el marqués de la Posada y los que á él se parecen.

—Una gran parte de los convidados han tenido que andar quince leguas para asistir á esta reunion.

—Toda es gente rica, que viaja en carruaje propio, y que aman y respetan á Zeneida.

—Par diez, no hay uno que deje de conocerme.

—Es indudable que estás siendo el rey de la fiesta, mi querido Florian.

—Sí, pero cuando baje la princesa...

—Entónces sereis los dos.

—O ella sola.

—Ahí está.

Y apareció efectivamente la jóven, cubierta de blanco, escotada y ostentando una diadema de oro, brillantes y perlas ménos lucientes que su blanca, tersa y nacarada epidermis. Llevaba el brazo descubierto, parte del pecho, y no era posible se fijara en los adornos el que llegaba á ver lo perfecto de sus facciones, lo redondo y torneado de sus hombros y brazos, y aquellas carnes, en fin, de nieve, sonrosadas en parte, y deliciosas en el todo.

Su actitud era la de una reina, su mirada la de un ángel, y

su voz dulce y sonora la de la bondad, que se dirigia á unos y á otros con frases tiernas y cariñosas.

Después que hubo saludado á las señoras y á algunos caballeros, se detuvo frente á Florian, seguida de cuatro damas.

—Vizconde,—le dijo,—bailaré con V. un rigodon; el primero y único.

—La honra es tan grande, que no hallo frases suficientes á encomiarla.

—Luégo,—añadió la jóven,—pasearemos nosotros miéntras mis convidados bailan otra cosa, y al concluir cantará V. la composicion que tanto molestó, segun cuentan, al marqués de la Posada.

—Gracias por la segunda merced.

En este instante comenzó una orquesta, situada frente al salon, á tocar piezas escogidas, invitando después al rigodon que esperaba Zeneida. Esta alargó su mano al vizconde, y ámbos ocuparon el centro de la cabecera.

En uno de los intermedios naturales en ese baile, dijo la princesa á Calatrava.

—Posible es que una de mis convidadas sea la maga de que me habló V. noches atrás.

—Acaso.

—Los habitantes de este país son por lo general vengativos.

—Ya lo he notado.

—¿No teme V. que, ofendida su protectora?..

—¿Por qué?

—Le negó V. tres cosas de las cuales me concede á mí dos.

—Que se vengue si juzga ofensa el que dejara de realizar un imposible.

Volvieron á bailar; en otro intermedio le preguntó Zeneida:

—¿Por qué es imposible conceder á una lo que otorga V. á otra.

—Porque no hay regla sin excepcion.

—Luégo me explicará eso de un modo más terminante.

Bailaron de nuevo, concluyó el rigodon, y la princesa dijo al vizconde:

—¿Me da V. su brazo?

—Con mucho gusto.

Y se salieron del salon, entrando en una calle de árboles, plantas y flores; iban seguidos de cuatro damas; pero á la mitad del camino éstas se quedaron atrás conversando, en tanto que aquellos siguieron adelante solos y léjos ya de los convidados. Florian miraba á Zeneida, recibiendo á su pesar impresiones que arrobaban su inteligencia, dominándole por completo el corazon. El contacto de aquel brazo tan suave y hermoso que se apoyaba en el suyo, los mil encantos de la jóven, su aliento dulce y aromático, y el todo, en fin, capaz de enloquecer á un misántropo, le tenían á él fuera de su estado normal.

—¿En qué piensa V., vizconde?

Le preguntó Zeneida después de haber andado en silencio más de diez minutos.

—En la maga.

—Explíqueme V. la excepcion de que me habló ántes.

—Mi protectora, como V. la llama, es una máscara misteriosa que desconozco, y en la que no puedo ver otra cosa que una mujer vulgar. Usted, por su hermosura, es un ángel; por su bondad un sér extraordinario, y por el conjunto una deidad.

—Muy bien; me concede V. sin pretenderlo la tercera cosa que negó á su maga.

—No tengo yo la culpa, sino V. Al entrar en esta posesion, al ver á V. por primera vez, exclamé: los hechizos de Zeneida enloquecerán de amor á cuantos los contemplen. No me contaba yo, sin embargo, en ese número; pero la verdad es que en lo último no anduve del todo acertado.

—¿Se enamoró V?..

—No osaria á tanto.

—¿Y qué tendria de particular?

—Nada; es decir, mucho, recordando lo que V. vale, me-

rece y lo fatal de mi situacion; nada, fijándose sólo en esa mirada que atrae y seduce; en esa bella y pura frente que vence y domina, en... Perdone V. si la he faltado.

—Siga V.; de un poeta tan valiente y caballero nádie deja de oir con gusto sus galanterías.

—Nos hemos separado bastante de los convidados, y temo que su angelical pureza, que su nombre...

—Deseche V. tan inocente idea, Régulo; todos me conocen, y no hay uno capaz de calumniarme.

—¿Por qué me ha preferido V. para este paseo á esos jóvenes madrileños y gaditanos, ricos, poderosos y de los que tanto disto yo?

—Porque ninguno sabe vencer á sus semejantes sin armas como V. lo hizo con el guarda y los guardias; porque ninguno sería capaz de andar las treinta leguas que separan á Cádiz de Madrid con la fortaleza de espíritu que V.; porque ninguno canta, corre á caballo y escribe como V.; porque carecen de su talento, sangre fria y valor; porque no tienen la abnegacion que V.; y porque, pareciéndome ántes tan grandes, esta noche los he mirado muy chicos.

—Lo dice V. con un entusiasmo...

—¿Y qué tiene de extraño?

—¿Está V. enamorada?

—¿Quién osaria á tanto?

—¿Se burla V. de mí?

—¿Lo ha hecho V. ántes?

—Yo dije la verdad, Zeneida; es V. la mujer más bella que vi en el mundo, y sus mágicos atractivos, á mi pesar y contra lo que yo queria, enloquecieron mi mente.

—No hay hombre tan admirable como V. en la isla, y esto lo afirmo cuando no he concluido de conocerle.

—¿Seguimos más adelante aún?

—Mucho más.

—Me agrada; sólo hay dos séres en este mundo que excitan mi alegría: el duque de Noal, á quien no me es dado ver

por la distancia que nos separa, y V., á la que no puedo dejar de mirar.

—Me complace saberlo; detiene nuestro paso ese precioso arroyo; vea V. cómo reflejan en él las diferentes luces que salen de los árboles. ¡Oh, qué vista presenta aquella cascada; su blanquísima espuma aparece tornasolada de verde, azul, amarillo y grana! ¡Qué paraje tan poético!

—Verdad es. La claridad ilumina su diáfana superficie, permitiendo que se convierta en espejo, y hé aquí otra cosa más notable que la cascada y los tornasoles.

—No distingo.

—A la derecha; vea V. esa hermosa figura que presentan las cristalinas aguas como la luna de un espejo.

—¿La mia?

—¿Qué otra podia llamar mi atencion?

—Y no es dable seguir avanzando.

—Bien estamos aquí. Llegan á nosotros los ecos de una melodía que arroba; el murmullo de unos séres que hablan por sólo ocupar el tiempo; los perfumes de los pebeteros, el aroma de las flores; una brisa suave y agradable, y un todo, en fin, que encanta.

—Me he cansado; pero allí veo un cenador, y si V. gusta...

—Entremos en él. Sólo hay un divan.

—Basta para los dos.

Y se sentaron tan cerca el uno del otro, que cási chocaban sus rodillas. Zeneida añadió:

—Dicen los poetas que el ruido de esas pequeñas cascadas imita al que producen los suspiros escapados del corazon.

—Símiles muy exagerados.

—Yo los he juzgado hipérboles; pero temí que le hicieran á V. recordar aquel llanto contínuo, aquella pena que trajo V. á esta isla.

—¿Por qué se complace V. en recordarme lo que ya empezaba á olvidar?

—Le dije á V. un dia que era imposible permaneciera en

tan angustioso estado, y deseaba únicamente que me diera la razon.

—¿Quién podrá negar su talento? ¿Qué hombre sería capaz de continuar insensible ante un sér que atrae, seduce y encanta?

—¿No es la expresion del poeta, los efectos de un entusiasmo que absorbe la mente, la arrebata y enloquece?

—Por desgracia, no: es la consecuencia de sucumbir ante un poder que domina y vence. Nací fuerte, la inteligencia dominó al corazon; pero llegué á esta isla, vi el fenómeno más sublime de la creacion, y el alma, el entendimiento, todo mi sér se humilló al contemplar el mágico emblema de lo grande y delicioso.

—Le hallo esta noche más poético que nunca, y tan inspirado... ¡Ay! Perdone V.

Zeneida fué á arreglar los pliegues de su vestido, chocando su mano con las de Florian; quiso retirarla sin gran esfuerzo, mas aquél la aprisionó entre las suyas, exclamando:

—¡Déjela V., permítame que la estreche, que estampe en ella un ósculo agradecido; un dia no lejano fué para mí la bondad, y la hallo á la vez tan hermosa!

—Bueno, con tal que continúe inspirado; soy muy aficionada á la poesía.

—Pues yo encuentro las musas en su mirada; la inspiracion en esa divina faz; un encanto inexplicable en el conjunto, y tal ventura emana de su sér, que ha logrado lo que juzgué imposible.

—¿Qué era?

—Que me olvidase de todo, de todo.

—Eso anhelaba; es V. demasiado jóven para que permaneciese entregado á un tormento que rechazaba su corazon, que abrumaba su alma. En su cabeza privilegiada cabe un mundo.

—Parece un sueño lo que me acontece en estos instantes.

—Duerma V., y procure al despertar que yo le vea fuerte y digno del porvenir que le ofrece el destino.

—¿Habrá algo en el mundo más delicioso que mi presente?

—Sí.

—¿Más que estrechar su mano, besarla otra vez, aspirar su aliento, comprender su mirada?.. Ah, tiene V. razon: todavía su labio no ha pronunciado...

—Qué importa si mi actitud le ha dicho todo cuanto anhelaba saber.

—Todo no. Zeneida, á mi pesar, he ido poco á poco permitiendo á mi corazon que se apasione, y ya me es imposible dejar de decirle que la amo.

—Lo sabía.

—¿Nada más que eso me contesta?

—Hoy nada más. Tenemos una cita pendiente, y ese dia podré hablar.

—¿Existe alguna causa que le obligue á ocultarme ahora?..

—Sí, señor.

—¿Debo respetarla?..

—Quién lo duda.

—Entónces me inclino ante su poderosa voluntad. Oh, tiene V. razon; basta por hoy con lo que expresa su divina faz, con lo que me dice su celestial mirada. Es más aún de lo que yo merezco, de aquello á que podia aspirar en la tierra.

—Alma noble y generosa la arranqué del alcázar donde la martirizaban, encaminándola hácia el palacio de la dicha. Florian, sea V. fuerte, que ya le falta muy poco para llegar á la ventura.

—En un momento me ha recomendado ya dos veces una fortaleza que, en mi concepto, no me abandonó jamás. ¿Fuí débil, por ventura, al sucumbir ante el poder de una belleza, de un talento que no tienen rivales?

—No.

—¿Al estrechar su mano?

—No.

—¿Al estampar en ella un ósculo amoroso?

—No.

—¿Al faltar á mis propósitos, al abandonar la desgracia para correr en pos del sumo bien?

—No.

—Entónces, ¿en qué se funda la causa de su recomendacion?

—Ame V. cuanto quiera: yo se lo permito, lo aplaudo, lo deseo; mas si en lo sucesivo tuviera que luchar con los hombres, con la muerte misma, sea V. fuerte, Florian.

—Nada temo fuera de este sagrado recinto; mi única debilidad reside aquí, Zeneida, junto á V. ¡Ah, qué bella; con qué facilidad logró aprisionar un corazon que creia más duro que el brillante! Otro beso en su mano, y bendita sea la mujer que cambió mi llanto en mar de felicidad. ¿Debemos ya retirarnos? ¿Se atreverá alguno?..

—Le repito que deseche esas ideas. Tambien yo, vizconde, nací fuerte, y nádie lo ignora. He podido fijar mi vista en V., darle mi mano, tolerar sus besos en este escondido cenador, pero nada más; y si hasta ahí llegué, fué porque conocí la hidalguía que acompaña á sus actos, lo casto y puro de sus pensamientos.

—Verdad es.

—Un dia no lejano probablemente huiremos de estos sitios retirados para hablar de su amor, del porvenir; entónces no habrá inconveniente en que el mundo sepa lo que ahora callamos.

—¿Luego existe un motivo poderoso, incontrastable, que le impide?..

—Sí, Régulo, sí; las costumbres de un país son leyes, que me he visto obligada á acatar para que la fortuna de V. sea completa. Esto es hoy un problema para V.; mas ya le aclararé el misterio, y me dará la razon.

—Qué me importa á mí, si me ha concedido más de lo que imaginé, de lo que hubiera podido pedir. ¿Pensó V. en mi padre?

—Sí.

—¿Sabe V. lo que yo le amo?

—Tanto como merece; no se ocupe V. de él, que lo hago yo.

—Gracias. Otro beso, el cuarto, en su deliciosa mano; este me lo inspira el agradecimiento. ¿Sonrie V? Oh, de ese modo me encadena más, porque la risa la embellece.

—¡Qué léjos estaba V. de soñar con lo que le esperaba en esta isla!

—Cierto; creí que Europa y mis desgracias me lanzaban al infierno, y me equivoqué, que me trajeron al paraíso. ¡Cuán grande es la misericordia divina!..

—Confíe V. en ella, que le escudará si no es débil.

—¿Otra vez?

—Sí, la tercera é indudablemente la última que le hago esa recomendacion.

—¿Se levanta V?

—Sí, partamos.

—¡Ah, noche encantadora, poético arroyuelo, silencioso y sublime cenador, calles de árboles misteriosas y arrobadoras, cuánto bien recibí entre vosotros, cuán feliz he sido!

—¿Me da V. su brazo?

—Ya le pertenece y manda en él.

—Ahora canta V. las estrofas que dedicó al marqués.

—Lo que V. quiera.

—Para complacerme, necesito que su voz esté tan arrogante como en la malhadada noche del baile.

—¿Me oyó V?

—No, pero me lo contaron.

—Estará aún más.

—¿Cabe eso?

—¿Qué no haria yo por V?

—Hay en esa reunion algunos que presenciaron aquel baile.

—Pues dirán que era el mismo Régulo, pero que cantó ahora con más brio.

En este instante se incorporaron con las cuatro damas que

habian seguido á Zeneida, las cuales permanecian á la mitad del camino, inmóviles y mudas como estatuas.

Los seis llegaron al salon; allí se desprendió Zeneida de Calatrava, dirigiéndose éste acto contínuo hácia la derecha, sitio en que tenía colocado el mejor piano de la princesa.

Terminó el baile, y al llegar los jóvenes cesaron los acordes de la orquesta. Los convidados esparcidos por los jardines se aproximaron al salon, y cinco minutos más tarde rodeaban todos á Florian, reinando completo silencio.

Miéntras el vizconde abria el piano se acercó su amigo Iglesia, preguntándole quedo:

—¿Eres feliz?

—El más dichoso de los hombres.

—¿Amas?

—Con entusiasmo delirante.

—Me alegro.

—Y yo.

—¿Serás débil?

—¡Tambien tú me haces esa pregunta!

—Contesta.

—No, y mil veces no; que ya me cansa y hastía esa ridícula sospecha.

—Sé fuerte, Florian, muy fuerte. Adios.

—Espera. Oye.

Constantino desapareció, y Régulo, después de meditar dos segundos, se encogió de hombros, y exclamó para sí:

—¡Qué me importa lo que no sea Zeneida! Voy á cumplirle mi palabra.

Y sentándose, comenzó á mover las teclas del piano.

CAPITULO XXI.

El gallo de mal agüero.—Sorpresa.—Confusion.—Indiferencia sublime.—Desde el palacio de la dicha al fondo de una mazmorra.

Eneida, su alta servidumbre, los convidados, los músicos y hasta los sirvientes del palacio, los últimos desde las ventanas y balcones del edificio, oian en este momento la introduccion de un aria de *Luisa Miller*, tocada por Calatrava al piano de un modo admirable, sorprendente. Ninguno osaba moverse, articular frases, ni promover el más leve ruido; pendientes de aquella deliciosa melodía, escuchaban con entusiasta recogimiento, cuando abrió los labios nuestro jóven y comenzó á cantar con arte, maestría y arrogancia superiores á los que demostró en casa del marqués de la Posada.

Al terminar la primera estrofa le saludó un nutrido y prolongado aplauso, seguido de las voces:

—Bravo. Sublime. Magnífico.

Empezó la segunda, y al concluir aumentó la ovacion.

Jamás habia cantado Régulo como en estos instantes; su hermosísima voz aparecia melancólica en las ideas que se re-

ferian á su padre y á él; terrible y fiera cuando acriminaba al marqués.

De este modo llegó á la quinta, siendo indescriptible el entusiasmo de sus oyentes. A la mitad de la estrofa, y en un esfuerzo insostenible, se le escapó un gallo, primero que dió en su vida. Miéntras le aplaudian, demostrándole que no habia hecho mal efecto entre los concurrentes, exclamó Régulo para sí:

—Esta nota es de mal agüero.

Y fué á proseguir, pero le detuvo un murmullo continuado y las miradas del público, dirigidas, sin excepcion, á la puerta del palacio. Florian se puso en pié, contemplando á un caballero alto, vestido de negro, que, seguido de vários guardias, avanzaba hácia Zeneida, llevando en su diestra un baston con signos de autoridad. Llegó este hombre á dos pasos de la princesa, se descubrió, y con acento que todos pudieron oir, le dijo:

—El juzgado reclama la persona del vizconde de Régulo, que se halla en esta posesion. Hé aquí la órden.

—¿Qué delito ha cometido?

Preguntó la jóven.

—Sólo me mandan que le prenda. ¿Puedo hacerlo?

—No me es dado negar á la autoridad lo que pide en derecho; lo siento, mas cumpla V. con su deber.

Todos habian oido el anterior diálogo, retratándose en los rostros de la mayoría la confusion, el espanto; pero ninguno osó interponer su influencia ni áun solicitar del comisario próroga, clemencia, ni la más pequeña gracia en favor de Florian.

El del baston se inclinó ante Zeneida, y dirigiéndose á Calatrava, le dijo:

—¿Es V. el vizconde de Régulo?

—Sí.

Contestó secamente aquél.

—Está V. preso.

—Que sea enhorabuena.

—Voy inmediatamente á cumplir lo dispuesto por el tribunal.

—Nádie se lo impide.

—Sería inútil la resistencia.

—O no; pero me hallo en sitio sagrado para mí, y me someto voluntariamente. Déme V. á leer esa órden.

El comisario se la entregó; Calatrava pasó la vista por ella, y al devolvérsela, añadió:

—Está concreta y terminante. Señores,—exclamó fuerte,—me prenden porque he muerto en duelo igual á D. Camilo Posada, y porque me fugué del calabozo con que me obsequió esta isla al arribar á ella, conducido por la mano del destino. Ahora, señor agente de la autoridad, haga V. lo que quiera conmigo.

—Cumplid lo mandado.

Contestó el comisario. Y dos guardias sujetaron con esposas las muñecas de Régulo, quedándose con los extremos de dos cadenas que pendian de aquellas.

—Adelante.

Gritó la autoridad, y en medio de los soldados salió el vizconde indiferente y altanero como no estuvo nunca. A los diez pasos se detuvo, dirigió á Zeneida una mirada tierna, apasionada, y prosiguió su camino cantando la estrofa interrumpida.

El comisario hizo otra reverencia, y siguió en pos del reo.

Los convidados se miraron unos á otros, y luégo quedaron pendientes de las magníficas notas que iba dando Florian. Su voz dulce y sonora era en este momento arrogante unas veces, melancólica otras, y sin temor á nádie ni á nada repetia el nombre del marqués, lo infamaba, y no cesó hasta terminar su composicion.

Zeneida no se movió de su asiento ínterin pudo oir el melodioso acento de su amigo. Al acabar aquél, asomó á sus labios una sonrisa que expresaba seguridad y satisfaccion, y poniéndose en pié, dijo:

—Puede continuar el baile.

Y seguida de vários caballeros, entró en un cenador que tenía á la derecha.

Desde aquel instante principió de nuevo la orquesta á tocar piezas escogidas; los convidados hablaron algunos minutos sobre el acontecimiento que concluia de tener lugar, y luégo bailaron hasta las dos de la madrugada.

Iglesia presenció el arresto de su amigo como muda estatua y á la distancia en que aquél no podia verle. Después le siguió hasta la puerta del palacio, desde cuyo sitio le contempló subir á un carruaje y partir. Cuando no podia percibir ni áun el ruido del coche se retiró á su estancia, esperando allí la llegada del caballero que llevaba al costado izquierdo la barra y serpiente, con el cual estuvo conversando más de una hora.

Sigamos á Régulo.

Entró éste en una especie de ómnibus, cuyas tres únicas ventanillas estaban defendidas con gruesas barras de hierro; subió el primero, detrás los guardias, y últimamente el comisario, el cual cerró la portezuela con llave, que guardó en su bolsillo. Después gritó:

—A escape, cochero.

Y el carruaje, tirado por seis caballos, partió como una exhalacion.

La noche seguia templada, clara y silenciosa.

La autoridad miraba al vizconde con fijeza; pero éste se acomodó lo mejor que pudo en un rincon de la izquierda, y cerrando los ojos, comenzó á meditar sobre el presente y porvenir.

—¿Será esto,—se preguntaba,—para lo que me encargaban fortaleza la sublime Zeneida é Iglesia? No lo sé. En caso afirmativo, ¿debí emplear mi valor en defenderme de los guardias y autoridad hasta vencerlos, ó dominarme, por el contrario, como lo he verificado, y revestido de abnegacion sufrir con indiferencia mi suerte? A lo primero se oponia el respeto y consideracion que merece su casa, y las frases que ella pronunció confirman esta idea. De ser cierto mi primer cálculo, la conduc-

ta que he observado es la lógica, la natural. Pero me arrestan de órden del juzgado, y no parece verosímil que ella tuviera conocimiento de una causa que amenaza mi vida. Y si lo sabía, nada más impropio y terrible que su conducta de esta noche, lo cual es imposible en una mujer de su talento, bondad y angelical belleza. Me ama, además; lo he leido en las miradas, actitud y tolerancia al estrechar su mano, y sería indigno... Nada de lo que me acontece en este país me lo puedo explicar; se me presentaron misteriosos Valleameno y aquella señora que me visitó en mi reducida casa de huéspedes; luégo la maga y sus amigos cierran el cuadro en casa del marqués; más tarde los periódicos, y últimamente Iglesia y hasta Zeneida se envuelven en ese mismo manto del misterio hasta el punto de confundir mis ideas y dejarme en actitud de no poderme explicar hecho ni acontecimiento alguno. La verdad es que tengo amigos y enemigos; que hoy, al parecer, estoy en poder de los últimos, y que ignoro la suerte que el destino me reserva. Acaso empiece ya á sufrir las consecuencias de la conducta usada con Zeneida. Desde el cielo mi Erundina... ¡Jesús, qué pensamiento! ¡Ah, todo lo merezco; soy digno de los tormentos más crueles; yo, tan fuerte é incontrastable, me entregué á un amor insensato, á una loca pasion! ¡Dios mio, Dios mio, todo es poco contra este débil y miserable gusano! ¡Cébese en mí vuestra justa cólera, que yo inclinaré la frente, sufriendo con abnegacion el castigo á que me hice acreedor! ¡Prefiero lo más terrible, sangriento y fatal de esta vida á disgustaros, Señor, á entrar en la otra indigno de vuestra bondad y misericordia! ¡Duque de Noal, padre mio, tú tan fuerte!.. Pero no, tambien una vez en tu existencia fuiste débil: inspirado como yo por funesta pasion, te precipitaste al abismo. ¿Y qué extraño, si sólo Dios es infalible? Me pareció que el destino me empujaba hácia esa encantadora mujer, y, á mi pesar, le dediqué un amor puro, santo, inextinguible, y se lo sigo dedicando, y contra todo lo que hay sobre la tierra la adoraré miéntras viva; venga el calabozo, luégo el tormento, des-

pués el patíbulo, y últimamente la muerte deshonrosa, horripilante, que me han de hallar sereno, impávido, con la sonrisa en los labios, el desprecio en la mirada y un mundo de amor en el corazon para mi padre, para ella. Nunca fuí malo; jamás adopté idea contraria á mi conciencia, al estricto cumplimiento de mi deber; y quien obró de ese modo puede alzar la frente con orgullo, ser altanero y rayar en insolencia su desden. Já, já, já. Buena noche, señor comisario,—exclamó fuerte;—está usted algo obeso, no guarda bien el equilibrio, y la rapidez de este vehículo le obligan á botar como una pelota sobre la dura tabla del asiento.

—Creí que se habia V. dormido, señor vizconde.

—Pues se ha equivocado: cerré los ojos por no ver lo raro de su figura y lo risible de su actitud.

—Siento que los haya V. abierto.

—Es lo peor, que hasta llegar adonde V. se digne llevarme me voy á ir riendo de su abdómen.

—Podrá proporcionarle tan osada conducta nuevos disgustos.

—Serán los primeros, porque hasta ahora todo en esta isla me ha sido agradable, todo excitó mi hilaridad.

—¿Tambien las prisiones?

—Tambien.

—¿Sus desgracias anteriores en este camino y su pobreza en Madrid?

—Eso sobre todo: otros lloran cuando les roban, y á mí me da risa.

—¿Quiénes le robaron?

—Usted lo sabrá mejor que yo: los que dispusieron un secuestro injustificable y me lanzaron á un calabozo sin haber cometido delito.

—Apuntaré la idea para dar en su dia cuenta de ella al juzgado.

—Pues afile V. bien el lápiz, que le he de dar por el camino en qué entretenerse.

—Yo le ruego no agrave su situacion, que ya es harto mala, malísima.

—Eso creen los tontos.

—Muchas gracias.

—Hago á V. justicia.

—Modérese V., porque de lo contrario...

—Já, já, já. Cómo me divierten las amenazas de los indígenas de esta isla. ¿Trae V. mordaza?

—Se puede hacer con pañuelos.

—Interin no la fije en mi boca va V. á pasar un mal rato, señor... ¿Cómo se llama V?

—Gadul.

—¿Gandul?

—No, señor; Gadul.

—Hasta los guardias se rien de su apellido. Me daba á mí el corazon que V. tenía algo de la Hotentaria ó de la Arabia, lo mismo da, y eso de Gandul ha venido á confirmármelo.

—Le prohibo que vuelva á dirigirme la palabra.

—Y yo á V. que tome esa actitud de un bajá de tres colas, siendo así que no tiene más que una, que nádie ha visto, pero que se deja conocer estudiando su ángulo facial.

—Va V. á sufrir las consecuencias de esa horrible burla.

—¿De qué modo?

—Fijándole á V. la mordaza de que habló ántes.

—No lo manda el juez, y los guardias sólo pueden obedecer lo dispuesto por el tribunal.

—Lo haré yo.

—Para V. me basta uno de mis piés; le aconsejo que transija, y sigamos como dos buenos amigos; el viajar entre rencillas y disgustos es muy penoso, y V. está predispuesto á la apoplegía.

—Señor vizconde, conténgase por favor, que no quiero agravar su infortunada situacion.

—Eso ya es otra cosa: me lo pide V. por gracia, y yo no puedo resistir á la caridad, áun cuando la invoque el diablo.

—No le espera á V. mal infierno en la corte de esta isla.

—Me lo habia figurado; en cuanto le vi á V. dí por hecho que no íbamos á la gloria.

—Yo no hago otra cosa que cumplimentar las órdenes de un juez.

—Lo mismo dice el ejecutor de la justicia.

—Y es la verdad.

—Quién lo duda. ¿Conque vamos á Madrid?

—Sí, señor, y V. á un calabozo, é incomunicado.

—Si la compañía habia de ser por este estilo, aplaudo el aislamiento á que se me condena.

—Dicen que es V. hombre de talento, pundonoroso, valiente, caballero...

—Todo eso es cierto, pero le recuerdo que nunca fuí autoridad, y que si continúa, perderá un tiempo precioso con sus lisonjas.

—No pensé adularle sino demostrar que su conducta de esta noche no confirma lo que asegura la trompeta de su fama.

—Consiste, amigo mio, en que no es trompeta, sino cornetin de piston que toca un pueblo tan ignorante como V. sabe.

—Me voy convenciendo de que es así.

—Yo lo creo: talento es fácil comprension, y V. posee la última en sumo grado.

—Diga V. lo que quiera, en la seguridad de que no vuelvo á contestarle.

—Capaz será V. de privarme de su elocuente y agradable conversacion. El juez no lo ha mandado, y el condenarme á sufrir tan dura ley es desobediencia punible y una tiranía impropia de tan enorme y cumplido caballero. Hace V. bien en apoyar la sien sobre esa tabla; así podrá sobrellevar más cómodamente el peso del genio creador que pesa sobre su ancha y *despelada* cabeza. Mañana erguirá la frente al atravesar las calles y presentar al público su elevado prisionero. Bravo, exclamarán las masas, el héroe Gandul ó Gadul venció al vizconde de Régulo, necesitando para domar á tan fiero

leon sujetarlo con esposas. Otros añadirán: torpe determinacion; bastábale con el olor de su aliento, con su belleza femenil, con su agradable sonrisa, con lo esbelto de su talle y con lo diminuto de unos piés y manos que labraron los campos y asolaron las eras.

Florian continuó todavía por algun tiempo dirigiendo epigramas al que le prendió, y en verdad que más de una vez hizo reir á los guardias y áun á la víctima de sus dardos.

A la mitad del camino mudaron de tiro, y esta prevencion sirvió de tema al vizconde para improvisar chistes y excitar por completo la hilaridad de sus acompañantes, los cuales le miraban unas veces con sentimiento y siempre con admiracion; su talento se abria paso do quier, venciendo moralmente tanto como su espada, florete ó pistola en la lucha material.

De este modo entraron en Madrid, deteniéndose el ómnibus en una casa grande, de un solo piso, y en cuyo extenso zaguan habia vários soldados. El comisario abrió el carruaje, bajando de él, y en pos Florian entre los guardias que le custodiaban.

Eran las siete de la mañana; el sol extendia ya sus dorados rayos sobre las calles de Madrid, y á su luz vieron los soldados á nuestro jóven prisionero, el cual se presentaba altanero ante aquellos hombres que corrieron á contemplarle con ansiedad creciente.

—Seguidme todos,—exclamó la autoridad,—sujetando las cadenas que penden de las esposas.

Delante el que acababa de hablar y detrás el vizconde y los guardias atravesaron el zaguan, entrando en un pasillo estrecho y húmedo, y en el que ya no habia soldados ni centinelas. Bajaron luégo estrecha y larga escalera, alumbrada de trecho en trecho por diminutos faroles que prestaban luz rojiza y siniestra. Al terminar hallaron una bóveda sombría, oscura, al frente una puerta de hierro abierta, y junto á ésta un hombre que parecia carcelero. Era aquella la entrada del calabozo destinado á Régulo. El comisario dió algunas

órdenes, quitaron al preso las esposas, y lo encerraron, dejándole solo. La habitacion ó mazmorra que nos ocupa estaba tambien abovedada y apénas tendria diez varas de longitud por ocho de latitud. A la izquierda se alzaba un monton de paja que servía de cama á los presos guardados allí; enfrente una pequeña mesa con tintero, pluma y papel, un taburete, y del techo pendia una lámpara alimentada con aceite, y ésta era la única luz que alumbraba dia y noche aquel horripilante calabozo. Recibia el aire por una pequeña ventana alta, llena de barras de hierro, que comunicaba con la bóveda contigua; y como á ésta llegaba por solo la escalera estrecha que habia bajado el vizconde, resultaba húmedo, falto de oxígeno, cargado de hidrógeno y nocivo á la vida, por no reunir el equilibrio necesario entre los elementos de que se componia.

Florian examinó su triste encierro, exclamando:

—Siento frio por primera vez en esta isla; me dejé el gaban; mi levita va estando cada dia más raida; no llevo abrigos interiores, y la mucha humedad de este calabozo hiela mi sangre. ¡Qué habitacion tan lóbrega! Oh, en buen hora que los hombres castiguen á sus semejantes si han delinquido, pero después de oirles, de formar juicio exacto, y hasta debo añadir probado el crímen; pero el hacerlo ántes es una iniquidad, y el acto de encerrarme de este modo es ya un castigo terrible. Cada instante siento más frio y un malestar inexplicable. ¿Y qué tiene de extraño si sólo llegan á mis pulmones ázoe y los miasmas que emanan de la mucha humedad que hay aquí? Con el tiempo se descompondrá la sangre de los infelices que aprisionen en estas bóvedas, y será el principio de un asesinato jurídico que Dios tomará en cuenta á los causantes. Allí tengo paja, lecho que sólo se concede á una bestia; veamos si logro calentar mi sangre en esta cama, aborto horrible, parodia inícua de la caridad cristiana.

Y la extendió lo suficiente á echarse sobre ella, dejando una parte, con la cual se cubrió desde los hombros á los piés.

—No estoy del todo mal,—añadió;—peor debe hallarse el

reptil cuando llueve y la mísera cabra en los momentos que la apresa el tigre ó el leon. Muy bien; tendré paciencia, que no ha de ser esto motivo de que amengüe mi valor ni decline mi brio. ¡Qué cambios sufre el hombre en el corto espacio de algunas horas! No hace mucho me hallaba rodeado de gente millonaria; todo cuanto veia era poético, rico, deslumbrador; cantaba, y mis notas conmovian los corazones, agitaban las manos, excitando un entusiasmo que me elevaba sobre todos aquellos grandes señores; era el rey de tan espléndida fiesta; y para colmo de dichas, una princesa, la más bella que existe, me dirigia su mirada ávida de encontrarse con la mia. Y ahora tengo por lecho un poco de paja, y por habitacion el hueco labrado por los hombres en las entrañas de la tierra. Aquí no llegan los rayos vivificadores de ese sol radiante y bello ni su grato calor; aquí no baja ese aire puro, vital, que ensancha los pulmones, regulariza la sangre y sostiene la existencia; aquí no se oyen las carcajadas del que rie, los brindis del que goza, ni otra cosa que el eco lúgubre del desgraciado que suspira entre cadenas ó gime en el tormento. La habitacion imita al nicho de los muertos; el presente del que se halla aquí se llama sufrimiento, y el porvenir patíbulo ó muerte. El estado normal de los hombres es la pena y malestar, que la satisfaccion y la alegría son en el globo en que vivimos ráfagas fugaces que desaparecen cual chispa eléctrica que apénas da tiempo á que la vista se fije en ella. La existencia del sér humano es el temor... ¡El temor! pero yo nada he temido: fuí la excepcion de la regla, y en este calabozo no encontraré causa suficiente á obligarme á variar. Já, já, já. Bóvedas sombrías, repetid el eco de mi carcajada, que no siempre ha de ser el de los ayes y suspiros. Perfectamente; se templó algo mi sangre, y viene á reemplazar al frio un sueño tranquilo y sereno. ¿Por qué te habré conocido, bellísima Zeneida? Sin tu imágen, que veo en todas partes, hasta en mi mazmorra, sin el recuerdo de tu amor, me serían agradables esta paja, la atmósfera que respiro, la sombría oscuridad en que habito, y la muerte

que me espera. Es indudable que las ideas y pensamientos adquieren el carácter de aquello que nos rodea; por eso son las mias en este instante tan tristes y melancólicas. Voy á dormir; al despertar me dominaré como de costumbre, y será otra cosa. ¡Dios mio, Dios mio, cúmplase tu voluntad!

Y cerró los ojos, entregándose al poco tiempo al más tranquilo sueño.

Media hora después se abrió la puerta de la prision, entrando una jóven alta, graciosa, negligente, bien formada, y tan bella, que podia, si no igualarse á Zeneida, ir en pos de ella en encantos naturales. Tendria veinticinco años de edad, y su hermosa y despejada frente revelaba mucho talento, fijeza de ideas y voluntad incontrastable. Vestía traje de terciopelo negro, que empezaba en su garganta, para concluir en una cola que arrastraba por el suelo media vara. Un sombrero de seda y color iguales al vestido adornaba más que cubria su cabeza, y se embozaba con un abrigo de riquísima lana y raso. Detrás de ella apareció un carcelero, el cual le preguntó:

—¿Acompaño á V. E., señora duquesa?

—No,—contestó la jóven;—entorna esa puerta, y quédate á la parte afuera.

Aquél hizo una reverencia, obedeciéndola en el acto.

La duquesa anduvo algunos pasos, deteniéndose junto al vizconde.

—¡Duerme!—exclamó.—El valor de Régulo no tiene parecido en esta isla. ¡Qué bello es, qué fuerte, qué admirable! ¡Oh, me causa pena verlo entre esa paja, cuando merecia un trono por su talento, caballerosidad y fortaleza! No me extraña que S. A. R. fije los ojos en él, y no pueda retirarlos, atraida siempre por el mágico poder de ese hombre privilegiado. ¡Qué me importa á mí! Cumpliré la mision que se me ha confiado, concretándome única y exclusivamente á su completa realizacion.

Y se dirigió al taburete, sentándose en él.

—Hace frio aquí.

Añadió. Y embozándose de nuevo en el abrigo, quedó inmóvil, apoyado su brazo derecho en la pequeña mesa que tenía al lado.

De este modo prosiguió cerca de dos horas, con la vista baja y como entregada á profunda meditacion.

Luégo sacó un periódico, y lo arrojó sobre la mesa sin quitarse el embozo.

—Parece que se mueve,—dijo, fijándose en Florian.—Sí, abre los ojos. Gracias á Dios; mis pobres piés están yertos, y lo delicioso de esta mansion no es en verdad para los que habitamos en palacios.

Calatrava despertó, separando de su cara la paja que en los movimientos le habia caido encima. Después se sentó, limpiando su cabeza y parte de la levita. De pronto vió á la duquesa, exclamando:

—¡Quién es! ¡Una señora! No aguardaba la visita que tiene V. la bondad de hacerme.

—Estése quieto,—le dijo la jóven con voz sonora y agradable;—no hay más que este sitial y esa paja; ocupemos cada cual el asiento en que se halla.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Soy duquesa, y tan rica, que me envidian los grandes de este país.

—Me alegro mucho; pero eso no aclara el misterio.

—Hablé con V., señor vizconde, en un baile de tristísimo recuerdo.

—¡La maga!

La jóven quitó su embozo, añadiendo:

—Luégo le escribí algunos anónimos y le mandé periódicos, cuyos sueltos, referentes á V., fueron redactados por mis amigos. Influí á la vez en su favor, y tanto hice por V., que pudiera haberme llamado su egida.

—No imaginé nunca que una mujer tan bella y elevada se ocupase de este mísero desterrado, pobre y ruin gusano, desde que llegó á este desdichado país.

—Para realizarlo, tuve, entre otras razones, la de que, segun cuentan, es V. muy agradecido y caballero.

—Creo no haber negado jamás ámbas cualidades.

—Yo puedo afirmar lo contrario.

—Me parece difícil.

—Veamos quién se equivoca de los dos. Aun cuando disfrazada, dije á V. que era una señora, y el sitio en que nos hallábamos confirmaba esta verdad; pedí á V. su brazo, y no me lo dió; le rogué luégo que bailase conmigo, y no quiso; le supliqué unas cuantas frases amorosas, y tambien me las negó.

Calló la jóven é inclinó la cabeza, apareciendo en su hermosa faz el rubor.

—No merecia yo,—replicó el vizconde,—demandas tan honrosas, porque no valgo lo que V. supuso al hacérmelas, y porque soy tan desgraciado, que me arrancó el destino hasta la posibilidad de ser galante con las damas.

La duquesa alzó la frente, y demostrando disgusto y altanería, le preguntó:

—¿Decia V. eso mismo anoche en un bello cenador, situado junto á poético y delicioso arroyuelo?

Florian la miró sorprendido, interrogándole á su vez:

—¿Quién es V., señora, que todo lo sabe, todo lo adivina?

—Una maga de esta isla, que empezó declarándose egida de V., y acabará sabe Dios cómo.

Régulo se puso en pié, quitó la paja que llevaba pegada á los pantalones y levita, y acercándose á la duquesa, le dijo:

—Nada temí ni áun de los hombres más perversos; nada malo debo esperar de ese rostro de ángel, trasladado como por encanto, ó acaso por un cúmulo de bondad sublime, á la horrible prision de este infortunado.

—Eso ya es otra cosa, vizconde; puedo, aunque me violente mucho, perdonarle su cita de anoche con Zeneida, el haber muerto á mi amigo D. Camilo Posada, y hasta los desaires que me hizo en el palacio del marqués; pero es indispensable que continúe hablándome así, y que recompense como merecen

mis sacrificios por V. Le advierto que estoy casada con el duque de Badillo.

—Señora duquesa, me es igual su estado, y ruego á V. no interprete mi agradecimiento y galantería de un modo contrario á la verdad.

—¿Qué quiere V. decir?

—Que yo podré elogiar como merecen los encantos que la naturaleza se dignó otorgarle; podré demostrarle gratitud por las atenciones que tiene conmigo, pero nada más.

—Vizconde, de este calabozo sólo se sale para el patíbulo: es un tablado deshonroso que sostiene la máquina con que el verdugo agarrota.

—Lo conozco; y como nada me asusta ni me extraña, aguardo con fria indiferencia lo que tenga á bien disponer mi negro destino.

—Puede V., sin embargo, cambiar este tormentoso subterráneo y el tablado sangriento por espléndido palacio, ricos trenes, y una vida, en fin, de príncipe.

—¿Qué dice á eso el señor duque de Badillo?

—Soy muy desgraciada, Régulo; todo mi poder, que es inmenso...

—Basta, señora, basta. Suplico á V. no me cuente lo que no quiero ni debo saber.

—¿Le dijeron á V., comprendió en alguna ocasion de su vida, lo que es una mujer celosa?

—Oí que habia en la tierra séres con rostro de ángel y corazon de Lucifer; malvados que esconden bajo la más preciosa careta una ponzoña que estremece á los débiles; pero como yo no soy lo último, ni creo en tal aserto, ni temo equivocarme...

—Mañana sentenciarán á V. á muerte, y su padre espirará de dolor.

—Nos uniremos en el cielo; allí no hay mujeres que ofrezcan pisotear la ley por que se rigen pueblos, á trueque de saciar un capricho torpe, miserable y criminal.

—¡Eso dice á la duquesa de Badillo!

—Y á todo el mundo: mi patrimonio es la verdad, y á nádie la oculto.

—¡Infeliz! Antes de poco abandonará su lecho de paja, para que lo cubran la hopa y gorro amarillos, manchados con sangre; sobre un pollino, guiado por el verdugo, caminará entre la multitud, que se fijará en V. ávida de compasion; luégo le harán subir pausadamente las gradas...

—Já, já, já. El cuadro es digno de una trágica consumada, y no puedo ménos de aplaudirlo, áun cuando lo interrumpa. La muerte, señora, no es otra cosa, para hombres como yo, que el descanso eterno á la materia, y la vida, y gloria al espíritu, que se remonta ufano y orgulloso hasta llegar á las plantas de un Dios justo y misericordioso, dejando en la malhadada tierra que abandona sólo miseria humana, polvo vil regado con el adulterio, el robo, el asesinato y los cien crímenes, en fin, que agitan y conmueven esta mísera sociedad.

—Le veré á V. cubierto de ignominia atravesar la carrera, subir al patíbulo y morir.

—Me alegro; goce V. mucho en mi martirio, que yo me he de reir de V. y de cuantos lo presencien.

—Antes sufrirá en este calabozo lo que no ha supuesto ni puede comprender.

—Al contrario: dormiré dia y noche sobre esa paja, tranquila la conciencia, sosegado el espíritu y sin molestias la materia. ¿Le sucede á V. lo mismo en su blando y mullido lecho?

—El hambre se lo impedirá; el frio mortificará su sér; la soledad y el insomnio harán mil pedazos esa entereza fingida en parte.

—¡Já, já, já!. ¡Delicioso país! Una duquesa resuelve las causas criminales á su antojo.

—Por última vez, Régulo; puedo, si V. quiere, darle libertad hoy mismo, regalándole además el importe de lo que le han secuestrado, para que salga de la miseria en que vive.

—¡Tres millones y pico!

—Sí, señor.

—Poco ántes de salir yo de España regalé más de noventa.

—Serían de su padre de V.

—No, señora, que me pertenecia la cuarta parte.

—Pero aquí nada tiene.

—¿Nada? Algo he traido, cuando supe ganar con el trabajo de tres horas mil duros.

—Estafando á un editor.

—No me he de ofender por eso, que de rostro tan bello, de figura tan esbelta y hermosa, de labios tan finos y perfectos nada puede salir que merezca mi disgusto.

—¿Se está V. burlando?

—Al contrario: elogio su hermosura, compadeciendo la maldad de que es susceptible su corrompido corazon.

—¡Ay del vizconde de Régulo! Pronto será pasto de gusanos, polvo vil que marcará la huella del mísero sepulturero.

Y desapareció la duquesa, lanzándole ántes una mirada siniestra.

Florian, de pié, en medio de su calabozo y con los brazos cruzados, la vió partir, oyendo después el ruido de los cerrojos que se corrian al dejar cerrada la puerta de hierro.

—¡Qué maldad!—exclamó.—Imposible parece que una mujer tan bella pueda tener el alma avezada al crímen y á la infamia. ¿Dónde me veria por primera vez? ¿Cuándo? Lo ignoro, como tampoco me explico la torpe y funesta pasion que ha demostrado, ni nada de lo que acaba de expresar. El misterio continúa velando los acontecimientos que presencio. ¿Qué es eso? Me ha dejado un periódico.

Y lo cogió, añadiendo:

—Se titula *El Blas*, satírico y literario. Será el producto de la inteligencia de algunos de esos payasos que ganan el sustento de la vida honradamente como el saltimbanqui ó clown. No hay otra diferencia sino que los unos divierten al público sin ofender á nádie y con el rostro cubierto de albayalde y almazarron, y los otros con hipócrita careta, convirtiendo sus chis-

tes por lo general en insolentes dichos que sólo explican la falta de criterio, la carencia de númen y la abundancia de desvergüenza. Veamos si me he equivocado.

Y leyó una parte de él, exclamando luégo:

—Insertan la segunda composicion que vendí al editor García, criticando después una sola hipérbole de las muchas que contiene mi escrito. Les parece exagerado que con mis lágrimas regase una hora ó más las tablas del bergantin que nos conducia á esta isla. Esos hombres desconocen la retórica por completo, y no deben tener corazon, toda vez que les extraña el que se llore una ó dos horas seguidas, cuando hay madre que baña el féretro de su hijo con llanto amargo el doble de tiempo, siendo además permitido al poeta y novelista que describa el hecho con algo de exageracion para que el efecto conmueva y sea mayor en sus lectores. Esta figura retórica se llama hipérbole, usada contínuamente por nuestros buenos poetas y novelistas antiguos y modernos, y á nádie se le ha ocurrido criticarles... ¿Pero á qué me molesto en discurrir de este modo, si sólo risa debe inspirarme la payasada del saltimbanqui? Já, já, já. El chiste ó agudeza de esta sátira es delicioso; nádie lo va á encontrar; pero... pero un payaso no merece que me ocupe más de él.

Y arrojó *El Blas* con el desprecio que efectivamente merecia.

Después comenzó á pasear, pensando más que en lo horrible y crítico de su situacion en la belleza y encantos de Zeneida.

Una hora más tarde exclamó:

—En las cárceles se da de comer á los reos; yo debo estar aquí, sin embargo, más de medio dia, y nádie entra á ofrecerme ni un mal rancho concedido al ladron y al asesino. ¿Seré de peor condicion que el malvado? Acaso; todo se puede esperar en esta isla. ¡Qué largas se hacen las horas en la prision! Y es lo peor, que en la mia sólo me es dado estar paseando ó entre paja para prestar á mi sangre un calor que le niega la humedad

de este subterráneo. Otra vez se abre la puerta. ¿Será el juez ó el rancho?

Y apareció un instante después el caballero que le propuso en casa de Zeneida la direccion del partido de los *fusileros*.

—Beso á V. la mano, señor vizconde,—le dijo.

—Sea V. bien venido,—contestó Régulo, deteniendo su paseo.

—No suponia yo,—añadió el primero,—que hubiese en la isla un calabozo tan triste, lóbrego, sombrío y húmedo. El aire que se respira aquí es nocivo á la vida.

—Sí, señor; una especie de veneno, con el que empiezan á castigar á los reos ántes de oirles.

—Le anuncié á V. que le ocurriria esta desgracia, y veo con dolor que se ha realizado mi vaticinio.

—Pues á mí nada me duele, y áun cuando esté mal, no será causa mi prision de que me entregue á la melancolía ni al hastío.

—A lo terrible de esta localidad seguirán el hambre, el frio, el insomnio, la sentencia de muerte y el patíbulo.

—Si es V. el encargado de notificarme eso, mal oficio ha elegido.

—Deseo, por el contrario, darle libertad, posicion y hasta poder.

—Yo nada le he pedido.

—Pero yo se lo ofrezco.

—¿Capitaneando su gente?

—No, poniéndose á la cabeza de un gran partido.

—Muchas gracias; estoy mejor aquí.

—Es una temeridad increible.

—Es un hecho innegable.

—Reflexione V...

—Quiero seguir mi suerte, y ruego á V. se abstenga en lo sucesivo de ofrecimientos que no me es dado aceptar.

—Lástima de garganta entregada al verdugo, cuando todavía es jóven, cuando le brinda el destino con el más brillante

porvenir. Nosotros sólo le exigimos que nos dirija, organice y ayude á formar la felicidad del país.

—Soy aquí extranjero, y nada acepto de ustedes, nada puedo darles.

—Su tenacidad me va haciendo creer que no es V. efectivamente la persona que buscamos.

—Debia haberse convencido de esa verdad la primera vez que habló conmigo.

—He querido por última vez arrancarlo de las garras de la muerte; pero persuadido de que todos mis esfuerzos han de ser inútiles, me retiro, deseándole una agonía corta y ménos terrible de la que en mi concepto le aguarda. Beso á V. la mano.

—Beso á V. la suya.

Y salió aquél, volviéndose á cerrar la puerta.

—¡Qué país este!—exclamó Régulo, continuando su paseo.—A pesar de estar incomunicado, entra á verme todo el que tiene favor, sin que el tribunal se aperciba ni se cuide de mí, sin embargo de las muchas horas que estoy á su disposicion. ¿Otra vez se abre la prision? ¿Quién será? ¡Ah, Valleameno!

Los dos se estrecharon la mano; el conde llevó á un extremo del calabozo á Florian, preguntándole:

—¿Cómo está V., amigo mio?

—Todo lo bien que es posible en esta mazmorra.

—Me alegro que sea así, y no esperaba ménos de su valor y fortaleza de espíritu.

—Gracias.

—Oigame V. ahora con atencion, señor vizconde. Como V. me facultó para que refiriese lo acontecido entre V. y el desgraciado Posada, dije á su padre la verdad, á algunos parientes de la víctima, y bien pronto se supo en todo Madrid. El marqués recurrió al juzgado, y éste, como medida preventiva, mandó prender á V. é incomunicarle; lo mismo hizo conmigo; pero yo lo supe á tiempo, y he podido sustraerme hasta ahora á su terrible accion.

—¿Buscan tambien á Iglesia?

—No; en cumplimiento de lo que me encargó, dije á todos que no conocia al padrino de V., y que ignoraba su nombre. Posible es que yo pueda permanecer oculto; pero áun cuando sucediera lo contrario, esté V. seguro que negaré la realidad de su duelo cuantas veces me lo pregunten; haga V. lo mismo, y de ese modo acaso logre salvar la vida. Nuestro código condena con dificultad á los reos inconfesos, y poniéndonos de acuerdo los dos, es muy difícil que recaiga condenatoria.

—¡Está V. escondido, y viene nada ménos que á mi prision!

—Sólo aquí podia yo llegar en vista de la imperiosa necesidad que tenemos de adoptar una idea salvadora del conflicto en que nos hallamos. Entré además embozado hasta los ojos, y el permiso que uno de mis amigos alcanzó de la autoridad no se refiere á mí, sino á persona que tiene mi estatura y porte.

—Con qué facilidad se logra en esta isla ver á los presos incomunicados.

—No lo crea V.; costó mucho trabajo arrancar la órden que me abrió esa puerta, no obstante haber mediado en el asunto un personaje de la más alta importancia.

—Lo digo porque es V. el tercero que me visita.

—Eso no hace al caso, vizconde; son las siete de la noche, de ocho á nueve vendrá el juez, y es indispensable no perder tiempo.

—¡Conque es ya de noche!

—La hora que le he dicho. Abreviemos.

—Pronto vamos á concluir. Contestaré al tribunal que no puedo ni quiero decir los nombres de mi padrino y el de Posada; pero que fuí yo el que de una estocada cortó la existencia del último.

—Le va á V. á costar la vida.

—Prefiero la muerte á mentir.

—Reflexione V...

—Desde que tuve uso de razon pensé que la verdad no debe ocultarse, y espiraré creyendo lo mismo.

—No habrá remedio para V.

—Tendré paciencia. Dígame V., señor conde, ¿se mata aquí á los reos en patíbulo ó de hambre y sed?

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Me trajeron poco después de amanecer, y no se han acordado de que, delincuente ó no, cómo y bebo como los restantes séres del universo.

—Hasta que le tomen la primera declaracion, que será ántes de dos horas, no puede entrar nádie.

—Verdad es: un poco de pan y agua son ilícito comercio en este calabozo; pero el que vengan á verme tres personas eso no destruye la incomunicacion.

—Luégo le traerán alimento; lo que importa ahora es que desista V. de su temerario empeño, nos pongamos de acuerdo y salvemos su vida.

—No la quiero con nota de cobarde, embustero y ruin.

—Esa conducta nos compromete á Iglesia y á mí.

—Juro que callaré sus nombres.

—Como oculta esa verdad, calle V. la otra, y nada conteste en el interrogatorio.

—En lo que se refiere á mí diré cuanto desee saber el tribunal; no se moleste en aconsejarme lo contrario, porque será inútil.

—¿Meditó V. sobre su presente y porvenir?

—Pensé no tener que inclinar jamás la frente, vivir honrado y morir caballero.

—El tiempo corre, y no me es dado detenerme más. Calle en obsequio mio...

—En obsequio de V. nada he de contestar que le comprometa; en el mio todo lo que se refiera al vizconde de Régulo.

—Qué lástima de garganta entregada al verdugo y al hierro del patíbulo. Dios le ampare y le dé buena muerte.

Y desapareció tambien, cerrándose nuevamente la puerta, y exclamando Régulo:

—Muy bien, conde; cúbrete hasta los ojos, esconde el ros-

tro y baja la cabeza, que áun cuando no es de héroes, lo hace el prudente, el precavido, pero nunca Florian de Calatrava. ¡Egoista, embustero! Huye tú; comprende que tu silencio agrava mi causa, toda vez que declarando lo mucho que yo rehusé ese duelo, atenuaba mi delito y hacía imposible ó muy difícil la sentencia de muerte; lo que interesa es que no te prendan á tí, que áun cuando yo muera, nada habrás perdido. ¡Qué hombres, santo cielo, qué sociedad, qué indiferencia tan criminal! Me alegro; si todos obrasen como mi padre y yo, no habria quien nos mirase con la admiracion y respeto que el público contempló siempre nuestras cabezas.

Se sentó en su taburete, pero á los pocos minutos volvió á pasear, añadiendo:

—El frio me impide estar quieto, y es lo peor, que si continúan sin traerme alimento ni agua, caeré desfallecido, y entónces ignoro lo que será de mí.

La situacion de Régulo se iba agravando por momentos; áun cuando confió en un principio que sólo se trataba de una prueba, cuya causa ignoraba, ya no creia en ella, de todo dudaba, y, efecto sin duda de la gran debilidad que se apoderaba de su sér, comenzó tan privilegiado cerebro á negarle la clara luz con que brilló hasta entónces su inteligencia. Las tres visitas que concluia de tener, extraviaron en parte su razon, ayudando poderosamente á llevarle á un estado fatal.

CAPITULO XXII.

Interrogatorio.—La racion de un preso.—Sueño tranquilo.

Serían las nueve de la noche cuando se abrió por cuarta vez la prision de Calatrava, apareciendo graves, imponentes y vestidos de negro el juez, un escribano y dos alguaciles. El segundo se sentó en el único taburete que habia, y poniendo unos papeles sobre la mesa, se dispuso á escribir. El primero preguntó al preso:

—¿Sabe V. quiénes somos?

—Su actitud me lo demuestra.

—En ese caso, tenga á bien contestar á cuantas preguntas le haga. Escriba V., notario. ¿Cómo se llama V?

—Florian de Calatrava, vizconde de Régulo.

—¿Qué edad tiene V?

—Treinta años.

—¿Dónde nació?

—En Sanlúcar de Barrameda.

—¿Qué estado es el suyo?

—Viudo.

—¿Ha sido V. el que ha muerto al Sr. D. Camilo Posada?

—Sí, señor.

—Diga V. cuándo, cómo fué, sin suprimir circunstancia alguna ni detalle.

Florian obedeció, contestando á la pregunta del juez, sin añadir ni quitar nada en todo aquello que tenía relacion con él y con el finado.

Cuando el escribano hubo concluido, reflexionó el magistrado, interrogando de nuevo al preso:

—¿Tuvieron ustedes padrinos?

—Sí, señor.

—¿Y testigos?

—Tambien.

—¿Quiénes fueron?

—Los primeros dos caballeros; los otros, cuatro guardas de bosque.

—¿Cómo se llaman?

—No puedo decirlo.

—¿Por qué razon?

—Porque jamás pago con ingratitud los favores que me hacen.

—La ley le manda que me conteste.

—Yo no he venido por mi gusto á este país, no he podido tampoco irme de él, me recibieron peor que á un esclavo, y no acepto nada de lo que se me impone.

—Si no contesta á mis preguntas, encadenarán sus manos y piés, quedando sujeto á esa argolla que hay en la pared.

—De todo será V. capaz; ántes de saber si habia ó no delinquido me mata de hambre y sed, envenenando mi sangre con los miasmas que se respiran en este subterráneo.

—¡Insensato! Conteste á mis preguntas, ó...

—No quiero.

—¡Tema V!..

—Me voy á reir á carcajadas si continúa amenazándome.

—Grillos á ese hombre,—gritó el juez,—esposas, y que quede amarrado á la pared.

Los alguaciles obedecieron sin hallar resistencia por parte de Régulo.

Cuando hubieron concluido, continuó el interrogatorio.

—¿Se ha escapado V. de una prision?..

—Me burlé,—le interrumpió Florian,—de aquellos carceleros, y ahora...

—Déjeme V. concluir.

—No quiero.

—Le mandaré poner una mordaza.

—Todo es de esperar de su justicia, rectitud, filantropía y humanidad.

—Debe contraerse...

—Sí, señor; declaro que me inspira V. risa, sus amenazas desprecio, y sus castigos desden. No volverá á oir otra frase de mis labios, se lo juro.

—Diga V. los nombres de los padrinos y testigos, y lo soltarán, trayéndole luégo alimento.

Régulo nada contestó. Todavía le hizo el juez várias preguntas, ofreciéndole en unas, amenazándole en otras, sin que obtuviera réplica á ninguna de ellas. Convencido, por último, de que Calatrava no faltaria á su promesa, montó en cólera, ó fingió al ménos hacerlo, desapareciendo de allí seguido del escribano y alguaciles.

Florian quedó solo, encerrado, yerto de frio y sentado sobre la paja que le servía de lecho. Podia echarse, pero de un modo tan incómodo que era preferible la postura que acabamos de citar.

La situacion de este infeliz era tan mala que parecia imposible la sostuviera mucho tiempo con la entereza que él lo estaba haciendo.

Así permaneció dos horas más.

La puerta de la prision se abrió por quinta vez, entrando un nuevo personaje, el cual le dijo:

—Si V. contesta como es debido, si abandona esa tenacidad tan impropia en el terrible estado á que sus delitos le han

conducido, le soltarán, reemplazando al hierro una cama regular y buenos alimentos.

Calatrava hizo un signo negativo con la cabeza.

—Vizconde, comprenda V. que va á morir de frio y de hambre.

—Márchese V. de aquí, que me molesta.

—Yo se lo ruego...

—Déjeme V. en paz.

Y le volvió la espalda, recostándose sobre el lado derecho.

Salió el recien venido, pero dejando la puerta abierta. Más tarde penetraron dos carceleros; el uno le quitó las esposas y el otro puso muy cerca de Florian una cesta con comida, retirándose acto contínuo.

Quedaba, no obstante, con grillos y cadena sujeta á la argolla.

Libres ya sus manos, cogió la cesta, viendo un pedazo de pan, rancho compuesto de patatas, garbanzos y judías, sin carne ni tocino, y un frasco con agua; no le pusieron cuchillo ni tenedor, pero sí una cuchara de madera.

Régulo sonrió, exclamando:

—Soberbio banquete, espléndida mesa; pero me dan lo suficiente para destruir la debilidad que empieza á acongojarme, y el que no se suicidó en Madrid, en Cádiz, ni en las seis mil leguas de Océano que he atravesado, no lo hará después. Léjos de eso, comeré cuanto necesite de lo que hay aquí.

Y cogiendo la cuchara, principió á hacerlo, continuando quince minutos. Dejó la mitad del rancho, mas apuró todo el pan y el agua.

—Ahora,—dijo separando de sí la cesta,—dormiré. ¡Maldita cadena! Mucho me incomoda, pero así y todo cerraré los ojos, cubriéndome ántes de paja. Muy bien; empiezo á sentirme mejor, el frio no me molesta tanto, y en breve circulará mi sangre con regularidad. No debo pensar en nada, en nada; sea mi suerte la que quiera, sólo se ocupará mi mente de la Providencia, á la que imploro valor para sufrir resignado, y entere-

za, con la cual pruebe á mis verdugos la distancia que hay de ellos á mí. Zeneida... Debo olvidarte para siempre: adios. Y tú, padre mio, en el cielo nos unirá esa mano justa, bondadosa, que todo lo puede, la que yo beso, bendigo, y asido á ella acabaré como disponga, como me mande, pero siempre fuerte, siempre amándola.

Régulo siguió por algun tiempo pronunciando frases ininteligibles. Después cerró los ojos, y á la media noche era ya presa de tranquilo sueño.

Sosegada su conciencia, satisfecho de su conducta, y dominada siempre su materia por la poderosa voluntad y clara inteligencia que Dios le otorgó, dijo quiero dormir, y lo logró instantáneamente, continuando por espacio de diez horas seguidas sin interrupcion alguna.

Serían las dos de la madrugada y nuestro jóven permanecia en lo mejor de su sueño, cuando abrieron la prision sin hacer ruido alguno, entrando un carcelero, el cual se acercó al preso, y después de contemplarle se retiró, exclamando al llegar al dintel de la puerta:

—Duerme.

Y salió, siendo reemplazado por vários caballeros, ancianos unos y jóvenes otros, en medio de los cuales iba una dama embozada con manto ó abrigo de grana, cuya capucha cubria su cabeza. Se recataba tanto, que apénas dejaba libres sus ojos y un dedo de frente. Le arrastraba la cola de un vestido de terciopelo morado, y al entrar dejó ver parte de su pié, pequeño y calzado con finísima bota y media de seda. Los caballeros que la acompañaban iban tambien embozados.

Llegaron todos á dos pasos de Florian, fijándose en él con interés.

—¡Mirad,—dijo la encubierta,—qué sueño tan tranquilo, qué conciencia tan limpia, qué valor tan sublime, qué corazon tan fuerte! ¿No os basta con eso?

—No, señora.

Le contestó un anciano que estaba á su derecha.

—¿Aún quereis más?

—Lo deseamos todo.

—¿Qué prueba esa desconfianza?

—Dice, señora, que á tantos males como se sufren es preciso un remedio enérgico, salvador, y todo es poco para averiguar si el medicamento podrá curar al enfermo que camina en pos de la agonía.

—No me opongo, que pudiérais atribuirlo á debilidad, y soy más fuerte que vosotros; soy tanto como ese privilegiado sér que duerme á nuestras plantas. Haced lo que querais; pero ántes dejadme que le contemple sola dos minutos.

—No hable...

—Silencio, que sé mejor, mucho mejor que vosotros cuál es mi deber.

Todos se inclinaron ante aquella mujer que se expresaba como reina; anduvieron hácia atrás, y salieron.

Cuando ella los vió desaparecer, cayó de rodillas sobre la paja que servía de lecho á Calatrava, exclamando para sí:

—¡Ligaron sus carnes con gruesas cadenas; aprisionaron sus piés con grillos; le dieron á comer un mal rancho, y por cama el duro suelo con esa paja que á la vez le sirve de abrigo! ¡Y duerme; su sueño es el más solemne desprecio á los que así le trataron; es la grandeza que desdeña nuestra pequeñez! ¡Pequeña yo! ¡Sí, me obligan; quieren más de lo que yo deseaba! ¡Ay de ellos el dia que esto acabe, hable Florian, y no caigan de rodillas ante su voz! ¡Qué pálido está, qué mugriento, y qué hermoso!

La dama acercó su labio á una de las manos de Régulo, dejándole un ósculo y dos lágrimas. Luégo se puso en pié, sacudió la paja pegada á su manto, y salió más altanera é imponente que habia entrado.

Volvió á cerrarse la puerta, y hasta muy entrado el siguiente dia nádie apareció por la prision.

El vizconde abrió los ojos por fin, sentándose sobre su duro lecho.

—Noche perpétua,—exclamó,—tinieblas contínuas; ignoro qué hora será, pero entiendo que he dormido bastante.

Y prosiguió en aquella postura por impedirle la cadena y grillos tomar otra más cómoda.

El polvo de la paja, la mucha humedad y la falta de limpieza y aseo habian ennegrecido su cútis, afeado su ya raido pantalon y levita, y en estos instantes se podia confundir en traje y color con los grandes criminales encerrados en los calabozos. Habia, no obstante, en su mirada, facciones perfectas y modales un tinte aristocrático, una forma tan bella, que sin embargo del traje y de lo oscuro de su piel, bastaba fijar un poco la vista en nuestro infortunado jóven para comprender su calidad y la inmensa distancia que lo separaba del crímen y del pueblo.

En este momento tenía la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, la mirada baja, las manos cruzadas y el cuerpo encorvado, cuya postura y actitud lo presentaban triste, pesaroso y lánguido, pero interesante como nunca.

Así permaneció hasta que, oyendo correr el cerrojo de la puerta del calabozo, alzó la frente, demostrando toda la altivez que solia aparecer en su rostro cuando se hallaba enfrente de sus enemigos.

Un dependiente de aquellas prisiones se le acercó, preguntándole si queria ó no terminar sus declaraciones. Contestado negativamente, insistió, empleando al efecto amenazas, ofertas, y un razonamiento, en fin, que no estaba exento de lógica. Régulo movia á todo la cabeza, no admitiendo proposicion alguna, ni dignándose contestar de otro modo que con signos.

Salió el enviado, tornando á quedar solo Calatrava.

De este modo continuó hasta la noche, que le entraron igual racion á la del dia ántes, la que él apuró por completo, durmiendo seguidamente.

Seis dias permaneció sentado unas veces, acostado otras, despreciando ofertas de todas clases, y comiendo por la noche la insípida y frugal racion que le llevaban, sin exhalar un sus-

piro ni quejarse de su suerte. Estaba flaco, descolorido, ojeroso, y efecto sin duda de lo lóbrego del calabozo, aparecia en su faz una tristeza que no le era dable desechar.

Al terminar los últimos seis dias y como á las siete de la noche se abrió la puerta de la prision, entrando un caballero anciano, de barba y cabellos blancos, venerable en su aspecto y bondadoso en su mirada y actitud.

Florian estaba sentado sobre la paja, y al verlo sintió una impresion agradable, pues le pareció que de aquella respetable cabeza no debia esperar nada malo.

El recien venido se quitó su sombrero, dejándolo sobre la mesa; luégo cogió el sitial y se sentó junto á Régulo, desabrochando su abrigo y presentando en el costado izquierdo del frac, que llevaba debajo, una gran cruz. Con acento apagado por el hielo de la vejez, le dijo:

—Buena noche, señor vizconde; perdone V. si vengo á interrumpir el silencio de su prision en gracia al afecto que en favor de V. guia mis pasos y acciones.

—Gracias, noble anciano,—le contestó Calatrava, fijándose en él con interés creciente;—yo le agradezco la visita, que harto necesita el infeliz cautivo de la agradable compañía y bondad con que V. puede favorecerle.

—No esperaba, hijo mio, que me hiciese V. un recibimiento tan atento, cariñoso y cortés. Dicen que ha hablado á cuantos entraron aquí con altanería y desprecio.

—No mintieron; venían á proponerme hechos indignos, que sólo merecieron mi desden.

—¡Luego si el objeto que me trae á mí fuese de igual índole, ó V. le interpretase en sentido análogo, entónces me trataria de idéntica manera!

—No, que esas canas son venerables, y tendria paciencia ante un señor que me inspira respeto.

—¿Se halla V. en disposicion de oir lo que pretendo decirle?

—Todo.

—¿No se violentará?..

—No, señor; le faculto para que hable lo que tenga por conveniente, en la seguridad de que, me agrade ó no, le escucharé con mucho gusto.

—Debo advertirle ante todo que soy amigo del duque de Noal.

—¡Usted! ¿Ha estrechado su mano alguna vez?

—Muchas.

—Entónces permítame que bese la diestra respetable que tuvo la suerte de oprimir, de robar el calor á la de mi amado padre.

—No.

—Sí.

—¿Qué hizo V., Régulo?

—Postrarme ante la ancianidad; demostrar mi cariño al único hombre que amo en el mundo; basta que V. le haya tocado para que yo le admire.

—Siento que empiece nuestra entrevista con un acto de humildad que me ha ruborizado.

—Continúe V. sus preguntas.

—Cometió V. un delito, señor de Calatrava, que se castiga en este país con la pena de muerte.

—Ya lo sé, y espero mi sentencia tranquilo y satisfecho. No han de ser causa el hambre con que me atormentan, los hierros con que entumecen mi musculatura y la envenenada atmósfera que me dan á respirar, no han de ser causa suficiente, repito, para que deje de ir al patíbulo con la frente erguida, el desprecio en la mirada y la compasion en los labios. Han debilitado mi naturaleza; empiezo á sentirme enfermo; pronto aparecerá en mi sangre la fiebre, consecuencia de la descomposicion en que ha entrado; pero así y todo me han de sobrar valor y entereza para demostrar á mis enemigos todo el desprecio que me inspiran.

—Evitemos si es posible tan duro trance. El patíbulo no sólo mata, deshonra tambien, y no es propio del vizconde de Régulo proporcionar á su padre una agonía más cruel por el

deshonor que por la pena y martirio. Los que vivieron bien no deben morir mal.

—Eso, anciano, se lo cuenta V. á los que me han traido aquí.

—El que haya perversos ó malvados en el mundo no prueba que deba ser insensato Florian de Calatrava.

—¿Qué quiere V. que yo haga?

—Empiece por despojarse de una altanería que tan mal sienta en el infeliz cautivo.

—Ya desapareció de mí. ¿Qué más?

—Arroje de sí el orgullo y la vanidad, adormeciendo por completo el amor propio.

—Vuelvo á besar su mano con más humildad que anteriormente.

—No.

—Sí. ¿Qué nueva cosa desea de mí?

—Pretendo ahora salvar su vida, y quiero que me ayude.

—¿De qué modo?

—Firmando esta solicitud.

—¿Qué pido en ella?

—Un indulto que la régia prerogativa no negará á este anciano, amigo íntimo del duque de Noal.

—Pero si aún no me han sentenciado.

—Acaso lo esté V. ya.

—Vaya un modo de instruir expedientes.

—Respete V. las costumbres del país, y concretémonos á lo que interesa.

—¿Aun cuando sean torpes y descabelladas?

—Sí.

—Pues las respeto. ¿Qué sucederá después de logrado mi indulto?

—Que irá V. á presidio por toda su vida, á no ser que, andando el tiempo, lográsemos hacer temporal lo perpétuo por medio de otra gracia real. Soy grande del reino, senador, muy rico, y me interesaré por V. cuanto quepa en lo posible.

—Muchas gracias; no firmo ese escrito; prefiero la muerte á la vida de presidiario.

—¿Y si yo le dijese que su padre?..

—Selle la lengua, anciano; si intenta cohibir mi voluntad, si pretende destruir el libre albedrío que Dios me otorgó, invocando ese nombre sagrado para mí, lo echaré de este calabozo con el desprecio que á todos los que le han precedido.

—Hijo mio, el duque de Noal...

—Salga V. de aquí... ¡Fuera, torpe viejo! ¡Al que viene á arrebatarme lo único que me queda en el mundo le debo mirar como á miserable reptil!

—¡Otra vez la altanería, el orgullo!

—¡Y qué le extraña, si únicamente tengo voluntad y quiere arrancármela!

—La vida es un tesoro que no se sabe apreciar á la edad de V.

—La vida es como el oro, que lo estima y guarda el avaro, pero que lo tira el generoso caballero.

—Dios le pedirá cuenta por no haber intentado una salvacion que cabe en lo posible.

—Sólo faltaba que calumniase V. á la Providencia, y ya lo está haciendo, anciano; aquí me condujo, y aquí me tiene resignado, es más, bendiciéndola; si me ofrece luégo un patíbulo, á él iré con santa abnegacion, y lo torpe sería pretender una gracia injusta y que por lo general se le niega en esta desdichada isla al pobre.

—Ruegos, súplicas, amenazas, consejos, todo es inútil para V.; ama su voluntad con torpe delirio.

—Porque es mia, porque la enjendra mi conciencia, porque es lo único que me resta en el mundo; y si soy torpe, culpe al que me hizo así, que lo creo á V. muy capaz y sobradamente osado.

—¡Qué diré á su padre el dia!..

—Que muero digno de él, de mi nombre. Tambien el duque tuvo duelos é hirió de muerte á sus enemigos, y por cier-

to que jamás rehusó tanto un desafío como yo el de Posada. Quisiera dormir un poco, caballero; estoy desabrigado, como ve, y sólo cubierto con esa paja doy á mi sangre el calor necesario.

—¡Me echa V! Antes de partir debo decirle que he visto una sentencia de muerte y su nombre.

—Me alegro; con su permiso voy á recogerme.

Y se echó, cubriéndose con la paja desde los piés al cuello; luégo cerró los ojos, demostrando completa indiferencia. El anciano le miró fijamente un minuto; se retrató en su cara la alegría, cogió el sombrero, y salió del calabozo trémulo por el peso de la edad, pero muy satisfecho al parecer.

Media hora más tarde leyeron á Régulo la sentencia de muerte, de que le habia hablado el anciano, con toda solemnidad. Nada contestó el reo, ni siquiera haber recibido impresion desagradable.

Acto contínuo lo llevaron á otra habitacion donde el aire era sano y en la que habia un tablado con buena cama y un altar.

El vizconde pidió permiso para orar; se lo concedieron, y permaneció todo el tiempo que pudo arrodillado y en actitud fervorosa. Cuando empezaron á faltarle las fuerzas y á negarse á sostenerlo sus entumecidos músculos, fué arrastrándose hasta un sitial que tenía á la izquierda, y sentándose en él, miró en torno. Dos hombres enlutados habia al pié de la única puerta de su nueva prision.

—¿Quiénes son ustedes?

Les preguntó Régulo.

—Dos hermanos de la Paz y Caridad,—le contestaron.

—¿Estoy en la capilla?

—Sí, señor.

—¿Me dejan libres las manos y piés?

—Sí; puede V. andar por esta habitacion, meterse en cama, comer, y todo lo que no sea salir de aquí. Para servirle estamos nosotros.

—Que me traigan una taza de caldo, un trozo de ave, postres, pan, vino y agua.

—¿Nada más?

—Eso sólo.

—¿Quiere V. cigarros?

—Delante de esa divina efigie debe ocultarse el vicio.

—¿Desea V. asiento más cómodo que esa banqueta?

—No.

Un cuarto de hora más tarde le sirvieron lo que habia pedido. Régulo apuró el caldo y esperó algun tiempo; luégo comió un gran pedazo de gallina, bastante pan y dulces, bebiendo vino y agua. Tardó cerca de dos horas en su larga cena, con la cual se propuso únicamente adquirir las fuerzas necesarias para estar en su triste y último encierro con la entereza, si bien acompañada de resignacion, que á él le parecian propias y convenientes.

Terminada su comida, se puso en pié y comenzó á pasear por la capilla, procurando no volver la espalda nunca al altar, y sí los costados derecho é izquierdo. De este modo fué poco á poco despojándose del entumecimiento adquirido anteriormente.

Serían las doce de la noche cuando, cansado de pasear, acercó un taburete á la cabecera de la cama, y comenzó á desnudarse. Uno de los dos hermanos quiso ayudarle, pero él lo rechazó, diciéndole:

—Gracias, sólo acepto la caridad en lo puramente indispensable.

Y se metió en el lecho, quedando sentado tres minutos sobre la cama.

—Ruego á ustedes,—añadió,—manden limpiar mi traje, y me lo entren por la mañana. Dormiré hasta las siete; á esa hora deseo un barbero con lo necesario para asearme. Después, que pase el sacerdote que ha de confesarme y hacer compañía. Por esta noche nada más necesito; y puesto que la he de pasar toda en sueño tranquilo, pueden ustedes descansar

tambien, siendo así que á nada conduce el velar cerca de mí. Hasta mañana.

Y se echó, volviéndoles la espalda.

Diez minutos después dormia. Convencidos de este hecho los dos enlutados, entreabrieron la puerta, exclamando:

—Que éntre el médico.

Y apareció el doctor García, de setenta años de edad, hombre de gran talento y de bastante celebridad en toda la isla. Quedó parado el galeno junto á la cama, fijos el oido y la vista en la respiracion y semblante del preso. Así permaneció diez minutos; luégo metió su mano por bajo de la ropa, cogiendo con mucho cuidado la muñeca de Florian.

—Un sitial,—dijo.

Y se sentó en él sin soltar á Calatrava.

Seguidamente abrió su reloj, contando las pulsaciones de nuestro héroe cada cuarto de hora.

De este modo permaneció hasta las cuatro de la madrugada, que dejó la muñeca del vizconde, exclamando:

—Su sueño es tranquilo, la pulsacion regular, y á ese privilegiado sér no le han afectado la sentencia, la capilla, ni le impresionará el patíbulo. Hasta mañana, señores.

Y se retiró, dejando á los dos enlutados, los cuales mandaron entrar butacas, y en ellas durmieron tres horas, que tardó en llegar un empleado de aquellas prisiones, el cual les despertó, diciendo:

—Señores, aguardan en la estancia contigua el sacerdote y un peluquero.

—Que esperen,—replicó uno de los hermanos de la Caridad. Hizo salir luégo al que concluia de entrar, llamando seguidamente á Florian.

—¿Qué quiere V?

Preguntó Calatrava, abriendo los ojos.

—Han dado las siete.

—Bastante he dormido.

—Y con sueño tranquilo.

—Nada acontece que debiera impedirlo: cenó bien, la cama es buena, y mi conciencia se halla sosegada.

—¿Despierta V. con gana de hablar un poco más que ayer?

—No, señor; deseo que nádie me moleste.

—Esperan el sacerdote y el barbero.

—¿Y mi ropa?

—Voy á entrársela al momento.

—Que no aguarde el ministro del altar; puede entrar, sentarse, rogándole en mi nombre que me perdone el tiempo que le robo inútilmente.

Más tarde se vistió, le afeitaron, se lavó, le arreglaron los cabellos, y cuando estuvo aseado, despidió al barbero, cayó sobre el almohadon que habia á los piés del altar, orando media hora con verdadero fervor. Luégo se puso en pié, diciendo á los hermanos de la Caridad:

—Quiero estar solo con el sacerdote, y que la puerta esa permanezca cerrada, ínterin cumplo mis deberes de católico.

Acto contínuo besó la mano del eclesiástico; y arrodillándose delante de él, añadió:

—Padre, hé aquí al hijo que implora el consuelo espiritual, el alimento del alma. ¿Me lo concede V?

—Con mucho gusto.

Y se confesó sin afectacion alguna y con naturalidad que parecia más bien una conversacion entre ámbos que otra cosa cualquiera.

Cuando hubo terminado, le preguntó el ministro:

—¿Quiere V. recibir al Señor?

—Lo deseo, lo anhelo. ¿Estoy en disposicion de realizar acto tan sublime?

—Sí, hijo mio.

—Pues que sea lo ántes posible; yo se lo ruego.

—Ahora mismo.

Y con toda solemnidad recibió Régulo la sagrada hostia á presencia de cuatro hermanos de la Caridad, uno de los cuales ayudó al sacerdote, celebrando éste la misa seguidamente.

Luégo que concluyeron, abrazó el ministro á Calatrava con efusion, devolviéndole aquél del mismo modo esta prueba de afecto y deferencia.

—Quisiera, hijo mio, pedirle un favor,—dijo el eclesiástico.

—Hable V., señor.

—Acompañarle algunas horas ínterin permanezca en la capilla.

—Todo el tiempo que V. pueda. ¿Me hará la gracia de almorzar conmigo?

—Sí.

—¿Nos podrán servir á los dos las viandas que ámbos necesitemos?

Preguntó Florian á un hermano de la Caridad.

—Sí, señor,—contestó el interrogado.—¿Qué quieren ustedes?

—Deseo lo mismo que pida el sacerdote.

—Basta con dos platos, dulce de postre, pan, agua y vino.

No tardaron en sentarse á la mesa ámbos. Régulo contestaba á todas las preguntas del eclesiástico, pero usando del laconismo posible, con naturalidad, sin demostrar temor alguno ni hacer alarde de nada.

A la mitad del almuerzo llegó el doctor García, y después de saludar y darse á conocer al vizconde, le dijo:

—¿Me permite V. que le pulse?

—No, señor; me hallo bueno.

—Está pálido, delgado y ojeroso.

—¿Qué le extraña, si me han tenido muchos dias en una prision falto de alimento y de aire? Pero desde que me trajeron á la capilla he empezado á mejorar, y ya me encuentro bien.

—Quisiera saber, no obstante, cómo circula su sangre.

—Con toda regularidad.

—Si V. me permite...

—Hágalo V. en mi obsequio,—le dijo el eclesiástico.

—Sea en buen hora.

Contestó Florian, dejando el cubierto y alargando la muñeca al doctor.

García volvió á sacar su reloj y á contar los latidos, diciendo al concluir:

—Muy bien; veo que es cierta la tranquilidad que demuestra.

—Lo cual no es extraño en quien no aprendió todavía á fingir.

—¿Me permitirá V. que le vuelva á visitar á la tarde?

—No lo solicito ni me opongo. Haga V. lo que quiera.

—Entónces, hasta después.

Salió el doctor, y Régulo terminó su almuerzo, habiendo comido muy bien.

CAPITULO XXIII.

La gran prueba.—El sueño fatal.—Término de una vida insostenible.

Ocupó nuestro héroe los dos primeros dias de capilla en conversar con el sacerdote, oir misa, almorzar y comer, patentizando en todo esto completa serenidad, poco amor á la vida y mucho á Dios. En sus réplicas aparecia olvido al mundo, siendo de notar que áun cuando le hablaban de Zeneida y de su padre, apénas demostró grande interés por ninguno de ámbos. Su laconismo era exagerado en todo lo que no se rozaba con la religion católica.

—Quisieron verle algunos personajes, pero se negó á recibirlos, gustando únicamente de la compañía y conversacion de su director espiritual, en cuya virtud creia, agradándole á la vez su erudicion y talento.

Al espirar el segundo dia y después de comer, le abrazó el sacerdote, diciéndole:

—Tengo que evacuar un asunto importante, y dejo á V. por esta noche; pero al amanecer me tendrá á su lado para no abandonarle ya. ¿Quiere V. que me reemplace un compañero?

—Gracias; pienso meditar algunas horas sobre el último tema de nuestra conversacion, y luégo dormiré hasta que V. me despierte por la mañana.

—Buena noche, hijo mio; nada puedo encargar á un hombre de su talento y amor á Dios.

Salió el ministro, quedando sólo con los dos hermanos de la Caridad el vizconde de Régulo.

Media hora entretuvo en pasear por la capilla, entregado á sus propias ideas. Continuaba sereno, sonrió dos veces, y por último se dejó caer sobre el almohadon de terciopelo, permaneciendo dos horas elevando al cielo en silencio tierna y ascética plegaria.

Paseó de nuevo, y á las diez se dispuso á meterse en cama, diciendo á sus acompañantes:

—Para mañana que me limpien la ropa y éntre el barbero; después de la misa tomaré una taza de caldo, único alimento que me resta dar á mi materia. Duerman ustedes, si gustan, que yo lo haré hasta que me despierte el sacerdote.

—¿Nada más desea?

—Eso sólo.

—¿No hace testamento?

—¿Para qué, si sólo tengo alma que dar á Dios y cuerpo al verdugo?

—¿Quiere escribir á su padre, á algun amigo ó amiga?

—No, les dedicaré algunas frases, que se encargará de trasmitir mi confesor.

—¿Desea ver á álguien? Le advierto que le restan muy pocas horas de vida.

—Voy á emplear la mayor parte en dormir. Buena noche.

Y se desnudó, metiéndose en cama en el acto.

A los diez minutos cerró los ojos, y se quedó dormido. Cuando los dos hermanos de la Caridad estuvieron seguros de su sueño, salieron, siendo reemplazados al poco tiempo por el anciano de la gran cruz que habló con el vizconde poco ántes de ser trasladado á la capilla.

El desconocido mandó que cerrasen la puerta, y solo ya con Régulo, le llamó.

—¿Quién es?—preguntó aquél con disgusto.—¿Quién osa turbar la tranquilidad de un sentenciado á muerte?

—Yo, el amigo del duque de Noal.

—Ah, ¿es V., excelentísimo señor? Mal sienta esa placa en este lugar de llanto y amargura.

—¿Tanto sufre V?

—Yo, nada; pero esta habitacion no se hizo para mí sólo. ¿Qué desea de mí?

—En primer lugar que me perdone por haber turbado su tranquilo sueño; en segundo decirle que queda el tiempo indispensable para solicitar su indulto. ¿Quiere V. firmar la solicitud?

—No, señor.

—Régulo, dentro de algunos instantes será ya tarde.

—Le repito que prefiero el patíbulo al presidio.

—¿Y á la libertad completa?

—¿Es posible lograrla?

—Acaso.

—¿Condicionalmente?

—Claro está.

—¿Qué se me exige?

—Que no vuelva á ver á su padre ni á Zeneida, empleando su vida en el cultivo de algunas tierras que se le encargarán en los confines de esta isla.

—Ese es otro presidio sin cadena; no acepto.

—Veo, señor vizconde, que se ha empeñado, no sólo en morir deshonrado y en patíbulo afrentoso, sino en proporcionar á sus enemigos el placer de verlo cubierto con la hopa y gorro, caminando sobre un pollino por la larga carrera que separa este calabozo del sitio de la ejecucion.

—Si gozan ellos viendo al mártir marchar al suplicio, no les envidio la alegría, que tras de esta vida de injusticias y maldades, hay otra que, si hoy les es desconocida, no tardarán

en llegar á ella y sufrir las consecuencias de sus desmanes en ésta.

—Yo, en el caso de V., impediria por todos los medios posibles que mis contrarios se burlasen de mí en momentos tan críticos y terribles.

—Pues yo estoy completamente entregado á la religion católica, y me es indiferente todo lo demás.

—¿Ha pensado V. en lo que le pasa con relacion á su padre?

—No, señor; me he ocupado únicamente en morir como cristiano.

—La noticia de que espiró el hijo, causará un dolor terrible en el padre, es verdad; pero cuando sepa que fué por haber atravesado el corazon de Posada; cuando añadan que estuvo en la capilla y que le dieron garrote, se apoderará de él la desesperacion, y crecerá ésta viéndose solo y desdeñado de los muchos amigos que ya tenía en Cádiz.

—Anciano, ¿qué se propone V. destrozando mi corazon en estos instantes en que sólo debia inspirarle lástima?

—Régulo, soy, como ya le he dicho, un amigo íntimo de Noal; poco tiempo necesitamos para que la simpatía y el cariño formase en nosotros un lazo indisoluble. Enterado de sus desgracias, vine aquí, arranqué una órden que le devolvia su libertad, y por otra le entregaron el bergantin y cuanto traia en él. ¿Quiere V. verlas? Encima las llevo.

—No, anciano; creo en sus palabras, que á la edad de V. no se miente. Continúe, que me interesa su relato.

—Seguro yo de lograr ámbas cosas, ántes de venirme compré sus derechos á lo que tenía secuestrado, y le entregué tres millones y veinte mil duros al capitan y tripulantes que le acompañaron. Tambien puedo demostrarle que todo esto es cierto con las cartas que llevo encima, firmadas por el duque, y en las que reitera la expresion de su agradecimiento. ¿Desea usted ojearlas, porque aquí están?..

—Guárdelas V.; al amigo, al protector de mi padre sólo

debo consideracion y respeto. Prosiga V., noble anciano, que ya le escucho con algo más que interés.

—Tenía yo terminado ese asunto, el que llevaba ocupándome por completo seis dias consecutivos, cuando hé aquí que oigo decir á vários amigos mios que iban á sentenciar á muerte al vizconde de Régulo. Corro al juzgado, después al ministerio, influyo, me ayudan mis relaciones, ruego, suplico, logrando únicamente la posibilidad de un indulto que V. desprecia, no imitando esta vez la santa abnegacion de su noble padre.

—Señor, yo no conocia á V.; ignoraba lo que habia hecho por el duque; ahora que lo sé todo, juro obedecerle en recompensa de sus sacrificios é interés por Noal. ¿Qué me ordena V?

—Señor de Calatrava, no debo abusar de su agradecimiento. Me faculta V. para que le imponga el indulto, ó sea el presidio perpétuo; pero yo, que le estimo mucho, quiero que elija entre aquel ó este pomo que contiene un veneno, el cual librará á su padre de lo que no es necesario citar, y á V. del amargo trance que le ofrecen la carrera y el patíbulo.

—¿Me permite V. que lo piense un poco?

—Lo que V. quiera.

Florian meditó cinco minutos; luégo cruzó las manos, sentado como estaba sobre la cama, y se fijó en la efigie del Redentor, sin apartar la vista. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, en tanto que preguntaba al anciano:

—¿Dirá V. á mi padre que lo he hecho por él?

—Sí.

—¿Le llevará mi último suspiro, tierno, amoroso, infortunado como la muerte?

—Sí.

—¿Conoce V. á Zeneida?

—Mucho.

—¿Querrá participarle?.. Pero no, que áun cuando es un ángel, habita en la tierra, y yo sólo debo pensar ya en otro mundo diferente. Anciano, déjeme V. estrechar la bondadosa mano que proteje á mi padre.

Y lo hizo así, besándosela tres veces; luégo añadió:

—¡Dios lo quiere así; cúmplase su omnipotente voluntad! Anciano, venga ese veneno.

—Señor vizconde, advierto á V. que es eficaz, pero muy molesto.

—No importa.

—Sufrirá crueles dolores, pero nádie sabrá, ni la ciencia misma, que le mató un tósigo.

—¿Por qué tarda tanto? Démele V.

—Florian, ¿y si yo fuese un enemigo de V?..

—Esa idea baja y ruin jamás llega á un hombre como yo; su rostro demuestra bondad, su mirada interés; se halla V. enternecido, y leo lo que está sufriendo su corazon.

—Es verdad; logró V. poner en tortura mi alma.

—Despachemos, que no quiero verlo sufrir.

El caballero sacó un frasco pequeñito lleno de un líquido amoratado, y lo destapó, alargándoselo al vizconde. Este le cogió, quedando fijo en él con admirable calma y sangre fria; después sonrió, apurando hasta la última gota. Seguidamente arrojó el pomo á la pared, convirtiéndolo en partículas imperceptibles. Al mismo tiempo exclamó:

—¡Adios, vida que nunca amé; adios, cuanto existe sobre la tierra!

Y volvió á cruzar las manos, quedando fijo en la sagrada imágen.

El anciano sonrió tambien, sin que le viera Régulo, apareciendo en su faz una dulce satisfaccion que en vano trataba de ocultar; luegó tosió dos veces, y acto contínuo fueron entrando hasta seis caballeros, todos ellos con insignia de hermanos de la Caridad. Parecian gente aristocrática en el traje, modales y actitud.

Florian no reparó en ellos, abstraido como estaba en su ascética oracion; se le veia mover los labios, pero no se escuchaba frase alguna.

Después fueron llegando otros hermanos parecidos á los

anteriores en porte y aspecto, reuniéndose hasta veintiuno; sus miradas se clavaron en el rostro de Florian con ansiedad é interés; estaban de pié, apiñados, no se movian, ni el más leve roce osaba interrumpir la oracion del infeliz moribundo.

Florian de Calatrava, más bello que nunca, lánguido, descolorido y ojeroso, sin apartar su vista del altar, demostraba en estos instantes tanto fervor religioso como tranquilidad de conciencia, valor y entereza.

A los diez minutos de haber bebido el tósigo empezó á moverse, dando señales de sufrir crueles dolores; pero no perdia por eso su actitud, ni se retrataba en su faz la afliccion ni la amargura.

Poco á poco fueron cebándose en él las horribles punzadas; sentia el infeliz un ardor insufrible en el estómago; le estallaban las sienes; comenzó á faltarle la vista; perdió el oido, y una angustia mortal se apoderó de su sér; pero continuó sentado, sus manos cruzadas, y la mirada escasa y vacilante fija en el Redentor.

El anciano, sentado en un taburete junto á la cabecera, le contemplaba con alegría febril, los veinte restantes con admiracion, y todos con algo de sentimiento, que principiaba á desaparecer para trocarse en entusiasmo.

Le faltó á Régulo por completo la vista; los dolores que sentia se elevaron al período álgido, y una palidez mortal bañó de pronto su epidermis; el sistema nervioso se exacerbó; pero angustia, punzadas, nervios, todo sucumbió ante su poderosa voluntad, y con las manos cruzadas, derecho su cuerpo, erguida la frente, sin vista ni oido, exclamó con acento seguro:

—Adios, Zeneida; adios, padre mio; dejo sin temor este valle, con sentimiento vuestras queridas personas. Anciano, ¿está V. cerca de mí?

—Sí.

—Recoja V. esas frases, y llévelas adonde van dirigidas. ¡Ay!.. Padre celestial, tuyo soy. ¡Qué grande te veo, qué sublime; me perdonas, me amas; bendito seas!

Y cayó sobre la almohada sin sentido y, al parecer, muerto.

Al perder la vista Florian, tosió por tercera vez el anciano, presentándose al mismo tiempo en el umbral de la puerta la dama del manto ó abrigo encarnado; inmóvil como estatua, oyó las frases de Calatrava, sin demostrar pena ni alegría. Al acabar de hablar nuestro infortunado jóven, bajó su embozo, y avanzó hasta llegar al pié del altar, donde cayó de hinojos en actitud suplicante. Diez minutos prosiguió fija en el divino rostro del Redentor; después se levantó, besando el clavo que atravesaba los piés de la imágen.

El anciano, único que estaba sentado, dejó su sitial al ver á la incógnita, y unido á sus compañeros, la miraba en este momento con respeto y amor. La dama era la bellísima Zeneida, que se presentaba en estos instantes más altiva y severa que nunca.

Cuando hubo concluido de orar, se acercó á la cama del vizconde, exclamando:

—¡Qué flaco y descolorido lo dejaron vuestras pruebas! ¡Qué bien imita á la palidez mortal ese color amarillento que baña su rostro! ¡Oh! Decidme, señores, ¿estais satisfechos de él?

—Sí, Alteza.

Contestaron todos sin vacilar.

—¿Creeis que vale lo que yo os dije, lo que vosotros anhelábais.

—Sí, sí.

—¿Estudiásteis bien su fortaleza de alma, su fijeza de ideas, su talento, su abnegacion, su grandeza y el predominio que ejerce en quien le habla, en quien le mira, en quien le atiende?

—Sí, sí.

—Ahora falta que yo quede complacida de vosotros.

—Manda, Alteza; cuanto somos, cuanto tenemos te pertenece.

—He visto impávida, con la sonrisa en los labios y un

dardo agudo que atravesaba mi corazon, cuanto hicísteis con el privilegiado sér que yo defendia: no; yo no sé mentir con el hombre que amo desde que le conocí; serena, con fria calma, os toleré un martirio que arrancó lágrimas á mis ojos y ahogó en pena todo mi sér; no os opuse dificultad alguna; os permití la realizacion de cuanto puede inventar el hombre más escrupuloso. Vosotros acabásteis ya; ahora empiezo yo.

Y descubriendo la mano en que Florian llevaba la sortija que ella le regaló, dijo con imperio:

—Defensores del trono de los Kousou, postraos ante ese signo de la autoridad de vuestros antiguos reyes, y besad la mano que lo ostenta; yo lo mando.

Todos fueron arrodillándose y obedeciendo á Zeneida; cuando terminaron, añadió aquella:

—Desde hoy en adelante quiero lo que Régulo; mando lo que él disponga; mi voluntad es ya la suya, y sabed que tengo para el que le obedezca amor, toda mi fortuna y cuanto quiera de mí; contra el que dude ó vacile ante el vizconde, una fortuna de dos mil millones, el poder de mi régia estirpe y un ódio eterno.

Los veintiuno sonrieron al acabar de expresar su última frase Zeneida. El anciano que ya conocemos contestó á nombre de sus compañeros:

—Señora, no hemos perdonado medio de poner á prueba la grandeza de alma de Florian de Calatrava; mucho sentimos atormentar á V. A. y martirizar tanto á ese noble caballero; mas satisfechos de vuestra eleccion, convencidos ya de que vale por lo ménos tanto como vos, de que nos es necesario, indispensable un hombre de su valor, talento y heroismo, desde mañana nos inclinaremos todos ante él; será nuestro padre, nuestro guia, nuestro señor; desde el amanecer millones de hombres esperarán su voz para obedecerle con ciega sumision. Puesto que su voluntad es la de V. A., él manda ya en todos nosotros, en nuestros hijos, en nuestra hacienda, en el noventa y cinco por ciento de los habitantes de esta isla.

—Muy bien, duque,—replicó Zeneida;—ahí os lo dejo; marcho en este instante á mi posesion, desde la cual seré la primera en obedecerle.

—¿Lo jurais, señora?

—Por el Dios santo que nos oye y ve, juro querer lo que quiera Régulo, negar lo que niegue él, que si vosotros lo empezásteis á conocer esta noche, yo sé lo que vale hace ya mucho tiempo. Que el cielo os guarde, inspire y defienda si sois leales; que su anatema os confunda si mentís.

Y salió, llevado encendido su rostro, ardiendo la mirada, y erguida la frente como princesa que acaba de vencer y triunfar de cuantos la ven y oyen. Los veintiuno se inclinaron, despidiéndola con una reverencia humilde. Después rodearon la cama de Florian, mirándole con más interés que nunca.

CAPITULO XXIV.

El sueño más parecido á la muerte.—Resurreccion.—La fortuna de Régulo.

En uno de los extremos de la villa y corte de Nueva-España existia un hermoso palacio recien restaurado, el cual tenía parque, jardin, extensos salones y una esplendidez, en fin, cási régia. Estuvo muchos años cerrado, y áun cuando perteneció al infante difunto, se decia entre el pueblo que fué vendido por la hija á un personaje desconocido que pensaba trasladarse á él desde provincia. Aunque permaneció mucho tiempo sin habitar por sus dueños, nunca estuvo abandonado, por lo cual bastaron ocho dias para que cincuenta operarios y diez artistas, los más hábiles acaso de la poblacion, lo dejasen completamente restaurado y en disposicion de ofrecer á un príncipe cuanto pudiera apetecer en lujo y comodidades.

Penetremos en él. En su fachada se veia en relieve el escudo de las armas reales, el cual estaba repetido en su extenso zaguan, rodeado de estatuas. A éste seguia una escalera de mármol, que empezaba muy ancha para dividirse en dos brazos, que terminaban en el piso principal. Habia, lo mismo aba-

jo que arriba, empleados, lacayos, mayordomos, porteros y la servidumbre, en fin, necesaria al más rico y poderoso señor de la isla.

El estrado se parecia mucho al que tenía Zeneida en el edificio situado en medio de su posesion, si bien era bastante más grande. Seguia á éste una cámara extensa, y en ella habia una alcoba con columnas. Detengámonos aquí.

Sobre cama que no hubiera desdeñado una persona real, se hallaba el vizconde de Régulo, víctima todavía de aquel sueño que parecia mortal, producido por el bálsamo ó narcótico que le dió en la capilla el anciano y que él juzgó un veneno que le arrancaba la vida. Tenía á la derecha al médico que le curó en la posesion de Zeneida y á la izquierda á Constantino Iglesia, los cuales vestían traje de etiqueta, y en este momento le miraban con ansiedad creciente.

Dividian la alcoba de la cámara inmediata cuatro columnas y cuatro estatuas de mármol, con una cortina de terciopelo á medio correr. En las paredes de la primera se veian relieves dorados, un reloj embutido y algunos muebles de palo santo, ébano, concha, bronce, nácar y marfil.

En este instante tenía el doctor cogida con su diestra la muñeca del enfermo, miraba el reloj, y no desplegaba sus labios. Iglesia callaba tambien, y en el resto del edificio reinaba un silencio que nádie osaba interrumpir.

De pronto brilló la alegría en el rostro del galeno, exclamando:

—Principia á circular su sangre; la epidermis adquiere el calor de la vida, y la materia funciona, si bien el cerebro aún tardará en volver á su estado normal.

Constantino se incorporó sobre la cama, devorando con la vista la cara de su amigo.

El médico cogió un pistero de plata que habia en una mesa, y levantando la cabeza del paciente, le introdujo várias gotas del líquido que contenia el mencionado pistero, las cuales tragó sin dificultad alguna Florian.

A los cinco minutos repitió la misma operacion, continuando así media hora.

Iglesia le preguntó:

—¿Qué le da V?

—El antídoto.

—¿Por qué no lo bebió ántes?

—Porque hasta ahora no ha empezado á funcionar su materia.

—¿Perderá algo el cerebro?

—Nada; fué un sueño que excitó su sistema nervioso en un principio, quedando luégo tan tranquilo como si nada le aconteciera.

—¿Quién le preparó el narcótico?

—Yo, á presencia de S. A.

—¿Qué componentes usó V. en él?

—Sólo el zumo del elévoro amarillo.

—Eficaz es en sumo grado.

—Ya empieza á moverse.

—¿Volverá pronto á la razon?

—Antes de cinco minutos. Sentémonos, y guarde V. silencio hasta que él nos pregunte.

Así lo hicieron, mostrando indiferencia á cuanto les rodeaba.

Instantes después abrió Calatrava los ojos, frotándose várias veces la frente con la mano derecha. Luégo miró á los lados y al frente, exclamando con voz débil:

—¡Qué sueño tan terrible y tenaz! Creí haber sido sentenciado á muerte, haber estado en una capilla, y luégo que un veneno mortal... ¿Dónde estoy? ¿Quiénes son?.. ¡Ah, el doctor; Constantino; cama régia; espléndida alcoba!.. Me siento tan débil, que acaso delire.

El médico hizo seña á Iglesia para que no se moviera ni hablase, y cogiendo un preparado que tenía junto al pistero de plata, ayudó al enfermo á que se incorporara, diciéndole:

—Señor vizconde, ruego á V. S. beba el contenido de esta copa.

—¿Qué es?

—Lo necesario para que adquiera las fuerzas que le faltan.

—Me basto yo solo. ¿Lo apuro?

—Sí.

—Gracias. ¿Y Zeneida?

—Bien; hable V. S. poco.

—¿Por qué me da V. tratamiento?

—Porque soy el médico de su casa, su primer servidor.

—Nada entiendo; todos son aquí problemas. Iglesia, amigo mio, ¿qué es de mi padre?

—Se halla en libertad, es rico, y espera á V. S. con los brazos abiertos.

—¿Dónde está?

—En Cádiz.

—Ah, sí. ¿Tú tambien me das tratamiento?

—Sí, señor.

—¿Qué causa?

—Que soy su secretario y servidor.

—Bien; parece que todos han muerto como yo, y en este nuevo mundo hay gerarquías... Yo os prohibo á los dos que useis ese lenguaje. Tutéame, Constantino, y V., doctor, háble me como en casa de Zeneida. Di, tú, amigo mio, ¿es cierto que herí de muerte á Camilo Posada?

—Sí, Florian.

—¿Que luégo estuvimos en un baile en que Zeneida y yo?..

—Sí, vizconde.

—Más tarde me prendieron por órden del juez...

—No.

—¿Lo he soñado?

—Te llevaron á un calabozo por disposicion de unos personajes que querian conocerte; más tarde te trasladaron á la capilla, y luégo, en vez de veneno, te dieron un narcótico, de cuyo letargo acabas de salir.

—¡Mentia aquel venerable anciano!

—Se sacrificaba en pro de una idea santa, sublime.

—Aquellos ofrecimientos, aquella dama, los ruegos, las amenazas...

—Todo eran pruebas de las que has salido de un modo brillante, increible.

—¡Increible! Desgraciado, ni tú me conoces, ni Zeneida, ni ningun isleño. Si hubiérais podido ver el retrato de Régulo en el corazon de su padre y en el de Arturo Mendo, nada hariais de cuanto acabais de realizar. A mí no me molestásteis, no; supe lo que era la muerte; comprendí hasta dónde puede elevarse el encono y maldad de los hombres, el infortunio de los desgraciados; y si algun dia llegara á reinar, no me pareceria á ninguno de los monarcas que existen en la tierra; lo que yo aprendí en aquel horrible calabozo, en aquella tétrica y sombría capilla, con aquel veneno ó narcótico, no se puede explicar; para saberlo es necesario desempeñar mi papel.

—Basta,—exclamó el galeno.—Le he recomendado, señor vizconde, calma y silencio. Voy á sangrarle...

—¿Qué dice V?

—Que es preciso destruir los efectos de las terribles impresiones que ha sufrido, de lo contrario peligra su vida.

—¿Está V. seguro de lo que dice?

—Sí, señor.

—Lo mismo sucede con cási todos los diagnósticos y pronósticos de tan sábia ciencia: si hubiera un hombre que supiera la centésima parte de lo que ignora el médico más sábio, puede que entónces lográsemos tener un facultativo, del que por desgracia carece hoy la humanidad.

—¿Usted dice eso?

—Sí, señor.

—¿Usted que conoce la ciencia?..

—Por esa razon.

—Delira, Iglesia, delira, y es preciso sangrarlo inmediatamente. Mande V. que me traigan lo necesario.

—Alto, Constantino,—exclamó Florian.—¿En dónde estoy?

—En el mejor palacio que tiene Madrid.

—¿Quién es el dueño?

—Tú.

—¿Quién me lo ha regalado?

—Su Alteza.

—Ah, empiezo á comprender; es más, adivino que no ha tenido ella la culpa de esas pruebas...

—Verdad es.

—Por eso tú y ella me encargábais valor...

—Cierto.

—Angel delicioso, del que nada puedo rehusar, le dí mi pobre corazon, y paga mi cariño como no es dado explicar á un sér humano. ¿De qué renta dispongo?

—Veinte millones.

—¡Qué dices!

—Que dispones de veinte millones anuales y de la voluntad de la mayoría de los habitantes de este país.

—Cada vez voy comprendiendo mejor. ¿Dijiste que eras tú mi secretario?

—Sí.

—¿Quién te ha nombrado?

—Zeneida.

—Pide mañana tu retiro, que yo confirmo tan acertada eleccion. ¿Y usted, doctor, es tambien mi médico?

—Tengo esa honra.

—Le debo algunos favores, y á fuer de agradecido, lo dejaré en el puesto que hoy ocupa, siempre que se abstenga de replicarme cuando le mande ó le eche de mi alcoba.

—El médico, señor, es un sacerdote...

—Cuando necesite de su misa se la pediré; ahora se sale V. de esta habitacion.

—Señor vizconde, crèo indispensable hacerle una sangría...

—¿Por qué?

—Su sangre tiene un principio de descomposicion.

—¿Y cree V. que se compone aminorando la cantidad?

—Cuanta ménos haya, su accion no puede ser tan fuerte.

—El camino más corto era proporcionarle el equilibrio que le falta.

—Eso no sé yo cómo se hace.

—Tiene V. franqueza al ménos, y no es la peor cualidad del facultativo. Le ruego me deje, que estoy bien, muy bien; he encargado por otra parte á la naturaleza que me sane, y esa es más sábia que ustedes.

—Tome V. al ménos algo de este compuesto.

—¿Qué efecto va á causarme?

—Tranquilizará sus nervios...

—Doctor, mande V. que me preparen el desayuno; nada más necesito.

—Señor...

—Cuando V. guste salga de este palacio, que para nada le necesito.

—¿Me despide V?

—Sí.

—No puedo, no debo... Mandaré que le traigan lo que ha pedido.

Marchó el galeno, quedando sólo el vizconde é Iglesia. El primero se recostó con calma sobre la almohada, exclamando:

—Ven por este lado, Constantino. Siéntate. Contesta ahora á mis preguntas: ¿estás enterado de cuanto ocurre relativo á mí?

—De todo.

—No podia ménos de suceder así; abandonarme tú en los momentos en que me prendian, dejarme solo y entregado á la furia de mis enemigos, no era propio de un alma tan noble, de una lealtad tan acrisolada como la tuya.

—Verdad es, Régulo; sabía que todo era una prueba, contribuí á ella en cuanto me ordenaron, no obstante lo cual se humedecieron mis ojos y sufrí lo indecible al ver lo que estaban haciendo contigo.

—No te vindiques, amigo mio; te conozco demasiado, y comprendo que sólo te inspira el cariño que me tienes.

—Cierto; te estimo cuanto es posible; te admiro cuanto cabe.

—Quiero saber muchas cosas, muchas.

—Pregunta, que soy tu verdadero amigo y el mejor de tus muchos servidores. Ya no hay nádie capaz de ponerte traba alguna; ahora serás tú el que todo lo mande, el que todo lo disponga, para el único que no existirá secreto alguno.

—¿Qué es de mi padre?

—El señor duque recibió más de tres millones que le correspondian y tres Mendo, para que, sin que lo sepa Noal, le acumule la renta de seis. Todo por mano y á nombre del anciano duque de Monserrat.

—Bien. ¿Quién le prestó los tres últimos?

—¿Eso me preguntas?

—Entónces Zeneida, la bellísima, la encantadora mujer que manda en mí.

—Al contrario; ha jurado ante todos los grandes que la obedecen ser ella la primera en acatar tu voluntad.

—¿Dónde se halla?

—En su posesion.

—¿Qué hace allí?

—Espera una cita que tiene con su amante.

—Sí; tampoco él la ha olvidado; faltan cuatro dias; ¡qué largos van á ser para mí! Pero no; iremos á Cádiz y los entretendré agradablemente junto á mi padre. ¿Conque ella tambien me obedece?

—Con más sumision que todos.

—¿En todo?

—No tiene más voluntad que la tuya. Los hijos de este país somos tardos, pero ciertos; y después de adoptar una idea, nádie nos hace desistir.

—¿Luego si yo me propusiera?..

—No sigas, vizconde; tu voluntad es ya omnipotente.

—No ha de amargarle á ese ángel, que la haré dichosa áun á costa de mi vida.

—Eso lo sabe ella; mas es el caso, que sólo puede ser feliz viendo que tú no eres desgraciado. Llegaria su dicha al colmo si tomaras á sueño cuanto te ocurrió desde que naciste hasta tu llegada á esta isla, y por realidad el tiempo que permaneces aquí.

—Me lo impone así el destino, y no puedo negárselo. ¿Crees tú que me ama como yo...

—A esa pregunta te contestará Zeneida en pasando cuatro dias.

—Variemos de conversacion, porque de lo contrario enloquece mi mente la idea de que esa deliciosa mujer... ¿Qué es de Valleameno?

—Gobierna el país desde su poltrona de consejero del Reino. El fué quien levantó el secuestro y os dió libertad á todos.

—¿Qué le ocurrió al marqués de la Posada?

—Murió como su hijo.

—Explícate, Constantino.

—El dia que supo la noticia cayó enfermo, pero al siguiente se levantó, queriendo que á tí y á tu padre se os encerrara en oscuras mazmorras, concluyendo por mandarte al patíbulo. Juró hacerlo así á costa de cuanto tenía, inclusa su vida. Reflexiones, ruegos, amenazas, todo fué inútil; entónces se entendió con él un duque, cuya esposa te es muy conocida...

—¿La que estuvo á verme en la prision noches atrás?

—Sí.

—¿Quién es esa mujer, Constantino?

—La maga, Florian.

—Eso no me explica...

—Una hermosa jóven que pertenece á la familia más elevada de esta isla, y que ama á su valiente y leal esposo como merece caballero tan cumplido.

—Su conducta conmigo...

—La amiga íntima de Zeneida se sacrificaba, ínterin su

marido, visto que no podia convencer al marqués de la Posada con razones, elogió tu conducta, te llamó héroe, añadiendo que habia sido el primero en aplaudir la muerte de un calavera que nada bueno hizo durante su vida y sí mucho malo. El padre lo desafió, y el noble duque de Badillo de una estocada en el corazon...

—Todo lo comprendo ahora. Oh, para mandar á hombres de esa abnegacion y grandeza de alma, es preciso...

—Un vizconde de Régulo.

—Lo tendrán. ¿Son muchos los que me obedecen?

—Toda la gente honrada y amante de su país que hay en esta isla.

—¡Ya! ¿Y están de acuerdo?

—Los jefes sí; los restantes acatarán todo lo que se les imponga, porque saben que nada malo pueden esperar de sus antiguos caciques, de sus padres.

—Luego han pensado en mejorar la condicion de este pueblo.

—Al efecto han fijado su vista en tí, puesto que su áncora de salvacion, llamada Zeneida, dice que tú solo.

—¡Ya! ¿Como está S. M. el rey?

—Anciano, achacoso, y tan débil, que todos temen por su vida.

—¿Qué familia deja?

—Dos hijas, cuyo cerebro, por desgracia, no funciona, y una sobrina llamada Zeneida, á quien tú conoces tanto, que excuso decirte lo que vale.

—¿Por qué causa se encuentra perturbado el organismo intelectual de las dos primeras?

—Sólo la Providencia podia contestar á tu pregunta: las infelices nacieron ya con una potencia del alma ménos, y tan débiles las otras dos, que inspiran lástima á cuantos las vieron.

—¿No ha podido la ciencia médica lograr nada?

—Intentó mucho; pero como tú decias ántes, la sabiduría de los galenos sabe muy poco.

—¿Luego no hay remedio contra la paralizacion de esos organismos intelectuales?

—Ninguno.

—¿Cuánto podrá vivir S. M?

—Poco tiempo, muy poco.

—¡Ya! ¿Qué tengo en este palacio?

—Lo necesario á un príncipe en lujo, comodidades, trenes y dinero.

—¿Qué suma encierra la caja?

—Más de cien millones en efectivo.

—¿De los que puedo disponer?

—Basta con que sepas que á tu nombre he expedido las credenciales del cajero y seis oficinistas que le acompañan.

—¿Me mandaron ayuda de cámara?

—Dos.

—¿Y cocheros?

—Tres: uno para la ciudad, otro para los caminos, y el tercero para sustituir á cualquiera de los anteriores.

—Hé aquí un príncipe poderoso sin frac y con sólo una roida levita.

—Te equivocas; el primer dia que sacaron de la capilla tu ropa para limpiarla fué á casa del mejor sastre de la villa, el cual entregó ya á tus ayudas de cámara vários trajes que empezarás á usar desde hoy. Lo mismo sucedió en lo relativo á calzado, camisas etc. Y no es esto sólo; en el bolsillo izquierdo de tu chaleco está el reloj que te robaron, y en el derecho los mil duros que diste para que librara á sus hijos de la suerte de soldado el supuesto colono de Zeneida.

—¡Ya! Poco á poco va apareciendo todo.

—Todo pareció de una vez.

—¿Y cambió con gusto mi nuevo secretario su título de teniente por la posicion que hoy ocupa?

—Con júbilo, con indecible alegría.

—¿De quién fué la idea?

—De S. A.

—Bendita ella y cuanto emana de tan sublime cerebro. ¿Y tu retiro?

—Ya lo tengo aquí con un sueldo anual de dos mil seiscientos reales.

—Supongo que no te harán falta. ¿Qué asignacion pusieron á tu plaza de secretario?

—La que tú quieras señalarle.

—¿No lo hizo ella?

—Ella nada te impone; sólo quiere obedecerte.

—Pues mira, fíjatela tú.

—Yo no.

—¿Tendrás bastante con ocho mil duros?

—¿Al año?

—Sí.

—¡Jesús, qué disparate! Ni la cuarta parte.

—Pues toma lo que te se antoje, y déjame en paz.

—El desayuno, señor.

Gritó un ayuda de cámara desde la estancia contigua.

—Entra,—dijo el vizconde.—¿Me traes sólo una jícara de chocolate?

—Así lo ha mandado el médico de V. S.

—Di al cocinero de mi parte que no sirva hoy de comer al doctor; y á mí me traes vizcochos, tostadas y un vaso de leche. Vuela.

Salió el criado, añadiendo Calatrava:

—¡Vajilla de plata con mis armas!

—Sí, y servicio doméstico con tu librea. Todo se hizo en ocho dias. ¿Quedarás hoy en cama?

—No; me levantaré en cuanto tome el desayuno, y concluido de almorzar, saldremos en carruaje; quiero dar las gracias á mi maga, á su esposo y al conde de Valleameno. Luégo visitaremos á mi patrona de la plaza Mayor, al editor García, y mañana en el primer tren que salga partiremos á Cádiz.

—¿Te sientes lo suficiente bien?..

—Como ántes de prenderme.

—Estás descolorido, flaco y ojeroso.

—Con el ejercicio y alimento desaparecerán las tres cosas.

—Quieren ofrecerse á tí todos los amigos de Zeneida, y me encargó S. A. que los recibieras lo ántes posible.

—Cítalos para dentro de dos horas.

—Pues voy á hacerlo ahora mismo si me lo permites.

—Marcha, sí. ¿Dónde está tu despacho?

—Junto al tuyo, con el cual se comunica.

—Señor, vizcochos, tostadas y leche.

—Entra, y sal tú, Constantino.

Régulo se desayunó, tomando cuanto le pedia el apetito y le aconsejaba la prudencia.

Cuando hubo terminado, dijo al sirviente:

—Tráeme un cigarro.

—Cerca se halla, cójalo V. S.

—Lumbre.

—Héla aquí, señor.

—¿Está próximo el baño?

—En la habitacion contigua.

—Que lo preparen, y en pasando hora y media entraré en él; luégo necesito ropa interior y exterior; berlina para después de almorzar, y la comida á las seis.

—Toda la servidumbre desea conocer á su señor y felicitarle por su restablecimiento.

—Lo lograrán en cuanto salga del baño.

Quedó solo el vizconde de Régulo, entregado á profunda meditacion; más tarde entró el doctor, el cual, sin decirle nada, cogió su muñeca, permaneciendo así cinco minutos.

—Bien,—exclamó por fin;—tiene V. una naturaleza privilegiada, y felizmente no ha sucedido con sus excesos lo que yo temia.

—Una naturaleza privilegiada; hé ahí la frase cuando se cura el enfermo; la antítesis es, no tenía naturaleza ó estaba tan debilitada que los medicamentos no pudieron influir, á pesar de estar indicados y ser los únicos que debian salvarlo.

—No comprendo á V. bien, señor vizconde.

—Se deduce de mis frases, que el mejor de los facultativos dice lo que yo acabo de expresar, por la sencilla razon de que no sabe otra cosa. Pongamos un ejemplo. Exclama V.: muy bien, tiene una naturaleza privilegiada. Para asegurar esto se ha fundado en que mi sangre circula con más regularidad, ¿es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha motivado la metamórfosis? Hace una hora que salió V. de aquí; recuerde esa circunstancia.

—Que el pulso estaba agitado y el sistema nervioso léjos del estado normal en que ahora le encuentro.

—Bien, pero explíqueme la causa.

—Algo habrá contribuido el medicamento, pero hizo más la bondad de su naturaleza.

—No me satisface la contestacion. Há un instante temia usted por mi vida, de lo cual se deduce que dudaba de los efectos del remedio aplicado, y en este momento da por hecho que no existe peligro alguno; cambio tan radical debe reconocer por causa otra cosa que el medicamento ó la naturaleza del indivíduo.

—¿La sabe V?

—Sí, señor.

—Quisiera oirla.

—Le voy á complacer. Consiste en que no estaba lo grave que V. suponia, y en que la excitacion nerviosa é irregularidad en la circulacion de la sangre la motivaba una debilidad que hubiera llegado á postrarme sin la cantidad de alimento que yo tomé contra su voluntad.

—Puede.

—Tampoco me atreveria yo á decirlo en absoluto, que la ciencia médica sigue tan en problema como la cuadratura del círculo y el movimiento contínuo.

—Supongo que hoy permanecerá V. en cama.

—Supone V. muy mal; en breve me trasladaré al baño;

recibiré después á várias personas que desean verme, saliendo luégo en carruaje.

—¿No cree V. que será expuesto?

—¿Usted qué opina?

—Que debe guardar el lecho.

—No es eso: ¿me perjudicarán el baño y la salida?

—Por si acaso...

—Es decir, que no lo sabe V.

—Bueno es evitar un aire...

—Bravo, señor doctor, me ha convencido V. con sus razones, y le ruego en consecuencia me prepare el baño, dejándolo á una temperatura de veinticinco grados.

—¿Se empeña V?

—Sí, señor. Yo tengo cási seguridad de que el movimiento, el aire puro y buenos alimentos han de dar á mi naturaleza la fuerza que necesita.

Todo se hizo como lo dispuso Calatrava. Cuando hubo concluido de fumar y comprendió que la digestion habia terminado, tomó el baño, vistiéndose después con traje de etiqueta.

—Muy bien, mi querido Florian,—dijo Constantino entrando en su estancia;—ese frac te sienta admirablemente, y la palidez que baña tu rostro aparece más interesante con el ropaje negro que te cubre.

—¿Citaste á esos señores?

—Sí, no tardarán en presentarse todos. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien; algo débil, pero en disposicion de realizar las ideas que te dije ántes. Examinemos ahora los indivíduos que componen mi servidumbre.

Y pasaron á la habitacion contigua, en donde vieron veinticuatro hombres entre dependientes, mayordomos, cocheros, criados y lacayos. Todos eran indígenas; los habia jóvenes y viejos, y no halló un solo rostro el vizconde que no le ofreciese lealtad é interés por él.

El cajero le felicitó por su restablecimiento, dándole se-

guridades del buen deseo que les animaba á todos en el desempeño de sus respectivos cargos.

Calatrava le oyó con mucha atencion, contestándole luégo:

—No es la primera vez de mi vida que me encuentro rodeado de buenos servidores, y jamás salió de mi casa ninguno por causa mia. Concrétense ustedes al cumplimiento de sus deberes; que vea yo fraternidad en todos, y no será difícil que el amo se constituya en padre la mayor parte del tiempo. Doy á mis dependientes y criados todo lo que necesitan y me piden con justicia, y sería una iniquidad robar al que obra así. No es el interés lo que me mueve á expresar esas frases, es lo repugnante del hecho y lo terrible de dormir bajo el mismo techo que un ladron. Pero no es de temer nada de eso en ustedes, y yo concreto mi deseo en este instante á que cada cual me hable á menudo de sus necesidades, en la seguridad de que me apresuraré á combatirlas.

Salieron los sirvientes, y Régulo, cogido al brazo de Iglesia, fué reconociendo el magnífico palacio que Zeneida ponia á su disposicion. Era más espléndido que aquel que dejó en España, más grande, más suntuoso y con mejores condiciones.

—Todo es régio,—añadió al concluir,—nada falta; desde aquí sólo puede ascenderse á...

—Cállalo, y vamos á recibir á esos señores, que ya están todos reunidos.

—¿Quiénes son, Iglesia?

—Grandes del reino, senadores, diputados, altos funcionarios y los más poderosos, en fin, de cuantos conozco en la corte.

—¿Indígenas todos?

—Ya te dije que sí.

—¿Qué eran ellos ó sus antecesores cuando este país se hallaba inculto?

—Caciques unos y descendientes de aquellos los otros.

—Antes de venir los españoles eran cuarenta y nueve; ¿á qué número ascienden los que me esperan?

—A cuarenta.

—¿Y los restantes?

—No son dignos por su falta de talento y conducta reprensible de alternar ni formar parte de esa reunion.

—¿Harán falta algun dia?

—Ninguna.

—Del número citado anteriormente sólo una mitad votaron al infante, padre de Zeneida.

—Cierto; pero bien les pesó, y harto reconocieron su error y torpeza, con la sola excepcion de los nueve que no vienen á verte ni tienen conocimiento de lo que piensan los cuarenta.

—¿Te conocen todos ellos?

—Me han elegido por unanimidad para secretario tuyo.

—¡Luego me han impuesto!..

—No sigas; hasta ayer mandaron ellos; desde hoy empiezas tú. Salgamos, no interpreten de un modo contrario á la verdad nuestra ausencia.

—¿No fueron ellos los que me condujeron á un calabozo en el cual estuve á punto de fallecer?

—Sí.

—¿Los que me leyeron después una sentencia de muerte?

—Sí.

—¿Los que me dieron á beber un veneno, diciendo que cortaria mi existencia?

—Sí.

—Pues si ellos mandaron hasta ayer y desde hoy me toca á mí, que aguarden; yo esperé en una mísera mazmorra, falto de aire, cama y alimento nueve dias sin exhalar una queja ni demostrar la más leve impaciencia; yo vi después impávido, frio como el mármol, la muerte que blandieron sobre mi cabeza treinta y seis horas consecutivas, y no me quejé; pero ya que yo concluí, que empiecen ellos, y me imiten si son hombres que valen para algo.

—Tengo órden de no contradecirte en nada.

—Entónces ves contestando á mis preguntas: ¿aprobó Zeneida todo lo que hicieron conmigo en la capilla y calabozo?

—Sí.

—¿Es posible que su claro ingenio no me conociera lo suficiente para juzgar indispensable una prueba tan ruda y feroz?

—Ella, vizconde, se opuso en un principio; pero viendo la tenaz insistencia de los caciques, todo lo consintió, segura de tu triunfo.

—¿Pudo haberlo impedido?

—Sí.

—¿Por qué no lo hizo?

—No quedándoles duda alguna de tu valor y grandeza, hoy les mandas ya á tu antojo, sin miedo á que ose alguno replicarte. Tú sufriste, pero ella vertió lágrimas de dolor sobre tu lecho de paja.

—¿Cuándo?

—Una noche en que dormias más tranquilo y sosegado que lo estábamos nosotros.

—¿La vistes tú llorar?

—No; pero me lo ha dicho, y Zeneida nunca miente.

—¡Qué consuelo me das! Oye: llevo en esta sortija su retrato, que no me he atrevido á abrir durante mi prision por lo mucho que la temo, que la amo, y la verdad es que me faltaron fuerzas para fijarme en su divino rostro. Mírala. ¡Qué hermosa es! Oh, la creí perdida, y al ganarla hoy, bendigo una existencia que me abrumó siete meses consecutivos.

—Régulo, te están esperando...

—Que aguarden. Si ella me da su poder, si ellos vieron con sangre fria mi martirio, que empiecen á sentir las consecuencias de haberme elevado sobre todos. ¡Qué rostro tan perfecto!

—Cierra esa sortija, y vamos, Florian.

—La tuve once dias sin abrir; pero ya fijos mis ojos en este precioso busto, quiero recrearlos con la calma que esos mandarines miraban mi agonía.

—¿Oyes ese murmullo? Hablan todos, te elogian, te aplauden, te esperan.

—Hacen bien en emitir sus ideas ínterin yo permanezco aquí, que cuando salga y les hable, todos callarán. Di, Constantino, ¿dónde está la cárcel ó calabozo en que permanecí los once dias?

—En este mismo palacio; te entraron por un zaguan que hay en la fachada de la izquierda.

—¿Y los soldados que habia á mi llegada?

—Todos eran súbditos de los caciques.

—¿Qué ha sido de ellos?

—Desde el instante en que fuiste encerrado, cada cual, incluso el comisario, pasaron á ocupar los puestos que respectivamente tenían ántes.

—¿Quedaron satisfechos de la prueba?

—Completamente.

—Sepamos si me sucede á mí lo mismo con ellos; pero ántes quiero ver mi semblante y figura en ese espejo. Estoy algo descolorido, flaco, pero nada hay en mí que indique haber temido á la muerte, haber sucumbido ante ella.

—Desde que te has levantado empezaste á mejorar notablemente.

—Verdad es. Ahora pasemos al salon.

Y ámbos se dirigieron al sitio indicado.

Con lo poco que le habia dicho Iglesia y con lo mucho que habia visto Régulo al abrir los ojos y juzgarse resucitado, le bastó para comprender lo elevado que volvia al mundo y la inmensidad del poder que ya oprimia su potente diestra.

—Todos los hombres honrados de este país,—se habia dicho,—me obedecen; mi voluntad es la de ellos, y puesto que los malvados son tan pocos en todas partes, voy á ser árbitro, cási por unanimidad, de los destinos de esta infortunada isla. Puesto que Zeneida lo quiere, que ellos lo desean, y un poder sobrenatural parece exigírmelo, voy á mandar, pero voy á ser solo, único, sin admitir réplica ni consideraciones que puedan servir de rémora á la realizacion de mis ideas. El caos en que se vive aquí necesita remedios enérgicos para destruirlo; cási

nada encuentro, todo tengo que construirlo, y para dar solidez al edificio, es indispensable que nádie me ayude á dirigir y que todos se conviertan en operarios. Demos principio.

Y se dirigió pausadamente al estrado, seguido de Iglesia, muy contento y satisfecho de su presente y porvenir.

La terribles pruebas á que se sometió como un mártir y de las que concluia de salir de un modo tan brillante, léjos de debilitar ó descomponer su cerebro, lo habian mejorado, endurecieron su corazon, afirmaron más la voluntad y lo elevaron, por último, sobre su mismo padre.

Ya verán nuestros lectores que no nos hemos equivocado.

CAPITULO XXV.

Los cuarenta.—El rey de los caciques.—Al acabar el pobre empieza de nuevo el filántropo.

Un criado descorrió la cortina de la puerta del estrado que comunicaba con las habitaciones exteriores, exclamando á la vez:

—El señor vizconde de Régulo, mi amo y señor.

Y entró nuestro jóven, seguido de su secretario Iglesia.

Todas las miradas se fijaron en él con respeto é interés; los cuarenta se agruparon en silencio, é inclinando la frente, quedaron mudos, inmóviles, esperando oir la voz de Calatrava. Vestían frac, pantalon, chaleco y corbata negros, luciendo placas y bandas. Régulo usaba el mismo traje, pero sin distincion alguna que lo elevara sobre los reunidos allí.

El salon era extenso; su decorado suntuoso, admirable, y en estos momentos imponia cuanto se miraba en él.

Florian avanzó hasta quedar á dos varas de los caciques, hizo una reverencia, y los fué examinando uno por uno, teniendo á su espalda al secretario Constantino.

Terminado aquel minucioso reconocimiento, exclamó con voz segura y fuerte:

—Señores, tengo un verdadero placer en ver á ustedes reunidos frente á mí. Conozco á algunos y sé la historia de los demás; comprendo á lo que vienen, veo claro mi presente, y adivino algo del porvenir. Ahora digan ustedes cuanto deseen, que les oiré con gusto.

Y quedó mirándolos como rey atento y cariñoso, pero sin perder un instante su actitud de soberano.

Los treinta y nueve se fijaron en Valleameno, el cual avanzó dos pasos, contestando á Calatrava:

—Señor vizconde, todos somos condes, duques ó marqueses, grandes del reino y las personas más influyentes de la isla; nuestro presente está en el caos, nuestro porvenir en Zeneida; y como S. A. quiere y manda que V. le represente, dirija y gobierne, y como tan acertada determinacion es digna de ese privilegiado sér á quien todos amamos y obedecemos, venimos á ofrecer vidas y hacienda á su digno representante.

—¿Vidas y hacienda me pertenecen?

Preguntó Régulo, marcando mucho sus frases.

—Sí.

Le contestaron todos. El conde añadió:

—Debemos, además, felicitar á V. por el completo restablecimiento de su salud, y por su admirable conducta desde que pisó las playas de Nueva-España hasta hoy.

—Yo tambien bendigo á la Providencia que me trajo aquí, primero á sufrir, luégo á mandar. ¿Creen ustedes que me he purificado lo bastante para poder subir con desembarazo la empinada cuesta que me ofrecen.

—Sí. Sí.

—¿Que demostré la fuerza suficiente para sostener el inmenso poder que intentan acumular sobre mis hombros?

—Sí. Sí.

—Muy bien: ahora hable V., anciano duque; le oiré con mucho gusto, puesto que es amigo de mi padre, y sus frases serán hijas del talento y de una experiencia de que yo carezco.

El aludido era el mismo que facilitó á Régulo el veneno

en la capilla y lo visitó anteriormente en la prision. Calatrava se dirigió á él por juzgarlo el más autorizado de cuantos estaban allí, el más constante en sus propósitos, el más alto en gerarquía social, y no se habia equivocado.

El duque avanzó tambien, contestándole:

—Señor vizconde, es cierto que conozco al duque de Noal, que soy su verdadero amigo, y por esta sola circunstancia no puedo decir que me hallo frente al hombre más grande que existe en la tierra. Su padre de V. es el primero, el hijo le sigue, y ante ámbos me inclino, rogando al segundo me dé órdenes que obedecer; mi vida y hacienda le pertenecen, y se las cedo con el orgullo del que le vió elevarse adonde sólo llega el genio. Fuí el más exigente para con V., el más tenaz y rudo; por eso ahora disputaré á cuantos hay en esta isla la humildad y respeto que merece el señor vizconde de Régulo.

—Anciano, pedí á V. consejos, y veo con sentimiento que me los niega.

—Ya sólo nos resta obedecer al que vale más que todos nosotros.

—Puesto que así lo quieren ustedes, sea enhorabuena.

Y añadió, alzando la voz y dirigiéndose á Valleameno:

—Conde, mi padre no estaria mal en el senado.

—Comprendo,—contestó aquél;—pronto pertenecerá á la alta cámara.

—Hay en Cádiz,—continuó el vizconde,—un capitan bastante atrasado en su carrera, y puedo asegurar á V. que es valiente, pundonoroso y muy digno de ascender.

—¿D. Julian Iglesia?

—Sí, señor.

—No me olvidaré de su apellido.

—¿Existe algun distrito electoral sin representante?

—Dos.

—Pues sepa V. que D. Arturo Mendo es orador y hombre de gran capacidad.

—Muy bien; queda apuntado su nombre en mi cartera.

—Mi secretario recomendará á V. un alférez, cuya casa fué atropellada la noche en que su antecesor dió el último baile de máscaras. Dicen que aún está arrestado por una falta que no cometió.

—Me ocuparé de él esta tarde.

—Son valientes el capitan y tripulantes que me trajeron á esta isla, y esté V. seguro que sirven en tierra para muchas cosas que no tienen relacion alguna con la marina.

—Lo creo, y he de averiguar cuál es la mejor aplicacion que puede dárseles.

—Gracias.

—¿Y para el señor vizconde de Régulo?

—Entiendo que le han dado ya todo el poder que necesitaba.

—Grande es efectivamente, inmenso; pudiera, no obstante, desear algun título...

—Los quiero todos, conde, pero aún es pronto.

—Segun eso, piensa V. no detenerse hasta llegar...

—Donde ustedes quieren, ó algo más si cabe en lo posible.

—Bien, muy bien.

Exclamaron todos, mirándole con entusiasmo. Régulo añadió:

—Conozco, señores, cuál es el deseo de ustedes, la noble idea que los anima, el interés que en favor de su patria hace latir sus hidalgos corazones; veo que cifran su esperanza en mí, y no ha de quedar defraudada. Por hoy nada más debo decirles; ahora estreche mi mano el que lo desee, teniendo en cuenta que yo anhelo la amistad de todos ustedes. Que preparen el presente, que yo aseguraré el porvenir.

Y fueron cogiendo su mano, la oprimian, besando á la vez la sortija que le regaló Zeneida. El último de todos era un jóven alto, elegante, de finos modales, frente despejada, y más grave aún de lo que requeria su edad. Régulo dejó que estampara tambien el ósculo en el anillo, pero al acabar cogió con sus dos manos la derecha de aquél, preguntándole con mucho interés:

—¿Cómo sigue la señora duquesa?

—Muy bien.

—¿Ama á V. mucho?

—No tengo prueba alguna en contrario.

—Dígala V. de mi parte que le perdono los malos ratos que me tiene dados, en gracia á su mucho talento, belleza estremada y abnegacion sublime.

—En breve lo sabrá.

—No podré olvidar en mucho tiempo las adivinaciones de tan preciosa maga, ni la terrible conducta de tan seductora mujer.

—Obedecia, como yo, las órdenes de quien manda en ámbos.

—¿Se batió bien el marqués de la Posada?

—Sí, señor.

—Concedo á la maga y á su esposo dos gracias, sean las que quieran, y aplazo esta cuestion para cuando ustedes gusten. Lo juro.

—Nada merecemos mi esposa ni yo.

—Buena pareja forman ustedes; les felicito, y quiero la amistad de ámbos miéntras viva; la mia, leal y entusiasta, les pertenece por completo.

—Gracias, señor; tanta honra enmudece mi labio.

—Adios, señor duque; no olvide mi ofrecimiento.

Y fueron saliendo todos sin volverle la espalda, hasta quedar solos el vizconde é Iglesia.

—¿Cómo te sientes, amigo mio?

Preguntó Constantino á Calatrava.

—Bastante bien. ¿Almorzamos?

—Sí, que ya han dado las doce.

—Procura llevar esta tarde treinta mil reales, y que nunca falte oro en mis bolsillos.

—El doctor pide permiso para entrar á verte.

—Que espere hasta la noche; vamos al comedor.

Dos horas después subian ámbos á una berlina nueva, tirada por dos magníficos caballos castaños. Llevaban el co-

chero y lacayo la librea de Régulo, y en las portezuelas estaba pintado el escudo de armas del mismo.

—Al hospicio.

Exclamó Florian, y el coche partió en direccion del punto indicado. A la mitad del camino tiró Calatrava del cordon, se detuvo el carruaje, y aquél salió, penetrando en un portal estrecho y largo. Luégo subió al piso principal, entrando seguidamente en un cuarto cuya puerta estaba abierta.

Iglesia se precipitó fuera del coche, sin comprender la causa de aquella detencion. Miró á su amigo, y al ver el sitio á que se dirigia, exclamó sonriendo:

—La redaccion de *El Blas*. Sepamos lo que se propone Régulo.

Y le siguió, quedando ámbos parados á la puerta de una sala pequeña y mal amueblada. En medio de la referida estancia habia mesa con periódicos y en torno ocho hombres, redactores unos y amigos de éstos los restantes. En los momentos en que llegaban Florian y Constantino, exclamó uno de aquellos:

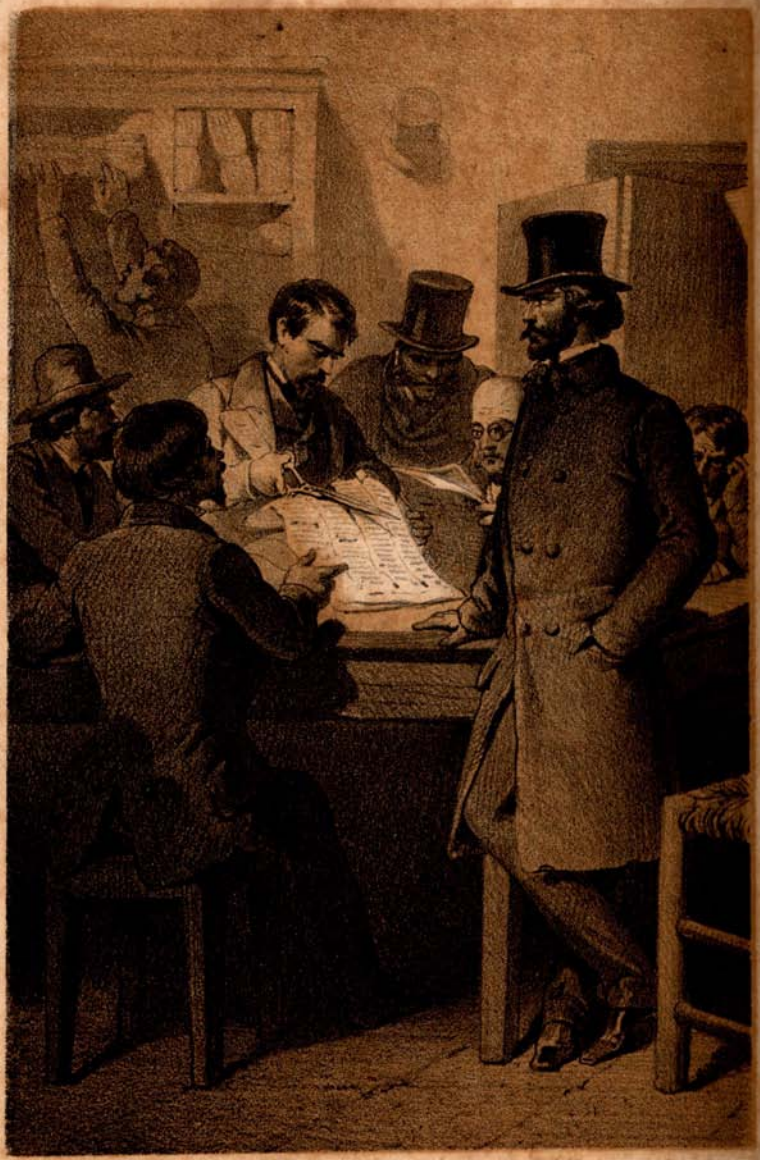
—Digo que la libertad peligra, la nacion se hunde, y todos... Lo peor es que la suscricion disminuye, los acreedores aumentan y la caja está vacía.

—Pues yo aseguro,—contestó Régulo entrando,—que sólo se hunde el cerebro de ustedes por el insostenible peso de las hipérboles, y que únicamente peligra el buen criterio y sentido comun de los que tienen la desgracia de creer lo que ustedes dicen.

—¿Quién es V?

Le preguntaron vários, quedando de pié los ocho.

—El vizconde de Régulo, amigo íntimo del actual consejero del Reino; y repito que no son ciertos los peligros y hundimientos á que se referia ese hombre, si bien juzgo que la caja estará efectivamente vacía, la suscricion será mala, los acreedores infinitos, y tan deliciosos sus chistes como exactas sus afirmaciones. Son ustedes una pobre gente que me han atraido para



C. MUGICA, dib.º y lit.º Lit. de J. DONON. Madrid.

—Digo que la libertad peligra, la nacion se hunde y todos....
Lo peor es que la suscricion disminuye, los acreedores
aumentan y la caja está vacia.

sólo demostrarles la compasion que me inspiran. Basta por hoy con lo expuesto.

Los ocho se miraron unos á otros sin hallar nada que replicar. Régulo les volvió la espalda, Iglesia soltó una carcajada, y ámbos entraron minutos después en la berlina, la cual tornó á correr, deteniéndose luégo á la puerta del hospicio.

—Baja, Constantino,—dijo Florian,—y entrega en ese establecimiento de beneficencia veinte mil novecientos reales á nombre de D. Leandro García. Que te dén recibo, y me lo traes.

Un cuarto de hora más tarde alargaba Iglesia el documento que su amigo le habia pedido, diciéndole:

—Hé aquí lo que deseas, pero no comprendo...

—No importa, pronto saldrás de dudas.

El coche volvió á rodar y á detenerse á la puerta del editor. Ambos se bajaron, hallando á D. Leandro á la parte adentro del mostrador.

—Bien venidos, señores,—exclamó aquél reconociéndoles.—¡Qué elegante, señor vizconde! ¿Es de V. ese carruaje?

—Sí, señor.

—Me alegro; lo merece su talento, y en verdad que aún es poco.

—¿Cómo salió V. con la venta del periódico en que iba inserta mi segunda composicion?

—Mal, muy mal; me llevó tan caro...

—Miente V.,—le dijo Iglesia lleno de indignacion;—me consta que ha vendido más de veinte mil ejemplares.

—Tú qué entiendes de eso,—añadió Florian, dirigiéndose á su amigo.—García tiene razon: cuando por una cosa se da más de lo que vale, jamás se sale bien de ella.

—Claro es.

—Por esa causa, y siendo yo hombre de conciencia, acabo de entregar en el hospicio los veinte mil novecientos reales que me dió por mis dos composiciones.

—¡Qué dice V!

—Hé aquí la prueba.

Y le alargó el recibo, que aquél leyó, exclamando:

—Esto no puede ser; yo soy pobre y voy á reclamar...

—Es tarde ya, García; si V. no fuese avaro, si no hubiera abusado de mi triste situacion al aceptar mis primeros versos, hoy recibiria el doble de cuanto me entregó, y contaria en lo sucesivo con mi pluma, sin interés alguno por mi parte.

—En la primera composicion pase, pero en la segunda...

—Ganó V. tanto ó más que en la anterior; mas yo he devuelto lo que recibí, queda destruido el pretexto, orígen de sus injustas quejas, y no quiero que me hable más de ese asunto. ¿Cuántos dias estuvo V. preso?

—Ocho, y en verdad que aún no sé la causa.

—Yo se la diré: los agentes me buscaban por delacion de usted; me presenté á ellos disfrazado, y hé aquí que me equivocan con el gobernador, cuya circunstancia me apresuré á aprovechar para que fuese V. á ocupar el calabozo que destinaban para mí.

—¡Terrible intriga; fatal acontecimiento, que me hizo sufrir ocho dias mortales, costándome á la postre el dinero.

—Me propuse únicamente dar á V. una leccion.

—Confieso que fuí débil, mas la venganza se sobrepuso al daño que yo pude causarle.

—Ninguno, D. Leandro: un rato de diversion y la idea de lo que vale su lealtad.

—¡Lo que lloré en aquella mazmorra! Pero, yo se lo perdono todo, con tal que me venda la comedia que tiene presentada en el teatro y los versos que cantó en casa del infortunado marqués de la Posada. ¡Lo que se cuenta de V! Todos le temen, y la trompeta de su fama suena tanto, que impide se oiga la de ningun otro. ¿Cuánto quiere V. por las dos composiciones que acabo de citar?

—Nada; los productos de la primera se los regalaré á un establecimiento de beneficencia; la segunda quedará inédita.

—Le doy por ellas dos mil duros.

—Influya V. con alguno de mis diez lacayos para que se

ponga de su parte, y acaso inclinen mi voluntad inspirándome avaricia y ambicion.

—Al ver ese tren supongo que es V. muy rico; pero cuarenta mil reales...

—Valen lo ménos quince editores como V. Refiera á sus compañeros la escena que acaba de tener lugar, y no olvide las dos lecciones que le he dado.

Y le volvió la espalda, dirigiéndose los dos amigos á la plaza Mayor, en busca de la patrona que tuvo Régulo, á la cual dejó éste una suma crecida.

Después vieron al alférez de la compañía de Constantino y á su madre, y últimamente regresaron al palacio, donde permanecieron dando órdenes, primero para el viaje del dia siguiente, y luégo comiendo. Terminado este último acto, preguntó Iglesia al vizconde:

—¿Te sientes bien?

—Cada instante mejor; mi apetito te lo acaba de demostrar.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Nada; concluidas las visitas de esta tarde, sólo me ocupa la idea de estrechar mañana á mi padre, y la de que tres dias después veré á la encantadora Zeneida.

—¿La amas mucho?

—Hablemos de otra cosa.

—¿Todavía la temes? ¿Aún dudas?..

—¡Ay, Constantino; á mi pesar, recuerdo lo que perdí en España, y vacilo en tomar lo que encuentro en esta isla!

—Te entristeces, amigo mio, y es conveniente que variemos de conversacion. Me consta que estás enamorado, ya es imposible que retrocedas por el sendero que entraste, y el tiempo curará el átomo de dolor que aún queda en el fondo de tu alma. Vámonos.

—¿A dónde?

—Quiero que me dediques tres horas, si te es dable dejar de ser amo para convertirte sólo en amigo.

—Estoy á tu disposicion.

—Nada me preguntes, ¿lo entiendes?

—Sí.

—Bueno; pues en marcha, y ten un poco de paciencia; te lo ruego en nombre del original cuyo retrato llevas en esa sortija que tanto abres y cierras, vizconde.

—Es tan hermosa. Partamos.

—¡Dichoso el hombre que posee ese anillo! Cerrado vale una corona, abierto no tiene precio, que aparece un ángel, y ante su divinidad no existe tesoro mayor.

Y entrando en el carruaje que tenían al pié de la escalera, se dirigieron á un edificio grande, desconocido de Régulo. Ambos penetraron, cruzando luégo largo pasillo, á cuyo extremo les abrieron una puerta pequeña.

—¿Me traes al teatro, Constantino?—preguntó Calatrava.

—Sí, Florian; estamos en un palco de proscenio, el cual tiene, como ves, persiana que nos permite contemplar la escena y los espectadores sin ser nosotros descubiertos por nádie.

—Verdad es, pero no comprendo lo que te propones, y no haré mal en advertirte que ya acabaron los misterios y secretos. Noto que se ha llenado el patio, y veo retratada la ansiedad en los rostros de cuantos tengo delante.

—Sí, todas las localidades están vendidas á precio fabuloso, y hay efectivamente un lleno completo.

—¿Qué representan?

—Un drama ó comedia.

En este instante comenzó á tocar la orquesta una sinfonía, quedando Régulo como absorto. Luégo exclamó:

—Es la mejor música que escucho desde que salí de España; la composicion es nueva, y su melodía me arroba. Muy bien; son profesores cási todos, y me complace lo bien que afinan y armonizan. Debe ser ópera lo que se cante en este coliseo.

—No, hombre, no; consiste en que para la funcion de esta noche han mejorado la orquesta y hecho grandes reformas hasta en el decorado del teatro.

—¿Viene acaso S. M?

—¿Oyes? En este instante llega.

—¿Cuál es su palco?

—El que está encima de nosotros.

—Me gusta este coliseo: son las butacas de caoba y terciopelo, los bajo relieves lo adornan mucho y los frescos del techo excelentes.

—Calla.

—¿Por qué?

—¿No ves que levantan el telon?

—¡Ah, maldito! Representan mi comedia; aquella que empezé en mísera casa de huéspedes, que continué escondido y la que concluí enamorado. Bien expresan esos actores. ¿Quién ha dirigido la escena durante los ensayos?

—Yo.

—¡Tú! ¿Quién te ha enseñado el arte dramático?

—Bastó mi aficion á la literatura, mi entusiasmo por esos versos tan sublimes, mi interés por tí, y una órden terminante de Zeneida Kousou. Están S. M. y AA., los consejeros, los grandes y dignatarios del país, y todos saben que la has escrito tú, que la he ensayado yo.

—Hablador.

—¿Oyes? Empiezan los aplausos en la primera escena para concluir mucho después que la comedia. Esta noche, Florian, nos llenamos de gloria.

—Te la cedo toda; cuando yo escribí esos versos que están representando tenía por cama un catre de lona y por alimento lo que no debo recordar.

—Pero al ponerse en escena, es decir, un mes después, eres el más rico y poderoso de la isla.

—Calla.

—¿Por qué? ¿Te entusiasmas tú tambien?

—No. Constantino, ¿quién hay en aquel palco de enfrente?

—¿En el que está cerrado como éste?

—Sí.

—Algun sacerdote ó familia que esté de duelo...

—Te equivocas; veo dos ojos negros, rasgados...

—Déjame oir. ¡Bravo! Qué bien dice ese actor.

La comedia continuó, siendo interrumpida á cada instante por nutrido aplauso. Poco ántes de finalizar el acto primero guardaron los espectadores el mayor silencio, y era porque no querian perder una sola frase. El asunto cobraba cada vez más interés, y al terminarse la exposicion, quedó el público como arrobado, para volver á un entusiasmo, que rayó en delirio. Se escuchó un aplauso que duró más de dos minutos, y cuantos estaban allí exclamaron á la vez:

—¡El vizconde de Régulo!

No se atrevieron á pedir que saliera por respeto y consideracion; pero continuaron repitiendo su nombre entre ovaciones que demostraban bien claro el deseo general de contemplarlo.

En este instante se abrió una puerta pequeña que ponia en comunicacion el palco de Florian y el escenario, y apareció el director del teatro. Hizo una reverencia, y preguntó á Calatrava:

—Señor vizconde, ¿quiere V. honrar nuestro escenario?

—No puedo, no debo salir; discúlpeme V., y que ignoren mi presencia aquí.

—Con cuánto entusiasmo piden...

—Si insiste V., me salgo del teatro.

—No lo haré.

Y se retiró el actor para decir al público que el autor no estaba en el escenario.

Poco á poco fueron calmando los aplausos, el ruido de la orquesta reemplazó al de las palmadas, é Iglesia miraba el entusiasmo retratado en el rostro de los espectadores, en tanto que Régulo, fijo en el palco de enfrente, no apartaba los ojos de él.

Empezó el acto segundo, aumentó el interés y el delirio del público. Al acabar duraron las palmadas diez minutos, sin que dejase persona alguna de darlas.

Llegó el acto tercero, y como, léjos de declinar, acrecia el interés, y aparecia escrito con más esmero y correccion que los anteriores, logró Régulo conmover el corazon de sus oyentes de un modo indescriptible. Hicieron repetir escenas enteras; los cómicos lloraban de alegría, y el éxito que alcanzaba el vizconde fué tan grande como no lo consiguió ningun otro.

Concluida la comedia no pudo contenerse el público más tiempo, y pidió por unanimidad que saliera Calatrava. Se alzó el telon, y el teatro quedó sumido en el mayor silencio; pero en vez de aparecer Florian, se presentó el director de escena, diciendo:

—La comedia que hemos tenido el honor de representar es la primera que ha escrito el eminente señor vizconde de Régulo.

—Que salga.

Gritaron todos los espectadores.

—No está en el escenario.

Contestó el actor.

—Buscarlo; que venga.

Añadió el público.

—Señores,—dijo con voz entera el cómico.—Régulo se halla convaleciente de la grave enfermedad que acaba de sufrir, y acaso le fuera funesto presentarse en este sitio.

Los espectadores entónces comenzaron á aplaudir frenéticamente, cayendo al escenario seis coronas arrojadas de vários palcos.

—Para el autor,—exclamó el público;—llevádselas, que nádie como él las merece.

Cayó el telon, continuando las voces y ovaciones largo tiempo.

Al empezarse el baile volvió á abrirse la puerta que comunicaba con el escenario, y entrando el director de la compañía, dijo á Florian:

—Señor, hé aquí las seis coronas con que el público premia al primer talento de esta isla. Esta otra se la ofrecemos al

autor los actores que hemos tenido la honra de interpretar la mejor de las composiciones escritas hasta hoy.

—Gracias,—contestó Calatrava;—estoy muy satisfecho de todos los que han representado mi comedia, y no ha sido el arte y talento de ustedes lo que ménos ha contribuido al gran éxito logrado esta noche.

—Bastaban los versos, sobraba con el asunto. ¡Qué composicion! Con ella es suficiente para el resto de la temporada.

—Cedo en favor de ustedes mis derechos en este teatro.

—¡Qué dice V! Va á producir mucho, muchísimo.

—Distribúyalo V. por partes iguales; yo les ruego me hagan ese favor.

—Gracias, señor vizconde; cara le ha costado á V. nuestra corona.

—Al contrario; esa que me ofrece el artista no tiene precio. ¿Quién dijo á V. que estaba yo aquí?

—El señor de Iglesia.

—¿Y quién le habló de mi enfermedad?

—S. E. el conde de Valleameno.

—Si mañana insistiera el público, puede V. añadir que me hallo en Cádiz.

—¿Marcha V?

—Sí, señor.

—Le deseo feliz viaje, y le suplico no sea esta la única produccion con que nos favorezca.

Desapareció el cómico, y Florian fué reconociendo una por una las siete coronas que tenía delante. Cuando hubo concluido, exclamó:

—Mirto, laurel, perlas; son preciosas, Constantino; pero no viene entre ellas la que yo necesito. Ha empezado el baile; el público ocupa de nuevo las localidades, y puesto que no podrán reconocerme, te aguardo en la berlina.

—¿Me he de quedar solo?

—No; vas al palco de enfrente, y si se halla en él, como creo, la mujer más hermosa que existe en el mundo, arrojas

á sus piés esos trofeos que gané con el sudor de mi frente. Díselo así.

—Oye, Florian.

—Basta; obedece y calla.

Y salió, cubriéndose parte del rostro con un pañuelo blanco.

Poco después entró en su coche, no tardando en acompañarle su amigo Iglesia.

Por el camino le preguntó el vizconde:

—¿Qué has hecho?

—Lo que tú me has mandado.

—¿Qué te han dicho?

—Que busques la octava corona, y la hallarás. Me oia, entre otras personas, un grande que no há mucho mató en duelo al marqués de la Posada, el cual añadió:—Si la encuentra y la fija sobre sus sienes, nádie como él podrá ceñirla mejor. Yo le contesté:—La quiere, y seremos felices cuando él la obtenga.

—Has mentido, Constantino; la quiero, pero no para mí.

—¿Quién la sostendrá mejor que tú?

—Mi padre.

—¡Tu padre! ¡Tú!.. ¡Qué idea tan grande! Oh, nádie lo sospecha, y en verdad que la sorpresa ejercerá un efecto mágico, indescriptible. Bien, amigo mio, muy bien; pensamiento tan sublime sólo cabe en tu privilegiado cerebro. Primero él, luégo tú, y ella... Déjame que estreche tu mano, que la bese. La Providencia os mandó á esta isla compadecida de nuestros infortunios.

Llegó el carruaje al suntuoso zaguan del palacio, y ámbos subieron, encaminándose á la alcoba de Calatrava.

—Estoy cansado,—dijo aquél á Iglesia,—ó más bien molestado por mis sufrimientos anteriores.

—Busca reposo, que tu materia es de bronce, y mañana te sentirás completamente restablecido.

—Señor,—dijo un ayuda de cámara de Régulo, presen-

tándose á la puerta de la estancia,—desean ver á V. S. su médico y el editor García.

—Desnúdame.

Cuando estuvo en el lecho, añadió:

—Di al doctor que se retire á descansar; por esta noche puedo prescindir de su ciencia. A D. Leandro que pase.

Salió el ayuda de cámara, Iglesia ocupó un sillon, y Régulo, cubierto hasta el cuello con la ropa de la cama, preguntó al librero, el cual se detenia en estos momentos en el umbral de la puerta:

—¿Qué desea V., señor de García?

—Ante todo dar á V. la más completa enhorabuena por el éxito que ha obtenido su inmejorable comedia.

—¿La ha visto V?

—Sí, señor. Fuí el primero que entró en el teatro y el último que dejó de aplaudir. Pero tanto ó más han llamado mi atencion los salones que acabo de atravesar, el lujo de este palacio y la magnificencia de cuanto he visto. Me encuentro aturdido, confuso... ¿Es de V. todo esto?

—¿Qué quiere de mí?

—Comprendo; le devolvieron lo confiscado... Pero segun cuentan, no eran más que tres ó cuatro millones...

—Estoy fatigado, García, y deseo descansar.

—Señor vizconde, siento molestarle tanto, pero la verdad es que no puedo salir de esta habitacion sin que me ofrezca V. la propiedad de su magnífica composicion.

—El producto de todas las representaciones que se dén en la corte se lo he regalado esta noche á los actores que la representan.

—Jamás oí hablar de autor tan generoso. En ese caso, me conformo con adquirir el derecho sobre provincia, la impresion y la venta de ejemplares. Soy el único que compré hasta ahora sus escritos, y no parece justo, en mi concepto, anteponerme otro. Por último, como no me echen sus lacayos á palos, no me marcho de esta alcoba sin la seguridad que deseo.

—Sólo la avaricia, la más desenfrenada avaricia, podia obligarle á expresarse de ese modo.

—Será lo que V. quiera, mas yo le ruego en nombre del señor duque de Noal, á quien dicen ama V. mucho, me conceda la propiedad que imploro.

—Ha invocado V. un nombre tan sagrado para mí, que no me es dable desatender su proteccion; ¿cuánto me da por la comedia?

—Cuarenta mil reales.

—Es muy poco; deseo ochenta mil.

—¡Jesús, qué cantidad! Yo no puedo...

—Pues salga V. de mi casa, y déjeme tranquilo.

—Sea la mitad.

—Iglesia, coge á ese hombre y échale de aquí.

—No, por favor; daré los cuatro mil duros en el momento que me firme la escritura de venta.

—Mañana los deposita V. á mi nombre en un establecimiento de beneficencia.

—¿Qué intenta V?

—Regalarlos como hice con el producto de mis dos anteriores composiciones. Si V. hubiera sido generoso conmigo, hoy recibiria la recompensa; fué V. avaro, ruin, y le doy el castigo que le impone su torpe conducta. Entregado el dinero, queda V. dueño de la propiedad, pudiendo hacer de la comedia lo que le acomode; la escritura se la firmaré á mi regreso de Cádiz.

—¿Cuándo se va V?

—Mañana á las siete.

—Lo digo, porque sin su rúbrica...

—Si no le basta mi palabra, retiro el ofrecimiento.

—¿Cuándo volverá V?

—Lo ignoro, y tenga en cuenta con quién habla.

—Muy bien; mañana entregaré el dinero, ya que creyéndome avaro, lo es conmigo hasta el extremo de...

—De arruinarle, ¿es cierto?

—Poco ménos.

—No podemos entendernos, García; queda hecha esa venta, pero le prohibo volver á entrar en este palacio, á cuyo efecto me manda la escritura con uno de sus dependientes. Que salga de aquí Iglesia.

El editor quiso insistir, pero le cogió Constantino, obligándole á que bajase los escalones de dos en dos, no soltándolo hasta que lo tuvo en la calle.

—No permitir á ese hombre,—exclamó dirigiéndose á los sirvientes,—que vuelva á entrar en esta casa.

Y después que se hubo despedido de Régulo, se retiró á descansar, quedando al poco tiempo el palacio sumido en el mayor silencio.

Calatrava habia pasado desde la situacion más desesperada que puede abrumar al hombre en la tierra á la posicion más elevada de la isla. Se juzgaba capaz con su talento de adquirir una fortuna en el espacio de algunos años; pero como le era imposible resistir á lo que le imponia la voluntad de Zeneida, é iba unido al cambio de situacion el amor de tan deliciosa mujer, aceptó sin escrúpulo, seguro de pagar á su generosa protectora con toda la ventura y dicha que pudiera proporcionarle durante su vida.

—Las terribles pruebas á que me han sometido,—exclamaba,—lo mucho que me hicieron sufrir y la ilimitada confianza que hoy tienen en mí, me obligan á inclinar la frente ante el destino y á aceptar las riquezas y poder de que ya he tomado posesion. No debo por otra parte oponer la más leve resistencia; se trata de la felicidad de un pueblo harto desgraciado, y á nada me negaré. Puesto que desde Zeneida hasta el último de sus adictos anhelan obedecerme, elevándome al efecto á una altura donde nunca pensé llegar, sea en buen hora; y ya en mi sitio, que se dispongan á cumplir mi voluntad, que yo haré lo posible por no defraudar sus esperanzas ni hacer ilusorias sus justas aspiraciones. Para ella mi corazon; para vosotros, nobles indígenas, todo mi talento y cuanto necesiteis de mí.

Reflexionando de este modo se quedó dormido con sueño tranquilo y sosegado, que no debia terminar hasta las siete de la mañana.

Otra materia ménos fuerte, ménos poderosa, estaria en estos momentos expuesta á sucumbir, no sólo á consecuencia de sus muchos sufrimientos en el terrible calabozo, si que tambien por efecto de la fatal influencia que debia ejercer en ella la lectura de una sentencia de muerte y todo el aparato fúnebre de la capilla, veneno etc. Pero nuestro valiente jóven, restablecido de su debilidad, nada sintió capaz de alterar sus fuerzas físicas é intelectuales; de mucho era ya dueño, pero más merecia aún tan privilegiado mortal.

CAPITULO XXVI.

El padre y el hijo.—Primera página del porvenir.—Los dos amantes.

Nos van á permitir nuestros lectores que suspendamos por un momento nuestra novela, para dirigirles unas cuantas frases que juzgamos de sumo interés, á fin de que puedan apreciar debidamente los acontecimientos que vamos á relatar. Será un corto paréntesis con el que les molestaremos muy poco.

La presente obra es continuacion de otra que publicamos anteriormente, titulada EL CÁNCER DE LA VIDA, la cual habrán leido indudablemente la mayor parte de nuestros abonados; por esta razon nada hemos dicho ni diremos sobre los principales personajes de este libro, harto conocido de los suscritores *del* CÁNCER, pues sería una redundancia pesada y monótona para ellos. En cambio, dejará mucho que desear el ABISMO á los que no hayan ojeado las páginas de la primera parte; circunstancia que nos es muy sensible, y cuya falta pueden evitar leyendo aquella novela, si quieren apreciar en su justo valor todo lo que decimos en esta. Son madre é hija, y es imprescindible conocer la primera para comprender el orígen, ten-

dencia y naturaleza de la segunda. Sentado esto, reanudemos el hilo de nuestra interrumpida narracion.

Florian de Calatrava fué despertado á las siete de la mañana, en cuyo instante comenzaron á vestirle y asearlo dos ayudas de cámara; luégo entró Iglesia, pasaron al comedor, donde se desayunaron, y acto contínuo se dirigieron en carruaje á la estacion.

El vizconde quedó sorprendido al ver el coche que la empresa le tenía dispuesto: era un saloncito donde habia sofá, butacas, mesa, espejo, recado de escribir y cortinaje de raso. Comunicaba con un pequeño departamento, en el que subieron tres criados.

—¿Qué es esto, Iglesia?—preguntó admirado.

—Un tren especial que nos llevará en tres horas.

—Pero este lujo...

—¿Qué te extraña? Es el coche de la princesa, puesto á tu disposicion por un corto plazo: miéntras vivas nada más. ¿Oyes? El jefe de estacion te pregunta si puede dar la órden de marcha.

—Sí.

El tren partió, continuando Régulo:

—Este modo de viajar es admirable.

—Aún no lo has visto todo; tienes alcoba con cama, cocina, jardin, vajilla, y aquí, en fin, puedes comer, dormir y estar como en cualquier salon de tu palacio.

—Para tres horas que hemos de permanecer, sobra la mayor parte de eso.

—Es que éste sirve para todas las líneas, y si ahora no, en otra ocasion te podrá ser necesario cuanto hay en él.

—He notado mucha gente en la estacion, que me saludaba, guardando una actitud respetuosa.

—Indígenas todos, dispuestos á obedecerte en cuanto exijas de ellos; donde quiera que te detengas y mires encontrarás lo mismo.

—Aún es pronto, Iglesia.

—Lo sé, Florian; pero han creido necesario que vayan conociendo á su nuevo señor.

—¿Cuántas estaciones hay en la línea?

—Ocho, y en todas ellas saldrán á recibirte con el mismo respetuoso silencio.

—Es decir, que aún no soy otra cosa que el futuro de Zeneida, y ya se disponen á contar hasta los suspiros que exhale.

—Eso sucede á todos los príncipes; pero á tí debe importarte muy poco.

—¿Por qué?

—Tú no haces nada que no pueda ser visto y estudiado por la multitud; en ninguna de tus acciones hay cosa que te obligue á inclinar la frente. Siempre caballero, noble, generoso, emblema de todas las virtudes, nada intentas que debas ocultar, nada que merezca censura. Para el que no obre como tú será una carga pesada la publicidad, más para tí no.

—Quién sabe. Nací débil, y, andando el tiempo, pudiera cometer alguna falta.

—Cierto que sólo Dios es infalible; pero en tus pecados, Régulo, nádie reparará por lo pequeños y por estar acostumbrados á ver en muchos poderosos de la tierra la antítesis de lo que tú eres y serás. ¡Ay, vizconde, en esta isla suceden cosas muy extrañas!

—Entérame, Constantino, y conozca yo de una vez ó poco á poco, segun te agrade, á los séres que me rodean.

—Aquí, como en todas partes, segun cuentan, hay bueno y malo en las diferentes clases que tiene la sociedad; pero como quiera que el vicio y la corrupcion parecen ser atraidos por la holganza y la molicie, sucede que se ceban en los séres ménos laboriosos, que son aquellos que heredaron más fortuna y riquezas.

—Esa es tésis general aplicable á la mayor parte de las naciones del mundo.

Durante las tres horas que emplearon en el viaje prosi-

guieron hablando los dos amigos sobre el país, los hombres y algunos acontecimientos futuros que ámbos prevían con sobrada razon. Salieron á las ocho y llegaron á Cádiz á las once, habiendo sido saludados en las estaciones por indígenas que corrian á recibirlos y los despedian sombrero en mano y en la misma actitud respetuosa que en Madrid.

En la estacion de Cádiz les esperaba sólo el capitan Iglesia, padre de Constantino, con un carruaje de alquiler. Después que se estrecharon tiernamente D. Julian y su hijo, alargó el primero la mano á Florian, diciéndole:

—Bien venido, señor vizconde; ¿continúa V. dándome el nombre de amigo?

—Sí, señor.

—¿Tiene alguna queja de Constantino?

—Ninguna.

—¿Y de mí?

—Al contrario: mi padre y yo le debemos muchas atenciones y cuidados, y le estoy muy agradecido.

—Señor de Régulo, áun cuando admiro su gran talento y deploro mi insuficiencia, recordando cómo salió de aquí nunca hubiera adivinado cómo iba á entrar.

—Ya se lo dije al partir.

—Lo veo, y aún me parece imposible.

—Señor comandante, si continúa tan incrédulo posible es que no pueda darle aquella faja ofrecida en noche aciaga y terrible.

—Lo juzgué una broma como ahora lo de comandante.

—Igual.

—Pues entónces,—replicó Constantino,—tendrá V. la faja, padre mio, toda vez que en este momento corren las órdenes de su nombramiento de comandante.

—¿Es cierto?

—Positivo, señor.

—Es decir que el hijo es digno de un padre que creí no hallaria parecido en el mundo.

—En mi concepto, vale Florian más que el duque; pero dicen lo contrario por ahí, y aunque lo juzgo imposible...

—Déjense ustedes de adulaciones ó comentarios que á nada conducen, y no retrasen por más tiempo la dicha de estrechar á mi padre. ¿Se halla bueno?

—Sí, señor.

—Entónces partamos al momento.

Constantino dió algunas órdenes á los tres criados que les seguian, montando acto contínuo en el coche en que ya le esperaban D. Julian y Calatrava.

Cinco minutos después se detuvieron delante de una casa nueva que tenía un solo piso, la cual ocupaba por completo el duque de Noal. Enterado de esta circunstancia el vizconde, dijo á sus dos amigos:

—Dejad que me adelante.

Y entró, hallando en el zaguan á Piñeiro que hablaba con otro criado. Al verle el cochero, se abrazó á él, exclamando:

—¡Señuritu de mi vida! ¿Pur dónde ha venidu V. S? ¡Qué guapu llega, qué elegante!

—Suéltame, majadero. ¿Estás bueno?

—Buenu, muy buenu. ¿Y V. S?

—Bien. ¿Se halla mi padre en casa?

—Sí, señor; peru estu nu es casa, es un palaciu pequeñitu cun caballerizas, tren, todu diciminutu, peru todu bonitu.

—¿Y Mendo?

—Se halla en el puertu.

—¿Qué hace mi padre?

—Escribe un libro que ha de meter muchu ruidu. ¡Qué buenus versus hace V. S., y qué bien lus cumprendu yo!

—Llévame adonde esté el duque. Abrevia en lo posible, Piñeiro.

—¡Qué surpresa tan grata! Suba V. S. detrás. Ahora nu haga ruidu algunu. ¿Ve V. S. aquella puerta de enfrente?

—Sí.

—Pues descorra la curtina, y detrás encontrará al señor

duque... ¡Qué cuntentu se va á puner! Adentru. Yo escucharé la escena desde pur aquí.

Calatrava avanzó, penetrando sin hacer ruido en el despacho en que se encontraba su padre.

Se hallaba el duque tan embebido en su trabajo, que no vió al vizconde, el cual se cruzó de brazos frente á él, fijándose en la mano derecha que aquél movia haciendo correr su pluma con prodigiosa rapidez.

La habitacion en que estaba Noal era grande, tenía vistas á un pequeño jardin, y se contemplaban en ella muebles de ébano y terciopelo, armarios de palo santo con cortinas de raso, y rica alfombra de moqueta. La mesa de que se servía, que era de cedro, se hallaba cubierta de cuartillas, las que el duque iba arrojando á derecha é izquierda después de escritas por una sola cara.

—¿Qué quieres, Juan?

Preguntó Calatrava al vizconde sin levantar la cabeza, tomándolo por su cochero.

—Piñeiro no desea nada, es tu hijo el que pretende darte un abrazo.

—¡Florian!—exclamó el duque asomando á su rostro la alegría.—¡Hijo de mi alma!

—¡Padre mio!

Y permanecieron estrechándose tres minutos, sin atreverse ninguno á interrumpir un silencio que expresaba más que cuantas palabras pudieran decirse. Por fin añadió Bricio:

—Estás delgado, descolorido.

—No te extrañe, señor: padecí una enfermedad que no era peligrosa, pero que me impuso dieta y una quietud que robó el color á mi cútis.

—¿Te sientes ya bien?

—Perfectamente; ¿y tú, padre mio?

—No he experimentado molestia alguna en el tiempo que resido en esta isla.

—Otro abrazo.

—Otro y diez. Siéntate á mi lado. Di, hijo mio, ¿por qué mataste á Camilo Posada?

—Padre mio, por no legarte una deshonra que te hubiese infamado el resto de la vida; por evitar que me escupieran en el rostro; porque rehusé cuanto era dable á un caballero, y atribuia mi prudencia á miedo, me insultaba, y, á mi pesar, tuve que herirle ó dejar que atravesara mi corazon.

—Eso mismo me han escrito Valleameno y Constantino Iglesia; pero he sufrido mucho, porque no quisiera que nádie te ofendiese ni tú atentases contra la vida de ningun hombre. No olvides nunca, hijo amado, lo mucho que te otorgó la Providencia; tu valor, tu destreza, tu serenidad, tu gran talento deben emplearse en bien de la humanidad, jamás en contra.

—Así sucederá desde hoy en adelante, padre mio; mas no me hables de talento ni valor tú, que eres el genio, la bondad, lo sublime que existe entre los séres humanos. Cuéntame lo que te ha acontecido desde nuestra separacion; luégo te referiré yo mi historia, que es larga, y puede que logre interesarte.

—¡Tu historia! Loco, cuanto has hecho he sabido; todo, absolutamente todo me lo han escrito.

—¿Quién?

Preguntó Florian sorprendido.

—Los duques de Monserrat y de Badillo, Valleameno, Iglesia y otros amigos.

—Algo te habrán ocultado.

—Nada. Sé que llegaste á pié á la corte; que te alojaste en una mísera casa de huéspedes; lo que te ocurrió con el marqués de la Posada; lo mucho que ganaste con tus composiciones, y que Madrid entero te aplaude y admira por tu sabiduría y caballerosidad. Tambien me dijeron que no quisiste tomar parte en luchas políticas, contrarias siempre á nuestras creencias y modo de obrar; pero me consta que un gran partido, el de la gente honrada, te ha elegido por jefe y vela por tí, habiéndote facilitado al efecto trenes, palacio y cuanto debe tener un poderoso.

—¡Ya! pues si todo lo sabes, poco me es dado añadir.

Florian se tranquilizó, pues deducia de las frases de su padre que éste ni áun oyó hablar por incidencia de Zeneida Kousou. Era cuanto él deseaba, por cuya razon fué reemplazando á su sorpresa una alegría que no trató de disimular.

—Muy bien, señor,—dijo;—yo en cambio ignoro la mayor parte de lo que te ocurrió en Cádiz; por lo tanto te ruego me lo refieras.

—Bien poco te voy á molestar. Al dia siguiente de escaparte me dieron por cárcel el palacio del general; luégo el rádio de la poblacion, después nos levantaron el arresto y confiscacion, y Arturo Mendo se ocupó de administrar nuestros intereses, en tanto que yo, á imitacion tuya, he empezado á escribir un libro que acaso pueda mejorar algo la condicion de este país, produciendo á la vez mucho dinero.

—¿Cómo se titula?

—*Pasado, presente y porvenir de Nueva-España.*

—Comprendo la idea, y la juzgo acertada. ¿Quién te ha facilitado los datos necesarios?

—Lo poco que hay impreso sobre el particular, y muchas noticias adquiridas de sujetos como el anciano duque de Monserrat y otros que conocen perfectamente la historia de este país.

—¿Qué cantidad te entregaron?

—Poco más de tres millones.

—¿Qué fué del capitan y tripulantes del *Lucero*?

—Repartí entre ellos el importe del bergantin y algo más; me quedé con el cocinero y cuatro marineros que me sirven de criados, y los restantes fueron llamados ayer por el gobierno para proporcionarles colocacion.

—Poco te darian por el bergantin.

—Veinte mil duros.

—¿Para qué lo quieren?

—Le pusieron máquina de hélice, y lo han dedicado á la navegacion de un rio y dos canales.

—¿Administra bien Arturo?

—Supongo que sí; pero jamás tomaré cuenta á ese tipo de lealtad y de honradez.

—Bien hecho. ¿Supongo que te vendrás conmigo á Madrid?

—No me disgusta Cádiz; en él pasé cerca de tres meses sin sufrir otras molestias que aquellas producidas por tu ausencia; pero tú necesitas habitar en la corte, y con tal de vivir á tu lado, me trasladaré donde quieras.

—Padre mio, la suerte, que con raras excepciones siempre nos ha favorecido, me permite regresar lleno el cupo de todos mis deseos y aspiraciones; puedo, en consecuencia, ofrecerte un palacio mejor que el de Richmond en Washington, que el tuyo de España, trenes régios y quinientos millones, de los cuales dispondrás desde hoy.

—Florian, tú no has podido ganar tanto, ni has debido aceptar lo de nádie.

—Padre mio, bien comprendes que ni el oro ni todas las riquezas del mundo lograrian obligarme á cometer una accion indigna; he ganado esa fortuna sufriendo pruebas que el dia en que las sepas te estremecerás; y la he aceptado además á cambio de la felicidad de millones de séres.

—Algo me refirieron, pero no tanto como demuestran tus frases; trasluzco en ellas un problema, y te ruego, hijo mio, me lo resuelvas.

—Lo siento, padre amado, pero no puede ser.

—¿Tienes secretos para mí?

—Como tú en los Estados-Unidos.

—¿Pero de aquella índole?

—No, son su antítesis, y nada hay en ellos que me impida alzar la frente con noble orgullo.

—¡Ah! ¿Entónces á qué ocultarlos?

—No me pertenecen, señor.

—¿Los sabré algun dia?

—Yo lo creo.

—¿Cuándo y de qué modo?

—Pronto y poco á poco te los irán detallando los acontecimientos.

—¿Se halla amenazada tu vida, tu tranquilidad, tu reposo?..

—Todo lo malo acabó para mí ya, señor. Sufrí mucho, padre mio, mucho, en los tres meses que estuve separado de tí; pero siempre impávido, sereno, fuerte como tú, cantaba en vez de llorar, reia, y superior á mis desgracias, triunfé, sin que el insomnio, la amargura ni el tormento lograsen arrancar de mi alma un solo suspiro.

—No me extraña; te conozco, y como á la vez me consta que tu corazon llegó seco, árido...

—No, padre mio, no es cierto; consiste en otra cosa.

—Entónces me han ocultado mucho...

—Mucho.

—¿Te han herido acaso? Estás palido, delgado, déjame que te reconozca.

—No es necesario; te juro que nádie tocó mi cútis con arma alguna; mis sufrimientos fueron de otra índole; pero ya acabaron todos, y no hay para qué recordarlos. Ahora, señor, soy poderoso, me obedecen millones de brazos, soy árbitro de los destinos de este país, y para uno que osara alzarse contra mí, cien y cien se levantarian en mi defensa. Tú me ayudarás á hacer feliz á este infortunado pueblo, y ámbos, juntos la mayor parte del tiempo, estrechándose nuestras manos, mirándonos como ahora, y bendiciendo á la Providencia, que tanto nos ama, á la que tanto debemos, irán quedando atrás, en el fondo de ese abismo que ruge cerca de nosotros, las desgracias aquellas que en vano intentaron seguirnos en Nueva-España.

—Otro problema, Florian.

—Otro, señor, que tambien resolverá el tiempo poco á poco.

—Te encuentro, hijo mio, resuelto como nunca; tu mirada impone, tu actitud parece de príncipe...

—¿Te molesta?

—No, Florian; todo lo que tú haces, lo que te pertenece, me encanta.

—¡Qué bueno eres, cuánto me amas! Pero yo soy digno de tí; estoy orgulloso de tenerte por padre; mas en breve te probaré que tu hijo no desmerece...

—Nada, ya lo sé; ¡que no te conozco! ¡Vaya, te cogí poco después de nacer!..

—Padre, ¿has dicho á alguno en esta isla que sólo soy tu sobrino é hijo político?

—No. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Conviene que todos crean que soy hijo tuyo; es el tercer problema que el tiempo aclarará.

—Arturo, que siempre ha visto en tí á mi hijo querido, y que, áun cuando conoce nuestra historia, no puede avenirse á mirarte como al hijo de mi hermano, al esposo de mi Erundina, todos los papeles que trae hablan del duque de Noal y de su único hijo el vizconde de Régulo.

—En todo contemplo la mano del destino, y ya no me extraña nada de cuanto acontece.

—Yo vi la Providencia; me pareció escuchar su egregia voz aquella noche que en la capilla...

—Basta, señor; no me lo recuerdes, por favor.

—Verdad es, hablemos de otra cosa. Di, Florian, ¿quién es esa Zeneida de que se ocupa tanto tu primera composicion? He preguntado por ella á todos mis amigos, y me contestaron, sin excepcion, con cierta reserva é indiferencia, que desmienten los elogios que tú haces de ella.

—Qué te extraña: es mujer, y en mis versos hablaba el poeta; si ahora preguntas al hombre...

—Comprendo: embelleciste tu composicion con un tipo ideal.

—Eso es, tan ideal, que segun dicen mis lectores, no tiene parecido en la tierra.

—Claro está: retrataste un ángel sublime, celestial. Existe, sin embargo, una sobrina de S. M. que se llama así.

—Y tambien es cierto que estuve yo en su casa, y agradecido á las atenciones que tuvo conmigo...

—Bien hecho.

La situacion de Régulo se iba agravando, no obstante su talento y sagacidad, cuando vinieron á sacarle de apuros Arturo Mendo é Iglesia padre é hijo. Entraron los tres, estrechando la mano del duque Constantino, y abrazándose á Florian Mendo.

—¿Conocias al ex-teniente, padre mio?

—Pues qué, ¿ignoras que estuvo á verme hace ocho dias?

—No lo recordaba efectivamente. Habrás notado que tiene talento, que recibió una educacion esmerada, y yo añado que es un cumplido caballero.

—Todo lo cual, unido á su figura elegante y simpática, lo hacen digno de tu amistad y consideracion.

—Puesto que tienes la misma opinion que yo, te dejo con él y con su padre, ínterin mi querido Mendo se toma la molestia de enseñarme tu casa.

—Te va á gustar; vé, hijo mio, y comprenderás que mi secretario sirve para todo.

—Marcha delante, serpiente brasileña.

Arturo miró á Florian, sonriendo al escuchar el apóstrofe que le dirigia. Ambos salieron, dando principio al reconocimiento de la casa.

—Mi despacho, Florian; aquí está la caja y la oficina,—exclamó el secretario de Noal.

—Es decir, que tú formas todo el personal. Muy bien; me agrada eso que llamas caja y que es un armatoste de hierro; tu mesa parece de pino y el decorado es sublime. Entremos en otra habitacion.

—Ya suponia yo que te burlarias de esa estancia, pero cuando veas las otras, cambiarás de tono. El comedor.

—Bravo; mesa, sillas, aparador y armario de roble; y para doce cubiertos; magnífico; has empleado aquí lo ménos cuatro mil reales. ¿De qué es la vajilla?

—De porcelana. ¿Era mejor la que tuviste en tu casa de huéspedes de la Plaza Mayor?

—Por el estilo, Mendo.

—Galería sobre el jardin.

—Frente al jardin ó con vistas á él, diria un gramático: ¡Oh, cuadros pintados al óleo! ¿Son tuyos?

—Sí.

—Me lo habia figurado; oye, no los lleves á la exposicion.

—En eso estaba.

—Ni se los enseñes á nádie.

—¿Tan malos son?

—Detestables. Bonito jardin; cuatro acacias y una higuera; faltaban dos alcornoques; pero no: si tú y Piñeiro bajais á menudo, bien está así.

—¿Lo tenías tú mejor en Madrid?

—¡Qué locura! ¿Qué es esto?

—¿No lo conoces?

—No.

—El salon principal, con dos preciosos gabinetes.

—Me admira lo de principal y lo de preciosos.

—Alfombra de moqueta; arañas de cristal; muebles de caoba y damasco, consola de palo santo y mármol; espejos de setenta pulgadas; cortinas de raso...

—Ya lo veo todo, Arturo; y la verdad es que me admira, me sobrecoje, me espanta tanto lujo y magnificencia. ¿Cuánto has gastado en poner esta casa?

—Ocho mil duros.

—No has despilfarrado el oro. ¿Cuántos carruajes tenemos?

—Una berlina con dos caballos.

—Lo puramente indispensable.

—Si te quedas, compraré carretela y otro tronco.

—Vamos á tu despacho.

—Sólo has visto la mitad de la casa.

—No importa; deduzco de lo reconocido lo que será el resto.

—En el piso bajo hay muebles de verano.

—Cierra la puerta, y echa el pasador. Ahora sentémonos en esos dos espléndidos sillones de gutta-percha.

—Pues mira, son cómodos.

—Ya lo creo; se está mejor en ellos que sentado en el suelo ó en silla de anea.

—Bien te estás burlando, vizconde.

—Lo hago para que tomes la rebancha en mi casa de Madrid.

—Yo encuentro bueno todo lo que te pertenece.

—Es decir, que careces de opinion, juicio y criterio.

—Continúa diciendo lo que quieras, que para el hijo del duque de Noal sólo tengo yo cariño y respeto. ¿Para qué me has mandado echar el pasador á esa puerta?

—Para que nádie nos interrumpa; voy á hablarte de cosas muy sérias y graves.

—Me lo habia figurado al escuchar tus bromas.

—Siempre empiezo así para concluir de otro modo.

—Di lo que quieras.

—Soy, mi buen Arturo, el único heredero del duque, y dueño, en union de mi padre, de lo poco ó mucho que poseemos en Nueva-España.

—Ya lo sé.

—Te lo recuerdo, porque me consta que el duque nunca te pide ni toma cuentas.

—Verdad es.

—Es que yo pienso seguir conducta contraria.

—¿A dónde vas á parar, vizconde?

—Por ahora sobre la suave y fina tela de este sillon; luégo veremos.

—He querido preguntarte qué es lo que te propones.

—Enterarme lisa y llanamente de la aplicacion que has dado á los millones que nos devolvió el gobierno. Cuando éramos muy ricos todo se podia tolerar; mas ahora que contamos con poco, quiero yo saber si se emplea bien ó mal.

—¿Lo dices de veras, Florian?

—Con la gravedad de un magistrado.

—¿No te merezco confianza?

—Ninguna.

—¿Qué motivo he podido dar?..

—No hagas pucheros como los niños, y dispónte á contestar categóricamente á mis preguntas. ¿Me conceptúas con sobrado derecho para interrogarte sobre ese particular?

—Sí, y aunque condolida el alma, afligido el corazon y...

—No quiero pucheros, sino razones, y más que razones cuentas. ¿En cuánto vendiste al anciano duque de Monserrat todo lo secuestrado?

—En ciento sesenta mil duros, con separacion del bergantin, por el cual dió al capitan y á la tripulacion veinte mil.

—Es decir, que te entregó la primera vez tres millones doscientos mil reales, ¿es eso?

—Exacto.

—¿Y luégo?

—Después me dió nuestro equipaje, y nada más.

—De modo que sólo has recibido la mencionada cantidad de ciento sesenta mil duros.

—Claro está.

—¿Lo juras?

—Lo afirmo, que la cosa no merece...

—Soy tu señor, Arturo, y me estás engañando.

—Vizconde, hoy te complaces en martirizar mi alma.

—Eso te sucederá siempre que seas embustero.

—Gracias por el favor.

—Has recibido de Monserrat seis millones y pico.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿En qué te fundas?

—Arturo, me consta, como á tí, y ni mi padre ni yo te hemos facultado para que nos obligues á aceptar una limosna.

—Ha sido un préstamo, Florian.

—Tanto sonroja lo uno como lo otro. ¿Ignoras por ventura que á mí me ofrecieron oro y hasta carruajes, y preferí caminar á pié, sufrir el hambre, la sed, el cansancio y las heridas?..

—Todo, todo lo sé, Régulo; perdóname si obré mal. Erais pobres, vuestra miseria enlutaba mi corazon; el anciano duque de Monserrat es bueno, se obstinaba, y creyendo yo que nádie lo sabria, acepté esos tres millones que me dió de más para que dispusiérais de una renta anual de trescientos mil reales.

—¿Colocastes el dinero?

—El mismo dia que lo recibí. Con el pico, ó sean los doscientos mil reales, compré lo que has visto y sabes, guardando en caja dos mil duros; el resto lo entregué en la mejor casa de comercio de Cádiz al cinco por ciento. ¿Quieres ver las cuentas? No he empleado en mí un solo céntimo.

—Ya sé que eres honrado, pero torpe, Mendo, muy torpe; hoy lo sabrá el duque, y ya verás qué contento, qué satisfecho queda de tí.

—No, por Dios, que se va á disgustar. Pídeme lo que quieras, inclusa mi vida, y te la daré contento, primero que mi señor... De rodillas te lo voy á suplicar.

—Levanta. Ocupa ese sillon otra vez.

—¿Callarás?

—Segun. Acepta la condicion que te imponga, y de ese modo saldrás del grave conflicto en que te ha colocado tu insensatez.

—Habla, yo te lo ruego.

—Vas á jurar por Dios santo, que nos oye, no decir en lo sucesivo al duque de Noal nada referente á mí sin prévio permiso mio.

—Te lo juro solemnemente. ¿Qué más?

—Eso sólo.

—Bien poco es.

—Soy generoso, y me basta con lo exigido. Hoy te dará mi secretario Iglesia letra contra mi cajero de tres millones y trescientos mil reales; negóciala en el acto, paga al duque de Monserrat, y regala á la duquesa un aderezo con lo que te sobre.

—¿Tan rico eres, vizconde?

—Tengo quinientos millones próximamente.

—¡Jesús! ¿Cómo has ganado?..

—No te importa; y ten entendido que me disgustan tus averiguaciones.

—Pero hombre, dime algo de lo que acontece; tu bien es el del duque, os amo á los dos, y gozo sabiendo...

—Voy á complacerte: en primer lugar hemos cambiado los papeles mi padre y yo, es decir, que por algun tiempo y hasta que termine el plan que empecé á desarrollar, soy yo solo el que manda; y como quiera que la menor imprudencia de tu parte pudiera entorpecer la marcha de los acontecimientos, por eso te he exigido el juramento que acabas de pronunciar. Sentado esto, debo añadir que estoy muy satisfecho de tu conducta; aparenté ofenderme por el préstamo para llegar á este fin; pero obraste, mi querido Arturo, con la nobleza y entendimiento que tanto te distinguen. Monserrat nos ama, y no hay humillacion alguna en que bajo tu única responsabilidad aceptaras esa suma.

—¡Ah, vizconde, vizconde, y de qué modo tan hábil me envolvió tu talento! La burla que precedió á esta entrevista, tu actitud, todo, en fin, era hijo del estudio... ¡Ah, intrigante! Pero lo juré, y no he de faltar á oferta tan sagrada.

—Hace tiempo, mi querido Mendo, que conozco tu mucha sagacidad y fina penetracion; estoy seguro que averiguarás cosas que á mí me conviene ocultar al duque hasta que llegue el gran dia, y por eso me adelanté á descubrir tu secreto, para formar con él un arcano que oculte y guarde los mios. ¿Vas comprendiendo?

—Sí, ya conozco á Zeneida Kousou.

—¡Maldito! qué olfato tiene el fatal brasileño. ¿Y qué más?

—Quedé admirado ante su belleza, talento y actitud de reina.

—¿Qué averiguaste?

—Que te ama.

—¿Eso sólo?

—Sólo eso; pero si deseas que sepa cuanto ocurre...

—No; si quieres á mi padre y á mí, te encargo que te concretes á obedecerme con ciega sumision.

—Lo haré.

—No está léjos el dia en que pueda proporcionarte el más grato placer, la mayor satisfaccion que has tenido.

—Dime algo, Florian.

—Que hasta tanto, oigas, veas y calles. Hoy ó mañana será nombrado el duque senador, y tú no tardarás en encontrarte elegido diputado.

—¡Yo!

—Tú; hay un distrito en la isla, para el cual eres el hombre más simpático del universo.

—¿Y qué voy á hacer en el parlamento?

—Lo que yo te mande.

—Deduzco de tus frases que tu poder es grande, colosal, inmenso.

—Asciende á mucho más de lo que tú puedes figurarte.

—No fueron una quimera tus ideas de intrigar...

—No formes juicios temerarios; ve desde hoy en mí al duque de Noal, y aún lograremos los tres algo de aquella dicha que creimos en España ahogada para siempre.

—Qué cambio se nota en tí tan admirable; siempre fuiste resuelto, enérgico, valiente; pero ahora impones con tu mirada, ademanes y actitud.

—Mendo, de desgracia en desgracia llegué hasta la muerte, y tanto aprendí, tanto me elevé, que algo debo efectivamente haber variado.

—¡Hasta la muerte!

—Sí, de pronto me hallé en un calabozo horrible, después en la capilla, y últimamente bebí el contenido de un frasco, que poco á poco fué adormeciendo mis facultades hasta dejarme frio, inerte.

—¿Qué era?

—Yo le juzgué un veneno, en ese concepto lo tomé; pero

al resucitar, me hallé el hombre más poderoso de Nueva España.

—Nada comprendo, Régulo.

—Te he dicho, sin embargo, lo suficiente para que en lo sucesivo vayas deduciendo, adivinando y sabiendo, en fin, cuanto necesites; pero ay de tí, Mendo, si, en brazos del amor que profesas á mi padre, le vendes un solo secreto de los que has de penetrar; entónces te pulverizaré bajo mi potente planta como á mísero reptil.

—Me asustas, vizconde.

—Existe una verdad, Arturo, que, sabida á tiempo por el duque, hará su felicidad, su dicha; pero si se la dicen ántes, ejercerá el efecto contrario, me indispondrá con él, y yo, al que labre su desgracia, le confundiré sin compasion.

—Ya. Murió para mí Zeneida Kousou, y no resucitará hasta que el vizconde de Régulo abra la urna funeraria que la cubre.

—Eso es; no en balde temia yo á tu sagacidad y talento, que conozco de antiguo.

—Soy tu verdadero amigo, Florian, tu más leal servidor.

—Abrázame, Arturo, y recibe en premio todo mi cariño de hermano. No harias tú mal consejero del Reino.

—A nada aspiro; pero si el duque me lo impusiera...

—Olvídate de mi padre, Mendo; ahora soy yo solo, después él.

—Si tú me lo mandas...

—Vende hoy los muebles, carruajes y cuanto tenemos aquí.

—¿Qué hago de su importe?

—Se lo das á mi padre para que lo emplee ántes de salir en socorrer á los desgraciados de Cádiz. Ya en Madrid, puede continuar repartiendo los trescientos mil reales que le producen esos seis millones que dejas aquí colocados.

—Pero...

—No admito réplica; obedece y calla. Ahora salgamos.

Los dos entraron en el despacho del duque, hallándole en

grata conversacion con Iglesia padre é hijo. Florian se llevó á un extremo de la estancia á Constantino, diciéndole:

—Entrega á Arturo Mendo letra de tres millones para que pague igual cantidad que le regaló Zeneida, y que yo he supuesto un préstamo hecho por el duque de Monserrat; á fin de que parezca más verosímil le he encargado mande á la duquesa un aderezo de trescientos mil reales. Añade esa segunda cantidad á la primera. ¿Comprendes?

—Muy bien.

—¿Qué haremos esta noche?

—Mandé dias atrás copia de tu comedia, ocultando quién era el autor, y hoy la estrenan, con cuyo acontecimiento pienso sorprender al duque.

—Me agrada la idea; lo malo es si llegan los periódicos de Madrid ántes de empezarse, y averiguan que es mia, con lo cual mucho habremos perdido.

—Lo he previsto, y vendrán efectivamente esta tarde, pero no se repartirán hasta la noche.

—¿Tienes tú poder suficiente?..

—No; mas te sobra á tí, y lo realizaré á tu nombre.

—Hazte amigo de Mendo, y si salís hoy, adviértele, como igualmente á tu padre, que oculten mi regreso hasta mañana. Quiero pasar el dia junto al duque, sin que nádie nos moleste.

—Entónces me los llevo, y de este modo os dejaremos solos hasta la hora de comer.

—Muy bien; hasta luégo.

Un cuarto de hora después se hallaban sentados Noal y Régulo en un sofá del despacho, conversando agradablemente. En el rostro de ámbos se retrataba la alegría y una satisfaccion que ninguno intentaba ocultar. Ya habian tratado de vários asuntos relativos al presente y porvenir con aquella reserva que le imponia á Florian lo crítico de su posicion, cuando hubo de exclamar de pronto:

—¡Ah, padre mio, y cuán incomprensibles son los juicios de Dios!

—¿Por qué dices eso, hijo mio?

—Cierto dia, falible tú como todo sér humano, cometiste una falta grave, muy grave, cuya expiacion duró luengos años; con tus lágrimas regaste el Asia, América, Africa y Europa. Luégo premió la Providencia tu santa abnegacion y merecimientos ofreciéndote una mujer hermosa, angelical, y una hija...

—Florian, ¿por qué destrozas mi alma con recuerdos?..

—Padre mio, sé fuerte como yo; olvida, oye y calla.

—¡Que olvide!

—Sí; Dios te lo ordena, y yo te lo mando, te lo ruego.

—Hijo, hemos cambiado los papeles; yo te aconsejaba ántes, te imponia resignacion y te prestaba valor y entereza; hoy sucede lo contrario.

—¿Y qué deduces de eso?

—Nada; continúa.

—¿Cesó tu temor?

—Sí, que no has de aventajarme en fortaleza de espíritu.

—Decia, señor, que la Providencia, satisfecha de tí, te entregó con mano pródiga y bondad sublime á tu incomparable María, á mi encantadora Erundina. ¡Qué hermosas eran, qué tiernas, qué castas, qué deliciosas! Oh, un mundo de ventura nos ofrecian... ¿Qué es eso? Brotan dos lágrimas de tus ojos.

—Son hijas de la alegría que me produce el recuerdo. Sigue, Florian.

—Me alegro proporcionarte rato tan venturoso. ¡Qué felices éramos los cuatro! ¿Recuerdas cuando nos reuniamos en tu despacho, en el comedor, en los jardines, en la carretela, y luégo cuando Dios se dignó concederme un hijo?

—¡Ay!

—¿Qué es eso? ¿Te sientes malo?

—Al contrario, gozo lo indecible.

—Apura hasta la última gota, duque, que para eso te hizo la naturaleza hombre, dándote un corazon más duro que el diamante.

—Ya ves que es cierto; estoy tranquilo y sereno como en

aquellos agradables dias que con tanta oportunidad me recuerdas. Gracias, hijo, mucho te lo agradezco. ¿Intentas probarme ó probarte?

—Deseo vencerte, duque de Noal; quiero que ante mí, tú, tan grande y elevado, aparezcas chico, ruin.

—¡Yo! Já, já, já. El desgraciado pretende elevarse sobre mí, sin comprender que le engaña su pobre vanidad.

—Me alegro que sea así.

—¿No continúas?

—Si me interrumpes, no.

—Al contrario; anhelo oirte, y te ofrezco añadir lo que tú suprimas por temor ó debilidad.

—Poco ha de ser, padre mio.

—Veámoslo.

—Escucha: cuando éramos el blanco de todas las miradas, la envidia de los más felices, el tema de las conversaciones, el emblema de la felicidad, se desarrolla el cólera-morbo...

—¡A dónde vas á parar!

—¿Tienes miedo?

—¿Yo?.. Hijo, ¿qué te propones?

—¿Tienes miedo, duque de Noal?

—Perdona si te he interrumpido. Adelante.

—Viene el cólera-morbo, decia, y mata con saña cruel á tu casta y deliciosa María, á mi pura y angelical Erundina, á mi hijo adorado, y á dos terceras partes, en fin, de los habitantes de tu palacio. ¿Lo recuerdas?

—¡Ay! perfectamente.

—¿Suspiras?

—Como tú: el uno lo oculta, y el otro...

—No me doy por aludido; yo estoy tan sereno como ántes de acontecer esa desgracia.

—Te equivocas; como un poco después, cuando fingias entre nuestros parientes y amigos aquella calma y tranquilidad...

—Que tú no tienes ahora, que yo demuestro porque es verdad. Trae la mano: ¡cómo corre tu sangre! ¡cuál late tu co-

razon! Púlsame, duque; pon ahora tu diestra en mi costado izquierdo. ¿Qué notas?

—Hijo, estás en tu estado normal. ¿Dónde has encontrado ese predominio, ese mágico poder que te envidio?

—Lo hallé abriendo la puerta de la bondad divina con la llave del sufrimiento y el cerrojo de la resignacion.

—¡Qué leccion me estás dando!

—Allá en Europa, y áun en América, eras tú el grande, el fuerte, el poderoso á quien nádie igualaba en firmeza de espíritu y voluntad incontrastable; aquí, débil Calatrava, eres el último, y yo ¿lo oyes bien? y yo el primero.

—Vuelve á oprimir mi muñeca.

—Trae. Tu sangre empieza á circular con regularidad; te vas tranquilizando. No me extraña: junto á un maestro como yo, preciso es que aprendas algo.

—Por Dios que la leccion continúa. Veamos si soy buen discípulo. Prosigue.

—¿No temes?..

—Deseo oirte hasta el fin.

—Voy á complacerte. Cuando los dos nos hallábamos cumpliendo los más sagrados deberes que nos impone la caridad cristiana; cuando estábamos, al parecer, más cerca de la Providencia por nuestra admirable conducta, entónces mueren tu mujer, la mia, mi hijo y la mayor parte de nuestros allegados. Y fué tan cruel la guadaña, que segó aquellas preciosas vidas de pronto, en el instante que ménos lo esperábamos y con una furia capaz de aturdir y descomponer otros cerebros que no fuesen los nuestros.

—Verdad es.

—Ah, pero tú y yo sufrimos golpes tan fieros con la sangre fria del héroe; y léjos de amedrentarnos ó afligirnos demasiado, partimos á correr tierras, á ver mundos nuevos, á distraernos, en fin, sobre esa inmensa superficie del gran Océano. Cierto que ántes caimos los dos de hinojos en la capilla y lloramos por espacio de ciento veinte minutos, regando con

nuestras lágrimas los almohadones y hasta el pavimento. Habrá quien crea esto una paradoja, una hipérbole; ¿pero quién hace caso de necios, ni de lo que diga hombre tan descorazonado ó torpe que ignora lo que es sufrir un dia entero como nosotros lo hicimos, y dar luégo rienda suelta al acerbo dolor expresado por llanto que duró en nosotros dos tanto cuanto valian los séres que perdimos, nuestra pureza de costumbres y una sensibilidad desconocida de payasos y saltimbanquis? Madre existió más sensible aún, más angustiada, la cual, hallándose en nuestro caso, hubiera permanecido dias enteros regando con sus lágrimas el suelo que la sostuviera. Pero ménos débiles nosotros, ménos dispuestos á sucumbir ante la desgracia, nos sobrepusimos á ella, y la verdad es que el buen criterio no pudo acusarnos de exagerados.

—Florian, ¿qué fin te propones?

—Oyelo, mi querido Bricio: me dijiste esa terrible noche en la capilla que optabas por lanzarte á merced de los vientos sobre las débiles tablas de un buque, efecto de inspiracion que juzgabas divina. ¿No es así?

—Ciertamente.

—¿Continúas creyendo lo mismo?

—Quién lo duda.

—Me alegro que pienses de ese modo.

—¿Por qué?

—Todo cuanto me ocurre en esta isla, padre mio, es extraño, la mayor parte incomprensible, y he llegado á convencerme que estamos siendo impelidos por un poder sobrenatural.

—Florian, hijo mio, creer lo contrario sería dudar de la bondad divina.

—Eso digo yo; en cuyo caso es imprescindible resignarnos con lo que Dios haya dispuesto.

—Yo siempre lo estoy.

—No esperaba oir otra cosa de tí, tan amante de la Providencia, tan bueno, tan inspirado siempre. Escúchame con

atencion, padre mio. Nos ocurrieron en Europa las desgracias de que te hablé ántes, porque era indispensable que viniéramos los dos á esta isla á cumplir una mision cuya magnitud no puedes apreciar todavía.

—Acaso tengas razon; es tan extraño cuanto nos aconteció hasta ahora desde que salimos de Cádiz...

—Habrás notado, como yo, la pureza de costumbres que hay en la mayoría de los habitantes de Nueva-España; están algo atrasados, pero en cambio se ve en cási todos ellos la lealtad unida al amor al trabajo y á otras cualidades no ménos plausibles.

—Cierto.

—Un pueblo así, merece suerte diferente de la que le están dando unos cuantos vampiros con el nombre de magnates, y me voy convenciendo que nosotros hemos venido aquí para un fin providencial.

—Algo he comprendido, hijo amado; pero no lo suficiente para formar una idea completa del pensamiento que bulle en tu cerebro.

—Basta por esta tarde, señor; disponte á cumplir un deber tan grande como difícil, y deja al tiempo que te aclare lo demás. Sólo deseo que por una época muy corta te concretes á obedecerme.

—Hé ahí una idea que en otra ocasion me hubiera inspirado risa, y ahora la juzgo aceptable. Hay, como te dije ántes, un poder mágico en tu mirada y actitud, que, á mi pesar, me veo inclinado á sucumbir ante él.

—El de la Providencia, duque.

—Pues yo la bendigo mil y mil veces, porque se vale de tí, porque se digna pensar en tu padre y porque es el sublime blanco donde van á parar dia y noche mis suspiros de amor.

—Pronto, noble duque, recibirás el premio á tan elevado proceder.

—¿En este mundo ó en el otro?

—Ello dirá; mas aguarda tranquilo, que la desgracia y el

martirio humano no se ceban mucho tiempo en hombres como tú; léjos de eso, suelen servir de puente á la felicidad de la tierra.

—¿Crees, por ventura, que puedo yo dejar de ser infortunado en el mundo?

—Por supuesto.

—¿En qué te fundas?

—En que no hay imposible alguno para el Autor del universo.

—Era preciso un milagro, Florian.

—El cual, padre mio, ha empezado á realizarse.

—Háblame de él.

—Escucha: en América y en Europa te he visto gozar, más que al lado de tu mujer y de tus hijos, cuando te rodeabas de mendigos que te pedian, dabas, lloraban de alegría, y tú los estrechabas con solícito interés. ¿Me he equivocado?

—No.

—Pues entónces, aguarda, duque, aguarda un poco, que ya estás tocando la ribera de tu dicha.

—¡Cómo me seducen hoy tus frases; qué gran talento demuestras; qué influencia ejerces sobre mí! Déjame que te abrace; tu calor, el contacto de tu blanca y fina epidermis me producen una satisfaccion extremada. Hijo, ¿nada me contestas?

—Padre mio, me embarga la felicidad.

—Y yo empiezo á sentir su dulce éxtasis.

—Yo te haré dichoso, yo que te amo con delirio, señor.

—Otro abrazo.

—Otro y cien.

—Van treinta años, Florian, que cruzan nuestras vidas por un mismo camino, con un solo deseo, con una voluntad sola.

—Muy bien,—exclamó D. Julian Iglesia entrando.—Mira, Constantino, vea V., señor de Mendo, qué cuadro tan magnífico: padre é hijo se estrechan como dos enamorados.

—Eso es muy comun en ellos,—añadió Arturo;—lo están

haciendo desde que el vizconde nació. Basta por hoy, si quieren ustedes comer.

—Supongo,—dijo Régulo,—que nos acompañará don Julian.

—Por supuesto; sólo he comido en esta casa los dias que me ha invitado el señor duque, que han sido los más.

Diez minutos después se sentaban á la mesa los cinco. Por el camino preguntó Régulo á Mendo muy quedo:

—¿Has pagado al duque de Monserrat?

—Ya le he mandado la letra de tres millones, pues se halla en la corte.

—¿Y á su esposa?

—Esta noche saldrá para ella por el tren correo un precioso aderezo de brillantes.

—¿Qué averiguaste?

—Nada. Iglesia tiene mucho talento, y es tan reservado como yo; en cuanto á los naturales de este país, todos son mudos cuando se les pregunta lo que no quieren ó no les conviene decir.

Los cinco comieron con apetito, exclamando Constantino al terminar los postres:

—Señor duque, tengo esta noche una pretension, que ruego á V. atienda, por ser la primera gracia que le pido y no contar límites la bondad que Dios se dignó otorgarle.

—¿Qué podria yo negar al amigo, al compañero de mi hijo?

—Trocado hoy en su más humilde servidor; pero esto no es del caso, por cuya razon me contraigo á darle las gracias, seguro ya de que me va á complacer.

—¿Qué quiere de mí?

—Deseo únicamente que los cinco que estamos aquí nos traslademos al teatro.

—Señor de Iglesia, yo no voy nunca á esa clase de diversiones.

—No hay regla sin excepcion, padre mio; uno mi ruego

al de Constantino, y si no bastan, entónces te lo impongo, seguro de que ya me obedeces.

—Si me lo mandas, alto y poderoso señor, iré.

—Sí; partís los cuatro, en tanto que yo me entretengo en arreglar las muchas cuartillas que hay en completo desórden sobre la mesa de tu despacho.

—¿Tú te quedas?

—Voy á leer, y si es preciso, á corregir el libro que has empezado.

—Aquí solo, te vas á aburrir.

—No lo creas, padre mio; nada puede distraerme tanto ni enseñarme más que tus ideas y pensamientos expresados de esa manera fácil, elegante y correcta con que tú escribes.

—Siento ir y que no me acompañes.

—Las ocho, señores; acabad de tomar el café y partid; en el despacho de mi padre os espero.

Y se dirigió á él el vizconde, arregló las cuartillas, y cogiendo el principio del libro, comenzó á leer.

Su padre y restantes que le acompañaban salieron luégo á pié, sentándose más tarde en el mejor palco del teatro principal de Cádiz.

CAPITULO XXVII.

El libro de Noal.—La comedia.—El futuro príncipe.

Llevaba leidas Régulo cien cuartillas, y, ávida su mirada, recorria con entusiasmo creciente aquellas páginas, aborto del primer talento de la isla y de un conocimiento grande y profundo de cuanto habia acontecido en Nueva-España.

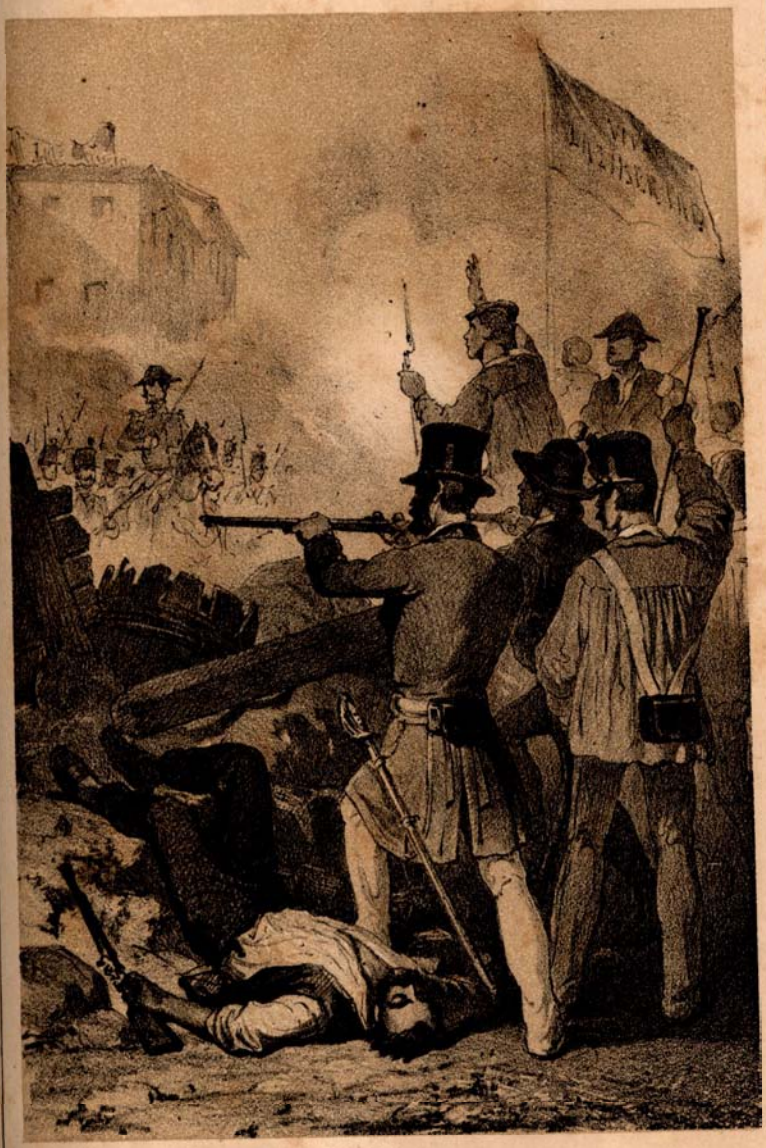
De pronto dejó de leer, exclamando:

—Tambien aquí hubo motines: tambien unos cuantos ilusos siguieron á otros que, inspirados por la ambicion, los precipitaron y confundieron. ¡Qué cuadro tan horrible y exacto describe aquí mi padre! Los sublevados llenan las calles de parapetos; mal armados y con el desórden consiguiente en los que no entienden de asuntos militares, hacen frente á su enemigo, que se presenta con el mayor órden y disciplina.

—¡Mueran!

—¡Mueran!

—Gritan unos y otros, corre las angre, se cubre el suelo de cadáveres, y hermanos con hermanos se hieren y matan sin compasion. Ah, lo horrendo de la escena me ha hecho apar-



C. MUGICA, dib.º y litº

Lit. de J. DONON. Madrid.

— Mueran !

— Mueran !

tar la vista de ella con dolor y sentimiento. Si al ménos resplandeciera entre esa lucha fratricida una idea salvadora, un pensamiento sublime, sería menor el mal; pero sólo veo en los hechos que ahí se describen torpeza, insensatez, pasiones bastardas, y la ambicion más inmunda y desenfrenada. Mucho me alegraré que acabe pronto este capítulo.

Y siguió leyendo hasta las once y media de la noche, que volvió á exclamar:

—Este libro encierra cuanto me hacía falta saber. ¡Qué admirablemente escrito está; qué bien se enteró mi padre de todo lo necesario para presentar la historia de un pueblo y señalarle luégo el único camino que conduce á su dicha y bienestar! ¡Oh, duque de Noal, sin comprender que te inspiraba la Providencia, has trazado aquí tu programa, tu admirable programa de gobierno! Dios te va á conceder lo que mereces, y yo le bendigo por la justicia que te otorga.

En este momento sintió un golpecito dado á la puerta del despacho.

—¿Quién es?—preguntó.

—Yo, señuritu,—dijo el cochero asomando la cabeza.—¿Nu echamus un parrafitu de aquellus de antañu?

—Entra, hombre, y di lo que quieras.

—Gracias. V. S. tan buenu siempre comu su padre.

—¡Como mi padre! ¡Qué talento tiene mi padre, Juan!

—A quién se lu dice; comu si yo nu le cunuciera á fondu. Sabe más que Salumon y que todus lus hombres antiguos de la Grecia y del Imperiu rumanu.

—Muy bien, señor Piñeiro. ¿Con que no te es desconocida la historia?

—Al contrariu: he leidu al padre Gerundiu y á fray Maraina.

—Lo dices al revés, pero lo mismo da.

—¿Qué le parece á V. S. nuestru palaciu? Pequeñitu, peru buenu.

—Lo juzgo pobre, ruin é indigno del duque.

—Pocu á pocu iremus avanzandu; tengu esperanza de vulver á ser jefe de unas caballerizas *comu* las de Márid. Ese es mi elementu: muchas bestias, carruajes, cucherus, mozus de cuadra, lacayus, y yo el principal de todus. Entónces me creu un general al frente de sus suldadus, que manda y dirije cun aciertu y mucha inteligencia; purque yu sé mi uficiu, y nu cunsientu que nádie me replique.

—Parece, Juan, como que ya gozas viendo en el porvenir ese tu sueño dorado.

—Vaya si lu veu; cun lus versus de V. S. y el libru que está escribiendu mi amu nu tardaré dus añus en dejar mi cesantía y vulver al activu serviciu; el dia que yo empuñe la batuca...

—La batuta, Juan.

—Es indiferente.

—Pues ese dia tan deseado por tí ha llegado ya.

—Nu me ilusione, señuritu, ni me saque de quiciu.

—Te he dicho la verdad.

—A que no.

—A que sí.

—¿Cómu se hace ese milagru?

—Oyelo: tengo en Madrid un palacio con jardin y parque, mayor que el de España y mucho más lujoso y espléndido: en él cuento tres cocheros, seis lacayos, cinco mozos de cuadra, once carruajes y veintiocho caballos, que el más viejo no cumplió todavía siete años. Los hay tordos, alazanes, atigrados...

—¡María Santísima, si esu fuera ciertu!

—Dejé en mi caja, Piñeiro, cien millones.

—¡María Santísima, si esu fuera ciertu!

—Tengo en fincas más de cuatrocientos.

—Para mí guarda V. S. las bromas; para lus otrus la gravedad y lu seriu.

—Te voy á nombrar jefe de mis caballerizas, como lo eras en España de las de mi padre.

—Aun cuandu sea de chanza, hágalo V. S., que yu me haré la ilusion de que es verdad, y algu guzaré.

—¿No has preguntado nada á los tres criados que me siguen?

—Muchu, peru son mudus; parecen estautas. ¿Es ciertu que nus partimus á Madrid?

—Ya está dada la órden para la venta de cuanto hay aquí.

—Vamus á perder bastante.

—No importa; en la corte, de todo le ha de sobrar á mi padre.

—Si esu fuera ciertu, si lu que me ha dicho V. S. lu creyera al ménus verusímil, daba pur bien empleadus lu que se murió en España y lu que sufrí en la larga travesía de lus mares.

—Con poco tienes suficiente, mi querido Juan, para olvidar á tu gallega.

—Era muy guapa, peru hay aquí unas indíguenas que cantan en la manu. ¡Qué graciosas, qué bien furmadas y qué hermosas!

—¿Te volverias á casar, Piñeiro?

—Ya lu creu; cuantu más se practica un santu sacramentu es más meritoriu; peru miéntras nu seamus ricus nu puede ser.

—Veo con placer que abrigas mis ideas, y quiero, en gracia á esa identidad, obligarte á que dés cabida en tu cerebro á la verdad de cuanto te he dicho anteriormente.

—Lu de lus coches, lu del palaciu...

—Sí.

—Nu puede ser.

—Te juro por el alma de mi madre que es cierto.

—No lu he uido bien. V. S. jura... Nu sé qué hacer.

—Cuando una cosa se asegura de ese modo, sería vileza mentir y hasta bromear.

—Señuritu, me cuesta trabaju creer tanta ventura.

—Si el llegar mi padre otra vez á rico y poderoso constituye tu dicha, vas á ser el hombre más feliz de la tierra.

—Habia yo suñadu cun ese palaciu, caballerizas y pusicion; se lu dije á mi amigu dun Mendu, y me cuntestó que era un deliriu, de lu cual se deduce que despiertu tiene él más talentu, peru durmidu le aventaju yo. ¡Qué á tiempu supe la nuticia!

—¿Por qué?

—Hay una gaditana que la miru, me mira, y de ahí nu pasábamus; comu sólu tengu una berlina, nu me atreví; mas ahora será diferente. ¡Qué guapa es, señuritu!

—¿Más que la difunta?

—Yu lu creu: aquí las mujeres son muy hermosas. Llega el señor duque; qué broma trae cun sus amigus; su hijo le devulvió la felicidad perdida, y á mí me dió un mundu de ventura. Gracias, señuritu; Dios le premie el bien que nus ha hechu á todus.

Salió Piñeiro, siendo reemplazado un instante después por Noal, Mendo é Iglesia padre é hijo. El primero quedó mirando á Florian un minuto, diciéndole luégo:

—¡Qué talento tienes, hijo mio! Juegas con el corazon humano á medida de tu deseo. Me enterneciste, reí luégo, temí después, y de sorpresa en sorpresa me has llevado desde la excentricidad al entusiasmo, desde la indolencia al deleite.

—Mi padre no es voto, ni su juicio tiene peso alguno en la balanza de la verdad.

—No supe, hasta después de representada, que era tuya la magnífica comedia que acabo de oir. Empecé á escucharla con indiferencia; mas á la segunda escena atrajo ya todo mi interés, concluyendo por formar yo tambien parte de un público entusiasta que aplaudia con loco frenesí esa bellísima creacion. Qué habrán dicho de mí, el padre batiendo palmas por el hijo.

—Nádie ha podido reparar, señor,—le contestó Arturo,—ocupados como estábamos en pedir el nombre del autor, y en demostrarle nuestra admiracion á su gran talento.

—Cuando yo oí al director de escena: «la comedia que

»hemos tenido el honor de representar es original del señor »vizconde de Régulo», quedé confuso, aturdido, avergonzado, y á la vez sentí un placer, una alegría tan grande... Bien, hijo, muy bien; me enorgullece ser padre tuyo.

—¿Eso dice el autor de estas cuartillas, el gran político, el profundo filósofo, el sábio? Miéntras tú me aplaudias, yo me postraba ante esos escritos, sobrecogido, admirado de tu talento; te vi, señor, tan alto, que me juzgué un átomo de arena comparado contigo.

—Calla, Florian; dirán estos señores que somos pedantes, necios...

—O todo lo contrario,—exclamó Constantino;—los vemos á los dos tan elevados, tan grandes, que no nos extrañan los elogios del uno al otro, pues á cualquiera de ámbos le sobra genio para arrastrar á cuantos le oigan.

—Yo tengo mundo, experiencia; sufrí mucho, y el libro de la desgracia enseña más que la ciencia; pero mi hijo se educó de otro modo, debia desconocer el corazon humano, haber olvidado el arte dramático, y en su primera comedia hacer un *fiasco* completo.

—Pues ha sucedido lo contrario.

—Padre mio, consiste en que yo tambien he hojeado unas cuantas páginas de ese libro á que te referias.

—¿Tú? ¡Ay, Florian, sigue en esa ilusion, y haga el cielo que no salgas nunca de ella!

—Lo más penoso de tu historia, señor, se contrae al baron de Torrelló y á los dias que permaneciste encerrado en el Saladero de Madrid. Más adelante te contaré yo un episodio de la mia, que ha de hacer buenos esos otros. Por hoy no quiero afligirte.

—Ahora, hijo mio.

—Ahora no puede ser. Hablemos de mi comedia: ¿conque tambien en Cádiz gustó, es cierto?

—Más, si cabe, que en Madrid,—replicó el ex-teniente.

—Cuando oyó el público que era tuya,—añadió Noal,—

todas las miradas se dirigieron á mí, seguidas de un aplauso, el mayor de cuantos escuchábamos.

—Me alegro; ese era á tí, padre mio, y te lo conquistaba yo.

—Tenía aún las manos doloridas de las palmadas que dí durante la representacion, y ruborizado, ocupé el interior del palco, deseoso de que nádie me viera. Entónces comenzaron los *bravos* y otras voces análogas, que me tuvieron en tortura hasta que pude escapar y venirme aquí. Prepárate, pues al salir dió la noticia Iglesia de que te hallabas en Cádiz, y estoy seguro que mañana vienen á verte todos mis amigos y conocidos, que ya son infinitos en este país.

—Pues hasta tanto descansemos, que aún estoy algo débil, y bien necesito la tranquilidad y sosiego del lecho.

Padre é hijo se despidieron de los tres restantes, y se fueron á la alcoba principal donde estaban las camas de ámbos. Piñeiro desnudó á su amo, y á Régulo su primer ayuda de cámara. Ya acostados, mandaron retirar á los sirvientes, permaneciendo media hora mirándose y hablando Noal y su hijo; luégo quedaron dormidos hasta las siete de la mañana, que el uno despertó al otro, ansioso de reanudar la conversacion que les cortó el sueño.

Florian ocupó cási todo el dia en recibir visitas y plácemes de las personas notables de Cádiz; entre los muchos que pasaban á verle no faltaban personajes que al primer descuido se acercaban á Régulo, diciéndole:

—Pertenecen á V. mi vida y hacienda, soy el duque, el marqués ó un título, en fin, de la isla.

Estas frases sólo las escuchaba el afortunado sér á quien iban dirigidas, el cual murmuraba más quedo aún:

—Gracias; tenga V. paciencia y confianza absoluta.

Al dia siguiente fué al puerto en carruaje, acompañado únicamente de su padre, con objeto de recordar las primeras impresiones que recibió al llegar á la isla. Cogido al brazo del duque, avanzó hácia el extremo del ángulo que más se metia

en el mar, y allí quedó parado, viendo los montes que servían de valla á la espantosa corriente que los precipitó á Nueva-España.

—Fué milagroso nuestro arribo, señor,—dijo á su padre;—estudia esa cordillera, recuerda la hora en que nos acercamos, y comprenderás que era necesario el poder de la Providencia para que nuestro bajel no se hiciera mil pedazos entre ese encrespado conjunto de escollos.

—Cien veces reflexioné como tú, Florian, y convencido del axioma que concluyes de expresar, dejé de discurrir sobre ello. Di, ¿has reparado que, lo mismo por las calles que en el puerto, la mayoría de los habitantes de Cádiz se descubren al verte con respeto y sumision?

—Sí.

—¿Ya te conocen todos?

—Claro es; saben que ese es tu carruaje, les habrán dado la consigna, me vieron al llegar, y el resto dedúcelo tú.

—Comprendo, y noto con placer que el partido de mi amigo Monserrat lo compone la mayoría de la nacion.

—Sí, toda la gente honrada y sensata del país.

Y volvieron á su casa, ocupando lo que quedaba de dia y el siguiente en devolver el hijo las visitas que habia recibido, despidiéndose á la vez el padre de cuantos conocia en Cádiz.

Concluido este penoso deber, dijo el vizconde al duque, á Arturo y á Iglesia padre é hijo:

—Señores, mañana, terminado el almuerzo, partiré solo á una posesion distante de aquí; tres horas después habrá regresado el tren especial que me lleva, en el cual marchareis los cuatro á Madrid, seguidos de todos nuestros criados.

—¿Por qué no vienes con nosotros, Florian?

—Padre mio, tengo una cita que no me es dado desatender; pero confio en que pronto nos reuniremos en la corte.

—Debo acompañarte, vizconde,—exclamó Constantino.

—Tu principal deber, Iglesia, es obedecerme, y yo te mando que sigas á mi padre y lo aposentes en nuestro pala-

cio. Querrá dormir en la misma alcoba que yo, y deseo que cumplas su voluntad, que es la mia.

—¿Estarás mañana á nuestro lado?

—Probablemente no.

—¿Se trata de algun asunto político, hijo mio?

—No, me voy á ocupar de vuestra ventura en ciernes.

—Ya, otro problema.

—En breve quedarán todos resueltos, y el duque mi padre y señor recibirá de su querido Florian la mayor prueba de cariño de cuantas le dí en mi vida.

—Esa consiste en no separarte de mi lado.

—Unida irá otra más grande. Ahora te ruego que termines lo ántes posible el libro empezado.

—Poco falta ya.

—Es conveniente que vea la luz pública inmediatamente.

—En esta misma semana te lo daré concluido para que hagas de él lo que te se antoje.

—Puedes, si gustas, emplear el tiempo en repartir el importe de cuanto tenemos en Cádiz, segun te habrá dicho tu secretario.

—Ya está medio distribuido, y ántes de marchar no quedará mucho.

—En Madrid dispones de trescientos mil reales anuales para socorrer la desgracia. Si aún es poco, mi cajero te entregará cuanto le pidas. Yo, padre mio, no puedo ocuparme de eso; lo haces tú en nombre de los dos.

—Acepto el encargo con muchísimo gusto.

—Es tarde, señores; retirémonos á descansar. Antes, Arturo, sígueme.

El duque é Iglesia se fueron á sus respectivas alcobas, en tanto que Régulo, seguido del secretario de su padre, entró en el despacho que ya conocemos, diciendo:

—Cierra esa puerta, Mendo, y siéntate.

—¿Con cerrojo?

—Sí.

—Estoy á tu disposicion.

—¿Qué sabe mi padre?

—Nada contrario á tus deseos; pero debo añadir que es excesiva su curiosidad.

—Lo he notado, pero me tranquiliza la idea de que estando tú á su lado, dia y noche sabrás combatir cualquiera imprudencia...

—Vivo muy alerta, y secundaré tus intenciones; pero conven conmigo, vizconde, en que estamos conspirando contra él.

—Contra su desgracia, en pro de su felicidad.

—Así lo he creido, y por eso te ayudo, porque de lo contrario, áun cuando juré callar...

—Ya sé que en tratándose del duque, no tienes cariño á nádie, ni conciencia, ni amor al prójimo; ¡pero ay de tí si en la ocasion presente!..

—No sigas; conozco tus intenciones, y el mastin de Noal lo es ahora de Régulo.

—¿Qué has averiguado?

—Nada, chico, nada de provecho. Iglesia padre é hijo son incorruptibles, y ante la lealtad de estos indígenas se estrella la sagacidad más fina y profunda; pero he adivinado.

—¿Qué?

—Vas mañana á la posesion de Zeneida.

—¿Y deduces?

—Que no es ella sola la que ama.

—Sigue.

—Tan bella jóven tiene más de dos mil millones, siendo, en consecuencia, la más poderosa de la isla.

—Continúa.

—Está, al parecer, olvidada entre sus árboles, plantas y flores; pero no es así, que hace ya tiempo se fijan en ella las miradas de un pueblo entero.

—Eres una culebra terrible y sagaz. ¿Qué otra cosa adivinas?

—Ahí concluye mi historia.

—Sabes lo suficiente para aumentar las desgracias del duque.

—Te he dicho, y repito, que haré lo contrario; por primera vez de mi vida pienso engañarle; mucho trabajo me cuesta, pero lo verificaré.

—¿Me puedo marchar tranquilo?

—Sí, muy tranquilo.

—Gracias. Hasta mañana, Arturo.

—Adios, Florian.

Régulo entró en la alcoba de su padre, el cual le esperaba sentado sobre la cama para hablar como las noches anteriores. Durmieron luégo, y á la mañana siguiente se levantaron para ocuparse el uno en repartir siete mil duros y el otro en dar instrucciones á Constantino relativas al desarrollo de sus planes.

A las doce almorzaron, y á la una marchó Florian acompañado únicamente de Iglesia, el cual, después de haberlo dejado dentro del carruaje, volvió á la ciudad.

El vizconde salió en un tren especial y en el coche que ya conocemos, no deteniéndose hasta llegar á la estacion más próxima al palacio de Zeneida. Ya en ella, dió la órden para que regresara el tren, segun ofreció á su padre, y él cruzó por entre dos filas de indígenas que le recibian sombrero en mano y en actitud alegre y respetuosa.

A cincuenta pasos de allí le esperaban un correo y dos lacayos mandados por Zeneida. Tomó el caballo que llevaron para él, y un minuto más tarde seguia al correo por entre un delicioso bosque de cocoteros, cedros, álamos, almendros y otros árboles.

—Veinte dias sin verla,—se decia nuestro jóven, sintiendo palpitar su corazon con violencia.—Mucho sufrí en ese corto espacio; pero si yo no me equivoco, me aguarda no muy léjos una recompensa superior al daño causado. ¡Oh, quisiera hablar, pero contendré mi impaciencia, que estoy en la posesion de una princesa, y todas las miradas se fijan en mí!

Y refrenó su caballo, dejándolo al trote, que era el paso adoptado por el correo.

Distaba poco el palacio de la estacion, así es que en ménos de media hora distinguió Florian al último; mas ni siquiera se aproximaron á él: cuando ya estaban cerca entraron en una calle de árboles que habia á la izquierda, y por ella siguieron hasta llegar al sitio en que Régulo tenía su cita con Zeneida. El correo se detuvo junto á una carretela que estaba parada en medio del camino; un lacayo cogió las riendas del caballo del vizconde, y éste echó pié á tierra, continuando á pié hácia adelante.

A cien varas de allí y en el mismo paraje en que se citaron los amantes, habian hecho un cenador en el que juzgó Régulo, con razon, hallar á su bella enamorada. Dejó el camino y se detuvo á la puerta. La princesa, que estaba dentro, se puso en pié, y le alargó la mano, diciendo á dos damas que la acompañaban:

—Salid y esperarme en el carruaje.

Calatrava besó con amor y respeto la diminuta diestra de su adorada, exclamando:

—Bendita la Providencia que ha puesto término á un plazo que creí eterno.

Zeneida le miró con más ternura que otra cosa, contestando:

—Siéntate, Florian, á mi lado. Este sofá, rústico y poético á la vez, será mudo testigo de mi dicha. ¿Has sufrido mucho?

—Mucho; juzgué que no acababan nunca esos eternos veinte dias.

—Me concretaba al calabozo, á la capilla.

—Es que yo sólo pienso en tí, habiéndome olvidado por completo de lo demás.

—Aún estás algo descolorido, delgado...

—Qué importa, si el corazon late á impulso de una ventura que no tiene parecido en la tierra.

—Temo que tu salud...

—Estoy mejor que nunca, Zeneida; sólo me falta oir una frase, y me sentiré tan sano como el hombre más fuerte y robusto.

—¿Me perdonas ántes el daño que toleré?..

—Aquello fué el puente á cuyo extremo se hallaba mi felicidad; bendito él mil veces, que, léjos de hundirse bajo mis plantas, me ha traido á este cenador.

—Tus penas arrancaron lágrimas á mis ojos, tus angustias destrozaron mi alma.

—Yo te juzgué más fuerte, Zeneida.

—Nunca fuí débil, Florian; pero te amo tanto, que tus desgracias aumentaban mucho ante la óptica de mi pasion.

—Bastaban esas frases para recompensarme del mal sufrido. Zeneida, no hablemos más de eso, yo te lo ruego.

—Di entónces lo que quieras.

—¿Crees, como yo, que es providencial mi llegada á tu palacio y la entrevista que tenemos en este instante?

—Quién lo duda; los que aman á Dios como tú y yo; los que fundan en él su presente y porvenir; los que halagados por esa esperanza que aguarda el bien de la bondad divina; los que nada quieren ni desean contrario á la excelsa voluntad, jamás son abandonados de la Providencia, y es indudable que en los grandes acontecimientos la tienen de su parte hasta el punto de encaminarlos y dirigirlos. Ejemplo: llegaste á la puerta de mi palacio tan hambriento, fatigado y débil, que al alzar el pié para subir tres escalones, rodaste al suelo sin sentido. Poco después te vi demacrado, cubierto de sangre y de polvo; pálido, ojeroso, y no obstante el fatal estado en que te hallabas, un poder mágico, incontrastable, me empujaba hácia tí, diciéndome:—Ese es el hombre que ha de disponer de tu voluntad, que empuña en su diestra tu felicidad ó tu desgracia.—Yo era la mujer más poderosa de la isla, la princesa más amada, y tú un pobre mendigo que sólo contaba con la caridad del filántropo. Juzga ahora si era ó no el destino

el que te guiaba á mi posesion para ofrecerte cuanto habia en ella de grande y de pequeño.

—¡Pequeño aquí, santo cielo! ¿Dónde está lo pequeño que tú ves y yo no, Zeneida?

—Reside en mí.

—Sublime modestia: la mujer más grande del universo en talento, posicion y hermosura, pretende achicarse para elevarse más sin duda.

—Yo tambien me juzgué un dia fuerte, elevada; pero al caer á tus plantas vi mi pequeñez, y escondí avergonzada el orgullo que pretendia adormecer las potencias de mi alma.

—Segun te expresas, crees que perdiste tu poder y grandeza al enamorarte de mí, ¿es cierto?

—Sí.

—¿Qué diré yo, entónces, en lo relativo á mi poderosa voluntad, fortaleza de alma y corazon árido y seco como ninguno? Recuerda cómo llegué á esta isla, el desprecio que hice ántes de salir de Europa del oro y riquezas primero, y luégo de una existencia que sostenia como carga pesada; medita sobre mi situacion de aquella época y deduce las consecuencias de haberme postrado á tus plantas, declarándome esclavo de tu hermosura y talento.

—Sucumbiste, como yo, ante el mágico poder de que hemos hablado ántes; pero en mí parecia más violento, siendo así que mi independencia rechazaba la política y toda clase de poderes que la coartaran ó destruyeran y tú no.

—¿Qué dices?

—Que tú corrias á Madrid en busca de intrigas y deseoso de acontecimientos políticos que te elevasen y dieran un nombre de que carecias aquí; mas cuenta con que pretendias ligarte y vender tu independencia y libre albedrío al encadenarte á la política.

—¡Qué locura! eso era en la forma; en el fondo aspiraba únicamente á desechar las terribles ideas y tétricos pensamientos que abrumaban mi vida, entre el peligro, las luchas mora-

les, y todo aquello, en fin, que debia amortiguar la fiereza del cáncer que devoraba mi corazon. ¿Para qué queria yo el poder, si al empuñarlo en mi diestra vendria acreciendo el dolor y triturando el alma la idea de lo que perdí? Juzgué que sólo embriagado entre acontecimientos difíciles aminoraria mi daño, y á eso aspiraba solamente.

—Necia de mí que, juzgándote ambicioso, puse en tus manos un anillo que ha de absorber la mitad de nuestra dicha.

—Explícate, Zeneida.

—Desde que tuve uso de razon estoy oyendo en torno á los grandes de este país, que dicen: peligra la patria; vamos al caos; sólo Zeneida puede salvarnos del cataclismo. Yo los escuchaba riendo; me móstraba indiferente á sus ofertas, y no hubiera cambiado la independencia y tranquilidad de esta mi bellísima posesion por el cetro del emperador más grande de la tierra. Pero llegastes tú, creí que anhelabas el poder, y entónces llamé á los magnates, y les dije: hé ahí el hombre que necesita la isla; estudiadlo como yo, y si le juzgais digno, yo le daré mi mano, riquezas y cuanto poseo. Ya en aquella fecha habias tú publicado tu primera composicion, sabían tu orígen, comenzaban á comprender lo que eras, lo que valías, y te siguieron dia y noche, con un afan que prueba la nobleza y amor á su país de los indígenas que ya conoces. Pronto les admiró tu talento, mayor sin duda que el mio; tu modestia, tu voluntad y cuanto vieron en tí, todo grande, sublime. Te probaron, ¡oh, no perdonaron medio alguno para asegurarse de tu valor y genio incorruptible! Tus heróicos hechos les obligaron á exclamar: —Era lo que buscábamos, más aún de lo que queriamos; desde hoy su voluntad será la nuestra; cuando él hable enmudecerá Nueva-España.—De ese modo te empujé á la cumbre de un poder que ha de robarnos tiempo, tranquilidad y sosiego. Aquí, en estos dilatados jardines, en mis extensas alamedas, en mis bosques sin fin, correriamos juntos á pié, á caballo ó en carruaje; siempre solos, seríamos los monarcas del amor, de la ventura. Tú me referirias tus penas

de Europa, yo las iria desmenuzando hasta pulverizarlas, cambiando tu duelo en dicha, tus recuerdos en cenizas, haciendo de tu presente y porvenir un camino de flores que perfumarian mis árboles, mis plantas, mi aliento y mi amor.

—¡Qué cuadro tan sublime; qué grande es la Providencia que dió el pincel con que lo has trazado!

—¡Ay, en esa corte turbulenta y falaz apénas podré verte, y cuando llegues á la estancia de tu pobre Zeneida, irás fatigado, víctima del insomnio, acaso del hastío, y no bastará mi cariño á tranquilizarte ni á hacerte feliz! ¿Sonries? ¿Me he equivocado?

—Ya lo creo.

—Habla, convénceme.

—Dios proteje y defiende á sus ángeles en la tierra, y tú eres el más favorecido de tan bondadoso Señor.

—Eso no me explica lo que yo deseo.

—Ten paciencia, querube celestial.

—No puedo, no quiero tenerla. Esa sonrisa me infunde una esperanza, que daria la mitad de mi vida por verla realizada.

—No exijo tanto de tí; me basta con que me permitas estampar un ósculo en esa diminuta, blanca y torneada mano.

—Tuya es. ¿Por qué vacilas? Los castos besos de mi futuro esposo no pueden empañar una honra que pronto estará unida á la suya.

—¡Qué fina es, qué suave, qué deliciosa; embriaga su tacto, Zeneida!

—¡Qué calma tienes, Florian!

—Yo sé lo suficiente, y como me interesa más contemplarte, estrechar tu mano, volverla á besar... ¿Has olvidado que ya estabas enamorada de mí cuando me dejaste salir de tu palacio á pié, sin dinero, y miéntras yo buscaba una mala casa de huéspedes, tú te entretenias en oir la burla que me hizo tu cochero y en guardar el reloj que me robaron tus dependientes? ¿No recuerdas ya á la maga?

—Bien te estás vengando, vizconde.

—Devuelvo á V. A., señora princesa, un átomo de aquellos malos ratos que me proporcionó su régia desconfianza.

—Sea en buen hora; yo acepto gustosa todo lo penoso ó agradable de Calatrava.

—En mi país hay una comedia en la que se hallan escritas las siguientes frases: «porque el tutor no me la quiere dar y la novia no me quiere, renuncio generosamente á su mano.»

—Admito el símil y me conformo con que sea así.

—¡Qué humilde se presenta la altiva princesa!

—Lo mismo hizo siempre la esclava delante de su tirano.

—Verdad es; cuando refieras á tus amigas la manera que he tenido de vengarme de tí, quedarán asombradas, confusas, aturdidas. El tigre en vez de rugir y devorar á la víctima, besó su mano, embriagado por una felicidad que no tiene igual en el mundo.

—¿Todavía no hablas?

—Sí, basta ya de castigo; Dios te ha perdonado el haber creido que iba á aminorar en poco ó mucho la ventura de su ángel más delicioso. Escucha ahora: sin que tus amigos me hubieran dado el poder que tanto temes, no lograriamos nunca ser felices.

—¡Luego eres ambicioso!

—Sí, pero de tu amor únicamente.

—Entónces, ¿cómo se explica eso?

—Fácilmente: tengo un padre á quien amo con delirio, y no siendo él dichoso, me encontraria yo desgraciado.

—Ahora te comprendo ménos. Cuando tú reines...

—Es que yo no voy á reinar. Ese poder, ese gobierno, nádie como él lo merece; y miéntras el hombre más noble, generoso y entendido que tiene la isla manda, nosotros correremos por estos jardines, alamedas y bosques, á pié, en carruaje, á caballo y por un camino perfumado por el aroma de las flores, de las plantas, de los árboles, por tu amor, por el mio y por el de un pueblo que nos deberá á los dos su dicha, su tranquilidad y su ventura. Hé ahí corregido el cuadro, ¿te gusta?

—¡Qué idea tan grande, santo cielo! ¿Aceptarán mis amigos?

—De grado ó por fuerza, que han jurado obedecerme incondicionalmente, y han de saber el cambio después de elevado yo y cuando los tenga uncidos al corro de mi poder. Con la impiedad que obraron conmigo en el calabozo y capilla, así he de probar yo su decantado patriotismo y amor á lo grande y sublime del entendimiento humano.

—Sólo han jurado obedecer al vizconde de Régulo.

—Porque me juzgaron apto.

—Sí.

—Pues más lo es mi padre, mucho más, y ya le conocen.

—Temo...

—Te amo más que al duque, entre otras cosas, porque el temor no es patrimonio de Zeneida.

—No mientes, Florian; el dia en que deban obedecerte, si dudan, montaré á caballo, blandiré el acero, y al frente de las masas...

—Já, já, já.

—¿Te burlas de mi valor?

—No, bellísima amazona; me rio del cambio que ha sufrido nuestra escena amorosa.

—Es verdad; mas no lo extrañes; entre nosotros es difícil que Cupido domine por completo nuestras inteligencias áun cuando se haya apoderado de nuestras almas.

—Cierto; pero hay tiempo de sobra y nos lo concederá la Providencia, para que en amoroso éxtasis crucemos muchas horas de la vida. Dame tu mano.

—¿Aún no cesó tu venganza?

—Sí, en este instante; ¿quién puede ser fiero ni tirano con un ángel arrebatador por su hermosura, impotente y temible por su valor? Já, já. já. El dia que empuñes con esta diminuta diestra la terrible espada, y salgas á caballo de Roma, veremos correr las huestes de Atila...

—¡Bellísima cualidad que desconocia en tí!

—¿La de burlon?

—Sí. Yo no marcharia á la guerra para vencer con mi acero sino con mi influencia moral.

—Tengo yo tanta ó más que tú sobre las masas, y no te permitiré nunca que ocupes mi puesto ni desempeñes ninguno de mis papeles. Los que me hicieron sufrir horrible agonía se humillarán cual tímidas palomas ante el águila que ya cruza el éter y se eleva á las estrellas.

—Decias que acabó tu venganza, y...

—Y que fijes bien la atencion en mis palabras: voy á revelarte en pocas frases la historia de mi pasado, abriendo á la vez el libro de mi porvenir, en el que al primer golpe de vista comprenderás cuanto te hace falta. A los pocos meses de haber nacido quedé huérfano de padre y madre...

—¡Qué dices!

—No me interrumpas. El autor de mis dias era hermano del duque de Noal. Solo, entregado á una nodriza y sin bienes de fortuna, ignoro lo que hubiera sido de mí á no haber escalado mi tio la cárcel donde se hallaba preso, y corrido á mi lado, adoptándome por hijo, con más cariño é interés de lo que yo puedo explicar. Poco después la justicia quiso apresar de nuevo al fugado, se estremeció mi tio, no por él sino por mí, y abandonó España, llevándome junto á su pecho, como madre tierna que ve en su inocente niño lo que más ama en la tierra. De este modo cruzamos los mares; fuimos cogidos por los piratas anglo-americanos, y hubiéramos perecido ámbos con cuantos nos acompañaban sin el talento y valor del duque de Noal. ¡Qué hombre tan grande, qué corazon tan fuerte, qué sér tan privilegiado! Una noche se abrazó á mí, y por entre tiburones, rugientes olas y peligros sin cuento, se arrojó al mar, y á nado me sacó á la orilla, salvando mi vida, que era ya la suya. En el acto me depositó en el mejor colegio de los Estados-Unidos, apresurándose luégo á salvar á los demás cautivos que ya no eran sobrinos ni parientes suyos, ni otra cosa que infortunadas víctimas. Logró su intento: más tarde

venció á sus enemigos, que lo eran de España; se hizo rico; con su heroismo ganó títulos, honores, siendo objeto de la admiracion de Europa y de América, en tanto que yo, encerrado en mi colegio, aprendia lo bastante para que un dia pudiese imitar á ese privilegiado sér tan aplaudido con justicia por cuantos conocen sus hechos. En otra ocasion te referiré su vida sin suprimir el menor detalle: ahora me contraigo á lo puramente indispensable. Como yo no conocí otro pariente que el duque de Noal, siempre le dí el nombre de padre, que él oyó y sigue escuchando con suma alegría; mucho le amé siempre, pero creo que su cariño supera con exceso al que yo le tengo. Mi padre y tio tuvo una hija en Washington; mas desde ántes de nacer desapareció la madre, de quien mi tio estaba enamorado, trascurriendo muchos años sin que nádie le diera razon de la una ni de la otra.

—La buscaria mucho.

—Corrió el mundo, preguntó, derramando oro sin tasa, pero inútilmente.

—¿Qué hacías tú entretanto?

—Seguia en mi colegio aprendiendo de todo cuanto le es dado conocer al hombre. Convencido el duque de que habian muerto aquellos dos séres, se retiró á Madrid conmigo, rico y poderoso, pero ménos poderoso y rico que desgraciado. Todo su amor se contrajo á mí: una noche en que soñaba fuerte me descubrió sus pesares, y desde aquel dia me dediqué á curar el terrible cáncer que devoraba su corazon. Algo conseguí, pero siempre hallé en el fondo de su alma un dolor agudo, intenso que enlutaba su mísera existencia y lo hacía el más infortunado de los hombres. Yo era la tregua de sus dolores, su entretenimiento agradable, el paréntesis de sus angustias, y el que, por último, evitaba un suicidio previsto por ámbos. Pues bien; cuando ya no le quedaba esperanza alguna, cuando sólo le ocupaban mi boda, mi felicidad y el deseo de asegurar mi porvenir, hé aquí que yo, su hijo adoptivo, su sobrino amado, su discípulo, su eterno compañero, encuentro á la

madre y á la hija, tan bellas como la dicha, puras como la castidad é inocentes como los ángeles.

—¡Tú! Muy bien, Florian; la Providencia estaba con vosotros.

—Cierto. Lo más extraño fué que, cuando él me iba á unir á una mujer que no amaba y yo me disponia á obedecerle contra el deseo, la voluntad y el cariño, se descubre el paradero de aquellas dos mujeres, resultando que su hija y yo, sin reconocernos, estábamos enamorados de tiempo atrás.

—¿Cómo fué?

—Es asunto largo, complicado, y merece dejarlo para otra ocasion. Mi padre se casó en el acto con la madre y yo con la hija del amor de ámbos.

—Ahora me explico lo terrible de vuestro infortunio al morir la madre y la hija.

—Sí, fuimos muy desventurados; pero todo acabó para mí, y ahora se trata de que entre los dos demos fin de las desgracias del duque.

—¿Podrá ser?

—Sí.

—Cuenta con mi ayuda y con cuanto tengo en pro de esa idea sublime.

—Bien comprendes que por mucho que valgas, por mucho que yo te ame, y áun cuando mi tio vea en mí su única ilusion, al anteponerte á la memoria de su hija debe sufrir...

—Verdad es, pero no veo medio alguno de conjurar el mal.

—Yo sí.

—¿De qué modo? Habla, que estoy dispuesta á todo.

—Llegará un dia que la nacion te aclamará por reina, á tí, su princesa adorada; tú aceptarás; abdicas después en mi padre, y yo le obligo á que admita y á que al frente de los destinos de esta desgobernada isla haga con su talento, sabiduría y abnegacion la suerte de nueve millones de almas. Ya en la cumbre del poder, todos tus amigos y la nacion entera le

pedirán, no un sucesor, sino rama de sucesores; yo entónces le rogaré que se case; me consta que renunciaria mil veces á la vida primero que unirse á otra mujer, y en tal conflicto, se verá obligado á imponerme una boda que yo aceptaré con santa *abnegacion*, *sacrificándome* ante un deber que me pidan el Estado, mi padre...

—Bravo, amigo mio; tienes por lo ménos tanto talento como el duque.

—Gracias; no es eso sólo: miéntras él, con su indisputable genio, experiencia, laboriosidad y cien cualidades más, todas sublimes, admirables, hace la felicidad de este pueblo; cumpliendo yo tu deseo, la idea de toda tu vida, me retiraré contigo á esta posesion, y en ella solos, á pié, en coche, á caballo y por un camino de flores perfumado con el aroma de las plantas y el divino soplo del amor, correremos, hallando en él un mundo de ventura. ¿Comprendes ahora el todo de mi pensamiento?

—Sí.

—¿Sólo eso me contestas?

—Ahoga mis frases la felicidad, Régulo. ¡Qué grande eres, qué digno de admiracion!

—¿Pues y tú? Sólo un ángel de tan incomparable belleza, de talento tan elevado podia hacerme olvidar á la hija de mi padre, á mi tierna esposa, á la única mujer que amé en el otro mundo.

—¡En el otro mundo!

—Sí, en Europa llamamos á estas posesiones de América un nuevo mundo, y para mí lo es en realidad, toda vez que dejé en aquél cuanto tuve para ganar en éste cuanto tengo.

—¿Nada, nada te trajiste?

—Te juro que nada conservo.

—Gracias, Florian; pedia á Dios un hombre digno de mí, y me ha otorgado á Régulo, que vale mucho más.

—Si es así, agradéceselo.

—¿Qué hago noche y dia?

—¿Y te encuentras satisfecha?

—Cuanto es posible estarlo. ¿Y tú?

—Yo no.

—¿Qué te falta, qué necesitàs?

—Medios de demostrar á la Providencia mi agradecimiento.

—No te comprendo.

—Si tú le debes lo indecible porque te ha concedido más aún de lo que le pedias, yo, que sólo anhelaba la muerte, que sólo le rogaba dejar de existir, ¿cómo demostrar un justo reconocimiento al almo Sér que me ofrece por guadaña un cetro, por muerte á Zeneida y por cementerio este paraíso?

—Los que obraron como tú merecieron siempre esa recompensa de su bondad y misericordia.

—Digo lo propio de tí y hasta del duque; los tres obramos por inspiracion.

—¡Ay, Florian! lo malo es que tu padre, que nuestro padre, dejará un dia de existir, y entónces tendremos que cambiar el sosiego y dicha de este eden por la turbulencia, falacias é intrigas de la corte.

—El duque, Zeneida, es predestinado y vivirá lo suficiente para que anhelemos el uno y el otro ese trono, que más tarde habremos de dejar á nuestros sucesores. Si estos son directos, si llegamos á escuchar el dulce y angelical acento de un niño inocente que nos llama padres, entónces nos parecerá poco el sólio de esta isla como herencia para el tierno infante. El duque no es viejo; se ha restablecido en este país y es indudable que vivirá mucho; de manera que al dejarnos su pesada carga ya estaremos en edad en que necesitaremos de ella por algo más de lo expuesto.

—Acaso tengas razon. Se hará todo como tú lo deseas; y puesto que en lo sucesivo me contraigo á obedecerte, no hay para qué hablar más de eso: ocupémonos de nosotros. ¿Te veré á menudo en lo sucesivo?

—No tanto como yo quisiera; es necesario ocultar nuestras

relaciones para que el duque nada sospeche, y esa circunstancia me impedirá oir tu deliciosa voz y admirar tu encantadora faz tan de contínuo como yo deseo.

—¿Quieres que me vaya á vivir de incógnito al palacio de Badillo?

—No; conviene que tus amigos y cuantos nos observan nos vean fuertes, comprendan que dia y noche me ocupo de la idea que domina sus cerebros, y de este modo realizaré con más facilidad el plan trazado para el porvenir.

—¿Y si mi tio vive mucho?

—Tendremos paciencia; Dios, que nos ha reunido aquí, bendecirá nuestra union cuando y en la forma que lo estime más acertado.

—Sea en buen hora, ya que es imposible otra cosa; entre estos bosques, paseando por mis jardines ó en mi escondido palacio, me encontrarás siempre amoroso, pensando en tí, anhelando escuchar tu deliciosa voz.

—Y yo vendré, ángel mio, fatigado de la política, hastiado del mundo, en busca de este eden donde reside mi existencia, mi tranquilidad, mis encantos. Una hora ¡qué digo! un minuto á tu lado, estrechando esta suave y blanca mano, aspirando tu aliento, oyendo tu acento angelical, puede recompensarme con exceso las fatigas de un año, los insomnios y malestar de toda la vida.

—Si vinieras de noche, cantariamos juntos, y en esos jardines, entre las flores, oyendo el manso y suave murmullo de las aguas, y entre agradables brisas hablariamos de nuestro amor, de los encantos de la naturaleza y de la bondad con que la Providencia nos favorece. Todavía estás delgado, pálido, necesitas sosiego, y en ninguna parte mejor que aquí lo hallarias.

—Zeneida, tus frases me seducen, tu mágica voz me atrae, el conjunto sublime que contemplo me sujeta á tu lado de un modo irresistible; pero el deber me llama á otra parte; mi padre, que ha estado tres meses sin verme...

—Florian, haz lo más conveniente; yo te amaré léjos, y esperaré resignada.

—¡Qué buena eres!

—Más te juzgo yo á tí, que al aceptar mi casa é intereses me diste la mayor prueba que puede recibirse de bondad y abnegacion.

—Hubiera querido ganar ámbas cosas con mi pluma, con el ingenio que el cielo me otorgó; pero esto prolongaria más nuestra union, te disgustaria, y me resigné ante causas tan poderosas.

—¿Te molesta la idea?

—No, que es tuyo cuanto tengo, y nos une ya un mundo de amor y un lazo indestructible.

—¿Podria ver al duque?..

—Imposible; huye de él, Zeneida, con interés creciente; bastará una mirada suya para leer en tu frente lo que pensamos, lo que ha de suceder.

—¿Tanto talento tiene?

—No puedo yo decírtelo; cuando le conozcas te inclinarás ante él como todo el que le trató hasta ahora.

—¿No te ofusca el mucho amor que le profesas?

—Al contrario: soy de cuantos le tratan el que ve más claro lo elevado de un genio que no tiene parecido en esta isla.

—¡Que no tiene parecido, y lo dices tú! Florian, mucho podrá valer el duque de Noal, pero tu inmenso cariño hácia él te lo presenta por un prisma exagerado...

—Cuando te halles delante de su hermosa y venerable faz, cuando se fije en tí su aguda y penetrante mirada, cuando le escuches resolver con una sola frase el problema más difícil, entónces me darás la razon. Ha de ser ántes; en el momento que leas veinte páginas del libro que está concluyendo, comprenderás que no exagero, que vale más de cuanto yo he podido decirte.

—Tal tenacidad me indica que tu padre es un sábio.

—Un sábio, sí, pero tan bondadoso, tan noble, tan bueno, que en Europa le apellidaban el *filántropo* y la Providencia en todas partes.

—Lo cual no obsta para que sea hoy la rémora de nuestra felicidad.

—Eso y más merece de nuestra parte el que sólo supo hacer el bien de sus semejantes. Cierto que hoy dilatará nuestra union, impidiéndonos á la vez que nos veamos á menudo; pero luégo cargaremos sobre sus robustos hombros el peso de un poder que abrumaria nuestro amor, y correremos por tus jardines libres de tan molesta carga.

—Haga el cielo que llegue pronto ese dia.

—¿Te pones en pié?

—Sí, se aproxima la hora de comer, y nos aguardan los duques de Monserrat y Badillo, sus esposas y algunos otros amigos. ¿Me das el brazo?

—Tuyo es.

—Partamos.

Y anduvieron el terreno que los separaba de la carretela, montando en la testera, y delante las dos damas que acompañaban á Zeneida.

De este modo llegaron al palacio, bajaron del carruaje, y la princesa desapareció, en tanto que un mayordomo se acercaba á Régulo, diciéndole:

—S. A. me encarga diga á V. S. que tenga la bondad de seguirme.

—¿Dónde vamos?

—A darle posesion de las habitaciones que le han sido destinadas en este palacio.

—Subieron la escalera principal, y al extremo opuesto de las cámaras que más usaba Zeneida se detuvo el sirviente, diciendo á Florian:

—Este salon, despacho, alcoba y tocador pertenecen á V. S.

Régulo reconoció las cuatro habitaciones, hallando en una

de ellas y en forma de trofeo las coronas que le arrojaron en el teatro de Madrid. Cuando hubo concluido su observacion, se le acercó el mayordomo, añadiendo:

—Manda S. A. que cambie V. S. de frac.

—Algo empolvado se halla, pero no veo con qué reemplazarle.

—En este armario hay vários trajes que le han traido de la capital.

Y el sirviente ayudó á Calatrava á mudar de frac.

—¿Qué es esto?

Preguntó el vizconde sorprendido, mirando su costado izquierdo.

—Una gran cruz que S. M. ha concedido á V. E., la cual ha sido fijada en ese sitio por mi señora Zeneida; en el bolsillo hallará la real órden.

—Nada he pretendido, nada queria...

—S. A. opina de distinta manera.

—Pues si ella lo desea, la usaré.

—En el comedor esperan á V. E. vários caballeros y señoras.

Y el vizconde, luciendo una placa guarnecida de brillantes, se perdió entre aquellos suntuosos y dilatados salones.

CAPITULO XXVIII.

La maga sin disfraz.—El hijo y el padre.—Nuevos acontecimientos.

Entró Calatrava en el comedor, hallando hasta veinte entre caballeros y señoras, los más principales indudablemente de la isla. Nuestro jóven fué estrechando las manos de unos y de otras, cambiando algunos cumplidos, para terminar por quedarse parado junto á la bella, jóven y entendida duquesa de Badillo.

—¡La encantadora maga!—exclamó fijándose en ella con interés.—¿Continúa V. adivinando, duquesa?

—No, señor; soy humilde servidora del señor vizconde de Régulo.

—Mucho debe V. estimar á Zeneida.

—S. A. dispone de nuestras vidas y hacienda; todos la amamos, y ya hace dias que empezaron á inclinar las frentes ante su futuro esposo, ante su digno representante el señor vizconde de Régulo, los grandes del país.

—Si alguna vez me ocurriera representar mi comedia en sitio privado, rogaria á V. desempeñara el papel principal.

—Obedeceria á V. con mucho gusto.

—De primer galan haria ese venerable anciano que está á su derecha, el señor duque de Monserrat, y de galan jóven el señor conde de Valleameno, que está á mi espalda.

—De tan buen autor,—dijo Zeneida entrando,—debia esperarse un reparto de papeles admirable.

—Consiste, amiga mia, en que tengo delante los primeros actores de la isla. Puede que no tarde en escribir un drama, y entónces pondré á prueba el talento y la obediencia de mis distinguidos cómicos.

—Respondo por todos los presentes,—contestó el duque de Monserrat,—que nos hallará V. tan enérgicos en el desempeño, como sumisos y leales ante el autor.

—Así lo espero, duque; y no le extrañe á ninguno si le exijo tantas pruebas como yo dí no há mucho.

—Las deseamos léjos de temerlas.

—Florian,—añadió Zeneida,—recomiendo á V. á mi amiga la duquesa de Badillo.

—Ya la he ofrecido el papel principal.

—Ella se contrajo á obedecerme.

—Terrible mision, cuyo buen desempeño me estremecia. Su belleza, la voz dulce y penetrante, su hermosa figura y la altivez que rara vez desaparece de su frente, unidas á un talento nada vulgar, lograron confundirme por primera vez de mi vida.

—Gracias, señor; eso deseaba en pro de una idea que me exigia el sacrificio.

—Puesto que ya la lucha terminó,—exclamó Zeneida,—y sólo existe una reunion de amigos que obedecen á su señor, comamos, condenando al olvido lo pasado, pensando en lo porvenir. Siempre que se halle Régulo en este comedor, quiero que desaparezca lo molesto de una etiqueta que impide la expansion y demostraciones de alegría. Sentémonos á la mesa; brindad cuanto querais; aplaudamos al que llamais vuestro héroe, y no pierdan ustedes de vista un solo instante que

veré con mucho gusto oculta la gerarquía social, con tal que sea sustituida por el entusiasmo y la satisfaccion. A mi derecha, Régulo; á mi izquierda, Monserrat; para los demás no hay sitio destinado: ocupe cada cual el que más le agrade.

Y comenzaron á comer, notándose en todos los rostros el placer que les embargaba. El silencio que reinó anteriormente era reemplazado en esta ocasion por diálogos animados, en los que Régulo y Zeneida demostraban sus más bellas cualidades; por brindis que debian halagar á nuestros dos enamorados, y por demostraciones, en fin, francas, leales y expansivas.

Terminó la comida, tomaron té, pasando más tarde al estrado, donde se entretuvieron hasta las doce de la noche tan agradablemente como de costumbre. Zeneida y Florian, reyes de la fiesta, bailaron, cantando luégo juntos y separadamente. Excusado es decir que excitaron el entusiasmo de los concurrentes con sus magníficas voces, método y gran conocimiento del arte.

A última hora, y por indicacion del duque de Monserrat, se reunieron en el despacho de Régulo los doce principales personajes. Allí cesó la diversion, dando principio la política. El conde de Valleameno les enteró de los acontecimientos del dia, expuso luégo el plan del gobierno, y acabó manifestando que la salud de S. M. no era buena, haciéndose indispensable, en consecuencia, que se vieran á menudo para ocuparse del porvenir.

Calatrava le contestó, usando de las reservas que creyó necesarias, para terminar con las siguientes frases:

—Mi padre, que tanta confianza os inspira, y cuyo talento elogiais contínuamente, va á tomar parte en pro de vuestro pensamiento; yo le apoyaré en cuanto me sea dable, y con ámbos bastará para la realizacion de la idea. Velad vosotros por la interesante vida del jefe del Estado; preparad á todos vuestros amigos, y esperemos tranquilos el dia de la reorganizacion y del bienestar que tanto anhelais. En breve se publicará un libro escrito por el duque de Noal, con un epílogo

mio: leedlo todos, que circule cuanto sea posible, que en él encontraremos la solucion del problema político; del resto Zeneida os enterará.

Todavía cruzaron algunas frases sobre la obra cuya aparicion acababa de anunciarles Régulo; después hablaron de la princesa, y últimamente se retiraron todos á descansar.

A la mañana siguiente marchaban los grandes que el dia anterior habian acompañado á Zeneida, en tanto que ésta y Florian tomaban un ligero desayuno en la galería donde Calatrava acabó su comedia.

Se hallaban sentados en sillones de palo santo y terciopelo, estaban solos, y los separaba un velador de mosáico que aún sostenia la bandeja con el servicio del chocolate que ámbos concluian de tomar. Régulo miraba en aquel instante el delicioso panorama que tenía enfrente, y la princesa, fijándose de pronto en la actitud de nuestro jóven, le preguntó:

—¿Qué idea absorbe en este instante tu inteligencia, Florian?

—Una tan grata, que apénas hallo frases con que expresarla.

—Tendria gusto en oirla.

—Te la diré, pero no respondo de embellecerla tanto como ella merece.

—Porque no querrás.

—Te aseguro lo contrario.

—¿Conque el poeta por excelencia?..

—Consiste, Zeneida, en que hay verdades tan bellas, tan sublimes, que se presentan desnudas más grandes y elevadas que vestidas y adornadas con la poesía del hombre.

—Muy bien; dila entónces como quieras, pues debe ser interesante, á juzgar por el completo olvido á que me tenías relegada.

—Al contrario, no te miraba, pero mi mente se ocupaba de tí más que nunca.

—Una prueba.

—Héla aquí: mi padre y yo regalamos en Madrid cási todo lo que teníamos, corrimos á Cádiz, y luégo nos encerramos en el bergantin *Lucero* para atravesar los mares, sin otro objeto que el de dejar al destino que nos llevara adonde tuviera por conveniente; dimos tanto porque sólo nos restaba morir; nos estaba prohibido el suicidio, y sólo veiamos la muerte al través de llanto, amargura, pena y un malestar sin tregua ni descanso. Yo empecé á regar con lágrimas mi palacio de Europa, seguí haciendo lo mismo por el camino de Cádiz, y continué luégo salpicando el agua que median seis mil leguas de Océano. La vida era una carga insostenible, el mundo un piélago de angustias; mis ideas y pensamientos sólo elavoraban desventura, y todo se me ocurria ménos el remedio á mis males. Hablaba, reia, y en la forma estaba resignado, pero en el fondo me sucedia lo contrario. Más que la fatiga, el insomnio y el cansancio, más que el hambre, la sed y los punzantes dolores que sentia en mi cuerpo, me fatigaron los recuerdos que traje de Madrid al andar las quince leguas que separan esta posesion de la ciudad de Cádiz. ¿Recuerdas cómo llegué, Zeneida?

—Sí; venías súcio, andrajoso, demacrado, herido, y en una situacion tan fatal, que inspiraste compasion hasta al último de mis lacayos.

—Pues más negra, más destrozada, en peor estado traia el alma. Salí de mi letargo, y al encontrarme nuevamente con vida, exhalé un hondo suspiro, que nádie oyó. De esta manera me presenté ante tí; tu belleza y talento comenzaron desde aquel instante á rejuvenecer mi corazon, á trasformarle y á hacerme ver el mundo por un prisma, en el cual yo no hubiera creido á no estarlo mirando. Empecé por quererlo rechazar, por apartarlo de mí con enojo, por dudar de su poder, influencia y mágicos efectos: ¡loco empeño, delirante idea, torpe ilusion! Tu divina faz, tu voz angélica, tu elevado talento, tu conjunto arrebatador hicieron del cadáver un hombre que empezó fijándose en tí para concluir adorándote, que dió principio

á su vida para crecer en ella como el niño, la planta y el árbol.

—Continúa, ¿por qué te detienes?

—¡Qué trasformacion, qué cambio! Fué necesario todo el poder de la Providencia para realizar tan completa metamórfosis.

—¿Otra vez suspendes tu discurso? Prosigue.

—Yo vi la tierra envuelta en un sudario negro, horripilante, y luégo al ángel del bien que rompia el velo funerario y me enseñaba la luz de la felicidad; hallé seco el que creia inagotable manantial de lágrimas, árido el pasado, aceptable el presente, y delicioso, incomparable el porvenir. Todo se lo debo á una mujer; y aún existe en el mundo quien hable mal de ellas, quien las maldiga... ¡bendito el Sér que nos dió por compañera lo mejor de su sublime creacion!

—Continúa, Florian, ¿á qué esos paréntesis?

—Es que ahora me fatiga la felicidad más que en otro tiempo el cansancio, el hambre, el dolor y la pena.

—Pues á mí me sucede lo contrario; á mí me embriaga.

—Tú, Zeneida, pasaste de la ventura á la felicidad, por cuya razon no te hace tanto efecto; pero yo ascendí desde lo más tormentoso de la desgracia á lo más elevado de la dicha.

—No es cierto; yo fuí desde el limbo á la gloria, eso es todo.

—Pues yo, entónces, desde el infierno al paraíso.

—Continúa.

—En los momentos que me interrumpiste resumia todas esas ideas en una sola, que es la siguiente: es cierto que al mundo se viene á padecer; pero no lo es ménos que hay períodos en la vida en que los séres que viven léjos del vicio y la corrupcion hallan una felicidad tan completa que supera con mucho á las desgracias que han podido rodearle. Esto se ve en los enamorados como nosotros; en la tierna madre que estrecha á sus hijos; en el jefe de familia que recibe la bendicion de cuantos le rodean; en el sábio y desinteresado legislador; en el hombre de ciencia cuando resuelve los problemas,

y en todo el que ama á Dios y espera de él lo que á nadie niega el que todo lo tiene, el que todo lo puede.

—Creí que mi ligero desayuno no tenía postre, y lo hallé delicioso, encantador, magnífico.

—Si tanto te gusta, te reservaré otro para toda vez que almorcemos ó comamos solos; pero dame la recompensa.

—¿Cuál es?

—Tu mano, que beso con delicioso éxtasis.

—No marches hoy.

—Ni mañana; quiero un caballo para tí, otro igual necesito yo, y corramos por ese camino de flores, perfumado por tu aliento, por las plantas y los árboles de tus bosques, por el amor y por la Providencia que nos guia. Vé á disponer lo necesario, y que me espere á la puerta del palacio un correo; yo, entretanto, escribiré al duque las siguientes frases: «Aguarda tranquilo, padre mio, que mi tardanza crea ventura. Acaba tu libro, señor; corra tu pluma por el papel como yo por los bosques, por los campos de esta encantadora isla.» ¿Qué haces, Zeneida?

—Oirte, Florian.

—Ya he concluido.

—¡Qué lastima no empieces de nuevo!

—¡Qué mano tan suave, tan blanca, tan pequeña! ¿Pero qué aguardas?

—No lo sé.

—¿Te disgusta montar á caballo, galopar por esas alamedas?

—No.

—Entónces...

—Entónces, miéntras tu escribes en esa mesa, yo llamaré, y desde aquí daré las órdenes.

—¿No cambias de traje?

—Tienes razon. ¿Conque es preciso separarnos?

—Sí, amor mio, la suerte lo quiere; resignémonos. Con diez minutos tengo yo bastante para escribir y mudar de vestidos.

—Oh, pues como mis doncellas tarden más de ocho, por primera vez las he de enseñar á que sean vivas.

—Sí, háblales con esa altivez de reina que tambien te sienta.

—Te obedezco, adios.

—Adios; el que llegue ántes al patio... ¿Qué vamos á apostar?

—Una composicion poética.

—Acepto.

—Añade en esa carta que no te esperen tampoco pasado mañana.

—¿Me lo mandas?

—Te lo exijo.

—No puedo desobedecer á una princesa; lo pondré.

Salió Zeneida, Régulo escribió cuatro líneas á su padre, é inmediatamente pasó á sus habitaciones, cambiando de traje y dando la órden de que partiera el correo que habia de llevar la carta al duque. Después trazó con lápiz veinte líneas, y seguidamente bajó al gran patio donde le aguardaban dos lacayos, su caballo del diestro y la princesa que acababa de montar.

—Hace un minuto qué espero á V., vizconde,—le dijo;—ha perdido la apuesta.

—Por esa razon pago; hé aquí la prueba.

Y le alargó la composicion que concluia de improvisar.

—¿Cuándo la ha hecho V?

—En los cinco minutos que acaban de trascurrir.

—Veamos.

—Es para canto; le falta la música, y esa corresponde á V.

—Esta tarde quedará terminada. ¿A dónde vamos?

—A la márgen izquierda del caudaloso rio que atraviesa esta posesion. Paso el que V. quiera.

—Salgamos al trote. Ahora, galopemos.

Y seguidos de sólo dos lacayos escaparon como exhalaciones por entre aquellos jardines y pintorescas alamedas.

Una hora más tarde les detuvo el agua que se extendia

cual blanquísima é inmensa faja de plata esmaltada de verde de Norte á Sur.

—No podemos pasar,—exclamó Zeneida.

—Ya lo veo.

—Nuestros caballos están cubiertos de espuma.

—Verdad es.

—Y muy fatigados.

—Anduvieron más de tres leguas en una hora.

—Echemos pié á tierra, démosles descanso, y paseemos á pié.

Así lo hicieron; Florian la ofreció el brazo, y ámbos siguieron el curso de la corriente por entre una frondosa ribera.

—Cuántas aves hay en este paraje,—dijo Calatrava.

—Muchas; nota la variedad de sus colores, el canto agradable con que nos obsequia una parte de ellas, formando coro con el estrépito de esas aguas que se precipitan sin tregua ni descanso.

—No hay sitio en esta posesion que no brote poesía y encantos; en medio de ella pareces una sílfide hallada por mí para ayudarte á hacer la felicidad de un pueblo harto desgraciado.

—Jamás tuve aficion al poder; mi amor á la vida independiente, más que hijo del estudio, es instintivo.

—No me extraña: rica, poderosa y entre estas alamedas, jardines y riberas, mejor estás que en la corte, adulada de unos y engañada por todos. Tú no sabes lo que es esa gente ambiciosa, sedienta de oro y riquezas, muy engalanada en la forma y tan corrompida en el fondo, que asusta contemplar sus miserables esqueletos. Esos séres mienten, besan la planta del que está sobre ellos, y tiranizan al que tienen debajo. Su talento egoista y limitado por lo general se contrae única y exclusivamente al bien del indivíduo, y no hay bajeza ni hecho miserable que dejen ellos de practicar siempre y cuando les produzca algunos céntimos, título ú honor cualquiera.

—Esos hombres no pueden tener honor.

—Ni saben lo que es.

—Entónces, ¿cómo anhelan una cruz ó condecoracion que tan mal debe sentarles?

—Les son indispensables; con ellas, el carruaje, la ostentacion y lujo, cubren lo horripilante de un esqueleto gangrenado y podrido.

—Florian, bien estamos en mi posesion; esos retratos me producen náuseas.

—Ya te he dicho que esto es un eden para mí; pero, hija mia, no temas á esa gente cuando estés junto al duque de Noal ó al vizconde de Régulo; de nosotros huyen como bandada de cuervos delante del esperto cazador que los persigue y acosa sin tregua ni descanso.

—¿En quién se ceban entónces?

—En la ignorancia, el amor propio, y la tontería humana.

—¿Se les distingue bien?

—Perfectamente siempre que se les mira sin amor propio ni esas otras pasiones que ofuscan al hombre y le precipitan.

—¿Era de esos el marqués de la Posada?

—Y su desgraciado hijo.

—¿Notaste si hay muchos en este país?

—En todas partes abundan, que por desgracia son los ménos aquellos que miran con desprecio el oropel y caminan en busca de la verdad, la razon y la justicia.

—Régulo, jamás cambiaré el trino de mis aves, el poético murmullo de mis aguas, la brisa perfumada de los jardines y los mil inocentes encantos de esta posesion por esa atmósfera corrompida de la corte, por el coro de adulacion ni por ese conjunto de falacias, pequeñeces y ruindades. No me obligues jamás; te lo ruego por lo que más ames en el mundo.

—Cerca de tí, á mi lado nada temas; iremos á las grandes poblaciones; pero allí como aquí, ¡ay de la serpiente que intente enroscarse en nosotros! antes de llegar quedará deshecha su cabeza bajo mi planta. Nos vamos alejando mucho, Zeneida.

—Qué importa: son las diez, y hasta las doce no almorzamos.

—Solos, entre estos bosques...

—¿Temes?

—Sí, me asusta la maledicencia.

—No llegó á la gente que me rodea, Florian; los que me conocen saben quién soy.

—Yo creí que tu instinto femenil te alejaria de estos sitios no yendo acompañada de tus leales servidores.

—¿No llevo á mi lado el más valiente de todos, el que más me ama, el que perderia mil vidas que tuviera en defensa de su Zeneida?

—Sí.

—Pues entónces debe gustarme este retiro, cuyo silencio sólo interrumpe el trino del ruiseñor y tus tiernas y amorosas frases. Aquí nos contemplamos el uno al otro con éxtasis que nádie puede cortar, que nádie ve, que ninguno envidia; aquí forman nuestro mundo el amor, la poesía y los encantos de la naturaleza. En verdad que tu pregunta me admira.

—¡Qué pureza de costumbres, qué angelical inocencia! ¡Oh, qué mujer tan sublime! Sigue, Zeneida; continúa apoyada en mi brazo; mírame cuanto quieras, que en esta posesion no hay miserables reptiles, y yo, que tanto los ódio y desprecio, seré junto á tí más fuerte que ante los hombres, mucho más.

—Yo lo creo; pero no me explico bien ese temor que abrigas algunas veces.

—Fué pasajero, fugaz, y no hay cuidado que llegue otra vez á mí. Sepárate.

—¡Un caiman! ¿Qué vas á hacer?

—Mi ayuda de cámara me dejó este rewolver de bolsillo, é intento matar ese terrible anfibio.

—No, Florian, perdónalo; acaso estime la vida del mismo modo que tú y yo.

—¡Cómo nos mira el traidor! Repara en sus enormes col-

millos de marfil; teme, vacila; ¡ay de nosotros si le volviéramos la espalda!

—No importa; probemos á marcharnos sin hacerle daño.

—Imposible; los cacé en los Estados-Unidos, y conozco mucho sus instintos feroces. ¿No le temes?

—No.

—¿Ni te asusta verlo?

—Tampoco.

—Pues te enseña la muerte en esa horrible boca.

—A tu lado estoy tan tranquila...

—¡Ah, maldito! Bajas la cabeza y te preparas; ¡huye de aquí!

—¿Qué es eso?

—Nada, una bala de mi rewolver le rompió un colmillo, obligándole á esconderse en el fondo del rio.

—¿Lo habrás herido?

—Sólo hice con él lo que acabo de decirte.

—¡Qué salto dió tan atroz!

—Pero en sentido inverso de como él deseaba. Opino, Zeneida, que habrá muchos aquí, y yo sólo tengo cinco balas; volvámonos.

—Lo que tú quieras.

—Separémonos de la orilla, por lo que pueda acontecer.

—Ya llegan dos de mis guardas; me habrán seguido como de costumbre, temerosos de que algun caiman...

—Conozco á uno de ellos... Sí, el suizo que hallé en el puente. El otro es uno de los dos guardias que yó desarmé.

—Buen fisonomista; pero nada les digas sobre aquellos acontecimientos.

Segundos después cruzaban los enamorados por delante de los guardas, que, sombrero en mano, se inclinaban ante ellos. Régulo se detuvo, preguntándoles:

—¿Nos seguiais?

—Sí, señor.

—¿Vísteis el caiman?

—Yo le apuntaba cuando V. A. le tiró.

—No es la princesa la que habla contigo, soy yo.

—Ya lo sé, y conozco bien á V. A.

—¿Quién te ha mandado que me dés ese tratamiento?

—El deseo de complacer á mi señora, á la que todos amamos.

—Pero á mí me disgustais.

—V. A. anhela como nosotros su felicidad, y no debe molestarse, permitiéndonos que cumplamos su voluntad.

—Bien te expresas, suizo.

—Humilde servidor del más valiente de los hombres, de mi señor el vizconde de Régulo.

—¿Qué os hace falta?

—Que V. A. nos estime.

—Eso hago con todo lo que pertenece á Zeneida. Os pregunto, ¿qué cantidad ó qué cosa sería suficiente á hacer vuestra felicidad?

—La union de VV. AA. y su elevacion al sitio que merecen.

—Repartíos lo que contiene este bolsillo.

—Señor, en Madrid hay muchos desgraciados que carecen de todo; á nosotros nada nos falta, pero haremos lo que V. A. nos mande.

—Muy bien; me lo guardo, y os dejo mi estimacion y aprecio. Quedad con Dios.

—Él proteja las vidas de nuestros señores.

Régulo y Zeneida se dirigieron hácia el sitio donde dejaron sus caballos, y hallándolos descansados, corrieron nuevamente hasta llegar al palacio. A las doce almorzaron, y á las dos escribieron en sus respectivos despachos. Dos horas más tarde entró Florian en la estancia donde se hallaba Zeneida, preguntándole:

—¿Qué haces, ángel mio?

—Acabo en este momento la música de la composicion que te he ganado esta mañana. ¿Y tú?

—Yo, con vista de los mapas y guias que encontré á mano, formé este itinerario.

—¿Para qué?

—Para que me sirva al regresar á Madrid.

—¿Qué te propones?

—Recorrer una parte de esta isla.

—¿Con qué objeto?

—Con el de estudiar el país y conocer sus necesidades.

—Ya, idea política.

—Claro es.

—Y para eso me robaste dos horas y media.

—Las que has empleado en esa composicion.

—Tú no me estorbabas; podia escribir y hablar contigo.

—No diria más Bellini, Mercadante y hasta el estrepitoso Verdi. Veamos lo que has hecho.

—No la veas; estúdiala para cantarla esta noche.

—¿Me permites un poco de tiempo?

—¿Qué intentas?

—Ensayarla.

—¿Tan pronto?

—Sí.

Un cuarto de hora más tarde exclamaba Zeneida:

—Muy bien; ¡qué maestría, qué arte!

—Consiste en lo bellísimo de la música que has compuesto.

—No; en tu facilidad, en tu instantánea comprension, en el entusiasmo con que has acogido esas pobres notas. Corrígelas.

—Son admirables; ¡qué talento tienes!

—Yo ódio, como tú, la adulacion, mi querido Régulo.

—Por eso acabo de rendir culto á la verdad. Ya verás el mágico efecto que hace esta noche.

—Lo creo; basta tu voz y las teclas que mueven tus dedos.

—Cuidado con lo que dices; ámbos odiamos la adulacion.

—Pero amamos la verdad.

—¿Qué hora es?

—Ese reloj marca las cinco.

—¿En qué empleamos los sesenta minutos que han de preceder á la comida?

—Veamos si te gusta el asunto; hé aquí un lienzo preparado; allí pinceles y todo lo necesario para hacer de este microscópico país, dibujado por tí, uno grande, con colores y á medias.

—Acepto.

—Pues demos principio.

—Podemos hablar á la vez.

—Por supuesto.

—Esa no es la paleta, es mi mano.

—Perdona, me equivoqué. ¿Están preparados los colores?

—Sí.

—Muy bien; comencemos.

—Yo me encargo de toda esta alameda, la casita y la cascada.

—Y yo del riachuelo, el pedazo de jardin, el cenador y los dos enamorados.

—¿Por dónde empiezo?

—Por la casita.

—No puedo si tú no te retiras.

—Acércate más.

—Estamos muy juntos.

—No importa.

—¿Qué haces?

—Mirándote.

—Buen modo de pintar.

—Pienso retratarte.

—¿En el corazon?

—Ahí ya lo estás; ahora en el lienzo.

Y continuaron pintando sin dejar de hablar; luégo comieron, y por la noche cantó Florian la romanza compuesta por él y Zeneida, siendo muy aplaudida ántes de saber los concurrentes al concierto quiénes eran los autores.

Pasó el vizconde cerca de cuatro dias al lado de la princesa, y en ellos se repuso completamente, volviendo á sus carnes y adquiriendo el color que las vigilias, sufrimientos y lóbrega habitacion robaron á su materia en el terrible calabozo y capilla.

Durante aquel pequeño espacio montó á caballo y en carruaje, pintó, de contínuo tocaba, dejando oir su acento dulce y conmovedor; y siempre acompañado de la princesa, se dieron pruebas infinitas del casto amor que embargaba sus almas, demostrando á la vez el gran talento que la Providencia se dignó conceder á ámbos.

Por último, llegó la hora de partir, y Calatrava salió de incógnito y sin otros compañeros que el cochero y lacayo, imitando ámbos al mayoral y zagal de una diligencia.

Corria Florian en estos instantes en una silla de postas, cómoda y de la propiedad de Zeneida; tenía tiros dispuestos en todas las paradas, é iba dejando atrás una legua por cada veinte minutos.

Nuestro jóven se detenia en todas la poblaciones grandes y en muchas pequeñas; hablaba con las autoridades, y suponiendo que iba recogiendo datos para escribir un libro, se enteraba de cuanto creia conveniente. Tambien recorrió los barrios bajos de algunos pueblos, visitaba á los séres más pobres y desgraciados, socorria la indigencia y estudiaba más aún de lo que se habia propuesto.

Escribia diariamente á su padre, á Zeneida y á Valleameno; de ninguno esperaba respuesta; empleaba veinticinco minutos en cada una de las dos comidas que hacía en las veinticuatro horas; dormia en su coche durante las marchas, y de este modo logró en veinte dias conocer la isla, el estado de sus habitantes, las necesidades, vicios y virtudes de aquel pueblo, con todo lo que juzgó útil y conveniente.

Al duque le mandaba en su carta diaria datos para la obra que estaba concluyendo, á Valleameno le denunciaba desmanes de autoridades, ó indolencia y desaciertos de empleados,

y á la princesa epístolas amorosas, tiernas, poéticas y conmovedoras.

Al fin se detuvo su silla de postas en una estacion del ferro-carril, saliendo á recibirle su amigo y secretario Constantino Iglesia. Principiaba el dia veintiuno de los empleados en su correría, y después que ámbos se hubieron extrechado, preguntó Régulo á Constantino:

—¿Cómo están el duque y la princesa?

—Buenos.

—¿Y nuestros amigos?

—Deseando todos verte.

—¿Qué haces aquí?

—Me dió tu padre la carta en que pedias tu coche y una máquina en esta estacion y me vine con ámbas cosas.

—¿Están en la via dispuestas á partir?

—Sí.

—Pues despide al cochero y lacayo que he traido, que le entreguen á su señora esa carta, y que partan cuando gusten.

—¿Y nosotros?

—Lo haremos ahora mismo.

—¿No descansas?

—No.

—¿Ni comes?

—No. En el coche te espero.

Poco después se volvieron á reunir en el tren especial, yendo acompañados únicamente de un ayuda de cámara de Régulo y de otro criado, que siguieron á Constantino.

La máquina comenzó á andar en direccion á Madrid en los momentos en que Iglesia interrogaba á su amigo y señor:

—¿Qué has hecho, Florian?

—He cruzado setecientas leguas, y he recorrido ciento diez y siete poblaciones en veinte dias.

—¿Qué idea traes de mi país?

—Mala, pero es fácil variar su faz y que se convierta en su antítesis.

—¿Y el terreno?

—Magnífico; esta isla es un eden.

—¿Habrás encontrado faltos de ilustracion á mis paisanos?

—La mayoría sí.

—¿Qué tal los mandarines?

—Mal.

—¿Y el clero?

—Bien en general.

—¿Y la aristocracia?

—Tonta.

—¿Y el pueblo?

—Delicioso: punto hallé donde no me entendieron.

—¿Adelanta la agricultura?

—Poco.

—¿Y las artes?

—Ménos.

—¿Y la industria?

—Nada: aquí no hay comerciantes, son agiotistas.

—¿Hallaste moralidad?

—Sí, en la infancia.

—¿Energía?

—En la pubertad.

—¿Desenfreno?

—En el hombre.

—¿Egoismo?

—En el anciano.

—¿Avaricia?

—En todos. Déjame dormir.

—Tienes cama dispuesta en ese departamento.

—Prefiero esta butaca.

—Son las dos y llegaremos á las ocho.

—Descansaré hasta las seis; á esa hora me despiertas, y comeremos en el tren.

—Te se cierran los ojos.

—Me alegro.

—El cochero y lacayo que te llevaron vienen flacos, rendidos y en estado lastimoso. Me dijeron que tus carnes eran de hierro y tu voluntad más fuerte aún. Añaden que nádie creerá en las marchas que acaban de hacer. ¿Te has dormido? Sí. ¡Qué materia tan admirable, qué cabeza tan privilegiada! Lo mismo el padre que el hijo pronuncian la palabra quiero, y no hay dificultad que detenga sus pasos ni deje de ser arrollada por ámbos. Qué sueño tan tranquilo tiene el vizconde; hasta dormido interesa su figura perfecta y elegante. Léjos de adelgazar en viaje tan largo y penoso, ha mejorado, su color es bueno, y nada indica en él la huella del insomnio, la fatiga y el cansancio.

Y se acercó á una ventanilla, encargando ántes á los criados que tuvieran dispuesta la comida para las seis.

Régulo no se movió hasta que la voz de su amigo le dijo:

—Vizconde, comamos.

—¿Es hora ya?—preguntó abriendo los ojos.

—Sí.

—Pues á la mesa.

—Cerca está; pequeña como la de un buque, pero nada falta.

—Verdad es. Noto con placer que traes gran provision de viandas.

—Claro es.

—Y sabrosas.

—Sí. ¿Tienes buen apetito?

—Excelente.

—¿Qué manjares te dieron durante tu marcha?

—Ninguno.

—¿Pues qué comiste?

—Pan, frutas secas, algunos embutidos, y vários dias caldo.

—¡Soberbios banquetes!

—Corrimos como el viento, que era lo único que interesaba, y sólo nos fijábamos en las necesidades de la vida cuando

se nos presentaban como indispensables ó mejor dicho apremiantes.

—¿Quedaste satisfecho del cochero y lacayo?

—Pedí leopardos y me dieron dos leones más bravos y sufridos que los potros del carruaje. Uno de ellos se burló de mí, por órden superior seguramente, cuando fuí andando desde el palacio de Zeneida á Madrid, y al reconocerme el primer dia de marcha, dijo á su compañero:—«Miguel, prepara tus huesos: S. E. anda á pié treinta leguas, de lo cual deduzco que en coche correrá mil.» Al tercer dia añadió:—¡No te lo decia yo! el señor vizconde come si hay, duerme cuando le sobra tiempo, pero vuela dia y noche, y no existe en su diccionario la palabra imposible. ¡Esto es un hombre, voto á!..»

—¿No le recordaste nada?

—No; pobre y leal instrumento, sólo vió en mis labios la sonrisa, y en la mirada el interés que me inspira todo lo que pertenece á Zeneida.

—Qué hermosa está; desde que saliste de la prision, que se animó su rostro, adquiriendo los ojos más juego y vida, enloquece al que la mira.

—¿Y mi padre, Iglesia?

—¿Temes hablar de ella?

—No; mas me duele alejarme de su lado y el recuerdo...

—Comprendo.

Concluyeron de comer, fumaron, y á las ocho salieron de la via para entrar en una berlina, que los llevó al palacio de Florian. El duque esperaba á su hijo con los brazos abiertos; ámbos se estrecharon con mucho cariño, retirándose luégo á un salon interior.

—No recibo á nádie esta noche,—dijo Régulo á sus sirvientes.—Despejad.

Solo con el duque, añadió:

—Padre mio, hablemos cuanto quieras; desde hoy en adelante con dificultad permaneceré mucho tiempo lejos de tí.

—Gracias á Dios, hijo, que te expresas de ese modo; desde

que hemos llegado á Nueva-España sólo estuvimos reunidos cinco ó seis dias.

—Era indispensable, señor, y áun cuando necesitamos el uno del otro dia y noche, no es tan grande el apremio que nos impida cumplir con nuestros deberes.

—Explícate, Florian.

—Fuertes ámbos, en un mundo diferente de aquel en que nacimos, y resignados por completo, sólo el cariño nos atrae; para lo demás nos bastamos cada uno á sí propio.

—Mucho me complace que continúes en brazos de tan santa abnegacion, y en verdad que dices bien; yo en Madrid hallé un nuevo medio de entretener, de emplear el tiempo agradablemente.

—Que me place; cuéntame lo qué has hecho.

—¿Me vas á reprender?

—¿Yo á tí, señor? ¡qué locura!

—He repartido entre los pobres cuanto trajimos de Cádiz, y... ¿te vas á incomodar?

—No.

—¿Positivamente?

—Te lo juro.

—Pues he dado de lo tuyo doscientos mil reales; ¡hay tanta miseria en este pueblo!

—¡Hola, hola! ¿Conque hay tuyo y mio? Me alegro saberlo, y te participo que has cumplido muy mal mi encargo; yo apénas regalé en mi larga correría, creyendo que tú dejarias aquí bien puesto nuestro nombre; mas veo con dolor que me he equivocado, pues esa miseria no merecia que te molestases en hacer averiguaciones...

—¿Hablas de veras?

—Nunca con más formalidad.

—No te apures, hijo, que yo enmendaré mi falta; justamente nos hallamos en un pueblo y en una época que favorecen tu idea admirablemente.

—Ya te he dicho que tengo cuatrocientos millones en fin-

cas y cien en caja: da lo que quieras, que tú nada tiras, y á mí me complace esa filantropía sublime y necesaria.

—¡Qué gente, Florian! Una gran parte desconoce la existencia de Dios, y otra, ménos ignorante, no sabe rezar el *Padre nuestro*.

—He visto más que todo eso, señor; en algunos parajes por donde he cruzado contemplé tribus ó razas que viven como los gitanos, sin patria, religion, y son sus costumbres tan depravadas, tan libres, que ruboriza conocerlas.

—Díselo á Valleameno; el gobierno debe evitar que en un pueblo civilizado, que en una sociedad ilustrada haya esos miembros gangrenosos que la corrompen, afean y la presentan asquerosa.

—Algo le he indicado; pero corresponde á otro más eminente, enérgico y sábio el arreglo general de esta infortunada isla.

—Cada dia que pasa, cada instante se agrava el mal, empeora el daño y se hace más difícil la cura. Nosotros, por hoy, sólo podemos socorrer al desgraciado, enseñar al ignorante y dar consejos al iluso; pero el bienestar y felicidad de los pueblos debe imponerse por los que pueden más que nosotros. Puesto que tú tienes tanto favor con los grandes de este país, si es cierto que te eligieron jefe, yo te recomiendo con interés paternal la suerte de la isla.

—Acepto, señor, tu indicacion, la que va á ser para mí una órden que cumplimentaré con suma alegría.

—Yo te bendeciré en el mundo y Dios en el cielo.

—Tendré que luchar con grandes dificultades; pero tratándose de una idea tan santa, todo cuanto se haga es poco; ¿verdad, padre mio?

—Cierto, Florian; no debe perdonarse medio ni sacrificio alguno por mejorar la suerte del infortunado.

—Grabo esas frases en mi memoria con caracteres indelebles; tuyas son, señor, y lo que aconsejas á otro no podrá rechazarlo mañana un hombre como tú.

—Al contrario; te ofrecí mi ayuda, obedecerte en todo, y no faltaré como padre ni como caballero.

—¿Me lo juras?

—Por el Dios Santo que nos oye.

—Aquí veo una biblia, y en ella está el Evangelio. Míralo; pon la mano sobre él; repite ahora tus últimas palabras.

—Te lo juro por el Dios Santo que nos oye. Pero no comprendo...

—La abundancia en lo indispensable, en lo grande, en lo magnífico, no estorba nunca.

—¿Quieres más?

—No; ya tengo bastante; ahora beso tu frente y tu mano derecha.

—¿Por qué, hijo?

—Porque te amo y te respeto, y áun cuando pienso hacerte obedecer mis órdenes, no por eso me sobrepondré á tí en otra cosa que en aquello de pura necesidad.

—¡Bah! nosotros, además de padre é hijo, somos dos hermanos, dos amigos, dos compañeros, y tan asimilados en ideas y pensamientos, que no hallo posibilidad en que rechace el uno lo que quiera el otro.

—¿Terminaste tu libro?

—Esta tarde.

—¿Me lo regalas?

—Sí.

—¿Verás mal el que le añada un capítulo por via de apéndice?

—No, siempre que lleve tu nombre; á cada uno lo suyo.

—Ya me va haciendo daño esa idea de tuyo y mio.

—Es que ahora eres tú, con beneplácito mio, el poderoso en dinero y en aura popular.

—Por esa razon te prohibo que vuelvas á hablarme de lo que es tuyo en otro sentido.

—Te obedeceré, rico banquero, escritor sublime.

—¿Eres ya senador?

—Sí.

—¿Y Mendo diputado?

—Los dos juramos ya.

—Me alegro; sigue dedicándote por el dia á la política y por la noche al bien de esa pobre humanidad, afligida y doliente. Reparte sin tasa, duque, y cuenta que yo estoy imposibilitado de hacerlo por falta de tiempo y porque encargado tú...

—Descuida, hijo, que conmigo ha de bastar. Recuerdo ahora que debo visitar esta noche á una pobre viuda con seis hijos y á otras cuatro familias...

—Vete, que yo miéntras seguiré leyendo tu libro. ¿Dónde está?

—En ese cajon de la derecha.

—Cuando regreses entra aquí, y nos retiraremos á nuestra cámara de dormir.

—Volveré tarde, y tú estarás cansado...

—Te espero leyendo. Adios. Di á tu secretario, si está en casa, que venga á saludarme.

El duque, después que hubo estrechado á su hijo, salió, en tanto que aquél comenzaba á hojear de nuevo el mencionado manuscrito. Minutos más tarde fué interrumpido por Arturo, que le alargó la mano, diciendo:

—Bien venido, mi querido vizconde; deseaba con impaciencia tu regreso.

—¿Qué acontece, amigo mio?

—Nada de particular; queria verte, hablar contigo y estrecharte.

—Gracias; siéntate á mi lado. ¿Nos oirán?

—Creo que no.

—¿Aún careces de policía en este palacio?

—Sí; tus criados son incorruptibles.

—Eso te probará que el hijo no se descuida tanto como el padre.

—Buena gente has elegido; te aman y respetan de un modo inexplicable.

—¿Has hablado ya en el congreso?

—No.

—¿En qué te entretienes?

—Estudio y averiguo.

—Qué aficion tienes á lo último, Mendo. Sepamos si tu clara inteligencia, si tu habilidad y destreza dieron por resultado en este país lo mismo que en Europa. Quedamos en que á mi padre nada le dirias, pero que á mí no podrás ocultarme nada.

—No he faltado á mi palabra en lo relativo al señor duque.

—Cumple ahora en lo concerniente á mí.

—Creo saber, es decir, infiero, porque aquí de todo dudo, que la princesa Zeneida está enamorada de tí.

—Eso ya me lo dijiste en Cádiz.

—Es que no he concluido; que tú la amas tambien, y que debes á ella la inmensa fortuna y poder de que dispones.

—Algo de verdad hay en eso, Arturo, pero sólo algo.

—¿En qué me he equivocado?

—En mucho.

—Entérame...

—¡Yo! Deliras esta noche, Mendo. ¿Qué se han hecho aquella perspicacia y sagacidad, aquel talento profundo, aquella adivinacion que tanto admirábamos en Europa?

—Si los tuve y los conservo se estrellan ante el silencio é incorruptibilidad de los hombres que te obedecen. ¡Qué amor te profesan, qué grande te ven, qué reservados son ellos!

—¿Se equivocan, Arturo? Sé franco.

—No; con la espada eres un héroe; con la pluma un Ciceron; con la elocuencia un sábio, y en conjunto el César de esta isla. En España te desconocieron en parte, porque nunca te dedicaste á otra cosa que á imitar á tu padre en lo valiente, generoso y espléndido; fuiste su sombra, su remedo, pero aquí te encontraste solo, pobre, desgraciado, y entónces te diste á conocer como eras, comprendimos cuanto valias.

—Me estás adulando, Mendo.

—No, Florian, que hoy, lo digo con dolor, hoy te sobrepones á tu padre.

—¡Sacrílego, calla! ¿Leistes este libro?

—Lo sé de memoria; pero tambien aprendí tu comedia; tambien vi el estudio que hiciste en veinte dias de esta isla, y contemplé, por último, á un pueblo entero que se postra y humilla ante tu genio creador, omnipotente. Antes era la mirada de tu padre la que imponia y dominaba; eran su voz, su lógica las que no tenían réplica; hoy son las tuyas.

—Muy bien, señor brasileño. Oye una verdad que parece paradoja y no lo es. Del mismo modo que yo fuí poco á poco elevándome á esa altura donde me ves y admiras, iré descendiendo para que mi padre suba sobre mí y sobre cuanto existe en la isla. Fíjate bien en mis frases: cuando el astro Florian haya adquirido su mayor apogeo, su más extenso y radiante brillo comenzará á apagarse para dar paso al astro Bricio, que irá aumentando su luz, ensanchando su disco hasta quedar solo, único que vivifique, alumbre y admire. ¿Comprendes el problema?

—Sí.

—¿Qué deduces?

—Que amas al duque de Noal tanto como yo, puesto que más es imposible; que eres digno de su apellido, y que nunca estarás más elevado que el dia ese en que cedas tu puesto, no á quien vale más que tú, sino á quien amas y consideras más que á tí.

—¿Va siendo mi padre ménos desgraciado?

—Sí; su filantropía es un gran paliativo contra el cáncer que trajo de Europa. Sé que tú sanaste por completo, y léjos de censurar tu conducta, bendigo dia y noche á la Providencia que te guia, inspira y curó. Un alma tan noble, generosa y jóven merecia esa suerte. Recuerdo ahora que queria pedirte un favor.

—Concedido. Habla.

—Muy pronto y con bastante ligereza me lo otorgas; puede que al saberlo varíes de opinion.

—O no, que Régulo jamás faltó á su palabra.

—Veamos. Deseo conocer á la princesa Zeneida; pero no de un modo superficial...

—Mañana y pasado son dias festivos, no tienes congreso, y podrá reemplazarte cerca de mi padre mi secretario Iglesia: pues bien; en cuanto amanezca te vas á su posesion y no vuelves hasta pasado mañana por la noche.

—Acepto, mas necesito un pretexto, una causa que justifique...

—Ahí tienes papel para cartas; escribe.

—Cuando gustes.

Florian le dictó:

«Mi adorada Zeneida: El portador es D. Arturo Mendo, »secretario de mi padre y mi amigo íntimo. Su lealtad le hizo »acreedor á todo mi aprecio y cariño. Fuimos compañeros en »América, en Europa, en los mares y en la tierra, y jamás »sér alguno me inspiró tanta confianza como él: por eso no le »oculté secreto alguno. Siéndome imposible pasar mañana á »verte, como me pide el corazon, como desea el alma, va en »mi lugar, con objeto de enterarte de cuanto me ha acontecido »en los veintiun dias que vivo alejado de tí. Que ocupe mis »habitaciones, mi lecho; que salga á caballo y en carruaje; »que te acompañe á todas partes; que me represente, en fin, en »cuanto pueda y deba, sin que lo impida desconfianza á que »jamás se hizo acreedor el noble y leal Arturo.

»Cuán largas son las horas fuera de esa deliciosa posesion; »qué árido el mundo cuando no escucho tu acento, veo tu divi»na faz y ese sol, único que brilla para mí.

»No debo aumentar mi tristeza; esta letra es de Mendo, »como prueba de mi ilimitada confianza en él, sin que arguya »nada en contrario del inextinguible amor que te profesa tu...»

—Dame la carta; añado *Florian* y la rúbrica; ciérrala y escribe el sóbre.

—Díctamelo.

—A S. A. R. la Serma. Señora princesa Zeneida de Kousou.

—¿Le pongo lacre?

—No, llévala abierta. Usa mi coche, el cual puede llevarte en un tren especial á la estacion más próxima; en ella encontrarás guardas que te facilitarán un caballo ó carruaje con sólo decirles que vas de mi parte.

—¿Qué disculpa doy al duque?

—Ninguna; bastará con que yo le manifieste que te necesito esos dos dias para el desempeño de una mision importante. ¿Quierés explicarme ahora lo que te propones con esa visita?

—Sí, que no puedo callarte secreto alguno. Al llegar nosotros aquí nádie hablaba de la princesa: ó era desconocida de cási todos, ó su nombre y residencia permanecian ocultos para la generalidad; pero de pronto comienzan á ocuparse de ella los periódicos, la aristocracia, la clase media y el pueblo; comentan sus admirables dotes; se deshacen en elogios de su talento; dicen que su hermosura no encuentra rival en el mundo; que recibió una educacion brillante, y que es, en fin, un tipo sublime de belleza y sabiduría. Y como todo esto se halla confirmado con el hecho de haber prestado ella á tu corazon árido y seco la poesía y vida que no trajo, ardo en vivos deseos de admirar y conocer íntimamente esa beldad seductora. Yo soy frio, observador, y más de una vez has seguido mis consejos por creerlos tan sinceros y leales como hijos de la razon, el ínteres y la verdad; y pretendo decirte á mi vuelta qué hay de exacto en lo que se comenta y crees tú referente á Zeneida.

—Muy bien; cuando hayas formado idea de lo que es y de lo que vale, añádele de mi parte todo aquello que creas puede inspirar ese ángel.

—Cumpliré tu encargo fielmente, aprovechando las pocas horas de que voy á disponer.

—Pues marcha á disponer lo conveniente ínterin yo continúo leyendo.

—Traigo otra pretension.

—Habla.

—El buen Piñeiro recibió durante la travesía pruebas inequívocas del interés y cariño que me inspiraba, las cuales ha interpretado á su modo; así es, que hace poco me dijo: «Dun Mendu, pur la amistad que nus une haga V. que el señurito me reciba al mumentu.» Por consiguiente, intercedo en favor de tu cochero, improvisado amigo mio desde que llegamos á la isla.

—Todo debe tolerársele al pobre Juan. Que éntre cuando quiera.

—Adios, vizconde; hasta mi vuelta.

—Él te acompañe, y no le escasees frases tiernas á ese ángel que vas á visitar.

Salió Arturo, y Florian quedó paseando, hasta que de pronto le detuvo la grave figura de Piñeiro. Vestía nuestro cochero una enorme levita azul que le llegaba desde el cuello hasta los tobillos; en veinte botones de una pulgada de diámetro lucía la corona ducal; sus botas brillaban como el charol, y por encima del cuello de la levita se veia el canto del chaleco de grana. De su blanca corbata salian dos puntas ó tirillas de la camisa, que le cubrian parte de las patillas, y en su rostro y actitud, más que un sirviente, aparentaba la mesurada respetabilidad de un *señoron* de provincia.

—Beso á V. E. la manu, señuritu.

Dijo, quedando parado en el umbral de la puerta.

—Avanza, Juan,—exclamó el vizconde.—Qué sério é imponente llegas, amigo mio.

—Yo nu soy amigu de V. E.: soy el jefe absolutu de la parte baja.

—Como si dijéramos, el señor de escalera abajo.

—No, de las cucheras y las cuadras.

—Yo creí que acompañabas á mi padre.

—El señor duque nu ha queridu serviciu esta noche; ha salidu á pié.

—Muy bien. ¿Y qué deseas de mí, Juan?

—Vengu pur facultades.

—Explícate.

—Me diju V. E. que iba yo á mandar aquí cumu en España; pedí su vénia al señur duque, y me cuntestó que su hiju era el amu.

—Pues si yo te las habia dado de antemano, ¿qué otra cosa pretendias?

—Quieru puder echar de casa á los que no cumplan, admitir nuevus, cumprar caballus, vender caballus y ser absulutu.

—Todo te lo concedo ménos lo de echar de mi casa á ningun criado. Me consta que todos ellos son buenos, y en caso de dar alguno motivo, quiero yo ántes saber la causa y fallar.

—Es decir, que yo seré el juez y V. E. el munarca.

—Eso es: tú lo sentencias y yo me reservo el derecho de confirmar ó no tu resolucion. Eres libre en todo lo demás relativo á comprar y vender, y creo inútil advertir á un hombre tan inteligente como tú, que mis coches y caballos han de competir con los mejores.

—Esu deseu.

—¿Conoces ya las calles?

—Todas.

—¿Quién sirve á mi padre?

—Yo solu.

—¿Como en Madrid?

—Lu mesmo.

—¿Qué te parece mi casa, es mejor que la de Cádiz?

—Estu no es casa, es un palaciu manífico, el mejur de Madrid.

—Hombre, al hablar conmigo deja esa gravedad impropia en la parte alta del edificio.

—Nu puedu: en tudas partes soy absulutu.

—Cuidado no te hagas déspota.

—Ya lu soy.

—Te van á aborrecer.

—Al cuntrariu: comu saben que mi desputismo nace del cumplimientu del deber, todus me respetan, cunsideran y ubedecen comu es debidu. Estoy en mi centru; ¡qué gloria la mia!

—¿Nunca pierdes esa actitud severa?

—Jamás; hasta durmidu estoy estirado y grave.

—Pues voy á sacarte de ella con una sola frase.

—Impusible.

—Veamos: ¿y la gaditana?

—¿La... la gaditana? Nu la ulvidu un instante.

—Que te haces un arco, Juan.

—El pesu de su hermosura me perdió el equilibriu.

—Ya lo veo.

—V. E. tiene muchu talentu, y ha tucadu la cuerda más tirante de mi pechu.

—Noto que sonries, tu rostro se pone encendido y diste al traste con la gravedad y la mesura.

—Es tan bunita.

—¿Sigue en Cádiz?

—Ya la he escritu para que su madre la traiga, pur aquellu de tenerla cerca.

—¿Sabe algo el duque?

—Nada, nu me he atrevidu; peru se lu dije á mi amigu Dun Mendu.

—¿Y qué te contestó Arturo?

—Que era este negociu para V. E.

—Cierto; procura que mi padre ignore por completo esos amores.

—¿Pur muchu tiempu?

—No lo sé, Juan, mas es indispensable que los desconozca hasta que yo disponga otra cosa.

—Si V. E. me lu impone...

—Sí.

—Paciencia entónces.

—Que venga en buen hora; da á la madre y á la hija cuanto necesiten. ¿Son pobres?

—Solu tienen sus manus.

—¿Honradas?

—Comu mi gallega, que en gloria esté.

—Muy bien; que no carezcan de nada, y esperad los tres.

—V. E. tambien debia de casarse; tan jóven, tan guapu y con tantu talentu...

—Déjame, Juan, que estoy ocupado. ¿Querias alguna otra cosa?

—Nada, nada; creu que yu tambien he tucadu una cuerda tirante. Perdone V. E. si le he faltadu. Parece que se ha puestu triste.

—Déjame solo, Juan.

—Sentiria...

—Marcha, y jamás me hables de otra boda que de la tuya.

—Cumpliré la órden. Besu á V. E. la manu.

Salió el sirviente, y Régulo continuó leyendo hasta las doce de la noche, que fué interrumpido con la presencia de su padre.

—¿Qué haces, hijo mio?—le preguntó aquel entrando.—¿Por qué no te has acostado?

—Imposible, señor; no dormiré esta noche hasta que concluya ese admirable libro. ¡Qué efecto va á causar en la isla! Sólo la Providencia podia dictar una obra tan grande, tan oportuna, tan conducente al objeto de mis aspiraciones.

—Me alegro que te parezca así.

—Noto que has hecho uso de los datos que te mandé.

—Sí, en el resúmen los tuve en cuenta.

—Acuéstate, padre mio; yo permaneceré aquí todavía dos horas.

—No debo consentirlo.

—¿Por qué?

—Vendrás cansado, y no merece ese libro...

—Dormí cuatro horas esta tarde; es indispensable que tu obra vea la luz pública, y le falta el apéndice.

—Lo siento, pero me resigno. Adios.

—Hallarás en tu alcoba á Arturo Mendo, que va á despedirse de tí.

—¿Dónde marcha?

—Cerca, muy cerca; le encargué el desempeño de un asunto importante, en el cual empleará un par de dias.

—Si tú lo necesitas, nada replico.

—Sí; en ese corto espacio queda á tu disposicion Constantino Iglesia.

—No me hace falta; por ahora tengo bastante con mi ayuda de cámara y con Juan Piñeiro. Hasta luégo, hijo mio.

Se marchó el duque, permaneciendo el vizconde embebido en la lectura del libro escrito por su padre.

A las tres de la madrugada lo dejó, exclamando:

—Acabé; esta obra causará un efecto mágico entre mis amigos, los cuales van á conocer al duque de Noal y á admirar su gran talento y suma sabiduría. Tarde es, pero jamás me fuí al lecho más complacido que en la presente noche.

Media hora después dormia tranquilamente en la misma alcoba que su padre y con idéntico sueño.

CAPITULO XXIX.

El apéndice.—La audiencia.—Copia de un cuadro terrible.

A las ocho de la mañana se hizo vestir Régulo, después de cruzar algunas frases con el duque. Inmediatamente se encerró en su despacho, dando la órden de que no recibia á nádie, que no se desayunaba y que queria estar completamente solo.

Luégo comenzó á escribir, dando principio al apéndice con que se habia propuesto aumentar el libro de su padre.

Cuatro horas permaneció sin que nádie osara interrumpirle; al cabo de este tiempo se abrió la puerta del despacho, apareciendo Constantino Iglesia.

—Es preciso almorzar, vizconde,—le dijo.

—¿Qué hora es?

—Las doce.

—Muy bien; si continúo lo mismo, pronto acabaré. ¿Han estado á verme?

—Sí.

—¿Quién?

—Vários.

—Sus nombres.

—Valleameno, Monserrat, Badillo, algunos otros grandes y un mayordomo de S. M.

—¿Los has recibido tú?

—Acompañado de tu padre, el cual te disculpó con talento y frases que sólo el encuentra.

—¿Qué querian?

—Los primeros darte la bienvenida y hablar contigo; el último trajo órden terminante de que te presentes á las ocho de la noche en la real cámara.

—¿Para qué?

—Lo manda S. M., y, segun dice Valleameno, desea únicamente conocer al sublime bate.

—Lo siento, mas iré, áun cuando robe después á mi descanso el tiempo que emplee en la audiencia. Pasemos al comedor.

Sólo una hora perdió en almorzar, tomar café y hablar con su padre.

—Puesto que estoy de luto,—dijo levantándose,—que me tengan dispuesto para las seis un traje completamente negro, sin condecoracion alguna; después de vestirme comeremos.

Y volvió á encerrarse y á continuar su trabajo.

A la hora indicada entró el duque, preguntándole:

—¿Te queda mucho, hijo mio?

—Ménos de la mitad; pienso terminarle en la presente noche, si S. M. no me entretiene demasiado.

—Deduzco de tus frases que vas á pasar otra mala noche.

—Al contrario: este trabajo me distrae, absorbe por completo mis facultades intelectuales, y corren las horas insensiblemente para mí.

—Te vas haciendo temible, Florian; y es lo cierto que el duque de Noal empieza á conocer por rival al vizconde de Régulo.

—Acaso opine lo mismo el público; cuando el libro esté impreso lo veremos.

—Deseo que te eleves sobre mí; que brilles como el sol, y que nádie se iguale á tí en talento y sabiduría.

—Lo creo, alma noble y generosa; yo en cambio, si tuviera un trono, te lo regalaria al momento.

—Bien estamos así.

—Es que si yo lo heredase, te obligaria á que subieras sus gradas y te sentases en mi puesto.

—Pero como eso es sólo una hipótesis, nos quedaremos como estamos, que no es poco para los pobres presos de hace unos cuantos meses.

—Voy á vestirme; ¿me acompañas?

—Claro es.

—Pues háblame de lo que quieras; todos nuestros criados son leales, y no hay temor de que vendan ninguna de nuestras conversaciones.

—Te sigo. Pienso, Florian, que no estamos mal servidos; pero en la casa donde no hay mujeres falta siempre aseo y órden.

Régulo tembló; pero se repuso de pronto, contestándole con su innata sangre fria:

—Pues cásate, y con la nueva duquesa de Noal vendrán doncellas, camareras etc., etc.

—¡Jesús, qué disparate! ¿Estás en tu juicio, hijo mio?

—Me parece que sí.

—¿Crees por ventura que tiene reemplazo en el mundo mi bella y casta María?

—No me he metido á averiguarlo; pero no siendo viejo, y facultándote la religion católica y las leyes civiles...

—¡Calla, sacrílego!

—¡Mal católico, sacrílego me llamas porque opino como la Iglesia!

—La religion tolera ó admite segundos casamientos, pero no los impone.

—Yo no te aconsejo que lo efectúes; contesto sólo á tu indicacion de que hacen falta mujeres en esta casa.

—Florian, los que perdieron dos tesoros de virtud, de hermosura y de pureza como aquellos por que nosotros suspiramos, no intentan jamás buscar un imposible. Al hablarte de eso me referia á otro que no está en nuestro caso.

—¿Quién es?

—Juan Piñeiro.

—Comprendo: el hablador de Arturo te habrá enterado ya de los nuevos amores de tu cochero.

—Sí.

—Lo extraño hubiera sido que esa serpiente brasileña te ocultase algo.

—No me contraigo sólo á Juan: todos nuestros criados son solteros...

—Ya, y tú continúas con tu monomanía de casar á todo el mundo.

—Es el estado normal del hombre.

—¿Tambien has pensado en mí?..

—¡En tí!.. No, hijo mio; nosotros estamos separados por un corto plazo de nuestras esposas, y un dia no lejano nos volveremos á unir á ellas.

Sin descomponerse Florian, le contestó:

—Pero siento decirte que esa nuestra mútua idea es ya una paradoja.

—¡Florian!..

—Padre, nádie sabe lo que pasa en el cielo; mas es lo probable que allí sólo se ame á Dios; sólo se tenga á Dios; sólo se espere y obtenga de Dios.

—La filosofía del siglo XIX.

—Lo más verosímil de cuanto se ha expuesto hasta ahora sobre la eternidad; dicen que es una locura asimilar nada de lo que pasa en esta vida á lo que ha de acontecer en la otra, y la verdad es que no se puede combatir esta idea con razonamiento alguno fundado.

—No es esta cuestion que debamos debatir ínterin te visten.

—Creo que está ya terminada.

—Mejor es efectivamente darla por concluida. ¿Caso á Juan?

—Sí, y á todos cuantos quieras, con la sola excepcion de nosotros dos.

—Por supuesto.

—Me he hecho tan partidario como tú de las bodas.

—Tu moralidad y pureza de costumbres te ha llevado á esa creencia.

—¿Vamos al comedor?

—Te sigo.

Y se sentaron á la mesa, en la que permanecieron hasta las ocho ménos cuarto.

—Mi berlina,—exclamó Régulo.

—Al pié de la escalera la tiene V. E.

—Sígueme, Iglesia.

Añadió Florian, y ámbos montaron, dejándose conducir al real palacio. Ya en él, se quedó Constantino en el carruaje, subiendo sólo el vizconde, y sin llevar, como hemos dicho ántes, condecoracion alguna. Atravesó la meseta, y allí le detuvo un guardia, preguntándole:

—¿Cómo se llama V?

—Florian de Calatrava.

El militar miró un papel que tenía en la mano, replicando:

—No está V. en la lista de audiencia, y no me es permitido dejarle pasar.

—En ese caso ruego á V. diga á su jefe que ha estado aquí, por órden de S. M., Florian de Calatrava, vizconde de Régulo, y que se retira...

—Perdone V. E.; el primero de la lista es el Excmo. Señor vizconde de Régulo, pero yo ignoraba su nombre y apellido... Pase V. E. y dispense la equivocacion.

—¿Por dónde?

—Esa puerta comunica con la saleta.

Calatrava penetró en un salon grande, en el que habia,



C. MUGICA, dibº y litº

Lit. de J. DONON. Madrid.

—Su Magestad recibe

—Recibe! Pues si recibe.....

—Silencio; aquí se vè, se oye, y se calla.

vários caballeros y señores, dos porteros y un ujier. El último le preguntó:

—¿Su nombre?

—Régulo.

—¡Ah! servidor de V. E. Pase á la cámara, que áun cuando viene sin banda ni cruz, todos aquí le conocemos.

Y lo acompañó á otra habitacion más pequeña, en la que se hallaban palaciegos, damas, altos empleados y dos ó tres particulares, grandes cruces como el vizconde.

En los momentos de llegar Florian todos los reunidos allí formaban un solo grupo, y estaban pendientes de la contestacion á la pregunta que una señora habia hecho al gentil hombre de guardia. El palaciego exclamó con tono solemne:

—S. M. recibe.

—¡Recibe! Pues si recibe...

—Silencio; aquí se ve, se oye y se calla.

Y todos enmudecieron, permaneciendo inmóviles como estatuas, á excepcion de Régulo, el cual, fija su mirada en un cuadro de bastante mérito, estaba indiferente á cuanto ocurria en derredor.

De este modo trascurrieron diez minutos; al cabo de ese tiempo se abrió una puerta pequeña, y apareciendo en los umbrales otro palaciego, exclamó:

—El señor vizconde de Régulo.

—Servidor de V.

—S. M. le espera; por aquí.

Y entró Florian en una cámara pequeña, en cuyo centro estaba solo y de pié Francisco I. Este monarca era alto, excesivamente grueso, y vestía idéntico traje que Régulo, á excepcion de la corbata, que era blanca.

Calatrava hizo una reverencia al entrar, y avanzó, inclinando luégo la rodilla derecha; pero Francisco cogió en sus dos manos la derecha del vizconde, y lo levantó, diciendo:

—Tenía deseo de conocerte, y tu viaje por las provincias me ha impedido lograrlo ántes. ¿Es buena tu salud?

—Sí, señor; ¿y la de V. M. continúa como yo deseo y el país necesita?

—Por desgracia no; todo mi cuerpo está lleno de dolores, me atormenta la gota, me molesta el reuma y el histérico no me deja descansar.

—Lo siento, señor.

—Voy ya para viejo, y mis médicos son tan sábios y entendidos como los tuyos y como los demás.

—Es una ciencia difícil; todos son imposibles en ella, y por talento que tenga el hombre, se pierde y confunde en ese laberinto de fenómenos que á cada paso se le presentan.

—Vizconde, yo no entiendo de eso, pero creo que los facultativos lo desconocen cási todo.

—Consiste, señor, á mi modo de ver, en que la naturaleza nos permite conocer algunas verdades y nos oculta muchos secretos.

—Pues esos eran los que debia penetrar la vista médica.

—Es cierto, pero le falta al hombre perspicacia, ó la Providencia dispuso de antemano que pasasen desconocidos, y ante su poderosa voluntad se muestra impotente la ruin sabiduría humana.

—Tienes razon. ¡Ay!

—¿Qué es eso, señor?

—Esta pierna...

—Siéntese V. M.; yo se lo suplico.

—Lo haré.

Y se dejó caer en un sillon, diciendo al gentil hombre que veia en la cámara contigua:

—No puedo recibir á nádie más; cierra esa puerta, y que ninguno pase ínterin permanezca aquí Régulo.

Obedecido que fué, añadió:

—Siéntate á mi lado, vizconde.

—¡Señor!..

—Te lo mando, y está seguro que tengo un verdadero placer en verte á mi lado.

—Gracias, señor; me inclino ante una bondad que no hallo frases suficientes á elogiarla.

—Vi representar tu comedia; después la he leido en union de dos composiciones que publicaste anteriormente, y las tres me han convencido de que tienes mucho talento. Valleameno me habla mucho de tí, elogia tu valor, la rectitud que preside tus acciones, tu nobleza y generosidad, y hé ahí justificado mi deseo de verte, de que hablemos una hora ó más.

—Señor, continúo admirando la bondad de V. M., comprendo por centésima vez que el conde de Valleameno ve mis hechos por el prisma de su leal amistad, y para que yo fuese honrado en esta real cámara bastaba sólo el deseo de mi señor.

—No todos los que me rodean se parecen á Salomon ó á César en sabiduría, ni á Guzman en abnegacion, por lo cual siento un verdadero placer al encontrarme frente á un hombre como tú. Puesto que acabas de recorrer parte de mis pueblos, cuéntame con franqueza y sinceridad qué has notado en ellos que deba saber yo.

—Bien comprende V. M. que yo no soy infalible y que mis apreciaciones pueden ser guiadas por el error ó la ignorancia.

—Yo sé lo que tú vales; cumple mi deseo.

—Señor, como en Europa y en muchos puntos de América, he visto un pueblo desgraciado, sin apego al trabajo unas veces y sin proteccion otras; ricos que abusaban de su poder é influencia, y una clase media que lucha contra todo lo malo y que sucumbe por lo general. No extrañe V. M. rehuse los detalles, pues no conozco á fondo este país, ni me es dado analizar lo que merece un estudio más profundo. Sin embargo, mi padre, que ha dispuesto de más tiempo que yo relativamente, que debe á Dios más talento...

—Me hablaron de él, y tengo idea de lo que lo elevaron sus hechos. Continúa.

—Pues bien: mi padre, señor, acaba de escribir un libro

que empezará á ver la luz pública inmediatamente, en el cual hallará V. M. clara, terminante, detallada la contestacion que exige de mí.

—Me alegro, y te encargo me mandes un ejemplar, el primero que salga de la imprenta.

—Antes de ocho dias lo tendrá V. M.

—Entremos en otra cuestion: mi pobre hermano (que en gloria esté) dejó una hija, más aficionada á sus árboles y flores que al lujo y esplendidez de la corte. Creí hasta hace poco que educada entre los bosques y léjos de todo roce social, sería una jóven torpe, ignorante; pero acaban de asegurarme lo contrario, y añaden que nádie como tú puede decirme lo que es y lo que vale. Te exijo, en consecuencia, que seas tan franco, leal y sincero como yo necesito.

—Está bien, señor; no puedo negarme á complacer á V. M., y por lo tanto, declaro solemnemente que no he conocido mujer de más talento ni hermosura en el mundo.

—Perfectamente. ¿Es persona muy ilustrada?

—No hablé con ninguna que le aventajase.

—¿Fina, atenta, cortés?

—Es un ángel, cuyos modales y dulzura encantan, atraen y seducen.

—¿Altiva?

—Modesta y hasta humilde como todo lo verdaderamente grande y elevado.

—¿Ambiciosa? No mientas, Régulo.

—No lo hice nunca, señor. Zeneida es muy ambiciosa.

—Lo habia supuesto.

—Pero no de poder ni de riquezas, sino de su dicha y tranquilidad, y éstas las encuentra únicamente entre sus árboles, plantas y flores.

—¡Qué dices!

—La verdad, lo juro.

—¿La estudiaste bien?

—Leí en su corazon como en un libro.

—La que cuenta con un talento tan grande tiene medios sobrados de ocultar lo que le convenga.

—He dicho ántes á V. M. que es un ángel, y me ratifico en la idea, añadiendo que no existe en el mundo princesa ni dama más sincera, leal, noble é incapaz de mentir ó engañar.

—Por desgracia no se parece á sus primas en talento y sabiduría. ¿Qué me contestas?

—Nada, señor.

—¿No oiste hablar del estado en que se hallan las pobres infantas?

—Algo escuché, señor.

—¡Ay! Mis desgraciadas hijas no tienen el cerebro como yo quisiera. ¿Crees tú que mi sobrina llegaria á ser madre tierna de las que sólo es prima?

—Nádie como ella, que lo es de cuantos necesitan de su inagotable bondad.

—Régulo, no exageres, yo te lo ruego.

—Señor, yo no sé ni áun desfigurar la verdad: Zeneida es un ángel que ama todo el que lo conoce.

—¿No te ciega alguna pasion?

—La vi por primera vez siendo yo pobre mendigo que llegaba á su puerta implorando una caridad, que hallé inagotable, sublime. Entónces empecé á comprender lo que era ese tesoro escondido entre los árboles de Nueva-España.

—¡Tú has mendigado, Régulo!

—Me acerqué á su palacio fugado de una cárcel, hambriento, bañados mis piés en sangre, fatigado por el cansancio y el insomnio y en el peor estado que puede encontrarse un hombre.

—¡Tú!

—Yo, señor.

—¿Qué delito cometiste?

—Ninguno.

—¿Por qué te prendieron entónces?

—¿Pues qué, lo ignora V. M?

—Sí.

—Parece imposible.

—A mí me dicen sólo lo que les conviene.

—Nos encarcelaron á cuantos veníamos en el bergantin *Lucero* por el solo hecho de haber llegado á este país.

—No merecen más los piratas. ¿Conque tú te escapaste?

—Sí, señor.

—¿Y Zeneida?

—Me dió hospitalidad con régia esplendidez.

—Háblame de ella mucho, cuanto sepas, con tal que no exageres.

—No obstante haber llegado á su palacio, como dije ántes, ó sea flaco, hambriento, empolvado, raido el traje y con más trazas de malhechor que de caballero, me admitió en su casa, dispuso que curasen mis males, y enterada de quién yo era, me creyó por solo mi dicho, mandando que se me diera tratamiento, cuanto necesitase, y un asiento, por último, en su mesa.

—Bondadosa estuvo mi sobrina, Régulo.

—Tan filantrópico proceder me llevó de sorpresa en sorpresa hasta encontrarme frente á ella, desde cuyo instante juzgué que aquel rostro tan bello, aquella mirada tan dulce, aquel conjunto angelical no podia ménos de contener un gérmen inmenso, inextinguible de caridad cristiana, de bondad y filantropía.

—¿La quieren sus criados?

—La aman, la respetan, y no hay uno que no se halle dispuesto á dar su vida por ella.

—¡Qué suerte tiene; no me sucede á mí lo mismo!

—Es para todos los que dependen de ella una madre tierna y cariñosa.

—No soy yo malo con los mios, y cuando no les doy... ¿A quién distingue y considera mi sobrina más que á los restantes?

—¿A quién? En primer lugar la memoria de su padre...

—No es eso, hombre; te pregunto quién es el afortunado que mi sobrina ve con más cariño y simpatía.

—¡Ah! Ahora comprendo la pregunta: ese privilegiado sér no es otro que V. M., su muy querido y respetado tio.

—¿Habla de mí?

—Contínuamente.

—¿Qué dice, qué dice?

—Que siente ver sobre los hombros de V. M. la pesada carga de un poder que debe molestarle mucho, y que se alegraria bastante contemplarle á su lado en aquella tranquila y deliciosa posesion.

—Las mismas ideas que mi hermano. ¿Por qué no viene á verme?

—Si V. M. la llamase se apresuraria á obedecerle; mas si lo dejase á su eleccion, preferiria tener á su tio, como he dicho ántes, á su lado, léjos de la corte.

—¿Qué hace en su posesion?

—Pasear á caballo ó en carruaje, socorre á cuantos desgraciados llegan á ella, estudia, pinta, escribe, y es un modelo de virtud y pureza.

—Régulo, me han asegurado que tú tienes grande influencia con ella.

—¿Yo, señor?

—Tú, sí; fué Valleameno el que me enteró, y ya sabes que tan cumplido caballero es incapaz de engañar á nádie.

—Cierto, y no lo es ménos que Zeneida elogia mis escritos, me habla con amabilidad, y estuvo siempre conmigo atenta y deferente; pero la persona de gran influencia es otro.

—¿Quién?

—El hermano de su padre, V. M.

—Régulo, yo sé que te estima mucho, mucho, y es indispensable que seas tú el encargado de una mision importante cerca de ella.

—No comprendo, señor.

—Quiero que vayas de embajador junto á esa beldad se-

ductora; la demanda no puede ser más grata para un jóven y apuesto caballero como tú.

—Gracias; poco ó nada entiendo de diplomacia, pero obedeceré á V. M.

—Los hombres de tu talento y sabiduría nada hacen mal, vizconde, y en esta ocasion vas á prestar un servicio importante á mis pobrecitas hijas.

—Soy todo de V. M.

—Ponte de pié; dame ahora tu brazo.

—Señor, tanta honra...

—Obedece y calla. Adelante.

Apoyado el rey en Calatrava salió por una puerta de su pequeña cámara que comunicaba con un pasillo, á cuyo extremo se detuvieron ámbos.

—Observa,—dijo Francisco I á Florian,—el cuadro que te voy á presentar, y luégo hablaremos de él.

Y abrió otra puerta, que dejaba expedita la entrada á una de las cámaras de las infantas. Las dos hermanas estaban allí entre cuatro damas; las primeras eran jóvenes; las otras pasaban de cincuenta años.

Al presentarse el rey y el vizconde se pusieron de pié las señoras, en tanto que las infantas permanecieron sentadas sobre la alfombra, jugando con objetos impropios de su edad, sin hacer caso alguno de la régia visita.

—¿En qué os entreteneis, hijas mias?

Les preguntó Francisco; pero ninguna le contestó. Entónces avanzó aquél y las fué besando sin que ellas dejasen por eso su entretenimiento. El padre las miró con sentimiento, cerró de nuevo la puerta, y volviendo á cogerse al brazo de Régulo, entró de nuevo en su cámara.

Sentados otra vez, exclamó Francisco:

—Ya has visto el cuadro que te anuncié, Florian; ¿qué te parece?

—Señor, entiendo que en los cerebros de SS. AA. hay alguna perturbacion.

—No es eso, vizconde; existe en el organismo nulidad completa.

—Acaso tenga razon V. M.

—Ese lenguaje me gusta, y lo hallo muy propio de un hombre como tú. Pues bien; ahora debo decirte que ínterin yo me encontré fuerte y sin temor á sucumbir, me ocupaba dia y noche en buscar los medios de que sanaran mis hijas; pero visto que su enfermedad no tiene cura, y que la mia va agravándose por momentos, se hace indispensable una resolucion que asegure el porvenir de esas infortunadas. Ahora bien, tú, que eres ajeno á los asuntos de este país, que, segun dicen todos, jamás obras sin que la rectitud y nobleza inspiren tus acciones, tú, tan valiente y caballero, ¿qué me aconsejas?

—Señor, el problema es difícil, pero jamás se negará mi alma á apoyar la idea de un padre que pide proteccion y amparo para sus hijas. Quiero aconsejar á V. M., lo deseo; pero ántes necesito conocer su opinion.

—Es muy justo. Yo, Calatrava, intento que mi sobrina la princesa Zeneida sea la madre de esas niñas, y agradecido á lo que pueda hacer por ellas, nombrarla mi sucesora; eso es todo.

—Quién inspiró la idea á V. M., ¿puedo saberlo?

—El conde de Valleameno.

—¿Cuándo, señor? Perdone V. M. que me atreva á interrogarle de este modo.

—¿Lo crees importante?

—Mucho.

—Pues pregunta lo que quieras. Hoy.

—¿Quiénes tienen conocimiento de la idea?

—Él y yo únicamente. Sus compañeros pretenden otra cosa diferente.

—Pues yo, que no sé engañar ni mentir, digo á V. M. que los últimos, en alas de su egoismo, quieren escudarse con la estirpe y posicion de esas niñas para saciar su criminal ambicion.

—Me alegro que opines de ese modo. ¡Villanos, juro á Dios!..

—Calma, señor; el asunto debe tratarse con mucha sangre fria y con bastante destreza y habilidad.

—Mañana los destituyo.

—Yo opinaria de un modo diferente.

—¿Qué harias tú?

—Yo, señor, ocultaria mi pensamiento á todo el mundo, concretándome única y exclusivamente á traer á mi lado á la noble Zeneida.

—No querrá venir.

—Cuando V. M. lo disponga abandonará las delicias de su encantadora posesion para cuidar á su tio y velar por la suerte de sus primas.

—¿Tú te comprometes?..

—Sí, señor.

—¿Tanto poder tienes sobre ella?

—No es necesario ninguno; á su hidalgo corazon le bastará saber que sus parientes necesitan de ella, y correrá al momento en cumplimiento de tan sagrado deber.

—Cien veces llamé á mi hermano, y siempre se negó.

—Pues su hija vendrá cuando V. M. lo mande.

—¿Me respondes de cumplir esa palabra?

—La empeño solemnemente, y estoy ciertísimo de no faltar á ella, siempre que V. M. se digne admitir dos condiciones indispensables.

—Habla.

—La primera es que sólo tengan conocimiento de la idea V. M., Valleameno y yo, y la segunda que continúe con sus actuales consejeros, si bien no deberá hacer nada contrario á la opinion del conde.

—Acepto; trae mañana á mi sobrina.

—Eso no puede ser; primero propóngalo V. M. al consejo, fundándose en que Zeneida deberá pronto tomar estado, y es preciso velar por ella, para que su régia estirpe...

—Comprendo, y me parece bien.

—En el instante que V. M. obtenga la aquiescencia de los ministros, comisiona á los duques de Monserrat ó de Badillo para que vayan por ella en uno de los carruajes de la real casa, y que efectúe la entrada en la corte como corresponde á su elevada gerarquía.

—¿Y tú entretanto?

—Yo, señor, estaré á su lado cuando lleguen á la posesion los régios emisarios, y al partir Zeneida por un camino regresaré por otro.

—Perfectamente. Sé franco, Régulo, con este pobre viejo que te estima mucho: ¿os amais Zeneida y tú? Nádie me lo ha dicho; es sólo suposicion mia.

—Si no se hubiera equivocado V. M. me pediria la revelacion de un secreto.

—Aun cuando así fuera, sabe guardarlos Francisco Kousou, como rey y como caballero.

—En ese caso se lo confio á V. M., seguro de su régia lealtad. Nos amamos.

—Ahora lo comprendo todo, y no puedo ménos de elogiar el talento de Valleameno. Tenían razon los duques de Monserrat, de Badillo y otros al aconsejarme que le confiara la cartera del reino. ¡Qué hábil es, qué profundo! Y yo lo tenía por un espadachin. Sus colegas se oponian, pero yo demostré tal empeño, que hubieron de inclinarse y admitirlo.

—¿Hay disidencia entre ellos?

—No; te repito que el conde es muy diestro, entendido y hábil.

—Me alegro.

—Te voy á nombrar grande de Nueva-España, duque ó marqués.

—Ruego á V. M. que no lo haga; desciendo de reyes, como probaré en su dia, y basta hoy con mi pluma y hechos; la más leve indiscrecion por mi parte descubriria el secreto de mis amores.

—Por mí no hay inconveniente en que lo sepa todo el mundo. Desde ahora los protejo y apoyo.

—Depende, señor, mi felicidad de ocultarlos por ahora.

—¿Qué causa?

—Mi padre, á quien amo con delirio; necesito una oportunidad para que lo sepa y no se oponga, pues si él se negase, jamás sería el esposo de Zeneida.

—Dicen que es muy bueno y que te quiere con delirio.

—Por eso no le disgustaré jamás. Todavía no hace un año que enviudamos los dos, y en su rectitud de ideas veria con disgusto...

—Comprendo; como él no siente ya el fuego de las pasiones tan propias á tu edad...

—Eso es.

—Quedamos en que viniste únicamente á darme las gracias por la cruz que te concedí.

—Sí, señor.

—Pero yo, al encontrarme con hombre de tanto talento, prolongué la audiencia...

—Una hora, por cuya segunda gracia le quedo á V.M. muy reconocido y obligado. ¿Me permite mi señor que bese su régia mano?

—Sí. Di á tu padre que venga á verme cuando quiera.

—Gracias, señor.

—Adios, Régulo.

—El cielo guarde la preciosa vida de V. M.

El monarca contestó á su última reverencia con un saludo, dejándose caer nuevamente en el sillon, ménos molestado por los crueles dolores que le producian sus males que alegre y satisfecho por la entrevista y asunto llevado á cabo con Florian.

El vizconde, sereno é indiferente, saludó á los palaciegos que estaban en la antecámara, entrando poco después en su berlina.

—A casa.

Exclamó, y fué á dirigir la palabra á Iglesia, cuando halló ocupado el puesto de aquél por el conde de Valleameno.

—Buena noche, amigo mio,—le dijo;—no pensaba en tan agradable sorpresa. Querrá V. saber mi conducta delante de S. M.

—No, escuché todo cuanto hablaron ustedes.

—Ya suponia yo que era imposible el secreto en aquella estancia. ¿Quiénes más nos habrán oido?

—Para que nádie pudiera hacerlo, ocupé yo el único sitio que recogia las frases de ustedes.

—¡Ya! Espadachin terrible, ministro hábil y diestro palaciego.

—Humilde servidor del señor vizconde de Régulo.

—¿Conque aquella pequeña cámara tiene un tabique tan delgado que permite?..

—Sí, oir lo que en ella se habla.

—No será esa sola.

—Acaso.

—¿Cómo no me previno V. nada sobre el grave acontecimiento que acaba de tener lugar?

—Porque deseaba saber si me habia ó no equivocado. Ayer se me presentó la ocasion, y no pudiendo consultar con nádie, la aproveché, juzgándola grande, de sumo interés y de seguro éxito. Por este medio, me dije, se evita derramamiento de sangre, y se va al punto donde nos habiamos fijado, por un camino natural, seguro, magnífico; pero como no soy infalible, guardé el secreto para todos, esperando con la conciencia tranquila á que el primer hombre de este país, usted, confirmase la idea ó la rechazara, para apoyar en el acto lo que V. dispusiera.

—¿Qué casualidad le condujo á ese terreno?

—Fuí al despacho, como de costumbre, y hallé á Francisco I, padre tierno y cariñoso, suspirando por la suerte de sus hijas.—Me muero, conde, exclamó, y esas infelices quedan entregadas al cuidado de hombres, cuya ambicion y funes-

to egoismo los precipitará, en union de esos pedazos de mi corazon, que, solos y abandonados, llegarán á ser el tema de la sátira y de la burla.—Dos lágrimas aparecieron en sus ojos, un sentimiento de caridad se apoderó de mi alma, y como de esta primera virtud en los séres humanos sólo pueden nacer grandes pensamientos, concebí el que acaba V. de apoyar, y en el acto se lo presenté al monarca como salvador del conflicto que acercaba el llanto á sus ojos. Nunca comprendió el rey con más facilidad que en esos momentos, jamás le vi tan enérgico, decidido y dispuesto á realizar lo que yo le propuse con pleno conocimiento de lo que hacía.

—En eso habrá consistido el que yo lo hallase esta noche muy diferente á como el vulgo lo describe. ¿Callará lo suficiente?

—Oh, estoy seguro.

—Entónces, mi querido conde, ha logrado V. con su idea la solucion definitiva del problema y un aplauso de cuantos tengamos noticia del hecho. Entere V. al momento á los duques de Badillo, Monserrat y restantes que deben saberlo; prepare á sus compañeros de gabinete, y aceptada por estos últimos la venida de Zeneida, me avisa V., é inmediatamente pasaré yo á su posesion.

—Creo que la princesa resistirá.

—Qué mal la juzga V., Valleameno.

—Sé que es un ángel, que ama á V. con delirio; pero ódia la esclavitud...

—Para Zeneida Kousou no hay nada primero que el cumplimiento de su deber, y si éste se lo aconsejo yo...

—Es indudable; perdone V. si la duda...

—Hemos llegado á mi zaguan, y conviene aprovechar los instantes. ¿Opondrán resistencia sus colegas á la venida de la princesa?

—No lo creo.

—¿Tiene V. conocimiento del libro que acaba de escribir mi padre?

—Me habló de él Iglesia, y dice que asombrará á los que le lean.

—No exageró. Mañana empezará á imprimirse, y es conveniente que llegue á las manos de cuantos sepan leer en esta isla.

—Que tiren cuarenta mil ejemplares, que nuestros amigos apoyarán su circulacion, y yo haré lo que esté de mi parte por el logro de su intento.

—¿Sólo hay cuarenta mil lectores entre nueve millones de habitantes que tiene Nueva-España?

—Conque llegasen á ese número me daria por satisfecho.

—Pues V. debia conocer la cifra exacta.

—No se de qué modo.

—Por la estadística.

—Cuando V. mande, señor vizconde, nos ocuparemos de eso; por ahora no la hay.

—¿Y á eso llaman ustedes un pueblo ilustrado?

—Por supuesto, si bien la propiedad no suele ir unida á todas las calificaciones.

—Mucho hay que hacer, conde.

—Bastante, y la gloria que el destino reserva á V. no puede ser mayor.

—De eso hablaremos más despacio. ¿Quiere V. usar mi carruaje?

—Gracias; me aguarda el mio á la puerta de su palacio, en el cual vendrá Iglesia.

—¿Cambiaron ustedes?

—Sí.

—Espero su aviso para ver á la princesa.

—Mañana tendré la honra de visitarlo.

—No es poca dicha recibir á un hombre de su *talla*, como dicen los políticos, y de la destreza y habilidad del buen conde.

—Gracias.

—Ruego á V. mande á mi secretario que suba á mi despacho.

Se despidieron, y Régulo subió aceleradamente, hallándose poco después frente á su secretario.

—Siéntate,—le dijo;—coge pluma, papel, y escribe.

—Dicta.

—Cuarenta mil ejemplares; seis en vitela y mil en buen papel; los restantes ordinarios. Encuadernarán los primeros en terciopelo, y cuando estén se mandará uno á S. M., otro á Zeneida; tres á los duques de Monserrat, Badillo, conde de Valleameno, y el sexto para mi padre.

—No comprendo lo que escribo.

—Ahora lo entenderás. Coge estas cuartillas, vete á la mejor imprenta, y que comiencen á trabajar sin tregua ni descanso.

—Ah, sí. ¿Qué tipo?

—Del diez; ojo redondo, fundicion nueva, y sobre todo brevedad.

—¿Quien corrige?

—Mi padre, yo ó tú si faltamos los dos; importa que no se pierda un instante. Mañana llevarás el apéndice con que termina esa obra. Parte.

Salió Constantino, y el vizconde se puso á escribir sin descansar hasta las once, que volvió Iglesia, diciéndole:

—Quedan componiendo la obra seis cajistas, y dos máquinas esperan á que haya pliegos.

—Me parecen pocos.

—Mañana se aumentará el número.

—Muy bien. Retírate.

Y siguió escribiendo el apéndice.

A las doce volvió á ser interrumpido por el duque, que entró, exclamando:

—Corre tu pluma, hijo mio, como la electricidad.

—Ah, ¿eres tú?

—¿Te entretuvo mucho S. M?

—Una hora.

—¿Qué queria de tí?

—Conocerme; después me pidió un consejo, se lo dí, y nada más.

—¿Fuiste tan leal y sincero como cumple al que lleva mi nombre y como merece ser obedecido el que ocupa el primer puesto del Estado?

—¿Tú me haces esa pregunta?

—Sí. Deseo saber si al aconsejar influyó en tí alguna cosa contraria al estricto cumplimiento del más sagrado de los deberes.

—No.

—Entónces calla lo demás, que á mí sólo me importa saber que mi hijo es noble, caballero, leal y cristiano. Noto con placer que te has repuesto completamente.

—Sí.

—Tienes una materia privilegiada.

—Como la tuya; la misma masa; tal paridad en ideas, que nos similamos en todo.

—No me pesa; rara es la hora en que no bendigo á Dios y le demuestro mi gratitud por el hijo que me ha dado.

—¿Quieres dejarme escribir?

—No.

—¿Quién manda, tú ó yo?

—En mí tú, en tí yo, en los dos la Providencia. Hablemos un poco, hijo mio.

—Si tú lo quieres, tiro la pluma, y hé aquí frente á tí al hombre más desocupado del mundo. ¿Qué has hecho esta noche?

—Salí á pié, como de costumbre, y he visitado doce familias. ¡Cuánto gocé, Florian!

—Sepamos lo que costó á nuestra caja tu entretenimiento.

—Dos mil duros nada más, como sólo saqué esa suma.

—Cuando te falte lo suples con tu lápiz y una hoja del libro de memorias.

—Temo arruinarte, Florian, tus quinientos millones...

—Te equivocas; pasan de dos mil.

—Y te lo habias callado.

—Quise evitar que pensaras mal de mí.

—Sería lo mismo que dudar de una cosa sagrada.

—Gracias. Pues ya lo sabes.

—Me interesa la noticia, y te he de probar que no la escuché en balde.

—Me alegro; yo descanso en tí y no me cuido de eso.

—Basta conmigo, hijo mio.

—Lo he dado por hecho. ¿Te reciben bien esos desgraciados?

—Los encuentro generalmente llorando, luégo me abrazan, después nos bendicen á tí y á mí, los dejo alegres, satisfechos, y algunos salen á la calle gritando:—Paso á la Providencia,—con otras exclamaciones análogas. Al principio oculté mi nombre, pero ya todos me conocen; saben que soy tu padre, que tú eres el rico, y de ahí nacen sus elogios, que yo intento evitar inútilmente.

—¿En qué te entretienes de dia?

—Con el sol hago averiguaciones; por la noche doy limosnas é impido todo lo que no es justo. Tengo ya más adictos en este Madrid que en el otro.

—Lo creo; te seguirán los que me obedecen, y, ay del que pretenda contradecir al duque de Noal.

—Yo creí que era debido á mi conducta...

—No, la mayor parte ven al padre, no al *filántropo*, por más que aplaudan tus hechos y régia esplendidez. ¿Y no tienes comisionados como en Europa para hacer descubrimientos?

—Tambien.

—En ese caso necesito de tí.

—¿Qué quieres?

—Madrugas mañana y empiezas á corregir las pruebas que te traigan de tu libro, permaneciendo así hasta la noche, que te reemplazará Iglesia para que puedas dedicarte á tus escursiones filantrópicas. Yo tambien os ayudaré en el momento que regrese de un corto viaje que haré muy en breve.

—¿Otra vez me abandonas?

—Es indispensable, padre mio; pero te repito que no te haré esperar mucho tiempo.

—Nada te digo, pues estoy seguro que me contestarias como el senador romano: «la patria lo quiere, y nada existe primero que la patria.» ¿Nos acostamos?

—Tú sí; yo me quedo hasta que concluya el apéndice, que será tarde.

—No me gusta tanto desvelo, Florian.

—Probablemente será el último, señor; y en verdad que pienso dormir de dia lo que deje de hacerlo de noche.

—Tengo vivos deseos de que normalices tu vida.

—Y yo tambien.

—No tardes. Adios, hijo mio.

—Hasta luégo, señor.

El duque se retiró á descansar, y Régulo continuó escribiendo hasta las seis de la mañana, que terminó su apéndice. Luégo lo leyó, corrigiendo algunas frases, en cuyo trabajo empleó una hora. En el momento de levantarse para ir en busca del lecho entró su ayuda de cámara, diciéndole:

—Señor, la imprenta manda estas pruebas, y dice el que las trae que cada cuatro horas repetirá aquella nuevo envío.

—Muy bien; déjalas junto á esos papeles. Ahora ven á desnudarme.

Y seguido del sirviente, entró en su alcoba, quedando parado junto á la cama del duque.

—Qué sueño tan tranquilo tiene,—exclamó;—pero es indispensable quitárselo.—Y añadió fuerte:—Señor.

—¿Qué es eso, quién me besa?

—Tu hijo.

—¿Qué ocurre, Florian?

—Son ya las siete de la mañana.

—Mucho he dormido, y con una tranquilidad...

—La del justo. Levántate, y en cuanto tomes el desayuno ponte á corregir, que en el despacho tienes pruebas; al mandarlas une el apéndice. Te advierto que cada cuatro horas re-

petirá la imprenta su envío, y que yo voy á dormir hasta las doce.

—¡Aún no te has acostado!

—Voy á hacerlo en este instante si me lo permites.

—Sí, descansa y no continúes de ese modo.

El duque se vistió, en tanto que Florian verificaba lo contrario. Cuando estuvo en el lecho, dijo á su ayuda de cámara:

—Si viniese el conde de Valleameno, que éntre en mi alcoba y me despierte; pero si tardase, entra á vestirme un poco ántes de la hora de almorzar. Retírate.

Diez minutos después cerraba los ojos, murmurando:

—Mi padre tendrá una corona real sin usurpársela á nádie y sin violencia alguna, y yo seré dichoso junto á ese ángel de ventura. ¡Qué grande, qué sublime eres, Providencia; bendita seas!

Y se quedó dormido.

CAPITULO XXX.

Resolucion de Zeneida.—Arturo y el duque de Noal.—A Madrid.

Cerca de las doce vistieron á Régulo, el cual pasó al comedor, donde ya le esperaban su padre y Constantino Iglesia.

—¿Has descansado, hijo mio?—le preguntó el duque.

—Sí, señor. ¿Y tú has corregido mucho?

—Hasta este momento, si bien empleé la mayor parte del tiempo en leer, en estudiar tu magnífico apéndice.

—¿Qué opinas de él?

—Llenaste algunos vacíos que yo dejé de propio intento, y te elevas en consideraciones de la más alta importancia.

—¿No crees supérfluo mi trabajo?

—Al contrario; después de leido lo juzgo preciso, indispensable.

—¿Has vuelto á la imprenta, Constantino?

—Sí.

—¿Aumentaron el número de operarios?

—Veintidos hombres, que son reemplazados de noche por otros tantos, trabajan con el celo é interés necesarios.

—Con el objeto de abreviar, pasas la noche en casa del impresor corrigiendo.

—Lo haré así.

—De dia duermes.

—Si hallases algo que deba yo ver,—exclamó el duque,—vienes y me despiertas.

Terminado el almuerzo, se retiró Noal á su despacho para seguir corrigiendo, quedando de sobremesa Régulo é Iglesia. Después llegó el padre del último, al cual dijo el vizconde:

—Bien venido, señor comandante; veo con sentimiento que nos escasea V. sus visitas, y en verdad que no me explico tal ingratitud.

—Ya sabe V. mi aficion, señor vizconde, á la milicia: me han entregado un batallon de cazadores, compuesto en su mayoría de reclutas, y no he de descansar hasta tanto que los adiestre y enseñe cuanto es necesario.

—Doy por hecho que al terminar su trabajo se vendrá á vivir con su hijo.

—Eso deseo.

Y los tres continuaron hablando hasta las dos y media, que le avisaron á Régulo la llegada de Valleameno. El vizconde se despidió de D. Julian, diciendo al hijo:

—Constantino, espérame en esta habitacion.

Y pasó al estrado, en el que halló al conde, de uniforme, grave y en actitud que obligó á Régulo á exclamar:

—¿Qué acontece, amigo mio?

—Ya nada; pero he sostenido una lucha larga y violenta con mis colegas.

—¿Se oponian á la venida de Zeneida?

—Con empeño tenaz. Presidia S. M. el consejo, la indicacion partia de mí, y todos ellos la combatieron enérgicamente. Debatimos dos horas sin resultado alguno; Francisco I, que habia permanecido callado hasta ese instante, se cansó al fin de oir nuestros discursos, y los cortó con las siguientes frases:

—Quiero y mando que mi única sobrina, la hija de mi herma-

no, ese ángel desterrado de la corte por un capricho inocente ó un pretexto pueril, venga á mi lado, viva conmigo y cuide de sus desgraciadas primas, que nádie como ella puede amarlas y defenderlas. Este acontecimiento no es político, es de familia, y el que deje de apoyarlo no me estima ni considera.— Y se levantó, retirándose á la cámara.

—Admirable estuvo S. M.

—Aun cuando yo creí no hallar una oposicion tan violenta, preví el caso, y ántes de reunirme á ellos me puse de acuerdo con Francisco I, y ámbos llevábamos bien aprendida la leccion.

—¿Y qué resultó por último?

—Que todos me encargaron participase á S. M. que hiciera venir á Zeneida cuando lo tuviese á bien.

—¿De qué ha provenido esa terrible oposicion?

—De que ya nádie ignora en la isla la gran capacidad y talento de la princesa.

—Tienen la culpa los periódicos y la mayor parte de sus amigos, que se han convertido en trompetas de la fama de Zeneida.

—Estuvo efectivamente condenada al olvido ínterin fué dable que permaneciera así; pero decidida ella á secundar nuestros deseos, y llegado el momento de formarle el gran partido que hoy tiene, era imprescindible darla á conocer.

—Verdad es, y nada hallo que replicar. ¿Vió V. después al rey?

—Sí, y hemos convenido en que mañana saldrán con toda pompa y solemnidad los duques de Badillo y Monserrat, dos damas de honor, con vários empleados de palacio y la escolta correspondiente en busca de la princesa, la que deberá estar en el real alcázar el mismo dia.

—En cuyo caso partiré yo esta noche.

—Lo creo necesario. Yo le mandaré un correo ántes de media hora, avisándole que estará V. allí...

—En cuanto regrese el secretario de mi padre; adviértale usted por telégrafo que lo haga venir al momento.

—Marcho, pues, á disponer lo conveniente.

—Adios, sagaz y entendido conde.

—Él vele por el incomparable Régulo.

Salió Valleameno, y Florian meditó un minuto, concluyendo por oprimir un timbre.

—Que venga inmediatamente,—dijo al criado que se presentó,—D. Constantino Iglesia.

Cuando le tuvo delante, añadió:

—Son las tres de la tarde; Mendo volverá á las seis; vete á la estacion, y que tengan para las siete un tren especial; y en el punto más próximo al palacio de Zeneida caballo ó carruaje que me lleve en cuanto deje la via férrea. Encarga al partir que esté mi berlina en el zaguan.

Iglesia salió, en tanto que Régulo se hizo vestir, marchando seguidamente, primero á casa de los duques de Monserrat y luégo á la de Badillo. Con ámbos conferenció hasta las cinco y media, que entró de nuevo en su palacio.

Minutos después le preguntaba Mendo:

—¿Qué ocurre, vizconde, para haberme mandado Zeneida que viniese al momento?

—Nada que deba asombrarte.

—Algo debe ser; recibió un parte telegráfico cuando se hallaba tranquilamente hablando conmigo, y exclamó:—Don Arturo, regrese V. á Madrid sin perder un segundo; voy á dar la órden para que le preceda un correo y le tengan dispuesto su tren. Adios, amigo mio; Régulo le espera con impaciencia.—Y á costa de mis pulmones llegué aquí en ménos de tres horas.

—¿Hablaste con mi padre?

—No; entro en este instante.

—Muy bien.

—¿Todo eso me dices?

—Mendo, mis asuntos marchan admirablemente: en cuanto comamos te reemplazaré en el palacio de la princesa, y hé aquí lo suficiente para que tú adivines ó no adivines.

—Me ofende una reserva de que es indigno tu leal amigo y servidor.

—Tienes razon, y voy á decirte algo.

—Gracias á Dios. Habla, hombre.

—Mi padre está muy ocupado con la correccion de las pruebas de su libro y sus entretenimientos filantrópicos, de lo cual se deduce que no necesita de tus importantes servicios.

—¿A dónde vas á parar?

—Emplea el tiempo que te sobre en mandarle hacer uniforme completo de capitan general. Cómprale cuantas grandes cruces haya en esta isla; todas ellas salpicadas de brillantes, las más ricas que encuentres; y todo esto lo haces con esa habilidad y destreza que te facilitarán los medios de que el duque tenga su traje como yo deseo, sin que él se aperciba de nada.

—¿Tu padre capitan general?

—Sí, en la forma.

—¿Y en lo demás?

—Oh, en lo demás será tanto como tú y yo anhelamos, Arturo.

—Benditos tus labios, tus intenciones y tu talento, refulgente sol que va hácia el ocaso para aparecer de nuevo en Oriente, con más brillo y esplendor que nunca. Déjame que te abrace; he comprendido lo que has querido decirme únicamente; pero con eso me sobra.

—Yo tambien te estrecho con placer; tu cariño al duque me encanta, Mendo.

—Lo sé.

—Veamos cómo te portas desde ahora en adelante, serpiente brasileña; el destino va á poner á prueba toda tu sagacidad.

—Ya lo veo, y nada temo, que estoy práctico, muy alerta, y sé que me miras, y que serías capaz de abrasarme con tu fuego, terrible volcan.

—Tenlo por cierto; el más leve descuido...

—¿Yo descuidarme? Já, já, já. Estás chistoso esta tarde.

—Nada me has dicho de Zeneida.

—Creo de ella lo que tú; la he admirado... Ah, tienes razon: esa mujer es un ángel en la forma, un sábio en el fondo. ¡Qué candor y belleza tan sublimes; qué talento tan elevado! Y cómo te ama, te comprende y se asimila á tí. Florian, estará justificada tu boda, y tu padre será el primero en aplaudirla.

—Gracias, Mendo; me prestas la mayor satisfaccion que tuve hasta ahora desde que llegué á la isla. No no hables más de ella; déjame saborear la dulce idea que acaba de darme el hombre más identificado á mi padre que existe en el mundo.

—Y la verdad es que hace dos dias que no le veo, y por tu causa tardaba en besar su mano. ¿Dónde está, lo sabes tú?

—Sí, en su despacho; vé allí ínterin yo cruzo unas cuantas frases con Iglesia. Cuando os mande recado para que paseis al comedor no tardeis un instante.

El duque de Noal concluia de corregir unas pruebas cuando oyó la voz de Arturo que le preguntaba:

—Señor, ¿me da V. á besar su mano?

—No, estréchala, leal y cariñoso Mendo. Siéntate á mi lado... Leo en tu rostro que tienes algo que decirme.

—Nada de particular.

—¿Dónde has estado?

—Desempeñando una comision del señor vizconde.

—¿Y qué ocurre que debas contarme?

—Todo está tranquilo, sosegado, y la verdad es que no encontré nada nuevo que poder comunicar á mi señor.

—Es raro, Arturo; en Europa y áun en el Cádiz de esta isla no pasaba un solo dia que dejases de enterarme de alguna novedad, y desde que hemos venido á Madrid nada acontece, nada existe de nuevo, y tus labios, en fin, parecen cosidos.

—Pues ahí verá V.

—¿A qué pueblo ó ciudad te ha mandado mi hijo?

—Atravesé vários, cuyos nombres no recuerdo bien.

—¿Qué comision llevabas?

—La de entregar una carta.

—¿Nada más?

—Eso sólo.

—Te doy la enhorabuena por tu ascenso: mi hijo te ha convertido en lacayo, ó todo lo más en correo.

—Lo quiere así, juré obedecerle, y no faltaré á mi promesa.

—Yo creí que era á mí á quien habias ofrecido eso.

—Tambien á V.

—¿Y cumples ahora lealmente?..

—A medias.

—¿Qué te impide hacerlo por entero?

—La dicha futura de mi señor.

—¿La mia ó la de Florian?

—Yo creí que estaban unidas ó que era una sola la de ámbos.

—Mendo, mucho me complace que obedezcas al vizconde hasta el punto de tenerme cási abandonado; pero no creo que os he dado motivo á ninguno de los dos para esa desconfianza ó reserva al ménos que usais desde hace algun tiempo.

—La primera no existe, la segunda es imprescindible.

—¿Por qué?

—S. E., mi señor, el vizconde de Régulo, espera en el comedor.

Exclamó un lacayo desde la puerta del despacho.

—Vamos, señor duque,—añadió Mendo;—no hagamos esperar á Florian.

—No tengas tanta prisa, hombre.

—Debe salir inmediatamente, y se trata de un asunto urgente.

—Que te ha confiado.

—A medias. ¿Vamos?

—Calma, que, como yo todo lo ignoro, no debo apresurarme por nada.

—¿No ama V. ya á su hijo?

—Lo mismo que ántes.

—En ese caso, sígame V.

—¿Tambien tú me mandas?

—Sí, señor; estamos en el principio de la tormenta y todo está trastornado; cuando reine tranquilidad entónces será otra cosa.

—No habeis de decir que encontrásteis el límite de mi bondad; voy á obedecerte, y si aún es poco, seré el último de este palacio.

—Me complace escuchar á V.

Y se fueron al comedor, en el que ya estaban sentados Florian é Iglesia.

La comida fué más breve que los dias anteriores. Al terminar cruzaron Mendo y Régulo algunas frases en voz baja, añadiendo el último fuerte:

—Adios, padre mio; pronto nos volveremos á ver.

—¿A dónde vas?

—Cerca de Madrid.

—¿Cuándo regresas?

—Probablemente mañana.

—Que el cielo te acompañe. Como nada quieres decirme, como nada debo saber...

—Te prohibo, duque, que seas curioso, que vaciles al obedecerme y que intentes de nuevo poner á prueba la lealtad de mi serpiente brasileña.

—Bueno, hombre, me concretaré á oir, ver y callar.

—Esa es tu mision hasta que llegue el dia de la calma.

—¿Tardará mucho?

—No parece lo probable. ¿Deseas que se acerque?

—Sí.

—Yo tambien, para que cambiemos los papeles, para que mandes tú solo.

—Me he de vengar.

—Esa amenaza me inspira un ódio, un rencor que justifica este beso.

Y estampó uno en la frente de Bricio, desapareciendo de allí.

Al pié de la escalera le esperaba su berlina, en la cual se trasladó á la estacion solo y sin darse á conocer á otro que al jefe de la línea.

Más tarde subió á su coche, y partió el tren á gran velocidad.

Durante la corta travesía por la via férrea fué pensativo y entregado única y exclusivamente á sus propias reflexiones. Llegó á la estacion en que debia detenerse su tren, y echó pié á tierra, hallando á cien pasos un carruaje que le tenían dispuesto los criados de Zeneida.

—A escape.

Exclamó, y los cuatro caballos comenzaron á correr en direccion del palacio de la princesa.

Adelantémonos nosotros.

Zeneida recibió el parte telegráfico de Valleameno, y algo más tarde un correo con pliego, en el que el conde le daba noticias importantes, anunciándole además la próxima llegada de Régulo. En el acto contestó, y seguidamente se fué á su tertulia, demostrando en la hermosa faz impaciencia y desasosiego.

A las nueve de la noche abandonó el estrado, penetrando en el gabinete contiguo, acompañada únicamente de un anciano; éste era el servidor más elevado en gerarquía de cuantos la rodeaban.

—Está V. A. violenta,—le dijo.

—No,—contestó ella;—me hallo impaciente.

—¿Qué acontece?

—Nada. La noche está oscura, y un silencio que nádie osa interrumpir, domina esos campos, bosques y alamedas.

—Es natural; no hay luna ni viento, y me extraña que llame eso la atencion de V. A.

—Se me figura que estás algo impertinente esta noche, conde.

—¿Me retiro?

—No, te hallas bien á mi lado; mas no intentes como de costumbre saber con anticipacion la noticia que no quiero adelantarte.

—He comprendido desde el primer instante que V. A. espera...

—Espero, sí; ¿quién no espera en este mundo?

—Al señor vizconde de Régulo.

—¡Qué talento tienes! Hizo bien mi inolvidable padre en nombrarte tutor mio.

—Y curador, y consejero, y...

—Yo lo diré: y mi sombra.

—No es el ódio el que me hace seguir á V. A. á todas partes.

—Tambien es verdad; por eso contínuamente cojo tu mano, así, la estrecho entre las mias... ¡Calla!

—Pues si no desplego los labios.

—¡Silencio! ¿Oiste el silbato de la máquina?

—Yo no.

—Pues yo sí. ¡Qué oscuridad tan profunda! ¡Qué silencio tan prolongado!

—Pues há un instante...

—Calla... Sí; se detuvo la máquina; es su tren; no me queda duda.

—¿El de Régulo?

—Sella los labios. Nada más se oye; pero pronto debo percibir el chasquido del látigo y el estrépito de las ruedas. Acompáñame.

—¿A dónde?

—A este otro balcon que da frente al camino.

—¡Qué impaciencia, qué viveza!

—Consiste, conde, en que tú tienes ya ochenta años.

—Es que V. A. tropieza esta noche hasta en sus vestidos.

—¿Lo oyes? Ya siento su coche.

—Yo no.

—Acércate más; escucha.

—Nada, silencio completo.

—Peor para tí; veo con dolor que sólo te quedan orejas.

—Cuando V. A. tenga mi edad le sucederá lo mismo.

—Cada instante se acerca más.

—Es muy natural si viene hácia aquí.

—Estás delicioso esta noche, conde.

—En tratándose de Régulo, V. A...

—¿Qué? Habla. ¿Tienes celos?

—No, señora.

—¿No estimas á Florian cuanto él merece?

—Yo quiero todo lo que V. A. ama.

—¿Hay algun hombre en el mundo que se iguale á ese privilegiado sér?

—Hombre no; pero V. A. vale tanto ó más.

—Delirios tuyos. Oye ahora.

—Nada, nada; silencio y sólo eso. ¿Será ilusion de mi señora?

—No, es sordera completa de mi leal servidor.

—Ello dirá.

—Ya está muy cerca; pero nada veo: ¡maldita oscuridad!

—Voy creyendo que V. A. tiene razon.

—Gracias á Dios que tu oreja te dice algo. Ya llega. Baja y condúcelo aquí, no vayan á entrarlo en el estrado.

—Esperaremos á que pare el carruaje.

—Miéntras tú cruzas esos salones tiene él tiempo para recorrer todo el edificio. Abrevia.

—Voy porque me lo manda V. A. y porque se trata del vizconde.

—Basta y sobra con lo primero. Corre, viejo gruñon.

—Fácil es que yo corra: á los ochenta años no se hacen esos milagros.

El anciano conde desapareció, quedando fija Zeneida en una calle de árboles, por la cual venían cuatro caballos cubiertos de sudor y de polvo. Pronto se detuvo el carruaje que

arrastraban, pudiendo distinguir la princesa, al reflejo del reverbero que lucía en el zaguan, la esbelta y graciosa figura del vizconde de Régulo.

—Era él,—exclamó;—me lo decia mi corazon, y jamás me engaña. No ha tardado; esta vez anhelaba como siempre su venida, pero no exenta de un temor que desconocí hasta ahora.

—¡Zeneida!

—¡Florian!

Dijeron ámbos al verse; la jóven le alargó su mano, y él estampó en ella un ósculo ardiente y amoroso.

—¡Cuánto has corrido y qué bueno estás!

—Tu imágen, que nunca dejo de ver, me rejuvenece; la idea de que me amas ensancha mi espíritu, le presta vida, le envuelve en un mundo de ventura, de dicha, de alegría; y el porvenir que junto á tí me ofrece el destino destruye todos mis males presentes y me hace olvidar los pasados.

—Precioso cuadro. ¿Qué vendrá después?

—Nada superior á tu talento, generosidad y deseo. ¿Te ha indicado algo Valleameno?

—Sí; tu venida oscureció lo fatal de su escrito; pero en este instante, que veo colmado mi gozo, empieza á herirlo el despacho del conde.

—Es indispensable que te resignes, Zeneida; mañana irás á Madrid, permaneciendo al lado de tu tio hasta después que espire.

—Terrible compromiso has contraido, Florian.

—Se halla gravemente enfermo; sus hijas están fatales, y los tres necesitan de los cuidados y auxilios de su única parienta, de la bondadosa Zeneida Kousou. Si esto fuese poco, añadiré que por ese camino se llega al sitio donde no hay revoluciones, derramamiento de sangre ni desgracia alguna.

—¿Qué más? Acumula aún si te parece poco lo expuesto.

—Falta lo principal.

—¿Queda eso todavía? Pues dilo, Florian, dilo.

—Que lo quiero yo, que te lo ruega mi amor, te lo impone el deber y te lo exige la conveniencia.

—Adios mi inalterable tranquilidad, mis flores, mis árboles, mi poesía, mis encantos, que este tirano empieza ya á mortificar á su esclava.

—Porque la llevo junto á mí, al mismo pueblo donde yo habito.

—Iré contenta, ó no contenta; pero con una condicion, señor vizconde.

—Sólo anhelo complacer á la señora princesa.

—En este instante te están nombrando grande de Nueva-España y gentil hombre de cámara con ejercicio; á la vez cortan, bordan y cosen tu uniforme...

—Me negué en la cámara...

—Ya, pero no era yo la que te mandaba aceptases. Para verme en palacio es necesario el misterio, y por lo tanto la sospecha y la crítica consiguientes á aquél, lo cual se evita cubriéndose con unos bordados de oro que deben sentarte bien.

—Bueno.

—¿Te resignas? ¿Tendrás abnegacion suficiente para ver á tu Zeneida?..

—Estás irónica como no te escuché nunca.

—Me hubiera alegrado que resistieras mucho para darte una leccion.

—¿De qué?

—De ciega obediencia á la tiranía del amor.

—¡Qué bellísima estás!

—No te presentarás mal con tu uniforme de corte, aire de palaciego...

—¿Te burlas?

—No.

—Ya tengo gana de ver sobre tus sienes las piedras de una corona que ha de brillar ménos que tus ojos, que tu encantadora epidermis.

—Tanto me vas á embellecer, que en la corte, donde hay

hombres galantes y aficionados á la hermosura, voy á tener á cientos los pretendientes, y tú celos que han de excitar mi risa.

—Quiero tu dicha, y así podrás elegir el que conceptúes más digno.

—En cuyo caso, y no siendo tú el favorecido, te concederé una plaza en el monasterio de San Basilio.

—La aceptaré gustoso, porque de ese modo podré rogar á Dios dia y noche por tu preciosa vida y la prosperidad de tu reinado.

—Eres tan bueno, que no me atreveria á enterrarte en un convento; te dejaré con tu zapato de charol, media de seda, calzon corto, chaleco y casaca bordados de oro, entre cortesías, plácemes, adulaciones, encorbándote...

—Sí, haciendo *quiebros*.

—La vida del cortesano debe ser muy grata á un caballero tan fino y elegante como tú.

—Desde mañana veremos quién desempeña mejor su papel. Probablemente tú, no porque seas más hábil que yo ni más aficionada á los régios salones, sino porque me siento algo indispuesto, y creo que he de estar enfermo cási todos los dias que me toque de guardia.

—Un servidor tan leal y celoso no debe estar léjos de sus amos; haré que te lleven en una camilla á palacio y que dos médicos de cámara se encarguen de tí.

—Con tal que tú me cuides.

—Mandaré á saber de tí cada doce horas.

—¿Qué hacías en este gabinete? Siento el piano y las voces de tus tertulios.

—Sí, están reunidos; los dejé un momento para venir á respirar aire más puro...

—Te equivocas, Zeneida: desde ese balcon oiste el silbato de la máquina.

—No, fué desde aquel otro.

—Lo mismo da. ¿Estabas impaciente?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿No te lo figuras?

—Acaso.

—¿Qué has hecho en Madrid?

—Acabé de leer el libro escrito por mi padre y luégo le añadí un apéndice.

—¿Cómo se titula?

—*A cada cual lo suyo.*

—¡Qué nombre tan modesto! ¿De qué trata?

—De que cada uno ocupe su puesto, se conforme con lo suyo, y como la mayoría pretende lo contrario, presenta un sistema de gobierno con el cual se impone el equilibrio que él pide con tanta necesidad. Antes prueba que el desquiciamiento social, el caos político y todos los males pasados y presentes son efecto de que el hombre rara vez se coloca en su sitio, y no le basta con lo suyo; hay otras consideraciones no ménos importantes.

—¿Está al alcance de todas las inteligencias?

—Ese es su principal mérito.

—Y el apéndice ¿de qué trata?

—Analiza filosóficamente el libro que le precede, prueba su bondad, y llena algunos vacíos que su autor dejó, no por descuido, sino por cálculo.

—Eso estará ya más elevado en la forma, más profundo en el fondo.

—Verdad es, mi padre habló á todo el mundo y yo me dirigí á unas cuantas personas.

—¿Lo imprimen?

—Con gran rapidez.

—Muy bien. Mi tio, segun las últimas noticias que he recibido, vivirá poco, muy poco; por cuya razon deseo que estemos prevenidos y que arreglemos aquí, que nádie nos escucha ni observa, lo conveniente para el desenlace del drama que estais preparando.

—Hé aquí mi plan: vas mañana; estrechas tierna y cariño-

samente al hermano de tu padre, á tu señor; no pides nada; aceptas, en cumplimiento del deber y como haciendo un sacrificio, lo que te ofrezca, demostrando indiferencia al poder. Luégo te encargas de tus primas, cuidando de ellas la mayor parte del tiempo: inspiran lástima, y tu tierno corazon no necesitará esfuerzo alguno para obligarte á que seas la madre de esas infortunadas. Con esto y empleando mucha reserva y circunspeccion bastará.

—¿Y luégo?

—El dia en que tu pobre tio se postre, ocupas la cabecera de su lecho, velas por él, y no te separas hasta que el cielo disponga de su vida.

—¿Y después?

—Firmarás un documento, que yo te tendré preparado, coges á tus primitas, y bien escoltadas os venís las tres á esta posesion.

—¿Y ya aquí, qué hacemos?

—Yo vendré á menudo y te iré enterando.

—Precioso cuadro me acabas de presentar.

—En el momento que amaste, desde el instante en que llegó á tí una felicidad que no tiene rival en el mundo, debiste comprender que no venía sola, que habia de ser acompañada de molestias y sinsabores, nuevos tambien para tí. ¡Ay, Zeneida! Cuando quieras saber lo que es la vida, recita la *Salve*, deteniéndote en *este valle de lágrimas*.

—Nací fuerte; tu amor endulzará mi desventura, y con tal que me halle satisfecha de tí, nada me importan las contrariedades ó penas con que me abrume el destino.

—El presente, ángel mio, te enseña ya su tirana faz, mas el porvenir te sonrie como á ningun otro mortal. Desde el instante en que sea mia esa... no, esta deliciosa mano, que beso, me convertiré en tu esclavo, habitarás esta posesion, y comenzaremos á andar por el camino de flores con que tú sueñas, por el que yo suspiro. ¡Con qué cadenas tan dulces me vas á ligar!

—No continúes; para hacer más llevadero nuestro presente condenemos al olvido por ahora las delicias del porvenir.

—Tienes razon.

—¿Qué servidumbre llevo á palacio?

—La indispensable; allí tienes damas de honor, criados de todas categorías, bastando, en mi concepto, con una ó dos personas de tu confianza.

—¿Y el resto?

—Debe quedar aquí, permaneciendo el palacio sin sufrir otra alteracion que tu salida de él.

—¿Vamos al estrado?

—Sí, que es tarde y debes empezar ya á ocuparte de tu partida.

E incorporados con el anciano conde, que estaba muy cerca de allí, entraron los tres en el salon principal. Desde este instante cesó de tocar el piano, acabó la tertulia y comenzaron á ocuparse todos, con sentimiento y pena, del viaje de la princesa.

A las doce se fueron retirando á sus respectivas cámaras. Florian durmió cerca de siete horas; Zeneida oró largo tiempo, suspiró después muchas veces, y á las tres fué presa de un sueño intranquilo y desasosegado. Su próxima marcha la violentaba cuanto es posible imaginar.

A las ocho de la mañana se desayunaron los dos enamorados en la galería que ya conocemos, permaneciendo allí hasta las once, en que vinieron á avisarles la llegada de los carruajes reales y acompañamiento que iba por Zeneida.

La princesa pasó al estrado, después de estrechar tiernamente la mano de Florian, y éste fué á sus habitaciones, asomándose á un balcon que daba frente al camino. Desde allí vió acercarse tres coches de la real casa, precedidos de un correo; á la derecha del primer carruaje iba un caballerizo y detrás vários palafreneros, con una escolta de cuarenta caballos. Echaron pié á tierra las ocho personas que venían dentro de los coches, siendo recibidas por Zeneida en el estrado.

Una hora después almorzaban todos en los diferentes comedores del palacio; á Florian le sirvieron en su despacho.

Más tarde pasaron á verle los duques de Monserrat y Badillo, con los cuales habló sólo diez minutos, y seguidamente marcharon los recien venidos, llevándose á Zeneida, la cual sacó de su casa únicamente dos de sus camareras.

Vuelto al balcon el vizconde, permaneció allí hasta que los perdió de vista; luégo llamó, pero nádie acudia, y saliendo, halló á todos los dependientes y criados de la princesa llorando. Enternecido nuestro jóven, les dijo:

—Señores, aplaudo con entusiasmo vuestro cariño hácia ese ángel de bondad que tanto amais, que tan digno es de vuestro afecto; pero debo advertiros que nada malo debe ocurrirle en la corte, y que ántes de un mes volverá entre vosotros para no abandonar esta posesion por muchos años.

—Seguid, señor.

Exclamaron todos, mirándole con interés.

—Nada más puedo deciros; mandad á Zeneida su equipaje y que dispongan para mí un carruaje ó caballo que me traslade á la próxima estacion.

Una hora después entraba Régulo en su coche de la via férrea, y á las seis de la tarde se sentaba á la mesa con el duque, Mendo é Iglesia padre é hijo.

Estaban empezando á comer cuando Bricio, exclamó:

—He visto desde el balcon de mi despacho correr la gente hácia la puerta de Cádiz. ¿Qué acontece, señores?

—Que estará llegando ahora la princesa Zeneida, y todo Madrid ha salido á recibirla,—le contestó D. Julian.

—Di, Florian, ¿se roza el viaje de esa señora con la política?

—Aseguran que viene sólo á cuidar de su tio y de sus primas.

—Es extraño.

—Pues yo lo veo muy natural.

—¿Y tu último viaje se relaciona algo con eso?

—Qué curioso te vas haciendo y qué preguntas me diriges tan...

—¿Tan ridículas?

—No, hombre, pero sí inconducentes.

—Perdona, si te he molestado; me quitaste mi policía, al buen Arturo, que ántes nadaignoraba y ahora todo lo desconoce.

—Eso prueba que es un buen diputado; el legislador debe ser cauto, previsor y hasta reservado.

—Entiendo que es otra cosa.

—Lo mismo da.

—¿Qué cuentan de S. A. recien venida? Será una indígena de facciones pronunciadas, nariz pequeña, ojos inquietos, mirada recelosa, y con una ilustracion...

—Sí, de mujer que nació, creció y se educó, perdona tanto agudo, entre árboles.

—Como si dijéramos en la selva. He notado, sin embargo, que las mujeres aquí son por lo general graciosas, negligentes, despejadas y laboriosas.

—¡Hola, hola, señor viudo! no habia yo reparado tanto.

—¿Y qué tiene de extraño que yo lo haga?

—Nada; aún te voy á casar en esta isla.

—Florian, esa idea me repugna oirla.

—¿Tú, tan aficionado al santo yugo, rechazas así lo que aconsejas? Pues hijo, lo que no quieras para tí...

—Vienes chistoso esta noche, Florian.

—Me hallé en el camino con esa princesa, y á pesar de su mucha movilidad en los ojos, su nariz chata y color indefinible de que acabas de hablarnos, se me ocurrió que hacíais una buena pareja.

—Qué chanzas tan pesadas.

—¿La desprecias? Pues no harán todos lo mismo que tú. Cuenta que es muy jóven.

—¿Y á mí qué me importa?

—Veinte años escasamente.

—¿Sí? Pues yo tengo más de cincuenta.

—Estás en la flor de tu vida, y la verdad es que te prueba este país tan admirablemente, que jamás te hallé más robusto y fuerte.

—Eso último es cierto.

—Eres grande de Nueva-España y gentil-hombre con ejercicio; á mí me han nombrado tambien, y pronto empezaremos á hacer guardias.

—Yo pienso excusarme.

—S. M. se halla bastante enfermo, y no podrás negarte á servirle. Te lo digo para aconsejarte que huyas de la princesa, pues me consta que tiene una alta idea de tí, conoce tu historia, y gusta más de la gente madura que de jóvenes calaveras.

—Eso probaria su sensatez.

—Pues es la verdad, y añado que no es tan fea como tú supones.

—Segun tu primera composicion es un ángel delicioso, encantador, ideal.

—Qué te extraña: los poetas embellecemos las súcias y sinuosas márgenes de los rios, la horrible soledad, el tétrico y sombrío cementerio, la imperfeccion humana, y todo cuanto se nos antoja.

—Dijiste una verdad incontestable: poesía suele ser sinónimo de mentira.

—¡Ay, duque; la mentira tiene tantos sinónimos!.. Pero volviendo á mi cuento, añadiré que Zeneida habla con entusiasmo de tí, la he oido yo, y debes huir de sus miradas en palacio.

—¡Qué tema has elegido tan inconveniente y pesado!

—Duque, desde que te quité tu policía noto que me haces una oposicion sistemática.

—Hablemos de otra cosa, hijo mio. ¿Me acompañas esta noche?

—¿Como en España?

—Sí.

—Acepto, con tal que no me lleves á ver infortunadas jóvenes y bonitas.

—¿No tienes confianza en tí?

—Padre mio, desciendo de Adan.

—Tú eres fuerte como yo.

—He visto troncharse hasta el oro.

—Me complace hallarte tan alegre. Nos esperan luégo várias familias, entre las cuales vamos á arrancar cincuenta bendiciones.

—¡Pues no hay pocos obispos en ellas!

Padre é hijo continuaron hablando ínterin duró la comida, siguiendo el vizconde con sus bromas y acabando el duque por reirse y tomar á burla algunas verdades que dejaba escapar Florian sobre el presente y porvenir de ámbos.

A las ocho de la noche salieron á pié, permaneciendo hasta las doce ocupados en socorrer desgracias, amparar infortunios, dando el oro á manos llenas, algunos consejos y proteccion decidida al que imploraba de ellos actos de justicia.

Terminada tan santa mision, se acostaron tranquilos por el presente.

CAPITULO XXXI.

Palacio.—Las guardias.—¡Quién será!

TRASCURRIERON cinco dias desde aquel en que Zeneida se encontraba en el real palacio al lado de su tio y primas. Durante ese tiempo habia sido el vizconde cubierto, cruzado, y en union de su padre alternaba en el servicio que, como grandes de Nueva-España, debian desempeñar cerca de S. M.; Régulo llevaba hecha una guardia, y en el presente dia le tocaba la primera á su padre. A las diez de la mañana se vistió en consecuencia el duque, y en una berlina de su hijo se trasladó al alcázar después de oir algunos epigramas del buen Florian, el cual se hallaba en estos últimos dias muy alegre y jovial.

Bricio se presentó en la cámara grave, mesurado; pero á la vez asomaba á su rostro ese tinte de bondad y mansedumbre que jamás le abandonaba.

En cuanto S. M. supo la llegada del duque, mandó que entrase.

—Tenía,—exclamó al verlo,—vivos deseos de conocerte; pero ante todo ¿cómo estás de salud?

—Bien, señor; ¿y V. M?

—Muy mal, Calatrava; llevo tres dias sin abandonar esta postura ni el sillon donde me siento, y es lo peor que apénas duermo; creo que mi vida acaba, si Dios no hace un milagro.

—Todo se puede esperar de la bondad Divina; ofrezco á V. M. rogar á la Providencia dia y noche por su completo restablecimiento.

—Gracias, duque; tú eres bueno, mas acaso no basten tus oraciones. ¿Cómo se encuentra tu hijo?

—Siempre á la disposicion de V. M.

—Qué despejado es; oh, su talento me encanta.

—Mucho debe al cielo; pero es agradecido, y creo que no abusa de las bellas cualidades que le adornan.

—Al contrario; ¡y luego con esa educacion y ejemplo tan admirables que tú le das! Me han dicho que te acompaña por la noche en unas excursiones á que tú eres muy aficionado y las que os proporcionan á ámbos la bendicion del infortunado y el aplauso del que os conoce.

—Mi hijo, señor, gusta como yo de amparar la desgracia, condicion indispensable en los que aceptan el título de grandes.

—Pues mira, los que yo conozco cogieron lo uno y se olvidaron de lo otro.

—Supongo que los compadecerá V. M.

—En mis buenos tiempos solia reirme de ellos; hoy, que todo lo pequeño y ruin me molesta, me causan hastío.

—Nosotros llenamos tan santa mision como el deber más sagrado; no encontramos al realizarla mérito alguno, y en verdad que á mi hijo y á mí nos desagradan las ovaciones que nos vemos obligados á recibir.

—Tambien me lo han dicho. Hablemos de otra cosa. Ayer recibí el ejemplar que me has mandado de la obra escrita por tí, y apendizada por el vizconde; empezaron á leérmela, y seguí oyendo hasta que con la luz del nuevo sol que nos alumbra la vi terminada. La hallo admirable en la forma, y todas las cuestiones bien presentadas y resueltas, pero, duque, no

puedo ménos de decirte, que de ser cierto lo que tú expones, es raro el hombre que en Nueva-España ocupa su puesto.

—Hay algunos, señor.

—Excepciones que no suponen nada ante la totalidad.

—Cómo ha de ser; yo creo que he expresado la verdad.

—Hubo momentos en que me asustaron tus ideas.

—Lo mismo me ha sucedido á mí con los hechos que he presenciado.

—Pues es lo peor, que áun cuando tu libro presenta los medios de corregir el mal, no encuentro posibilidad de aplicarlos. ¿Nada me contestas?

—Como escritor, llené un deber de conciencia; como consejero de V. M. nada puedo decirle.

—¡Infortunado país si se halla en el estado que tú supones!

—Podrá ser que me equivoque.

—Tu hijo dice lo mismo.

—Cree haber visto lo que yo.

—Tengo gana de oir la opinion del conde de Valleameno y colegas.

—A los últimos les faltará tiempo para leerlo.

—En cuyo caso yo les daré el suficiente, que una bomba así, arrojada en medio de un pueblo por general tan competente, no puede dejar de herir á aquellos á quienes principalmente va dirigida.

—Haga V. M. lo que sea de su real agrado; lo dicho por mí, dicho está.

—Quiero que almorcemos y comamos solos tú y yo.

—Gracias por la honra, señor.

—Sí, que nos sirvan el primero, luégo recibiré, y anochecido volveremos á hablar de tu libro.

—Estoy aquí para obedecer á V. M. en todo cuanto se digne mandarme.

Y se hizo como el rey acababa de exponer. Al terminar se salió Calatrava, ocupando su puesto en la cámara, ínterin entraban y salian los personajes que Francisco queria recibir.

Después fueron los consejeros, permaneciendo encerrados con el monarca hasta las seis de la tarde, en que éste pidió la comida, acompañado nuevamente del duque de Noal. Durante aquella no desplegó sus labios el monarca para hablar, comia, y al parecer meditaba. Concluido este acto y solo otra vez con Bricio, rompió su continuado silencio, exclamando:

—Es extraño lo que acontece, Calatrava: todos han leido tu libro, como yo suponia; pero ninguno opina como tú y como yo. Valleameno y dos ó tres más se concretan á decir que está bien escrito; los restantes añaden que tiene bellísima forma, que su autor demuestra gran talento; pero que, efecto sin duda de ser extranjero, y de hacer poco que ha llegado, desconoce el país en que habita. ¿Qué te parece, duque?

—Que ninguno expresó á V. M. su verdadera opinion.

—Juzgo lo mismo; pero ¡ay! me siento tan dolorido, tan molesto, que no estoy para nada: hasta mi estómago empieza á carecer de fuerza para hacer la digestion.

—Lo siento, y veo retratado en el semblante de V. M. lo mucho que sufre.

—Así llevo ya algunos meses, y cada dia que pasa voy perdiendo terreno.

—¿Quiere V. M. recogerse?..

—Sí, déjame solo. ¡Ay!

Bricio lo miró con sentimiento, y anduvo hácia atrás hasta que llegó á la cámara. Reunido allí con el gentil hombre del interior y el mayordomo de semana, hablaron hasta las diez de la noche, en que recibieron la órden de retirarse. El duque iba á salir, cuando se le presentó el aposentador, diciéndole:

—La señora princesa me encargó dijese á V. que ántes de partir entrase á saludar á SS. AA. las infantas, si lo tenía á bien.

—Con mucho gusto. ¿Habria quien se tomase la molestia de avisar á mi casa que me enviasen un carruaje?

—Tiene V. su berlina hace media hora esperando en la plaza de palacio.

—Gracias por la atencion.

—No he sido yo; fué la señora princesa quien dispuso que se mandara por ella.

—Si yo no tengo el gusto de verla esta noche, ruego á V. le demuestre mi gratitud y reconocimiento por un acto de distincion que no olvidaré jamás.

—Cumpliré fielmente su encargo. ¿Quiere V. seguirme?

—Sí, señor.

Y atravesaron vários salones y pasillos hasta llegar á la cámara de las infantas. El aposentador se quedó parado á la puerta, exclamando:

—El señor duque de Noal.

Y esperaron. Tres minutos después contestó una voz que le era completamente desconocida á Bricio:

—Que pase Calatrava.

Entró Noal en la misma estancia en que no há mucho tiempo estuvo su hijo acompañado del rey, hallando á las infantas en igual postura y entretenimiento. La habitacion ó cámara que nos ocupa era extensa, tenía un divan alrededor y una lámpara en el centro del techo, que despedia luz opaca y macilenta; no habia más muebles, para evitar sin duda que aquellas dos infortunadas se diesen algun golpe con objetos portátiles. Estaban las dos sentadas sobre cojines, entre várias muñecas y juguetes análogos, propios de la infancia, tirándolos de un lado para otro, rompiéndolos, siendo muy rara la vez que alguna de ellas hablaba ó fijaba su atencion en algo que no fuesen los entretenimientos que tenía delante.

Calatrava llegó, y quiso cumplir con los preceptos de la etiqueta; pero le fué imposible por la indiferencia, silencio y estado de abandono de las niñas; quedó, pues, contemplándolas con sentimiento y pena, cuando vino á llamar su atencion una voz, que le dijo:

—Buena noche, señor duque.

Entónces alzó la cabeza y miró en derredor, viendo en uno de los extremos del salon y en el sitio más oscuro á una se-

ñora sentada, cubierto parte del rostro, y que demostraba ser muy anciana.

—Buena noche,—le contestó, añadiendo:—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Soy en estos momentos la guarda de SS. AA.

—Muy señora mia. ¿Cómo siguen las infantas?

—Ya las ve V., como siempre; esos ángeles se hallan perfectamente en lo relativo á la parte física; mas la incurable enfermedad de sus cerebros prosigue, como es natural, inalterable.

—Me causa dolor y pena.

—Lo creo; ¡dicen que es V. tan bueno!

—Quién no sentiria lo mismo ante este cuadro triste y conmovedor; pero así lo dispone la Providencia, y sus altos juicios son incomprensibles.

—¡Ya lo creo! He leido el librito de V., y lo hallo inmejorable, sublime.

—Dicen que desconozco este país, y acaso tengan razon.

—No es cierto; salga V. fuera de aquí, y escuchará una opinion enteramente contraria.

—¿Usted la ha oido?

—Me basta saber lo que se cuenta aquí para estar segura que se piensa de un modo diferente en los demás edificios de la corte.

—Permítame V. que me oponga á la exactitud de un juicio temerario.

—No lo haga V., que no es propio de su talento, de su sabiduría ni de su experiencia.

—¿Es V. la duquesa de?..

—La guarda de SS. AA., y una mujer que le estima y considera.

—Me parece peligroso su lenguaje en este sitio.

—Nada puede temer el vencedor de Cuba, el hombre que adquirió fama de héroe y cuya trompeta no miente en la presente ocasion.

—Gracias por la lisonja; es muy propio del sitio en que me hallo.

—Pero no de mí, que jamás adulé á nádie, desfiguré ni mentí.

—En ese caso es V. la que debe temer.

—Yo no soy heroina, pero tampoco supe dar cabida al miedo en mi pecho.

—Puede V. entónces decir cuanto le agrade.

—Ya nada; le molesté demasiado.

—Al contrario; me complace oir señora de su talento y resolucion.

—Tiene V. idéntica opinion de mí que su señor hijo.

—¿Tambien conoce V. al vizconde?

—Ya no es vizconde: desde que le nombraron grande, se titula marqués del Canal.

—Cierto; pero él usa por cariño y deferencia su primitivo título. ¿Hace mucho que le trata V?

—Sí, señor; á poco de llegar fuimos amigos. Es travieso, cási temerario; pero su ligereza siempre está justificada. ¿Por qué no lo casa V., duque?

—¿Tiene V. alguna hija digna de él?

—No; soy soltera, y hallo impropio en gente de mi condicion mendigar amantes para sí ó para otra.

—Perdone V. si mi pregunta ha podido ofenderla.

—No, pero la juzgo impertinente; y es altamente extraño que un hombre como V., que profesa sus ideas, vea el casamiento de su hijo ó el suyo del modo ridículo que V.

—¿Quién le ha dicho á V. ese disparate?

—¡Disparate! ¿Pues no acabo yo de ver que á la más leve indicacion sobre el vizconde se ha puesto V. de color de púrpura? ¿No me ha hecho además una pregunta impropia en un caballero tan cumplido como V? Me consta por otra parte que una ó dos veces que le indicó Régulo la conveniencia de que se casase, dió V. al traste con su gravedad, creencias religiosas y con los preceptos de la iglesia.

—Señora, ¿quién es V., que tanto sabe, que tan bien discurre?

—La guarda de SS. AA., de esos ángeles inocentes.

—Su acento, energía y fijeza contradicen la edad que demuestra... Permítame V. que me acerque...

—Alto, duque; soy una señora, y no tolero que se me falte; hable V. cuanto guste, pero á la distancia en que estamos.

—Muy bien. Deseo retirarme; pero ántes quiero convencerla de que, léjos de odiar el casamiento, le juzgo el estado normal de los séres y el único en que el hombre puede ser un buen ciudadano y un cumplido caballero.

—Los hechos, relativamente á V. y á Florian, demuestran lo contrario; y la verdad es, señor duque, que en esta isla hay como en España mujeres hermosas y que son un modelo de virtud y castidad.

—Nunca lo he dudado. Pero V., tan partidaria del himeneo, ¿cómo á su edad permanece soltera?

—¿Cuántos años le parece á V. que tengo?

—Lo ménos sesenta.

—Já, já, já. No es mucha la equivocacion.

—Eso demuestra, pero dudo de que sea cierto.

—¿Y no es impropia tal duda en un hombre de su experiencia y talento?

—No, señora, si se tiene en cuenta el sitio donde me hallo.

—Yo no soy palaciega, Noal, ni otra cosa que una débil mujer sin mundo ni ciencia. Pero así y todo, me he de casar pronto.

—¡Usted!

—Sí, señor. Nuestra santa madre la Iglesia admite el himeneo desde doce años en adelante.

—Verdad es. ¿Tiene V. ya novio?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama ese afortunado?

—Vive en el mismo palacio que V.

—¿Quién es?

—Un jóven muy guapo, que le sobra talento y que no le falta cualidad alguna de cuantas pueden adornar al hombre.

—Como no sea el secretario de mi hijo.

—Cerca le anda.

—¡Pobre muchacho!

—¿Qué dice V., duque?

—¡Nada, perdone V.; pero como es tan jóven!..

—No tiene madre, y yo podré serlo á la vez que esposa.

—Doy á V. la enhorabuena.

—¿Quiere V. ser nuestro padrino?

—Cuando conozca á V. le contestaré.

—¿Y al vizconde le casamos ó no?

—Si él lo quiere...

—Bajó V. de punto, y eso es algo, señor de Calatrava. Pues él quiere.

—No le conoce V.

—Me complace decirle que en este país ignora V. hasta lo que pasa entre los indivíduos de su familia.

—En cambio todo lo sabe V.

—Todo; lo que no he visto ó escuchado lo adiviné.

—¿Quiere V. leerme la *buenaventura*?

—Con mucho gusto, pero no se mueva V. de ese sitio.

—Necesitará V. ver mi mano.

—En Nueva-España no hay gitanas, duque; aquí somos otra cosa.

—¿Qué?

—A mí me llaman hechicera.

—¿Quién?

—Entre otros, su hijo.

—Sepamos el porvenir.

—Oígalo V.: en esta isla se elevará V. más que en España: no será V. tan dichoso, pero si más querido, respetado y temido.

—¿Desde cuándo?

—Ya ha empezado á subir.

—Pues no lo he notado.

—Peor para V.; sólo un míope dejaria de ver lo que está tan claro.

—¿Qué será de mi hijo?

—¡Su hijo! Ese va á ser el más dichoso de los hombres y la segunda persona de la isla.

—¿Quién será la primera?

—Usted.

—Qué carácter tan alegre y jovial tiene la guarda de SS. AA.

—Cuando habla con V.

—Sólo le inspiro bromas.

—Y mucho respeto y consideracion.

—No lo he notado.

—Ya le dije que es corto de vista.

—Con su permiso me retiro.

—Gracias por el buen rato que me ha proporcionado, y puesto que no quiere prolongarlo...

—Me espera el vizconde.

—El señor marqués está léjos de su palacio.

—¿Dónde se halla?

—En casa de Valleameno.

—¿Quién se lo ha dicho á V?

—Un hechizo.

—¿Resultará otro de nuestra conversacion?

—Otro.

—¿Qué producirá?

—Algun epigrama y la hilaridad del marqués.

—¿Fué casual nuestro encuentro?

—Siempre es buscada la conversacion de un hombre de su talento.

—Eso parece hipotético.

—En palacio nada hay terminante.

—Para ustedes.

—¿Quiénes somos los aludidos?

—Los cortesanos.

—Pues no habia notado que yo lo fuese.

—¿Quién es ahora el míope?

—Sigue V. siéndolo.

—Entónces no le extrañe que los cortos de vista nos acerquemos...

—Se lo prohibo en nombre de la memoria del fruto de sus amores con María de Sandoval, viuda que fué del baron de Torrelló.

—¡Conoce V. mis secretos!

—¡Como que soy hechicera!

—¡Qué recuerdo!

—No avance V. tanto, retroceda, y quédese frente á una casita con parque y jardin, situada en los alrededores de Washington: aún existe, y en ella tuvieron lugar escenas que pueden fácilmente destruir sus pesares.

—Si en aquel paraje cometí alguna falta...

—Todo lo contrario: fué V. dichoso, y nada más.

—¡Ay! Beso á V. los piés.

—No haga V. caso de las brujas.

—Si alguna vez creyese en ellas, no la contaria en ese número.

—Mal hecho.

Noal quiso que su mirada penetrase donde no convenia á su interlocutora, y un movimiento de ésta, tan oportuno como hábil frustró sus deseos. Convencido de que nada más podria saber, hizo una reverencia á las infantas, y salió, exclamando para sí:

—¡Quién será! ¡Oh, tiene talento, destreza, su voz es grata, terribles sus burlas... pero no me explico... Por Dios que esa mujer me ha dejado confuso, aturdido, perplejo. Veremos si el vizconde me aclara el enigma.

Y entró en la berlina, trasladándose acto contínuo á su palacio.

—¿Está el vizconde?—preguntó al portero de estrado.

—No, señor.

—¿Y D. Constantino?

—Tampoco.

—Que vaya á mi despacho Mendo.

—Tambien salió.

—¿Las once y media de la noche y no hay nádie en el palacio?

—Así es, excelencia.

—Avisa á Piñeiro, que le estoy esperando.

Juan estaba aún sobre el pescante de la berlina en que su amo concluia de llegar, cuando le avisaron que aquél le llamaba. En el acto subió, hallándose pronto frente al duque.

—V. E. me tiene á su dispusicion comu siempre,—le dijo.

Calatrava fijó en él la mirada, preguntándole:

—¿Quién te mandó que me fueses á buscar á palacio?

—El señuritu.

—¿Dónde estaba?

—¿Dúnde estaba? En su cámara.

—¿Qué hacía?

—Yo nu lu sé. Cuandu entré hablaba cun dun Constantinu.

—¿Salió ántes que tú?

—Lus dos se fueron á casa de Valleamenu.

—¿Siguen allí?

—¿Voy á preguntarlu?

—Tienes razon: quiero decir si volvieron.

—Nu le he vistu.

—¿Qué sabes de D. Arturo?

—Que anda ocupadu pur órden del señuritu vizconde, marqués, grande...

—Basta con lo primero.

—A mí nu, que me gusta llamarle todu esu y más.

—Terco como buen gallego.

—Soy gallegu á mucha honra, que en mi país todu es buenu.

—Ménos tú.

—¿Yo? Más le gusto á V. E. que el pan; lu sé yo de antiguo.

—Esta noche me molestas con tus impertinencias.

—Perdone V. E.: es su mal humor; lu dije yo desde que lu vi marchar á palacio; peru aquí viene quien le curará prontu. Me salgu.

—¿Dónde vas?

—Dejo mi puestu á S. E. el marqués, vizconde...

—¿Ha venido?

—¿Nu lo oye V. E? habla con mi amigu dun Mendu.

—Es verdad; sal, y que éntre al instante.

—Ya se alegra el rostru de V. E.

—Te equivocas.

—¿Me equivocu?..

—Obedece.

—Nu sabe V. E. hacer el désputa comu yo.

Poco después entró Florian tan placentero y jovial como de costumbre; el duque le recibió cabizbajo, triste y meditabundo.

—Buena noche, padre mio,—exclamó el jóven. —¿Cómo te ha ido en tu primera guardia?

—Muy bien, vizconde; S. M. estuvo expansivo y deferente como no podia esperar.

—Pues tu rostro me dice que no has venido muy satisfecho.

—Terminado mi servicio, pasé á conocer y visitar á SS. AA., y allí tuve la suerte de hallar á una amiga tuya, la cual, abusando de su sexo, se propuso indudablemente burlarse de mí.

—¡De tí! No hay en la isla sér alguno, sin distincion de clase, que no respete y considere al padre de Régulo, al bondadoso señor que ocupa la noche socorriendo la desgracia, amparando al desvalido y siendo la egida del infortunado. ¿Quién era esa mujer?

—Ocultó su nombre y clase, y hasta el rostro; se titulaba

guarda de SS. AA., demuestra haber cumplido sesenta años, dice que es amiga tuya, y añade que está en relaciones amorosas con un jóven muy guapo y entendido que vive en este palacio.

—¿De qué te habló, padre mio?

—De tu boda, de la mia, de la suya, y tan casamentera estuvo, que salí de allí abrumado por tanta impertinencia y sandez como escuché. Conoce mi historia; mi historia de Washington y sus alrededores, y se titula hechicera.

—Y lo es.

—Siento decirte que á tí no puedo tolerarte las bromas que á ella, porque eres hombre, no estamos en palacio, y tienes obligacion de respetar á tu padre.

—Deliras esta noche, duque; tú quieres sólo que yo te ame mucho, y eso lo hago con entusiasmo ardiente. Adquiere más gravedad; presta á tu sangre más color, y que continúe coloreando tu fina epidermis, que todo eso es fuego, y para apagarlo tengo yo el agua santa del Jordan. Véaslo.

—¿Qué haces?

—Te doy un beso en la frente y regularizo con él la circulacion de tu sangre. Oh, es remedio heróico contra el mal humor de un padre tan tierno y cariñoso como tú. ¿Por qué inclinas la cabeza? Tú no sabes lo que yo gocé há un momento al contemplar erguida tu frente, severo el rostro, sonrosada tu piel: vi al héroe de Cuba, al bravo marino cuyo nombre estremeció al mundo. Y como es posible que Florian de Calatrava necesite aún de aquel brazo de hierro, de aquel genio invencible, figúrate la impresion que yo habré sentido al asomar en tí lo que tanto te hizo brillar, lo que me va á ser indispensable contra mis poderosos enemigos.

—¿Quiénes son; dónde están, hijo mio?

—En esta isla, en todas partes donde fijas tu mirada.

—¿Qué les has hecho, Florian?

—Les enseñé la justicia, antídoto de su egoismo, ambicion y maldad.

—Que tiemblen; ¡ay de ellos el dia que yo cambie este uniforme y espadin por otros que me son más conocidos!

—Já, já, já. El fiero leon se vino á mi partido al instante é intenta blandir el poderoso acero en pro, cuando há un momento pretendia herirme con su terrible mirada.

—Te has acostumbrado, Florian, á burlarte del género humano, fiado en tu gran talento, y es inícuo que no distingas ni hagas una excepcion de tu padre.

—Te amo tanto, duque, que hasta en mis bromas, en mis burlas te digo la verdad.

—Eso no es cierto.

—Otro beso. Así contesta al que ahora le llama embustero Florian de Calatrava.

—Tus hechos, tus frases y tu actitud de hace un mes me confunden y envuelven.

—Padre mio, tú te pones grave, adquieres arrogancia y te sublimizas cuando te dispones á vencer; yo, por el contrario, me rio; la burla y epigramas se apoderan de mi mente, y sin demostrar coraje ni entusiasmo, doy ó aguardo la muerte con la sonrisa en los labios. Cada uno tiene su carácter, y el que nos diferenciemos en esto no obsta para estar identificados en lo demás.

—Si eso fuera cierto valdrias muchísimo más que yo.

—Eso quisieras tú; pero no es así, y áun cuando lo fuese, yo no lo podré ver nunca, ni toleraré que alguno lo diga, cuestionando con el que lo crea hasta convencerlo.

—Dejemos esa cuestion que ningun resultado puede darnos, y ocupémonos de la vieja que por desgracia hallé en el alcázar real. ¿Quién es, hijo? No olvides que hasta en bromas me dices la verdad.

—Padre mio, esa vieja horrible, fea, espantable, es nada ménos que S. A. R. la Serma. Señora princesa Zeneida de Kousou, sucesora del actual monarca, segun testamento secreto, que yo firmé como testigo, y del cual sólo tenemos conocimiento seis personas, y tú, por cuya razon te encargo la reserva.

—¡La princesa! ¿Qué se propuso esa señora?

—Conocerte y pasar desconocida.

—¿Lo sabías tú?

—Sí.

—¿Por qué no me lo advertiste?

—Porque me lo prohibió, y Dios manda dar *al César lo que es del César*.

—Tiene mucho talento.

—Sí, pero tú la aventajas.

—Pues esta noche me venció.

—Eres tan afortunado, que hasta en eso te favorece la suerte.

—No te entiendo.

—Todo buen caballero aparece vencedor cuando se deja vencer por una dama.

—Es que fué contra mi voluntad.

—Hé ahí tu suerte: áun queriendo tú no hay hecho alguno capaz de humillarte.

—¿No decias en tu composicion que era muy jóven, muy bella y muy seductora?

—Sí.

—Pues á mí me ha parecido muy vieja, muy fea, muy pesada y muy impertinente.

—Pues ahí veras.

—No distingo nada ni comprendo ese castellano.

—Estamos á más de seis mil leguas de Castilla, y á tan larga distancia nos es permitido usar de modismos y de otras cosas peores.

—¿Qué dice Valleameno?

—Que la cosa marcha.

—Vaya un lenguaje elevado que elegiste esta noche.

—Consiste en que me voy popularizando, y necesito que me entiendan todos.

—¿Ya empiezas con bromas otra vez?

—Sí, está muy cerca la hora del triunfo, y como yo no

tengo miedo á nada, cuanto más peligro existe, más alegre estoy.

—¿Qué papel me reservas en ese drama?

—Tú, mi amigo, mi padre, mi maestro y mi señor, desempeñarás el último ante el peligro, el primero al recibir la recompensa, al coger la corona... de gloria.

—¿Tan cobarde me conceptúas?

—Al que llamo héroe y lo es efectivamente no puedo juzgarle tímido; pero tus creencias religiosas y tu nuevo método de vida te han alejado de los combates.

—Necio, si tu vida peligra, si algo la amenaza, ¿piensas que el leon no romperá su cadena y correrá delante de tí para escudarte con su pecho?

—¡Necio! Gracias por el insulto; otro beso como muestra del mal efecto que me causó. Tendré en cuenta esa idea para que la cadena sea tan gruesa y fuerte que no puedas romperla.

—Viviré alerta, Florian, y no me dejaré sorprender.

—Eso indica desconfianza que no merezco, padre mio.

—¡Hijo, si tú murieras, qué sería de mí!

—Ingrato, ¿dudas acaso de la Providencia; crees por ventura que hemos venido aquí efecto de una casualidad? En la lucha que yo voy á provocar, Dios mediante, no se ha de verter sangre humana.

—¡Qué consuelo has prestado á mi alma! ¿Por qué no eres más explícito conmigo, hijo amado?

—Porque no nos conviene á tí ni á mí; y veo con dolor, padre querido, que, léjos de obedecerme por un corto plazo, muy corto, con aquella sumision que me ofreciste en Cádiz, intentas con tus frases servir de rémora al desarrollo del gran pensamiento que se ha concebido en esta isla desde que fué habitada hasta hoy.

—Otra vez me has vencido, y ha de ser la última: desde este instante hasta que tú dispongas otra cosa me concretaré á oir, ver, callar, haciendo lo que me imponga tu voluntad. Te lo juro.

—Sublime y sagrada frase que merece otro beso y un abrazo.

—¡Aprieta, hijo; cuánto te amo; cuánto vales!

—Gracias; puedo decir, sin ofender la modestia, que el discípulo va siendo digno del maestro.

—¿Me llamaba el señor duque?

Preguntó Constantino Iglesia entrando.

—Sí, pero ya es tarde.

—Lo siento, y de no haber tenido que obedecer las órdenes del marqués, mi amo, dueño y señor, estaría aquí mucho ántes.

—Sigue anteponiendo á mi hijo, que yo, léjos de incomodarme, aplaudiré tu conducta.

—Bien sabe Dios que complaceré á V. con entusiasmo.

—Me alegro.

—¿Se puede pasar?

Preguntó Arturo desde el umbral.

—Entra, Mendo; estamos en familia.

—Entónces ocupo mi puesto.

Y avanzó hasta quedar junto al duque.

—¿Me llamaba V?—le preguntó.

—Sí, pero tambien llegas tarde.

—Asuntos de la mayor importancia me impidieron venir ántes.

—Sólo te veo á las horas de comer y á las doce de la noche; y tan reservado é indiferente, que no te pareces en nada á aquel mastin que yo arranqué de entre los bosques brasileños para que me siguiera por el mundo.

—El perro, señor, es emblema de la lealtad, y mi casta nunca degenera.

—¿Y qué relacion guarda eso con que yo tenga que servirme de secretario?

—Cuando yo no le sirvo y V. se sirve á sí propio, ámbos servimos entónces con más empeño que nunca á mi amo y señor el duque de Noal.

—Muy bien; supongo que todo ese servicio irá quedando oculto en el arcano de Florian.

—Cierto.

—Entónces está perfectamente hecho.

—Ya lo sabía yo.

—Hablemos de otra cosa. ¿Qué se cuenta por ahí de mi libro?

—Se aplaude, se comenta, y es el tema de todas las conversaciones.

—¿En pro?

—Sin excepcion alguna.

—Pues la tiene, y grande. En palacio creen que su forma es buena, pero añaden que el autor desconoce este país.

—¿Quiénes?—preguntó Florian.

—Todos los consejeros, incluso tu íntimo amigo el conde de Valleameno.

—Allí, padre mio, se dice sólo lo que conviene; á alguno de esos mismos le oí lo contrario hace poco.

—Terrible costumbre, condicion ó necesidad; en donde únicamente debiera decirse la verdad sucede lo contrario.

—¿Crees tú que tiene remedio ese gravísimo mal?

—Sí y muy fácil.

—Pues vé pensando en él para que lo aplique...

—¿Quién?

—Su Majestad.

—¿La princesa, cuyo talento y sabiduría pregona el vulgo, tú encareces y?..

—Curioso... Ya lo sabrás más adelante.

—Florian, ninguno de los dos podemos condenar al olvido la memoria del ángel que nos espera en el cielo, áun cuando la recompensa á tal ingratitud fuese un trono.

—Explícate, señor.

—Ni tú ni yo perderiamos nuestro actual estado por ganar un cetro.

—Claro es; no somos ambiciosos.

—Ni perjuros.

—Padre, amé á mi esposa tanto como tú á la tuya, venero su memoria de idéntico modo que tú; pero no puedo consentir que se llame perjurio á las segundas nupcias que la iglesia acepta y santifica; ni creo que en el cielo no esperan otros séres, contando con la misericordia divina, que ángeles sin distincion. Lo contrario es por lo ménos una paradoja inaceptable por los buenos católicos.

—Así es,—exclamaron á la vez Arturo y Constantino.

En este instante descorrieron la cortina, y apareció Piñeiro, llevando en la mano una bandeja de plata, la cual contenia un billete.

—Para mi señor el marqués.

Exclamó, y la cogió Régulo.

—Padre mio,—dijo aquél, después de haberla abierto y visto la firma,—¿me permites que te lea este escrito?

—¿De quién es?

—De la guarda de SS. AA.

—Lo escucharé con mucho gusto.

—Pues oye:

«Mi estimado marqués: hace una hora tuve el gusto de »pasar agradablemente junto á tu padre algunos minutos. Quise »conocer la bondad, tolerancia y talento que el mundo aplaude »en él para poder decir, desde este momento en adelante, que »el duque de Noal es muy digno del renombre con que todos »le conocemos. Al efecto, disfracé hasta mis palabras é ideas, »y como esto pudiera dar lugar á que formase mal concepto »de quien le estima, admira y considera, yo te ruego disculpes »á tu protectora y amiga=*Zeneida.*»

—¡Te tutea!

—Claro es, cariñosa costumbre en los príncipes cuando se dirigen á sus servidores.

—Revela su lenguaje, que le inspiras mucha confianza, y usa de franqueza extremada.

—¿Y qué te extraña si llegué á su puerta mendigando,

herido, fatigado, hambriento, curó mis males físicos, combatió los morales, y fué desde aquel instante para mí una egida? Yo creí que sabías esto, y agradecido á tan noble y régio proceder, mirabas á la elevada señora como merece la que tanto le debemos, la que se sobrepone á nosotros en generosidad y nobleza de alma.

—Me venció esta noche tambien en talento, y como es la primera mujer que logra eso de mí, me ofusqué; pero ya salí de mi error, y la admiro, respeto y amo cuanto debo. Oh, la protectora de mi hijo tiene en mi pecho un altar. Mañana iré á palacio, besaré su mano, demostrándole la gratitud y cariño que le profeso.

—No te recibirá.

—¿Por qué?

—Adivina, y es tan modesta, que rehusa toda clase de elogios y ovaciones.

—De ser eso cierto no mentia tu primera composicion.

—Respecto de la parte moral dije ménos de lo que realmente era.

—Qué lástima que su parte física sea tan... me duele la frase.

—A pesar de lo que yo dije, lo que añaden los periódicos y lo que cuenta todo el mundo, te has empeñado en creer que es tan... Vamos, tan fea.

—En esta isla como en España cuesta ménos trabajo llamar bonita á una mujer que decir de ella lo contrario. Demasiado convencido estás tú que sus facciones y conjunto deben poco á la naturaleza.

—¿La miraste bien?

—Algo oscuro estaba el salon, en un extremo ella y á bastante distancia yo; más su interés en ocultarme parte del rostro y la que yo vi, fueron suficientes á convencerme de que la miré bien y de que la vi mal.

—Acabas de decir una verdad innegable. Já, já, já, ¡bendita sea tu boca, duque!

—Señores, es más de media noche, retirémonos á descansar.

Así lo hicieron, exclamando para sí, y en sentido irónico, Régulo, Arturo y Constantino:

—¡Bien la miró!

Noal añadia á la vez, hablando consigo mismo:

—Es tan fea que nada debo temer por ese lado; pero él es tan jóven que... Imposible; sería un golpe que laceraria mi alma. Su mucho talento y fortaleza de espíritu son una garantía por otra parte, y mi ejemplo... Yo llamar hija á otra... ¡Qué horror!

CAPITULO XXXII.

La agonía.—La muerte.—Cambio, sorpresa y triunfo completo.

A la mañana siguiente se presentó Bricio de Calatrava en el real alcázar, saludó á S. M., intentando hacer lo mismo con la princesa; pero ésta disculpó con habilidad y galantería una negativa, que vino á confirmar el pronóstico de su hijo.

—Florian tiene razon,—exclamó el duque subiendo al carruaje para retirarse á su casa;—nádie de los que me rodean avisó á Zeneida, y de esto se deduce que adivina su claro talento, no siendo ménos admirable su modestia. En otra ocasion la veré, y entónces redoblaré mis elogios, que una princesa tan sublime todo eso merece de Noal.

Trascurrieron vários dias sin que, en la apariencia, ocurriera nada que llamase la atencion del público. Florian, no obstante, se unia á menudo con sus amigos, discutia proyectos, proponia planes, y entre todos preparaban un sistema muy estudiado y concienzudo.

El duque de Noal entretanto socorria la desgracia donde la encontraba, se constituyó en protector de todo el que pedia

justicia, y su nombre era ya el tema de las conversaciones, siendo tan elogiado y aplaudido por los hechos, como por las ideas y forma que habia dado á su libro, el cual estaba haciendo ya una verdadera revolucion en la creencia de los políticos de buena fe de aquella apartada region.

Una noche en que todos dormian en el palacio de Noal, despertaron á Régulo para entregarle una carta que acababan de llevarle de palacio.

Poco después se puso en movimiento toda la gente de la casa, se engancharon dos berlinas, saliendo en la primera el vizconde y Constantino y en la segunda el duque y Mendo.

Los dos primeros llegaron al real alcázar, entrando en la cámara Florian y quedando en la saleta Iglesia.

Eran las tres de la madrugada, sin embargo de lo cual estaban de pié y ocupaban sus puestos la mayor parte de los servidores de palacio; en los guardias se notaba desasosiego y malestar; en los restantes tristeza; ninguno osaba mover los labios, y todos parecian pendientes de un grave acontecimiento.

El vizconde de Régulo, marqués del Canal, se presentó esta vez con su banda, placa y cruces europeas y americanas; ya en la cámara le indicaron que podia pasar adelante, y lo hizo, hallando en la habitacion contigua á Zeneida, que le dijo:

—A las doce sufrió mi pobre tio el tercer ataque, y hace media hora que entró en la agonía. ¡Infeliz, cuánto está sufriendo y cuánto me hace padecer!

—Valor, Zèneida; nueve millones de almas te lo ruegan por mi boca.

—Me sobra espíritu, mas es el hermano de mi padre, y destrozan mi corazon sus ayes.

—Llora, eso es; pero no desmayes en tan crítico instante.

—Haré lo que tú quieras. ¿Está todo corriente fuera de palacio?

—Todo. ¿Y dentro?

—Aquí sólo mando yo, y ¡ay del que no me obedezca! Puesto que ya sabes lo que acontece, parto á recoger los últimos suspiros de mi amado tio.

—Bien hecho; abrázale, y que al cerrar sus ojos cubra tu cariño, y no pueda ver de este modo las ingratitudes que deja detrás. Mas desde el momento que espire en adelante, llora, Zeneida, llora, pero no toleres que una debilidad tuya haga gemir á tu patria. Adios.

—Adios.

La princesa entró en la régia alcoba, y se abrazó efectivamente á su tio, miéntras Florian, acercándose al oido de Iglesia, le dijo:

—El instante se acerca; que venga tu padre al frente de su batallon, que situará en las galerías, subiendo él y quedando aquí contigo. Lo demás ya estará dispuesto por Valleameno. Parte.

Salió Constantino, apareciendo poco después los duques de Monserrat y de Badillo, los demás amigos de Régulo, grandes de Nueva-España y los consejeros, con otros altos funcionarios que acababan de ser avisados.

El vizconde se acercó á los primeros, diciéndoles:

—Coged en medio á mi padre, y que sepa únicamente lo que vosotros le digais.

Después buscó á Arturo.

—Deja al duque,—exclamó,—y espera mis órdenes en el zaguanete.

Y por último, aprovechando un instante en que los compañeros de Valleameno hablaban entre sí, preguntó con recato á aquél:

—¿Están dadas las órdenes?

—Sí.

—¿Faltará alguno?

—Creo que no.

—¿Sospechan los colegas de V?

—No.

—Pues adelante, y cada cual cumpla con su deber, con lo que ha jurado.

Y se separó, dirigiéndose á la habitacion donde habló con Zeneida. Esta formaba la antealcoba en que se hallaba el moribundo señor, y desde allí comenzó á oir Régulo cuanto pasaba en la estancia contigua.

Un silencio profundo y continuado reinaba en el alcázar; en algunos rostros se retrataban el pesar y la tristeza; en otros aparecia la ambicion, y en algunos la pena mezclada con esa resolucion del que se dispone á realizar un gran pensamiento; pero ninguno hablaba ni se movia; fijos en sus puestos, esperaban el fallo del destino con el temor ó ansiedad de que cada cual se veia dominado.

Se oyeron las cuatro de la madrugada, y el augusto enfermo continuaba agravándose; á las cinco opinaron los tres facultativos de cámara que le quedaba muy poco de vida, y á las seis y media percibió Florian el estertor, mezclado con los suspiros de Zeneida.

Instantes después se escuchó un grito de dolor, várias lamentaciones, y á esto siguió un prolongado silencio.

De pronto se abrió la puerta que comunicaba con la estancia donde se hallaba Régulo solo, y apareció Zeneida, cubierto el rostro de lágrimas y en actitud que inspiraba compasion.

—¡Murió!—dijo, ahogada la frase por el llanto; y sacando vários papeles que llevaba encima, añadió:—Ahí tienes la copia del testamento y los documentos que me distes, firmados por mí. Soy la reina; manda tú; que Dios te inspire, y que la justicia selle todas tus acciones. Adios.

Y le alargó la mano, que Calatrava estrechó tiernamente, contestando:

—Valor, hija mia; cumple tu penoso deber, yo el sagrado mio, y que la Providencia sea con nosotros y con ese pueblo que tanto tiempo aguarda lo que ahora llega.

Y se volvieron la espalda, pasando Régulo á la saleta donde le esperaba Iglesia.

—Toma ese testamento,—le dijo,—y entrégaselo al momento á Valleameno. Vuela.

Y añadió, acercándose al oido del duque de Badillo:

—Puede empezar á tocar la campana del reloj de palacio. Los restantes, incluso mi padre, que esperen en el salon amarillo del piso bajo.

—Al momento.

E incorporado seguidamente con Arturo, prosiguió:

—Ahí tienes á Constantino, salid, y que circulen por la corte los impresos que están dispuestos. Aprovechad los segundos.

Obedecido que fué, se aproximó á D. Julian Iglesia, preguntándole:

—Coronel, ¿y el batallon de cazadores?

—En la galería espera mis órdenes.

—¿Hay en él alguna voluntad que deje de pertenecer á V?

—No, señor.

—¿Y yo dispongo de la suya?

—Por completo; lo juré, y soy suyo en cuerpo y alma.

—Entónces óigame V. bien: en este instante se están reuniendo en el salon amarillo todos los grandes, y en el azul los consejeros y altos funcionarios de la isla. Tome V. todas las salidas cuando se hallen dentro, y que queden arrestados sin excepcion.

—¿Tambien Valleameno, Monserrat?..

—Todos. Abrevie V.

—El señor marqués me llamó coronel...

—Abrevia, coronel.

—Basta, serenísimo señor; soy todo de V. A.

Y bajó, dejando á Régulo en medio de aquellos salones, en los que todo era consternacion y llanto.

Nuestro valiente jóven habia andado de un lado para otro, dando órdenes terribles, y disponiendo cuanto debia, sereno, impávido, con calma y sin aturdimiento. Por donde quiera que pasaba veia rostros humedecidos por el llanto, brazos cru-

zados, cabezas inclinadas, y el dolor, en fin, que se retrata en el semblante del servidor, como justo tributo á la memoria de aquel que le dió posicion, le tuvo en su casa y fué su amo y señor. Por eso Régulo, á pesar de lo crítico de las circunstancias y de lo fatal que pudiera ser el más leve retraso, no se atropellaba ni corria por delante de aquellos hombres afligidos, prefiriendo cualquier contratiempo á que hubiesen creido que insultaba la pena y amargura que reinaban en el interior del real palacio.

Cuando hubo comunicado las órdenes imprescindibles se fué á una habitacion solitaria, y, abriendo un balcon, fijó su mirada en la extensa plaza de palacio.

En este instante comenzó á tocar la campana del reloj; á su lúgubre sonido contestaron várias otras de la poblacion, y momentos después comenzó á circular la gente por la corte en grandes masas ú oleadas que se movian de un lado para otro, curiosas de saber lo que acontecia. Primero se extendió la voz de que habia muerto el rey, cuya noticia causó un sentimiento general; á aquella siguió el temor consiguiente en unos, miéntras otros se disponian á aprovecharse de este acontecimiento para realizar sus miras de ambicion.

Pero en los instantes en que reinaba más vacilacion que otra cosa, en ese corto espacio que precede al primer grito de alarma ó de trastorno, llovió sobre las masas un impreso firmado por la princesa Zeneida, el cual empezó á ser leido sin distincion de clases y con la avidez consiguiente á la suma importancia que tenía, á la calidad de la persona que lo autorizó y al problema que intentaba resolver en el momento crítico de llegar á su apogeo la situacion más grave por que habia atravesado la isla desde la conquista de los europeos.

No quedó plaza, calle, establecimiento, palacio ni casa donde no se viera aquel escrito, ni esquina donde no se fijase; multitud de encargados esparcieron en breves instantes los ochenta mil ejemplares que pusieron á su disposicion Iglesia y Arturo.

Aquel documento, admirablemente escrito, formó la opinion de toda la gente honrada, y se oyó por fin el grito que Régulo esperaba apoyado en el quicio del balcon:

—¡Viva la princesa Zeneida! ¡Viva Bricio I!

Exclamaron, conteniendo los que así opinaban á una minoría turbulenta y ambiciosa que pretendia lo contrario.

Nuestro vizconde escuchó la aclamacion; más tarde vió con placer que su pensamiento estaba á punto de realizarse, y abandonó el balcon, hallando detrás á Iglesia y Arturo, que concluian de llegar. El primero le dijo:

—Lo mismo que sucede en esa plaza acontece en el resto de la corte.

—Así lo esperaba. Tu padre tiene detenido al mio entre los demás grandes que han acudido hoy á palacio; que salga solo, y llevadlo de órden mia á las habitaciones de la princesa. Encarga á D. Julian que ponga en comunicacion á los que están en el salon azul con los del amarillo. Volad.

Y desaparecieron los tres.

Sepamos nosotros lo que han hecho é intentan realizar los consejeros.

Reunidos los siete en un extenso salon del piso bajo, y acompañados de vários altos funcionarios, comenzaron á discutir sobre la sucesion y porvenir de la isla. Seis opinaron que debia proclamarse en el acto á la hija mayor del monarca difunto; pero Valleameno tomó la palabra para demostrar hasta la evidencia la imposibilidad completa de las dos infantas y lo inconveniente de la propuesta que acababa de oir. El presidente sostuvo entónces la idea anterior, añadiendo que se nombrase un consejo perpétuo de regencia.

Fácil le fué al conde combatir tan descabellado pensamiento; pero sus contrarios querian á todo trance su realizacion, y á falta de razones opusieron sofismas, concluyendo por votar lo que ellos querian. Luégo mandaron llamar á los jefes de palacio; pero al abrir la puerta se encontraron con que ninguno podia salir, y montados en cólera, trataron de rechazar la fuerza

con la fuerza, hallándose impotentes para el logro de este último deseo.

Creció el conflicto, hicieron responsable á Valleameno, é iban á lanzarse sobre él, cuando se abrió la puerta que comunicaba con el salon contiguo, precipitándose por ella los jefes que querian llamar, en union del duque de Monserrat y restantes grandes que estaban con él.

Vários hicieron uso de la palabra y hablaron á la vez, formando un caos ó baraunda en la que nádie se entendia. Continuaron las voces, siguieron los denuestos, y hubiera concluido aquella reunion sabe Dios cómo, sin un nuevo acontecimiento que cambió la gritería en un silencio extraño, precursor de gran acontecimiento.

Cuando Valleameno, Monserrat y la mayoría de los grandes debatian con más calor contra todos los restantes, se abrió la puerta principal del salon, apareciendo en sus umbrales la princesa Zeneida y las dos infantas, cogidas de la mano de su prima. Las tres vestían de negro, y en el rostro de la primera se veia marcada la huella del dolor y sentimiento, en tanto que las otras dos parecian indiferentes á cuanto habia pasado y pudiera ocurrir.

Al verlas enmudecieron todos los presentes, quedando en actitud humilde y hasta respetuosa.

Zeneida fué poco á poco adquiriendo la altivez de una reina, y avanzó seguida de los grandes, duque de Noal, vizconde de Régulo, jefes superiores de la guardia interior, comandante de la exterior y de D. Julian Iglesia.

Sin soltar de la mano á sus primas, llegó al centro de los reunidos allí, y los miró, quedando fija en Valleameno.

—Abrid y leed, conde,—le dijo,—el testamento de S. M. el difunto rey, mi tio y señor.

Y calló, continuando un profundo silencio, que fué interrumpido instantes después por la voz del consejero, que poco á poco y marcando sus frases expuso la última voluntad del monarca finado.

—Muy bien,—exclamaron Monserrat y todos sus amigos.—Cúmplase lo dispuesto por Francisco I.

Los consejeros y parciales iban á replicar, pero les contuvo la actitud de la princesa y su clara voz, que se hizo oir más sonora y altiva que nunca, con las siguientes frases:

—Señores,—dijo,—mi tio amaba á sus hijos con cariño tan acendrado, que yo le he visto bañar en llanto las almohadas donde reposaban estas infelices. Los últimos dias de su vida no se ocupó de otra cosa que del presente y porvenir de ellas; por esa causa vine yo á la corte. Escondida desde que nací entre los árboles de mis selvas, bosques y jardines, me molestaba el bullicio de las grandes poblaciones, y, á no haberme obligado Francisco I, no pisaria jamás estos salones. El padre se convenció que sus hijas no podian, no debian reinar por imposibilidad completa, porque Dios lo dispuso así, y ante su soberana voluntad se inclinó, como hago yo tambien, como debeis hacer vosotros. De palabra y en su testamento me rogó y ruega que vele dia y noche por sus hijas; soy la única parienta que tienen en el mundo, y juro ante vosotros, grandes del reino, dignatarios de la isla, ser una madre tierna y cariñosa para estas inocentes criaturas que ningun mal hicieron á nádie, pero que tampoco les es dado conocer el bien y aplicarlo. Y si á mi tio no le ofuscó el amor paternal, y vió clara, terminante la imposibilidad de sus hijas, tampoco me ciega á mí el amor propio; conozco y declaro que no nací para sentarme en el trono, y en bien de mi país digo que no reinaré.

Un murmullo interrumpió á la princesa, el cual fué contenido por ésta, que añadió:

—Silencio, señores, que aún no he concluido. Hace tiempo que, escondida en mi retirada posesion, vengo deplorando los males que afligen al pueblo que me vió nacer; rodeada de unos cuantos leales servidores, lloré los infortunios de mi patria, jurando á la vez coadyuvar al término de ellos; y puesto que llegó el momento, aquí me teneis decidida á cumplir tan sagrada oferta. En mi concepto, y en el de todas las personas

sensatas á quienes he consultado, es preciso, indispensable un brazo fuerte, una inteligencia privilegiada, un hombre, en fin, con tanta sabiduría como abnegacion, que, sobre todos vosotros, ponga término á vuestras disensiones y rencillas; que cierre la horrible puerta de la ambicion, y le dé á cada cual lo suyo: ni más ni ménos. A nádie acuso; indico el mal, pero no señalo el autor; no le veo, no quiero verle. Me dirijo sólo á vuestro patriotismo, al de todos los habitantes de la isla. Yo os doy el ejemplo, señores; renuncio al trono, al rango, al poder, y, en pro de mi país, abdico solemnemente en Bricio de Calatrava, duque de Noal, que desde este instante ha de ser Bricio I de Nueva-España.

Otro murmullo interrumpió á la princesa; ahora se retrataba la sorpresa en los semblantes de cuantos estaban allí. La voz del padre de Florian exclamó:

—No...

El hijo, que lo tenía cogido de la mano izquierda, cortó sus palabras con las siguientes, que le dijo al oido:

—Acepta, ó dejas de tener hijo hoy, yo te lo juro. No viniste aquí á dar limosnas; te trajo Dios para la ventura y dicha de ese mísero pueblo.

—¡Florian!..

—Calla y acepta, cobarde, ó dejaré hoy de existir.

Y continuaron hablando en voz baja.

Jamás se habia presentado en público la princesa tan hermosa ni arrogante; aquel traje negro de gasa sobre su blanquísima epidermis la embellecia extraordinariamente; lo encendido del rostro, la altivez de la mirada, que solia languidecer poco á poco, efecto del dolor y la pena; la grave situacion en que la habian colocado los acontecimientos y la necesidad de hacer uso de todo su valor y energía, la elevaron en majestad y encantos al sitio donde difícilmente podia llegar mujer alguna.

—Bricio de Calatrava,—dijo de nuevo, imponiendo silencio con su mirada, actitud y voz,—desciende de reyes; Bricio de

Calatrava acaba de probar, en una obra dada á luz al acaso, que conoce los males de esta isla y su remedio; Bricio de Calatrava fué un héroe en valor, genio y sabiduría; eso dice su fama, su historia; Bricio de Calatrava arroja contínuamente su corona ducal para abrazarse á la desgracia de los que sufren, luchar con ella y vencerla; Bricio de Calatrava nos aventaja á todos en modestia, en generosidad, en grandeza humana. El que no quiera á Bricio de Calatrava no ama á su patria; el que no le jure es un traidor; por aquella puerta os espera para que le jureis; por esta otra saldrá entre bayonetas el que se niegue. Grandes y dignatarios del país, en pro de mi patria regalo una corona, y me voy con mis hijas para habitar en medio de los árboles de mis bosques, selvas y jardines; el que realmente sea grande, que me imite.

Y les volvió la espalda, entrando en el salon contiguo; allí estaba abierto el libro en el que fijó su mano Zeneida, pronunciando seguidamente el solemne juramento; luégo se inclinó, besando con respeto la mano de Calatrava. Lo mismo hicieron Florian, Valleameno, y poco á poco todos los presentes.

A excepcion del conde y de D. Julian Iglesia, los demás ignoraron hasta el momento dado cuál era el pensamiento de Régulo y de Zeneida; Monserrat y sus amigos estaban creidos que reinarian Florian y la princesa, y los otros, adormecidos por una torpe seguridad que les cegó la luz de la inteligencia, intentaban elevar á una de las dos huérfanas para repartirse el botin, y á nombre de ella dominar y avasallarlo todo; pero la actitud de la princesa, sus imponentes frases, y el fuego irresistible que despedian las miradas del valiente y hasta temerario vizconde de Régulo, les obligó á inclinar la cerviz y á pronunciar un juramento que habia de amargar terriblemente al que sólo estaba allí sujeto á su ambicion y cálculo egoista.

Tampoco era posible establecer comparacion alguna entre la desgraciada infanta que carecia por completo del organismo

intelectual y el hombre eminente, sábio, valiente y generoso sin rival, que acababa de ser elevado á un puesto que merecia por su régia estirpe, que habia ganado con sus nobles y heróicos hechos. Cincuenta años de experiencia respondian de sus actos futuros; todas sus acciones, sin una sola excepcion, formaban la garantía, la seguridad de un porvenir plausible para todo el que anhelase el bien de aquella isla.

Bricio de Calatrava tambien lo ignoraba todo, y fué de sorpresa en sorpresa desde el calabozo de Cádiz hasta el trono de los Kousous. Al salir del salon amarillo, donde se hallaba arrestado con los demás grandes, se encontró con su hijo, que le cogió del brazo, y aislándose con él, le preguntó:

—¿Me amas, padre mio?

—¿Tú me haces esa pregunta, Florian? ¿No fuí siempre tu único compañero, tu amigo, el que ha llorado por tí y el que ha reido cuando tú gozabas?

—¿Me amas, padre mio? Contesta categóricamente.

—Con toda mi alma. Mi corazon, hijo querido, sólo late cuando te ve.

—¿Deseas mi felicidad?

—A costa de la mia, de mi vida.

—Entónces camina á mi lado, y en la presente hora no hagas nada contrario á mi voluntad.

—¿Puedes ser aún dichoso, Florian?

—Sí.

—Pues te ofrezco cumplir tu deseo, sea el que quiera.

—Sígueme, señor, y vé por el camino bendiciendo á la Providencia como yo hago.

Veinte segundos después se hallaba frente á Zeneida; Bricio retrocedió dos pasos; la juzgaba fea y hasta contrahecha, y de pronto salió de su error, hallándose con la mujer más hermosa que habia contemplado jamás.

La princesa contestó á su saludo con una grave reverencia, y cogida á las manos de sus sobrinas, echó á andar, seguida de la escolta que ya conocemos. Calatrava llegó al salon azul

confuso, sin comprender nada de lo que iba á acontecer, pero resuelto á apoyar el pensamiento de su hijo cualquiera que fuese. Sin embargo, al encontrarse con el terrible peso de una corona de que se creia indigno, se olvidó de su oferta, y quiso rechazarla con toda la dignidad y agradecimiento de que era capaz; pero estaba Florian á su lado, Florian, que le dominaba ya por completo, y le amenazó con un suicidio que heló la sangre del tierno padre y lo estremeció, obligándole á que se inclinara ante su incontrastable voluntad. El bondadoso duque de Noal bajó la cabeza y sucumbió, dejando que desde una princesa hasta el comandante Iglesia todos besaran su mano y lo proclamaran rey. En tan críticos instantes era una máquina movida por el flúido magnético del vizconde de Régulo.

Concluido este acto, exclamó Florian:

—Conde de Valleameno, cumple con tu deber; Iglesia, realiza el tuyo.

Y añadió, dirigiéndose á su padre:

—Dígnese V. M. apoyarse en el brazo del príncipe, su hijo y heredero.

Y apareciendo en sus labios sonrisa terrible, hizo una reverencia á los presentes, y salió de allí, encaminándose por una escalera estrecha al piso principal de palacio.

—Sostenme, hijo, sostenme bien, que me faltan las fuerzas.

Exclamó el nuevo monarca, trémulo y cási desfallecido.

—Sigue apoyado, que mi brazo es de hierro y mi corazon de bronce.

—Ya lo he visto, Florian. ¿Qué hiciste conmigo, hijo?

—Nada contrario á una mision grande, sublime.

—¿Comprendes la responsabilidad que pesa desde hoy sobre tu pobre padre?

—Sí.

—¿Y no te ha inspirado compasion?

—No.

—¿Qué te hice para que me quisieras tan mal?

—¿Crees, por ventura, insensato, que murieron nuestras

mujeres é hijos, que cruzamos los mares, que dimos con este canal y que llegamos aquí al acaso? ¿No has convenido conmigo en que el hecho era providencial, en que éramos predestinados?

—Sí; mas veo ya una guerra civil, un caos, y sabe Dios lo que vendrá después.

—Mejor; me nombrarás general en jefe de tu ejército, y te probaré en esta isla que soy hijo digno del vencedor de Cuba.

—¡Tú, mi hijo amado!..

—Ahora soy además el príncipe heredero que tiene la obligacion de velar por el trono de su padre, por el que ha de ser suyo.

—¡Va á correr la sangre humana á torrentes!

—San Fernando la veia impasible en los campos de batalla; ya conoces la historia de San Luis, y si quieres que te cite algunas otras...

—Me estremece la sola idea.

—¡Pues no te vas haciendo poco tímido! ¿Nada te se ocurre contra la torpe ambicion y egoismo de tus contrarios?

—Sólo veo la necesidad de desnudar la espada y vencerlos en campo abierto.

—Señor, V. M. está hoy algo medroso y bastante loco. Contra ese mal tengo yo un medicamento seguro, eficaz.

—Enséñamelo.

—Mira.

Hablando así habian llegado al balcon donde poco ántes estuvo asomado el príncipe, y al expresar éste la frase *mira*, sacó á su padre fuera del quicio, para presentarle un cuadro admirable, conmovedor. Estaban frente á la inmensa plaza de palacio, y en ella habia más de ochenta mil séres apiñados, silenciosos y en actitud que indicaba más ansiedad que sorpresa.

—¿Qué quieren esos hombres?

Preguntó el monarca azorado.

—Ahora lo verás.

En el momento en que todas las miradas empezaban á fijarse en nuestros dos personajes, gritó el príncipe:

—Pueblo, aquí tienes á Bricio I.

—¡Viva!

Exclamaron todos, y no contentos con descubrirse, arrojaron sus sombreros y gorras por el aire con entusiasmo ardiente.

Aquel grito unánime, arrancado de ochenta mil corazones ansiosos de justicia, heló la sangre de los que juraron á Calatrava contra su voluntad y de todo el que queria lo contrario de lo que estaba aconteciendo. Aquel grito unánime, que no era hijo de la coaccion, del engaño ni de violencia alguna, devolvió á Bricio su adormecido valor, su perdida calma, prestándole á la vez la entereza y majestad que tan necesarias le eran.

Miéntras aquella masa de gente unida y compacta empezaba una série de aclamaciones que no debian cesar; ínterin dió principio á una expansion y júbilo indescriptibles, preguntaba el rey á su hijo:

—¿Sucede en toda la península, ó únicamente en la corte?

—No; el telégrafo ha comunicado la noticia, y en todos los ámbitos del reino resuenan las mismas voces que estás oyendo.

—Veo el entusiasmo retratado en esos semblantes.

—Consecuencia lógica y natural de tus heróicos hechos, de tu bondad sin límites, de tu aficion á que impere la justicia sin distincion alguna.

—Pues si no hay guerra, yo os juro, hijos mios, que el que aclamais de ese modo será vuestro padre.

—Ya vas entrando en órden, señor; al ofrecerte ese trono, si hubieras pensado bien, comprenderias fácilmente que no te enseñaba el lago de sangre que pretendias ver há un momento.

—¡Qué talento tienes y qué admirable te presentas ante mí, Florian!

—Aspiro únicamente á ser digno heredero tuyo, que no es poco.

—Con ejemplo tan grande de habilidad, valor y decision torturaré mi entendimiento hasta lograr igualarme á tí.

En este momento se oyó el sonido de una corneta, formando instantáneamente la guardia de palacio.

—¿Qué es eso?

Preguntó sorprendido el rey.

—Lo ignoro, pero nada temas.

Instantes después tocaba la música marcha real. Luégo salió un correo seguido de cuatro batidores, y á continuacion un coche de palacio escoltado por el duque de Badillo, un caballerizo y veinte jinetes con su jefe á la cabeza. Iban detrás otros dos carruajes de camino, y en pos vários palafreneros.

—¿Qué es eso, Florian?

Volvió á preguntar Bricio.

—Veo á Badillo, nombrado anoche gobernador civil, que acompaña... Mírala, es la princesa Zeneida, que se despide de tí moviendo su pañuelo.

—¿A dónde va?

—Segun nos ha dicho, á su posesion, con objeto de esconderse y habitar entre los árboles de sus bosques, selvas y jardines.

—¡Con qué entusiasmo la aplaude el pueblo!

—Al verla se olvidaron de tí, pero fué por un solo instante, que no volverá á repetirse, toda vez que esa mujer con dificultad pisará otra vez la corte.

—Lo siento, que no hallé nada en esta isla tan grande y digno de admiracion como la princesa.

—Pues ya ha desaparecido probablemente para siempre.

—¡Para siempre! Muy bien, Florian; la frase me ha causado un efecto agradable, no por mí, sino por tí.

—Ya el pueblo vuelve á ocuparse única y exclusivamente de su rey.

—Con gusto les hablaria; pero la elevacion de estos balcones lo impide, y siendo así que nada puedo decirle, retirémonos.

Los dos agitaron sus sombreros, y entraron poco después, oyendo un aplauso y aclamacion, hijos del más ardiente entusiasmo.

Al volver la espalda se hallaron con los jefes de alabarderos y con todos los grandes de la isla que, participando unos y aparentando participar los otros del regocijo público, los felicitaban en este instante con frases que hubieran hecho honor al más apuesto cortesano. Bricio, que ya era rey en todo, cortó tan lisonjeros discursos con las siguientes frases:

—Basta, señores; basta de plácemes, alegría y expansion; en la régia alcoba se halla el cadáver del último Kousou, y es preciso que honremos la memoria de mi antecesor. Desde este instante vuelve á imperar el luto en estos salones; eso deseo y mando.

Y se retiró con Florian, diciéndole por el camino:

—Hijo, miéntras yo me ocupo de todo lo concerniente al fallecimiento de Francisco I, cumple tú los compromisos que hayas contraido con tus amigos. Me reservo el derecho de aprobar ó no cualquier acto que se separe de la más estricta justicia, que desde hoy sólo mi conciencia mandará en mí; pero me has regalado, mejor dicho, me has impuesto un trono, y siempre que no cueste al país este acontecimiento una góta de sangre, sancionaré con gusto lo que tú hayas acordado y no se oponga á los instintos de mi corazon.

—Muy bien, padre mio; empiezas á ser rey y á mandar: y como quiera que yo sólo he contraido el compromiso de cortar toda clase de abusos y hacer la felicidad de este pueblo, veré con satisfaccion que apruebas unas cosas y desechas otras, que si yo en algo me equivoco, tú puedes corregirlo, sin que á ello se oponga consideracion alguna.

—Siendo así, y convencido yo de tu gran talento y sabiduría, léjos de oponerte trabas, ruego á mi sucesor me ayude á sostener una carga para cuyo enorme peso no hay hombros en la tierra con suficiente robustez.

—Hasta luégo, señor.

—Marcha, y sé hoy un gran político; yo demostraré entretanto que me ha dolido la muerte de Francisco I.

Y cada uno entró en diferente cámara.

Régulo tomó posesion del despacho que servía al monarca difunto, y llamando, dijo al mayordomo que se le presentó:

—Que entren inmediatamente los señores conde de Valleameno, dúque de Monserrat, D. Constantino Iglesia, D. Arturo Mendo, y hasta que salga el primero no pases recado alguno.

Poco después se hallaban los cuatro delante del príncipe en actitud respetuosa.

—Duque de Monserrat,—exclamó Calatrava,—te habrá extrañado mucho la eleccion que hice de mi padre; pero como yo sólo me comprometí á cortar abusos y á procurar por todos los medios posibles el sosiego y dicha de este país, y nádie como Bricio I puede y debe mandarnos á todos, por eso lo antepuse á mí, destruyendo vuestras ilusiones para crearos una realidad que en breve aplaudireis.

—El hecho,—contestó el duque,—honra á V. A., lo eleva cuanto es posible, y merece ya nuestro beneplácito.

—¿Dicen lo mismo todos tus amigos?

—Sí, señor.

—Muy bien: mi padre, teniendo en cuenta lo mucho que le amas y lo aficionado que eres á la estricta justicia, te nombra jefe superior de su real casa, con el doble cargo de mayordomo mayor. Segun mis noticias la encontrarás algo desarreglada; dicen que hubo muchos abusos; propon lo conveniente para que no se repita uno solo; introduce cuantas economías sean compatibles con el esplendor que se debe á la majestad; deja en su puesto á los leales; separa al torpe egoista, y que no perezca ningun desgraciado. Adios, duque; todo lo vas á hacer, pero de todo eres responsable, y cuenta que mi padre no tiene amigos para aplicar la justicia.

—Beso los piés de V. A.

Salió Monserrat, y el príncipe continuó:

—Arturo, mi padre te nombra su secretario particular,

jefe de la estampilla. Ninguno mejor que tú puede y debe ser el depositario del sello real. Te digo lo mismo que al duque, respecto de esa oficina y de lo que hagas en ella. Este cargo te proporcionará estar la mayor parte del tiempo junto á S. M. el rey, que es lo que tú deseas. ¿Es cierto?

—Sí, señor.

—Me alegro. Pues corre adonde se encuentra el monarca, que estando tú á su lado me hallo tranquilo.

Partió Mendo, y el príncipe prosiguió:

—Constantino, mi padre te nombra gentil hombre de cámara con ejercicio, y yo secretario mio. Miéntras hablo con Valleameno, vé al palacio que habitábamos ayer y dispon que se traslade á este la caja y lo que se ha comprado desde que yo empecé á habitarle. Los dependientes serán empleados sin excepcion en mi cuarto; para Piñeiro se creará una plaza en las caballerizas reales que lo eleven sobre los demás tronquistas, y el resto de la servidumbre quedará cuidando del edificio y á las órdenes de S. M. la ex-reina Zeneida, dueña del mismo. Marcha, y regresa inmediatamente para que empecemos á trabajar.

Solos Valleameno y el príncipe, dijo el último:

—Siéntate, conde, á mi lado.

—Señor...

—Tu lealtad y amor á la isla te hacen acreedor á todo mi cariño. Obedece.

—Gracias, serenísimo señor.

—¿Qué dicen tus colegas?

—Nada; se han resignado, y hé aquí la dimision de los seis.

—Comprendo; te quedas para refrendar los decretos, ¿es cierto?

—Sí, señor.

—Pues bien; mi padre las admite todas inclusa la tuya, nombrándote á tí presidente con la cartera que quieras elegir. De este modo serán seis, que es más fácil encontrar cinco de actitud y cualidades necesarias. Forma tu ministerio, y pues-

tos de acuerdo, pasa á verme inmediatamente. Te recomiendo á nuestro comun amigo el duque de Badillo.

—Será V. A. complacido.

—¿Sigue contestando el telégrafo?

—Sí, señor. En toda Nueva-España causó un efecto admirable, sorprendente la elevacion al trono de Bricio I.

—El que siembra bien no suele coger mal. ¿Qué dicen los que me tuvieron en un calabozo y luégo en la capilla, amigos y parciales, de mi reserva sobre la abdicacion de Zeneida?

—Al principio vacilaron, pero luégo han aplaudido el hecho con entusiasmo creciente.

—Me complace saber que estábamos asociados á gente sensata y de buen criterio. Mejor para ellos, porque de haber opinado en sentido contrario, hubiera puesto á prueba su fortaleza de espíritu como ellos hicieron conmigo. Y si esto pienso de los que se llaman nuestros amigos, juzga tú lo que pueden esperar nuestros contrarios. Llegó ya el dia en que nos sentemos aquí hombres que dormirán poco, comerán ménos y velarán mucho; la justicia imperará do quier sin distincion ni excepciones; y puesto que así lo quereis, cada cual ocupará su sitio, y al que pretenda lo contrario le ocultaremos la compasion para que se entienda con la justicia. Cumple con tu deber y vuelve, que aquí te aguardo.

—Haré esperar á V. A. lo ménos posible.

Salió Valleameno, y Florian quedó paseando por el despacho, entregado á profunda meditacion. De pronto exclamó:

—No habia reparado en la impropiedad del traje que me cubre.

Y llamó, diciendo al mayordomo:

—Que me traigan inmediatamente frac, pantalon y chaleco negros.

Y siguió paseando y discurriendo.

Media hora después le vestían en la forma que habia pedido.

Solo nuevamente, esperó el regreso de Valleameno.

—¿Hay ministerio?

Le preguntó viéndole entrar.

—Hé aquí la lista, señor.

—Badillo, Guzman, Roca, Acebedo, Leon y tú; perfectamente; me parece admirable el personal, y no encuentro nada que decir respecto de tan acertada eleccion.

—Nos falta un programa para que tratemos de un acuerdo entre los seis, necesario é indispensable.

—Lo haremos entre los dos. Siéntate delante de esa mesa pequeña; yo en este sillon. Escribe.

—Dicte V. A.

—«La libertad hermanada con el órden, la buena administracion, la posesion de todo derecho legítimo y la confeccion de leyes sábias, serán el todo de mi gobierno.» Esta es la idea que puede servir de base: realizado el acuerdo entraremos en detalles, lo cual será largo y muy penoso, que la madeja está enredada, y mi padre quiere que quede el hilo suelto, claro y tan fuerte, que no pueda romperse ni enmarañarse más. Leed al mismo tiempo el libro titulado *A cada cual lo suyo*, y contad con que no nos hemos de salir ninguno del círculo trazado en él. En una palabra, Valleameno, han concluido por completo la inmoralidad y corrupcion, las intrigas de todo género, las traiciones y manejos, los despilfarros y la debilidad. Mi padre y yo trabajaremos dia y noche; velaremos sin descanso, y léjos de ser una sangría para nuestro país, daremos lo nuestro, si preciso fuere, y claro es que exigiremos á cuantos nos rodeen que hagan lo propio. Respecto de la administracion de justicia, veremos en la igualdad ante la ley y en lo más equitativo el solo cumplimiento de un deber sagrado, ó un crímen nefando en el hecho de intentar lo contrario. Queremos tambien que haya mucha dulzura y bondad con ese pobre pueblo que realmente sufre, calla y obedece, y un freno tirante con la parte de él que se agita, mueve, usurpa una representacion que le es extraña, y pretende empuñar una batuta á que jamás tuvo derecho. ¿Te parece bastante lo expuesto?

—Sí, señor.



C. MUGICA, dib.º y lit.º Lit. de J. DONON. Madrid.

— La libertad hermanada con el órden, la buena administracion, la posesion de todo derecho legítimo y la confeccion de leyes sábias serán el todo de mi gobierno.

—¿Habrás encontrado cinco compañeros con la abnegacion suficiente para la realizacion de la idea?

—Creo que sí; mas si faltase alguno, de sobra hay en la isla quienes sean capaces de ayudarnos.

—Mi padre y yo pensamos sacrificar hasta nuestras vidas.

—Pues si eso hacen dos europeos, los que tenemos más obligacion les imitaremos.

—Pesada os va á ser la carga, Valleameno.

—Dicen los que le miran de léjos que el poder tiene delicias; yo sé, serenísimo señor, que es penoso y molesto.

—Tu recompensa, noble amigo mio, la hallarás cuando hables con mi padre, cuando entres en mi cámara, cuando tranquilo y satisfecho apoyes tu cabeza en la almohada, recibiendo las bendiciones de un pueblo que te estará agradecido.

—A eso aspiro únicamente, señor.

—No olvides que yo cuento los sufrimientos por las horas que llevo en esta isla, y que voy á cargar sobre mí con la mitad del peso que hemos fijado sobre los hombros de mi padre, y que tambien necesito una recompensa.

—¿Qué quiere V. A., señor?

—Unica y exclusivamente la mano de Zeneida.

—¿No le pertenece ya?

—No.

—¿Qué debo hacer?

—Procurar por todos los medios posibles que mi padre siga ignorando nuestros amores hasta que termine el riguroso luto que el rey piensa imponer á la corte; cuando éste concluya, llevarás á cabo una idea que acaso obligue á mi padre á pedir y suplicar lo que ahora no concederia de buen grado y sin violencia.

—Comprendo, y V. A. logrará su deseo, Dios mediante.

—Conde amigo, la nacion no tiene gobierno; procura dárselo inmediatamente para que poco á poco, ya que no puede ser de una vez, vaya adquiriendo lo demás que le falta y desechando todo lo que le estorba.

—Parto, y procuraré que hoy juremos, y que hoy mismo principie á funcionar el gobierno.

—Con una hora tendria yo bastante.

—Si puede ser en treinta minutos, no emplearé cuarenta. Beso los piés de V. A.

—No es eso, conde; al acabar el príncipe, siempre empezará para tí el amigo. Hé aquí mi mano.

—Que besaré...

—No, que estrecharás. Así. Adios.

—Gracias, mi elevado amigo.

—Cariñoso sería más propio.

—Guardo la frase para aplicarla con oportunidad.

Salió el conde, y Florian, cayendo sobre un sillon, exclamó:

—Buena noche y dichosa mañana; si todos los dias me sucede lo mismo voy á vivir peor que un confinado. ¡Qué de emociones, desasosiego é incertidumbre; con qué rapidez circuló mi sangre y qué extenso y terrible veo el cúmulo de la responsabilidad que pesa sobre mí! ¡Ah, reinar no es reir ni gozar; está más cerca de la amargura que del placer; más expuesto al caos que á la gloria; más propenso á anhelar la muerte que á complacerse con la vida! Hé ahí la prueba en ese reloj; son las dos de la tarde y aún no me he desayunado.

En este momento oyó descorrer una cortina, y la voz de un gentil hombre, que exclamó:

—Señor.

—¿Qué hay?

—S. M. el rey espera á V. A. en el comedor.

—¿No ha vuelto mi secretario Iglesia?

—Hace diez minutos que aguarda en la antecámara.

—Que éntre.

—¿Por qué no pasaste al momento?

Preguntó Florian á Constantino.

—La etiqueta...

—Para tí no existe; cuidado como vuelva á ocurrir. ¿Cumpliste mis encargos?

—Todos.

—¿Y Piñeiro?

—Habló con S. M., y ahora desea la honra de que V. A. lo reciba.

—Pues que venga; lo mismo da desayunarse á las dos que á las tres.

—Aguarda S. M...

—Cómo ha de ser, que aguarde; ya para ninguno de los dos existe otra cosa que el estricto cumplimiento de nuestro deber.

Salió Constantino, volviendo con el tronquista, el cual se presentaba con su enorme levita, chaleco encarnado, el cuello de camisa más alto que tenía, y tan elevado el tupé, que parecia la cresta de un gallo. Su innata gravedad llegó á la exageracion, apareciendo ridículo y hasta risible. El príncipe contuvo los efectos de la impresion que le causó la presencia del cochero, al cual dijo:

—Avanza, Juan; más aún; habla.

—Digu, señor, que ya hemus llegadu al altu puestu que nus tenía reservadu la Pruvidencia. Bien cumprendu en este mumentu la causa de haberse muertu nuestras esposas, de haber curridu lus mares, de haber pasadu aquel friu tan extensu, de habernus zambullidu en el dichosu canal, y de haber llegadu, pur últimu, á esta deliciosa nacion, la primera del mundu. Dios inspire nuestru reinadu, nus ayude, dé fuerza, y después que se cumpla su voluntad uniputente.

—Soberbio discurso, Juan; tu talento se eleva como tu gravedad, como tu alta posicion.

—Claru es; yu siempre tuve muchu talentu.

—¿Y la gaditana?

—La gaditana está en caminu; peru tendrá que vulverse cumu ha venidu, purque ya nu le es dadu aspirar á mi manu.

—¿Piensas continuar viudo?

—Nu puedu, nu puedu; mas ahora necesitu sumbreru, sumbrilla y cola.

—Le compras las tres cosas á esa desgraciada, y ya las tienes.

—Es precisu que las traiga de la cuna.

—Si es, como supongo, honrada y buena, la protegeré yo, y te casarás con ella.

—Si la pruteje el señor príncipe herederu, entónces ya está ennublecida cumu yo, y nus igualamus.

—Cuenta que es así.

—Me alegru; sentia que la pobrecilla se vulviera cargada cun calabazas gallegas, que sun las más grandes.

—Juan, mi padre me espera; ¿qué quieres?

—Tomar pusesion de mi destinu.

—¿Cuál deseas?

—Jefe absulutu de las caballerizas reales.

—Vé á casa del señor duque de Monserrat, y expónle tu pretension, diciéndole que tendré un gran placer al verla realizada. ¿Enteraste á mi padre?..

—Sí, señor.

—¿Y qué te contestó?

—Que me entendiera con V. A.

—Pues haz lo que acabo de encargarte.

—Voy al mumentu.

—Ménos gravedad, Juan.

—Nu puedu, nu puedu.

—Cuanto más elevado está el hombre le sientan mejor la modestia y humildad.

—Nu entiendu yo de esu; lus gallegus, cuanto más altus más severus.

—Adios.

—Besu lus piés de V. A.

—Iglesia, sígueme al comedor.

Y ámbos se dirigieron al sitio indicado, en tanto que Piñeiro se proponia ver al duque de Monserrat y no separarse de su lado hasta que le diera su credencial.

CAPITULO XXXIII.

El monarca y su digno sucesor.—Con el talento, la bondad y la justicia no hay poderoso que deje de ser amado.—Reformas radicales.

El príncipe encontró á su padre y á Mendo, que le esperaban sentados á la mesa.

—Buenas tardes, padre mio,—exclamó.—¿Me has esperado mucho?

—Media hora.

—Desde hoy en adelante comeremos cuando Dios quiera, dormiremos cuando se pueda y nos veremos cuando lo disponga la Providencia.

—Verdad es. ¿Has trabajado mucho?

—Bastante.

—¿Estás satisfecho de tí?

—Completamente.

—Almorcemos.

Y lo verificaron, sin volver á desplegar los labios hasta que, terminado aquel acto, se presentó un gentil hombre, diciendo á S. M. y al príncipe:

—Señores, el conde de Valleameno, acompañado de sus nuevos colegas, desea ver á V. M. y á V. A.

—Que esperen un poco. Dejadnos solos, Arturo y Constantino. ¿Qué ministerio es ese, hijo mio?

Florian presentó á su padre la lista, el programa, añadiendo cuanto habia acordado y dispuesto á su nombre.

—Muy bien,—dijo el rey;—todo lo apruebo, y te ruego continúes pensando en la isla y ayudándome, que, á pesar de tu gran talento, nada nos ha de sobrar.

—El gobieno tiene en tu magnífico libro mucho de lo que necesita.

—Ahora comprendo tu apéndice y la causa de haber llenado los vacíos que yo dejé de propio intento.

—Sin saberlo tú, y con pleno conocimiento yo, adelantamos un trabajo que ahora puede sernos muy útil.

—¿Están de acuerdo los seis consejeros?

—Sí, y es muy conveniente que juren al momento. Vé, padre mio, que yo continuaré por tí en la sala de duelo.

El rey entró en el salon destinado al solemne acto que iba á realizar, é hizo que pasasen á él los futuros ministros. Ya allí, preguntó á Valleameno:

—¿Os hallais conformes en el plan de gobierno?

—Sí, señor.

—¿Traeis los nombramientos extendidos?

—Aquí están.

Y Bricio fué firmando primero la admision de las renuncias hechas por los anteriores, y luégo los decretos que elevaban á consejeros á los presentes. Después juraron, y terminado este acto, volvió á preguntar S. M.:

—¿Cómo ha sido recibido el completo cambio que la Providencia se ha dignado realizar en este país?

—Admirablemente, señor; no hay ciudad, pueblo ni villa que deje de aplaudirlo en estos momentos.

—A todos no ha podido complacer, conde. ¿Qué número podrán componer los descontentos?

—Corto, señor; cuantos aman á su patria, que son los más, se felicitan ahora.

—¿En qué te fundas?

—En los partes que llevo recibidos hoy, en el conocimiento que tengo de las personas que los mandan, y en lo que he visto en el primer pueblo de la isla.

—¿Lo has visto tú ó te lo han contado?

—Lo he visto.

—Bien hecho; lo que el poderoso pueda contemplar, áun á costa de grandes sacrificios, no debe saberlo de oidas. ¿Presentan muchas dimisiones?

—Algunas.

—Sólo admitireis la del hombre inepto ó inmoral, ni más ni ménos.

—Muy bien, señor.

—Quiero saber la verdad de cuanto ocurra, y mando que queden suprimidos á mi alrededor los elogios y plácemes. El adulador, señores, es un ente el más despreciable que se presenta á la vista de un monarca, y no debe, en consecuencia, pisar estos salones. Dios me libre de cobijar la mentira y el engaño, que por la puerta donde entran se precipitan la falacia, la torpeza, el dolo y la iniquidad. Amo tanto la razon, la verdad y la justicia, que todo el que me las enseñe será mi amigo.

—Ya hemos hablado de eso los seis, y entra por mucho en nuestro sistema imitar la severa exactitud y rigidez de V. M.

—Haceis bien si me amais, si os quereis, si en algo os estimais; si pretendeis, como yo, aspirar á la única gloria que satisface al hombre grande, que es la de formar la ventura de los pequeños. Hasta tanto que mi consejero de hacienda ponga en órden su difícil é importante ministerio, suprimid mi asignacion y la de mi hijo.

—Y las nuestras, si V. M. nos lo permite.

—Os concedo la honra de que sirvais de balde á vuestra patria.

—Gracias, señor.

—Yo tengo la costumbre de no firmar nada sin leerlo ántes y sin enterarme minuciosamente de todas las causas que promueven un escrito; por consiguiente, y con el objeto de que podamos despachar detenidamente, os dedico á cada uno un dia de la semana, de lúnes á sábado, para descansar el domingo. Me hallareis sentado delante de mi mesa á las cinco de la mañana en verano y á las seis en invierno.

—A esa hora estaremos.

—Lo que administramos no es nuestro, y con lo ajeno hay que andarse con mucho cuidado, que se hallan fijas en nosotros todas las miradas, cada cual se cree con derecho á juzgarnos, y, lo que es más grave, Dios nos ha de pedir cuentas de nuestras acciones un dia no lejano, y ya sabeis que, con razon, es ménos bondadoso con el magnate que con el vasallo. Basta con lo expuesto. No hay inconveniente en que os entendais con el príncipe en todo lo que no sea la resolucion definitiva de los asuntos. Tiene algun talento, y áun cuando es jóven y poco experimentado...

—Señor...

—Muy jóven y muy poco experimentado, su buen deseo, su interés y las desgracias que ha sufrido, acaso lo hagan digno de mi confianza. Somos todos tan débiles, tan ignorantes, que no me es dado desechar el apoyo de ningun hombre de buena fe.

—¡Qué admirable se nos presenta V. M! ¡Qué eleccion tan acertada!

—¡Qué pequeño y ruin me considero, conde! De cada cien problemas que me ofrece el mundo, apénas alcanzo á resolver diez. No me elogies, porque te voy á ver tan chico, que me vas á inspirar compasion. Os decia eso sobre S. A. R., no sólo por lo útil que puede sernos siempre, sino porque durante los nueve primeros dias de luto quiero ocuparme lo ménos posible de otra cosa que no sea el duelo que merece el difunto monarca, que en gloria esté. Decid esto mismo al país, y que sepa lo que me disgustan en la ocasion presente las ovacio-

nes, lo natural y propio que veré el luto y pena. Id con Dios.

—Vuestra mano, señor.

—No, voy á suprimir ese acto.

Salieron los seis, y Bricio cayó sobre su asiento, donde permaneció media hora entregado á profunda meditacion. Aún hubiera seguido más tiempo en aquella actitud si no viniera á distraerlo la voz de un gentil hombre, que exclamó:

—Señor.

—¿Qué quieres?

—El duque de Monserrat desea la honra...

—Que pase al momento.

Y entró el anciano, é hizo una reverencia, quedando parado.

El duque, á quien conocemos sólo en miniatura, á pesar de sus muchos años se presentaba siempre derecho, la frente erguida, y tan arrogante, que no era posible calcular lo muy avanzado de una edad, cuyos terribles efectos ocultaba con energía y entereza sorprendentes. Imposible parecia que en un cuerpo tan chico cupiese un corazon tan grande. Su voluntad era por lo comun omnipotente; hombre de buena fe y de rectitud invariable, caminaba hácia el objeto de sus aspiraciones, destruyendo estorbos y arrollando dificultades con una constancia, inflexibilidad, valor y fuerza de voluntad admirables. Al llegar los españoles era el cacique más poderoso de la isla, y como le sobraba talento, se sobrepuso bien pronto á los que se llamaban sus maestros, concluyendo por presentar el tipo más acabado de la ilustracion europea, hermanada con la arrogancia aristocrática del intransigente, altivo y hasta temerario indígena.

Tan notable personaje se hallaba ahora frente á frente del eminente Bricio de Calatrava.

—Avanza,—le dijo el rey.—Tú, mi primer amigo en esta isla, mi protector no há mucho, puedes y debes sentarte á mi lado; acepta ese sillon.

—Gracias. En Cádiz era un conspirador, un jefe de partido,

que obedecia la consigna, y ahora, es decir, después del triunfo, un leal servidor de V. M., y debo estar de pié.

—Pues yo te mando sentar.

—Obedezco, señor.

—Mi hijo, duque, te ha dado un encargo molesto.

—Muy honroso en mi concepto.

—Creo que mi casa está algo desarreglada, y para que quede en el estado que yo deseo, será necesario mucha paciencia y todo tu talento, que no es poco.

—Entiendo, señor, que no hemos de tardar mucho en verla en órden.

—Haga el cielo que no te equivoques. Demos principio, pues supongo que vienes á eso.

—Sí, señor. V. M. dispone de una renta anual de treinta millones, que, unidos á los tres de S. A...

—No sigas, Monserrat; yo no dispongo de eso; las asignaciones del príncipe y mia las he cedido en beneficio del Estado.

—Mal principio, señor.

—Cómo ha de ser; es uno de los muchos sacrificios, ó, mejor dicho, deberes que he de cumplir.

—Pues es lo peor, que V. M. tiene vários sitios reales, pero todos ellos cuestan dinero, léjos de producir.

—Eso era ántes; desde hoy, dejando en cada uno un pedazo de jardin de doscientas varas cuadradas, que siembren y produzca lo demás.

—Se hará así. Contamos en las caballerizas ciento diez y siete caballos y cuarenta mulas, y en las cocheras diez y nueve carruajes.

—Muchas bocas son, duque; vende dos terceras partes de los primeros y manda archivar cási todos los otros. Te advierto que mi hijo y yo sólo usaremos berlina ó carretela, siempre con dos caballos y tres ó cuatro coches de los antiguos en los dias de apertura ó en su equivalente.

—Tenemos un personal vastísimo.

—No dejes perecer á ninguno, que fuera ingrato despedir á un leal servidor sin causa ni motivo; pero segun vayan muriendo suprimes las plazas innecesarias, que deben ser muchas.

—Tenemos una deuda de cincuenta millones...

—Ay, duque, de eso no entiendo yo; cuando fuí pobre no tuve quien me prestara, y cuando pasé á rico claro es que no necesité de trampas para sostener una opulencia que debia estar y estaba en relacion con mi fortuna.

—¿Y qué hacemos, señor?

—Yo no sé.

—Venderé...

—Qué disparate; yo no poseo aquí propiedades, y las que he podido heredar sólo tienen derecho usufructuario.

—¿Qué hago, señor?

—Qué pesadez; pagar. Mañana á estas horas no quiero que se deba un céntimo.

—Yo no sé hacer esos milagros.

—Yo tampoco.

—¿Qué hago, señor?

—Oye, duque, pregúntaselo al príncipe; es más jóven que nosotros, su imaginacion le sugiere toda clase de recursos, y positivamente nos sacará del apuro.

—Verdad es.

—Quiere decir que el personal queda lo mismo que estaba.

—Sin otro aumento que mi secretario particular, Iglesia y Juan Piñeiro. ¿Qué nombramiento vas á dar á este último?

—De eso venía á hablar tambien con V. M.; quiere ser primer tronquista, y para el logro de su deseo tengo que postergar á un antiguo y hábil servidor.

—Eso no puede ser.

—Pues es lo peor que no me deja un instante; en el zaguan quedó, y entiendo que se ha constituido en mi sombra.

—Que haya dos primeros.

—No acepta; dice que quiere ser absoluto.

—Duque, mi hijo arreglará tambien ese asunto; espérale aquí, que vendrá en seguida.

—¿Se digna firmar V. M?

—Sí. ¿Qué es esto?

—Mi nombramiento, el de Mendo, los de Iglesia, y este reglamento para el órden interior.

—Muy bien; todo lo hallo conforme. Adios, duque.

—Beso los piés de V. M.

Salió el monarca, siendo reemplazado al poco tiempo por el príncipe. Era la primera vez que se hallaba sólo con el anciano duque después del grande acontecimiento que tuvo lugar, y llegaba dispuesto á sostener con él una polémica, en cuyo triunfo confiaba.

—No te descuidas, duque,—le dijo entrando;—tu energía asombra, tu fortaleza de espíritu admira. ¿Te hallaste alguna vez en capilla y sentenciado á muerte como yo?

—No, señor. ¿Por qué me hace V. A. esa pregunta?

—Porque de haber pasado por tan terrible trance, es indudable que nádie veria doblegada tu cerviz.

—Esta mañana fuí sorprendido con un acontecimiento más terrible aún que la prueba á que se refiere V. A.

—¿Cuál es?

—Nosotros queriamos que reinasen Zeneida y Florian.

—¿Y qué?

—Que ha sucedido lo contrario.

—Pues ahí verás.

—Lo mandó V. A., á quien yo admiro, y recaia en un sér privilegiado á quien amo y respeto, y por eso sucumbí.

—Bien hecho, Monserrat, porque si nos obligais á reinar una sola hora no hubiera dispuesto otra cosa en esos sesenta minutos que vuestra muerte, sin calabozo ni capilla.

—Leí eso mismo en la mirada de V. A., comprendí que acabaria por lograr su intento, y me incliné, siendo este el único medio de evitar un derramamiento de sangre estéril, inútil é inconducente.

—Juicioso estuviste. Siéntate.

—Si V. A. me lo manda...

—Sí. Mi padre quiere que yo me ocupe de su casa, y aquí estoy dispuesto á complacerle.

—Queda ya poco.

—Supongo que me habrá reservado lo que él juzga imposible.

—Y en verdad que no es fácil.

—Para vosotros. Veamos qué es ello.

—Se nós presentan dos cuestiones, que son las siguientes: manda S. M. que se paguen mañana los cincuenta millones que debemos, y hay en tesorería cinco mil duros solamente. Esa es la primera. Sigue la de Juan Piñeiro, el cual quiere ser primer tronquista absoluto, y como no puedo postergar al que desempeña dicho cargo, ignoro el medio de complacerle.

—Pues, duque, ya está todo arreglado.

—No me extrañará. Sepamos.

—Oye bien: me hallaba hace dos dias en tu casa, cuando provocaste una cuestion que aceptaron Valleameno y los otros, en tanto que en mí promovió sueño, por lo inconducente y hasta trivial. Para no dormirme cogí un periódico, en el cual leí lo siguiente: «Hoy bajó el consolidado un cinco por ciento; »de lo cual resulta que el papel buscado no há mucho al cin»cuenta se ofrecia al treinta; tal es el descenso progresivo que »se viene notando desde que la enfermedad de Francisco I ha »ido por desgracia agravándose.» Miéntras vosotros debatiais, yo formé un plan, que realicé al dia siguiente, mandando emplear cien millones que tenía en caja en ese desdeñado papel. Tomaron al veintiocho, veintinueve, treinta, treinta y uno y treinta y dos, porque una cantidad como aquella, arrojada de una vez en efectivo á la plaza, necesariamente debia parar la baja y áun elevar el tipo, como sucedió. Hé aquí ahora lo que acabo de leer en otro diario: «El consolidado se busca al cin»cuenta y cinco inútilmente.» ¿Qué te parece mi negocio?

—Magnífico; ha doblado V. A. el capital en cuarenta y ocho

horas próximamente, efecto del cambio sufrido y consiguiente á la ventura y bienestar de que es precursor.

—Pues más ha de subir todavía; mucho más; pero si como particular pude hace tres dias realizar esa operacion, hoy como príncipe me es imposible sostenerla y ménos meterme en ninguna otra. Vende mañana esos créditos al precio corriente; deja el sobrante en tesorería, y cuenta que jamás hubo entre mi padre y yo tuyo ni mio. ¿Qué más, duque?

—La del cochero, señor.

—Ah, sí; siempre hemos tenido diferente el servicio de carruajes mi padre y yo; nombra á Piñeiro primer tronquista al servicio de S. M., y deja al otro con su destino á mis órdenes; que hagan una division racional de coches, caballos y empleados, y hallarás resuelto el problema. Les das la misma categoría é idéntico sueldo, y ninguno tendrá derecho á quejarse.

—Mañana quedará todo terminado.

—Me alegro; tu energía, que supera á la de un jóven de veinte años, me complace mucho.

—Hallo esto algo desordenado, y hasta su completa organizacion no he de descansar. Me costará trabajo hacer entrar en órden á los que estaban acostumbrados á otra cosa diferente, mas cumplirá cada cual con su deber, ó les juro...

—No será necesario ni áun emplear la amenaza; basta con el ejemplo que les daremos y con la actitud que verán en nosotros.

—Si V. A. me lo permite, me retiro.

—Di á la duquesa que cuando pueda pasaré á visitarla; tu mujer es digna de tí, duque.

—Gracias, señor.

—Si continúa yendo á menudo á la posesion de Zeneida, encárgale que la hable de mí y le recomiende á la vez paciencia y resignacion. Oh, cada dia que pase me parecerá un siglo, y es lo peor que mi padre sospecha, y esto me impide correr á su lado.

—Dígaselo V. A., y acabemos de una vez.

—Sólo la idea me horroriza; Monserrat, el que me propone eso desconoce por completo á Bricio de Calatrava. Es indispensable, como ya te tengo manifestado, que un acontecimiento grande le obligue á rogarme lo que hoy rechazaria con indignacion, ó de aceptarlo aumentaria sus desgracias.

—No insisto, señor.

—Adios, duque.

—Beso los piés de V. A.

Salió el anciano, entrando poco después el comandante Iglesia.

—¿Qué hay, amigo mio?—le preguntó el príncipe.

—Nada, señor, el pueblo está alegre, satisfecho, la ciudad tranquila, y si no se les hubiera prohibido por efecto del duelo toda clase de festejos y demostraciones, estoy seguro que jamás monarca ni príncipe habrian sido más obsequiados.

—Conque nos amen y crean en nuestro buen deseo nos basta á mi padre y á mí. ¿Fué bien recibido el nombramiento de los nuevos consejeros?

—Con aplauso.

—¿Y esa gente, que le disgusta y se opone á todo lo que no sea mandar ella?

—Temen y callan.

—Hacen bien; mas es posible que pronto nos enseñen su torpe ambicion y ocultos manejos.

—¿Qué haremos entónces, señor?

—Poca cosa; encargaremos á los soldados que mandas que satisfagan el deseo de esos vampiros.

—Remedio heróico, que se elaborará en mi oficina en el momento que V. A. lo disponga.

—¿Te presentaste al nuevo consejero de la guerra?

—Sí, señor.

—¿Qué te dijo?

—Le felicité, y él á su vez me dió la enhorabuena por lo que llamaba mi entereza y valor demostrados hoy.

—¿Nada más?

—Eso sólo.

—Visítalo mañana, que yo le habré visto ántes.

—Comprendo la idea de V. A., y áun cuando le agradezco mucho su interés por mí, deseo continuar de comandante.

—No te comprendo, Julian.

—Señor, se ha entrado en un período de legalidad, de estricta justicia, y mi ascenso pudiera ser criticado con razon.

—Verdad es; pero te lo he ofrecido, lo has ganado, y áun cuando no pueda publicarse lo que hiciste, es indispensable dártelo, por más que aparezca como única excepcion de la regla.

—Yo rogaria á V. A. que desistiese de su empeño.

—Si tú te conformases con un equivalente...

—Ya lo he recibido en los dos nombramientos de mi hijo.

—Mi amigo Constantino merecia lo que ha obtenido. ¿Qué quieres tú?

—Si se empeña V. A., aceptaré gustoso una encomienda.

—Muy bien; la tendrás, y poco á poco irás subiendo hasta que puedas lograr la faja aquella que te ofrecí en Cádiz. ¿Recuerdas el efecto que causó en tí la sola indicacion?

—Sí, señor.

—Pues hoy podia dártela.

—Hace ya mucho tiempo que admiro vuestra grandeza y contemplo mi pequeñez.

—¿Quieres algo más?

—Besar la mano de V. A.

—Eso nunca; estréchala, y ven á verme cuando quieras.

Salió D. Julian, y el príncipe entró en su despacho, trabajando hasta las ocho de la noche, que llegó Constantino, participándole que S. M. se dirigia al comedor.

—Vamos tambien nosotros,—le dijo.

Y comieron los cuatro en la forma que almorzaron. Al terminar se levantó el príncipe, prosiguiendo, auxiliado por Iglesia, en la redaccion de vários escritos hasta las once de la noche, en que vió concluido lo que se habia propuesto hacer en aquel dia.

—Retírate,—dijo á Constantino;—madruga, y avisa á Valleameno que venga á verme al amanecer.

Y quedó solo y entregado á profunda meditacion.

Algo más tarde se abrió una puerta secreta, asomando la cabeza de Arturo, el cual le dijo á media voz:

—Viene S. M., sospecha, y es de temer que adivine; mucho cuidado.

Y desapareció.

No tardó Florian en oir las tres palmadas y en ver luégo á su padre, el cual se presentaba grave, receloso y ensimismado. Tendió una mirada vaga y sombría por la cámara, cerró la puerta, y después que se hubo sentado, preguntó al príncipe:

—¿Qué hacías, hijo?

—Trabajaba, señor.

—¿En qué?

—Me he propuesto que se corrija tanto abuso y desman como he visto con dolor en los pueblos que he visitado, y muy particularmente en la corte, y en estos escritos indico al conde los medios de evitar que se repitan.

—Muy bien; aplaudo tu conducta en lo relativo al gobierno del país. Después de un insomnio tan continuado, de sufrir tantas emociones, de experimentar cambio tan completo, es muy laudable el celo que demostraste hoy en obsequio mio. Con un príncipe como tú se puede reinar con holgura, sin grandes molestias. Pero, ya que hoy hemos cumplido cada cual con su penoso deber, y llegó la hora del descanso y la quietud, hablemos de otra cosa.

El aviso que acababa de recibir el príncipe, la actitud cási imponente de su padre y el nuevo tema que vislumbraba, le convencieron que era llegado el momento en que se iba á ver obligado á poner en juego su mucha sagacidad, gran talento y reconocida habilidad. No se aturdió ante la tormenta de que se veia amenazado; léjos de eso, se dispuso á vencer.

—Muy bien, padre mio,—exclamó;—tratemos de lo que tú

quieras, que ahora mandas solo, y yo me hallo como siempre á tu disposicion.

—Florian, hoy, que vi á la princesa por segunda vez y sin disfraz, me ha parecido bellísima.

—Te empeñaste en sostener lo contrario, sin recordar que yo en mis versos y hasta en mis bromas digo siempre la verdad.

—Pensaba ahora en que la noche aquella que la vi con las infantas me dijo que iba á casarse con uno de los que habitaban en mi palacio. ¿Quién es ese hombre?

—En el billete que me mandó á mí después añadia que en tu entrevista disfrazó hasta sus palabras.

—No me explicó la causa.

—Ya te lo dije; queria conocerte, y se valió de medios hábiles, al alcance siempre de una mujer de su talento.

—Demostró gran empeño en que ámbos variásemos de estado.

—¿Y por qué te extraña eso?

—Porque tampoco comprendo el motivo.

—Sabía por mí que te molestaba ese tema, y lo elegiria sin duda con objeto de estudiar tu carácter y conocer tu mucha ó poca prudencia.

—Eso no es más que una hipótesis.

—Segun cuentas, fué ella la que pretendió adivinar; yo no demostré nunca poseer tan sublime cualidad.

—Tú lo sabes todo, Florian.

—Ménos eso, señor.

—Opino porque lo callas, efecto de convenirte así.

—Tú supones que tengo secretos como tú un dia, y que te los oculto á imitacion tuya. Sorprende mi sueño como yo hice en la cámara de un buque, y habremos cambiado los papeles.

—Esa sonrisa é ironía prueban sólo que mi hijo es muy hábil.

—Cualidad que no debe molestarte.

—Ahora me fastidia.

—Pues me constituyo en el sér más torpe del universo.

¿Qué deseas, que esté enamorado de Zeneida y te la pida para esposa? ¿Que implore tu clemencia; que me acoja á tu bondad; que justifique el hecho con el descubrimiento de algun delito amoroso como el tuyo de Washington?

—¡Sella el labio, hombre terrible y cruel! ¿No ves que martirizas mi alma?

—Consecuencia natural de mi torpeza, de mi falta de habilidad. ¿No querias eso?

—Nacimos débiles, falibles; sólo Dios es omnipotente, infalible.

—Defensa incontestable de un delincuente.

—Bien purgué mi pecado, hijo mio.

—No haberlo cometido, padre amado.

—Haga el cielo que no te veas nunca en mi caso, Florian.

—*Amen*; pero no es lo probable, señor.

—No he conocido sér humano alguno que durante su vida dejase de resbalar, como prueba irrecusable de debilidad, cuando no de insensatez.

—Posible es que, andando el tiempo, dé yo tambien alguna caida; pero de seguro no será del calibre de la tuya.

—Florian, soy tu señor.

—Padre mio, aquí no hay monarca posible: somos padre é hijo.

—Aún así no debo tolerar que me faltes.

—Te he recordado únicamente tu gravísima culpa, consecuencia de haberla cometido, derecho que tengo y debo usar cuando estoy solo contigo.

—¿Qué supone una mancha en el largo camino de la vida del hombre, y la que sabes lavé por fin con el agua santa del himeneo?

—Supone una debilidad, hija de torpe pasion.

—No creí que mi hijo, amigo y discípulo, se ensañase conmigo de ese modo.

—Nunca pensé que un monarca, hombre alguno y ménos un padre, un amigo y un maestro sospechasen de la inocencia,

acusasen al que no pecó y dudaran de la más acrisolada virtud.

—Florian, explícame la causa de la abdicacion de Zeneida, de su incomprensible y poderosa proteccion hácia mi querido hijo.

—¿Yo?

—Sí.

—Adivínala tú, ya que el mundo no tiene otra cosa que elogios para el gran talento de Bricio I, para el genio del héroe, para el que todo lo sabe y lo comprende.

—Siento decirte, hijo mio, que has variado por completo.

—Consiste, señor, en que los padres todos, áun aquellos de más capacidad y buen juicio, adquirís la fatal costumbre de ver siempre niños dóciles é inocentes en vuestros hijos, y á lo mejor os encontrais con que esas criaturas son hombres como vosotros. Tú sabrás quién tiene la culpa de la equivocacion, quién es la causa del mal que resulte de esto. A cada cual lo suyo, padre mio.

—Siempre, desde que tuviste uso de razon, cuestionaste conmigo, colocándote en ocasiones dadas frente á frente y de potencia á potencia.

—Claro es; el que te quiera y respete no me obliga á mentir y engañar, y mucho ménos á dejar de decirte la verdad cuantas veces sea necesario.

—Pues dímela ahora; explica la causa de esa abdicacion.

—¿No la ves clara, terminante?

—No.

—Padre mio, ¿qué ha podido ofuscarte hasta el punto de oscurecer la luz de tu inteligencia?

—No lo sé.

—Yo sí.

—Convénceme, que lo deseo.

—Voy á hacerlo, contando desde luego con tu agradecimiento. Padre mio, se ha fijado en tu mente una idea que te molesta dia y noche y que no puedes desechar, sin embargo de los esfuerzos que haces para conseguirlo.

—Cierto, Florian.

—Pues bien, la tenacidad con que absorbe toda tu inteligencia es la única causa de la ofuscacion que yo deploro.

—La prueba.

—Zeneida Kousou vivió siempre léjos de la corte por voluntad propia.

—Pero vino en los momentos críticos, y teniendo en cuenta su gran talento...

—Le obligó su tio; y la prueba de que carece completamente de ambicion, y de que ama su libertad y sosiego más que todos los honores y placeres de la corte, se halla clara, terminante, incuestionable en la abdicacion y retirada á su palacio lejano y olvidado.

—Mas ¿por qué me ha elegido á mí para sucesor? Eso es lo que no he podido comprender, lo que no entiendo.

—Porque estás ofuscado, como te he dicho ántes; porque al cuestionar sobre eso eres míope, y léjos de razonar, deliras. La causa de su abdicacion está admirablemente explicada en su discurso á los grandes, que tú oiste, en su proclama al pueblo, que decia cási lo mismo; y es extraño que todos se hayan penetrado de la verdad ménos tú. «Mi tio,—exclamó,—convencido de la imposibilidad completa de sus hijas, me deja »por sucesora, y yo, que amo á mi patria y debo sacrificarme »por ella, abdico en Bricio de Calatrava; su experiencia de »cincuenta años, todos sus hechos, y el heroismo que tiene »patentizado, garantizan su presente y su futuro; el que sea »verdaderamente grande, el que ame á su país, que me imite.» Combate eso, padre mio.

—No puedo; mas á pesar de todo, la duda no desaparece por completo.

—Estás acostumbrado á que te la quite con un beso y un abrazo, y en la ocasion presente no quiero.

—Veo á esa mujer tan sublime y elevada que no la comprendo.

—La conceptúas sublime, y la crees capaz de comprar con

su corona real la mano de un hombre que vale infinitamente ménos que ella. Vaya una lógica y homogeneidad de ideas. Yo me he vendido, ella me ha comprado, y tú has sido el único ganancioso; pues si eso es cierto, la ingratitud te hace indigno...

—¿De qué?

—De mi beso y de mi abrazo. Padre mio, siento decirte que desde mañana me voy á ocupar única y exclusivamente de buscar los medios de poner en comunicacion esta isla con el resto del mundo. En prueba de ello, rompo cuanto hice esta tarde y esta noche...

—¡Loco!

—Suelta.

—No; recibe el beso y abrazo que tú me niegas.

—¿Transiges?

—Sí.

—¿Dudas aún?

—No.

—Pues te juro que si das cabida á sospechas de esa índole te abandono en el despacho de los asuntos, y me dedico al descubrimiento de que te hablé ántes.

—No hagas nunca semejante disparate; en este mundo pequeño, ruin, comparado con el resto del universo, se podrá sin duda alguna llegar á la perfeccion no teniendo vecinos que nos importen lo malo y nos destruyan lo bueno. Sería además inútil tu trabajo, pues ya intentaron cuanto cabe en lo posible...

—No lo creas; se me ocurrieron ya dos cosas, y ninguna de ellas es conocida aquí.

—¿Y son?

—Dar direccion á un globo y la aplicacion de la goma á un buque cualquiera.

—Verdad es; oculta por Dios esas ideas, y bendice como yo el aislamiento en que vivimos.

—Ese deseo se opone á lo que quieren todos tus súbditos, sin excepcion.

—Ya lo sé; pero les conviene lo contrario, y al pueblo se le da lo que necesita, no todo lo que pide.

—En tí consistirá.

—Te faculto para que vayas á ver á Zeneida cuando quieras, y está seguro que no volverá á apoderarse de mí duda ni vacilacion alguna.

—Me complace lo último; en cuanto á lo primero sé que no le gusta que turben su tranquilidad; y como ahora tú y yo *metemos tanto ruido*, con dificultad pasaré á su posesion.

—Al terminar el novenario es indispensable que los dos le hagamos una visita para demostrarle nuestra gratitud y admiracion. No vi nunca mujer más hermosa ni brilló jamás la majestad con tan imponente fuego como en su frente esta mañana.

—Vale mucho, y lo prueba su desden á la corte, su aficion á los árboles, á las plantas, á las flores y al órden, tranquilidad y sosiego que reinan en su morada.

—Dicen que es deliciosa.

—Encantadora: se ven en ella brillar el arte y la naturaleza de un modo sorprendente, arrobador.

—Pasaremos un dia en su palacio. ¿Aceptas?

—Me es igual; yo ya conozco aquel paraje, y nada de nuevo he de encontrar en él.

—Pero llegaste como mendigo y hoy vas como príncipe.

—Contraste que hallaré en mi casa de huéspedes y en vários puntos de esta isla.

—Son las once y media, y la materia me pide descanso. ¿Quieres que ántes de retirarnos vea los trabajos que has hecho hoy?

—Sí; siéntate en ese sillon de enfrente; yo aquí. En esta carpeta encontrarás un arreglo completo del municipio; me propongo en él que los alcaldes y regidores sean un bien para los pueblos, y que sin sacrificio alguno vayan haciéndose caminos vecinales y cuanto reclaman los adelantos, el bien en general y la policía urbana.

Después de haberlo leido, exclamó el rey:

—Admirable; bastan las indicaciones que haces para el completo arreglo del municipio y diputaciones.

—Debajo de esta otra encontrarás un antídoto contra el *ágio* en general, y apoyo y proteccion decididos al comercio de buena fe, que comprende desde la alta banca hasta el aguador. Lee.

—Esto necesitaban las sociedades anónimas y muchas empresas mercantiles. El banco, las empresas de gas, todo, todo lo hallo aquí como yo deseaba.

—Arreglo del cuerpo de ingenieros.

—¿Tambien necesita reforma?

—Y no pequeña; me propongo que tengamos caminos, órden, concierto, regularidad y economía.

—Verdad es que hacía falta eso.

—Instruccion pública. Desde mañana en adelante el que no sepa leer y escribir, ó no ponga los medios para conseguirlo, perderá su derecho de ciudadano.

—A ver; ¿qué es esto de universidad é institutos?

—¿Pues qué ignoras que hasta es imposible entrar en esos edificios?

—¿Qué ocurre en ellos?

—Que en vez de aparecer como el templo de las letras, presentan un caos donde nádie oye ni entiende; los unos gritan, corren los otros, alborotan, se pelean, y más parecen aprendices de artesanos que de sábios.

—¿No les disculpa la edad?

—O es templo ó no.

—¿Hay bedeles?

—Sí; pero yo voy á poner cancerberos, y con dolor obligaré á que aparezcan de nuevo el tribunal y castigos escolares. *A cada cual lo suyo.*

—¿Qué sigue ahora?

—La policía.

—¿Y luégo?

—Los medios en general de cortar toda clase de abusos.

—Mucho abulta, y, visto lo anterior, puedo prescindir de lo que falta. Sigue, hijo mio, sigue escribiendo, que yo terminaré tus trabajos con un plan de hacienda, del cual han de nacer la prosperidad y ventura de esta isla.

—Podrá ser un trabajo tan magno, que inmortalice tu nombre. Ese parece propio para arrancar á tu gran talento, experiencia y genio creador su mejor, más útil y plausible victoria.

—Son más de las doce; retirémonos á descansar. Ahora tenemos que dormir cada uno en su alcoba.

—Pero ántes de separarnos he de devolverte aquel beso y abrazo que te negué ántes.

—Adios, hijo mio; pocas delicias nos ha de producir á nosotros el poder.

—La mayor que existe en el mundo, padre amado: la satisfaccion que resulta del bien de la humanidad elaborado con nuestro insomnio, vigilias, sinsabores y constancia.

—Hasta mañana.

Y cada uno salió por una puerta, hallándose el príncipe á los tres pasos que dió con Arturo, que le dijo:

—Bien, señor; tiene V. A. tanto ó más talento que S. M.

—¿Nos oiste?

—Claro es.

—¿Ya conoces las entradas y salidas secretas?...

—He hecho de palacio un estudio completo.

—¿Qué te propones?

—Que sólo yo pueda saber los secretos del padre y del hijo.

—¿Habrá quienes pretendan espiarnos?

—Cási todos los que nos rodean.

—Arturo, tú eres un mastin.

—Con los colmillos muy largos, señor.

—Pues que adquieran la fuerza de tu lealtad, y empieza á clavarlos para concluir cuando todos te se parezcan.

—Obedeceré la órden terminante de V. A. Parto, que S. M. gusta de oirme miéntras le desnudan.

—La felicidad de mi padre, Zeneida y yo necesitamos de tí, noble amigo mio.

—Amo á V. A. tanto como á S. M.

—Adios.

Y le alargó su mano, que estrechó Arturo, desapareciendo en seguida.

Anduvo el príncipe cuatro pasos más, siendo detenido nuevamente por Iglesia, que le dijo:

—Mendo es efectivamente muy leal; pero si vacilase ó cambiara, nada tema V. A.

—¿Conque tú?..

—Él, señor, basta para todos los demás; pero yo sobro para él.

—Ya se conoce dónde estoy, y comienzo á admirar lo agradable de la atmósfera que se respira entre esos bajos relieves, cuadros preciosos, paredes tapizadas de oro... Muy bien, amigo mio; noto con placer que con dos mastines como Mendo y tú se puede andar con seguridad por este campo. Sígueme, y ten en cuenta que gusto de oirte miéntras me desnudan.

—Ya.

—A mi lado, que se han retirado todos y nádie nos ve.

—Por si queda alguno, me permitirá V. A. que continúe detrás.

Media hora más tarde dormian tranquilamente S. M., el príncipe y los dos secretarios. En cuanto á sus servidores, una gran parte se revolvian en el lecho sin poder conciliar el sueño: áun cuando cada cual seguia en su puesto, suspiraban por el pasado, no les gustaba el presente ni les ofrecia el porvenir todo aquello que tuvieron de sobra hasta entónces.

CAPITULO XL.

Termina el luto y principia la prosperidad.—Bricio en la posesion de Zeneida.—Todo se logra con talento, energia y voluntad.—El Abismo.

A las seis de la mañana siguiente se encerraron en sus respectivos despachos Bricio con su consejero de Hacienda y Florian con el presidente. El primero continuó hasta las nueve, que marchó el ministro, quedando él escribiendo con Arturo, ínterin llegó la hora de almorzar. El segundo permaneció con Valleameno seis horas, que emplearon admirablemente.

Desde este dia en adelante padre é hijo trabajaron desde el amanecer hasta las doce de la noche, logrando al terminarse el novenario con tan incansable asiduidad tener terminados un magnífico plan de hacienda y una coleccion de leyes, decretos y reales disposiciones, que empezaron á cambiar por completo la faz de la isla. El empleado laborioso y honrado tuvo presente y porvenir; el comercio de buena fe proteccion y apoyo, y cada cual lo suyo, sin excepcion alguna.

Los cuerpos colegisladores recibian con aplauso tan sábias medidas, y sucumbiendo la ambicion y oposicion sistemática

ante la inexorable ley de la verdad, ante el grito unánime de la opinion pública, callaban, se escondian, y los más ardientes partidarios del desórden, la irregularidad y el sofisma, votaban tambien, y en ocasiones dadas se presentaron como los más entusiastas por el actual órden de cosas. El nuevo sistema de gobierno no era el conocido con el nombre de representativo en su verdadera acepcion en la totalidad; pero se guardaba la forma, y en el fondo aparecia lo conveniente, lo útil, lo necesario. Sin escrúpulo se solia faltar por el bien que resultaba en pro del país: verdad es que Bricio y su gobierno soñaban dia y noche con la ventura de la isla, á la cual dedicaban más de doce horas de trabajo diario, todo su talento y hasta su dinero, reposo y tranquilidad. El rey y el príncipe adelgazaron, presentando en sus semblantes la huella del insomnio y de las vigilias; en cambio de estos males habian merecido y tenían asegurado el amor de un pueblo que bendecia sus actos y los aplaudia desde la tribuna hasta en lo más recóndito del hogar doméstico.

La noche del noveno dia, y como á las once de la misma, entró el conde de Valleameno en la cámara del príncipe, preguntándole:

—¿Aún continúa V. A. trabajando?

—Hola, conde; es la primera noche que concluyo á esta hora; espera un poco, que voy á terminar el último párrafo, daré estos borradores á mi secretario para que los ponga en limpio, y hablaremos. Siéntate.

Cuando Florian dejó en manos de Constantino los escritos que acababa de citar, se volvió hácia el conde, preguntándole:

—¿Qué hay de bueno? Ahora nos vemos muy poco por desgracia.

—Lo indispensable nada más por falta de tiempo, que yo, prescindiendo de la honra, gozo lo indecible oyendo á V. A.

—Amigo mio, mi padre ha proscrito la adulacion, y si la halla en tí lo vas á pasar mal.

—Por cierto que desde su elevacion fué reemplazada aque-

lla bondad innata que tanto aplaudiamos por una inflexibilidad y energía asombrosas.

—Sabe mandar, y no es lo mismo socorrer la desgracia que dirigir y encaminar los asuntos. No has contestado á mi pregunta que te hago de nuevo. ¿Qué hay de bueno?

—S. M. acaba de decirme que quiere pasar el dia de mañana en union de V. A. al lado de la ex-reina Zeneida.

—Sí; nuestra primer salida de palacio, terminado el novenario, será esa.

—¿Está prevenida?

—Claro es. Ay, conde, nos escribimos diariamente, y al cabo de nueve dias voy á verla, pero con un testigo terrible.

—¿No me ha dicho V. A. que ya no sospecha nada S. M?

—Por la misma razon; para que no vuelva á hacerlo tendré que darle majestad, nos miraremos con indiferencia, y será, en fin, un dia delicioso.

—Ya tendrá V. A. tiempo de desquitarse.

—Te juro que en terminando esa entrevista oficial no ha de pasar dia en que no estreche su mano y la hable sin testigos.

—No quiere S. M. aparato alguno.

—Ya lo sé; nos acompañarán nuestros secretarios, un correo y dos palafreneros; esa será toda nuestra comitiva.

—¿Le mandó S. M. algun recado de atencion?

—Esta tarde salió el duque de Monserrat, el cual no regresará hasta que volvamos nosotros.

—Lo que no comprendo es la hora de salida.

—¿Las seis de la mañana? Mi padre no gusta de ovaciones y de ese modo las evita.

—La de mañana; pero en el momento que le vean en la calle...

—Vamos con lo que interesa. ¿Continúa la isla tranquila?

—Completamente.

—¿Y las rémoras parlamentarias aparecen?

—No, señor.

—¿Y el servicio?

—Exacto como un cronómetro.

—¿Se quejan muchos?

—No sé de ninguno; los ayes cambiaron por aplausos.

—Mañana te mandaré mi trabajo de hoy; Valleameno, llevo quince horas de trabajar y me hace falta el descanso.

—Ay, señor, por experiencia sé lo que es.

—Tú, tan espadachin y holgazan durante tu juventud, te hemos convertido en tu antítesis; pero consuélate con que á mí me ha sucedido lo mismo.

—Estoy contento, y fio en Dios que en breve nos ha de sobrar tiempo para todo.

—Lo mismo creo, toda vez que, habiendo entrado en órden los asuntos, bastarán unas cuantas horas para el despacho diario.

—Languidece la mirada de V. A., y me retiro, si se digna permitírmelo.

—Llevo nueve dias de prueba; yo tan fuerte ante toda clase de trabajos y fatigas, me siento ahora cansado, y, á mi pesar, me duermo.

—No le extrañe á V. A.: desde el palacio á mi casa echaré yo un sueño que será interrumpido únicamente miéntras me desnudan.

—Tú mañana puedes levantarte tarde; pero yo á las cinco me sentaré sobre la cama.

—A las seis ya estaré trabajando.

—Pues que pases buena noche y mejor dia que yo.

—Beso los piés de V. A., y hasta pasado mañana.

Salió Valleameno, Florian fué á la cámara de su padre, se estrecharon, retirándose cada cual á su alcoba, rendidos y fatigados.

Al dar las seis de la mañana siguiente en el reloj de palacio, se oyó tocar marcha real, saliendo como un rayo, por entre las dos filas que formaba la guardia, un carruaje, precedido de un correo y seguido de dos palafreneros. En el pescante iba el grave y entendido Piñeiro, detrás dos lacayos y

dentro S. M. y A. frente á Constantino y Mendo. Seis hermosos caballos hicieron volar el carruaje, que pronto cruzó dos calles, salió á la ronda, y luégo por el camino de Cádiz continuó en direccion del palacio de Zeneida, empleando veinte minutos en cada legua. Mudaban de tiros á menudo; Bricio admiraba los bosques y enramadas que abrian paso á su coche, y de sorpresa en sorpresa prosiguió las cinco horas que próximamente emplearon en las quince leguas de travesía.

Llegaron sin notar aparato alguno en el palacio; echaron pié á tierra, y fueron á entrar, siendo detenidos por Zeneida, que, cogida á las manos de sus primas, les esperaba en la misma puerta.

—¡Señora!

Exclamó el rey; pero Zeneida le cortó, abriéndole los brazos y diciéndole:

—Puesto que sois el padre de todos vuestros súbditos, hé aquí una hija que para vos no tiene tratamiento ni otra cosa que amor y respeto.

Sorprendido Bricio por accion tan magnífica, estrechó con cariño á Zeneida, contestándola:

—Hija, tanto te debo y tanto vales, que supera mi admiracion á cuanto yo puedo expresar. Aquí estamos solos, y puesto que se trata de un padre tierno y de una hija que tanto estimo, tutéame como yo, y no me recibas en tu casa si no en la mia.

—Todo es tuyo, señor.

Bricio tendió una mirada compasiva sobre las infantas, las besó luégo, y dirigiéndose á Florian, añadió:

—Hijo mio, estrecha la mano de tu hermana Zeneida, besa á tus primas, y tutea á la primera como yo.

El príncipe le obedeció, pero estuvo grave, indiferente á su amor, y la ex-reina lo mismo. Después subieron, entrando en el gabinete de Zeneida sólo los cinco, yendo la primera cogida al brazo de Bricio y las infantas á la mano de Florian. En la escalera no habia un solo lacayo ni otros en los sa-

lones por que atravesaron que algun portero ó criado, el cual descorria las cortinas.

La falta completa de aparato y carencia de etiqueta eran la mejor prueba de que Zeneida recibia á su padre y á su hermano, y esto acabaron de elevar á una altura fabulosa el talento y buen juicio de la ex-reina ante los ojos de S. M.

Después se presentó el duque de Monserrat, al cual encargó el rey sacase de allí las infantas por estarlo ellas pidiendo con sus acciones y movimientos.

Solos los tres, exclamó Zeneida:

—Me complace mucho veros en mi casa; sé que llevais nueve dias de un trabajo continuado, molesto, si bien útil y conveniente. Aquí, padre mio, podreis descansar de tanta fatiga, insomnio y vigilia; mis jardines os prestarán un aire puro, embalsamado por el aroma de las flores y las plantas; mis bosques una soledad poética, agradable; por ellos correremos á caballo; mi hermano te hará la oposicion en todas las cuestiones que provoques, y yo te defenderé. Después de grandes ejercicios, de admirar los encantos del arte y la naturaleza, volveremos á casa, donde nos esperará una espléndida mesa sin etiqueta alguna; luégo pasaremos al estrado, nos oirás cantar á Florian y á mí, y ántes de retirarnos á descansar bailaremos un minué, un rigodon, un wals ó lo que tú quieras, señor.

La ex-reina se habia ido acercando poco á poco á Bricio, cogió su mano, la besó, y al concluir la conservó entre las suyas. El rey la miraba con admiracion, y, fijo en ella, la contestó:

—Hija mia, hace hoy diez dias te vi altiva, enérgica, imponente; tu faz era de reina, tu voz de sábio, tu actitud la del héroe, y hoy rebosa tu perfecto semblante belleza, candor y una dulzura que encanta.

—¿Qué te extraña? Allí estaba frente á leones y panteras, y no era cosa de dejarnos devorar por ellos; aquí, junto á mi padre y hermano, soy lo que siempre: una hija tierna y cari-

ñosa, que ha tenido la suerte de cambiar su triste orfandad por el cariño de un padre que, sabiendo hacer la felicidad de un pueblo entero, no permitirá que yo sea desgraciada.

Bricio miró á su hijo y á la ex-reina, pero el uno contemplaba un cuadro, indiferente, al parecer, á lo que hablaban, y la otra se fijó en el rey sin demostrar nada que confirmase la sospecha que concluia de llegar al cerebro de S. M. Así es que no pudo ménos de contestarle:

—¿Qué podria yo negar á la que recibió á mi hijo en calidad de mendigo y lo trató como á príncipe; la que me regaló luégo una corona para concluir llamándome padre? No en balde me has de dar ese nombre, que he de disputarte las pruebas de cariño.

—Veo que la egida del desgraciado, la Providencia, como ya te llaman todos, lo es tambien para mí. Muy bien; como hija, como ex-reina y como señora que te ha regalado toda la isla, ménos esta posesion, no te dejaré salir de ella en tres dias, pues has de saber que aquí soy absoluta y tú mi primer vasallo.

—¿Y el gobierno del estado?

—Mi hermano, que es jóven y puede resistir más, que regrese concluido el almuerzo; segun mis noticias te reemplazará dignamente.

—¿Qué dirán?..

—Yo les haré saber que te he detenido para que te repongas de los extragos de un trabajo que, de continuar en él, peligraria tu preciosa vida. Has de sentir abandonar mi posesion.

—Ya he visto que está llena de encantos, siendo tú el más admirable de cuantos contemplé.

—No es poca dicha oir decir eso al que nunca mintió, al que supo desterrar de palacio, y esto asombra, la adulacion, y al privilegiado sér, por último, que ni áun aprendió á exagerar.

Florian concluyó por abandonar su asiento y entretenerse en mirar los cuadros del gabinete. Al expresar Zeneida su última frase, se volvió, exclamando:

—Vaya una escena patética, interesante, arrobadora. Pareceis dos enamorados, que se entretienen en cazar una víctima, y es lo peor, que me habeis elegido á mí, como si yo hubiera estado paseando y agradablemente entretenido durante los últimos nueve dias.

—No veo tampoco inconveniente en que te quedes, Florian,—replicó la ex-reina;—habeis hecho en ese tiempo lo que no logró mi tio en más de treinta años, y justo es que ámbos descanseis.

—La tórtola cede, gracias. ¿No os estorbaré?

—¡Florian!

Exclamó el rey con disgusto.

—Déjale que diga lo que quiera; me gustan sus epigramas, y en verdad que más de una vez se los he devuelto con éxito.

—Eso has creido; pero mi silencio indicaba únicamente que concedia al sexo lo que merece por lo que es, no por lo que dice.

—De cuantos los oyeron sólo Florian piensa así.

—Me daré por vencido en esta cuestion si resuelves el problema de hacer bailar á Bricio I.

—Acepto; bailará.

—Hija, que pides un imposible.

—Lo veremos; desde este instante hasta las diez de la noche has de haber variado en todas tus ideas. Son cerca de las doce, y, si quereis, almorzaremos.

—Cuando tú dispongas.

—Llama, Florian, da la órden, añadiendo que nos tengan dispuestos caballos para las tres de la tarde; el dia convida, y quiero que disfruteis de la sorpresa que os preparo.

—¿Nada más tiene que mandarme V. M?

—Eso sólo.

—Me apresuro á obedecerla como su primer servidor, su más humilde criado.

—Veámoslo.

El príncipe cumplió su encargo, replicando:

—Ya está servida V. M., y si gusta apoyarse en mi brazo...

—Prefiero el de Bricio.

—Gracias.

—Es que vale más.

—Si llegas á robarme su cariño con todo ese candor y aparente inocencia, cuando yo reine te hago ir á la corte.

—¿A qué?

—A gozar de las delicias de un poder que no nos permite dormir con tranquilidad ni comer con sosiego.

—Eso probará un principio de tiranía que condena y desecha Bricio I.

—Al contrario; sería un acto de justicia que destruiria poco á poco el egoismo de una princesa.

—Hija, apóyate en mi brazo y no le hagas caso.

—Preciosa pareja; ella hermosa como la dicha; él gallardo y... Si no fuera por sus cincuenta y pico...

—Lo que le falta de juventud le sobra de bondad, talento y posicion.

Llegaron al comedor, y se sentaron á la mesa, acompañados de Monserrat, cuatro altos empleados, de las infantas y de dos damas que cuidaban de éstas.

Empezó el almuerzo, guardando todos silencio, el cual rompió Bricio para elogiar la variedad de manjares, su clase y exquisito condimento. Florian interrumpió las frases de su padre, exclamando:

—Lo mismo me parecieron á mí cuando me senté aquí por primera vez hambriento, fatigado, con mi levita raida y mi camisa del color de ese jamon.

—Qué cosas tienes, Florian.

—Menos tú los demás lo vieron, y nada nuevo les digo; todos ellos me dirigian miradas de soslayo, en las cuales leia yo lástima, compasion.

—¿Y con qué contestabas?

—Con silencio y humildad: á cada cual su puesto, padre mio.

—Bien hecho.

—No habia entónces en esta mesa la franqueza que hoy: S. M. la reina Zeneida estaba grave, imponente; estas señoras y caballeros mesurados, circunspectos; la etiqueta pesaba sobre nosotros amargamente; pero áun cuando no se hablaba, comiamos todos mucho y bien, segun tú estás haciendo ahora, padre mio.

—Me satisface la deliciosa compañía de Zeneida.

—Lo creo; pues á mí, después de correr quince leguas, nada tanto como los manjares.

—No es muy galante la frase...

—Pero sí muy exacta.

—Debiera inspirarte otra cosa los recuerdos que expusiste anteriormente.

—Le estoy á mi hermana muy agradecido; pero como yo en su caso hubiera hecho lo mismo, veo en tan loable conducta el cumplimiento de un deber sagrado. Figúrate cómo vendria, que al subir la pequeña grada del parque me faltaron las fuerzas, y rodé por ella, hiriéndome una sien, cuyo golpe dió al traste con el átomo de razon que me quedaba.

—¡Pobre hijo mio! Sin embargo, anduviste únicamente quince leguas.

—Pero con bota ajustada de charol, sin comer ni beber nada, por terreno la mayor parte sinuoso, el estómago desfallecido, los piés hinchados y sin costumbre alguna de andar. Repasa tu historia, señor, que no hallarás, de seguro, una campaña más gloriosa.

—Más infortunada querrás decir.

—Respecto de esa mitad, convenido; pero viene la segunda parte, las restantes quince leguas, en las que tuve que batirme con un guarda, que estaba armado y yo indefenso; luégo desarmé á dos guardias, que osaron prenderme; después acepté un pedazo de pan que me ofreció un lacayo; más tarde sufrí impunemente los insultos que me dirigió un insolente cochero, y á la postre me robaron tu reloj y cadena, que forma-

ban mi único tesoro y el solo recuerdo grato, por ser tuyos y quererte yo tanto. Así es que parodiando al prisionero de Pavía, exclamé al entrar en la corte: *Todo se ha perdido ménos el honor*. Ahora digo: todo se ha ganado ménos la tranquilidad, sosiego y bienestar.

—Tienes la costumbre de burlarte hasta de aquello que más te honra y eleva. Y noto, Florian, que cada dia te vas haciendo más irónico, burlon y epigramático.

—Siento decirte que siempre fuí lo mismo: apénas se abrieron los ojos de mi razon, y mi siempre amado Feraud, director del colegio donde me educaba, me refirió tu historia, el delicioso viaje que hicimos de Europa á América, las piraterías anglo-americanas, tus infortunios continuados, los hechos heróicos que te inspiró tu elevado ingenio, la maldad de la mayoría de los séres que aquel sábio describia tan admirablemente, la corrupcion, egoismo y torpeza del género humano, y todo lo demás que brotaba de sus cariñosos labios; comencé á amarte con delirio y á burlarme de cuanto veia ó escuchaba; con esto probé mi bondad, pues otro en mi lugar hubiera odiado, y con mi sangre y capacidad, su ira reconcentrada y fermentando dia y noche, al estallar, la guadaña cortaria muchas vidas.

—Bastante verdad hay en tus frases; pero esa tu decantada bondad podia excluir algunos séres y hechos que yo juzgué siempre á salvo de dardos que no hieren pero que lastiman.

—Prefiero contenerme en lo demás, que no es poco, y en eso dar campo abierto á mi imaginacion.

—Se me han quejado de tus epigramas hasta mis seis consejeros y mayordomo mayor, que está presente.

—¿Quién, el duque de Monserrat? ¿Ese anciano que debiera andar encorvado y trémulo, y va más derecho que tú, y que se entretuvo una vez en probar la entereza del leon, amarrándolo con gruesas cadenas y ofreciéndole con mano segura un poco de veneno y un postrer adios? Cuando recuerdo su serenidad, su aplomo, el negro pan é insípido rancho con que me alimentaba, la atmósfera nauseabunda y mortífera que

me condenó á aspirar, la capilla, el sacerdote, la muerte, en fin, sin poderte dar un abrazo, sin recoger una lágrima tuya, entro en ganas de hacer lo mismo con él, seguro de obligarle entónces á que representase la edad que tiene en actitud, movimientos y debilidad física.

—Yo no nací para reinar.

Contestó el duque con gravedad. Florian añadió:

—Mírale qué parado y sereno; parece una estatua de yeso.

—De este modo sirvo mejor á S. M.

—El orgullo no le deja cubrir la enorme calva. Su cabellera rala y blanca, el bigote de nieve, la epidermis rugosa y rubia, descarnada la materia, vidrioso el ojo, aguda la nariz, alta la frente, seco, árido, valiente, osado, es un volcan aterrador si se le mira, y terrible, destructor cuando arroja su fuego, lava y las piedras que en sus entrañas nacen, crecen, se multiplican y despide su cráter con violencia terrorífica.

—Mayordomo mayor de S. M., servidor de V. A.

—Duque,—exclamó el rey,—escucharé con gusto tus réplicas á los epigramas y rudos ataques del príncipe.

—Señor, tengo la desgracia ó la fortuna de amarlo tanto como V. M.

—Entónces te compadezco. Hace más de veinte años conocí en los Estados-Unidos á un hombre llamado Salas, catalan, muy valiente, impresionable, enérgico, y tan temerario, que para él no existe la palabra imposible. ¡Pobre amigo mio; lo dejé en España llorando mi ausencia, y estoy seguro que así continuará!

—¿Eso crees?—replicó Florian.—Salas habrá ahogado sus penas con los muchos millones que le regalamos.

—Hijo, ni áun á más de seis mil leguas lo veo libre de tus sátiras. ¿En qué te fundas para decir eso?

—En que él y sus paisanos son tan aficionados al oro como los franceses. En Francia, señores, acontece por lo general que en las iglesias, en vez de imágenes como aquí, sólo se

ven molduras y relieves dorados; los franceses no comprenden que se pueda adorar sin tener el oro delante.

—Eso es una hipérbole; en Cataluña, como en Francia y restos de Europa, se anhela el dinero por lo indispensable que es; y si aumenta el deseo, consiste en las muchas más aplicaciones que cada dia tiene y en los infinitos goces que va proporcionando á medida que crece el progreso y se multiplican los descubrimientos. Decia que á pesar del carácter impetuoso y violento de mi inolvidable amigo Salas, sufrió por espacio de muchos años, con incomprensible abnegacion, burlas atroces, epigramas y sátiras de Florian. Mil veces le amonesté por su ridícula tolerancia, y, léjos de lograr mi deseo, se incomodaba, concluyendo por decir que yo queria á su vizconde ménos que él.

—¿Te ha gustado el cuento, Monserrat?

—V. A. manda en mí, y cuanto diga lo oiré siempre con gusto.

—No transige; miéntras viva y estemos en familia como ahora me has de encontrar burlon y satírico.

—De todos modos hallo á V. A. admirable.

—Lo mismo aquí que en Europa á todos gustan mis bromas, ménos á mi padre.

—Suelen ser pesadas, y á veces tan oportunas, que lastiman al que se las diriges. ¿Es cierto, Zeneida?

—Padre mio, á mí me gustan.

—¿Lo ves? Tu abogado femenil se viene á mi partido.

—En eso sólo.

—Antes veia V. M., mi reina y señora, á Florian de Calatrava como el hombre infalible que nunca ó rara vez se equivocaba; pero se presentó Bricio I, y cambió la decoracion, siendo él el blanco de tus miradas, y el hombre, en fin, perfecto, y digno de avasallar tu ardiente corazon.

—No es extraño, Florian: lo hallé más elevado que tú.

—Por cuya razon le admiras; ¿es cierto?

—Sí.

—Yo creí que te habias propuesto neutralizar los malos efectos que causaron tus frases no há mucho, recordándole á Washington, la casa de campo, sus citas misteriosas, la baronesa de Torrelló...

—¡Florian!

—Padre mio, volviste de palacio trémulo, encendido el rostro, y tan afectado, que temí por aquella calma y sangre fria innatas en tí.

—En cambio tú jamás te alteras ni conmueves.

—Nunca; mi conciencia se halla siempre tan tranquila...

—Príncipe, habla de otra cosa.

—Déjalo, padre mio,—exclamó Zeneida;—los que le escuchamos te conocemos lo suficiente para saber que vales más que él, y que hasta en ese hecho, que en sus bromas pretende censurar, te elevaste sobre los demás hombres.

—No diria yo lo mismo, hermana; fué la única vez que el pedestal del héroe se quebró y el ídolo rodó por el suelo como mísero barro, débil...

—Si cayó fué para encumbrarse más que lo habia estado nunca.

—¡Qué modo tan extraño de ver las cosas! Y ahora recuerdo que la supuesta anciana le dijo en esa malhadada noche, que tenía la pretension de unirse á un hombre que habitaba mi propio palacio. ¿A quién aludia, Zeneida?

—Si él no lo adivina, yo no puedo decírselo.

—¿Tambien tú te sonrojas, hermana? ¡Mi padre baja la vista!.. Monserrat, arregla pronto nuestra casa, pues preveo que al terminar los lutos vamos á tener boda.

—Poco queda por hacer, señor, y si S. M. se dignase...

—Duque, ¿le haces caso á mi hijo? Florian, nos estás proporcionando un rato delicioso.

—Teníamos, padre mio, una deuda pendiente, y yo soy muy buen pagador.

—¡Ah! ¿Te estás vengando?

—Una cosa muy parecida.

—Te perdono el resto de la deuda.

—Gracias; no admito limosnas ni dádivas de esa clase.

—Te ofrecí no volver á pensar en aquel asunto.

—¿Cuál?

—El que motivan tus sátiras.

—No recuerdo. Háblame de él, que de seguro lo oirá con gusto Zeneida.

—Sí, padre mio; todo lo que tú digas lo escucharé gozosa.

—No es nada, hija mia; bromas de tu hermano. Florian, te prohibo...

—Basta, señor; me inclino ante tu poderosa voluntad; yo queria enterarla de todo, para que pudieras convencerte...

—Te he dicho y repito que desechó toda duda. Monserrat, ¿dónde se hallan Arturo é Iglesia?

—Señor, poco después de llegar, comprendiendo que V. M. no necesitaba de ellos, pidieron unos fiambres, y con permiso mio salieron á caballo.

—Cuando acababan de entrar...

—No le extrañe á V. M.: ámbos rivalizan en talento, lealtad, y noto hace dias en ellos una emulacion plausible; ahora mismo corren por esas alamedas, disputándose la habilidad y destreza del mejor jinete.

—No les permitas que expongan sus vidas.

—Los dos poseen la prudencia necesaria para llegar donde deben y no pasar de allí.

—Esa rivalidad ¿podrá ser funesta?

—Al contrario, no obstante sus contínuos desafíos, noto que cada dia se estiman más.

La comida continuó animada, logrando en ella el astuto Florian arrancar hasta la última raíz de la sospecha que en un tiempo se apoderó del cerebro de su padre. Es cierto que le proporcionó un rato desagradable, pero á la vez realizó su propósito, el cual comprendieron cási todos los presentes ménos Bricio, que insensiblemente fué entrando en la admirable red que su hijo le tendia.

Concluyó el almuerzo, después pasaron á otra cámara donde tomaron el té, y á las tres montaron á caballo Zeneida, Bricio, Florian, el duque y hasta veinte ó más entre altos empleados, dependientes y palafreneros del palacio. Salieron por una puerta que comunicaba con los jardines, quedando el rey agradablemente sorprendido con los juegos de aguas, arcos y caminos de flores que se presentaron á su vista. El aire que empezó á respirar, perfumado con el delicioso aroma de aquel eden, ensanchaba los pulmones y endulzaba la vida; los bosques de árboles europeos y americanos aparecian verdes, espesos, y de tan gigantesca talla los últimos, que por muchos parajes ocultaban los rayos del sol.

—Ahora comprendo tu retraimiento de la corte, hija mia; habitas un paraíso terrenal.

—Seguid, padre mio,—le contestó Zeneida,—que te falta ver mucho todavía.

Más adelante cruzaban bajo las enramadas, arroyuelos que serpenteaban la superficie, formando cascadas y fajas de plata vistosas y agradables. Habia vários cenadores cubiertos de enredaderas, de los cuales comenzaron á salir, al llegar Bricio, preciosas aves, que al recobrar su libertad cantaban á imitacion del ruiseñor, el canario y el mirlo. Dejaron escapar más de doscientas, y la sorpresa fué tan agradable, que el rey se detuvo, exclamando:

—¡Qué cántico tan sublime; qué pájaros tan lindos!

—Continúa, señor, que aún queda mucho.

Y anduvieron, llegando á una explanada, en la que aparecieron vários criados. Zeneida les hizo una seña, y en el acto soltaron multitud de palomas, y luégo diez aves de rapiña que en el momento de partir se lanzaron sobre el indefenso pájaro que volaba de un lado para otro, perseguido por el feroz milano y compañeros.

Bricio miraba estático y á la vez temeroso de ver las garras clavarse en las entrañas de las palomas, cuando Zeneida llamó su atencion, diciéndole:

—A este juego, señor, le llamo yo símil.

—¿Por qué?

—Ahí tiene V. M. representada la sociedad, el pueblo que gobierna.

—La idea es digna de tí. Noto que aún no lograron hacer víctimas esos terribles pájaros.

—Porque están entusiasmados con su fabuloso botin; para cada uno hay veinte palomas, y miéntras ellas, queriendo huir, se acercan á su verdugo confusas y aturdidas, ellos se pavonean, corren, eligen, cambian...

—Me gusta el símil, y al milano de mi pueblo le daré en vez de paloma un nido sin salida.

—Adelante, señor.

—¡Por fin hicieron presa!

—Há tiempo que sucede lo mismo en el resto de la isla.

—Pronto acabará la diversion.

Y continuaron caminando hasta que fueron detenidos por una valla construida con gruesos tablones de metro y medio de altura, en forma circular, y de doscientas varas de circunferencia. Formando parte de ella habia dos casitas de madera, cuya única puerta daba al circo.

—¿Qué es esto?—preguntó el rey.

—Una parodia, padre mio, del anfiteatro romano.

—Supongo que aquí no habrá sentenciados á muerte.

—No; pero sí hombres de un valor sorprendente. Puesto que los españoles blasonais de temerarios, quiero que conozcas todo el arrojo de mis compatriotas. Formad círculo.

Gritó Zeneida, y todos fueron rodeando la valla, fijándose después en el circo. Entónces la ex-reina tocó el silbato que llevaba en su látigo, abriéndose en el mismo instante la puerta de la casita que tenía á la derecha. Por ellas salieron cuatro indígenas altos, fornidos y de una musculatura tan rígida que sus carnes parecian de bronce. Llevaban el antiguo traje isleño muy parecido al de los indios, y que se contraia á unas pantuflas, taparabo bordado, largos pendientes, una corona

de plumas y muchos brazaletes de oro; el resto del cuerpo lo llevaban descubierto y sin pintar, presentando una forma y belleza que obligaron á Bricio á exclamar:

—Esa raza no ha degenerado: parecen los primitivos séres que habitaron la tierra. ¿Qué van á hacer?

—Ellos te lo dirán.

Y los cuatro se acercaron á tres varas, inclinándose ante Bricio, Zeneida y Florian. La jóven movió un pañuelo blanco, é inmediatamente se colocaron frente á la casita del lado opuesto al que ellos salieron. Entónces tocó el silbato por segunda vez la ex-reina, levantaron una puertecita de hierro, saliendo por ella cuatro leones, cuyos rugidos se hicieron oir á larga distancia. Aquellas fieras estaban sin comer más de veinticuatro horas, no obstante lo cual, miraron á los indígenas y se acercaron pausadamente. Volvieron á rugir, demostrando al parecer el hambre que sentian. De pronto se echaron sobre ellos los indios, y los tumbaron, sin hallar cási resistencia en tan terribles animales. Era un espectáculo admirable ver á los indios cubrir á los leones con sus cuerpos, volverlos después de un lado para otro como pudieran hacer con inocentes corderos, y últimamente los cogieron de las melenas y les golpearon contra el suelo. Acto contínuo los levantaron, encerrándolos en la jaula ó casita de donde habian salido.

—¿Qué significa eso?—preguntó Bricio á Zeneida.

—El abuso de la inteligencia humana.

—¿Y esos leones sucumben siempre ante los cuatro indígenas?

—En general sí, pero ¡ay de ellos si un dia el rey de la selva, hambriento y feroz, alza las garras y clava sus terribles colmillos!

—¿Ha terminado el acto?

—Sí, continuemos.

—¿Quién ha inventado todo esto?

—Yo, padre mio.

—Muy bien; avancemos.

Y prosiguieron sin detenerse hasta llegar á la parte más ancha del extenso rio que atravesaba la posesion de Zeneida.

—Hé aquí,—exclamó la jóven,—unas márgenes que compiten en belleza y poesía con las de vuestro Guadalquivir.

—Por este paraje pretende igualarse al Missisipí ó Amazonas.

—Luégo estrecha bastante, segun habrás visto al cruzar el puente que mi padre mandó construir.

—Obra admirable por su mérito y coste.

—Echemos pié á tierra.

Así lo hicieron, avanzando por un tablado que entraba diez varas en el rio. Al llegar al extremo, tocó Zeneida su silbato, y se presentaron vários indios en una lancha, llevando por traje un solo taparabo. Inmediatamente dejaron caer al agua ocho corderos, los cuales iban sujetos con una cadena de hierro. No tardaron en aparecer algunos caimanes, cuyas cabezas y enormes colmillos salian á flor de agua. En el mismo instante se cubrieron seis indígenas con chambergos de ala muy ancha, y se arrojaron al rio provistos cada uno de su largo cuchillo. Los caimanes les acometieron, ellos á su vez atacaron al anfibio, el agua se tiñó de sangre, y Bricio retiró la vista del cuadro con horror. Minutos más tarde aparecieron los seis indios sin sombrero, pero ilesos; la lancha manejada por cuatro de sus compañeros corrió en su ayuda, y no tardó en llenarse con cuatro enormes caimanes muertos y cogidos por los que se arrojaron al rio.

Seguidamente los echaron á la orilla, lo más cerca posible de donde estaba el rey, desapareciendo la lancha y todos los que iban en ella.

—¿Qué significa la escena que acabas de presentarme, Zeneida?—preguntó el monarca.

—El talento del hombre unido á su osadía, cuyo maridaje suele dar por resultado ferocidad é insensatez. Esta tarde no ha habido víctimas humanas; pero, en general, cada dos ó tres anfibios cuesta la vida de un hombre.

—¿Qué debo deducir?

—Que el talento se hermana mejor con la prudencia que con la temeridad.

—Muy bien. Quisiera continuar leyendo en tu libro; pero no hay medio de pasar adelante.

—Voy á complacerte sin que te muevas de aquí.

Y Zeneida tocó su silbato con más fuerza que nunca, repitiendo su sonido y haciéndole oir á larga distancia.

Quince minutos más tarde aparecieron cuatro barcas por la izquierda y seis por la derecha, quedando frente á frente las diez y como á la distancia de doscientos cincuenta metros. Llevaban aparejo y arboladura de navíos y fragatas, á los cuales intentaban imitar, y una de las últimas presentaba la maquinita de un vapor, por la cual era movida.

La ex-reina tocó su silbato; las cubiertas se llenaron de indios, y un instante después comenzaron á oirse tiros de diminutos cañones y luégo de fusilería.

El espacio se cubrió de humo; las descargas continuaron media hora, avanzando después unos y otros combatientes. Juntos ya, comenzó el abordaje, y terminado éste, se presentaron los diez buques sin velas, palos, destruida cási toda la obra muerta y veinte indios amarrados con cadenas por cuarenta que reian á carcajadas, mirando la actitud humilde y angustiada de sus víctimas.

En poco más de una hora cambió por completo el espectáculo: aquellos diez buques tan esbeltos, agradables á la vista y dispuestos á cruzar los rios y los mares, se hallaban hechos pedazos, cási inútiles, manchados de sangre, una parte de sus tripulaciones esclava y el resto celebrando la victoria en horrible bacanal, que formaba siniestro contraste con los ayes de las víctimas, el ruido de la corriente y el humo de la sangre.

Bricio contemplaba el cuadro triste y como absorto; Zeneida le sacó de su estupor, interrogándole:

—¿No me preguntas nada, padre mio?

—¿Para qué? tengo delante una escena que no necesita

explicacion. Contemplo los estragos de las luchas entre hombres, lo espantoso de la derrota, lo terrible de la victoria y lo fatal del conjunto.

—No hubo víctima alguna, señor; fué todo ello figurado, y la sangre es de carneros, que comerán luégo los combatientes.

—Ya lo sé; pero esa farsa representa la verdad, lo que acontece en el mundo, lo que es el hombre y lo que vale el hombre. ¿Queda algo más?

—A la vuelta encontraremos el resto, sin necesidad ya de detenernos.

—Pues á caballo y partamos, que llevo el corazon latiente y afligida el alma.

Y sin expresar más frase, se dirigieron al palacio por otro camino diferente.

El rey continuaba ensimismado y triste. Florian miraba á hurtadillas á Zeneida y ésta sonreia viendo en Bricio los efectos de su gran talento y en Florian el amor retratado en el fuego abrasador que despedian sus ojos.

Entraron en un camino estrecho, tortuoso y desigual, siendo acometidos en él por vários cojos, mancos y mendigos cubiertos de andrajos y en un estado que inspiraban compasion.

—¿Quiénes son estos?—preguntó el rey.

—Soldados licenciados, paisanos heridos, y víctimas, en fin, de la lucha que concluimos de ver.

—¿Otra farsa?

—Sí, histórica, fehaciente, que simboliza la verdad.

Y prosiguieron caminando hasta llegar á un paraje en que los árboles estaban cortados y las mieses taladas. Anduvieron un poco, y el cuadro apareció más desolador que nunca. Se presentó á los ojos de Bricio un pueblo destruido por el incendio, la piqueta del guerrero, el saqueo y el estrago, por último, de la contienda. Cruzaron por medio de él, pisando los caballos despojos y cenizas, y entraron en un bosque, en el

cual corrian las madres desgreñadas, oprimiendo á sus hijos contra el pecho, afligidas, en tanto que los padres y hermanos, desesperados, maldecian su suerte, acabando por fijar la vista en el cielo en actitud de pedir una justicia que en el mundo se les negaba.

Terminó el bosque, y entrando en un camino recto, igual y bien construido, gritó Zeneida:

—A escape, si gustais, padre mio, que ya acabó la diversion.

—¿Diversion llamas á lo que acabamos de ver?

—Es la única que debieran presentar á V. M. sus leales súbditos. Pero como yo soy su hija querida, dí término á la tristeza y malestar, y te llevo de nuevo al eden. Mira cómo gimen y se agitan esas aguas, formando deliciosas cascadas blancas.

—Sí, veo en ellas el furor de los hombres, que se precipitan como el agua á impulso de sus torpes pasiones.

—No es eso, señor; contempla los jardines que tienes delante salpicados de flores y plantas odoríferas. ¡Qué cuadro tan poético!

—Porque en ellos no fijó todavía su huella el terrible Marte.

—Oye el cántico de las aves; ¡qué armonía, qué ambiente tan perfumado se respira aquí; qué sol tan claro y diáfano; qué tarde tan deliciosa!

—Verdad es; pero hay quien prefiere el olor de la pólvora, las nubes de humo que empañan á ese rey de los astros, los ayes del moribundo y el campo cubierto de sangre, heridos y cadáveres.

—Pues no comprendo la causa.

—Búscala en la torpeza humana, en la insensatez de los hombres, en todos los efectos de la corrupcion.

—¿Nunca terminará eso, señor?

—En esta isla acabó; en el resto del mundo concluirá cuando la perfeccion haya reemplazado por completo á la igno-

rancia. Tú me enseñastes el abismo; yo te enseñaré el valle, Zeneida.

—Perdona, padre mio; el valle lo verás mañana.

—¿Insistes en que no parta esta noche?

—Con decidido empeño; y tú, tan bueno y cariñoso con tu hija, no le negarás la primera gracia que te pide; ¿es verdad, padre mio? Oh, un baño de bondad cubre tu rostro, el amor se retrata en tu mirada, y leo en tu noble y generoso corazon un *sí* que colma mi alegría.

—¿Cómo negarle nada á quien pide tan bien? Eres la mujer más hermosa y de más talento que he conocido.

—Y tú el mejor de los hombres.

—¡Pues voy haciendo un bonito papel!—exclamó Florian, añadiendo:—acércate, Monserrat, y hablemos, áun cuando sea del sitio de Troya ó de la conquista de Jerusalen.

—¡Qué osado y terrible te vas haciendo, Florian!

—Entiendo que siempre fuí lo mismo, padre mio. Debiste comprender que al acabar el canto de las aves debia escuchar con disgusto el arrullo de las tórtolas; ¡y como soy todavía tan jóven!..

—¡Hijo!

—Déjalo, señor. ¿Qué nos importan sus frases, teniendo en cuenta la intencion y el objeto que se propone con ellas?

De este modo continuaron hasta llegar al palacio, habiendo logrado durante el dia Florian y Zeneida cuanto se propusieron respecto de Bricio.

CAPITULO XLI.

El valle.—Nada resiste á la astucia y talento de dos enamorados.

Regresaron de su largo paseo Bricio, Zeneida, Florian y comitiva cerca de las seis de la tarde. Media hora después se sentaron á la mesa, y á las nueve de la noche pasaron al estrado, donde el príncipe y la ex-reina cantaron más de una hora, formando la delicia de todos los habitantes del palacio. El rey sabía de muy antiguo que la voz de su hijo, maestría y arte eran admirables, por cuya razon se fijó únicamente en Zeneida, la cual estuvo mejor que nunca.

Terminado el canto, la bella jóven juntó su sillon con el de Bricio, preguntándole:

—¿Qué te ha parecido, señor?

—Que has estado sublime, deliciosa.

—¿Logré distraerte?

—Más aún: me proporcionaste un rato encantador, el más agradable sin duda alguna que tuve desde mi salida de Europa. ¡Qué acento tan dulce!

—Adulador; á tí no te seducen ni agradan voz ni hecho que no se contraigan á Florian.

—Mucho le amo, y en verdad que ántes me sucedia una cosa parecida; pero desde que te he conocido y me das el nombre de padre, me encanta cuanto dices y haces.

—Esa verdad forma mi dicha; deja tu mano entre las mias.

—Pueden creer los concurrentes...

—No te cuides de la maledicencia.

—Si Florian te ve, lloverán sobre nosotros los epigramas y la sátira.

—Me alegraré, pues me divierte mucho con ellos. ¡Qué bueno eres y cuánto te amo ya!

—Yo tambien á tí. Ah, ganaste mi corazon por completo.

—Magnífica conquista, la más grande que podia hacer. ¿Por qué retiras la vista? Mírame.

—¡Qué acento tan angelical, qué rostro tan perfecto! Eres la única mujer que he conocido de belleza perfecta, de talento sin rival, y ámbas cosas hermanadas á un candor y pureza que seducen y arroban. Nota que nos miran todos.

—Ya lo creo; esperan que rompamos el baile, y se hallan impacientes.

—¡Yo he de bailar!

—Conmigo; no les hagamos aguardar más tiempo; van á creer que tienes interés en continuar sentado.

—¡Hija, si yo no puedo!..

—¡Qué poco amable eres con quien tanto te quiere! Ni el más pequeño sacrificio...

—No sigas; bailaré un rigodon.

—Estaba yo segura de triunfar.

—Sólo un rigodon.

—Y después otro, y diez. Yo no me cansaria jamás de estar á tu lado, de bailar contigo, de oirte, de contemplarte...

—¡Seductora! Vamos al baile; mas estando tan reciente la muerte de tu tio...

—Esta es una reunion de familia que todos han de ignorar.

Y se pusieron de pié, haciendo seña para que empezasen á

tocar. Pronto fueron rodeados por várias parejas. Bricio, no viendo á Florian enfrente de él, miró á la izquierda, preguntando á Arturo, que estaba muy cerca:

—¿Y mi hijo?

—Concluido el canto se cogió al brazo de Monserrat, y en este momento debate con él en el salon contiguo sobre el definitivo arreglo de palacio.

—¡Y yo miéntras!..

—Permítale V. M. que trabaje; es jóven, le gusta, y se complace en que su querido padre se distraiga.

—Con qué interés ha tomado el buen gobierno de la nacion y de mi casa.

—Como todo cuanto acontece es obra suya, y no gusta hacer las cosas á medias ni mal, quiere, con razon, que esta isla se eleve donde no llegó nacion alguna hasta ahora.

—Pues si él lo hace, no hay inconveniente en que yo dé gusto á Zeneida.

Y comenzaron á bailar, estando el resto de la noche la ex-reina junto á Bricio, demostrándole un cariño y atenciones que acabaron de seducirlo por completo. Todavía no era viejo, la mirada de Zeneida penetraba hasta el corazon del hombre más frio, y lo cierto es que el rey, no obstante su severidad de costumbres, el carácter tétrico y sombrío durante su viudez y la mucha fortaleza de su corazon, sentia junto á la bellísima jóven impresiones agradables que todavía no acertaba á definir. Es un axioma que no hay pasion de ánimo capaz de resistir al aliento y voz de una mujer hermosa y con talento. Tan sublime medicina rejuvenece, presta calor á la sangre, brio al corazon, encantos al espíritu, y produce sensaciones tan violentas en el hombre, que juega con él, le absorbe y conduce donde quiere. ¡Y qué de extraño, si una mujer perfecta es la maravilla del mundo!

Zeneida obligó á Bricio á que bailara cuantas veces ella quiso, y hasta que estuviese tierno, expresivo y completamente dedicado á hablarla y mirarla.

Al terminar la funcion aparecieron el príncipe y Monserrat cogidos del brazo. Unidos luégo á S. M., acompañaron á la ex-reina, dejándola á la puerta de su gabinete. Después marcharon padre é hijo al salon que daba paso á las alcobas de ámbos, deteniéndose á la puerta de la de S. M.

—¿Te has divertido, señor?—le preguntó Florian con estudiada indiferencia.

—Sí. ¿Qué has hecho tú?

—Me propuso Monserrat una idea irrealizable, y después de convencerle de esta verdad, lo cual me costó algun trabajo, le dí un plan, que recibió con prevencion, pero que ha concluido por aplaudirlo. Te gustará probablemente; con él marcharán todos los asuntos de palacio con regularidad y exactitud matemática. ¿Bailaste?

—Me comprometió Zeneida...

—Bien hecho; Dios ni el mundo se ofenden por eso.

—Yo creí que ibas á censurar...

—¡Qué locura! Quiero verte alegre, satisfecho, por tí y por mí; si tú no me das el ejemplo no podré estar contento.

—Esa jóven encanta con su voz, mirada y talento.

—Siento decirte que tu mucha bondad te la presenta por un prisma seductor y exagerado; su óptica la eleva más de lo que merece.

—¿Crees eso con sinceridad?

—Creo firmemente que vale mucho, pero no hasta el punto de seducir á hombres como tú y yo.

—Porque nuestros corazones están secos, áridos; de lo contrario sería muy expuesto vivir junto á ella.

—Nada te contesto, porque cada uno está en su derecho viendo las cosas como su razon ó creencias se las presentan.

—Por lo que pueda ocurrir, huye de ella, hijo mio.

—No comprendo la causa.

—A mi pesar me he visto esta noche avasallado, y... No conviene permanecer mucho tiempo en esta casa.

—¿Logró acaso interesarte hasta el extremo?..

—Sentí á su lado impresiones que no me atrevo á calificar. Es tan hermosa, sus maneras tan finas y elegantes, su voz tan dulce, y tiene tanto talento, que no se parece á ninguna de cuantas mujeres conocí en el mundo.

—Lo mismo dicen los que la han visto y tratado.

—Florian, al amanecer vete á la corte; yo soy más fuerte que tú, y podré resistir mejor los dardos de esa beldad.

—Estoy por darte yo ese consejo á tí.

—En verdad que si no lo creyera un desaire partia ahora mismo.

—¡Con qué placer te escucho, padre mio! Ya suponia yo que tu corazon no estaba tan seco como tú pensabas, y en la prueba que me estás dando recibo la más grata satisfaccion. Ámala, señor; en esta isla no podias tener más rival que yo, y te juro por Dios Santo que áun cuando la quisiera más que á mi Erundina, te la cederia, sin que notases en mí violencia alguna.

—¿Serías capaz de un sacrificio tan grande?

—Veo que no me conoces bien.

—¡Qué alma tan noble! Pero todo ello es hipotético; tú no la amas, ¿verdad?

—¡Qué locura! ¿Soy tan débil acaso como tú?

—Puede que no te equivoques. Hijo mio, en Europa siempre fuí delante de tí; aquí voy detrás; pero nada temas respecto de Zeneida; juré á mi María lealtad eterna, y no la faltaré.

—Lo siento, puesto que esa belleza logró en tan poco tiempo interesarte tanto; nada más agradable para mí que veros unidos y dichosos.

—La idea hace latir mi corazon, me sonrie; pero no es aceptable, ni causa alguna en la tierra me obligaria á cometer un perjurio.

—No insisto, señor.

—Dame un abrazo, hijo mio, y retirémonos á descansar. Bien, Florian; tu padre admira esa fortaleza de espíritu, esa

indiferencia á la mujer más perfecta que existe. Bravo; Dios te la conserve y continúe elevándote sobre mí.

—Gracias, señor; hasta mañana.

Y cada uno entró en su alcoba, hallando Bricio en la suya á Arturo y un ayuda de cámara, y Florian á otro igual y á Iglesia.

—¿Qué te ha sucedido hoy con Mendo?

Preguntó el príncipe á Constantino. Este contestó:

—Nos propusimos dar un paseo á caballo y corrimos cuatro horas.

—¡Un desafío! ¿Le venciste?

—No, señor; hasta ahora parecemos gemelos.

—Pues no es poco igualarse á mi serpiente brasileña; el buen Arturo vale mucho..

—Ya lo sé.

—Cesad ámbos en esa emulacion que á nada conduce; quiero ver en vosotros dos hermanos; os lo mando.

—Mañana trasmitiré la órden de V. A. á Mendo, y será obedecida con ciega sumision.

—Observa, y en el momento que mi padre esté acostado avísame. Tú,—añadió al sirviente,—sal y espera cerca de aquí. Por esa puerta no, que pudieran verte; por esta otra.

Florian quedó solo, sentado en un sillon de la alcoba, y como entregado á profunda meditacion. Así permaneció media hora, que tardó en regresar Iglesia.

—S. M. el rey,—exclamó el secretario,—duerme ya.

—¿Y Arturo?

—Se ha retirado á su habitacion.

—¿Hablaste con él?

—Sí, señor; sospechó que observaba cerca de allí, y, como de costumbre, me salió al encuentro.

—¿Qué te dijo?

—Le dí la órden de V. A., me comunicó otra igual de parte de S. M., y nos estrechamos tiernamente, jurándonos amistad eterna.

—Cierra la puerta de mi alcoba.

—Ya está.

—Busca ahora un boton que habrá en el marco de ese espejo, á la izquierda; más al centro; ese debe ser; oprímele; empuja.

—¡Ah! es una puerta secreta.

—Quédate aquí miéntras yo cruzo unas cuantas frases con Zeneida.

Y salió el príncipe por el hueco que acababa de abrirse; atravesó dos habitaciones, hallando en la tercera á la hermosa jóven, que hablaba con dos damas de su servidumbre. Al verlo, avanzó la ex-reina, en tanto que las otras se retiraban al extremo del salon.

—Gracias á Dios,—exclamó Florian,—que logro verte como anhelaba el deseo.

—¿Cumplí bien tus encargos?

—Demasiado, hija mia; lograste interesar el corazon de mi padre de tal modo, que he estado muy expuesto á tener que cederle la novia.

—Lo dices de un modo...

—Es mi rey y señor, y su dicha merecia el sacrificio de la mia.

—Acaba, que me tienes con cuidado.

—Estuve muy en peligro; pero no obstante lo que le pedia el corazon, recordó el juramento de lealtad que hizo á mi madre política, obligándole éste á desistir de lo que le aconsejaba el deseo.

—Loado sea Dios.

—Mi padre es digno de tí, Zeneida.

—Pero yo amo al hijo, y valga más ó ménos, primero me dejaria matar que unirme á otro.

—¿Aun cuando yo te lo pidiese de rodillas?

—Aun así y todo.

—Lo dices con una resolucion...

—Me estás dando un mal rato, Florian.

—No lo he llevado yo bueno; pero hemos triunfado, y todo acabó. Resulta que áun cuando mañana descubriese nuestros amores, ó mi plan viniese á tierra por uno de esos accidentes ó contrariedades que no es fácil prever, no puede ya llamarme débil el que lo ha sido tanto como yo. Logrado este fin, conviene á todo trance que emprendas la retirada, pues ya que no te es dado hacerle feliz, no quiero que sea desgraciado.

—Comprendo, y está seguro que mañana vendrá abajo todo el edificio de su amor.

—Mucha destreza, que el rey sabe tanto como los dos.

—Descuida, que no has de tener queja de mí.

—¡Qué hermosa estás!

—Mañana pasaremos otro dia delicioso, encantador como el de hoy.

—Sí, idéntico. Tendré que burlarme de tí, que usar de epigrama y de sátira para disimular, cuando, aislado de la sociedad, sólo anhelo contemplarte, besar tu mano, oirte y dejar que las horas trascurran en amoroso éxtasis.

—Tambien yo, y lo que sufro no puedo explicártelo. Dios nos dé paciencia y disimulo.

—Falta nos hace. Hasta mañana. ¿Me das á besar tu mano?

—¿Ya te retiras?

—Sí, es más de la una, y áun cuando tenemos dos testigos que no nos pierden de vista, bueno es evitar motivo de murmuracion.

—Siempre con el mismo temor.

—Conozco el corazon humano, y como hay tan pocos séres que piensen y obren como nosotros...

—Hé aquí mi mano.

—Blanca como la nieve, suave como la seda, deliciosa como el placer, y... Adios.

—Adios.

Y ámbos se volvieron la espalda, retirándose á sus respecti-

vas habitaciones para ser presa de un sueño que les dominó seis horas consecutivas.

El rey se levantó á las siete, y ya habia preguntado tres veces por Zeneida, cuando entró su hijo, diciéndole:

—Mucho madrugas, señor.

—Como en Madrid. ¿Vienes de tu alcoba?

—Sí.

—Entónces no sabrás qué es de tu hermana.

—Me ha dicho Iglesia que presenciaba el desayuno de las infantas.

—En cuyo caso que nos sirvan á los tres el nuestro donde te parezca.

—Hay una galería que domina los jardines y en ella puntos de vista deliciosos.

Y oprimió un timbre, añadiendo:

—A S. M. la reina Zeneida, que cuando guste nos desayunaremos en la galería del Sur; allí pueden pasar tambien Monserrat, Mendo é Iglesia. Marcha.

—Los tres últimos lo habrán verificado ya...

—Me consta que aguardaban la honra de acompañarnos.

—¿Qué vas á hacer en concluyendo ese acto? Tú, que eres tan aficionado á montar, en ningun sitio mejor puedes verificarlo que entre esos poéticos jardines y deliciosas alamedas.

—Si sales te acompañaré; si te quedas permaneceré á tu lado, que harto tiempo hemos vivido separados.

—Por mí no te violentes.

—Tú deseas verme contínuamente, y yo anhelo lo mismo. Ya me cansé de correr á caballo y de todo lo que no sea hablar contigo.

—Con tal que tus sátiras me respeten.

—Mis bromas te agradan, y por eso no las suprimo.

—Tambien es cierto. Mucho tarda Zeneida en contestar.

—Pues si hace un instante que le mandamos el recado; pero hé aquí la respuesta.

Un criado exclamó:

—S. M. se dirige á la galería.

—¿Y Monserrat, Arturo y Constantino?

—Ya estarán en ella.

—¿Vamos, padre mio?

—Sí; dame tu brazo.

Y cogidos llegaron al sitio indicado. Zeneida les salió al encuentro, diciendo:

—Tu mano, señor, que beso con todo el amor filial de una buena hija. Hé aquí la mia. Florian, estréchala, hermano.

—¿Has descansado?—le preguntó el rey.

—Oh, sí; qué ensueño tan delicioso tuve. Vi á mi padre que, con el mismo afecto que me demostró en la niñez, me miraba, sonreia con mis gracias y formaba yo su embeleso, su dicha; al despertar contemplé su cadáver y la muerte enarbolando la terrible guadaña; pero no léjos de allí estabas tú alargándome los brazos y siendo para mí un segundo padre, tan tierno como el que tuve la desgracia de perder. El autor de mis dias representaba la misma edad que tú; era bondadoso tambien, y en mi deliciosa ilusion creo hallar parecido en los rostros y hasta en las ideas, y lo último me hace muy feliz.

Bricio escuchó á la jóven con suma atencion, concluyendo por irse apagando poco á poco el fuego de su mirada. Al terminar, le contestó:

—Tu padre soy, Zeneida, en cariño é interés.

—Ya lo sabía yo, y no era posible otra cosa; me inspiras el mismo respeto y amor que el noble anciano con el cual corrí por esos jardines cogida á su mano, y siempre juntos, era mi egida, mi maestro, mi protector, el escudo contra todo lo malo que pudiera amenazarme. Como tú, era mi padre tierno, cariñoso, instruido, y tan aficionado á socorrer la desgracia, que donde él estaba huia la miseria, espantada al contemplar el cúmulo de filantropía que brotaba de su pecho. Puedes besar mi frente como él, y cuando la pena ó el malestar se apoderen de tu corazon, ven á mi casa, que yo sanaré tus males hasta exterminarlos por completo.

—Lo haré, hija mia, que eres un ángel encantador, sublime.

—La escena,—exclamó Florian,—no puede ser más patética; si le añadiérais algo tétrico, sombrío, aterrador, acabaria por parecerme la mejor comedia que he visto.

—¿Te estás burlando de nosotros, hermano?

—¿Me juzgas capaz de semejante disparate? Me hallo, Zeneida, entreteniendo el apetito, miéntras tú declamas.

—Sentémonos,—añadió el rey,—y deja á ese atrevido que diga lo que quiera.

—Es lo mejor.

—Desde este punto se ven unos panoramas deliciosos; tu posesion, Zeneida, es magnífica.

—Me alegro que te parezca así, y más aún el que la visites á menudo.

Los cinco se desayunaron, continuando en la galería media hora. En este instante recibió Bricio vários pliegos de Madrid, y entró en un despacho, seguido de Mendo, con el que trabajó cuatro horas seguidas.

La ex-reina, Florian, Iglesia y Monserrat bajaron á los jardines, y pronto se internaron en la espesura, lo cual proporcionó al príncipe el que pudiera durante la mañana hablar á su amada con testigos, pero sin ser escuchados, toda vez que el duque y Constantino iban detrás y como á cien pasos de distancia.

A las doce se incorporaron los cuatro, la jóven se cogió del brazo de Monserrat, y de este modo entraron en el despacho del rey.

—¿Acabaste, señor?—preguntó el príncipe á su padre.

—En este instante.

—¿Acontece alguna cosa extraña?

—Nada; los asuntos marchan con regularidad, las cámaras aprueban cási sin discusion las leyes presentadas, y esta noche me traerá Valleameno várias de ellas á la sancion con el despacho ordinario.

—¿Y eso te ha ocupado toda la mañana?

—No; han sometido á mi aprobacion dos proyectos que no me gustan, y les mando con un correo que sale en este momento el equivalente en distinta forma.

—¿Almorzamos?

—Sí.

Algo más tarde preguntaba Zeneida á S. M.:

—Padre mio, ¿saldremos esta tarde á caballo?

—A la hora que tú quieras.

—El dia se presenta agradable, y voy á disponer que ensillen los caballos para la hora de ayer.

A las tres montaron efectivamente, yendo en la comitiva Arturo y Constantino. Salieron por diferente puerta que el dia anterior y caminaban en este instante por una alameda, cuyos árboles presentaban corpulencia y estatura colosales; entre ellos habia plantas odoríferas que embalsamaban el aire, aves de todas clases, cuyos trinos formaban deliciosa armonía, y Bricio, absorto ante aquel prodigio de la naturaleza y del arte, contestaba con monosílabos á las preguntas que le dirigia Zeneida.

Al acabar la alameda empezaron vários jardines, entre los cuales corrian mansos arroyuelos, saltaba el agua de las fuentes, y en el centro habia un pequeño pueblo improvisado con casas rústicas y tan poéticas, que obligaron á Bricio á preguntar:

—¿Qué es eso?

—El valle, señor. Echemos pié á tierra, y estudia, si lo crees conveniente, lo que tienes delante.

Así lo hicieron; el rey dió su brazo á la jóven, y entraron en una de las calles del pueblo. Allí estaban los colonos, padres, mujeres é hijos, que dependian de Zeneida. No obstante el aislamiento en que vivian, todos aprendieron á leer y escribir; conocian la historia de su país, y contaban con médicos, sacerdotes, boticarios, comerciantes, que les llevaban lo necesario, y en sus rostros se retrataban la alegría y satisfaccion.

Por indicacion de la ex-reina, Bricio les hizo várias preguntas, á las que contestaban con una franqueza que le admiró; ninguno se presentaba encogido ni cortado ante S. M.; y sin faltar al respeto le hablaban, usaban de confianza y naturalidad impropias en míseros labradores. Pero lo que más sorprendió á Bricio fué el estado de ilustracion en que se encontraban, naciendo de ella una armonía, orígen de la paz y hasta cariño que reinaban entre aquellas familias. Les era impuesta una generosidad que abria todas la puertas y ahuyentaba la idea aristocrática ó pretension de superioridad; pues si bien les estaba prohibido el pedir lo supérfluo, se miraba como delito punible negarse unos á otros lo necesario. Desde la infancia iban asimilando sus costumbres á los preceptos del Evangelio, con los cuales, léjos de tomar incremento, quedaban ahogados el orgullo, la soberbia, la vanidad, la ambicion bastarda y toda pasion que no fuese noble; con educacion tan plausible se formaban los hombres, si no perfectos, desnudos en su mayoría de tanta miseria humana como vemos en esos desgraciados que nacen, crecen y llegan á la edad viril desconociendo por completo todo lo grande que existe en la tierra.

—Muy bien,—exclamó el rey después de haber conversado tres horas con los hombres de ciencia, con los sacerdotes y con colonos de diferentes sexos y edades;—un pueblo educado á imitacion de estos séres presentaria la única felicidad á que se puede aspirar en el mundo.

—Mi padre enseñó al abismo de su nacion este valle modelo, pero fué inútil: los hombres á quienes llamó para que lo estudiasen lo miraron con desden, exclamando:—Eso se puede hacer con cien familias, y áun así es obra tan larga, que no hay paciencia capaz de resistirla.

—Los que así contestaban no tenían conciencia ni corazon.

—Mi padre debió creer lo mismo, pues sólo les dijo:—Ya estaba yo convencido que esa educacion no se aconseja, se impone; pero como yo no mando, sólo me es dado hacer lo

que veis. Id con Dios, y que el cielo no os pida cuentas un dia de vuestra conducta é ideas.

—¿Y tu tio, no vió este cuadro?

—Sí, señor; pero le faltaron energía y capacidad, y continuó á la cabeza de una corriente que se precipitaba al abismo, que duró hasta hace poco.

—Bien, hija, muy bien; yo, que contuve el desbordamiento, tendré paciencia y realizaré el pensamiento de tu padre.

—Para tí, señor, eran inútiles los cuadros que viste ayer y hoy; me he propuesto únicamente demostrar la torpeza de los que, faltando á las antiguas leyes de esta isla, desecharon la rama verdadera para adoptar la que á ellos convenia. A la vez queda justificada la conspiracion de Monserrat, Valleameno y restantes, mi elevacion y cuanto ha sucedido á la muerte de Francisco I. Ahora puede estar tranquila tu conciencia y sentarte en el trono de mis abuelos, apoyado en un derecho indisputable.

—Pero tú entretanto vives condenada al olvido.

—Con algo de egoismo prefiero este eden á las *amargas delicias* de vuestros salones.

—¡Amargas delicias!

—Para la mayoría son delicias, para mí amarguras; por eso efectué el cambio como un deber de conciencia y como lo más conveniente á mi comodidad y libre albedrío.

—Hoy eres la reina aquí, y con tu talento y poder atraes la dicha y felicidad; pero mañana, al variar de estado, acaso mudará la faz de esta posesion.

—Sé, padre mio, que estoy condenada en este mundo á tener un compañero que podrá muy bien convertirse en tirano; pero tú, mi padre y señor, me dejarás en completa libertad para la solucion de asunto tan grave, y es posible que encuentre, yo que conozco el corazon humano y el carácter de los habitantes de esta isla, en vez de déspota un hermano que elevará la obra de mi padre léjos de destruirla.

—Jamás te impondria un hombre capaz de deshacer el

admirable cuadro que contemplo; nunca me opondré á que una mujer de tu talento cumpla su voluntad, y en la solucion de problema tan difícil sólo debes esperar de mí consejo y proteccion.

—Contaba con ámbas cosas.

—¿Luego has pensado ya?..

—Mucho; se trata de mi felicidad, y hace tiempo que sueño con aumentar mi ventura, léjos de traer á mi casa quien la agoste.

—¿Hallaste lo que buscabas?

—Como el águila, fijé mi vista en el valle; desde la altura estudié el fondo, y creo que encontré lo único que podia convenirme.

—¿Hace mucho tiempo?

—Bastante.

—¿No te equivocarás, Zeneida?

—No, señor.

—Viniste falible á la tierra.

—Me inspiró el cielo, y ese nunca se equivoca.

—Habla, hija mia; seré tu padrino; iré en persona á buscarle, y...

—Gracias, señor; acepto tan generoso ofrecimiento, y aplazo la cuestion para más adelante.

—¿No podria saber?..

—Permíteme, padre amado, ese único secreto que tengo para tí. Estoy enamorada, te confieso mi debilidad; pero ante el deber inclino mi frente, sufro y callo.

—¿Tú padeces, Zeneida? Yo destruiré todas las dificultades que se opongan, hasta que te vea tan dichosa y feliz como yo deseo, como tú mereces.

—Hace poco que espiró mi tio; al terminarse los tres meses de luto riguroso, vuelve, hazme la misma proposicion, y la aceptaré gustosa.

—Falta mucho tiempo aún y no quiero verte sufrir.

—¡Qué bueno eres, padre mio! Si aumentase mi pena, iré

á palacio y tú me consolarás; pero no exijas de mí que falte á lo que he ofrecido, porque es inútil. Repara en mis colonos, cómo bailan y qué alegres están.

—Noto que se hallan mezclados, y sin embargo cada uno ocupa su puesto. Tú serás feliz cuando te unas al objeto de tu amor; yo, hija mia, cuando contemple á los nueve millones de almas que gobierno en el estado de civilizacion, paz, dicha, armonía y ventura en que se encuentran esos quinientos.

—Ambos lograremos nuestro deseo con la proteccion divina, que parece apoyarnos.

Y después de haber presenciado los juegos, diversiones y expansion á que se entregaron por órden de Zeneida todos sus dependientes, montaron á caballo, y partieron, siendo despedidos con una aclamacion unánime y que no demostraba adulacion ni otra cosa que respeto y entusiasmo. Era temprano, y Bricio, Florian, Zeneida y comitiva acabaron de recorrer la parte de posesion que no conocia el primero. Al terminar, exclamó el rey:

—Visité las principales poblaciones de Europa y América; los sitios reales que más llaman la atencion en el mundo; las casas y jardines de recreo, donde el arte y la naturaleza brillan y compiten, y la verdad es, mi querida hija, que nada encontré tan poético y admirable como lo que acabo de ver. Tenían razon los caciques que quisieron elegir por soberano de esta isla á tu difunto padre, el cual es indudable que contaba con un talento y ciencia prodigiosos.

—Eso mismo dijeron cuantos le conocian.

—Bien se puede vivir aquí sin echar de ménos nada de lo bueno que haya en la corte.

—Y careciendo, padre mio, de lo mucho malo que se encuentra en ella. Cuando el trabajo te canse, te moleste la fatiga ó un pesar cualquiera abrume tu existencia, ven, seguro de que á mi lado y entre los árboles, plantas y flores de mis jardines y bosques, encontrarás remedio eficaz. Si el daño

proviniera de causas políticas ó sociales, llega tambien, que acaso me sería dable combatirlo.

—¿Tú?

—Yo, que conozco á mis compatriotas.

—Te ofrezco tener muy en cuenta tu consejo.

Hablando así llegaron al palacio y comieron; á las nueve pasaron al estrado, cantando Florian y bailando con Zeneida por órden de su padre, en tanto que éste, encerrado con Valleameno, pasó tres horas firmando y resolviendo algunos asuntos perentorios.

Después de las doce regresó el conde á Madrid, y Bricio y Florian, luégo que acompañaron á Zeneida hasta el gabinete que comunicaba con su alcoba, se retiraron á descansar.

—Un abrazo, padre mio,—exclamó el príncipe,—y hasta mañana.

—Adios, hijo.

—No partiré sin decirte que te hallo esta noche ménos alegre y satisfecho que ayer.

—Florian, Zeneida juega á su antojo con el corazon humano, ó yo estuve enfermo del cerebro.

—Ni una cosa ni otra, padre mio; consiste en que una mujer de su talento y belleza confunde y fascina, hasta que poco á poco se va uno acostumbrando á ver y admirar ese prodigio de la naturaleza.

—Puede que sea eso; de todos modos estoy pasando ratos que no olvidaré nunca; cuanto he visto es digno de estudio, y no juzgaré estériles las horas que hemos empleado en recorrer este eden. Adios.

—Hasta mañana, padre mio.

Bricio se acostó, y su hijo, después de tomadas las precauciones convenientes, habló con Zeneida media hora en la forma que la noche anterior.

A la mañana siguiente se levantaron padre é hijo, siendo sorprendidos con funciones preparadas hábilmente por Zeneida y que duraron cási todo el dia. Unas tuvieron efecto en el

mismo palacio, otras en los jardines, y, por último, se embarcaron para terminar en el rio el complemento del programa de la ex-reina. Después se sentaron á la mesa, y á las ocho de la noche se despidieron tierna y afectuosamente de Zeneida, regresando acto contínuo á Madrid. De trecho en trecho hallaron colonos con hachas encendidas durante toda la travesía, en la cual emplearon cuatro horas próximamente. Bricio iba muy satisfecho y complacido. Florian más enamorado que nunca, y á ámbos sirvieron de tema para ir hablando todo el camino los hechizos é ingenio de la ex-reina, que tan buena y generosa estaba siendo con ellos.

Desde el dia siguiente comenzaron á trabajar de nuevo con tanto ó más celo que el demostrado en el novenario. Florian era incansable, y, á las reflexiones que solian hacerle Monserrat, Valleameno y Badillo, contestaba:

—Dejadme trabajar dia y noche; al abandonar esta morada quiero que mi obra quede terminada por completo y que á mi padre le sobre tiempo para recibir las bendiciones de un pueblo que ha de deberle su ventura y prosperidad. Sobre la base que estoy edificando, puede fundarse un castillo que resista cuanto quieran nuestros sucesores.

Y proseguia sus largas tareas, sin acobardarle el insomnio ni las vigilias.

Al mes de arrastrar una vida tan penosa, dijo el rey al príncipe:

—Hijo mio, yo no salgo nada de palacio y tú lo verificas sólo tres horas diariamente de incógnito, y ya es tiempo de que á mí me dé el aire y de que el pueblo nos vea y se vaya acostumbrando á contemplar á los que se están sacrificando por él. Iremos, en consecuencia, esta tarde al paseo, en carretela descubierta y sin aparato alguno.

—¿Y se repetirá esto muy á menudo?

—Una vez á la semana por lo ménos, ínterin dure la reconstruccion que con tanto afan hemos emprendido. Aun cuando habitamos un mismo palacio apénas nos vemos, hablamos

poco, y nuestra conversacion se contrae siempre al país, nunca á nosotros.

—Bien, señor, saldremos esta tarde, como deseas, y trataremos por el camino de lo que tú quieras.

A las cuatro subieron padre é hijo á una carretela tirada por dos caballos. En el pescante iba Piñeiro, á la espalda dos lacayos, sin palafreneros, correo ni acompañamiento alguno. Llegaron en los momentos en que el paseo estaba cuajado de carruajes; el del rey tomó sitio en la fila, confundiéndose con los restantes. Pero al reconocerlo la multitud, al ver al príncipe, se descubrieron cuantos habia en los coches y á pié, y un murmullo continuado los saludaba con entusiasmo y respeto. Padre é hijo se quitaron tambien sus sombreros, y con la gravedad propia de su elevada gerarquía devolvieron las reverencias que por todas partes les hacían.

Cesaron todas las conversaciones; grandes y chicos, ricos y pobres miraban á S. M. y A. sin ocurrírseles otra cosa que contemplar sus rostros llenos de bondad y dulzura.

Al volver los despidió un aplauso que duró tanto como la carrera que llevaban. Les siguieron vários carruajes, muchos grandes á pié, y todo el pueblo que habia en el paseo y hallaron en el camino.

Bricio y Florian salieron sin escolta, y regresaban con una inmensa, entusiasta, como merecian por sus sacrificios, desvelos y gran talento, sábiamente aplicado en pro de aquella isla.

De este modo prosiguieron treinta dias más dirigiendo padre é hijo todos los asuntos, enterándose hasta de los menores detalles, y no dejando nada por hacer.

CAPITULO XLII.

Desde el abismo al valle.—Un acontecimiento inesperado.—Resolucion heróica de Florian.

Introducidas en la isla cuantas economías fueron compatibles con las cargas y obligaciones del estado, nivelado el presupuesto y en un principio de prosperidad desconocida en aquel país, Bricio y Florian recibian la recompensa á sus grandes sacrificios. El trabajo iba aminorando para ellos; padre é hijo descansaban ya de sus contínuas fatigas, hablaban de asuntos particulares, iban juntos á paseo dos veces á la semana, y el príncipe desaparecia tres horas en los cinco restantes, durante las cuales, de incógnito, en tren especial y siempre solo, visitaba á su amada, á cuyo lado permanecia cuarenta y cinco minutos, que eran para los enamorados un instante tan rápido como venturoso y feliz.

Los bandos extremos del país habian ahogado por completo sus rencillas y sistemática oposicion; es más, escondieron del todo, áun cuando parezca imposible, la ambicion, madre del *abismo* en que se confundieron por muchos años, y ya en el *valle*, se complacian, ó aparentaban al ménos estar muy satis-

fechos del estado actual y de la marcha de los asuntos. Un acontecimiento inesperado y grave vino, sin embargo, á conmover al país y á turbar la paz y sosiego que reinaba en el palacio real.

Serían como las tres de la tarde, cuando se presentó Constantino Iglesia en la cámara del príncipe, algo azorado, encendido el rostro y demostrando una agitacion que en vano pretendia ocultar. Florian se hallaba escribiendo, y tan embebido en su trabajo, que no notó la llegada de su secretario, el cual habia entrado allí por una puerta secreta que comunicaba con aquella habitacion.

—Señor.

Exclamó, quedando parado junto á la mesa. El príncipe alzó la cabeza, y mirándole fijamente, le preguntó:

—¿Qué hay, amigo mio? Habla; á tí te ha ocurrido algo.

—Por desgracia no se equivoca V. A.

—Estás agitado.

—No es extraño; acaban de darme una noticia que me ha impresionado vivamente.

—¿Le acontece algo á Zeneida?

—No, señor.

—¿A mi padre?

—Tampoco.

—Pues entónces di lo que quieras.

—Ya sabe V. A. que diariamente hablo con un oficial de cada ministerio.

—Sí. No me gusta el medio, mas te lo he tolerado con objeto de que llegue á mi noticia cualquier equivocacion ó torpeza que pudiera cometerse por insignificante que fuera. Mi padre debe saberlo todo, y de esa manera se logra.

—Pues bien; acaba de decirme el del ministerio del Reino, que se ha recibido un parte telegráfico dando conocimiento de que en la costa de Occidente se han presentado multitud de hombres armados, que saquearon un pueblo, cometiendo á la vez toda clase de crímenes.

—Eso es efectivamente muy grave. ¿A qué número asciende, cuál es su calidad y qué se propone esa gente?

—Lo ignoro. Cuando yo salí hablaba el conde de Valleameno por el telégrafo con la autoridad más próxima al paraje que recorren esos bandidos, amotinados, ó lo que sean.

—¿Cuándo llegó el primer parte?

—No hace todavía una hora.

—¿Y sólo decia lo que has expuesto?

—Nada más; pero el conde ya habrá recibido pormenores sobre el atentado.

—Ante todo avisa que en el momento de presentarse Valleameno éntre en mi cámara sin pasar por la de mi padre. Espera luégo aquí, y entretenlo si viene miéntras yo hablo con S. M.

Y salió, dirigiéndose á la real cámara. Bricio daba audiencia en aquel momento, teniendo á su espalda á Arturo Mendo, el cual recibia las solicitudes ó tomaba nota de las pretensiones que elevaban al monarca. Llegó Florian en los momentos en que su padre escuchaba con suma atencion el relato de una pobre anciana que, bañado el rostro en lágrimas, le pedia un acto de justicia. Así es que el príncipe, sin ser visto ni oido por el monarca, preguntó al secretario:

—¿Quedan muchos, Arturo?

—Seis.

—Si mi padre acabase ántes de que yo regrese, entretenlo ó impide á la vez que lo vean otros que los presentados á la audiencia.

—Lo haré.

—Se trata de un acontecimiento grave y de funestas consecuencias.

—¿Lo ha sabido V. A. por Constantino?

—Sí.

—Como yo estoy sujeto hace algunas horas por esta interminable audiencia...

—¿Te has penetrado bien?..

—Descuide V. A., que me lo llevaré á la cámara inmedia-

ta en saliendo el último, y nádie más le verá. ¿Puedo saber?..

—Luégo. Adios.

Florian volvió á su despacho, hallando solo á Constantino, que le dijo:

—Pronto ha dado V. A. la vuelta.

—Sí; sal, espera la llegada del conde, y tráelo á mi presencia; de este modo se evitan torpezas ó equivocaciones.

Marchó Iglesia, regresando media hora después acompañado del conde. El príncipe paseaba por la cámara, cuando oyó la voz de Valleameno, que le preguntaba:

—¿Me llamaba V. A?

—Sí.

—Debo pasar inmediatamente á la estancia de S. M.

—No seas tan vivo, conde. Siéntate en ese sillon; yo en éste; tú, Constantino, puedes quedarte.

—Señor, acaba de ocurrir un atentado del que es indispensable dar cuenta inmediatamente á S. M. Si V. A. se digna acompañarme...

—¿Para enterarle de lo ocurrido en la costa occidental?

—¡Ya lo sabe V. A!

—Sí.

—Noto que hace algun tiempo todo lo que pasa en la isla llega á esta cámara instantáneamente y por conducto que me es completamente desconocido.

—Nada malo puede resultar de que sea cierto lo que expones, y no hallo, en consecuencia, motivo para tal extrañeza. Conque, entérame detalladamente del resultado que dió tu conversacion telegráfica, pues acaso sea muy conveniente que lo sepa yo ántes que mi padre.

—Obedezco á V. A. En la costa occidental, efectivamente, y en la falda de la extensa cordillera que sirve de valla al Océano, acaban de presentarse hombres armados, los cuales sorprendieron ya un pueblo, robando y cometiendo toda clase de abusos.

—¿A qué número ascienden?

—Son ochenta ó noventa próximamente.

—¿Cuándo se les ha visto por primera vez?

—A las dos de la madrugada.

—¿Quién los manda?

—Un montañés valiente y osado que se apellida Cambo.

—No sé quién es.

—Un fugado de presidio.

—¿Hombre político?

—Anteriormente no, señor.

—¿Qué se propone Cambo?

—Asolar cuanto halle á su paso.

—Bien, pero ¿á nombre de qué lo hace?

—No dice nada; pide y toma, permitiendo á los que le obedecen que se entreguen á sus feroces instintos.

—Entónces no ofrecen tanto cuidado, puesto que sólo se trata de una partida de bandoleros.

—Todos son descendientes de aquellos montañeses que jamás se sujetaron á los caciques ni al gobierno de rey alguno, y es muy de temer que el foragido Cambo engruese sus filas, y, conocedor del terreno, que sólo ellos pisan por lo agreste y difícil, nos dé mucho qué hacer, causando todos los dias víctimas que excitarán el sentimiento y pena en el bondadoso corazon de S. M.

—Se pone remedio inmediatamente. Conozco la historia de esos montañeses y selvícolas, su atroz bravura, su temerario arrojo, sus inclinaciones malévolas, y creo que acudiendo pronto bastará para todos ellos un solo hombre.

—Señor, ni cuatro batallones; el terreno donde se esconden es cási impracticable, y hallo imposible que la fuerza armada los atraiga al llano.

—Te he dicho y repito que basta un solo hombre, y éste seré yo.

—¡V. A!

—Que saldré inmediatamente, porque de lo contrario se me va á adelantar mi padre, y es preciso impedir que amenace peligro alguno á la preciosa vida de S. M.

—Pero yo debo evitar á todo trance que se exponga V. A., cuya existencia no importa ménos al país que la muy interesante de vuestro augusto padre.

—Dicen, conde, que los príncipes nos debemos á los pueblos; y para corroborar esta idea, iré acompañado únicamente de mi secretario; partiré ántes de dos horas, y pronto concluirá todo.

—Esos cafres nada respetan.

—Sí, Valleameno, una sola cosa: el valor.

—Señor...

—Conde, es indispensable destruir al momento ese foco de latrocinio y perversidad, y te mando que me ayudes, obedezcas y calles. Todavía llevo en mi dedo, mírale, este anillo con la barra de oro y culebra; aún no se lo dí á mi padre; ¿recuerdas lo que quiere decir en mi mano?

—Que me incline ante V. A. como único soberano; mas...

—¡Valleameno!

—Señor, callo y me dispongo á obedecer.

—Siéntate y espera.

El presidente lo hizo así, en tanto que el príncipe trazó seis párrafos en un papel; cuando hubo terminado, dijo á Iglesia:

—Toma; inmediatamente realiza cuanto mando en ese escrito. Marcha.

Y continuó redactando otro, que alargó al conde al terminar, diciéndole:

—Miéntras hablo con mi padre entérate de eso.

Y lo dejó solo, marchando á la cámara real.

Bricio acabó su audiencia, y en este instante hablaba con Mendo, encerrado en su despacho. El príncipe se presentó, y saludando á su padre, clavó en el secretario una mirada, que aquél hubo de comprender fácilmente.

—Señor,—dijo al rey,—tu hijo tiene hoy que pedirte una gracia, y espero se la concedas incondicionalmente.

—¿Qué podria yo negarte, Florian? Habla; el que tiene todo mi amor y es digno de él manda en mí.

—No es menor mi cariño; pero déjame que ántes bese tu

frente, te dé un abrazo, y ahora te diré que quiero abandonarte.

—¿A dónde vas, hijo?

—A la costa occidental, padre mio.

—¿Qué te propones?

—Recorrer ese país, foco un dia, en tiempo de los caciques, de vandálicas partidas, y donde todavía quedan hombres faltos de ilustracion, y tan ignorantes, que viven sin religion, patria y rey.

—Ya deben ser pocos, y con el tiempo...

—Señor, á este país le queda un sólo cáncer, está allí, y tu hijo ha contraido solemnemente el compromiso de extirparlo con el escalpelo de su inteligencia.

—Allí conviene mandar misioneros, y ya está dispuesto que vayan hombres de talento.

—Un príncipe puede ser á la vez sacerdote de su pueblo, y yo quiero esa honra que tanto puede enaltecerme.

—La auréola que ya orla tu frente es inmejorable.

—La idea que bulle en mi mente y apoya mi conciencia es hija de un deber sagrado.

—Terco en aquello que ménos me conviene.

—O que más te interesa.

—En estos áridos salones no hay más flor que tú, y al dejar de verla me quedo en un páramo desierto que me abruma y entristece.

—Otro beso y otro abrazo. ¡Qué bueno eres! Me tomo tres ó cuatro dias, seguro de que al volver tendrá tu rosa una hoja más con que agradar tu vista. Adios, padre mio.

—¿Es cosa del momento?

—Estuviste tan ocupado todo el dia con la audiencia...

—Espera á mañana.

—Tengo dispuesto el equipaje, dadas las órdenes, y marcharé ántes de una hora, señor, si tú me concedes la única gracia que he pedido al rey.

—Adios, hijo. ¿Quiénes te acompañan?

—Mi secretario nada más; voy de incógnito.

—Bien hecho; pero es preciso que Valleameno advierta á las autoridades...

—Ya lo sabe, y nada me faltará.

—Yo el último, Florian, hasta para tí.

—Siento que V. M. no sea el primero en saberlo todo; pero...

—¿Pero qué?

—Pero V. M. es el último.

—Antes no sucedia así, hijo mio.

—Es que ahora varía, señor.

—Ya lo sé; y si á quejarme fuera, hasta de mi lebrel Arturo tendria motivo de sobra; mas, en fin, si es condicion indispensable, cúmplase y... y hé aquí mis brazos.

El rey se puso en pié, estrechó á su hijo, estampando en su frente un ósculo tierno, cariñoso, que expresaba el mundo de amor que le inspiró siempre Florian.

—Adios, padre mio. Arturo, estrecha mi mano, y distrae á tu señor todo el tiempo que puedas; mi ausencia le va á entristecer.

Con lo cual quiso decirle y él comprendió: «Aíslalo para que nádie pueda enterarle hasta que yo esté muy léjos de lo que no me conviene que sepa.»

Partió, entrando en su cámara. Valleameno se levantó, preguntándole:

—¿Desiste V. A?

—No.

Después le refirió la escena habida entre él y su padre, añadiendo:

—Te marchas sin ver á S. M.; cumplimentas mis órdenes, y después que haya anochecido, vuelves y le enteras de todo, de todo.

—Me hará responsable...

—No; dices que yo te lo he mandado así, que te lo he impuesto como señor, como amigo, y nada temas.

—Su dolor, su pena serán para mí más amargas que las frases duras que pudiera dirigirme.

—Yo no tengo la culpa, conde, de que haya foragidos y de que sea indispensable su exterminio.

—Pero V. A...

—¡Ah, sortija, que un dia fuiste el emblema del poder y la grandeza, hoy rehuye tu influjo aquella lealtad acrisolada!..

—Basta, señor; me inclino ante ese anillo y obedezco.

—Acabó el príncipe; hé aquí el amigo; estréchame. Si no dudas de mi valor, de mi sangre fria ni del fuego con que mi mirada hace bajar todas las cabezas, levanta la tuya, y ten confianza en quien jamás fué vencido.

—Abrigo ya seguridad; el cielo vele por V. A.

—Adios, Valleameno; que Zeneida no sepa nada hasta que yo se lo diga.

Marchó el conde, y Florian se dejó caer sobre un sillon, demostrando tranquilidad y sosiego.

Algo más tarde entró Constantino, diciéndole:

—Partió mi padre, y nos espera el tren.

—Mi disfraz.

—A la puerta aguarda un ayuda de cámara.

—Que éntre, y vé tú á arreglarte; vuela.

Seguidamente dieron á la blanca y tersa piel de S. A. el color cobrizo que tenían por lo general los montañeses y selvícolas de la costa de occidente, en rostro, cuello y manos; después le fijaron patillas, y no tardó en llegar Constantino en idéntica forma que lo estaba él. Ambos se embozaron en finísimas capas de lana, y por una puerta excusada salieron de palacio.

Veinte minutos más tarde iban los dos en un tren especial, el cual corria con cuanta rapidez deseaba el príncipe.

A las dos horas y media llevaban andadas cerca de treinta leguas; la línea férrea habia concluido, y se hallaban en la costa occidental y á medio kilómetro de una ciudad de bastante importancia, llamada Bajelato.

Al descender Florian y Constantino, se les presentó un embozado, el que, sombrero en mano, preguntó al príncipe:

—¿Qué me ordena V. A?

—Inmediatamente,—le contestó aquél,—mandas cortar los hilos telegráficos.

—¿Qué más desea mi señor?

—Eso sólo.

—Pongo á disposicion de V. A. cuanto necesite y se digne pedirme.

—Si están preparados los caballos, nada más quiero.

—Fuera de la estacion los tiene del diestro un guia.

—¿Sabe quién soy?

—Lo ignora, señor.

—Pues obedece, y hasta mi regreso.

—El cielo guarde la preciosa vida de V. A.

Y miéntras el embozado se dirigia con vários hombres á inutilizar la línea telegráfica, nuestros viajeros montaron en dos potros, yendo precedidos de un hombre, á quien preguntó el príncipe:

—¿Conoces bien este país?

—Perfectamente.

—¿Es bueno el camino que conduce á Garay?

—Muy malo.

—¿Le anduviste muchas veces?

—Bastantes.

—Pues corre cuanto puedas.

Y siguieron caminando, unas veces al trote, otras á escape, y cuando no podian de otra manera, al paso, efecto de la aspereza y sinuosidad del terreno. Seguian por la falda de una cordillera de montañas que parecia no tener fin. Florian preguntó en el idioma que usaron los primitivos habitantes de aquella isla á Constantino:

—¿Enteraste bien á tu padre?

—Sí, señor,—le contestó el secretario sorprendido, y añadió:—¿tambien posee V. A. nuestra antigua lengua?

—Sí, y ya comprenderás que en la ocasion presente me era indispensable.

—Ignoro cuándo la ha aprendido.

—En mis ratos de ocio, Constantino; me gusta el estudio de idiomas, y encuentro facilidad al aprenderlos.

—Pero la práctica...

—Esa la he adquirido en el palacio de Zeneida; ella y todos sus criados hablan muy bien vuestro dialecto.

—Será á V. A. tan útil, cuanto que en el país donde estamos es con el único qûe puede hacerse entender, y en verdad que me ha sorprendido agradablemente al oírselo por primera vez.

—La noche empieza oscura y tempestuosa.

—Es muy comun entre las montañas que tenemos á la izquierda la lluvia.

—Y el viento.

—Verdad es; el último empieza ya, y temo mucho que V. A...

—Si principias temiendo, vas á acabar mal, Constantino; borra esa frase é imítame.

—¿Me permite V. A. que le pregunte quién era el embozado que salió á recibirnos y por qué causa mandó inutilizar la comunicacion telegráfica?

—Ese hombre se parece mucho á la primera autoridad civil de Bajelato; y dispuse interrumpir la via para que no puedan llegar los partes que mi padre mandará en el momento en que sepa todo lo que acontece.

—Compondrán al momento los hilos.

—De eso está encargado el mismo que los cortó, y tardará cuarenta y ocho horas.

—¿Le ofició Valleameno?

—Sí.

—Cortada la via, quedamos aislados.

—Eso deseo.

—Me asusta el valor de V. A.

—Lo mismo sucedió á todos mis enemigos, y es extraño que á tí te imponga tambien.

—Hieren el rostro las ráfagas de aire y el agua.

—La noche se presenta como yo deseaba.

Y cuando el terreno se lo permitia, hablaban siempre en el idioma primitivo, llamado há tiempo indígena.

Al viento reemplazó bien pronto un huracan mezclado con chubascos; iban completamente á oscuras, y el camino no podia ser peor.

A las dos horas de haber salido de Bajelato distinguieron unas luces, y á poco fueron detenidos por la voz de un embozado, que exclamó:

—Alto.

El guia se detuvo, y el incógnito avanzó hasta llegar á Florian y Constantino. Era D. Julian Iglesia, el cual añadió al incorporarse con los jóvenes:

—¡Qué noche! Temí por V. A...

—¿Tambien tú? Voy creyendo que padre é hijo sois un puro temor. ¿Está todo dispuesto?

—Sí, señor; pero...

—No admito reflexion alguna. Monta en el caballo del guia, dale lo que te parezca, que se marche, y continúa tú ocupando su puesto.

Poco después penetraron en una posada de Garay, y seguidamente en la habitacion que tenían preparada. Los tres iban empapados en agua. Constantino y el príncipe cambiaron de traje, no tanto por la humedad como por completar su disfraz, con sombrero, chaqueta y pantalon de grosera lana, idéntico á los que se usaban en el país en que habian entrado. Cuando estuvieron vestidos y provistos de un rewolver en cada bolsillo, se sentó el príncipe, preguntando á D. Julian:

—Comandante, ¿es este el pueblo asaltado por los bandidos?

—Sí, señor.

—¿Qué hicieron en él?

—Robaron, hiriendo á vários y cometiendo otros crímenes con el sexo débil.

—¿Cuántos eran?

—Más de ochenta.

—¿Engruesaron sus filas?

—Segun el último parte, pasan ya de ciento cincuenta.

—¿Se sabe dónde se hallan en este instante?

—Sí, señor; á tres cuartos de legua de aquí, en un pueblo de la montaña llamado Alaejo.

—¿Van bien armados?

—No, señor.

—¿Qué hacen?

—Supongo que descansan de las fatigas del dia y la noche anteriores.

—Constantino, ¿conoces el camino de Garay á Alaejo?

—Es un mal sendero sobre el monte con precipicios á derecha é izquierda.

—¿Lo anduviste?

—Sí, señor.

—Pues entónces partamos. Tú, Julian, quedas aquí esperando mis órdenes y preparando lo que tengo dispuesto.

—Señor, ¿con una noche tan oscura y tempestuosa?..

—¿Crees, por ventura, que hablas con una mujer? Cuando yo mando una cosa no admito como disculpa lo fatal de la temperatura, lo horrible de la tormenta ni el peligro que amenaza; y cuando obro doy el ejemplo sin que me detenga nada, ¿lo oyes? nada. El que supo ser hombre no puede ignorar el deber de príncipe. ¿Falta algo, Constantino?

—Nada, señor.

—Abraza á tu padre.

—Adios, hijo; prueba á S. A. que tu sangre ¡voto á!.. Perdonadme, señor, que no sé lo que he dicho. Tampoco á él ni á mí nos asusta nada, ¿lo oye V. A? nada.

—Ese es el lenguaje; estrecha mi mano. Adios, coronel. Ahora vas á ganar los tres galones.

Y salieron el príncipe y su secretario en direccion de Alaejo.

Al huracan habian reemplazado los truenos, precedidos de relámpagos y acompañados de una lluvia copiosa. De este modo iban los dos poco ménos que á tientas y con grande exposicion á rodar, ó por lo ménos de perderse entre el laberinto de árboles y montañas que tenían delante, en direccion de un pueblo al que era muy difícil llegasen en una noche como aquella.

—Avanza, Iglesia.

—No puedo, señor; entramos en el sendero, y el agua hace inútiles todos mis esfuerzos.

—Tengo prisa, y á este paso vamos á tardar dos horas.

—Lo primero es, en mi concepto, llegar con bien, lo cual dudo.

—Borra esa idea y adelante. ¿Vacilas? ¡Maldicion!

—Vamos subiendo, y esto no es agua, es un torrente.

—Cógete á mi brazo.

—Señor...

—Obedece. Ahora sigamos.

—Ignoro si hemos perdido el sendero.

—Toma direccion durante los relámpagos, y adelante. ¿Qué es eso?

—Una piedra impelida por el agua, que me ha lastimado.

—¿Puedes continuar?

—Sí, señor.

—¿Dices que hay precipicios por aquí?

—Algunos.

—Puesto que vamos despacio, sálvalos con la ayuda de la electricidad inflamada.

—De eso trato; pero áun cuando conozco bien el terreno, en noche como ésta de nada respondo.

—¡Cobarde!

—Al lado de V. A. no hay hombre valiente. ¡Cómo retumba el trueno entre estas montañas!

—¿No habias presenciado ninguna tormenta en medio de los montes?

—Muchas.

—Pues yo es la primera.

—¿Y no le impone á V. A. ese eco aterrador?

—No; en pos de la vida sólo está la muerte.

—¿Y Zeneida, y S. M?

—Tu conversacion es divertida esta noche, Constantino. ¡Maldito, voy tirando de tí como de un ciego!

—No es extraño; el agua azota mis ojos.

—Cálate más el sombrero; extiende el ala como yo he hecho.

—Necesito pararme; se halla tan enroscada y fuerte...

—Hazlo.

—Ya está; cójase V. A. á mí.

—Al contrario; despacha, que perdemos tiempo.

—Si no fuera más que eso... ¡Santa Bárbara! ¡vaya un trueno! parece que se abren los montes.

—Hé aquí un espectáculo grandioso, que yo no habia contemplado nunca: una tormenta entre elevadas montañas, las cuales parecen ayudar con sus ecos á que los bramidos del fenómeno que presenciamos sea infinitamente más terrible y espantoso. Tampoco sostuve jamás esta lucha con el agua y la aspereza del terreno.

—Pues áun cuando V. A. no hubiera sabido lo que era esto, nada perderia.

—Al contrario, gano mucho conociendo lo que ignoraba y pudiendo estudiar lo poco que vale el hombre. Mi Alteza serenísima es en este instante una débil planta con la que juegan el aire y la lluvia á su antojo; y la verdad es que en este momento me sostienen, más que mis fuerzas físicas, la voluntad y la entereza de mi alma.

—¡Ay!

—¿Qué es eso, Constantino?

—Resbalé y tales esfuerzos llevo hechos, que empiezo á

sentirme desfallecido. ¡Mirad, señor, un abismo á nuestros piés! Perdimos el sendero y nos salvó la luz de ese relámpago.

—¡Levanta del suelo!

—¡Qué trueno! ¡Juzgué que se abrian los montes y nos tragaba la tierra! ¿Qué nuevo ruido es ese?

—Un torrente de agua que se dirige hácia nosotros, y es lo peor que estamos en la vertiente. Dame tu mano. Valor, Iglesia, de lo contrario perecemos ántes de un minuto. ¡Ayuda!

—¿Dónde vamos?

—Hácia la izquierda, que he visto un árbol, único puerto que tenemos de salvacion.

—No daremos con él.

—La Providencia sea con nosotros. No te aturdas. ¡Maldito, corre!

—Me faltan las fuerzas.

—Sácalas de tu misma flaqueza.

—Me llega el agua á la cintura. ¡Con qué ímpetu viene! ¡Otro relámpago!

—¡Ahí está el árbol!

Y Florian, sin soltar la mano de Constantino, lo asió con la otra del cuello de la chaqueta, y lo arrastró dos varas, sufriendo á la vez el empuje de la corriente.

—¡Abrázate al árbol!—le dijo.—Arriba; yo te ayudo.

—Suba V. A. primero.

—No te detengas, que moriremos ámbos.

Y cogido el príncipe al tronco con la mano izquierda, empujó con la derecha á Iglesia, hasta que, agarrado aquél á una rama, pudo trepar á lo alto del castaño á que ámbos se habian asido. Ya allí, se sentó, y cobrando un poco de aliento, exclamó:

—¡Salvaos, señor! Si V. A. perece me arrojo á ese abismo que tenemos á pocos pasos.

—No temas por mí, que la gimnasia me ayuda en estos instantes, y ya trepo con más ligereza y facilidad que tú.

—¡Solo!

—Viene conmigo la Providencia. Sepárate más. En esta batalla perdí el sombrero.

—Hace tiempo que desapareció el mio. ¡Qué valor tiene V. A.; qué grande es durante el peligro y fuera de él!

—Sí, para adulaciones estoy yo.

—¡Otro nuevo ruido!

—¡Otro torrente!

—Se mueve el árbol.

—Consiste en que ya llega el agua á las primeras ramas; si tardamos un minuto morimos ahogados.

—¡Qué ímpetu lleva! Temo, señor, que arranque de cuajo este tronco.

—Imposible; es un castaño tan enorme como viejo, y podemos estar en él seguros. Sube un poco más, que llega el agua á mis piés.

—Parece esto el diluvio de Noé.

—Pero nosotros hallamos el arca, en la cual, Dios mediante, nos salvaremos.

—Tenemos debajo más de dos varas de agua.

—Cierto; pero pronto cederá.

—¿En qué se funda V. A?

—Ha cesado el ímpetu con que la arrojaban las nubes, y por lo mismo que nos encontramos en una pendiente grande no tardará en concluir el agua, la cual busca el descenso natural. Lo malo es que habrán quedado balsas, y si caemos en una de ellas somos perdidos.

—El sendero que llevábamos no ofrece ese peligro, toda vez que continúa elevándose sin ninguna interrupcion hasta llegar al pueblo.

—¿Está léjos de nosotros?

—Creo que muy cerca y á la izquierda. Ya me he tranquilizado, y si el agua desaparece, podré reconocerlo desde aquí.

—La oscuridad no me permite distinguir nada; pero el

ruido aminora por momentos, y eso me prueba que pronto nos será dable abandonar este árbol.

—Un relámpago.

—Sí, apénas corre ya agua bajo nuestros piés.

—¿Nos bajamos?

—Aún no.

—Se ha movido el castaño con el estampido del trueno.

—Tiemblan hasta los montes.

—Y yo, pero V. A. jamás se altera ni pierde un átomo de su serenidad é impavidez.

—Cesó por completo el aire. ¿Llevas fósforos?

—Sí, señor; pero supongo que estarán inservibles por la humedad.

—Descolguémonos, y que Dios sea con nosotros.

—No nos alejemos mucho de este árbol.

—Poco, la distancia que hay á Alaejo nada más.

—Si ántes no nos traga un abismo.

—¿Puedes bajar solo?

—¿Ya está V. A. en el suelo?

—Sí.

—¿Hay mucha agua?

—Ninguna, toda corrió al llano.

—Pues entónces allá voy.

—Prueba á encender un fósforo.

—Aquí está la caja, pero empapada en agua.

—Esperemos entónces el resplandor de un relámpago, que no ha de tardar.

—Lo llamó V. A. y ahí está.

—¿Vistes el sendero?

—Creo que lo tenemos á tres varas.

—Cierto; cógete á mi brazo. Adelante.

—El cielo nos ayude y proteja.

—¿Habrás roto el frasco que contenia líquido que tanto te recomendé?

—Veamos. Sigue entero y salvo; tambien van en buen es-

tado mis dos rewolvers, que metí en los bolsillos interiores de la chaqueta.

—Y los mios.

—Nuestras cabezas van al aire, y en verdad que el fresco de la noche se ceba en ellas.

—No conviene andar muy de prisa.

—Al contrario, señor; estamos en lo más suave de la pendiente, y recuerdo muy bien que dejamos atrás el peligro.

—Si estás seguro, aligera el paso; ese trueno nos prueba que la tormenta no ha concluido.

—Así lo creo; soltémonos, y corramos, que este terreno ya es bueno. ¿No lo ha visto V. A. á la luz de ese relámpago?

—Sí; camina cuanto quieras, que no me has de dejar atrás.

—¿Qué es eso, señor?

—Tropecé y caí.

—¿Se ha lastimado V. A?

—Me he herido una rodilla, pero no importa; continuemos.

—Veamos...

—No te detengas, que empieza á llover de nuevo.

Diez minutos más tarde vieron los dos una luz, y exclamaron á la vez:

—¡El pueblo!

—Llegamos,—dijo el príncipe,—bajo los mejores auspicios.

—Yo lo creo; no es posible que el enemigo imagine nuestra presencia, ni haya uno solo que nos juzgue capaces de atravesar esas pendientes en una noche como esta. Si hubiéramos traido una compañía de cazadores...

—Probablemente bastará con los dos por el pronto.

—Acabó la cuesta.

—Habla bajo, que ya hemos llegado. ¿Conoces ese edificio donde está la luz?

—Sí, señor; es un meson.

—Pues entremos en él, si es que nos abren.

—Por lo visto duermen tranquilamente todos esos foragidos, sin tomar precaucion alguna.

—En noche como esta no es extraño.

—Por eso en la milicia jamás se tiene en cuenta el mal tiempo para establecer vigilancia y evitar una sorpresa.

—Ahora no estamos entre soldados sino entre bandidos.

—Y tan feroces, que asustarán á V. A.

—Pase lo primero; lo segundo es difícil. Llama.

Y golpeó Iglesia en la puerta del meson, contestándole una voz desde adentro:

—¿Quién es?

—Abre.

Instantes después se hallaron frente al mesonero.

—¿Tienes lumbre?—le interrogó Florian.

—Sí.

—¿Y cena?

—No, que cuanto tenía os lo comísteis ya.

El príncipe comprendió que los tomaba por indivíduos de la partida, y le dijo:

—Cierra y síguenos.

Y entraron, reconociendo la parte baja del meson. Luégo junto al fuego comenzaron á secarse. El posadero se aproximó á ellos, y les preguntó:

—¿Qué quereis?

—El viento,—respondió el príncipe,—se llevó nuestros sombreros.

—¿A dónde íbais cuando todos vuestros compañeros estaban acostados?

—De caza.

—Ya; pues poco habreis hallado, porque esta mañana dejásteis el pueblo limpio.

—Todavía queda algo; y en prueba de ello, toma esos ocho duros y tráenos dos sombreros.

—¡Media onza! Pero...

—El tuyo y el de algun hijo ó pariente. Despacha.

—¿Es falsa?

—No.

—Vuelvo en seguida.

Y desapareció. Florian dijo á Constantino:

—No hallo mal encarado al mesonero, ni creo que esté de acuerdo con los foragidos.

—En el tiempo que yo permanecí en Alaejo no escuché noticia alguna contraria á la idea que ha formado de él V. A.

—Si es hombre de bien mucho habremos ganado. Por el pronto este fuego seca el agua en que veníamos empapados, y ya es algo.

—Podemos disponer además de veinticuatro tiros entre los dos, y ya es mucho.

—Sí, nuestros rewolvers pueden funcionar. Acércame una silla, y áun cuando al parecer nádie nos escucha, suprime el tratamiento, y siéntate á mi lado. Echa todo ese ramaje que tienes á la izquierda.

En este momento se presentó el posadero, llevando dos sombreros en la mano.

—Tomad,—dijo;—el uno está nuevo y el otro es mediano, pero no hay más.

—Buenos son,—le contestó Florian.

Y después de darle uno á Iglesia, añadió:

—¿Cómo te llamas?

—Roque; todo el mundo lo sabe.

—Coge una silla, y ponte á mi lado.

—Voy á dormir un poco...

—Antes te conviene ganar otra media onza. Obedece.

—¿De qué modo, como vosotros?

—¿No eres tú aficionado á lo ajeno?

—No; sólo cobro cariño á lo mio.

—Cuando se puede sin peligro alguno mejorar de suerte...

—Me enflaquece lo que no he ganado, y por lo mismo que maldigo el acto que cometísteis ayer en mi meson, me repugna imitaros.

—Si al amanecer se lo digo á Cambo lo vas á pasar muy mal.

—Ya me castigaron ayer sin delito, y miéntras esteis aquí, nada bueno espero de vosotros.

—Entiendo, Roque, que si tú pudieras dar fin de todos nosotros...

—¡Pero como no puedo!..

—Con qué intencion y coraje lo dices. Muy bien; acércate y ocupa una silla. Nosotros dos no somos facinerosos ni hemos visto jamás á Cambo.

—¿No me engañais?

—Salimos de Alaejo cuando empezaba la tormenta.

—Imposible.

—Roque, repara en estas dos pistolas de seis tiros cada una; esos ladrones no usan de tales armas.

—Las habreis robado.

—Eres terco como el más rudo montañés, y tan desconfiado como torpe. Fíjate bien en nosotros. Obsérvanos, hombre. ¿Nos parecemos á esos foragidos?

—Ahora hablas de otro modo, y tus movimientos... Me siento junto á tí, y te escucho.

—Roque, ese que está frente á nosotros es el alférez Iglesia, yo soy mucho más; pero ámbos venimos disfrazados y contamos contigo para una empresa que podrá hacer tu suerte si eres leal, ó te costará la vida si sucede lo contrario.

—¡Cada vez me va gustando más tu lenguaje; me junto á tí, y te participo que me convierto en orejas, que no soy cobarde, y que si yo pudiera acabar con los ciento cincuenta!.. ¿Quién eres?

—Un jefe principal del ejército.

—¿Dónde están tus soldados?

—Muy cerca de aquí. ¿Nos podrá oir algun canalla?..

—No; se emborracharon todos, y los pocos que hay en mi casa duermen.

—Roque, dime qué han hecho contigo Cambo y sus feroces secuaces.

—Se bebieron todo el vino; comieron cuanto tenía en mi

meson; se apoderaron de las camas, y para colmo de desgracias, mis dos hijas...

Y el mesonero dejó rodar por sus mejillas várias lágrimas, que deshizo con las yemas de los dedos, continuando:

—Mis hijas lloran amargamente en el pajar de mi casa, y yo no estoy al lado de ellas porque parten mi corazon sus ayes. ¿Ves este cuchillo? ¡pues lo he de hundir en el pecho de cuatro ó cinco!

—¿Por qué no lo has hecho ya?

—Porque hay quince en mi posada y están reunidos y encerrados.

—Guarda ese arma, que ya la usarás si es necesario.

—¿Quién eres? ¿Quién es V., señor?

—Te dije que ese caballero es el alférez Iglesia, elevado después á secretario de S. A. el príncipe Florian, gentil hombre de S. M. el rey. ¿No oiste referir lo mismo?

—Sí, señor; aquí estuvo ese oficial hace dos años, y después del cambio último, recuerdo que un arriero nos dijo lo que V. acaba de contar.

—Pues bien; yo soy su señor.

—¿Quién, su padre?

—No, hombre, su amo y señor.

—No entiendo.

—El príncipe Florian.

—¡No puede ser!

—Es natural la duda que abrigas, y estoy seguro que no hay una sola persona en este pueblo capaz de creerlo. Pensais la gente ruda que los príncipes somos de otra materia diferente, é incapaces de desafiar como vosotros el peligro, la furia de los elementos, y ahora os equivocais. Roque, tu príncipe llegó esta noche con agua á la cintura y por entre rayos y centellas que destrozaron los árboles de vuestra selva, segun verás mañana. Hizo más de lo que sois capaces vosotros; pero, Dios mediante, pronto sus fatigas y penalidades recibirán la recompensa que merecen. No eres tonto; me con-

fiaste todo el ódio y rencor que profesas á esos bandidos, vi claro tu deseo de venganza, y seguro de tí, te he dicho la verdad. ¡Ay de Roque si duda ó me vende!

—Señor, me asustan las palabras de V. A.; esa mirada es la de un poderoso; vengad á mis hijas, señor, y no me importa morir.

—No alces la voz, que el tigre está cerca, y es preciso sorprenderlo.

—Tigre es; pero bebió tanto vino, que se halla como el leon cuando siente la calentura.

—¿Crees ya en mis palabras?

—No me atrevo á dudar; venguemos á mis hijas, y nada más me importa.

—Pues vamos á vengarlas. ¿Dónde está el alcalde?

—En el otro mundo; fué asesinado en union de sus tres hijos.

—¿Se puede contar en este pueblo con muchos que piensen como tú?

—Ignoro si queda alguno; la mayor parte los alejó de aquí el miedo.

—¿En qué casa pára Cambo?

—En la que fué del pobre alcalde.

—¿Quiénes le acompañan?

—Vários de los suyos.

—¿Y el resto de la partida?

—Están esparcidos en los demás edificios del pueblo.

—Noté al entrar que no tiene centinelas ni vigías.

—La tormenta, que aún no ha terminado, les obligó á refugiarse en las primeras casas del pueblo, y, borrachos luégo, se habrán dormido.

—¡Temieron al huracan y al agua: pronto llorarán tan torpe cobardía! Dicen, Roque, que esos hombres son más fieros que los tigres de estas montañas.

—Y no mienten; lo que han hecho con nosotros no tiene parecido en el mundo. Venguémonos pronto. Cuando entrás-

teis los dos juzgué que érais de los de Cambo; pero bien pronto dudé; ahora me sucede lo contrario: creo firmemente que venís á salvarnos. No tardeis, señor; hacedlo por caridad.

—¿Les has oido dónde piensan ir mañana?

—Han corrido la voz por toda la costa, y se quedarán aquí esperando que se les reunan más de quinientos, con quienes, al parecer, cuentan.

—Es decir, todos los malvados de estas montañas.

—Eso es.

—Entónces es preciso que tengamos paciencia, y ya que he venido, libremos al país de toda esa canalla.

—Es que cuando sean setecientos, teniendo en cuenta su ferocidad, nádie podrá con ellos.

—Pues he de bastar yo solo.

—Señor, que os equivocais.

—Mañana te convencerás de lo contrario. ¿Queda todavía bastante vino en el pueblo?

—Poco será, fuera de la bodega del alcalde en la que hay de sobra para mil hombres.

—De esa sólo dispondrá Cambo.

—Mañana obsequiará á los que vengan con lo que tiene en ella.

—Perfectamente; ahora, Roque, durmamos. En cuanto amanezca, sales, recorre el pueblo, y sin decir una sola frase que tenga relacion conmigo ni con Iglesia, te pones de acuerdo con los pocos ó muchos que hayan quedado y profesen tus ideas respecto de los facinerosos. Luégo compras todas las cuerdas, sogas y cordeles que haya en la poblacion, escondiéndolas poco á poco en tu casa. Ahí tienes cien duros.

—¿Qué vamos á hacer?

—Mañana lo sabrás.

—¿Sois efectivamente un príncipe?

—Olvida cuanto te he dicho y ve en mí el vengador de tus hijas. Nada más me preguntes. ¿Te han dejado algun colchon?

—No, señor.

—Entónces dormiremos sentados cerca de la lumbre. Aproxímanos esa mesa; descansa tú tambien.

—¡Ay, dudo que el sueño llegue á este pobre padre! Hasta luégo.

Y se tendió sobre una manta no léjos de ellos.

Florian apoyó el brazo en la mesa, recostó la cabeza sobre aquél, y al poco tiempo se quedó profundamente dormido. Iglesia le miró entónces, y notando que era presa de tranquilo sueño, exclamó para sí:

—¡Qué hombre tan admirable! Entre los rayos, el huracan y el agua se elevó más que nunca. Cuando debia perecer víctima de un torrente horrible, espantoso, con fuerza hercúlea me arrastró hácia el árbol, y con impavidez indescriptible salvó su preciosa vida y la mia, que estaba más en peligro que la suya; luégo trepó con facilidad increible, y en aquellos críticos instantes vi el poder de la inteligencia apoyándose en la fuerza material como yo no imaginé. Se hirió más tarde una rodilla, su sangre bañó el monte, y no demostró molestia alguna. Y ahora, rodeado de asesinos, vibrando la guadaña sobre su hermosa cabeza, duerme tranquilo, teniendo por lecho una silla de soga y por almohada su brazo izquierdo. ¡Ah, príncipe Florian, cuán digno eres del puesto que ocupas! Me salvaste la vida, te pertenece, y te la consagro por completo. Yo, que me creí fuerte y poderoso, soy á tu lado el pigmeo que se avergüenza de su pequeñez. Duerme, señor; tu mastin velará tu sueño, dispuesto á clavar sus terribles colmillos en el desgraciado que ose amenazarte.

Y quedó contemplándole con admiracion, respeto y cariño.

Así permanecieron los tres desde la una hasta después de las cinco de la madrugada.

El posadero era el único que solia interrumpir el silencio que reinaba cerca del hogar, con roncos suspiros que daba despierto y áun dormido.

CAPITULO XLIII.

El ardid y la fuerza bruta.—Lucha terrible.—Doble embriaguez.—La hoguera y las cuerdas.—A Roma por todo.

Constantino dejó dormir al príncipe hasta que vió asomar por Oriente el primer crepúsculo matinal, en cuyo instante le dijo:

—Señor, empieza á amanecer.

—¡Qué sueño tan grato me has quitado!—le contestó Florian.—¿Qué hora es?

—Las seis ménos cuarto.

—¿Se levantan ya esos facinerosos?

—Todavía no, pero lo harán en breve, y es indispensable que arreglemos nuestro cútis, pues con el agua de anoche...

—Entiendo. ¿Has dormido mucho?

—Nada; debia velar por V. A., y cumplí con mi obligacion.

—Mal hecho; ya has visto que no nos amenaza peligro alguno. ¿Y el mesonero?

—Más que dormir el infeliz se mueve, suspira, y, víctima de terribles pesadillas, continúa tendido en el suelo...

—Despiértale.

Iglesia le obedeció, y ya en pié los tres, preguntó Roque:

—¿Qué hacemos? ¿Qué deseais de mí; cuándo veré teñida en sangre esta hoja?

—Silencio. Coge ese candil, y penetremos en una habitacion donde nádie nos vea.

—Venid por aquí; en este cuarto no nos pueden observar.

Y entraron en una salita pequeña, desmantelada y sola.

—Deja ahí esa luz, Roque; y, miéntras nosotros nos arreglamos, visita á tus hijas y vuelve.

—¡A mis hijas!

—Sí, nunca como ahora necesitan del apoyo y proteccion de su padre. Si hoy cumples como bueno yo las protegeré en lo sucesivo, y nada les faltará. Vé, y no tardes en regresar.

El mesonero obedeció, en tanto que Constantino sacó un pedazo de cosmético, dando con él en la epidermis del príncipe, y asegurando sus patillas, cuya operacion repitió Florian con Iglesia cuando éste hubo concluido. Después reconocieron los rewolvers y cuanto llevaba encima el último, hallándolo todo servible, no obstante el baño que sufrieron los amos durante la noche anterior.

La tempestad habia concluido; pero el cielo estaba cubierto por nubes que corrian de un lado para otro; la mañana empezaba fresca, y no tardó en comenzar á oirse el cúmulo de interjecciones y voces obscenas con que los feroces bandidos se saludaban. Roque entró en la habitacion del príncipe é Iglesia, diciendo al primero:

—Ya he cumplido vuestra órden.

—¿Cómo están tus hijas?

—Mal. ¡Ay! Las infelices lloran y se conduelen de los golpes que recibieron.

—Escóndelas, Roque.

—¿Dónde, señor?

—¿No tiene este meson cueva ni sitio alguno?..

—Hay sótano. ¿Creeis que volverán esos tigres?..

—Sí; miéntras alienten intentarán todo lo malo que tú imagines y algo más.

—¿Y si me preguntan por ellas?

—Dices que han muerto, y en su lugar nos presentas á nosotros que somos dos sobrinos tuyos, recien llegados... Tú sabrás el pueblo de donde hemos venido.

—De Bajelato, allí tengo familia.

—Eso es: de Bajelato.

—¿Cuándo, señor, tiño este puñal?

—No lo vuelvas á sacar sin mi permiso ni hagas nada contrario á mi voluntad, Roque. Ten en cuenta que una imprudencia tuya, torpeza ó equivocacion, puede echar abajo mi plan y causar miles de víctimas; yo estaba en el palacio real disfrutando de toda clase de comodidades; mandaba á mi antojo y me obedecian grandes y chicos, poderosos y pobres; ahora duermo sobre una silla; el agua y el huracan debieron dar fin de mi vida anoche; no comí nada en catorce horas, y callo, no me quejo y espero, único medio de que la fiera éntre en el cepo, y ya sujeta...

—Comprendo, señor, comprendo. ¿Conque cerca de aquí tenemos?..

—Todo lo necesario.

—¿Qué hago, señor?

—Abre tu meson, muéstrate indiferente á las ferocidades de esos bandidos, y poco á poco vas reuniendo á los que te se parezcan y abrigues absoluta confianza en ellos; luégo comprais las cuerdas: necesito muchas, muchas.

—No tendreis queja de mí.

—Vámonos, Iglesia. ¿Oyes á tus huéspedes?

—¡Malditos!..

—Silencio.

Constantino y el príncipe salieron un poco echados adelante é imitando admirablemente el papel que representaban. De este modo llegaron á la plaza.

Alaejo tenía ocho calles y la plaza que acabamos de citar;

estaba situado entre agrestes montañas, por lo que su piso era desigual y las pendientes muy empinadas y molestas. Los edificios tenían, sin excepcion, un solo piso, cási todos eran de piedra, negros, súcios y de mal aspecto. Sus mil doscientos habitantes vivian de la industria, dedicándose por lo comun á trabajar el esparto y el cáñamo en todas las aplicaciones que se da á ámbos productos. Habia además una fábrica de fundicion alimentada por tres minas de plomo, próximas al pueblo. Lo eligieron Cambo y sus secuaces como cuartel general ó punto de reunion por lo bien situado que se hallaba, toda vez que á su mucha elevacion reunia la circunstancia de estar resguardado por los montes y tener un solo camino de herradura, estrecho y lleno de dificultades en su ascenso y descenso. Desde Alaejo podian muy bien los facinerosos, en una retirada forzosa, ganar los montes vecinos y entre éstos y las selvas ocultarse, burlando con facilidad la persecucion y vigilancia del enemigo, por el conocimiento que tenían del terreno y las muchas guaridas que se encontraban en él.

El príncipe y Constantino llegaron á la plaza en los momentos que se reunian en ella vários afiliados y bastantes de los nuevos que venían con ánimo decidido de formar parte de aquella horda semisalvaje. No se detuvieron mucho tiempo allí: confundidos con la gente que iba y venía, abandonaron la plaza para recorrer todo el pueblo, sus entradas y salidas, alrededores y cuanto juzgó conveniente el príncipe.

Regresaron á las ocho de la mañana, hora en que habia en medio de la plaza más de trescientos hombres. Cambo estaba en medio de ellos animándolos y ofreciendo, con frases que no nos es posible trasladar, rico botin y campo abierto á sus instintos vandálicos y maldad sin límite.

El jefe bandido era alto, grueso, piel cobriza y tostada, facciones pronunciadas, y un tipo, en fin, tan feroz como repugnante. Se expresaba con facilidad; su voz era fuerte y sonora, y habia nacido indudablemente para dominar á hombres de su clase y condicion.

Los selvícolas y montañeses que le rodeaban, semisalvajes todos, lo aplaudian, mirándole como á oráculo, pues era el más valiente y osado de todos y el único que podia intentar sorpresas con éxito, huir con tiempo y llevar consigo la impunidad que tan necesaria les era.

El príncipe y Constantino, mezclados entre aquellos malhechores, tuvieron la paciencia de escuchar cuanto se le ocurrió decir á Cambo, estudiando de paso al fiero capitan. Cuando aquél concluyó la perorata y su gente comenzó á dispersarse, Florian é Iglesia se volvieron á la posada, llevando la seguridad de que durante aquel dia y la noche no saldrian de Alaejo los facinerosos, y esto era lo que ámbos deseaban.

Ya en el meson, dijo el príncipe á Roque:

—Hace tres horas que salí de aquí; ¿en qué las has ocupado?

—Cuento con veintidos mozos dispuestos á todo.

—¿Desean vengarse como tú?

—El que no perdió una hermana le robaron la novia.

—¿Qué más?

—Ya estarán cerca de la plaza y en sitio seguro las cuerdas suficientes para sujetar quinientos toros.

—Roque, llevamos diez y siete horas sin probar bocado.

—Están asando una gallina que pude conseguir con gran trabajo, mitad para vosotros, y el resto para mis hijas. Añadiré pan y vino. No hay más, señor.

—Basta con eso. Proporcióname tintero y papel, y ten dispuesto un mozo que sepa entrar y salir del pueblo sin ser visto ó sin infundir sospechas en los vigías de Cambo. Va á Garay, y le valdrá el buen desempeño de su comision doscientos duros. Abrevia.

—Entrad en ese cuarto que está vacío. Esto se va llenando de gente, y no conviene que permanezcais aquí.

Florian y Calatrava pasaron á una habitacion pequeña, en la que habia una sola mesa y un banco; se sentaron en el último, preguntando Constantino:

—¿Qué opina V. A?

—Como yo suponia, no hay concierto ni otro plan entre esa gente que el de robar lo suficiente para esparcirse luégo cada cual con el fruto de su rapiña. Terrible es la idea, y espanta más aún si se tienen en cuenta las ferocidades y crímenes que irán cometiendo al realizar su deseo, en el duro caso de que se les dejase en libertad de poderlo hacer.

—¿Cree V. A. que nos será fácil dominarlos pronto?

—Veremos; hoy les permito que intenten lo que quieran. Dijo Cambo que esta noche se habrán ya reunido á ellos todos sus cómplices y amigos, y desde ese momento en adelante comenzaremos á obrar, pereciendo en la demanda ó dejando á salvo el país de tan horrible piratería.

En este instante se presentó Roque con tintero y papel. El príncipe escribió una carta, que cerró con lacre que llevaba Iglesia, y se la dió al mesonero, diciéndole:

—Toma, que presenten eso inmediatamente á D. Julian Iglesia, residente en Garay; lo hallarán en el meson *Viejo*.

—¿Esperan contestacion?

—Sí; y advierte al portador que se coma los papeles que lleve ó traiga ántes de entregarlos á cualquier facineroso.

—Va por un camino corto, pero tan expuesto, que es posible se estrelle; mas ninguno de esos malvados le saldrá al encuentro, estoy seguro.

—¿Cuánto tardará?

—Si no lo entretienen en Garay, poco más de una hora.

—¿A quién mandas, Roque?

—Me valgo, señor, de un gato montés.

—Pues que vuele.

—Eso no lo sabe hacer, pero saltará como la pantera y correrá como el galgo.

—La gallina en cuanto parta.

—Vuelvo en seguida.

Salió Roque, regresando efectivamente á los quince minutos.

—Aquí hay,—dijo,—la mitad del ave expresada, pan, vino, y por extraordinario estas almendras.

—Agua.

—Véala V. A.

—Suprime el tratamiento. ¿Partió el gato montés?

—Yo lo creo; distingue ya la torre de Garay.

—Que te llaman, Roque. Buenos pulmones tiene esa gente.

—Por desgracia no se quedan mudos, ni mancos, ni cojos, ni...

—Vé, que te van á romper los muebles.

Y comenzaron á almorzar Iglesia y el príncipe. La media gallina no estaba mal asada y era grande; pero sólo contaban con un cuchillo, con las jarras donde venían el vino y el agua, con un plato para los dos, teniendo que usar de los dedos en cambio del tenedor, y que beber en una misma vasija. El príncipe sonrió, exclamando:

—Este servicio hace bueno á aquel que me ofreció en un principio mi patrona de la Plaza Mayor.

—Huele bien ese ave.

—Constantino, la Providencia se digna concedernos la gran cosa que yo le he pedido para este acto, es decir, apetito: con él no hay vianda mala ni vajilla despreciable.

—Qué dura está la gallina; parece antidiluviana.

—¡Qué locura! Está muy sabrosa, y yo la trituro con facilidad. Veamos el vino. Excelente; pruébale.

—Sí, de taberna y hecho este año.

—Qué delicado eres.

—En cambio V. A. está sublime.

—Con más gusto cómo esto que los quince manjares que diariamente nos sirven en Madrid.

—Este muslo para V. A.

—No acepto; cada uno su mitad, pues hay bastante para los dos. El almuerzo guarda armonía con nuestros trajes, papel que representamos, y más que todo con los trabajos sufridos durante la noche.

—Si es esta la recompensa á tantas fatigas, lucidos estamos.

—Iglesia, lo que padecimos anoche y lo que sufrimos hoy es la vida normal de miles de séres que estiman la suya como nosotros dos.

—¿Eso dice V. A?

—Eso digo yo; recuerda la existencia que arrastra el infeliz arriero, el pobre trabajador que para ganar el solo sustento del dia trabaja doce horas, y no olvides la cama, cena y goces que le aguardan al concluir. ¡Ah, esa idea me entristece de contínuo! Mi padre y yo mejoraremos la situacion del país, imperará la justicia, pero la condicion humana seguirá como hasta aquí. *Ganarás el sustento con el sudor de tu frente*, dijo Dios á Adan, y ese castigo pesará sobre el hombre hasta el fin del mundo.

—Pues si no tiene remedio, ¿á qué pensar en ello, señor? El rostro de V. A. se cubre con una capa de melancolía...

—Me duele que el jornalero riegue con el sudor la pared que construye, el campesino el terreno que labra, el artesano la madera que corta ó el objeto que fabrica; mas para evitar esto no tengo yo poder alguno; veré eso dia y noche, y las veinticuatro horas me inclinaré avergonzado de mi pequeñez, ruboroso al contemplar mi debilidad.

—Eso dice V. A. olvidando sin duda que esta isla era un abismo y se va convirtiendo en valle.

—Te repito, Constantino, que habré de mejorar la situacion del país, pero nunca la condicion humana. ¡Cómo ha de ser; inclinémonos ante la voluntad del Altísimo!

—Sí, y variemos de conversacion. ¿A esto llaman almendras?

—Algo rancias están, y tan duras como el ave que hubo en ese plato.

—Noto, sin embargo, que vamos á dar fin de todo.

—Hasta del vino y del agua; pero con nuestro banquete acabará el hambre por completo.

—¿Qué es eso?

—Un asalto que dan á aquella casa esos miserables.

—¡Pegan á una mujer!

—¡Y hieren al marido!

—¡Maldicion!..

—Señor, conténgase V. A., que no es un matrimonio lo que ha venido á salvar, sino la sociedad entera.

—Aquel tigre después de lastimarla quiere en medio de la calle... ¡Oh, no lo tolero!

—Deteneos, por Dios.

—¡Miserable, suelta á tu señor!

—Perdon...

En este instante se oyó un tiro y á la vez una bala del rewolver del príncipe atravesó las sienes del bandido que luchaba con la mujer de que ántes hablaban. Florian, que habia entornado la ventana, acabó de cerrarla, y alargando el arma á Constantino, le dijo con su natural sangre fria:

—Pon á esa pistola el tiro que le falta.

—¡Le ha muerto V. A!

—Sí, y ahora riñen; uno cree que le tiró su compañero; luchan entre sí. Já, já, já. Se matan; corren... Comprendo que el hecho va á resultar más grave de lo que yo juzgué.

—No abra V. A. la ventana.

—Soy yo el que mando, Iglesia; tú el que obedece. Cuida que no te lo vuelva á recordar. La pobre mujer se abraza á su marido y lo entra arrastrando. ¡Bravo! sus fuerzas se han multiplicado. Ya penetraron en la habitacion; cerró la puerta y por ahora están á salvo. El meson quedó solo; las voces aumentan; se oyen de léjos; hacen fuego; mi bala fué la tea de la discordia. ¿Oyes?

—Parece imposible que un corazon tan noble, un alma tan generosa goce escuchando los golpes que da la guadaña sobre las gargantas de séres humanos.

—Me crispo de alegría cuando oigo ó veo que el malvado sucumbe, que el cáncer de la sociedad recibe un lancetazo.

La justicia, Constantino, es hija de Dios, el crímen del diablo.

—Pero esas víctimas aman su vida, perecen ahora y van desde un infierno á otro.

—Iglesia, cuando yo no poseia nada me acerqué á casa de Zeneida pidiendo limosna; que hagan ellos lo mismo.

—Señor, era preciso darles vuestra grandeza de alma, vuestro talento.

—Mientes; bastaba con mi conciencia; y si ellos no hubieran embotado la suya, la tendrian como yo. Corren, gritan, el fuego continúa, juega el arma blanca y mueren, mueren. Con qué oportunidad quité un tiro á mi rewolver. ¿Está ya repuesto?

—Tome V. A. ¡Qué corazon tan duro y frio! En eso S. M. el rey...

—No delires; mi padre á mi edad pensaba como yo. ¿Oyes? Una descarga cerrada. Bueno sería que en vez de bandidos me llevara cadáveres.

—Parece que cesa el tumulto.

—Lo siento.

—Se oye una sola voz.

—¡Serán los malditos pulmones de Cambo!

—Si ahora tratan de averiguar el orígen y descubren que el tiro salió de aquí...

—¿Qué sucederá?

—Que sucumbiremos ante la fuerza bruta, que tendremos que luchar...

—¡Qué torpe eres, Constantino! ¿Hemos venido á cazar liebres? Son tigres, y yo conté con sus colmillos y garras. Creí que eras ménos cobarde.

—Estando al lado de V. A. y amenazándole un peligro cualquiera, tiemblo, me amilano y sufro lo indecible.

—Es decir que me hallo solo en Alaejo; me alegro; de este modo nádie me habrá ayudado.

—Amo tanto á V. A...

—Eso no impide el que seas valiente y me auxilies sin

temor. Si la Providencia me abandona, todo será inútil; pero si está conmigo, nádie me disputará el triunfo.

—Parece que han entrado en órden.

—Sí, ya no se oye nada.

—Haga el cielo que no traten de averiguar...

—Quiera Dios que triunfe la justicia, lo cual debe suceder, y lo demás no importa.

Poco después oyeron ruido de pasos y se abrió la puerta, apareciendo Roque, desencajado y trémulo.

—¿Qué ocurre?—le preguntó el príncipe con indiferencia.

—¿No habeis escuchado la funcion?

—Sí; pero fué muy corta y poco sangrienta.

—Ese maldito Cambo, que el cielo confunda, tuvo la culpa.

—¿Por qué?

—Se metió en medio y detuvo la pelea. Sólo me dió tiempo para despachar á dos de los siete que maltrataron á mis hijas.

—¿Conque tú tambien has tomado parte?

—Recordé, señor, la órden de V. A.; pero no pude contenerme.

—Habiendo lucha ya era diferente. ¿Conque á dos?

—Quedaron exánimes.

—Bravo; á mí me gustan los valientes.

—Ya se le conoce á V. A. en la cara.

—Cuéntame todo lo acontecido sin omitir detalle alguno.

—Con mucho gusto: en la acera de enfrente vive un fundidor, cuya mujer vino esta mañana de la fábrica con objeto de ver á su marido y marcharse inmediatamente; pero la vió un bandido, y corriendo la voz, llegaron más de veinte y comenzaron el asalto. Tiran la puerta, el marido sale y defiende á su mujer, le hieren, se abalanzan á ella; pero en el mismo instante uno de los que estaban detrás mata de un tiro al que la tenía abrazada.

—¿Qué?

—Lo dicho.

—¿Cree todo el mundo eso?

—Sí, señor.

—¿Dónde estabas tú, Roque?

—A la puerta de mi casa; cási en medio de la contienda.

—¡Ya! Continúa.

—El muerto tenía dos hermanos, los cuales acometen en el acto al que creian que era el asesino; éste se defiende, y no tarda en ser auxiliado por la mayoría; corren los otros en busca de amigos; los hallan en la plaza; se traba la lucha, y durante ella, yo, que los habia seguido como la pantera, caigo sobre dos de los que deshonraron á mis hijas, y en un segundo los mando con Satanás.

—¿Y luégo?

—La pelea era en la plaza; salió Cambo seguido de treinta ó cuarenta, se metió en medio, y puso término á la funcion más divertida que han presenciado los hombres.

—¿Cuántos cayeron?

—Ocho muertos; los dos mios además, y diez y nueve heridos.

—Eso no vale nada.

—Lo mismo digo yo.

—Roque, vé á casa del fundidor, y aconséjales que se trasladen á otra parte; su mujer se halla muy en peligro.

—Dos vecinos saltaron al corral, se llevaron al herido, y su esposa está oculta donde no darán con ella probablemente. Los hombres de que yo dispongo aquí se encargaron de arreglar ese negocio.

—Y Cambo, ¿qué hace ahora?

—Lo dejé hablando á los suyos y poniéndolos en órden.

—Me conviene que averigües si tiene alguna consecuencia más el atentado ese.

—Creo que no; pero voy á complacer á V. A.

—¿Te habrán conocido en los momentos de la lucha?

—No, señor; jamás vi mayor desórden, y yo hice lo que la pantera: dí el salto con toda seguridad. Hasta luégo.

Salió el mesonero, quedando el príncipe en actitud de meditar. Iglesia le dijo:

—No ha sido poca suerte el modo con que, al parecer, se ha desenlazado ese acontecimiento.

—Noto que bostezas y que tu mirada languidece por momentos. Duerme sobre esa mesa como yo anoche.

—Lo haré más tarde...

—Ahora.

—Pero, señor...

—Te lo mando, y desearé que en lo sucesivo no me obligues á que repita las órdenes que te doy.

—Obedezco, y áun cuando la postura no es muy cómoda, estoy seguro que pronto se apoderará de mí un sueño tranquilo.

Quince minutos después dormia Constantino, en tanto que Florian observaba por la pequeña abertura que dejó entre los dos maderos de la ventana.

—Nada escucho,—se dijo.—Cambo logró apagar la tea de la discordia que yo prendí.

—Señor,—exclamó Roque, llegando.

—¿Qué hay?

—Nada en el pueblo; curaron á los heridos, se llevaron los muertos y Cambo predica el tercer sermon.

—¿Siguen reunidos?

—Todos están en la plaza, y lo peor es que continúan llegando. Es ya Alaejo el punto de reunion de todos los malvados de la costa. Le participo que ha regresado el emisario.

—¿Qué trae?

—Entregó la carta á quien iba dirigida, y después de mil preguntas y respuestas, advertencias, recomendaciones y amenazas, le entregaron este paquete, encargándole que se lo diera al mismo de quien recibió el billete. Mucho abulta.

—Sal, cierra la puerta y esperad los dos cerca de aquí.

Florian abrió un despacho que le mandaba Don Julian Iglesia, el cual contenia una carta del mismo, participándole que ya estaban cumplimentadas todas sus órdenes y él en dis-

posicion de acudir en su auxilio al primer aviso que recibiera. Luégo le demostraba su temor y sobresalto durante la noche, la terrible incertidumbre en que se hallaba y su deseo de que le permitiera batir y exterminar á los facinerosos con un batallon del ejército.

Unido á este escrito venía un largo despacho del conde de Valleameno: el presidente del Consejo decia al príncipe que al ir á enterar á S. M. de los acontecimientos de Alaejo y Garay lo encontró tan triste y pesaroso por la ausencia de su hijo, que no se atrevió á participarle nada, temiendo con sobrada razon que el rey fuese en persona á buscarle, seguido de fuerzas numerosas. Después deploraba los males que en su concepto iba á proporcionar al gobierno la desaparicion del príncipe y cualquier contrariedad que éste experimentase por pequeña que fuera. Le rogaba que regresase al momento y que permitiera operar al regimiento que mandaba en aquel instante en direccion de Garay. Con él, añadia, van hombres enérgicos, valientes, conocedores del terreno y muy capaces de exterminar á Cambo y secuaces.

Florian movió la cabeza con disgusto, estrujó los papeles que tenía en la mano, y llamando á Roque, le dijo:

—Tráeme lo necesario para escribir otra carta. Vuela.

Cuando aquél le hubo dado lo que pedia, añadió:

—Ahora quiero luz y un pedazo de lacre que lleva Iglesia en el bolsillo izquierdo de la chaqueta. Sácalo sin despertarle.

Miéntras Roque le obedecia escribió las siguientes líneas:

«Iglesia: Mando que se retiren las tropas que van hácia »ese punto, y prohibo al conde de Valleameno, á tí y á cuan»tos espereis mis órdenes que se haga nada contrario á lo que »yo he dispuesto. El que contraviniese será mi enemigo ín»terin yo viva, recibiendo el castigo que merece el traidor.= »*Florian.*»

En el acto cerró este escrito, diciendo al mesonero:

—Que vuelva ese hombre á Garay y entregue esta carta al mismo á quien dió la otra, regresando sin aguardar contes-

tacion. No tardes. Al emisario dile que es indispensable correr mucho, cuanto pueda.

—¿Se acerca el momento?

—Sí.

—Pues participo á V. A. que he hecho venir á vários de los que abandonaron el pueblo, y tengo ya en él más de cuarenta mozos, fuertes como el roble, duros de cascos como yo, y tan decididos y tercos, que no se acostarán miéntras quede un malvado.

—¿Qué les has dicho, Roque?

—Que hay á la orillita del pueblo un señor muy poderoso y valiente, que en breve acabará con Cambo y los suyos.

—¿Ocultaste mi nombre?

—Por supuesto.

—¿Te creyeron?

—Sí, señor, y entusiasmó á algunos de ellos el haber oido decir á la mujer del fundidor, que la bala orígen de la contienda salió por esa ventana.

—Puede que no se haya equivocado.

—¡Qué bien dirigida; qué oportuna! ¡No miente la fama de V. A! ¡Qué!..

—Cumple mi encargo, y cuenta que no me gustan las adulaciones. Marcha.

Partió el posadero, y Florian quedó entretenido en romper la carta y despacho que acababa de recibir, convirtiéndolos en partículas tan diminutas, que era imposible leer una sola frase; luégo las hizo una pelota, la cual arrojó por la ventana que tenía á la espalda.

Más tarde penetró el mesonero bastante agitado y como receloso.

—¿Qué ocurre, Roque?

Le preguntó el príncipe, notando el estado en que se hallaba.

—El emisario partió; busqué luégo algo que dar de comer á V. A., y al regresar me encontré con vários de los que to-

maron parte en la contienda esta mañana, uno de los cuales me dijo:—Todos nosotros te vimos hoy atacar á nuestros enemigos, y la verdad es que te has portado como un hombre, Roque; por esa razon contamos contigo para esta noche.—¿Qué va á suceder, le pregunté. —Cuando todos duerman, contestó, ellos y nosotros nos iremos á la selva, y allí... ya me entiendes. Se prohibe el arma de fuego; largos cuchillos, y hasta que acabemos con los diez y siete que aún quedan no hemos de parar.—Entiendo, repliqué; ¿dónde nos vemos y á qué hora?—A la salida del pueblo á las nueve; pero no sería malo que te reunieras con nosotros desde este instante. Si te han conocido, como creemos, es posible que al menor descuido... Y sería lástima, porque tu cuchillo es bueno, muy bueno.—Continuamos hablando, y convinimos por último en que ellos se vendrian á mi meson; ya han llegado doce, y en breve vendrán los pocos que faltan. ¿Qué le parece á V. A?

—Que la nueva pelea no puede verificarse.

—¿Quién lo va á impedir?

—Yo; pero eso no es del caso; bien está contigo esa gente, toda vez que podrán librarte de una emboscada probable, si, como éstos suponen, aquellos te reconocieron. Oye bien mis palabras, y concrétate á lo siguiente: ántes de anochecer se oirá la bocina de Cambo, á cuyos sonidos se reunirán en la plaza todos sus secuaces; desde este momento en adelante procura que tu gente se halle próxima al meson para que á una voz tuya acudan sin tardanza. Nada más tengo que encargarte.

—¿Está cerca el instante en que lleguen los nuestros?

—Sí; primero, sin embargo, trabajareis mucho vosotros solos.

—Eso deseamos.

—¿Qué hora es?

—Las tres de la tarde.

—¿Qué comida tenemos?

—Un poco de carne asada, pan y vino.

—Cuando puedas éntralo.

Salió el mesonero, y el príncipe quedó contemplando el sueño tranquilo de Iglesia; luégo le despertó, diciéndole:

—Has dormido cerca de cuatro horas, y basta por hoy.

Constantino levantó la cabeza, contestando:

—Gracias por la tolerancia de V. A.; descansé lo suficiente, y me hallo dispuesto á seguirle donde quiera.

—No tardaremos en hacer la última comida en este pueblo; luégo visitaré á Cambo, y en la próxima noche dejaremos de existir ó todo habrá concluido.

Y continuaron hablando un cuarto de hora, que tardó el posadero en llevarles el trozo de carne, pan y vino que les habia ofrecido. Roque se iba á marchar, pero el príncipe le detuvo, diciendo:

—A la derecha de este pueblo se eleva el monte hasta el punto de dominarse cuanto hay alrededor, incluso Garay. ¿Es cierto?

—Sí, señor.

—Haz que pongan en el sitio más alto de ese paraje la leña suficiente para que en el momento que yo lo mande, se le prenda fuego y aparezca una hoguera grande y permanente por una hora lo ménos.

—¡Una señal!

—Es posible. En acabando de comer saldremos; tú te quedas, y que no esté léjos la gente, segun te encargué ántes. Adios. Veamos, Iglesia, si nuestro paladar permite la entrada á ese pan negro, carne mal asada y... La encuentro sabrosa. No hay buen apetito que encuentre insípida la peor vianda.

—Poca gana tengo.

—A mí me sucede lo contrario; se acerca el instante de la batida, y mi materia acoge con entusiasmo este refuerzo que ha de serle útil y conveniente.

—V. A. es admirable como príncipe y como hombre.

—El momento es á propósito para adulaciones. ¿No comes?

—Sí, señor; me estimula V. A., y es indispensable que yo le imite en todo.

Ambos dieron fin de cuanto les llevó el mesonero; después se pusieron en pié, saliendo de la posada por entre vários de los facinerosos, los cuales hablaban con Roque del desafío pendiente. El príncipe y Constantino saludaron á su supuesto tio, dirigiéndose luégo á la plaza. Por el camino vieron á algunos cometiendo toda clase de desmanes, sin que esto fuera motivo para que ellos se detuvieran.

Ignoraban dónde vivia Cambo; pero bien pronto se lo hicieron notar los grupos que habia á la puerta de una casa, la mejor del pueblo; entraron en ella, viendo poco después al famoso bandido que hablaba á algunos de los suyos de una manera descompuesta y con frases propias de hombre tan rudo y feroz. Florian se acercó al oido de Iglesia, le dió dos órdenes, y avanzó solo hasta colocarse al lado de Cambo. En un momento que aquél dejó de hacer uso de la palabra, le preguntó:

—¿Puedes oirme?

El foragido le miró con extrañeza, interrogándole á su vez:

—¿Quién eres? Yo no te conozco.

—Un sobrino de Roque el mesonero.

—Si deseas unirte á nosotros, concedido; entra ahí y te apuntarán.

—Antes quiero que hablemos sin testigos.

—Ahora estoy ocupado.

—Tengo que darte dos noticias importantes.

—Te digo que luégo.

—Si tardas no habrá tiempo para remediar el mal que nos amenaza.

—¡Qué pesado eres! Sepárate á un lado conmigo y di lo que quieras.

—No; donde estemos solos.

Cambo volvió á mirarlo desde la frente á los piés, movió la cabeza con disgusto, concluyendo por contestarle:

—Sígueme. Vosotros esperad.

Y entró con el príncipe en un cuarto oscuro y pequeño.

—Habla,—exclamó.

—Sentémonos.

Añadió Florian con su innata sangre fria, cogiendo una silla que alargó al facineroso y otra que él ocupó.

—¿Qué te propones? Ya me vas cansando, y si me traes aquí para una tontería vas á salir por esa ventana.

—Acércate más; esta noche se va á repetir la funcion de por la mañana y morirán una parte de los que te obedecen.

—¡Mientes!

—Mi tio es uno de los que están dispuestos á la pelea; aguardan sólo la hora en que estés dormido; oí parte de la conversacion, y lo que yo digo lo pruebo con hechos y con un puñal tan bueno como ese que tú llevas.

—Muchacho, ¿estás en tu juicio? Ninguno se atrevió á decirme eso.

—Porque te temen; pero yo soy tan valiente como tú.

—¿Qué?..

—Lo dicho.

—Me miras de un modo...

—Te dije la verdad. Ahora resta darte aún otra noticia más importante; y si eres un buen capitan me oirás con gusto; de lo contrario no me llames embustero ni me insultes, porque yo no he tolerado á nádie palabras que jamás dirige un valiente á otro.

—Me agrada tu lenguaje y esa altanería que te distingue de los cobardes. Habla, muchacho, que necesito un teniente, y si tú eres lo que demuestras, acaso nos entendamos.

—Te repito que ódio la mentira del mismo modo que mato al que me ofende.

—Así me gustan á mí los hombres: yo hago siempre lo mismo.

—Por eso estoy encerrado contigo. El embustero y el cobarde me dan náuseas.

—¿Me seguirás con ese alma que demuestras tener?

—A tal pregunta nunca contesto con palabras sino con hechos.

—¿Llegarás donde yo?

—Si te empeñas iré delante.

—Por Satanás que no hablé con hombre más entero; tus ojos despiden lumbre como los mios, y entre los dos podemos formar un infierno donde se abrase el mundo.

—Hasta ahora basté yo sólo para eso; pero si nos unimos...

—Con tal que yo sea el capitan...

—Siempre que me dés la plaza de teniente...

—Aprieta mi mano. Delgada es la tuya, pero forzuda y... Me agrada tu temple. Ya no me pesa haber venido aquí. ¿Qué otra noticia me ibas á dar?

—Te decia que en cuanto todos durmamos saldrán más de treinta del pueblo, y puñal en mano, se acometerán como esta mañana. Todos ellos tienen parientes y amigos; la pelea continuará, y el resultado es que acabaremos por morir unos contra otros. Para evitar esa desgracia tengo ya el remedio, y éste será el primer servicio que preste para optar á mi plaza de teniente.

—Con otro igual tienes bastante.

—Entónces lo seré; allá va el segundo, tan importante ó más que el primero.

—Venga.

—Ayer estuve en Garay, y como ya habia concebido el pensamiento de buscarte y de que nos entendiéramos, quise traer un obsequio que me abriera las puertas de tu casa, y me hiciese un lugar cerca de tí.

—Buena idea. ¿Lo lograste?

—Tú lo vas á decir. Ya supondrás que al saber las autoridades de la isla que la gente brava de la costa se armaba y disponia á formar un ejército, tendrian necesariamente que hacer algo para proporcionarse el placer de darnos á todos garrote.

—Claro es; pero con las economías y sandeces del nuevo

gobierno han dejado todo este país sin tropas, y nosotros somos ya quinientos doce, contando contigo.

—Y con mi hermano.

—Entónces quinientos trece. No hay un cobarde; estamos dispuestos á todo, y ántes de poco lo que sobra en los pueblos del llano se habrá trasladado á nuestros montes. Vale más ganarlo así, que labrando en el campo ó trabajando en la ciudad.

—Eso se conseguiria fácilmente si pudiéramos dar un golpe de mano que aterrase á nuestros enemigos.

—Si hay medio que ofrezca éxito...

—Te lo traigo, y como tú quieras...

—Habla, hombre, que yo deseo una cosa así con toda mi alma.

—He averiguado que se están reuniendo en Bajelato ochocientos hombres, los cuales entrarán mañana por la noche en Garay. Cambo, existe un cortado en la sierra que han de atravesar, y si nosotros nos situamos bien, damos fin de ellos en media hora.

—Lo conozco y me gusta la idea.

—Lograda la victoria te sobrarán armas y dinero para hacer invencibles estas montañas.

—Muchos son, pero sorprendiéndolos en el cortado, uno de nosotros puede más que diez de ellos. ¿Estás seguro de la noticia?

—Respondo de ella con mi cabeza.

—¿A quién se la oiste?

—Al comandante Iglesia que los ha de mandar.

—¿Tan cerca estabas de él?

—En su misma casa.

—¿A qué hora cruzarán por la sierra?

—Al anochecer.

—Entónces no dejamos uno.

—La empresa no es ni áun difícil.

—Teniente, mañana nos veremos en el cortado.

—No me quedaré detrás.

—Eso lo adivino yo.

—Antes, sin embargo, y para el logro de nuestros deseos, es preciso mucha union en nosotros y que todos vayamos hácia el mismo fin. Al efecto conviene que obliguemos á hacer las paces á los que piensan pelearse esta noche.

—¿Sabes ya el medio de cortar eso?

—He meditado mucho, y creo que dí con él.

—Tú discurres bien; dímelo.

—Cuando concluyamos nosotros dos, sales á la plaza y tocas tu bocina, procurando que se reunan todos; rodeado de ellos, les anuncias un acontecimiento próximo que les proporcionará el botin más rico que vieron los hombres. Sin enterarles de nuestro pensamiento, les hablas del mucho oro que vamos á coger, del buen armamento, repuesto de pertrechos y víveres y de la posibilidad de quedar dueños absolutos de estas montañas, sin que haya en los llanos nádie capaz de disputarnos nuestro poder. Les ofreces mujeres hermosas, espléndidos palacios que asaltarán cuando quieran; manjares exquisitos y cuanto anhelen, si, unidos y valientes, siguen á su capitan y á un valeroso teniente que les presentarás mañana, terminado el gran acontecimiento que preparas. Luégo que los hayas entusiasmado y sean tuyos sus corazones me das una voz, y entre mi hermano y yo sacaremos los jarros de vino suficientes para que beban todos cuanto quieran en celebridad del triunfo que les espera. Será bueno que llames á los desafiados, que éstos se dén las manos y que el vino ahogue sus rencillas y disputas. ¿Qué te parece?

—Era lo que á mí me hacía falta: un hombre como tú que me ayudara, porque el cargo que yo tengo es muy difícil. ¿No querrás nunca sobreponerte á mí?

—Jamás; tu plaza de capitan acabará contigo.

—¿Me lo juras?

—Sí.

—Otro apreton de manos. ¡Qué influencia ejerces sobre mí; tú no te pareces á los demás hombres!

—¡Hé aquí mi diestra!

—Ya se conoce que tú eres del llano, en lo suave que la tienes; los de la montaña la presentamos igual á nuestras rocas en lo dura y fuerte.

—Cuando haya necesidad de ejercitarla veremos cuál es mejor.

—No dudo de la tuya. Esta tarde, miéntras ellos beben, nosotros dos á la cabeza brindaremos tambien por las preciosas mujeres que nos hemos de repartir, los tesoros que vendrán á nuestro poder, y los corazones que han de traspasar nuestros puñales. Esa humanidad débil y raquítica de las grandes poblaciones, esa gente ociosa que vive entregada al goce y á la molicie, esos altos señores que caminan muellemente reclinados en sus coches, todos ellos temblarán ántes de poco al escuchar nuestro solo nombre. Nosotros no nos parecemos en nada á los afiliados en esa sociedad del llano; por esa razon los ódio y aborrezco; hasta ahora les sobró de todo y nos faltó á nosotros; desde hoy en adelante serán sus palacios, jardines, templos, lujo y esplendidez rico botin que servirá de pasto á los hijos de la selva y de la montaña; sus campos se cubrirán de sangre, charca horrible que asombrará á las generaciones venideras; y quién sabe si andando el tiempo y con tu ayuda echaré yo de esta isla á ese intruso que se apoderó del alcázar de los Kousous; á ese Bricio, cuyo hijo, un poco más valiente que vários de mis paisanos, impuso y dominó sin valer lo que nosotros.

—¡Puede que algun dia te encuentres frente á frente de él, y entónces!..

—Entónces lo sujetaré de la garganta con mi mano, y sobre un árbol, el monte á la superficie del globo, lo estrellaré para pisotearlo luégo y que me sirva de alfombra al sentarme en el dorado sillon que él robó para su padre.

—Yo te proporcionaré ese placer.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

—¡Ah, si yo pudiera llegar á ese puesto! Siento una cosa en mí que no me es dado explicar.

—Yo te lo diré: tienes talento natural, y el poder del infierno que parece impulsarte te presta su fuego é inspira cuanto haces.

—Es cierto; nos vamos entendiendo admirablemente. Mira, el sol camina á su ocaso; salgamos, y por última vez asistiremos á un festin en medio de la calle; pronto será en los palacios.

—Cambo, habla á los tuyos, y evita la contienda entre ellos; préstales tu bélico entusiasmo para el combate de mañana; pero tú y yo no debemos probar el vino; cuando ellos, hartos de aplaudir y de beber, caigan embriagados é impotentes, entónces nosotros dos nos entenderemos aquí. El general no pierde nunca su cabeza; si la razon lo eleva, debe procurar que jamás se adormezca, para evitar que el pedestal donde se apoya no venga al suelo á impulso de un brazo atrevido ó de un huracan levantado de pronto.

—Qué ideas tan nuevas y magníficas te oigo.

—Di, rudo montañés, ¿sería tu alma capaz del bien como lo es hoy del mal?

—Eso no; mi goce está en la destruccion de cuanto existe, en las fuentes que abre mi cuchillo, en la sangre que emanan y en el lago que componen.

—Vamos, que ya has pronunciado tu sentencia.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo te proporcionaré un arroyo de sangre humana para que rias y goces viéndola correr del alto á la sima.

—Salgamos de este modo, y pronto verás cómo esas panteras se humillan ante los dos leones que ya unen sus fuerzas para domeñarlas.

Y se dirigieron al portal, llevando Cambo abrazado al príncipe Florian.

Pasaron por medio de los bandidos que estaban en el zaguan como reyes altivos y desdeñosos; luégo cogió el feroz capitan la bocina que llevaba pendiente de un cordon, y pron-

to vibraron sus sonidos, repitiendo el eco los montes y la selva. Sus secuaces se pusieron en pié; los habitantes de Alaejo se estremecieron; el aire trasmitió doquier la órden del facineroso, y pronto comenzó á llenarse de malvados la ancha plaza del pueblo.

Cambo repitió el toque; tornó á llevar la bocina por tercera vez á sus labios, y al poco tiempo acudieron hasta los vigías y centinelas más distantes.

Cuando pudieron oirle todos los que le obedecian, dominando con su estatura y ronca voz, empezó á hablar del desafío pendiente, condenando el hecho y maldiciendo á los que así le desobedecian. Más tarde les amenazó con la muerte, yendo poco á poco á parar al ancho campo de las ilusiones que Florian le pintó con colores tan vivos. Hubo momentos en que parecia rota la corteza de su entendimiento, y estuvo tan feliz, que logró entusiasmar á su salvaje auditorio; les pintó batallas y triunfos, asaltos y conquistas, festines y goces sobre lagos de sangre humana, y no hubo uno que dejara de aplaudirle con loco frenesí. Cuando le faltaba alguna frase, concepto ó idea, se las apuntaba Florian, que estaba á su lado, y sin vacilar consiguió que se estrechasen á su presencia, y que todos jurasen seguirle como ovejas en lo sumisas, como leopardos en lo valientes al combate, á la pelea, á los palacios de los ricos y al festin de los poderosos.

Al terminar se hablaron al oido él y el príncipe, y pronto desapareció el último seguido de Constantino y diez bandidos. Miéntras los últimos sacaban al medio de la plaza las mesas que habia dentro de la casa, los primeros llenaron de vino todos los jarros que hallaron, echándoles algunas gotas de un líquido que llevaba Iglesia. Esta operacion la realizaba el príncipe sin que ningun bandido se apercibiera y con su natural sangre fria.

Cambo volvió á hablarles ínterin ellos bebian, y tan obsequiosos estuvieron Calatrava é Iglesia, que echaron á la plaza los diez montañeses que les ayudaban, bastando el uno de

ellos para preparar los jarros de vino y el otro para llevarlos y regresar con los vacíos.

El príncipe les estuvo mandando de aquel líquido compuesto, miéntras tuvo en su frasco algo que echar en el vino; cuando aquél estaba vacío, lo arrojó al suelo, exclamando:

—Basta ya; les mandé lo suficiente para enervar las fuerzas de un ejército.

—Más jarros,—le dijo Iglesia alargándole los vacíos.

—Esto acabó, Constantino, y ay de aquellos que probaron lo que tú les llevaste.

—Pues esos han sido todos y en cantidad que asusta.

—¿Lo bebió Cambo?

—No.

—Me alegro. ¿Qué hace ahora?

—Sigue hablando.

—Pues cierra la puerta de la bodega, arroja la llave al pozo y oigamos el discurso.

Y salió de la casa, poniéndose al lado del capitan, al cual dijo al oido:

—Continúa, que pronto nuestras panteras caerán ante las plantas del leon. Sigue; pareces un general que se dispone á la pelea, teniendo delante y como recompensa á su valor el trono usurpado por Bricio de Calatrava.

Cambo detuvo su perorata para escuchar á Florian. Cuando éste hubo concluido, comenzó de nuevo con más energía que nunca.

Los montañeses y selvícolas le oian ahora embriagados; la mayor parte hablaron tambien, dando lugar á que formasen un coro ronco, destemplado y confuso; algunos aplaudian, y poco á poco empezaron á apagarse las voces, para ser sustituidas por un sueño parecido á la muerte.

—Esos borrachos,—exclamó Cambo,—no me oyen.

—Continúa,—le dijo el príncipe;—conviene que hasta embriagados resuene tu arrogante voz en sus oidos.

—Se tienden algunos.

—Otros quedan en pié; prosigue, que yo te escucho y te aplaudo.

—¿Quién es ese hombre que te ayudó y acaba de llegar?

—Mi hermano, que tampoco bebe.

—Son tan dulces esos vapores. Oh, les envidio un sueño que tantas veces tuve, y ahora...

—La mayor parte grita aún; capitan, recibe sus aplausos é imponles con tu acento.

—Allá voy.

Y principió de nuevo, dando grandes voces que excitaban en unos carcajadas, palmadas en otros, y un guirigay en el conjunto, que obligó á Cambo á bajarse de la silla en que estaba subido.

—Canalla,—dijo,—se han emborrachado de un modo horrible. Pronto les hizo operacion el vino.

—Eso prueba lo mucho que bebieron.

—¿Y nosotros no lo probamos?

—Claro está; pero ántes nos ocuparemos del presente, verás el arroyo de sangre de que te hablé, y luégo te entregarás á un sueño dulce, tranquilo y largo, muy largo.

—¿Por qué me miras de ese modo?

—Porque ya distingo la sangre que tú deseas ver. ¿Estás fatigado?

—No; mucho hablé, pero son de bronce mis pulmones.

—Contemplemos el cuadro preparado por tí; al llegar las sombras de la noche tus panteras van cayendo una á una á los piés del leon; repara cómo buscan várias los peldaños de las puertas para que les sirvan de almohadas; otros hacen uso de su brazo, algunos de manta, y todos sin excepcion van cayendo. Observa, rey de la selva y del monte, cómo descansan tus valerosas huestes; ese sueño tranquilo y profundo es el augurio de la victoria.

—No te comprendo.

—Goza como yo mirándolos á tus plantas.

—Tanto vino les has dado, que asustan sus efectos.

—Se bebieron más de doscientos jarros.

—¡Cómo se apagaron sus voces! ¡Qué silencio ha reemplazado al alboroto, y qué calma ha seguido á la tormenta!

—Ese es el mundo; aquí todo tiene fin.

—Ya no queda uno de pié; y es lo peor que los centinelas y vigías estén en tierra tambien y pudieran sorprendernos.

—No temas, Cambo; mi hermano se ocupará de eso. Vé, Constantino, y avisa á mi tio Roque, que se presente aquí con sus amigos. Interin llegan entremos nosotros.

—¿Qué haces?

—Quito á este montañés su cuchillo, pues lo tiene fuera de la vaina y no quiero que se hiera con él.

—Entremos; pero hablemos poco y bebamos mucho. Me causa envidia ese sueño.

—Pronto lo tendrás tú más dulce y tranquilo. Penetra en la sala.

—¿Dónde vas?

—A la cocina; pero no tardaré en seguirte.

—Si te diriges en busca del vino, carga la mano.

—Lo haré.

Iglesia habia marchado á la posada en cumplimiento de la órden que recibió del príncipe; Cambo quedó en el único saloncito que tenía la casa del alcalde vilmente asesinado, y Florian se encaminó á la cocina, diciendo á una montañesa que preparaba la cena del capitan:

—Ponme agua caliente en una vasija cualquiera, y trae un pedazo de jabon. Despacha.

—Ahí tienes lo uno, á la derecha, y allá va lo otro en esta cazuela.

—Déjala en esta silla. Trae además un paño.

El príncipe fué poco á poco humedeciendo el barniz que cubria su cútis, arrancó luégo las patillas que llevaba postizas, quedando con solo el bigote, y tan aseada su epidermis como la tenía en la corte. Cuando hubo terminado, cogió el cuchillo, y acercándose á la montañesa, la dijo:

—Si te mueves de ese sitio ó pronuncias una sola frase, oigas lo que quiera, te atravieso el corazon.

—¡Qué mirada! ¿Quién eres?

—El nuevo jefe de los montañeses y selvícolas. ¡Ay de tí!..

—No me hagas nada. ¡Qué desfigurado!..

—Si hablas...

—Aquí me siento; seré muda, muda.

Florian le volvió la espalda, cerró con el picaporte la puerta de la cocina, y cogiendo una manta que habia en el zaguan, entró en la sala, echando la llave á la puerta y guardándosela en el bolsillo.

Cambo le esperaba sentado en un confidente de anea, y en aquel momento miraba la opaca luz de la lámpara que pendia de un cordon fijo en el techo de aquella habitacion.

Al ver á Calatrava lo desconoció, hasta el punto de preguntarle sorprendido:

—¿Quién eres? ¿Por qué cierras esa puerta?

Y se puso en pié. El príncipe le contestó con su innata sangre fria:

—No te asustes, valiente montañés; á tu valor salvaje nada debe imponerle.

—Esa voz... Pero tú no eres mi teniente.

—Soy Florian de Calatrava, hijo de Bricio I, heredero del trono de Nueva-España. Hé aquí el cetro que vas á conquistar esta noche, feroz salvaje.

—Tus patillas eran postizas...

—Sí, sustituí con ellas la barba que usé siempre, para imitaros en la forma.

—¡Has variado hasta de color!

—Ahora lo ves blanco, pero pronto te parecerá más negro que nunca.

—¡Me engañaste!

—Al contrario, tú querias un nuevo lago de sangre humana que te conmoviera y entusiasmara; te lo ofrecí, y tan nuevo va á ser, que se formará de la tuya.

—Entraste como la culebra, pretendiendo enroscarte en mi cuello. ¡Bárbaro! ¿Qué va á ser de tí?

—Pronto lo verás; se acabó aquel tiempo en que los Kousous os mandaban agentes que transigieran con vosotros, ó soldados que no conocian el terreno ni la clase de fieras que iban á batir; hoy es un príncipe el que viene á honrarte; pero entiende que no dejará uno de vosotros. Ya no hay en mi palacio gente débil y asustadiza que tiembla ante sus súbditos; son hombres que premian la virtud, que castigan el vicio, y que al menor síntoma de peligro se presentan en medio de él para conjurarlo y destruirlo. Y lo hacen con el miedo y la pavura que ves, atroz bandido.

—¿Qué quieres de mí?

—Tu vida nada más.

—¿Osarás?..

—¿Matarte? Quién lo duda; no he venido á otra cosa.

—Me admira tu temeridad.

—No, mi grandeza de sér, mi calma, mi valor. Aun cuando salvaje, no te falta talento para comprender el cambio efectuado en el palacio de los Kousous.

—Entiendo que sigue el engaño y que todo eso es una farsa.

Y Cambo hizo vibrar los sonidos de su bocina repetidas veces.

—¡Toca, insensato, llama á los tuyos para que te defiendan de un solo hombre á quien temes! Cobarde te presentas, y tan torpe que no has adivinado la causa de ese sueño que retiene á tus secuaces. El vino aquel estaba mezclado con otro líquido.

—¡Todo empiezo á comprenderlo, maldicion!

—¿Oyes? En vez de contestar á tus sonidos las voces de esos miserables que te siguen, se escuchan la de mi valiente secretario Constantino Iglesia, la de Roque el posadero y las de cuarenta mozos que vienen en busca de tu vida; pero no temas, que de ellos te defiendo yo.

Y acercándose á la cerradura, gritó:

—Alto. Quedaos en el zaguan y esperadme; vuestro señor os lo manda. Ya no osan ni moverse, Cambo; los mios obedecen de un modo distinto que tus bandidos.

—¿Quieres dejarme escapar? Te doy palabra...

—Muy bien, valiente capitan; sálvate, y áun cuando perezcan todos esos á quienes comprometiste, no importa; la accion es digna de un miserable como tú.

—No te temo ni me importa morir; mas vas á perecer, y si quieres evitar esa desgracia...

—¿Cómo, dejándote huir?

—Sí.

—Vine aquí jurando ántes que no se escaparia uno solo de vosotros, y te quiero matar porque dicen que eres el más valiente de estas montañas.

—La prueba te va á ser fatal.

—Acabemos; saca tu cuchillo y veamos si miente ó no tu fama.

La lucha que iba á dar principio entre ámbos se parecia á la de David y Goliat, puesto que Cambo era muy alto, grueso y de fuerza colosal. Poco á poco fué encendiéndose el rostro del bandido; sus ojos se inyectaron de sangre, la mirada corrió vaga y sombría por la estancia, y la espuma, aborto de la cólera, apareció entre sus labios de color de carmin. De pronto dió un salto y fué á coger el trabuco que tenía apoyado en la pared; pero más ligero que él su enemigo, le hirió en la mano izquierda, obligándole á que lo soltara; á la vez le humedeció el rostro, diciendo:

—¡No es el arma de fuego sino el cuchillo el que debes usar, cobarde!

Cambo vaciló; su mirada sólo vió ya sangre, y exhalando un grito que parecia el rugido de una fiera, cogió una manta, y ciego de ira y despecho se lanzó contra su enemigo.

Florian conocia el juego de toda clase de armas; su aficion y práctica en la gimnasia le ponian en disposicion de ma-

nejar el cuchillo mejor que ninguna otra arma, y áun cuando era para él nuevo aquella clase de desafío, comenzó á encorvarse, á saltar, esquivando con prodigiosa rapidez los golpes de su contrario.

Cambo era en estos instantes un leon que bramaba y sacudia la cabeza buscando á su víctima sin tregua ni descanso.

Iglesia comprendió lo que pasaba en la sala del alcalde, y gritó á sus compañeros:

—¡En nombre de S. M. el rey, echad abajo esa puerta, montañeses!

Calatrava sonrió; sereno, impávido, diestro y ligero como un corzo, se libró de los muchos golpes que le tiraba la fiera que tenía enfrente, hasta que, conociendo á su enemigo lo suficiente, soltó una carcajada, añadiendo:

—Para caza mayor salto menor.

Y por primera vez se arrojó sobre su adversario, hecho un arco y un lio la manta. Los dos cuchillos se clavaron; el de Florian atravesó el costado derecho de Cambo, deshaciéndole los pulmones; el de éste se embotó en la manta del príncipe, sin lograr que tocara su ropa.

A la vez cedió el pestillo de la puerta y se precipitaron por ella Constantino, Roque y vários mozos del pueblo. Cambo rodaba en el mismo instante por el suelo, y medio ahogada su voz por la sangre que salia á borbotones de sus labios, dijo:

—¡Me ha muerto, y yo no pude con él! ¡Ay, maldicion!

Calatrava arrojó su cuchillo y manta, contestándole:

—Hé ahí el torrente de sangre que te habia ofrecido; sale por tu boca con ímpetu terrible. Cambo, hay un Dios...

—Y un infierno... ¡Ay!

Sus ojos se cerraron, la voz se apagó, y una sacudida horrible desprendió el espíritu del facineroso de una materia tan fuerte como las rocas entre las cuales se crió. Iglesia, Roque y los mozos retrocedieron; Florian se acercó, y cogiendo la muñeca de su contrario, dijo:

—Ha muerto. Dios le perdone el mucho daño que hizo en el mundo. ¿Qué es eso? Pareceis estatuas de mármol, frias é inmóviles.

—Señor, —contestó Iglesia,—V. A. se dignó admitir una pelea que no tiene ejemplo en la tierra.

—Ignoro por qué.

—Un príncipe luchando con el asesino...

—Calla, insensato; ese hombre era tan valiente como yo; tenía más fuerza, le sobraba habilidad, y en los combates no entra por nada la categoría del indivíduo; me igualé á él para matarlo; de este modo ya saben todos los de su condicion que desde el más poderoso abajo ninguno se librará de la justicia de mi diestra. Roque, y vosotros todos, disponed que los vecinos de la plaza pongan luces en ventanas y balcones; traed las cuerdas, é inmediatamente id amarrando á cuantos duermen en esa plaza. No temais; conozco ese sueño que los domina, y ninguno logrará alzar la cabeza en muchas horas. A la vez prended fuego á la leña depositada en lo alto del monte. Os prohibo ofender á los que están en la plaza. ¡Ay del que me desobedezca! Ved ese cuadro y temblad.

Quince minutos después todo el pueblo estaba alumbrado, y cuarenta vigorosos montañeses, después de desarmar á los bandidos, los ataban por las muñecas, amarrándolos de dos en dos.

La noticia de la presencia del príncipe, de la muerte de Cambo y del extraordinario acontecimiento que estaba teniendo lugar, corrió por Alaejo como chispazo eléctrico; y si bien en un principio no osaron sus moradores otra cosa que asomarse á los balcones y ventanas, cuando entendieron que los facinerosos estaban atados, se lanzaron á la calle para ver por sus propios ojos lo que creian un sueño irrealizable. El cura mandó echar á vuelo la única campana que tenía la torre, y bien pronto acudieron á sus sonidos los que habian huido y no se alejaron mucho. Unos y otros, después de admirar la gran obra de Calatrava, quisieron vitorearle; mas les fué

prohibido por órden terminante de S. A., y tuvieron que conformarse con verlo, inclinarse ante él y callar.

El príncipe, cubierto con su traje de lana grosera, escondidas las manos en los bolsillos de la chaqueta é indiferente á todo lo que no era el cumplimiento de la mision que estaba realizando, vió atar uno por uno á todos los bandidos de Cambo, exclamando para sí:

—Están como muertos; embotada la razon y presa la materia de un letargo funesto, imitan más al cadáver que al viviente. No en balde me dieron á probar estos isleños el zumo de su eléboro amarillo; sentí en la capilla sus terribles efectos, y en la primera ocasion lo apliqué con éxito seguro. Más cantidad me dieron á mí, más refinado era el líquido; pero con que estos duerman hasta el amanecer basta.

Cuando la operacion estuvo concluida, mandó que depositasen el cadáver de Cambo en sitio correspondiente, y en el momento que limpiaron la sangre que el célebre bandido dejó en la sala del alcalde, se entró en la misma habitacion, diciendo á Iglesia:

—En la cocina hay una montañesa que servía al jefe de esos infortunados; no há mucho se hallaba ocupada en condimentar su cena; puesto que aquél ha muerto, nos la comeremos nosotros dos; hé aquí la llave. Dile que la traiga.

—¡Lo que iba á comer el más malo de los hombres!..

—Sí, nuestros paladares no entienden de crímenes, sino de viandas.

—Señor, dirán...

—Dirán, Iglesia, que tu príncipe es un hombre. Obedece, y cuando no tengas razones que oponerme, calla, Constantino, calla, y sé un poco más humilde y servicial con tu señor.

—¡Qué alma tan grande; qué corazon tan duro; qué voluntad!..

—Abrevia, y ves aprendiendo, que aún no me conoces bien.

Iglesia volvió á los cinco minutos, diciéndole:

—Hay condimentados un ave, dos trozos de carne, pes-

cado, ensalada y además buen pan, encurtidos y postres variados y abundantes.

—No se trataba mal el bandido.

—La montañesa dice que la ha prohibido un hombre terrible que salga de la cocina ó se mueva, y no quiere obedecerme.

—Dile que se lo manda el mismo que la amenazó, y si aún vacila que nos sirva Roque.

Poco después se sentaron ámbos á la mesa, y comenzaron á cenar con el mismo sosiego que si nada hubiera ocurrido. A la mitad de este acto entró el mesonero, diciendo al príncipe:

—Señor, me acaban de decir que suben por la cuesta muchos soldados corriendo y en desórden.

—Bueno; sal á recibirlos y que se me presente su jefe.

Y Florian continuó comiendo.

—¿Cómo te trataba Cambo?—preguntó á la montañesa.

—Mal; tiene un genio...

—Yo te respondo que ha variado por completo, y que en lo sucesivo no volverá á molestarte.

—Mucho me alegraré que no te equivoques.

—¡Muchacha, no trates así!..

Exclamó Constantino; pero le interrumpió Calatrava diciéndole:

—Déjala que me hable como quiera. Continúa, montañesa, sirviéndonos la cena.

Cinco minutos después entró el comandante Iglesia de uniforme, con la espada desenvainada y bastante agitado.

—¿Qué es eso, D. Julian? ¿Por qué vienes tan descompuesto y receloso?

—Me han dicho que todos los bandidos están sujetos, maniatados; los he visto y aún dudo. Añaden que se ha batido V. A. con Cambo, le ha muerto, y eso no puede ser.

—¿Por qué?

—¿Habia de descender V. A?..

—Iglesia, no delires; lo que tú crees que era bajar yo entiendo que fué subir. ¿Has cenado?

—¡Ni he comido aún! ¡Oh, qué veinticuatro horas de agonía!

—¿Quién se estaba muriendo?

—Se hallaban en peligro de muerte el sér que más amo y respeto en el mundo, y mi querido hijo.

—Pues, gracias á Dios, nos encontramos más sanos que nunca, y, segun ves, con un apetito envidiable. Siéntate, si gustas, y ayúdanos; es la cena que tenía dispuesta para sí el célebre Cambo.

—¡Jesús, y qué valor tiene V. A!

—Mañana aplaudirás lo que hoy te causa tanta extrañeza.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso. ¿Qué hago, señor?

—Hay tiempo de sobra, D. Julian. ¿Qué fuerza traes?

—La que dispuso V. A.: cien cazadores.

—Muy bien; que tomen las avenidas de la plaza; aloja á los demás en las casas que dan frente, y con tal que velen un oficial y veinte soldados, pueden dormir los restantes algunas horas.

—¡Conque esto ha concluido!

—Reconoce mi obra, y si falta algo, corrígela.

—Yo basto para todo, dijo V. A., y es verdad.

—¿Oyes? La tropa y el pueblo dan voces.

—Vitorean á su augusto príncipe.

—Sal, cumple lo que te acabo de mandar, y que no me molesten con gritos que aturden los oidos y jamás halagaron á mi corazon.

—¿Nada más me ordena V. A?

—¿Está el gobernador de Bajelato en Garay?

—Sí, señor.

—¿Y el juez?

—Tambien.

—Eso sólo deseaba.

Salió Iglesia, y el príncipe y su secretario concluyeron la

cena. Luégo mandó entrar el primero lo necesario para escribir, dictando á Constantino el siguiente telégrama:

«Señor conde de Valleameno: Cambo ha muerto; sus se»cuaces, todos sin excepcion, en mi poder; pasan de quinien»tos; quedan la montaña y el país libres de asesinos y ladro»nes. Que no se impriman los periódicos oficiales hasta recibir »é insertar el parte detallado. Mi mision ha terminado, segun »se propuso=*Florian.*»

—No debe andar muy léjos Roque, Constantino; dile que éntre.

Salió el secretario, regresando poco después con el mesonero. Aquél añadió:

—Acércate. Roque, soy el mismo de esta mañana.

—Desconozco á V. A., señor; lo que ha hecho en este pueblo es incomprensible.

—¿Viste ya á tus hijas?

—Sí, señor.

—¿Qué hacen?

—Las saqué del encierro y andan por mi casa; pero tan tristes y angustiadas...

—Mal hecho; las protejo yo desde hoy, y tiene cada una de dote doscientos mil reales.

—Señor...

—Es el precio que pongo á la leal hospitalidad que me diste. Por via de regalo te entregarán á tí cinco mil duros. Dices á tus paisanos que me es imposible devolver las vidas que cortaron esos bandidos; pero que cada uno de ellos recibirá lo que le quitaron ó su equivalente.

—¡Qué corazon tan magnánimo!

—¿Está cerca de aquí el mozo que nos sirvió ántes de correo.

—Sí, señor.

—Iglesia, dale todo el oro que traes y ese parte para que se lo entregue al gobernador de Bajelato, con órden de que lo trasmita por el telégrafo. A la vez puede decirle que nos

remita dos caballos y nuestro equipaje. ¿Quieres algo más, Roque?

—Besar la mano de V. A., si se digna...

—No; mi padre lo ha prohibido; vé á tu meson, consuela á tus hijas y esparce por el pueblo la noticia de la oferta que les he hecho.

Los dos salieron, siendo reemplazados al poco tiempo por D. Julian Iglesia, que entró diciendo:

—Ya están puestos los centinelas, bien situada la guardia de prevencion, y en esta casa la de honor que corresponde á V. A.

—Procura cena para tí y para la fuerza que mandas; poco han dejado esos bandidos; pero agradecido este pueblo á lo que he realizado por él, no dudarán en proporcionaros lo necesario.

—Ya nos han ofrecido lo que les queda.

—¿Te has tranquilizado, coronel?

—Sí, señor, y por cierto que me hacía mucha falta. Después de veinticuatro horas de un martirio horrible, distinguí al fin las llamas de la hoguera que esperaba con mortal impaciencia; entónces monté á caballo, me puse al frente de la fuerza que tenía dispuesta, y corrí hácia Alaejo en alas de una incertidumbre que destrozaba mi sér. Cuando vi á los bandidos sujetos, cuando contemplé á V. A. y á mi hijo cenando con la mayor tranquilidad y salvos del peligro que les amenazaba, sentí una impresion que llevó las lágrimas á mis ojos. En el momento que esto se sepa en la isla no podrán ofrecer á V. A. un trono que desdeñó, le harán un altar.

—Loco; yo no soy santo, ni acepto lo que no me corresponde. ¿Y tu hijo?

—Aquí llega, señor.

—Constantino, escribe un parte detallado que comprenda todo cuanto ha acontecido desde que tú me distes la noticia de la presentacion de los bandidos hasta nuestro regreso á Garay, que se efectuará al amanecer, yendo nuestros prisioneros, segun están atados, de dos en dos y entre la fuerza que

manda tu padre. Añades que los entregamos á la accion del juzgado, y que la montaña queda tranquila, devuelto lo robado y pensionadas las familias pobres que han sufrido alguna desgracia. Lo diriges al conde de Valleameno; yo lo firmaré, terminándolo con las siguientes propuestas: á tí conde de Alaejo; á Arturo, marqués de la Lealtad, y á tu padre la efectividad de coronel. Cuando hayas concluido duermes. Acompañadme ahora á la alcoba que fué de Cambo.

—¡En la cama donde ese bandido descansó!..

—Sí; dices en el parte que nos comimos su cena y ocupé yo su lecho. Don Julian, en el momento que lleguen los caballos y equipaje, despiértame. Buena noche.

Y se acostó vestido, quedando al poco tiempo dormido.

Iglesia padre é hijo salieron de allí confusos, admirados de la conducta de un hombre que habia nacido efectivamente para príncipe; pusieron un centinela á la puerta de su alcoba, y miéntras el hijo redactaba el parte, el padre recorrió el pueblo, permaneciendo después en la plaza para vigilar á los bandidos y á sus soldados.

CAPITULO XLIV.

Todo ha concluido.—A Garay.—El parte.—El padre y el hijo.

A las tres de la madrugada entró D. Julian Iglesia en la alcoba del príncipe, diciéndole:

—Señor.

—¿Qué hay?

—Llegaron los dos caballos y el equipaje de V. A.

—¿Despertaron los bandidos?

—No, señor; pero empiezan á moverse.

—¿Qué ha contestado el gobernador de Bajelato?

—Que ya circulaba el parte telegráfico, y que daba la enhorabuena á V. A.

—¿Sigue la plaza alumbrada?

—Está como de dia.

—¿Y la tropa que no se halla de servicio?

—La he puesto toda sobre las armas, y rodean la plaza con órden de hacer fuego al primero que intente soltarse.

—Si tú hubieras bebido el brevaje que yo les dí ayer, comprenderias lo inútil de esa determinacion. El zumo del eléboro

debilita y enerva algunas horas después de volver á la razon, y áun cuando ellos tomaron poco, fué el suficiente para que lleguen á Garay inofensivos. ¿Y tu hijo?

—Durmió tres horas, mudó de traje, y espera las órdenes de V. A.

—Que me traigan lo necesario para asearme y la ropa que he de ponerme.

—Yo serviré á V. A. de ayuda de cámara.

Y el príncipe, después de lavarse y arreglar su cabeza, cambió su grosera chaqueta y pantalones por uno de los trajes negros que usaba en la corte. No llevaba insignia alguna que indicase su elevada gerarquía; cubrió la cabeza con un sombrero redondo, y cuando hubo terminado salió á la plaza, quedando allí en medio de Iglesia padre é hijo.

Al ruido que promovieron los tambores y cornetas tocando marcha real, despertaron la mayor parte de los bandidos, los cuales aturdidos, confusos, y no comprendiendo lo que era de ellos, alzaban la cabeza, se miraban unos á otros y volvian á echarse, creyendo un sueño la realidad que tenían ante sí.

Don Julian, por órden de Calatrava, movió su espada para que dejasen de tocar, y quedó la plaza nuevamente en un silencio profundo y continuado.

Los malhechores intentaban dormir; pero el frio de la madrugada, las horas trascurridas y, por consiguiente, terminados los efectos del narcótico, unidos al daño que les producian las ligaduras que sujetaban sus muñecas, les impedian entregarse á un sueño que al huir les presentaba clara y terminante la situacion á que el destino les habia condenado.

De pronto se oyó el murmullo de muchos hombres que hablaban á la vez en una de las calles próximas, concluyendo por aparecer el mesonero armado con enorme trabuco, pistola y puñal. Iba grave, severo, y de este modo llegó hasta el príncipe, ante el cual se descubrió, diciéndole:

—Serenísimo señor, los habitantes de este pueblo piden

á V. A. una gracia, que esperan merecer de su magnánimo corazon.

—Buen principio, Roque,—le contestó Florian sonriendo.—¿Qué desean tus paisanos?

—Servir de escolta á V. A. hasta Garay, y si esos facinerosos intentasen algo por el camino...

—Comprendo, y áun cuando es inútil vuestro refuerzo, te concedo lo que solicitas. ¿Cuántos sois?

—Ciento noventa.

—¡Hombre, mucho aumentó el número!

—Señor, ha corrido la voz por la montaña de que ya no habia peligro, y las ovejas han vuelto á su redil.

—¿Están todos armados como tú?

—Poco más ó ménos.

—Ya; os habeis repartido el botin cogido al enemigo.

—Las armas únicamente; lo demás está todo á disposicion de V. A.

—Muy bien. Coronel Iglesia, forma vanguardia y retaguardia con los habitantes de este pueblo; en medio irán los bandidos de dos en dos y la tropa á los costados. Que toquen diana y hagan levantar á esos hombres. Sígueme, Constantino. ¿Dónde tienes el parte?

—Aquí está, señor.

Los dos entraron en la sala, y el príncipe se puso á leer detenidamente el escrito de Iglesia, añadiendo y quitando lo que le pareció conveniente, concluyendo por firmar. Al concluir preguntó:

—¿Qué ruido es ese?

—Nuestros prisioneros se resisten á creer la realidad, y se la están demostrando las culatas de los fusiles.

—Los oigo. ¡Ah, blasfeman!

—¡Qué gente tan feroz!

—Montemos á caballo.

Así lo hicieron, corriendo Florian al centro de la plaza. Al verle soldados y pueblo, exclamaron:

—¡Viva el príncipe!

Aquél gritó:

—Silencio. En nombre de S. M. el rey, mi padre y señor, impongo pena de la vida al que blasfeme. Rudos montañeses, que seguísteis á Cambo, todos estais prisioneros, y morirá en el acto el que pretenda eludir los efectos de la ley. Someteos á lo que os impone vuestro destino, ó temblad.

Después se dirigió á D. Julian, añadiendo:

—Coronel Iglesia, empieza á amanecer y ha llegado el instante de partir; da la órden.

Más impusieron á los bandidos las arrogantes frases del príncipe, que las voces y culatazos de los soldados; enmudecieron y, al parecer, se resignaron.

Los tambores y cornetas tocaron de nuevo, montando á caballo D. Julian y un capitan que le acompañaba, los que, en union de los restantes oficiales, dispusieron la marcha por el órden acordado anteriormente.

Diez minutos después echaron á andar; yendo Roque con cincuenta hombres delante; seguian los bandidos de dos en dos, á los costados la tropa, en medio el príncipe y Constantino Iglesia, entre filas los jefes y oficiales y á la espalda los ciento cincuenta paisanos restantes.

Ninguno hablaba, y el silencio era interrumpido únicamente por el ruido de las pisadas de hombres y caballos y el choque de las culatas sobre los hombros de algunos bandidos, que intentaban vanamente romper sus ligaduras.

Cuando terminaron las pendientes y mal camino, anduvieron todo lo de prisa que les fué posible, dando vista á Garay á la media hora de haber salido de Alaejo.

En este instante dijo el príncipe á Constantino:

—Mete espuelas á tu caballo, y parte á Bajelato; toma luégo un tren especial y llega á Madrid con la brevedad que te sea posible. Que inserten inmediatamente ese parte en los periódicos oficiales y gaceta extraordinaria, y espera mis órdenes en el despacho de Valleameno.

—¿Va á regresar solo V. A?

—No, encarga que tengan dispuesto un tren para tu padre y para mí. Vuela, Constantino.

—Hasta luégo, señor.

Y picó á su caballo, saliendo por la falda del monte como un metéoro.

A la entrada del pueblo esperaban al príncipe el gobernador de Bajelato, el juez, el alcalde de Garay y un capitan al frente de cincuenta soldados. Al distinguirlo, quedaron sorprendidos, no obstante saber la realidad de lo acontecido; le dieron vários vivas, haciéndole los honores que correspondian á su clase.

Florian salió de entre los bandidos, y llamando á D. Julian, le dijo:

—Unete al gobernador y alcalde; asegurad bien á los presos, y cuando hayas terminado, vas á buscarme al juzgado.

Y le volvió la espalda, haciendo seña al magistrado para que le siguiera. Solo con aquél, llegó á la puerta de su casa, echó pié á tierra, y dando las bridas á un alguacil, entraron en el despacho.

—Te entrego,—exclamó el príncipe,—entre muertos, heridos y prisioneros, los quinientos once facinerosos sublevados en la costa occidental, que tenían aterrado este país por los muchos crímenes que cometieron y los más que se disponian á realizar. Ni uno solo falta; desde este instante, como representante de la ley, quedan á tu disposicion; pero ¡ay de tí si la parcialidad hiere á alguno de tus actos! En la duda sé benigno, en la certeza severo, inexorable.

—Señor, procuraré cumplir el deseo de V. A. por imponérmelo así la órden terminante del más valiente y justiciero de los príncipes y un sagrado y penoso deber.

—De tu rectitud y acierto depende ahora el completo exterminio de los malvados y la tranquilidad de esta isla. No duermas ni descanses hasta que dés á tu patria lo que necesita y te pide con urgencia.

—En mi concepto, señor, cási todos merecen la muerte.

—Eso es cuenta tuya; consulta sólo la ley, y obedécela como te impone la justicia.

—A no ser que S. M. el rey se dignara indultar...

—Te he dicho y repito que sólo la ley manda.

—Está bien, señor; pronto empezaré á levantar patíbulos.

—Si no bastan diez, veinte; nádie se opone; tendrás auxiliares de sobra, y la audiencia se apresurará á secundar tus esfuerzos. En mi concepto deben bastaros ocho dias para terminar el proceso y cumplir las sentencias.

—Parece poco...

—Eso era ántes; olvida rancias costumbres, y puesto que el código está claro, terminante, prescinde de toda fórmula que á nada bueno conduzca. Esta tarde se instalará la audiencia en Garay. Que monte á caballo un alguacil y avise al regente que me espere en la estacion de Bajelato. Si no corre mucho, llegaré yo ántes que él.

—Vuelvo al instante, señor.

Quedó solo el príncipe hasta que hubo regresado el juez, con el cual continuó hablando una hora más. Al terminar ésta se presentaron D. Julian Iglesia, el gobernador y el alcalde.

—Señor,—exclamó el primero,—divididos los presos en veinte grupos y habilitados otros tantos edificios, los que ofrecian más seguridad, los dejamos encerrados y sin temor á que ninguno se escape.

—Muy bien; ahora concretaos vosotros, gobernador y alcalde, á auxiliar al juez en lo que necesite. Mi mision ha terminado; responsables vosotros de cuanto ocurra, pedid refuerzos, si os parece poca la tropa que hay aquí, tomando además todas las medidas que juzgueis convenientes. En el momento que la justicia haya concluido, devolved á las familias robadas cuanto les quitaron, pidiéndome á mí lo que falte. Señalad á la vez una pension vitalicia, en relacion con sus necesidades, á todo el que haya sufrido alguna desgracia personal á consecuencia de los atropellos y asesinatos perpetrados por Cam-

bo y secuaces. Esas las pagará el real patrimonio con algunas otras cantidades que tengo ofrecidas. Iglesia, montemos á caballo y salgamos de este pueblo, puesto que nuestra obra quedó terminada.

El juez, gobernador y alcalde rogaron al príncipe que se detuviera y aceptase un almuerzo que iban á disponerle; pero él se excusó con frases atentas y corteses, y dos minutos después corria como chispa eléctrica, seguido de D. Julian.

Sin reparar en el mal camino ni en lo agreste del terreno que atravesaba, fijos los espolines del príncipe en los ijares de su potro, le hacía volar sin tregua ni descanso.

El dia empezó claro, despejado y sereno; el sol extendia sus dorados rayos sobre los montes, selvas y bosques de la costa occidental de Nueva-España, y el Océano, que detenia sus aguas á media legua del sitio por donde cruzaban nuestros viajeros, aparecia lo tranquilo y sosegado que le permitia la corriente que ya conocemos.

Iglesia padre seguia á Calatrava, pero iba fatigoso y angustiado.

—El príncipe,—decia para sí,—es más fuerte que yo y que cuantos hombres he conocido. Reventará su caballo, el mio y hará estallar mis pulmones. ¡Vaya una carrera endiablada é insostenible!

De este modo llegaron á Bajelato; Florian se tiró de su potro, el cual cayó al suelo cási exánime. Sin detenerse un instante penetró en la estacion, hallando á la puerta al regente de la audiencia que entraba en aquel momento. Sorprendido por Calatrava, exclamó:

—Señor, las autoridades y el ejército vienen ya...

—Sólo necesito de tí. Trasladaos inmediatamente á Garay, y procurad que en ocho dias quede terminado el gran proceso que ha empezado á instruirse, é incólume la justicia con la severa rectitud que os impone el deber. El juez te enterará de lo demás. Adios.

—Señor, ¿no espera V. A?

—No; quiero sólo que os apresureis y que la ley se cumpla. Iglesia, ¿dónde te has metido?

—Ya os sigo, señor.

—Abrevia.

—Ya ve V. A. cómo corro.

—Te pesan los años, y en verdad que no sirves para acompañarme.

—Cierto; pero consiste en que V. A. se ha convertido esta mañana en relámpago. Perdone...

—Da la órden de partida y entra en el coche.

—¡Jesús qué modo de volar! ¿Voy en el mismo departamento que V. A?

—A mi lado. ¿No arranca el tren?

—Funciona el telégrafo; eso dice el jefe de estacion.

Tres minutos después salió el coche en que iba Florian, arrastrado por una máquina que corria á gran velocidad. A la vez llegaban á la línea férrea de Bajelato la guarnicion y autoridades para ver en lontananza el tren donde iba el príncipe y oir al regente de la audiencia, que les dijo:

—Es tarde; retiraos, que S. A. R. cuando tiene prisa no desea otra cosa que volar.

Adelantémonos nosotros.

S. M. el rey Bricio I quedó en su palacio triste y abatido por la repentina ausencia de su muy querido hijo. Trascurrió el primer dia, el cual ocupó en trabajar, demostrando á todo el que se acercaba á él lo disgustado y pesaroso que se hallaba; en el segundo aumentaron sus molestias y mal humor. Arturo intentaba consolarle, pero se estrellaba su empeño, no consiguiendo otra cosa que miradas severas de su augusto señor. Amaneció el tercero, S. M. se levantó, entrando poco después en el despacho; meditó algunos minutos, luégo ocupó el régio sillon, oprimiendo últimamente un timbre. Apareció Arturo, diciendo:

—Espero las órdenes de S. M.

—Son más de las seis.

—Ya lo veo, señor.

—Y no ha venido Valleameno con el despacho ordinario.

—Estará ocupado...

—Jamás faltó en un solo minuto. Averigua la causa.

Mendo salió, regresando al poco tiempo.

—Señor,—dijo,—el conde no tenía nada dispuesto para el despacho de esta mañana, y su ausencia la motiva un acontecimiento que ha de agradar en extremo á V. M.

El rostro de Arturo demostraba una alegría mal disimulada. Bricio le preguntó:

—¿Qué sucede?

—Yo no sé...

El rey añadió distraido:

—Sin escribirme una sola frase; tres dias ya... ¡Oh, es un ingrato!

—Si V. M. se refiere á S. A. R., puedo asegurarle que está bueno.

—Te lo habrá participado; se habrá entendido además con Valleameno, y yo, que tanto le amo... ¡Ingrato! No merece...

—Señor, S. A. cumple una mision sagrada, bendice á su augusto padre y piensa en él dia y noche.

—Nada te he preguntado.

—Severo está V. M. conmigo.

—Como merece un mal servidor.

—Ignoro en qué he podido faltar...

—Antes no tenías secretos para mí; ahora te has hecho hipócrita, reservado, como todos; el cargo que tengo es más difícil y molesto de lo que yo juzgué.

—Consiste, señor...

—No lo quiero saber. Déjame solo.

—¿Sirven á V. M. el desayuno?

—No tengo gana.

Marchó Mendo, y el rey quedó entregado á profunda meditacion. Trascurrió una hora, y se puso en pié, comenzando á pasear por la régia estancia.

Arturo, demostrando más satisfaccion que nunca, asomó de nuevo, preguntando:

—¿No se desayuna V. M?

—Te he dicho que carezco de apetito. Sal.

Arturo obedeció, y el rey, siempre meditabundo, triste y ensimismado, continuó paseando otra hora más, que tardaron en descorrer las cortinas, cuyo ruido llamó su atencion, y se detuvo sorprendido y confuso.

Estaba parada en el umbral la hermosa Zeneida, cubierta de negro, algo agitada y más encendido su rostro que de costumbre. Al llegar al régio despacho hizo un heróico esfuerzo sobre sí, y dominándose por completo, quedó inmóvil, fria. Luégo preguntó con aparente calma:

—¿Me da V. M. su real permiso?

El rey se acercó á ella, y cogiéndola de la mano, la entró, interrogándola:

—¿Cómo estás, hija mia?

—De salud bien.

—¿Y las infantas?

—Perfectamente.

—¡Oh! Tu repentina llegada me asusta, Zeneida. Esa tranquilidad la acabas de desmentir con una mirada vaga y sombría...

—Yo no sé mentir, padre mio; vengo alarmada.

—Ignoro la causa; sólo sé que mi hijo partió hace tres dias, y no he tenido noticia de él.

—¡Florian!.. Me lo temí. ¿Qué acontece, señor, en la costa occidental?

—No te comprendo.

—Leo la verdad en tu noble semblante, señor; te engañan, te ocultan lo que les conviene.

—El puesto, hija, el puesto; parece condicion indispensable: hasta el hombre más leal que conocí, mi Arturo, que fué modelo, hasta ese se ha corrompido, y es lo cierto que todos, sin excepcion alguna, me dicen lo que les parece.

—¿Pero tú no has podido con tu gran talento?..

—Contra esas estatuas de mármol no hay comprension ni sabiduría posible; era menester ser adivino. Habla, hija, ¿qué ocurre en la costa occidental? porque allí es donde ha marchado el príncipe.

—Mi querido hermano tiene el gran defecto de hallarse en todas partes y querer hacerlo todo.

—Cierto.

—Es temerario en sus empresas.

—Se lo he dicho mil veces.

—Osado y antojadizo como pocos.

—Nada le contiene, ni mi cariño.

—Se juzga incontrastable, y lo van á matar.

—¿A matar? ¿Quién? Habla. ¿Porqué dices eso? Estás destrozando mi alma.

—Los montañeses.

—¿Qué montañeses?

—Más de quinientos que se han sublevado, y es capaz de meterse sólo en medio de ellos.

—¿Estás cierta de lo que dices? Cuéntamelo todo, nada me ocultes, porque de lo contrario no podré correr en su defensa.

—Padre mio, tampoco á mí me dicen ahora la verdad; sólo fuí reina un cuarto de hora, y eso bastó. Pero hoy al amanecer me echó de la cama el insomnio, y sorprendí una conversacion que todo me lo ha aclarado. Oyeme: hace tres dias se sublevaron vários montañeses, acometiendo en el acto á algunos pueblos de la costa; á la vez invitaron á sus paisanos, y, segun las últimas noticias, pasaban de quinientos.

—Si no es más que eso, me tranquilizo; Florian habrá corrido al frente de un regimiento...

—Te equivocas: no se ha movido un soldado.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Un jefe de la guarnicion de Madrid que hallé al paso.

—¿Y qué deduces?

—Lo que te dije ántes: que el príncipe fué solo, y es capaz de atreverse con todos ellos.

—Y por eso tú abandonaste á las infantas y has venido á darme la noticia. ¿Me equivoco?

—No, señor.

—Estás agitada, tu semblante encendido. ¡Cuánto te interesa la vida de Florian!

Zeneida comprendió la doble intencion que envolvian las frases de S. M., y reponiéndose de pronto, le contestó con envidiable sangre fria:

—Es tu hijo, y por eso le quiero; es noble, muy caballero, demasiado valiente, y por eso le admiro; te debe heredar, y si muere ántes que tú, tendré yo que reemplazarle en ese trono que te regalé.

—¡Ah! ¿Conque hay algo de egoismo?

—Mucho; ¿para qué lo he de negar?

—Gracias, hija, por las noticias que acabas de darme. Quédate en mi puesto; gobierna veinticuatro horas; yo en tanto, seguido de un batallon, penetraré en esas montañas, salvando á tu hermano.

—¿No llegarás tarde?

—¡Qué idea, santo cielo! Te nombro regenta. Adios.

—Corre, señor; no te detengas.

Bricio fué á salir aturdido, confuso, en alas de una impaciencia mortal, cuando le detuvo Arturo, diciéndole con calma:

—La gaceta oficial.

—Déjame de periódicos.

—Trae, señor, un parte detallado de lo ocurrido en la costa occidental.

—¿Qué dices?

—Hélo aquí; lo firma S. A. R. el príncipe mi señor.

—Dame.

—Otro ejemplar para S. M. la reina Zeneida, mi señora.

Y ámbos, de pié, agitados, cási trémulos, comenzaron á leer el parte que ya conocemos.

De pronto exclamó el rey:

—¡Partió sólo con su secretario; iba disfrazado!

—Su temeridad,—contestó la jóven,—raya en lo fabuloso é increible.

—¡Torpe!

—¡Insensato!

—Lean VV. MM.,—exclamó Arturo,—que al final formarán juicio muy diferente del príncipe, mi señor.

Y los dos continuaron devorando con la vista el periódico del gobierno. Bricio dijo de pronto:

—¡Se mete en medio de ellos sin temor al torrente del agua ni á una horrible tormenta que le sorprende en medio de la montaña!

—¡Llega á la posada, y con su indiferencia á la muerte, duerme, teniendo por lecho una silla de soga y una mesa!

—Hija, vale mucho tu hermano.

—¡Desciende á lo más bajo y degradante!

—¡Qué locura! Se eleva sobre mí. No me extraña, tiene mi sangre y... Me parece verlo. ¡Qué hermoso estaria junto al fogon, rodeado de asesinos!..

—¡Esto es horrible!

—Tú no entiendes de esto.

—¡Gran ejército; un mesonero y veinte paletos! ¡Descarga su rewolver!

—¡Bravo! Su puntería es infalible.

—¡Qué barbaridad!

—Al contrario; defiende la virtud, y con heroismo que tú no comprendes atraviesa las sienes del asesino y salva á una pobre mujer. ¡Los bandidos luchan entre sí; mi hijo rie á carcajadas!.. ¿Lo vas conociendo, Zeneida?

—¡Qué corazon tan duro; qué alma tan!..

—Tan grande. Déjame leer.

—¡Se encierra con Cambo!

—Vas muy atrás; narcotiza á los quinientos once. Basta con él solo, hija mia; mi Florian vale por lo ménos un ejército.

—Caen en tierra, duermen; pero vuelve á encerrarse con el feroz montañés y lo desafía. ¡Ay!

—¡Eso está mal hecho; es torpe, inícuo! No; lo mata sin recibir lesion alguna. ¡Loado sea Dios! Mis pulmones estuvieron en prensa; les faltaba aire, pero ya lo tienen.

—¡Já! ¡já! ¡já! Los maniatan á todos. Ya no hay peligro, padre mio. ¡Jesús! ¡Cena lo dispuesto para Cambo!

—Y se echa en su cama. Hace bien; el bandido tendria el mejor lecho y las viandas más exquisitas.

—Pero esto es horrible.

—No, hija, no; el infeliz almorzó mal y comió peor; ya era tiempo de que mejorase de cama y mesa.

—¿A eso llamas mejorar?

—Claro es.

—¡Dios mio, qué hombres!

—Tú lo has dicho: es un hombre. ¿Me dejas concluir?

—Sí, acaba.

Y ámbos prosiguieron leyendo el detallado parte, el cual ocupaba cuatro columnas de la gaceta. Al finalizar, los dos se quedaron mirando frente á frente, sin atreverse á decir nada. Por último rompió S. M. el silencio, exclamando:

—No ha dejado uno sólo.

—En época anterior habria dado lugar esa sublevacion á una guerra civil.

—Pues mi hijo la ha terminado muy pronto.

—Pero se ha expuesto mucho.

—Claro es; un triunfo tan decisivo, completo y plausible, merecia sacrificios.

—¿Qué dirán en la isla?

—¡Ay! que el hijo vale más que el padre.

—¿Tienes celos? ¿Le envidias?

—¡Yo! ¡Hijo de mi alma! Toda la gloria que yo conquisté en el mundo, cuanto tengo, inclusa mi vida, daria por evitarle un suspiro, por aumentarle un goce. ¡Qué valiente es; qué hombre, Zeneida, qué hombre!

—Sí, se parece bastante al enemigo eterno de los filibusteros de Cuba; á aquel que con el hacha de abordaje en una mano y el rewolver en otra...

—Ese fuí yo, y Florian tiene mi sangre. Pero ¿qué hace ahora? ¿Por qué no viene?

—Más de cinco minutos estoy aquí esperando la ocasion de alargaros mis brazos.

—¡Hijo!

—¡Hermano!

El príncipe avanzó, y quedaron los tres formando un solo grupo. Mendo exclamó:

—Este instante de sorpresa y alegría vale más que mi marquesado de la Lealtad.

Y salió de allí con los ojos húmedos.

Por fin se desprendieron, preguntando Florian:

—Padre mio, ¿á qué feliz casualidad debemos el hallarse aquí mi querida hermana?

—Vino á noticiarme lo que ocurria en la costa occidental, cuya noticia averiguó milagrosamente.

—No te extrañe; Valleameno temió decirte nada, y yo mandé cortar los hilos del telégrafo para incomunicarme con vosotros.

—Comprendo, Florian, lo que te propusiste con esa reserva, y lo único que me extraña es que el presidente de mi consejo se haya avenido á secundar tus deseos, favoreciendo una idea que pudo costarte la vida.

—Padre mio, lo sorprendí, y tan resuelto me halló, que áun cuando resistia en un principio, le obligué á sucumbir.

—No debió encontrar razon poderosa que lograra convencerle.

—Así es la verdad; pero tuvo que inclinarse ante esta sortija que representa el dominio de una raza...

—¡Ah, sí! el signo de los Kousous. ¿Por qué te quedaste con ella?

—Hoy no puedo decírtelo, pero sí trasladarla á tu dedo.

Ya la tienes, señor; cuando algun indígena dude, procura que la vea, y se postrará á tus piés.

—Gracias.

—Supongo que ya aquí mi querida hermana, nos devolverá la visita que le hicimos, permaneciendo á nuestro lado por lo ménos tres dias.

Y Florian miró á Zeneida, indicándole que accediese á su deseo; la jóven replicó:

—Si S. M. me lo impone, le obedeceré.

—No, hija mia, te lo ruego únicamente.

—Basta eso.

—¿Quiénes te han acompañado?

—Una sola dama.

—En ese caso,—exclamó Florian,—voy á mandar que vengan las que necesites, trayéndote á la vez equipaje.

Zeneida cogió la pluma, y trazó várias líneas, las cuales entregó al príncipe, diciéndole:

—Hé aquí todo lo que me hace falta.

—Si te parece, padre mio,—añadió Florian, cogiendo el papel que le alargó la jóven,—dispondré de paso que adelanten el almuerzo, pues yo aún no me he desayunado.

—Ni yo.

—Ni yo.

—En ese caso cambiaré de traje y pasaré al comedor, haciéndoos avisar en el momento que concluya. Hasta luégo.

Quedaron solos S. M. y Zeneida, saliendo Florian por la cámara. En medio de ella halló á todos los ministros que hablaban con Iglesia y Arturo. Al verle le felicitaron por el resultado de su heróica empresa, mas nuestro jóven, después de darles las gracias, se separó á un lado con Valleameno, diciéndole:

—Ha llegado el momento de dar el gran paso que conduce á mi felicidad. Ahí vienen Monserrat y todos los grandes; participales mi deseo, y no vacileis, que la ocasion nos convida.

—Debo entrar á ver á S. M.

—Yo te disculparé; ponte de acuerdo con tus compañeros, con la grandeza, con las comisiones del senado y del congreso y con cuantos vengan á felicitarnos á mi padre y á mí; que hable el presidente de la alta cámara y que en los semblantes de todos se retrate el deseo, la incertidumbre y cuanto conviene á nuestro intento. Miéntras me visto y almorzamos hay tiempo de sobra para combinar vuestro plan.

Y haciendo seña á Arturo é Iglesia para que le siguieran, salió por la puerta que tenía más próxima, de prisa y sin detenerse hasta llegar á su cámara de vestir. Ya en ella, dijo á Constantino:

—Conde, avisa á los que están de guardia que no pasen recado alguno á S. M. hasta que nos hallemos almorzando. Luégo encargas á la duquesa de Badillo que mande un traje de corte para la reina Zeneida, y seguidamente que parta un correo en busca de lo que tu señora pide en ese papel.

—¿Qué nuevo acontecimiento se prepara, señor?

—Mi querido marqués, el más grande para mí de cuantos tuvieron lugar en la isla.

—Entónces ya sé lo bastante.

—¿Qué opinas?

—Que la ocasion convida y que no debemos despreciarla.

—Cuento contigo...

—Sólo anhelo la felicidad de V. A.

—Muy bien, amigo mio; ya eres marqués, te falta una grandeza, y con mi boda la obtendrás.

—¿Por qué razon me ha elevado V. A. un poco más que á su secretario y amigo el nuevo conde de Alaejo?

—Porque tú eres el secretario y amigo de mi padre, y la recompensa guarda más relacion con el respeto y deferencia que debo yo á todo lo que pertenece á S. M. que con los servicios que habeis podido prestarme Iglesia y tú. Tengo además otras razones, pero no es este el momento á propósito de exponerlas. Da la órden de que almorzaremos á las once en punto; entra luégo en el despacho de mi padre, evita que mande pasar

á alguno, y está preparado para secundar á Valleameno en los críticos instantes en que voy á jugar mi felicidad presente y futura.

—¡Qué tres dias tan largos!..

—Después me hablarás de lo que quieras; no pierdas ahora un instante.

Salió Arturo, y Florian se volvió, diciendo á sus ayudas de cámara:

—Un traje al momento.

Y en quince minutos lo asearon, quedando de frac y en disposicion de presentarse á la corte. Acto contínuo se dirigió al comedor, exclamando ántes:

—Las once; decid á SS. MM. que ha llegado la hora de almorzar.

Y no tardó en reunirse con Bricio, Zeneida y Arturo.

—No he visto á Constantino,—dijo el rey sentándose.

—Está disponiendo,—le contestó Florian,—lo necesario para que vengan inmediatamente las damas y equipaje que ha pedido mi hermana; pero ahí llega con tan buen apetito probablemente como yo.

—Me extraña que el conde de Valleameno tarde tanto en venir á vernos.

—Teme sin duda que su conducta anterior...

—Mal hecho,—contestó el rey á Zeneida;—el resultado fué tan satisfactorio, que nada puedo decirle sobre su silencio y apoyo á la idea de mi hijo.

—Valleameno,—añadió Florian,—hace tiempo que espera con sus colegas el momento de felicitarnos.

—¿Por qué no han entrado?

—Me los encontré al paso, y les rogué que esperasen la conclusion de nuestro almuerzo, siendo así que necesitaba reponer mis fuerzas para sufrir las dos horas que nos van á tener de pié. Entónces me dijo que pasaria unidos á los grandes, á los jefes del ejército y á las comisiones que empezaban á llegar.

—Deduzco que la felicitacion se va á convertir en un dia de corte.

—Completo, señor; en este instante estará ya la cámara llena.

—Pues abreviemos en lo posible.

Y continuaron almorzando sin más interrupcion.

Zeneida miraba á hurtadillas á Florian; el rey no separaba la vista de su hijo, y Arturo y Constantino cambiaban de vez en cuando signos de inteligencia que ámbos comprendian admirablemente.

Terminado aquel acto, pasó la ex-reina á la cámara que tenía dispuesta, en tanto que Bricio y Florian se dirigian al gran salon de corte, equivalente al nuestro de embajadores. El rey iba alegre, satisfecho y orgulloso de llevar á la izquierda á su hijo y heredero.

Florian dudaba unos instantes, y otros aparecia en sus labios dulce sonrisa que indicaba seguridad y confianza.

Detrás caminaba el marqués de la Lealtad y el conde de Alaejo, hablando muy quedo sobre el gran acontecimiento que debia efectuarse en breve.

CAPITULO XLV.

Terrible metamorfósis.—Duda y vacilacion.—Desde la dicha al abatimiento.—El plazo.

Bricio, Florian, Arturo y Constantino penetraron en el gran salon de corte, en la forma expuesta, quedando de pié. Seguidamente comenzaron á entrar ministros, generales, grandes, senadores, diputados, y hasta la magistratura se hallaba allí representada por sus cinco primeras notabilidades. Todos se inclinaron ante S. M. y A., éstos contestaron con un movimiento de cabeza, y cada cual fué ocupando su puesto, formando un semicírculo, en cuyo centro estaban el rey y el príncipe.

Imperó por un instante ese silencio que impone y presta al acto futuro la severidad que lo engrandece.

Bricio tendió una mirada satisfactoria sobre los allí reunidos, pero la retiró apagada y fria, pues en los rostros de cuantos tenía delante habia algo siniestro y grave que contrastaba con la felicitacion que los conducia á aquel sitio. Dudó un momento; mas decidido á averiguar lo que acontecia y no le era dado adivinar, exclamó de pronto:

—Si estais de acuerdo en el objeto que os trae á mi presencia, hablad uno, ó por el contrario distintamente y por corporaciones.

Nádie le contestó; pero el presidente del senado anduvo cuatro pasos, y después de hacer una reverencia, dijo:

—Señor, vuestros consejeros, grandes, representantes del ejército, de la nacion, senadores y magistrados, todos, sin excepcion, felicitamos á V. M. por el valor, el talento, la sabiduría y habilidad demostradas por su augusto hijo. La empresa que concluye de llevar á cabo encierra tanto heroismo, que el país asombrado se inclina, duda y no halla frases con que elogiar la abnegacion y grandeza que le presenta la realidad. Lo mismo la clase media que el pueblo se asocian á las clases elevadas para aplaudir, para amar á V. M. y á su excelso hijo. En el instante de aparecer la sublevacion en la costa occidental, en el momento de nacer el latrocinio, la maldad y la vileza, un rayo del genio que brilla en la frente de S. A. R. los hirió de muerte, sin más sacrificio que los de su augusta persona, sin derramarse otra sangre que la del miserable. ¡Loor eterno al privilegiado sér que supo excitar nuestro temor, nuestro desasosiego, nuestra duda, para patentizar su grandeza, para presentarnos nuestra pequeñez. La isla entera, señor, bendice el paternal gobierno de V. M., el heroismo de S. A., y se conceptuaria la más feliz, la más dichosa de la tierra, si en los privilegiados séres que tan digna y sábiamente reemplazaron á los Kousous no hubiese un vacío que enluta su presente y oscurece el porvenir. Hasta que V. M. subió esas gradas, constituyéndose en rey y padre de sus súbditos, todo fué en el país dolo, anarquía, destruccion y desórden; pero al sentarse en ese sillon Bricio I apareció la ventura, la tranquilidad, el órden y la dicha. ¿Y por qué, nos preguntamos todos, no ha de ser estable y duradero el nuevo sistema, la situacion á que nos ha conducido el genio de V. M? ¿Por qué del *valle* hemos de volver nuevamente al *abismo*?

Bricio miraba sorprendido al presidente del senado, y

creció su admiracion al contemplar á cuantos tenía delante, con las cabezas inclinadas y retratado el dolor en todos los semblantes. Así es que con voz ronca é insegura se contrajo á exclamar:

—La causa.

—Señor,—añadió aquél,—V. M. y A. han sacrificado en aras de este país sus intereses, el tiempo de que disponian, y, sin temor al insomnio, las vigilias ni á esa existencia que soporta dia y noche la carga de un trabajo ímprobo, insostenible, han emprendido y llevado á termino una obra inmensa, colosal. Regeneraron esta isla, destruyeron todo lo malo, que era mucho, y nos condujeron al bien que hoy disfrutamos. Por eso, señor, os ama tanto vuestro pueblo, por eso os aplaude, por eso hasta en el rincon del hogar doméstico se habla de su rey y de su príncipe, mirando en ellos la egida que lo defiende, el padre que lo protege, el señor que lo ampara y guia; y sueña con Bricio y Florian, y no los olvida nunca, y está dispuesto á dar por ellos su fortuna, su sangre y hasta la vida. En cambio le pide un nuevo sacrificio; desea, anhela, cree imprescindible que se perpetúe la generacion de V. M. para que sus sucesores sostengan y prolonguen la venturosa situacion de hoy. V. M. y A. le dan presente, él necesita además porvenir.

Calló el presidente, y todas las miradas se fijaron en Calatrava. Ahora fué el rey el que inclinó la cabeza como abrumado por un peso superior á sus fuerzas. Por el contrario el príncipe, demostraba en sus ojos y en la dulce sonrisa que apareció en sus labios lo mucho que les agradecia aquella actitud firme y resuelta. Les decia claramente:

—Gracias, señores; con la última parte de vuestro discurso habeis recompensado superabundantemente cuanto llevo hecho por este país.

Bricio no encontraba solucion al terrible problema que acababa de presentarle su pueblo; podia contestar al presidente: hé aquí mi heredero, que vale tanto como yo; mas aquél

hubiera avanzado, preguntando: ¿y vuestro nieto? Y la idea de sacrificar á su hijo le estremecia y asustaba.

Por último se aproximó á Florian, preguntándole:

—¿Qué contesto?

—Lo que te dicte la razon, padre mio.

—Yo no puedo dar á gente tan agradecida y leal un rey perjuro, y juré no unirme á otra mujer.

—Torpeza insigne que ahora estás purgando.

—¿Serías tú capaz?..

—De todo; en mi puesto de príncipe no encuentro sacrificio alguno cuando veo claro y terminante el amor de mi pueblo.

El rey volvió á inclinar la frente y á meditar, viéndose al poco tiempo retratada en su faz una resolucion heróica. De pronto exclamó:

—Sólo os he dado presente, decís; está bien; esperad un poco y os contestaré.

Y cogiendo á su hijo de la mano, se lo llevó á una estancia contigua, preguntándole:

—¿Qué hago, hijo mio? La voz de ese hombre es la de nueve millones de séres, y por primera vez de mi vida me ha estremecido su acento. Estamos solos; nádie nos puede oir. ¿Qué opinas?

—Padre mio, sólo nos resta presentar una doble abdicacion ó una boda; la primera es la deshonra, porque sólo enseña egoismo; la segunda no puedo calificarla yo.

—La segunda es tu sacrificio, hijo mio, ¡y te amo tanto!

—Yo soy, señor, más fuerte que V. M.

—No; eres el mejor hijo del universo.

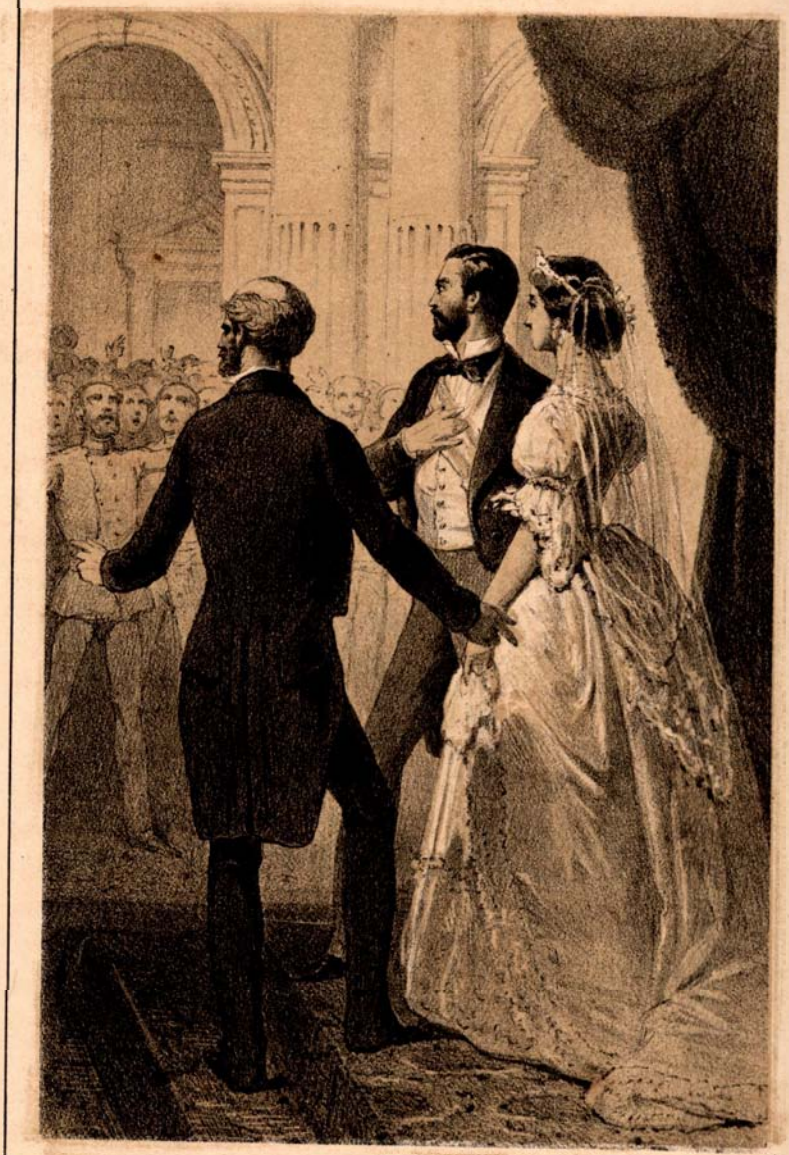
—Repito que soy más fuerte que V. M.

—Por tu dicha doy yo hasta mi honra.

—Mi ventura se cifra hoy única y exclusivamente en la felicidad del pueblo que nos ama y bendice.

—¡Qué grande eres, Florian! Dime: ¿á quién ama Zeneida Kousou?

—Dicen que á mí.



C. MUGICA, dib.º y litº

Lit. de J. DONON. Madrid.

—Isleños, nada temais: he aquí el porvenir.

—¿A tí? ¿A tí? Pero tú...

—Ese ángel, á quien tanto debemos, es el emblema de todo lo sublime que existe en la tierra.

—Eso no basta, hijo.

—Con eso sobra, padre.

—No me engañes, Florian, que expones tu dicha.

—¿Voy por Zeneida, señor?

—¡Y está cerca de nosotros; á veinte pasos; parece providencial!

—Lo es, padre mio.

—Vé por ella.

—No te molestes, hermano.

Exclamó Zeneida, descorriendo una cortina que estaba á tres pasos de Bricio y Florian, y presentándose vestida de blanco y más hermosa que nunca.

Los dos jóvenes tenían inclinada la cabeza, y su actitud ruborosa é insostenible mucho tiempo, le obligó á Bricio á exclamar:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Y cogiéndolos de las manos, los entró en el gran salon de corte, diciendo con voz firme y entera:

—Isleños, nada temais; hé aquí el porvenir.

Sus frases fueron ahogadas por un murmullo, que terminó en una ovacion completa. Excitado el entusiasmo hasta un extremo que nos es imposible describir, les dieron vivas, y saltando por encima de la etiqueta, la atropellaron para entregarse todos á una expansion y alegría que conmovieron hondamente al Rey y á Zeneida. Florian era el único que, dominándose como tenía de costumbre, ocultó su satisfaccion, presentándose cási indiferente á un acto por el que suspiraba hacía mucho tiempo y era el único que encerraba su dicha presente y futura. Queria seguir representando ante su padre el difícil papel que tomó á su cargo hace meses, y, actor eminente, no comprendia que debiera tener el menor descuido.

Por último, cuantos estaban allí pidieron á grandes voces

que se efectuara la boda al momento, á lo que el rey contestó:

—Si los pocos dias que faltan para los tres meses de luto os parecen demasiado, que disponga mi gobierno la coronacion para el domingo próximo, para el lunes la proclamacion del príncipe y para el dia siguiente el enlace.

—Eso deseamos.

Gritaron todos, contestándoles el rey:

—Pues eso será.

Y haciéndoles una reverencia, salió de allí, dando el brazo á Zeneida y la izquierda á su hijo, entre aplausos y aclamaciones que no cesó de escuchar en mucho tiempo.

Los tres se encerraron en el despacho del monarca, permaneciendo en él hasta muy entrada la tarde. Luégo marcharon Florian y Zeneida, dejando al rey con sus consejeros; y últimamente comieron, asistiendo al banquete los ministros, vários generales, algunos grandes y los jefes de palacio.

A las doce de la noche se retiró la guardia interior, el hijo se despidió del padre, y éste quedó sentado en régio sillon, triste y meditabundo. Algo después se presentó Arturo, preguntándole:

—¿No participa V. M. del contento general? Hoy ha estado la poblacion cubierta de colgaduras; las campanas han tocado á vuelo; las músicas entonaron himnos patrióticos; salieron danzas, después se iluminó Madrid, y los grandes, el pueblo y el ejército continúan vitoreando á su rey y aplaudiendo la boda de Florian y Zeneida con loco frenesí.

—Arturo, llevas muchos años á mi lado, siendo, más que mi secretario, mi amigo y confidente; tu lealtad y amor siempre te hicieron digno de mi cariño.

—Ya lo sé; por eso me atrevo á combatir la causa que cubre de horrible melancolía el augusto semblante del que fué mi padre, mi señor, el ídolo que yo venero y amo.

—¡Ay, Mendo, el cargo de rey es tan difícil, que en ménos de tres meses ha logrado abrumarme y patentizar en su horrible magnitud toda mi debilidad. Cuando terminaron el in-

somnio y las vigilias, cuando tuve tiempo de estrechar á mi hijo, y en el instante que me disponia á recibir la recompensa á tanta fatiga sufrida, á tanto bien esparcido, hé aquí un acontecimiento que envenena mi existencia y la convierte en mísera é infortunada como ninguna. ¡Ah, qué mal nos juzgan los pueblos! Los goces de un buen rey sólo están en la mente del que cree en ellos.

—No comprendo á V. M.

—Insensato, tú, que me sigues á todas partes, que conoces hasta la más pueril de mis acciones, que penetraste hasta el más nimio de mis pensamientos, ¿ignoras por ventura lo que yo amo al príncipe, lo que vale y merece el vencedor de Cambo y secuaces?

—No, señor.

—Entónces, ¿no has reparado hoy en la oculta tristeza de mi hijo, en el mal disimulado sufrimiento que abruma su alma? ¡Ah, desde esta mañana en adelante verá sin tregua ni descanso la imágen de su Erundina; escuchará aquella voz angélica, resonando en sus oidos la terrible frase: perjuro, yo te detesto, te abandono, te olvido por una eternidad.

—Me complace decir á V. M. que Florian, como yo, cree que su primera esposa está en el cielo, y allí, señor, sólo á Dios se ama, sólo en Dios se piensa.

—Eso decís él y tú por agradarme.

—Eso creemos firmemente, yo os lo juro.

—¡Si fuera cierto!.. ¡Dios mio, Dios mio, si fuera cierto!

—Vuestro hijo empieza á ser el más dichoso de los hombres.

—No me engañes, Arturo.

—Me llaman marqués de la Lealtad, y dicen que merezco ese título.

—Mendo, desde que soy rey no me fio de nádie.

—¿Qué motiva esa desconfianza?

—La hipocresía y falacia de cuantos me rodean.

—¿Incluso yo?

—Incluso tú, que ántes todo me lo contabas, y ahora sólo me participas lo que te parece.

—Juro á V. M. por Dios Santo que aquello que le ocultó era lo que convenia á mi señor.

—Eso crees tú.

—Con lo cual hago bueno mi título.

—Dejémonos de digresiones que á nada conducen, y suelta la prenda que me has enseñado; quiero ver el principio de esa felicidad en que no creo.

—¿Con vuestros propios ojos?

—Con mis propios ojos.

—¿Empezará la de V. M. con la del príncipe?

—¡Quién lo duda!

Arturo se estremeció de alegría; anduvo tres pasos, y ya junto al rey, le cogió la mano derecha, diciéndole:

—Permítame V. M. que la bese; este ósculo no es humillante ni servil, es la expresion del respeto y cariño que germinan en mi alma, tantas veces demostrado, nunca concluido y siempre creciendo, creciendo. Ahora tenga V. M. la amabilidad de ponerse de pié y seguirme, presa su mano entre las mias.

—¿Qué intentas, hijo?

—Dar al padre de Florian, y tambien al mio, la prueba que me pide.

—Pues adelante.

Y los dos en la forma expuesta por Arturo atravesaron un salon, entrando luégo en un pasillo estrecho y oscuro.

—¡Qué soledad y qué silencio!—exclamó Mendo deteniéndose.

—¿Qué quieres decir?

—Que no siempre, señor, el sepulcral silencio y la sombría y tétrica oscuridad son augurio de lo malo: ahora van á ser precursores de la ventura.

—¿Dónde me llevas, Mendo?

—Al alcázar de la felicidad, señor.

—Vamos á tientas.

—Al brillar la primera luz, distinguirá V. M. la aurora de su dicha.

—Vacila mi mente, tiembla mi mano, y esta oscuridad...

—Nada temais; os guia vuestro lebrel.

—¿Subimos una escalera?

—Sí, señor. Dejaos conducir por mí.

—No conozco esta parte del palacio.

—Ya hemos llegado. Estamos encima de las habitaciones destinadas á S. M. la ex-reina. Cerca de aquí hay un salon abovedado; vedlo. Ahora permitidme que sin hacer ruido abra esta pequeña ventana. Ya está. Asomaos. ¿Qué ve V. M?

—En un extremo de ese salon hay dos damas.

—Al otro, al otro.

—En el otro... ¡Ah! Sentados en un divan se estrechan las manos Zeneida y mi hijo. Sepárate, que no me dejas ver bien.

—¿Qué demuestran sus semblantes?

—Amor.

—¿Que siente V. M?

—Alegría, dicha, felicidad.

—¿Se violenta el príncipe?

—No, Arturo, no; ¡qué hermosa está ella, qué entusiasmado y bello él! Míralos, marqués.

—Ocupa V. M. todo el hueco.

—Tú no necesitas contemplarlos; vete si estás molesto. ¡Hablan! No me distraigas.

Florian decia en estos momentos á Zeneida:

—El martes nos unirá el Patriarca, y el miércoles al amanecer partiremos á tu posesion para empezar una nueva vida, que refrescará el ambiente de tu amor, perfumado con el aroma de las flores, con tu aliento, con la felicidad que Dios me tenía reservada en esta isla.

—¿Es nuevo ese amor?

Preguntó Bricio á Mendo con viveza.

—De esta noche, señor. Fijaos bien, y notará V. M. que esa reina enloquece.

—Verdad es; yo, que soy tan fuerte, me sentí...

—Que hablan, señor.

—Calla, calla y no te muevas.

Florian continuó:

—Quedan ya todos los asuntos en disposicion de servir á mi padre de agradable entretenimiento; el país está en completa calma, todos aman á su rey, y sin violencia alguna podremos, ángel mio, entregarnos al casto amor que arde en nuestros pechos.

Zeneida le contestó:

—Piensa en que es indispensable pasar al lado de S. M. lo ménos una hora al dia. ¡Es tan bueno, tan tierno! ¡Oh! Yo le amo ya tanto como al hombre que me dió el sér.

—Hago más que pensar; tengo el estudio concluido, dispuesto el material y en disposicion mil hombres de empezar una via férrea, que partirá desde el piso bajo de tu palacio para concluir dentro de éste.

—¡Idea sublime!

—Aprovecho el puente que mandó construir tu padre; es una línea recta, sin accidentes difíciles, y dejo el trayecto reducido á cincuenta kilómetros, que podrán correrse á gran velocidad en media hora.

—Eso es lo mismo que estar juntos.

—Claro es.

—¿Cuánto tiempo tardarán en construirlo?

—Ménos de dos meses

—¡Qué felices vamos á ser!

—¡Si algun dia, como es probable, Dios bendice nuestro amor y puedo ofrecer á S. M. un hijo que se parezca á tí en lo bello!..

—A tí en lo valiente.

—A tí en lo sublime.

—A tí en lo noble, generoso y grande.

—A tí en lo tierno, cariñoso y arrobador.

—A tí... No, á su abuelo en lo magnánimo, fuerte, admirable.

—Arturo,—exclamó el rey conmovido y trémulo,—¿para qué me has traido aquí?

—Para que sea V. M. dichoso.

—¡Ay! La ventura oprime el corazon como el placer, como el pesar, como el tormento. Sostenme, hijo; gracias por el rato que acabas de proporcionarme.

—Continuad oyendo...

—No, sería abusar de la bondad divina. Vamos al oratorio y luégo al lecho.

—¿Es ya feliz V. M?

—No lo hay más en la tierra.

Una hora después decia Arturo al príncipe:

—El rey vió y escuchó á los enamorados; el placer le hizo verter lágrimas, dió gracias al cielo, y duerme tranquilo y satisfecho.

—Temí que fuese pronto...

—¡Si lo hubiera visto V. A! ¡Ah, cuánto gocé contemplándolo!

—Gracias, amigo mio; cuenta con mi eterno cariño.

A la mañana siguiente se levantó Bricio al amanecer, y corrió á la alcoba de su hijo, hallándole dormido. Después de mirarlo quince minutos, le dió un beso en la frente.

—¡Padre mio!—exclamó Florian abriendo los ojos é incorporándose.

—No te muevas. ¿Eres dichoso?

—Sí; ¿y tú?

—Mucho, pero lo seré más cuando me presentes á Bricio II.

—¡Ah!

—Duerme, hijo, duerme, que eres digno del sosiego y ventura que el cielo te concede. El martes indultaré á todos los bandidos de Occidente.

—¡Señor, no imagine V. M. un crímen tan horrible! ¡Tú

que hiciste la ley, no la destruyas. Allí donde empieza la justicia acabamos nosotros.

—¡Qué ideas, Florian!

—Padre, el rey ha de ser el tirano de los malvados si aspira á reinar en el corazon de los buenos. Unida á la ley está la cuchilla, y no se puede aceptar la primera rechazando la segunda.

—Otra ilusion deshecha.

—Otra verdad en su lugar.

—Adios, corazon de bronce.

—Para tí que eres bueno, y mi padre y señor, es el más blando que conoces.

Bricio volvió á besarle y salió, entrando en las habitaciones de Zeneida. A la puerta de la cámara halló al anciano conde, que le dijo:

—Lo siento, señor, pero S. M. duerme.

—Pues yo me alegro que repose.

—¿Entra V. M?

—Claro es.

—¿En la alcoba?..

—Torpe, ¿ignoras que es mi hija?

—Contra V. M. nada puedo.

El rey avanzó, penetrando en otra habitacion más chica. Allí habia dos damas, que, léjos de oponerle resistencia, descorrieron las cortinas, presentándose á los ojos de Bricio el lecho en que descansaba Zeneida, cerrado con una gasa de seda.

—¡Qué hermosa es!

Exclamó; y separando la gasa, estampó otro beso en la frente de la jóven.

Ella despertó al sentir el ósculo, y le echó los brazos, diciendo:

—Gracias, padre mio; por uno toma diez, y un abrazo, y todo mi cariño.

—¿No guardas ninguno para Florian?

—Para él un mundo de amor, que arde en mi pecho, me conmueve, agita y eleva.

—Ese mastin que tienes á la puerta de tu cámara se extraña de que yo éntre aquí.

—No te ofendas por eso, señor; es un pobre viejo que no nos comprende, pero que nos ama.

—Nuestro Florian no quiere que indulte á los desgraciados de Occidente.

—Ah, pues entónces yo tampoco.

—¿Te vas á su partido?

—Sí, señor, en cuerpo y alma; toda le pertenezco, y la verdad es que acabaron los disimulos; harto he sufrido y callado.

—Hija, pero un acto de bondad...

—Bien hecho; déjalos libres, y cuando vuelvan á robar, á verter sangre inocente, á deshonrar...

—Basta, basta, que se entiendan con el juez y se cumpla la ley.

—Justicia por igual, señor, y al que caiga, que Dios le ampare.

—¡Cómo ha de ser! Hasta luégo; en mi despacho os aguardo.

—No te haremos esperar mucho tiempo, padre amado.

Salió Bricio, y Zeneida mandó que la vistiesen y que avisaran á Florian.

CAPITULO XLVI.

Coronacion de Bricio.—Proclamacion de Florian.—Las bodas.—Conclusion.

Bricio de Calatrava fué poco á poco convenciéndose de que las ideas de su hijo respecto de segundo enlace eran más lógicas, más morales, y que estaban más en armonía con los deberes sociales que las suyas. Verdad es que la tésis de Florian era igual á la de Zeneida, Valleameno, Badillo, y á la de cuantos le rodeaban, sacerdotes, militares y paisanos. Persuadido de que la boda del príncipe constituia la felicidad de aquél, y de que no existia nada que pudiera combatirla ó afearla, vió en tan solemne acontecimiento el principio de su propia ventura. A este fin se habian encaminado todos los pensamientos y trabajos de su noble, entendido y digno heredero.

Llegó el dia de la coronacion, y la corte se convirtió en el centro de todo lo más grande y elevado que encerraba la isla. El acto se verificó en la catedral; Bricio, Florian y Zeneida fueron y volvieron á pié, y es indudable que pasaban de seiscientas mil almas las que acudieron á contemplarlos, á aplaudirles y á formar un núcleo de amor que arrancaba lá-

grimas del tierno monarca. Este habia perdido en Europa á su esposa é hijos, pero hallaba en Nueva-España más que el equivalente en el cariño; aplauso y bendiciones de un pueblo entero, que le queria y respetaba como á padre y señor.

Al dia siguiente tuvo lugar la proclamacion del príncipe, creciendo en las masas el entusiasmo y regocijo.

Y al tercero se efectuaron las bodas de Zeneida y Florian, rayando en delirio el júbilo de los habitantes de aquel dichoso país.

Zeneida y su esposo repartieron entre las clases menesterosas de la sociedad y establecimientos de beneficencia, la enorme suma de veinte millones, pagando además á los ayuntamientos y restantes corporaciones cuantos gastos hicieron para los festejos de los tres dias.

Los novios asistieron al acto del enlace de grande uniforme él y de blanco ella; el primero se presentó varonil, esbelto, hermoso; la segunda más bella que la ilusion, encantadora, sublime; el coro inmenso que los rodeaba exclamó:

—Qué digno es el uno del otro; qué pareja tan igual; qué séres tan afortunados.

El rey llegó á olvidarse hasta de la existencia de Europa; abrazado á sus hijos y con los ojos húmedos, les decia:

—Calatrava murió al embarcarse en Cádiz para resucitar en Nueva-España, para ser otro hombre con distintas ideas, y para gozar de una ventura que juzgó no hallar en la tierra. Tu dicha, Florian, es ya la mia; te amo tanto y eres tan digno de todo mi cariño, que mi orgullo de padre se ha elevado hoy donde no llegó ningun otro. Tú, Zeneida, eres ya la mitad de mi hijo, pero su mitad más bella, más admirable, más arrobadora. Sólo una idea intenta herir mi envidiable presente.

—Dila, padre mio.

—Que en Garay se levantan patíbulos tan altos como la felicidad que llega hoy á mi palacio.

—Que te conteste Valleameno, señor.

—El príncipe,—dijo el conde,—que no halla dificultad

invencible, encontró en los crímenes de esos foragidos y en la ley medio de que los malhechores quedasen inútiles para volver á su antigua carrera, dando á la vindicta pública lo que le pedia y á la nacion cerca de mil brazos que la servirán con celo y constancia.

—¿Es decir que ninguno ha muerto?

—Todos fueron condenados á una clase de trabajos muy penosos, pero útiles y reproductivos.

—¿Quién te inspiró tan magnánima idea, hijo mio?

—Un suspiro tuyo escapado en presencia mia.

—Gracias, Florian. ¡Cuán feliz me haces! ¿Empezarán pronto la línea que ha de unir mi palacio con tu posesion?

—Mañana.

—¡Van á tardar dos meses!

—Se aumentará en el doble el número de operarios y se hará en treinta dias ó en ménos.

Llegó la noche, Florian y Zeneida quedaron solos, recibieron la bendicion de su padre, y desde este instante comenzaron á libar una ventura que no hallamos frases con que describirla.

Al amanecer del dia siguiente, después de estrechar tiernamente al rey, salieron para su posesion, acompañados del conde de Alaejo y de la servidumbre de ámbos.

Al llegar al palacio de Zeneida, exclamó Florian:

—Hé ahí, esposa mia, el camino de flores por que los dos soñábamos; haga el cielo que marchemos por él con una sola idea, con un solo pensamiento.

—No es posible lo contrario, Florian; nada hay en el mundo que tú puedas querer y yo te niegue, que á tí te guste y á mí no me envanezca, que tú desees y yo no anhele; juntos desde este momento hasta el instante de la muerte, me consagro á formar tu dicha.

—Y yo la tuya, y más tarde secundaremos á mi padre para que ese pueblo que tanto amor acaba de demostrarnos nos juzgue dignos de Bricio I.

—El rey es ya el padre de su pueblo; nosotros, hijos del uno, no podremos ser padrastros del otro.

Se concluyó la línea férrea, y Bricio, Florian y Zeneida se veian diariamente.

El cúmulo de partidos que no há mucho se disputaban el poder y los *despojos* quedó reducido á dos: uno que procuraba la dicha del país por todos los medios, y otro que disfrutaba de ella en su modesto hogar ó espléndido palacio.

Concluyó por completo toda lucha estéril, sistemática y de resultado funesto, y hubo por fin un trono, un rey y un pueblo. Tuvo, y esto parece imposible, cada cual lo suyo, y como el mérito recibió su merecida recompensa y el trabajo su natural premio, hubo muchos *meritorios*, y todos trabajaron con celo incansable. Se castigó el crímen por *igual*, y en cuanto la ley se sobrepuso á todo, dejó de existir el malhechor.

Y el *abismo* se trocó en *valle*, que todo es posible si el hombre ahoga sus pasiones bastardas y da campo abierto á nobles pasiones.

Y al acabar la mentira empezó la verdad, que áun cuando es imposible variar el corazon humano, puede refrenársele, y de la maldad irse á la virtud; para esto basta con querer.

Y como habia rey, y gobierno, y córtes, y empleados, y ejército, hubo pueblo y nacion, si bien como contrapeso á tanta ventura desaparecieron los partidos. ¡Que la tierra les sea ligera!

Imitaron á Florian, en el hecho de contraer segundas nupcias, el marqués de la Lealtad y Juan Piñeiro; en primeras el conde de Alaejo, y Bricio, unido en cuerpo y alma á la isla, tuvo una mujer que le amó tanto como él á ella, y se quisieron siempre y anduvieron por un mismo camino.

Don Julian Iglesia llegó á general y grande de Nueva-España.

El capitan, tripulacion y cocinero del bergantin que llevó á Bricio y Florian á la isla, todos fueron empleados y con el tiempo ricos; bendecian diariamente su llegada á aquel país,

que á todos les probó admirablemente, á excepcion del capitan, que enfermó gravemente, y estuvo en peligro su vida, segun veremos después.

A los nueve meses de casado Florian dió Zeneida á luz un niño, que era el retrato de su padre. Este acontecimiento causó una nueva alegría en el país, siendo el tierno infante el precursor de otro porvenir más lejano y no ménos grato que aquel que se les presentaba ya.

A los cuarenta dias, después de un pequeño debate, cogió el rey á su nieto, y se lo llevó á Madrid, diciendo:

—Es mio, me pertenece, y lo quiero tener á mi lado; el segundo será para vosotros, éste es para mí. Os quito un cuidado y me aumento un goce. Ahora estoy seguro que no dejareis de visitarme todos los dias; pero si os hallais mejor aquí, no me incomodaré por eso; con mi Bricito tengo bastante.

Cuatro dias después se encontraba el príncipe en su despacho, cuando entró Iglesia, diciendo:

—Señor, desea hablar con V. A. el capitan que fué del *Lucero*.

—Que pase inmediatamente.

Y reemplazó al conde nuestro marino, presentándose á Florian en un estado que inspiraba compasion. Estaba pálido, delgado, ojeroso, y en su faz se veia retratada la muerte.

El príncipe le hizo sentar á su lado, exclamando:

—¡Qué enfermo estás!

—Me muero, señor, me muero.

—¿Te han visto los médicos de mi padre?

—Todos.

—¿Y qué dicen?

—Lo mismo que yo, que pronto espiraré, por cuya razon vengo á despedirme de V. A.

—¿No hay nada en el mundo capaz de sanar tu dolencia?

—¡Sí, señor, mi inolvidable España; su simple vista sería un bálsamo que arraigaria una vida vacilante ya y cási apagada; pero esa fatal corriente!..

—¡Ah! Conozco tu enfermedad y voy á curarte.

—¿De qué modo, señor?

—Metiéndote en un globo y que mueras en medio de los mares ó llegues á un punto donde esa terrible corriente deje de impedirte volver á tu patria.

—¡Un globo! Qué idea, señor; este es el primer instante en que me sentí aliviado desde que caí enfermo.

—¿Te atreverás?

—¿Eso pregunta V. A. á un cadáver?

—Entónces vuelve á Madrid, arregla tus asuntos, oculta la idea, y vente aquí; dices que quieres morir á mi lado.

—¿Se podrá en este retiro?..

—Hoy mismo comenzarán á construir el globo bajo mi direccion, y ántes de seis dias te verás en el aire.

—Pasado mañana regresaré. ¡Oh, siento la vida que llega á mí! Gracias, señor.

Y salió más alegre y ménos encorbado que entró.

Seis dias después montaron en un carruaje de camino el príncipe, Iglesia, el capitan del *Lucero* y otro caballero. El coche corrió sin tregua ni descanso hasta llegar á la costa.

Echaron pié á tierra los cuatro citados; dos lacayos les llevaron á la orilla del mar una gran caja, retirándose de allí. Solos ya, abrieron aquella, y una hora más tarde armaron un globo provisto de lancha y paracaídas.

—Puesto que sabes,—exclamó el príncipe, dirigiéndose al capitan,—cuanto debes hacer para guiar la nave aerostática, toma la memoria que te he ofrecido, abrázame y parte, que el tiempo te favorece.

—¡Señor, no me atrevo!

—Para tí no hay ya gerarquías en esta isla.

Ambos se estrecharon, entrando el marino en un globo provisto, además de lo expuesto, de alimentos para muchos dias, dinero y cuanto podia necesitar y fué dable facilitarle.

El globo comenzó á elevarse; luégo tomo direccion, desapareciendo á la media hora.

Acababa de amanecer; el príncipe exclamó:

—Partamos; nádie puede haber visto lo que concluimos de hacer; nosotros se lo ocultaremos á todos; y á ese pobre marino lo darán por muerto los habitantes de esta isla.

Buscaron su coche y regresaron en él.

Abandonemos nosotros, aunque con sentimiento, el valle donde reina Bricio y sigamos al capitan del *Lucero*.

El globo subió á cuatro kilómetros, siendo á esta altura impelido hácia el Este. Más tarde cambió el aire, y sin que le fuera dable al capitan contener sus efectos, vió con dolor que su flotante máquina corria hácia el Norte. Entónces miró en torno, contemplando el Océano en su inmensa extension. La isla con sus árboles y sus montes habia desaparecido; pero no la corriente que aún veia precipitarse de Este á Oeste.

Más tarde almorzó, dejando al viento que lo llevase donde quisiera; cerca de anochecido comió, y al acabar le pareció distinguir un punto negro bajo sus piés.

El aire habia calmado; nuestro capitan, después de doce horas de correr, soltó los gases y su globo descendió pausadamente. Cada vez iba ensanchando el punto negro hasta convertirse en una isla con rios, montes, árboles y séres humanos.

Luégo se halló en tierra, y no tardó en saber que estaba en la isla de Pascu, libre de la corriente y en posibilidad de trasladarse á Europa, lo que hizo en un buque Norte-americano.

Llegó á Cádiz, y seguidamente á Madrid; paró en nuestra casa; sanó, y el libro que acabamos no es otra cosa que la memoria regalada por Calatrava al entrar el capitan en su globo.

Poco hemos añadido; mucho quitamos con harto sentimiento; el libro quedó cojo, cuando no manco y tullido; pero no es nuestra la culpa, ni hemos hallado un Bricio á quien pedir proteccion para dar íntegra á la prensa la memoria de su hijo.

FIN DEL VALLE.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA NOVELA.

		PÁGINAS.
CAPITULO I.....	Tres plagas.—La filantropía, el egoismo y la indiferencia.—Una familia en cuadro.—Antítesis de la felicidad.—La resignacion en la forma, el suicidio en el fondo.—El bergantin *Lucero*.—Terribles augurios.—Mar, viento, nubes y bruma.	3
CAPITULO II.....	La tormenta.—Calma milagrosa.—Las islas Canarias.—Norte, mar y cielo.—Cambio favorable.....	14
CAPITULO III.....	Las costas de América.—Calor de la zona tórrida; frio de la glacial.—El cabo de Hornos.—El mar pacífico.—La corriente.—Todo se ha perdido.....	26
CAPITULO IV.....	Término de un sueño que debia conducir á la muerte.—Una nacion frente á la proa.—Alegría de unos é indiferencia de otros.—De sorpresa en sorpresa llegan al asombro.....	45
CAPITULO V.....	Nueva-España.—Sus habitantes.—Lo que acontece allí.—Parecido notable.—La distancia no hace variar los usos y costumbres.....	54
CAPITULO VI.....	La mazmorra en forma de jaula.—Indiferencia.—Un fanático llovido del cielo.—La fuga.....	63
CAPITULO VII.....	Dificultades.—Auxilio del cielo.—Continúan las sorpresas y el asombro.—Una hada entre los bosques de Nueva-España.	79
CAPITULO VIII.....	El principio de una nueva era que no pudo adivinar el vizconde de Régulo.—Una mansion ideal.—Todo es grande, sublime y desconocido.....	90
CAPITULO IX.....	Entrevista.—Lucha Florian consigo mismo, vacila y teme ser vencido.—Concierto.....	113
CAPITULO X.....	Segundo viaje á pié.—Accidentes.—Más accidentes.....	135
CAPITULO XI.....	El más grave de todos los accidentes ocur-	

PÁGINAS.

ridos en el camino.—Lamentos de un infortunado.—El principio de la nueva vida de Florian.—Lealtad de la patrona.—Generosidad del editor..... 154
CAPITULO XII..... Los estancos de Nueva-España.—Constantino Iglesia.—El gas.—La ópera.—Dos visitas extrañas..... 177
CAPITULO XIII..... Astucia de Florian.—El avaro en prensa.—Los consejeros de Nueva-España.. 199
CAPITULO XIV..... Indiferencia de Florian.—Un baile de máscaras.—El canto de un ruiseñor.—Huida. 217
CAPITULO XV..... La maga dentro del coche de Florian.—La policía.—Un digno gobernador improvisado.—Comienzan las prisiones..... 245
CAPITULO XVI..... Los dos amigos.—El tercero en discordia.—Escena semitrágica.—Al campo.. 258
CAPITULO XVII..... El duelo á muerte.—La víctima.—Régulo y Valleameno.—El palacio encantado.... 276
CAPITULO XVIII..... El talento del hombre en lucha con la sagacidad é imaginacion de la mujer.—Sorpresa de Constantino.—Siguen la duda y el misterio..... 294
CAPITULO XIX..... Laboriosidad de Régulo.—Los paseos á caballo y á pié.—El principio de un porvenir risueño, oscurecido por algunos instantes..... 315
CAPITULO XX..... Indiferencia inexplicable.—Los dos amigos.—Principia la gran prueba..... 337
CAPITULO XXI..... El gallo de mal agüero.—Sorpresa.—Confusion.—Indiferencia sublime.—Desde el palacio de la dicha al fondo de una mazmorra..... 357
CAPITULO XXII..... Interrogatorio.—La racion de un preso.—Sueño tranquilo..... 380
CAPITULO XXIII..... La gran prueba.—El sueño fatal.—Término de una vida insostenible..... 397
CAPITULO XXIV..... El sueño más parecido á la muerte.—Resurreccion.—La fortuna de Régulo..... 407
CAPITULO XXV..... Los cuarenta.—El rey de los caciques.—Al acabar el pobre empieza de nuevo el filántropo..... 427
CAPITULO XXVI..... El padre y el hijo.—Primera página del porvenir.—Los dos amantes..... 446
CAPITULO XXVII..... El libro de Noal.—La comedia.—El futuro

PÁGINAS.

príncipe..... 474
CAPITULO XXVIII.... La maga sin disfraz.—El hijo y el padre.—Nuevos acontecimientos..... 501
CAPITULO XXIX..... El apéndice.—La audiencia.—Copia de un cuadro terrible..... 534
CAPITULO XXX..... Resolucion de Zeneida.—Arturo y el duque de Noal.—A Madrid..... 559
CAPITULO XXXI..... Palacio.—Las guardias.—¿Quién será?... 580
CAPITULO XXXII..... La agonía.—La muerte.—Cambio, sorpresa y triunfo completo..... 602
CAPITULO XXXIII.... El monarca y su digno sucesor.—Con el talento, la bondad y la justicia no hay poderoso que deje de ser amado.—Reformas radicales..... 627
CAPITULO XL..... Termina el luto y principia la prosperidad.—Bricio en la posesion de Zeneida.—Todo se logra con talento, energía y voluntad.—El abismo..... 649
CAPITULO XLI..... El valle.—Nada resiste á la astucia y talento de dos enamorados..... 674
CAPITULO XLII..... Desde el abismo al valle.—Un acontecimiento inesperado.—Resolucion heróica de Florian..... 691
CAPITULO XLIII..... El ardid y la fuerza bruta.—Lucha terrible.—Doble embriaguez.—La hoguera y las cuerdas.—A Roma por todo..... 717
CAPITULO XLIV..... Todo ha concluido.—A Garay.—El parte.—El padre y el hijo..... 756
CAPITULO XLV..... Terrible metamorfósis.—Duda y vacilacion.—Desde la dicha al abatimiento.—El plazo..... 775
CAPITULO XLVI..... Coronacion de Bricio.—Proclamacion de Florian.—Las bodas.—Conclusion..... 788

PLANTILLA

PARA LA

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	PÁGINAS.
Portada	3
Salen con misterio etc	13
En este privilegiado país etc	66
Es preciso sujetar etc	212
¿Qué humo es ese?	309
Digo que la libertad peligra etc	432
¡Mueran!	474
Su Majestad recibe	539
La libertad hermanada con el órden etc	622
Isleños, nada temais etc	779